3 1761 08166209 0

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO 13. NUM. 154.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

OCTUBRE, 1901

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 13
no. 154-56

SU MAJESTAD

NOVELA

(CONTINUACIÓN)

X

Era una de las históricas habitaciones del castillo de Vaza; una sala sombría en donde los Emperadores de Liparia, siempre que fueron huéspedes de los Duques de Iemena, habían dormido en un antiguo lecho completamente dorado, alto, con cinco peldaños, bajo una corona imperial sostenida por ángeles; la habitación estaba vestida con espesos cortinones de terciopelo azul obscuro. En ella estaban colocados los retratos de todos los Emperadores y Emperatrices que allí habían reposado; los Duques de Iemena fueron siempre los favoritos de sus Príncipes, y el orgullo de la familia ducal consistía en que todo Emperador de Liparia hubiese pasado una noche al menos bajo el techo del castillo. No había mueble, ni adorno, ni objeto, al que no estuviese unido algún recuerdo histórico, y las tradiciones de la casa mostrábanse una á una ante Othomar, en cuanto penetró en el cuarto.

El Príncipe estaba sumamente cansado, pero no tenía sueño. Pesábanle los miembros como si fueran de plomo, dolíanle las articulaciones, y le corría por todo el cuerpo un estrecimiento nervioso; vibraba como cuerda pulsada. Los ocho días pasados en Altara, los cinco en Vaza y las excursiones

por los alrededores, le habían fatigado excesivamente. Durante el día no había tenido tiempo de resentirse del cansancio; pero por la noche, en la hora del descanso, hallábase abrumado, sin poder conciliar un sueño reparador.

Estaba acostumbrado á su cama de campaña, en la que dormía en la austera habitación del palacio imperial, cama en la que reposara desde la infancia. Los lechos de gala del palacio episcopal de Vaza y del Castillo producíanle una impresión extraña y desagradable. Sus ojos permanecían abiertos, su mirada seguía los pliegues de los cortinones, y escrutaba las sombras proyectadas por la pálida luz de una lámpara de plata. Le zumbaban fuertemente los oídos.

Y le parecía muy extraño encontrarse en aquel lecho en el que también habían reposado sus antepasados. Veíalos á todos. Y él, ¿qué era? Un átomo de vida, un resto de ceniza nacida de todos ellos, uno de los últimos eslabones de la larga cadena que resaltaba al través de los siglos y le unía á los orígenes misteriosos, místicos, casi sagrados, legendarios, al mismo San Ladislao. ¿Continuaría, después de él, otra cadena que se prolongaría en el porvenir? O quizá... ¿A dónde conduciría la renovación sin fin, eterna, de la vida? ¿Cuál sería el fin, el supremo fin?

Entonces, ante él, se presentó de nuevo la noche pasada en la plaza de Santa Teresa, los tres cañonazos del fuerte y el poderoso rumor de una masa negra que se aproximaba y que parecía un mar. ¿Le zumbaban los oídos, ó era realidad aquel rumor? ¿Bramaba, tal vez, en respuesta á su pregunta acerca del supremo fin, el negro porvenir con el mismo rumor de aguas amenazadoras que nada podría contener?... Los diques están atravesados de parte á parte, han desaparecido todos los trabajos de defensa, y el flujo avanza inexorable, con su negra frente de ruda fatalidad; y las sombrías ondas de la inundación se extienden como un sudario sobre todo lo que debe terminar, llegan hasta la cumbre en donde se encuentran aquellos soberanos, que imperan por la gracia de Dios y de

San Ladislao; el Emperador reinante está en aquel trono que cuenta tantos siglos de edad, con la corona y el cetro, y el globo imperial en mano; y el flujo no parece saber que aquellos soberanos fuesen sagrados, divinos, inviolables; ni menos parece cuidarse de la enorme, estruendosa profanación, porque indiferente, incrédulo, extiende sus ondas negras sobre aquéllos, sepultábalo todo, y del Imperio apenas si queda una leyenda al aparecer el nuevo día que se alza sobre el sombrío mar...

Al Príncipe se le aparecían sus antepasados como sombras, leyendas, mentiras, que ya la tradición no protegía. Parecíanle fantasmas, enemigos... Abría sus brillantes ojos y miraba los rígidos rostros de sus antepasados, que volvían y se dirigían hacia él, circundándole, abrumándole, atenazándole, quitándole el aire... ¡Horrible pesadilla!

Entonces tuvo miedo como un niño á quien se han contado lúgubres historias, miedo de aquellos fantasmas de Emperadores, miedo de aquellas visiones que, como á la luz de un relámpago, le representaban las escenas de la inundación—los prados con los cadáveres, los marineros que pescaban la mujer. De repente los cadáveres comenzaron á reir á carcajadas, haciendo muecas, con las órbitas vanas, y llegó á creer que se volvía loco, que aquella cámara, llena de Emperadores, le sofocaba con su asfixiante atmósfera.

—¡Andrés, Andrés!—gritó con mortal angustia.

—¡Andrés, Andrés!

Se abrió la puerta de la cámara y Andrés entró asustado, vestido apenas. Esta aparición real disipó las visiones nocturnas, y los fantasmas recobraron su primitiva forma en los retratos.

—¡Señor!

—Andrés, ven aquí.

—¿Qué sucede, señor? ¿Qué ha ocurrido á Vuestra Alteza?... Pensaba...

—¿Qué?

—Nada, señor; pero tenía Vuestra Alteza un acento tan aterrorizado... ¿Qué ha sucedido?

—No lo sé, Andrés; estoy enfermo me parece, no puedo dormir...

El criado enjugó con un pañuelo la sudorosa frente de Othomar.

—¿Tiene necesidad de algo Vuestra Alteza? Desea agua...

—No, gracias, gracias... Andrés, ¿no podrías venir á dormir aquí?

—Si lo desea Vuestra Alteza...

—Sí, aquí, á los pies de la cama. Me siento mal, Andrés... Trae tus bártulos.

Andrés le miró. No tenía muchos más años que su amo, á cuyo servicio estaba desde la niñez y á quien adoraba con la adoración de los humildes hacia una majestad; sentíase ligado á él completamente; sabía que el Príncipe no era fuerte, pero que jamás se quejaba... Salió furioso para buscar sus colchones.

—¡Sus acompañantes tienen la culpa!—exclamó con rabia que no pudo contener.—El General Ducardi cree sin duda que todos tienen como él la piel de foca.

Y murmurando entre dientes, volvió con un colchón que extendió sobre los peldaños del lecho regio.

—¿Tiene fiebre Vuestra Alteza?—preguntó.

—No... sí, tal vez; un poco. Esto pasará, Andrés. Estoy... —No se atrevió á concluir.

—Estoy un poco agitado—continuó.

Y sus angustiadas miradas giraban por la habitación, en la que los Emperadores permanecían tranquilos.

—¿Quiere Vuestra Alteza que venga un médico de Vaza?

—No, no, Andrés, no, de ninguna manera. Te has alterado. Ven á dormir aquí, á mi lado.

—Primeramente trataré de dormir á mi «Principito»—dijo, empleando ese diminutivo, que salió de sus labios como una caricia.

Othomar le dirigió una sonrisa y dejó que le arreglase las almohadas con el esmero y la dulzura de una nodriza.

—¡Qué cama!—murmuró Andrés.—Parece un catafalco.

Después se echó, pero sin dormirse; y cuando al cabo de un rato le preguntó Othomar:

—¿Duermes, Andrés?

Respondió:

—Sí, señor, casi.

—¿No oyes algo que brama en el campo? ¿Me engaño, ó es agua?

El criado escuchó.

—No oigo nada, señor... Vuestra Alteza está excitada.

—Coge una silla y ven junto á mi cabecera.

Andrés obedeció.

—Y deja que te coja las manos... Así...

Al fin Othomar cerró los ojos. En sus oídos continuaba sin interrupción el mismo ruído. Pero enmedio de aquel rumor, mientras que la luz desaparecía de su cerebro, el Príncipe heredero de Liparia se durmió, con su mano fina entre las toscas manos del criado, que velaba el sueño de su amo; sueño agitado, con contracciones de labios y estremecimientos de cuerpo; para tranquilizarlo, Andrés acarició suavemente la frente, que ardía, murmurando con acento rudo, pero lleno de compasión y de afecto:

—¡Pobrecito Príncipe!

Alboreaba; parecía que la luz luchaba contra los cortinones de las ventanas.

XI

A la mañana siguiente, la Duquesa y sus huéspedes estaban ya en el comedor para tomar un ligero almuerzo, cuando Othomar entró el último, seguido de Dutri. Vestía el uniforme

azul, blanco y plata, y saludó sonriendo, pero con rigidez; Herman le estrechó la mano, los demás saludaron y la Duquesa le hizo una profunda reverencia.

—¡Qué pálido está el Príncipe!—dijo Leoni á Ducardi.

Y en efecto, el Príncipe estaba lívido y su mirada era vaga; sin embargo, se contenía; comió un poco de pescado y probó unas perdices. Pero su abatimiento era tan visible, que el mismo Ducardi, desde el otro lado de la mesa, le preguntó con dulzura:

—¿No se encuentra bien Vuestra Alteza?

Todas las miradas estaban fijas en Othomar, el cual quiso disimular, y respondió:

—No tengo nada.

—¿No ha dormido bien Vuestra Alteza?—insistió Ducardi.

—No, no muy bien.

Othomar no pudo menos de declararlo así, sonriendo.

Volvió á entablarse la conversación animada por la Duquesa; pero cuando, después del almuerzo, llegó el momento de la marcha, Ducardi dijo:

—Lo mejor será que no salgamos, señor.

Othomar pareció sorprendido; no comprendía la razón de aquello.

—Vuestra Alteza me parece un poco fatigada—volvió á decir Ducardi, y añadió, como para excusar al Príncipe:—No tiene nada de extraño el que estos últimos días hayan cansado un poco á Vuestra Alteza. Si Vuestra Alteza me lo permite, le aconsejaré que se repose hoy.

Esta grata esperanza de un poco de reposo había ya halagado al Príncipe; experimentaba tal placer ante esa idea, que no podía combatirla mucho tiempo; pero, no obstante, su deseo flaqueaba ante el recuerdo de su padre; sería una vergüenza que su padre se enterase de aquel desfallecimiento en presencia de todos.

Y de ninguna manera quería que se quedasen todos; reposaría si lo juzgaban necesario, pero solicitó con insistencia

que el Príncipe Herman y todos los demás hiciesen la expedición proyectada.

Y dijo esto con juvenil altanería, regocijado ya por completo, con el pensamiento de aquella jornada de descanso—¡un día entero con el que no había contado!;—pero tenía miedo de que se clareasen demasiado sus propios sentimientos, y aparentaba estar incomodado, como si guardase rencor á Ducardi por su consejo.

Partieron aquellos señores. La Duquesa condujo ella misma á Othomar á la parte Oeste del castillo, é insistió para que descansase en su gabinete. Desde las ventanas de la galería, Othomar vió á Herman y á sus acompañantes, que se alejaban; les siguió un momento con los ojos, después volvió á entrar con la Duquesa, y en el patio interior vió á un mozo que conducía á la cuadra, acariciándolo en el cuello, el caballo que le habían destinado. Asaltáronle en un momento diversos sentimientos, la alegría del descanso, unida á un poco de angustia y de confusión.

La Duquesa le dejó solo en el gabinete. Al exterior, todo era calma, una paz infinita, las cabras seguían rumiando. La tranquilidad del gabinete de una mujer de mundo, con su opulencia silenciosa, tapizado de seda, la molicie que se desprende de los muebles, el brillo de los adornos, de todos aquellos objetos preciosos, deslizaban en él una languidez imperceptible, indefinible, como producida por las suaves emanaciones de una flor delicada: por el mismo perfume de la mujer. El ocio de aquel momento produjo en Othomar un efecto algo extraño, y proporcionó á su mente una ligera sorpresa. Se comparó á un caballo furioso, que se tranquiliza repentinamente.

Se sentó un instante y se puso á mirar las cabras. Se levantó después, preguntándose si debía llamar; pero prefirió buscar él mismo; en el lindo escritorio de la Duquesa, de laca del Japón con incrustaciones, encontró un pliego de papel y un lapiz, y escribió:

«*A Su Majestad Imperial Isabel, Emperatriz de Liparia.*

Castillo-Vaza, Abril 18...

»No te asustes si los periódicos, con sus exageraciones, dicen que estoy enfermo. Estaba un poco cansado, y el General Ducardi ha marchado con los demás; espero realizar con ellos mañana nuestra segunda expedición. Pasado mañana iremos á Lycilia.

»Othomar.»

Llamó y dijo al criado que se presentó:

—Que venga Andrés, mi ayuda de cámara.

Este vino pocos instantes después.

—Andrés—dijo Othomar,—pide un caballo; vete á Vaza y manda lo más pronto posible este telegrama á Su Majestad Imperial.

Andrés salió, y Othomar sintió que nuevamente le invadía aquella extraña molicie.

El sol iluminaba el parque, y la piel de los ciervos brillaba como raso de color obscuro. Othomar volvió á evocar los últimos quince días. Ante la gran catástrofe que abrumaba al país, su corazón se henchía de compasión. Durante toda la semana había experimentado la misma sensación de descorazonamiento al pensar en tantas desgracias que no podía remediar; volvió á experimentar esa sensación, como le sucedía siempre que estaba solo y podía reflexionar. Sentíase pequeño, insignificante, sin poder hacer nada, y había algo que daba vueltas en su alma, que le caía desde una altura incalculable, enervándole, matando en él la energía y la voluntad. Y este sentimiento de desesperación por la horrible miseria que asolaba á todo el Imperio, pesaba en él con un peso infinito.

Importantes huelgas habían estallado en las minas de mercurio del Este, al otro lado de los Gigantes. Recordaba haber hecho un viaje á aquellas regiones, y evocaba los lívidos rostros de aquellos obreros, que le miraban con sus hundidos

ojos, demacrados, consumidos lentamente por ganarse el pan en aquella atmósfera saturada de veneno. Y harto sabía que los que había visto eran los mineros en mejor estado, escogidos para que los viera; sabía que no había de ver jamás la verdadera situación de su miseria, porque era el Príncipe heredero. Y nada se podía hacer por ellos; si volvían á rebelarse como antes, las tropas los fusilarían como á perros.

Y respiraba penosamente, como si quisiera apartar de su pecho un peso abrumador que le oprimía tenazmente. Se comparó con su padre; su padre, altivo, enérgico, con fe en sí mismo, sabiendo siempre, sin vacilaciones, lo que debía hacer, convencido de que un soberano no podía engañarse, firmando con caracteres gruesos, grandes, precisos; Oscar... Todo cuanto llevaba la firma de Oscar era de una justicia infalible, como la fatalidad misma. ¿Cómo era tan contrario él, su hijo? ¿Por qué con él perdía su poder y su autoridad la antigua raza, como si de una manera imprevista se hubiese debilitado el germen?

Entonces pensó en su madre, Princesa rumana, tan amante de los suyos, verdadero tipo de mujer y madre en la intimidad, altanera con el pueblo, inaccesible, sin tacto, como él; poco querida, como él también, por lo menos en Lipara y en el Sur del Imperio. Lo sabía; bajo aquella reserva imperiosa ocultaba ella su angustia, angustia que la perseguía en todas partes; en carruaje descubierto, en el teatro, en las ceremonias oficiales, en la iglesia, hasta en sus visitas á los establecimientos de beneficencia; y esa angustia había ahogado en ella el amor á la humanidad, y hecho que fuese morboso aquel amor á los suyos, aun cuando su alma fuese naturalmente grande para abarcarlo todo. Y á través de aquella angustia tenía la convicción, la espectativa de la catástrofe, de la explosión en que saltaría con los suyos.

Era el hijo de ambos, su inmediato sucesor; ¿de quien, pues, le venía aquella incertidumbre de que su padre carecía, y aquel amor al pueblo que tampoco su madre abrigaba? A

sus antepasados no los conocía más que históricamente: al principio de la Edad Media, bárbaros violentos; más adelante, refinados, sensuales, apasionados; un Príncipe, débil por completo, dominado por sus cortesanos, un Rey holgazán, bajo el cual el Imperio fue presa de las discordias interiores y de la dominación extranjera; por fin, con una nueva civilización, una resurrección del poder, una era de adelanto tras la caída, y la gloria y la grandeza habían continuado hasta el presente... hasta hoy. ¿Qué haría con esa herencia de grandeza y de gloria? ¿Cómo la transmitiría á sus descendientes? Sintióse entonces tan pequeño, tan asustado, que hubiera querido huir para apartar lejos de su vista los futuros deberes que le esperaban.

XII

El *lunch* revistió la intimidad de un agradable coloquio entre dos personas; fue servido en un comedor pequeño, y únicamente asistió el mayordomo de pie, detrás de la mesa. La Duquesa preguntó á Othomar por su salud con mucho interés; el Príncipe se encontraba completamente repuesto, tenía buen apetito, estaba alegre y apreciaba el talento del cocinero, y también el famoso vino de Lycilia. Así que la Duquesa, después del *lunch,* le propuso dar una vuelta por los alrededores; le pareció muy bien la idea. Deseó ir á caballo, porque sabía que la Duquesa era una gran amazona, pero Aleja le disuadió riendo; dijo que tenía miedo del General Ducardi, que la había recomendado de una manera especial que dejase descansar al Príncipe, y pensaba que una pequeña vuelta en carruaje descubierto le fatigaría menos. Habíase acordado á tiempo que la amazona la hacía parecer más gruesa y de más edad, y se alegró de que el Príncipe accediera. El tiempo continuaba espléndido; un sol suave en un cielo azul. El paseo tenía el atractivo

del incógnito, sin etiquetas; el Príncipe, con uniforme de diario, iba al lado de la Duquesa, que vestía un sencillo traje de terciopelo, en la elegante y ligera victoria, sin lacayos, no más que con el cochero, el cual llevaba al trote largo á los dos magníficos alazanes. El sol resplandecía sobre la grupa de los caballos, en el barnizado del coche, en los cristales de los faroles, en el sombrero del auriga, en los botones del uniforme de Othomar, y todas las chispas que brotaban se reflejaban rápidamente en los radios de las ruedas, y brillando así el carruaje, corría á lo largo del camino, atravesando aldeas cuyos habitantes saludaban á su ama, sin saber quién era el joven y sencillo Oficial sentado al lado de aquélla. El viento había secado la humedad de los últimos días, y la victoria, en su rápida carrera, levantaba ligeras nubes de polvo.

La Duquesa hablaba mucho de Liparia, del Emperador, de la Emperatriz. Tenía la intuición de lo que debía decirse y de la manera de decirlo, cuando se trataba de agradar. Su voz era un encanto. Llegaba á mostrar gran sencillez y naturalidad, especialmente cuando no lo pretendía. Instintivamente, había adoptado respecto del Príncipe para serle grata, aquella sencillez que estaba en su misma naturaleza. Mostrábase rejuvenecida; la impertinencia de moda la favorecía menos, haciéndola más vieja y más vulgar al mismo tiempo. Siendo natural, ostentaba mejor la delicadeza innata de su antigua alcurnia. El velillo de su sombrero ocultaba las nacientes arrugas de su rostro, y sus ojos brillaban como dos luceros.

El Príncipe se acordó entonces de las historias que sus ayudantes de campo—sin excluir á Dutri —referían á costa de la Duquesa; se acordó del nombre que la daban en voz baja. En aquel momento no creía en semejantes calumnias, pues por tales tenía aquellas imputaciones. Avido como estaba de simpatías, se estremecía ante el afecto que adivinaba en ella, y la exaltaba en su pensamiento, como hacía con todos aquellos á quienes amaba.

Corría el carruaje entre las viñas, cuando de pronto, in-

esperadamente casi, pasó ante un castillo semioculto entre castaños seculares.

— ¿De quién es esta posesión? — preguntó el Príncipe. — ¿Quién es este vecino, Duquesa?

—Este castillo es de Zanti, señor —respondió la Duquesa.

Se había puesto seria, pero se esforzaba en disimularlo.

—Baltasar Zanti habita aquí con su hija.

— ¡Zanti! ¿Baltasar Zanti? — exclamó Othomar con extrañeza.

Se irguió y miró con curiosidad en dirección del castillo, que se distinguía á medias detrás de los castaños.

— ¿Cómo es que viviendo aquí no oí hablar del Príncipe Zanti el año pasado, cuando vine á cazar con el Emperador y con el Duque?

La Duquesa reía.

—Probablemente porque mi marido dirigiría la caza hacia otro sitio, y si Vuestra Alteza no llegó á pasar por este paraje, fue sin duda porque Su Majestad no quería oir el nombre de Baltasar Zanti.

—Pero ninguno de los ayudantes...

La Duquesa continuaba riendo alegremente, miró al Príncipe, y siguiendo en su tono de broma, dijo:

—Verdaderamente, es raro que no tengan informes precisos acerca de los particulares del Gobierno de Vaza. Pero ahora que me acuerdo, la cosa es muy natural. El castillo estaba deshabitado el año pasado. Zanti recorría el Imperio pronunciando discursos. Vuestra Alteza me hace recordar que después le fueron prohibidos. Su nombre entonces no era todavía célebre...

El Príncipe continuaba mirando hacia el castillo, que ya había desaparecido de la vista, cuando el carruaje, al volver un recodo del camino, rozó casi con un grupo compuesto de un viejo, una joven y un perro; la muchacha era débil, pálida, delicada, vestida de pieles á pesar del sol, lo que le daba cierto aspecto de elegancia enfermiza: estaba sentada en la

hierba, y llevaba una gorrita de piel obscura en sus cabellos de un rubio dorado; con sus manos largas, desprovistas de guantes, pegaba al perro, que ladraba al carruaje, para que se estuviera quieto, y á su lado estaba en pie un anciano, alto, de aspecto extraño, vestido con una blusa gris: era una especie de gigantes gris, de luenga barba, cuyos ojos grises despedían negros relámpagos. El perro ladró; la joven saludó al reconocer á su vecina la Duquesa, sin saber que el otro era el Príncipe; el viejo miró arrugando el entrecejo, y no saludó. El carruaje pasó de largo.

—Ese es Zanti—murmuró la Duquesa.

—¡Zanti! — exclamó el Príncipe. — ¿Y desde cuándo está aquí?

—Desde hace poco tiempo: creo que los médicos recomendaron á la muchacha el aire de Vaza.

—¿Esa muchacha es hija suya?

—Sí, señor; la he visto ya otra vez; parece enferma.

—Zanti es el Príncipe Zanti, ¿no es verdad?

—Ciertamente, señor; pero Zanti á secas, según sus deseos... Los títulos, señor, no tienen importancia, á lo que parece, en el siglo XIX.

Dijo esto bromeando, pero se estremeció sin saber por qué. Sentía que Zanti hubiera venido á vivir tan cerca del castillo de Vaza. Por lo demás, observó que también el Príncipe había sufrido un estremecimiento, y sintiendo que el Príncipe se hubiese molestado, cambió de conversación para alejar de aquél la idea del reciente encuentro, y dijo:

—Veo que Vuestra Alteza está bastante mejor que esta mañana. El aire ha probado bien á Vuestra Alteza.

Pero el Príncipe permanecía silencioso, y parecía como si le agitara una súbita emoción. Cuando volvieron al castillo y se encontraron en el gabinete de la Duquesa, ésta quiso ofrecer al Príncipe una taza de té. El Duque estaba asomado á la ventana y miraba al exterior, contemplando las cabras; pero mientras preparaba el servicio de té, dorado, blasonado, la

Duquesa vió que el Príncipe se ponía lívido, blanco como la cera; sus pupilas se dilataban y miraban de una manera extraña, como sucedió por la mañana...

—¿Qué tiene Vuestra Alteza? — preguntó asustada, acercándose á él.

El Príncipe se volvió hacia ella, esforzándose en sonreir.

—Perdón, Duquesa, no tengo disculpa, pero ese hombre, ese hombre me ha extrañado... No sabía que estuviese aquí, y además la atmósfera, esta atmósfera sofocante...

Se llevó las manos á la frente; la Duquesa vió que palidecía aún más, como si se quedase sin sangre..., que iba á desvanecerse...

—¡Señor!—exclamó ella.

Pero Othomar, después de alargar el brazo como para buscar apoyo, cayó en los brazos de la Duquesa, la cual le estrechó contra su pecho, verdaderamente aterrorizada al ver que perdía el conocimiento. El Príncipe tenía la frente cuajada de sudor, cerrados los ojos, como si estuviera muerto, y la boca entreabierta, pero sin respiración.

La Duquesa estaba extraordinariamente asustada; tenía un miedo mortal de que le ocurriese algo al Duque de Xara, en aquel castillo, solo con ella; veía al Príncipe ya muerto, y se veía á sí misma en desgracia en la corte. Todo esto le pasó por la imaginación en los primeros momentos; pero después miró largo rato al Príncipe y apareció en su rostro una expresión de ternura...

El orgullo de tener sobre su seno al Duque de Xara, que reposaba semidesvanecido, y un repentino sentimiento medio materno, medio compasivo, se confundían extrañamente en su alma. Arregló suavemente los cabellos del Príncipe y le enjugó con un pañuelo la sudorosa frente... Y aquel extraño sentimiento se hizo más extraño aún, adquirió mayor intensidad en los dos elementos que le formaban, más intenso de orgullo, más intenso de amor compasivo, como el de una madre, unido al de una amante. Entonces con una sonrisa acercó el pa-

ñuelo, húmedo aún por el sudor imperial, á sus palpitantes labios. Aquel perfume pareció embriagarla como un aroma de viril juventud... Pensó en las cartas y en los retratos encerrados en el cofrecillo de plata incrustado de turquesas. Sacudió su alma una emoción profunda; asaltáronla también otros recuerdos como cenizas aventadas. Entonces, no queriendo abandonarse á aquellas emociones, alzó la cabeza, sonrió, se abandonó al presente, que la traía una nueva felicidad, y apoyó los labios en los labios de Othomar. Estuvo así un momento, cerró los ojos y le dió un beso.

Ambos abrieron los ojos al mismo tiempo. Severa, sombría, casi trágica, se hubiera dicho que ella hundía sus miradas en las de él. El no decía nada; la contemplaba con los párpados entornados. Sus mejillas se habían coloreado nuevamente. Sus ojos languidecían. Sentía abrirse ante sí lo incógnito, parecíale entrar en un mundo de cosas conocidas que brotaban de ella y que él hasta entonces ignoraba. Pero no experimentaba alegría alguna; su mirada recobraba su expresión sombría. La cogió una mano, se la estrechó de una manera particular, y con sus ojos grandes, negros, silenciosos, fijos, llenos de fuego, con el rostro inmutado aún por la sorpresa, dijo:

—He experimentado un ligero vértigo... perdóneme, Duquesa.

Ella le miró sonriendo humildemente. Su orgullo estaba satisfecho; ¡su beso había cerrado la boca al futuro Emperador! Su amor había agitado el alma del Príncipe como brisa que roza el lago, encrespa su superficie de plata y le conmueve hasta en lo profundo; ella le idolatraba por su juvenil grandeza, que había recibido el beso aquel con tanta gracia, sin decir nada, por su ingenuidad imperial, por su voz juvenil, por sus juveniles ojos, por su apretón de manos, el único que de él había recibido; y experimentaba una extraña voluptuosidad llena de orgullo: la posesión de aquella juventud ingenua, de aquella viril virginidad que ella aspiraba en sus

ojos, en sus labios, en su alma, como un licor mágico que la devolvía la juventud.

SEGUNDA PARTE

XIII

Aquel día comieron más tarde, porque esperaron á Herman y á sus acompañantes. En la mesa, la conversación giró acerca del campo y de los campesinos que lo habían perdido todo. La Duquesa permanecía silenciosa; la conversación no la interesaba, pero su silencio conservaba la dulzura de una sonrisa.

Por la noche, Othomar estudió de nuevo el mapa con Ducardi, á la luz de la lámpara. La noche era fría, las puertas estaban cerradas, la Duquesa no tenía ninguna gana de jugar al billar; estaba sentada en otra sala para hablar libremente con Dutri; parecía hermosa, con una serenidad de estatua, desnudo el seno que respiraba con regularidad, y con una sola estrella de brillantes entre sus cabellos.

Othomar seguía con un lápiz en el mapa el camino que había de seguirse.

—Podremos ir por este lado, siguiendo este camino... Vea usted, General Ducardi, y usted, Coronel Von Fest, he dado un paseo por aquí esta tarde con la Duquesa, donde creo que vive Zanti. ¿Lo sabían?

Aquellos señores miraron con extrañeza el lugar indicado.

—Creía que habitaba en el Sur, en Thracyna—dijo el joven Conde de Thesbia.

Othomar refirió lo que le había dicho la Duquesa.

—¡Zanti!—exclamó Herman.—¿Baltasar Zanti? ¿Es él? Hace poco que he hablado con un grupo de campesinos, los que me han contado una historia de cierta construcción de barracas, mandadas elevar por un nuevo propietario de estos

contornos; pero hablaban en dialecto y no les he podido comprender bien; me parece que hablaban de Zanti, pero no creí que se pudiesen referir á Baltasar Zanti. ¿De modo que se trata de él?

—¿Y qué barracas son esas?—preguntó Othomar.

—Sí, una aldea de barracas, según parece; decían que era un hombre muy rico y muy generoso, y que eran muchos los campesinos arruinados á los que había recogido.

—Recuerdo ahora haber leído en los periódicos que Zanti había venido á vivir en Vaza—manifestó Leoni.

—Quisiera ver esas barracas—dijo Othomar.—Podemos ir mañana á verlas.

—Sepa Vuestra Alteza—replicó Ducardi con las cejas fruncidas—que Su Majestad está muy disgustado con Zanti, al que ha llegado á pensar en desterrarle. Tal vez estuviera más de acuerdo con los deseos de Su Majestad el ignorar por el momento que Zanti se encuentra en estos lugares.

Othomar estaba decidido á no acceder á lo que decía el General; palpitaba en él un ardor juvenil de lucha.

—Pero, General, no es generoso ni conveniente ignorar los beneficios de nadie en los tiempos que corremos.

—Estoy seguro de que si Su Majestad supiera que Zanti está en su castillo, hubiera recomendado especialmente á Vuestra Alteza que no tuviese ninguna comunicación con ese hombre—repuso Ducardi enérgicamente.

—No estoy yo seguro de eso—replicó Othomar con sequedad,—y tengo la convicción de que si Su Majestad supiera lo que Zanti hace por las víctimas de las inundaciones, Su Majestad le perdonaría su socialismo de aficionado.

Ducardi se mordió los labios, y añadió con irónica sonrisa:

—Vuestra Alteza habla con algún desconocimiento de ese socialismo de aficionado. Las teorías y las prácticas de Zanti son algo más que meras especulaciones...

—Pero, General—repuso Othomar dulcemente,—no com-

prendo bien lo que el socialismo de Zanti pueda molestarnos —téngase en cuenta que digo en estos momentos—para apreciar lo que ha hecho, ni que sea un obstáculo para que visitemos sus barracas, ya que hemos venido á Vaza para examinar cuanto se ha hecho con motivo de las inundaciones.

Ducardi le miró furioso. No estaba acostumbrado á que le contradijese el Príncipe. Los demás escuchaban. La Duquesa misma, atraída por la discusión y por la voz de Othomar, que vibraba con el sentimiento de su juvenil dignidad, se había acercado con Dutri, movida por la curiosidad.

—General, debo conceder á mi primo que no veo mal alguno en que desee echar una ojeada á esas barracas—dijo Herman, poniéndose de parte de Othomar.

Von Fest se unió también á la idea del Príncipe, franca y lealmente; opinaba que era un verdadero deber respecto de las víctimas que Zanti había recogido. Cada cual expuso su parecer; á Leoni le parecía imposible que el Príncipe visitase Vaza y no las barracas; se diría que Su Alteza había tenido miedo de un Zanti como de un lobo carnicero. El hecho de que Othomar discrepase de Ducardi, proporcionaba á todos aquellos señores la ocasión de lanzar alguna pulla al General que, hasta aquel momento, había organizado el viaje en estilo militar autoritario que le había molestado. Hasta el mismo Dutri, que por lo general era indiferente á todo, se unió á los otros con mucha animación, porque Ducardi le usurpó el puesto en cierta ocasión. Mientras hablaba, guiñaba el ojo á la Duquesa.

Solamente Siridsen y Thesbia, que eran partidarios del General, se mostraban vacilantes, en vista de que el General parecía estar tan seguro de que la voluntad del Emperador hubiese sido opuesta á los deseos de su hijo, Thesbia especialmente.

—No comprendo la insistencia del Príncipe—murmuraba á la Duquesa.—Ducardi tiene razón; usted misma conoce la disposición de ánimo del Emperador respecto de Zanti...

La Duquesa sonrió y se encogió de hombros, volviéndose hacia Othomar, al que escuchaba, mientras que él se defendía, sostenido por las exclamaciones de los unos, apoyado por los signos de aprobación de los otros.

—En fin—respondió con sequedad Ducardi,—puesto que Vuestra Alteza quiere ir de todos modos, iremos; espero, sin embargo, que Vuestra Alteza se acuerde siempre de que yo no he estado de acuerdo en esta circunstancia.

El Duque de Xara le contestó con una sonrisa; después de la victoria fue el primero en ofrecer la paz; aceptó con lisonjeras demostraciones todo el plan del viaje estudiado por Ducardi, felicitando á éste por su tacto y buen acierto.

—Puede ser que no tenga las condiciones de un gran General—murmuró Dutri á la Duquesa;—pero podrá llegar á ser un diplomático excelente.

Ducardi, á pesar de todo, continuaba enojado. Pensó por un momento en pedir órdenes al Emperador mediante un telegrama cifrado, pero desechó la idea por la mala impresión que podía hacer en palacio el que no se dejase al Príncipe alguna libertad en un asunto de poca importancia. Se esforzó, no obstante, en disuadir al Príncipe á la mañana siguiente de la realización de la visita, pero Othomar no quiso dejarse convencer.

—¿Por qué es usted tan enemigo de esa visita?—preguntó Von Fest á Ducardi.—¿No obedecerá quizá la resolución del Príncipe á una corazonada más bien que á un acto reflexivo?

—No conoce usted la antipatía de Su Majestad hacia semejante hombre, Coronel—respondió el General.—Como ya he dicho, Su Majestad piensa en desterrarlo, y lo hará sin duda cuando se entere de que se ha refugiado en su castillo, seguramente con intención de sublevar á los campesinos, como ya sublevó á los obreros de la ciudad. Ese hombre es un fanático peligroso, Coronel; peligroso porque tiene dinero para realizar en la práctica sus utopias. Excita al pueblo para que

se resista al servicio militar bajo pretexto de que está escrito: *No matarás*. El matrimonio es para él un sacramento inútil, y me han asegurado que sus discípulos se presentan ante él sin más ceremonias para que les una en matrimonio con una especie de bendición que ha sacado de no sé qué texto. Escribe además folletos socialistas, que han sido secuestrados; pronuncia discursos incendiarios. ¡Y semejante hombre ha sido presentado como candidato para la Cámara de los Estados!

—¡Uno que reniega de su título, miembro de la Cámara de los Estados!—exclamó Von Fest.

—Las incoherencias abundan en su doctrina—replicó Ducardi.—Él se dirá, sin duda, que hasta que no haya algo mejor que la tal Cámara, desea ser miembro de ella. ¡Ese es el hombre á quien quiere visitar el Príncipe heredero!

Von Fest se encogió de hombros.

—Déjelo usted hacer, General. El Príncipe es joven; quiere ver y aprender. Eso le formará.

—Pero la cosa disgustará al Emperador—exclamó el General con un juramento.

Von Fest volvió á encogerse de hombros.

—No vuelva usted á intentar disuadirlo de sus ideas cuando al Príncipe se le ocurra algo; déjelo usted hacer lo que le parezca. Eso le conviene, y si se gana una chillería de su padre, le vendrá bien asimismo á modo de reacción.

—¿Qué piensa usted de nuestro Príncipe?—preguntó bruscamente Ducardi, mirando cara á cara al Coronel.

Von Fest miró á su vez al General con una sonrisa, fijando sus ojos en los de su interlocutor. Era leal y sincero, pero bastante cortesano para disimular cuando lo juzgaba necesario.

—Es un joven muy simpático—respondió,—pero la vida... ha de enseñarle aún muchas cosas para evitarle disgustos... en el porvenir.

El General y el Coronel se habían comprendido. Ducardi suspiró hondamente.

—Sí, han de venir tiempos difíciles—exclamó lanzando una interjección.

—Sí—repuso sencillamente el Coronel gothlandés.

Los Príncipes montaron á caballo y emprendieron el mismo camino recorrido el día anterior por la Duquesa y Othomar en dirección al castillo de Zanti. Leoni se había adelantado para informarse de la situación de las barracas; era preciso andar una media hora; las montañas parecía que se alejaban, el camino iba dando vueltas y revueltas. De pronto se vió en el horizonte el Zanthos; la amplia extensión inundada, formaba un gran lago que á los rayos del sol ofrecía un calor alegre, primaveral.

—Hemos llegado—dijo Leoni.—Y señalaba con la mano una especie de población formada por edificios de madera recientemente construídos, que despedían un olor á madera fresca transportado por la brisa. Cuando los visitantes estuvieron más cerca vieron leñadores, albañiles, constructores de tejas, vacas de largos cuernos. Reinaba una gran actividad y los trabajadores cantaban alegremente una especie de salmos.

Ducardi, que tenía la costumbre de marchar á la cabeza, á la izquierda del Príncipe heredero, refrenó su caballo intencionadamente para esperar á los demás acompañantes. Othomar, que observó aquel acto, lo juzgó mezquino é indigno de él, y dijo á Thesbia:

—Pregunta si está aquí Zanti.

El Oficial de órdenes se lo preguntó á una especie de vigilante; ninguno de los obreros había saludado, pero los acompañantes del Príncipe quedaron en la duda de si le habían reconocido. El vigilante manifestó que Zanti era «Zanti» á secas.

—Está bien, vete á llamarlo.

El hombre se alejó y tardó bastante en regresar.

Othomar, esperando á caballo con su séquito, comenzaba á encontrar difícil su posición; perdía su tacto, volvía á tomar su altiva rigidez, hablaba á Herman con alguna impaciencia.

Comprendía que era difícil esperar cuando no se tiene la costumbre de ello. Estaba nervioso, lo mismo que su caballo, el cual no hacía más que dar cabezadas y tirar de las riendas, como si quisiese continuar su camino.

Pero por fin apareció Zanti, que venía con el vigilante, despacio, sin apresurarse. Miraba de lejos, poniéndose una mano en los ojos, al brillante grupo de los Oficiales á caballo; se detuvo y preguntó algo al vigilante; después siguió mirando.

—¡Extraño personaje!—murmuró Thesbia.

Y se adelantó con viveza al encuentro de Zanti, á quien manifestó que Su Alteza Imperial el Duque de Xara deseaba ver las barracas.

—No son barracas—manifestó Zanti con rudeza.

—¿Qué dice usted?—preguntó Thesbia con altanería.

—Son habitaciones—replicó secamente Zanti.

Thesbia se encogió de hombros con displicencia. Pero el Príncipe heredero, que se había adelantado, saludó á Zanti, sin que éste hiciese la menor inclinación de cabaza.

—¿Permite vuecencia que echemos una ojeada sobre lo que aquí se ha hecho en favor de las víctimas de las inundaciones?—preguntó Othomar con mucha suavidad y cortesía.

—No tengo excelencia—respondió el viejo sin levantar la voz;—pero si deseáis ver, me es indiferente.

Zanti eludió de esta manera el tratamiento.

—Perfectamente—replicó Othomar con alguna dureza;—pero no lo haremos sin su completo beneplácito. Usted es el amo en su casa, y si nuestra visita no le agrada, no le impondremos á usted nuestra presencia.

Zanti le miró y dijo:

—Repito que si queréis ver, podéis hacerlo. Pero no hay aquí gran cosa que ver; todo es muy sencillo. No hacemos misterio de nuestras obras. Y el terreno no me pertenece, es propiedad de todos.

Othomar se apeó y los demás hicieron lo mismo. Leoni y Thesbia encontraron, no sin algún trabajo, algunos mucha-

chos que consintieran en tener de las riendas á los caballos previa promesa de una propina.

Othomar y Herman marcharon delante con el viejo.

—Sé que usted hace mucho bien para aliviar la desgracia de las víctimas de las inundaciones—dijo Othomar.

—La inundación no es una desgracia—replicó Zanti.

—¿Qué no es una desgracia?—preguntó Herman sorprendido.—¿Pues qué es entonces?

—Un justo castigo del cielo. Y todavía hemos de ver peores castigos. El siglo es pecador.

Los Príncipes cambiaron una rápida mirada; comprendían que la conversación no había de dar gran cosa de sí.

—Pero á los pecadores que castiga el cielo, usted les presta ayuda, señor Zanti—dijo Herman,—puesto que estas barracas...

—No son barracas, son graneros, oficinas y habitaciones provisionales. Aquí se levantará más adelante una colonia, si Dios quiere. Se vivirá sencillamente del trabajo. La vida es sencillísima, pero los hombres la han hecho complicada.

—Y usted recibe también á los campesinos que se han quedado sin nada en la inundación—añadió Herman.

—No los recibo: si ellos se dan cuenta de sus pecados, vienen á mí y yo les salvo de la ruína.

—¿Y no vendrán tal vez más que por el sentimiento de sus pecados, porque saben que han de ser alimentados y albergados de balde?

—No viven de balde, ¡trabajan!—replicó el viejo,—y quizá mejor que los que pasean luciendo sus uniformes. Reciben su salario de la casa común, después de su trabajo. Construyen y yo con ellos. ¿Veis este árbol y esta hacha? Pues aquí estaba yo trabajando cuando habéis venido á interrumpirme.

—Es un buen ejercicio corporal— dijo Herman; — parece usted un hombre sólido.

—¿Decía usted que van á construir aquí una colonia?—preguntó Othomar.

—Sí, señor. Las ciudades están corrompidas, la vida del campo fortifica. Aquí estarán las casas; más lejos el terreno para fabricar, que les he dado, y los prados; después les compraré ganado.

—Por lo visto, lo que trata usted es de alistar campesinos—dijo Herman.

—No, señor—respondió con rudeza el viejo.—No alisto campesinos; no son campesinos míos. Son hombres libres que trabajan por cuenta propia, y yo soy un simple obrero como ellos. Somos iguales todos.

—Usted es un simple obrero—replicó Herman;—pero, sin embargo, vive usted en un castillo.

—No, joven—repuso Zanti,—no vivo en un castillo; vivo aquí: en él habita únicamente mi hija. Está enferma y no podría soportar las privaciones ni este cambio de vida; pero mi hija no vivirá mucho tiempo.

Alzó la cabeza y vió que los Príncipes le miraban conmovidos casi.

—Creo que es mi única debilidad—añadió Zanti, como excusándose.—Mi hija es mi pecado: por ella he llamado á médicos y me fío de lo que dicen y de lo que prescriben. Ella no puede hacer mi vida; su sangre está muy inficionada del pasado. Necesita para vivir un castillo, riquezas... Por eso la dejo allí... Pero no vivirá mucho tiempo, y entonces venderé y repartiré entre ellos mi dinero. Ya lo véis, es mi debilidad, mi pecado: no soy más que un hombre.

Los Príncipes le miraban: estaba agitado, le temblaban las manos. Después, pareciéndole sin duda que había hablado demasiado acerca de lo que tan hondamente le afectaba, de su pecado, mostró á sus acompañantes lo que estaba construído, dándoles explicaciones.

—He leído alguno de sus folletos, señor Zanti—dijo el Príncipe heredero;—¿ha puesto usted en vigor sus ideas acerca del matrimonio?

—No pongo en vigor ninguna idea—murmuró el viejo.—

Las dejo libres. Si quieren casarse con arreglo á vuestras leyes, pueden hacerlo; pero si vienen á mí, los bendigo y los despido en paz, según lo que está escrito: «Más os diré: si dos de entre vosotros se entienden en la tierra para realizar algo, lo que hayan deseado lo recibirán en nombre de mi Padre, que está en los cielos... Cuando dos ó tres se reunen en mi nombre, yo estoy entre ellos.»

—¿Y cómo gobierna usted así un gran número de discípulos?—preguntó Herman.

—Yo no gobierno, señor — exclamó el viejo enfurecido, con los puños apretados y el rostro rojo por la cólera.—Yo no soy en nada más que ellos. El padre es la autoridad en su casa, y los viejos aconsejan porque tienen mayor experiencia, he aquí todo. La vida es muy sencilla.

—Tal como usted la presenta, pero no como es en la realidad—replicó Herman.

Zanti le miró irritado, calló un momento para poder contestar mejor, y después exclamó con violencia:

—¿Y encontrais que las cosas son en la realidad mejores de como yo las presento? Yo no, y espero confiadamente en que mis ideas llegarán á ser la realidad; llega al turno de los demás; vuestra realidad ha durado bastante...

Othomar iba á responder con altivez; pero el anciano se volvió hacia él dulce y severo, y con aquel acento vibrante y fanático que hacía estremecer al Príncipe, añadió:

—En cuanto á vos, señor, os compadezco. No os odio, como tal vez creais. No odio á nadie. Cuanto más envejezco, menos puedo odiar, y tanto más aumenta en mí la misericordia. Mirad, siento en vuestra voz, veo en vuestros ojos algo que me atrae, señor. Os lo digo lealmente; tal vez cometo una gran falta al decir lo que digo á mi futuro Emperador. Pero así es: hay en vos algo que me atrae. Me inspirais compasión. ¿Sabéis por qué? ¡Por qué llegarán los tiempos!

Señaló al cielo con la mano solemnemente, y prosiguió:

—Sí, la hora llega. Harto pronto tal vez. Si no llega du-

rante el reinado de vuestro padre, llegará seguramente durante el vuestro ó el de vuestro hijo. Porque no tenéis bastante amor á vuestro pueblo. No le amais aún lo bastante para decirle: Soy como tú, y nada más. No quiero poseer más que los otros, porque no quiero lo superfluo, mientras los demás se mueren de hambre. No quiero dominar sobre los demás, porque soy un hombre como todos ellos, y dominar no es humano. ¿Sois humano? Si sois humano, podréis reinar, sí, sí... Ya véis ¡oh joven! que jamás tendréis bastante amor á vuestro pueblo para hacer todo esto, y más aún. Reinaréis y tendréis lo superfluo, y haréis la guerra. ¡Pero llegarán los tiempos...! Por esto es por lo que os compadezco..., aun cuando tal vez no lo debiera.

Othomar se había puesto lívido; el mismo Herman se estremecía, tal vez más á causa de la voz de oráculo del viejo, que predicaba la ruina de la soberanía de los Príncipes, que por las palabras mismas... Herman se repuso al punto, y dijo desdeñosa y altivamente:

—No puedo alabar su cortesía respecto de los que son sus huéspedes, señor Zanti, y digo sus huéspedes, sin tener en cuenta á Su Alteza Imperial.

Zanti se volvió hacia Othomar.

—Perdonadme—dijo.—Hablo con buena intención. Vuestros ojos son los de mi hija; por eso he hablado así.

Herman se echó á reir.

—Ciertamente que es una razón poderosa, señor Zanti.

Othomar le hizo una señal para que no continuase en aquel tono burlesco, y con una mirada tranquilizó á sus acompañantes, que habían escuchado la peroración de Zanti con indignación mal reprimida; pero las últimas palabras del viejo, dichas con gran emoción á Othomar casi en voz baja, hicieron que el enojo se trocase en asombro, y que todos consideraran al profeta como un extravagante, cuyas frases acerca de la Majestad Imperial no podían ser tomadas en serio por el Príncipe, á causa de su bondad de alma. Y aquellos personajes se miraban

frunciendo las cejas y encogiéndose de hombros. Dutri refunfuñaba. Othomar, con mucha calma, preguntó á Zanti si no irían más adelante.

La colonia estaba en sus comienzos, si bien empezaba ya á elevarse alguna casa; los castaños habían sido derribados, y los campesinos trabajaban á centenares.

El grupo de los Oficiales excitó una gran curiosidad; habían reconocido á los Príncipes. Los obreros dejaban el trabajo y se volvían á ver los uniformes.

Los Príncipes y su comitiva tuvieron instintivamente consciencia de la hostilidad que experimentaban hacia ellos los campesinos de Zanti. Los visitantes dirigían aquí y allí preguntas acerca de las desgracias sufridas; las respuestas eran rudas, lacónicas, con alusiones á la voluntad de Dios, como ecos de las palabras de Zanti. En aquel lugar no hubiera sido posible hablar de socorros pecuniarios. A decir verdad, nada era lo que podía enseñar Zanti. La visita comenzaba á ser penosa para Othomar, tal vez por un sentimiento de majestad ofendida, habituado como estaba ya á ser acogido con respeto como á futuro Soberano; la crudeza de Zanti, la rudeza de sus campesinos, la compasión del viejo, le herían más de lo que él mismo quisiera. Comprendía que allí no veían en él al Príncipe heredero, amante de su pueblo, al que quería amparar y conocer y proteger, sino al hijo de un tirano que á su vez había de ser también tirano. Pensaba que Zanti podía considerarse como un apóstol de paz, pero que la paz no reinaba entre sus discípulos; y cuando miraba aquellos rostros sombríos, veía que el odio brillaba en aquellos ojos que relampagueaban.

Experimentaba en el pecho una gran opresión; le acongojaba el sentimiento de su impotencia para dulcificar aquel mundo de miseria y de infelices inconsolables que se encorvaban hasta el suelo. Aquella miseria, aquellos dolores, no de uno, sino de miles de millones. Miradas iracundas se multiplicaban en torno suyo; cada individuo de su pueblo le pedía la

felicidad, la exigía y no la alcanzaba; le parecía que le acribillaban con aquellas miradas de odio.

Sentíase desfallecer de repentina, de infinita desesperación. Ya no esperaba nada, aquello era el fin. Y no se asombraba de nada; no, nada podía asombrarle...

Un hombre barbudo, con desencajado rostro, se dirigió hacia Othomar disimuladamente, y de pronto, lleno de un odio inmenso, se arrojó sobre él. El Príncipe sintió una pestilente bocanada de tabaco, y vió brillar junto á su cuello un largo cuchillo, empuñado por una mano enorme.

Dió un grito. Inmediatamente se oyó una detonación.

El hombre lanzó una blasfemia, rechinó los dientes y cayó moribundo. Sus sesos saltaron en rededor, yendo á manchar el uniforme del Príncipe. Y el hombre yacía á sus pies, en el suelo, sin vida ya, con el cuchillo apretado aún entre sus velludos dedos; toda la escena se desarrolló en un segundo.

Von Fest era el que había disparado con su revólver. El Coronel se irguió en toda su estatura y miró en rededor, en actitud amenazadora, con el revólver en la mano. La muchedumbre permanecía inmóvil, sorprendida ante aquella escena.

Zanti, aturdido, se inclinó sobre el cadáver: entonces comenzó á hablar, mientras que los Oficiales, consternados, rodeaban al Príncipe.

Zanti decía dirigiéndose al cadáver:

—Descansa en paz si te es posible.

Miraba al muerto con inmensa tristeza, inclinaba la cabeza, y las lágrimas brotaban de sus ojos.

—No matarás—se le oyó murmurar.—Aún no lo sabía éste, ¡ninguno lo sabe todavía!

Sus ojos grises claros se obscurecieron y miraron con expresión de verdadera locura; por un momento pareció que no sabía lo que hacía. Se dirigió á su árbol, y sin volverse á ocupar de los Príncipes, comenzó á dar hachazos con furia, sin descanso.

Los Oficiales se dirigieron tristemente en busca de sus ca-

ballos. Dutri se volvió hacia el cadáver, que estaba ya rodeado de campesinos, y vió á una mujer que se lamentaba, alzando los brazos al cielo, desesperada, gimiendo, gritando y enseñando el puño al Ayudante, que volvió la espalda.

Othomar no había dicho nada. Oía los lamentos de la mujer y se estremecía. Ducardi, sumamente turbado, le preguntó:

—¿Volveremos al castillo de Vaza, señor?

El Príncipe miró al General con altivez. En aquel momento se acordó de que Ducardi se había opuesto resueltamente á la visita. Hizo un signo negativo, y buscó con los ojos á Von Fest; con los párpados entornados miró al Coronel, profundamente triste, conmovido, casi como censurándole.

Le tendió la mano.

—Gracias, Coronel—dijo con voz ronca.

El Coronel estrechó la mano del Príncipe.

—A las órdenes de Vuestra Alteza—respondió con militar concisión.

—Y ahora vamos al Zanthos—añadió Othomar, y embridó el caballo.

Pero el veterano General no era ya dueño de sí mismo. En aquellos últimos momentos había experimentado en el fondo de su corazón aquel amor, transmitido por herencia de sangre, hacia la familia imperial; aquel amor que era como parte de sí mismo, como parte de su alma. Por tal amor, sus antepasados habían sacrificado su vida sin vacilaciones, y abriendo sus brazos estrechó fuertemente contra su corazón á Othomar, henchido de júbilo al verle vivo, arañándole la cara con los botones de su uniforme y repitiendo entre sollozos:

—¡Querido Príncipe, querido Príncipe!

XIV

La noticia del atentado contra Othomar fue conocida en el castillo de Vaza antes del regreso de los Príncipes; los campesinos del Duque dieron muchos pormenores á los criados del castillo, y dijeron que el Príncipe estaba gravemente herido. La Duquesa, al pronto no quiso dar crédito á la noticia, pero después, llena de angustia y de incertidumbre, comenzó á correr como loca por los pasillos. Pensó, por último, que las noticias debían ser exageradas, puesto que si Othomar hubiese sido herido, se hubieran apresurado á transportarle al castillo; esta reflexión la tranquilizó y esperó con más serenidad.

El Intendente, que había ido á Vaza, volvió alarmado; en la ciudad reinaba gran agitación; la multitud se agolpaba ante las puertas de las redacciones de los periódicos para comprar los extraordinarios que daban cuenta del atentado en pocas palabras, añadiendo que faltaban los detalles. La Duquesa pensó que en aquel memento ya se sabría la noticia en Lipara, y temblaba tanto por la desgracia que pudiera haber ocurrido á Othomar, como por la desgracia en que ella misma incurriría cerca de la Emperatriz.

Así fue que cuando por fin vió desde la ventana en que estaba asomada á los Príncipes y á sus acompañantes, que venían á lo lejos, no pudo contenerse y salió á su encuentro al patio. En seguida vió que Othomar volvía sano y salvo. El Duque de Xara se apeó, la dió la mano y sonrió; ella se la besó, inclinándose, apasionadamente, y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Llegó al poco rato el Intendente jefe, y manifestó á Othomar, en nombre de todos los servidores del Duque, la alegría que experimentaban al ver que el Duque de Xara había sido

resguardado por la gracia de Dios y la ayuda de San Ladislao.

Ducardi, que no había tenido aún tiempo de telegrafiar, mandó inmediatamente á Vaza un despacho para el Emperador, añadiendo que después del atentado, el Príncipe, muy sereno, había continuado la excursión proyectada. Durante la comida, la conversación fue sumamente animada; la Duquesa estaba muy excitada, quiso saber los menores detalles, y medio abrazó á Von Fest.

El Príncipe brindó por su salvador, al que todos felicitaron. Después Ducardi, en voz baja, aconsejó á Othomar que se retirase pronto á descansar. El General estaba conmovido; se hubiera dicho que el pensamiento de haber corrido el riesgo de perder al Príncipe hacía que lo quisiese más. Herman aconsejó también á su primo que descansase.

Othomar mismo había vuelto tranquilo, pero experimentaba en todo su sér un gran cansancio, que se notó en su voz cuando brindó por Von Fest. Así, pues, siguió aquellos consejos; se retiró á su habitación y se apresuró á desnudarse; el uniforme manchado que se quitó antes de la comida colgaba de una silla, y se estremeció viéndole al pensar que lo había llevado puesto toda la tarde.

—Quema ó tira pronto ese uniforme—dijo á Andrés, el cual, turbado aún, sollozaba nerviosamente mientras ponía orden en el cuarto.

En traje de casa, Othomar se dejó caer en una silla del saloncillo anejo á su alcoba. También era una habitación histórica; cubrían las paredes tapices que representaban la historia de Liparia: el Emperador Berengario I entrando triunfalmente en Jerusalem al frente de sus cruzados, que llevaban banderas blancas; la Emperatriz Xaveria, montada en un caballo cubierto de oro, ante los muros de Altara, y cayendo después muerta por una flecha turca.

El Príncipe estaba medio distraído mirando los tapices.

Experimentaba una tranquilidad de muerte: nada le im-

presionaba, nada le atraía. Recorría con la mente toda la historia de Berengario y de Xaveria. Conocía las flechas; las escenas se sucedían, se amontonaban ante su vista como en un caleidoscopio, con los colores pálidos de las obras de arte antiguas. Se veía á sí mismo, jovenzuelo, en el palacio imperial, en una habitación austera, trabajando sin descanso; veía el sucederse de los profesores: lenguas, historia, economía política, derecho de gentes, estrategia; él había amontonado, acumulado todo aquello en su cerebro joven; él mismo se lo había fabricado como una torre. Para variar, la instrucción militar, los ejercicios, la equitación, la esgrima, bajo la alta dirección de Ducardi, que le aprobaba ó le reprendía. Jamás había conseguido dominar la aritmética; nunca logró entender nada del álgebra, y lo mismo de química y de física. Por algún tiempo se aficionó al estudio de la mineralogía, de la zoología y de la botánica, después se apasionó por la astronomía. Más adelante, los estudios de Derecho en la Universidad.

Recordaba también sus primeras satisfacciones de niño y de adolescente: á los nueve años, cuando fue nombrado Teniente de la guardia del trono; después, cuando recibió de la Reina de Inglaterra la orden de la Jarretiera, del Emperador de Alemania la del Aguila negra, de la Regente de España el Toisón de oro. Sus infantiles alegrías iban siempre mezcladas con un poco de angustia al pensar en los posibles deberes anejos á la Jarretiera ó al Aguila negra, deberes que pasaban vagamente ante sus ojos, en los que no se atrevía á penetrar, y menos en preguntárselos á su padre ó á Ducardi. Poco á poco el peso de los deberes había aumentado, y en la actualidad era abrumador...

Sí, le oprimía el pecho. Pero no se movía; extraordinariamente tranquilo. Pensaba entonces de nuevo en Von Fest, en la Duquesa... Ayer, aquel beso... Él se había abandonado en el seno de ella, y ella le había abrazado y contemplado con sus apasionados ojos. Y lo que referían los Ayudantes de campo no era cierto...

Después se producía en él como una ola furiosa, que estrellaba sus espumas sobre su calma de muerte...

¿Por qué le odiaba aquel hombre? ¿Por qué había querido matarle, degollarle como á una bestia? Vibraba en él el orgullo, orgullo y desesperación. ¡Aquel hombre le había agarrado, habíale apestado con su aliento; á él, al Príncipe heredero, al Duque de Xara! Rechinaba los dientes de rabia. ¡Berengario I no hubiera soportado aquello! ¡Que le corten la cabeza! ¡Que le corten la cabeza! ¡Oh! ¡Aquella plebe ignorante que se alza en contra de ellos, que pretende llegar al trono, que había angustiado á la Emperatriz!... ¡Con qué altivez la miraba, desde lejos, desde lo alto de su calma imperial!...

¡Cuánto la odiaba! ¡La odiaba con el odio de su raza hacia aquellos que hoy eran libres y que un tiempo habían sido sus esclavos! ¡Cómo la hubiera sepultado cada vez más en lo hondo!

Miró en dirección de Xaveria. ¡También fue herida aquella guerrera esforzada y cayó muerta por la flecha de un soldado turco! ¡Y también él aquella mañana, si no hubiera sido por Von Fest!...

Se echó hacia atrás, escondió el rostro entre las manos y lloró. ¡No, no, no! ¡No fusilar, no matar, no odiar! No era él de los que defendían eso. Podría dejarse arrastrar por un instante, pero no era de esos. Amaba á su pueblo, le estaba reconocido de los aplausos que le había tributado cuando pudo ayudarle. Jamás mandaría disparar contra su pueblo. Ahora se reconocía á sí mismo. ¿Había acaso en su alma hacia todo aquel pueblo, hacia aquellos millones de personas de los cuales no había visto más que algunos miles, y de los cuales apenas si conocía unos centenares, otra cosa más que un amor grande, que se dirigía especialmente á los pobres? ¿No era esto lo que había pensado en la lúgubre noche de la plaza de Santa Teresa? ¿Había en él odio ni violencia? No, no; era sensible, demasiado tal vez, demasiado irresoluto; pero cuando tuviera más edad sería más fuerte; sabría querer, haría á

todos felices. ¡Oh! ¡Si ellos también le amasen, si en aquella masa humana que ondulaba, negra, espumante, infinita, semejante á una vía láctea de almas palpitantes, despidiese cada alma el fuego que á él le animaba, si le amasen! ¡Pero aquéllos no debían odiarle, ni mirarle con ojos inyectados de odio, ni estrangularle con sus vellosos dedos, ni querer asesinarle; ¡oh, Dios! querer degollarle como á un cordero con un cuchillo, á él, al futuro Soberano!

Y pensaba que aquellos no le conocían, no le comprendían, que todos aquellos hombres no le amaban, que le odiaban, nada más que por instinto, porque había nacido en las gradas del trono.

Y su descorazonamiento no tenía límites; veía aproximarse de lejanas regiones un desierto de noches negras, y sollozaba, sollozaba como un niño desconsolado, porque era así, y su desesperación aumentaría á medida que el tiempo le aproximaba á su porvenir de Emperador y al porvenir de todo, al día fatal que alumbraría la destrucción del mundo antiguo.

Llamaron á una puertecilla, que se abrió suavemente.

—¿Quién es?— preguntó sorprendido ante esta infracción de la etiqueta, no comprendiendo cómo no había entrado Andrés para anunciar al visitante.

—Si Vuestra Alteza lo permite...

Reconoció la dulce voz de la Duquesa, se levantó y se acercó á la puerta.

—Entre usted, Duquesa—dijo.

La Duquesa entró vacilando; para atravesar los helados corredores del castillo, se había echado sobre los desnudos hombros una larga capa.

—Perdone Vuestra Alteza si me atrevo..., si vengo á incomodar.

El Príncipe se sonrió, se excusó por su traje, sorprendido, turbado. Aleja vió que tenía húmedos los ojos.

—Soy indiscreta — dijo;— pero no he podido contenerme; quería ver por mí misma cómo estaba Vuestra Alteza. Tal vez

he querido sorprender á Vuestra Alteza; ni yo misma lo sé. Algo me impulsaba... No podía menos de venir; Vuestra Alteza es mi huésped y mi Príncipe; tenía impaciencia por tener noticias propias. Durante la comida, Vuestra Alteza estaba tranquilo, pero se me figuraba...

Su voz se deslizaba con uniforme dulzura como gotas de un bálsamo.

El Príncipe la invitó á sentarse, sentóse ella, y él se sentó á su lado; cayó la capa que la cubría, y Aleja, con su desnudo seno, apareció tan hermosa como una sirena. Othomar observó que la Duquesa no llevaba las joyas que había lucido en la comida.

—He querido venir sin que nadie me vea, y por eso he llamado en aquella puerta — dijo la Duquesa,— para decir una vez más á solas, sin que nadie me oiga, la alegría que he experimentado al ver á Vuestra Alteza en salvo...

Su voz templaba, sus negros ojos estaban húmedos; la luz que desprendían los candelabros de plata hacía que brillase la seda de su vestido, y proyectaba un suave resplandor, velado por ligeras sombras sobre las líneas del rostro y la sinuosidad del seno de la dama.

Cogió una mano del Príncipe, y estrechándosela, preguntó:

—¿Lloraba Vuestra Alteza cuando yo he entrado?

El Príncipe seguía derramando lágrimas, y los sollozos le estremecieron.

—¿Por qué?—volvió á preguntar Aleja.— ¿Soy tal vez indiscreta?

Él la miró, y en aquel instante se sentía dispuesto á decirlo todo. Se contuvo, sin embargo, pero la dió la esencia de su dolor.

—Estaba triste—dijo—porque me parece que todos me odian. Nada hay más doloroso que el odio.

La Duquesa le contempló en silencio largo rato; sentía aquel dolor, lo comprendía con su tacto de mujer, con su instinto de dama de la corte, educada en inmediato contacto con

los Soberanos. Comprendió á Othomar; era el Príncipe heredero; debía sufrir el dolor inherente á su rango; tenía que apurar el cáliz de amargura de los Emperadores. Recordaba lo que ella misma había sufrido tantas veces y tan intensamente á causa de su amor, como mujer apasionada; comprendía que el dolor de Othomar era diferente del de ella, pero le espantaba, sin embargo, puesto que él era tan joven todavía, y no sufría por sí mismo, sino por los millones de almas de su Imperio. Ella había sufrido de desamor, y él también. Comprendíalo así en su exquisito corazón de mujer.

Un estremecimiento de compasión semejante á un placer desconocido agitó su corazón, y con acento de dulzura infinita dijo:

—No todos odian á Vuestra Alteza.

Reconoció el Príncipe en ella las apasionadas miradas del día anterior. Se acordó del beso. La miró largo rato como dudando aún ante el incógnito. Por fin abrió los brazos, y con ahogado grito de desesperación, con la sed que tenía de consuelo, exclamó entregado á sus sentimientos:

—¡Oh Aleja!...

Ella sonrió radiante, se arrojó en los brazos juveniles de Othomar, y le estrechó contra su desnudo seno. Había experimentado los sentimientos de una amante, unidos á los de una madre; pero cuando el Príncipe se abandonó á ella en un arranque de pasión desesperada, se sintió no más que amante. Sabía que aquel sería su postrer amor, y se sentía orgullosamente triste, experimentaba una alegría diabólica. Sus besos caían como granizos sobre los ojos del Príncipe.

Y aquella noche unieron en su amor la amargura de su común sufrimiento; los dos buscaban, uno en otro, el consuelo de la vida.

XV

A Su Alteza Imperial Othomar, Duque de Xara en Lycilia.

Lipara, Palacio Imperial, Abril de 18...

«Querido hermano: Antes de que lo sepas por los periódicos quiero decirte que nuestro buenísimo padre y Emperador, con motivo de haber cumplido yo los once años, me ha nombrado Caballero de San Ladislao, verificándose el acto en la sala de los Caballeros del Palacio. Puedes comprender lo que me ha enorgullecido la ceremonia; no te diré nada, porque recordarás lo que te sucedió á ti. Me conmoví mucho cuando fuí procesionalmente entre los Caballeros del Gran Manto Azul á postrarme de rodillas ante el trono de nuestro padre; vestía yo mi uniforme de Teniente de la guardia. El heraldo, Marqués de Ezzera, llevaba en un almohadón el reglamento de la orden sobre el cual he jurado. Debo parecer algo bajo con mi manto, pero mi cruz de San Ladislao es casi tan grande como las de los demás; pensé que todos aquellos señores me miraban de alto á abajo, y que no era muy divertido ser el héroe de la fiesta de aquel día; pero como soy el más joven de los Caballeros, natural es también que sea el más pequeño. La espada que me ha regalado nuestro padre es algo menor que la de los demás Caballeros, pero es igualmente magnífica y está adornada con piedras preciosas. Creo, sin embargo, que la empuñadura de la tuya está cincelada con mayor esmero; pero cuando tenga diez y ocho años—todavía me faltan siete —tendré otra espada y, comc es natural, otro manto.

»Mamá se puso muy nerviosa y agitada cuando supo el atentado contra ti, y hubiera querido que regresases inmediatamente, porque le parece que no estás seguro, pero no com-

prende que la cosa es imposible. ¿Pero dónde está nuestra seguridad? En la guerra, no; en palacio, tampoco. Creo que á ti no te preocupará el peligro; pero, naturalmente, mamá es mujer y no piensa como nosotros. También la tienen inquieta las rebeliones y el estado de sitio; á mí me divierte mucho todo esto; no se ven más que militares. Von Fest es un bravo; tendré mucho gusto en estrecharle la mano y darle gracias; pero como ahora no puedo hacerlo en persona, te ruego encarecidamente que lo hagas en mi nombre y sin tardar. Ya habrás sabido por el General Ducardi que papá quiere nombrar á tu salvador Comendador del Cetro Real; es lástima que no podamos hacerle Caballero de San Ladislao; pero para esto hubiera tenido que ser lipariano y no gothlandés.

»Tengo que terminar, querido hermano, porque el Coronel Fasti me espera para la lección de esgrima. Da mis cariñosos recuerdos á Herman y al General Ducardi; saluda á los demás y recibe un abrazo de tu cariñoso hermano,

BERENGARIO,

Marqués de Tracyna, Caballero de San Ladislao.»

XVI

Verificábase la apertura del nuevo Parlamento. Lucía un sol radiante.

Las tropas cubrían la carrera desde el Parlamento hasta el palacio imperial. Detrás de los soldados la muchedumbre se apiñaba y lanzaba exclamaciones; en balcones y ventanas se agolpaban racimos de personas. El fuerte Wenceslao disparó un cañonazo que repercutió en el mar, anunciando que el Emperador regresaba á palacio; los soldados iban presentando armas al paso del cortejo.

Delante marchaban seis escuadrones de lanceros con uniforme azul y blanco, y ondulantes banderolas en las puntas de las lanzas. Toda la guardia del trono, uniformada de blan-

co, con brillantes corazas de oro, en caballos negros y la alabarda en mano, custodiaba las carrozas de gala que rodaban suavemente tiradas por seis y ocho caballos empenachados, y ostentando la doble corona del Imperio. En la primera carroza iba el gran maestre de ceremonias, Conde de Threma; en la segunda, tirada por ocho caballos y acompañada por las aclamaciones de la multitud, el Emperador, con su uniforme cuajado de oro, con el manto de armiño forrado de escarlata, y ceñida en la frente la corona... Era la primera vez que el pueblo veía coronado al Emperador.

Y le aplaudían. Pero el Emperador no devolvía los saludos; miraba á la multitud á derecha é izquierda, alternativamente, al través de los cristales, con sonrisa orgullosa, en la consciencia de su valor personal y de su triunfo; y su rostro, que tenía los signos de su raza, enérgico, de una voluntad fría, imperial, permanecía impasible, con su sonrisa de Emperador en una entrada triunfal.

Y en realidad, era un gran triunfo aquel regreso del palacio del Parlamento al palacio imperial; le habían discutido su poder, y él había extendido su poderosa mano para mostrar á todos que su voluntad bastaba para doblegarlo todo con arreglo á su palabra y á su deseo. Y las aclamaciones iban en aumento, lanzadas por una muchedumbre caprichosa, como mujer domada por un amo al que admiraba por su energía, al que respetaba por su poder imperial, apoyado por el Parlamento y sostenido por un ejército completamente adicto; y cada vez eran mayores y más entusiastas los vivas que repercutían en el espacio, iluminado por aquel sol que irradiaba sobre los edificios de mármol; y el Emperador continuaba sonriendo como si quisiera decir con su sonrisa: aplaudid, lo único que podéis hacer es aplaudir...

En la carroza que venía detrás, el duque de Xara con corona y manto, miraba á la bulliciosa muchedumbre con la misma mirada con que su madre contemplaba á las multitudes. En la carroza siguiente iba el nuevo Gobernador general de

la plaza, el Duque de Mena-Doni, más rudo como soldado y menos hombre de corazón que el Marqués de Dazzara, cuya mano militar había doblegado á la blanca capital como esclava golpeada, durante todo el tiempo que duró el estado de sitio, proclamado pocas horas después de los tumultos y seguido de un decreto del Emperador disolviendo la Cámara de los Estados. Sus labios, gruesos y sensuales, sonreían con la misma sonrisa del Emperador, de quien personificaba la ruda energía, y también él parecía como si dijese: aplaudid, pues; gritad, gritad: ¡viva el Emperador!

Las demás carrozas conducían al Canciller del Imperio, Conde de Myxila, y á los Ministros, siete de los cuales formaban parte del antiguo Ministerio; los otros cinco habían sido escogidos entre los más autoritarios de la antigua nobleza de la Cámara de los nobles.

Y el pueblo aplaudía y gritaba: ¡Viva!

Detrás de las carrozas de los altos dignatarios formaban los coraceros de Xara, el regimiento del Príncipe heredero; detrás, un regimiento de caballería colonial, africanos, negros, relucientes como el ébano, con ojos de esmalte, prominentes labios y con el deslumbrante albornoz blanco; cerraban la comitiva dos regimientos de húsares, con amplios dolmanes verdes, guarnecidos de alamares de oro.

Jamás hubo apertura de Parlamento con tal alarde de fuerza. ¿Y no sabe el pueblo que fuera de la ciudad, en la esplanada del campo de Marte, han sido reunidas todas las tropas de la provincia, acampadas para las maniobras que se han anticipado? ¿Y que ha sido reforzada la guarnición del fuerte? ¿Y que la escuadra está en la bahía? El pueblo sabe perfectamente que debe aplaudir, y aplaude, satisfecho de hacerlo, con la frivolidad latina y la indulgencia meridional, y ama al Emperador por su energía abrumadora, y encuentra simpático al Príncipe heredero por su hermosa conducta en las provincias del Norte, quizá también porque le parece más interesante después del atentado frustrado contra su vida. Y

los curiosos no se molestan por verle á través de los granaderos que presentan armas; no se muestran ofendidos por el ningún aprecio que de esos saludos hacen el Emperador y el Príncipe; aplauden igualmente, satisfechos tal vez de aquella indiferencia; aplauden como locos.

Lentamente desfila el cortejo imperial. En toda la ciudad, orgullosa de sus casas de mármol, resuenan los ecos de los cascos de los caballos sobre el empedrado. En el centro de la comitiva brillan las carrozas de gala, rodeadas por la deslumbradora guardia del trono, como joyas celosamente custodiadas. En aquel momento la caballería es el ídolo de Lipara; á su paso palpitan los corazones, y el pueblo, apiñado entre los altos edificios y las filas de los soldados, sin espacio apenas para respirar, continúa aplaudiendo. La comitiva llegó al palacio imperial. Los coraceros y lanceros formaron en tres alas en la inmensa esplanada de mármol. Delante la guardia, y cerrando la entrada de la plaza, los africanos.

Avanzaron las carrozas, descendió el Emperador y en unión del Príncipe imperial atravesó el vestíbulo y subió las escaleras. Los corredores de palacio estaban llenos de dorados uniformes; un séquito numeroso marchó en pos de Oscar y de Othomar. El gran mayordomo, con doce Gentileshombres de servicio, salió al encuentro del Emperador, que se quitó el manto y la corona, y lo mismo hizo el Príncipe imperial.

En seguida se dirigieron á la gran Sala Blanca, ornada de blancas columnas corintias con dorados capiteles; la Emperatriz y la Princesa Thera, rodeadas de sus damas de honor, esperaban en aquel lugar.

Aquel era un gran día; la Monarquía, en la espléndida apoteosis de aquella apertura del Parlamento, triunfaba de las amenazas del mañana y hacía retroceder al porvenir. La Emperatriz, con traje de terciopelo de color violeta claro, se adelantó al encuentro de su esposo y le hizo una profunda reverencia. Igualmente se inclinaron la Princesa y las damas de honor... Al exterior, ante el palacio, la plaza estaba llena

de gente; entusiastas aclamaciones se estrellaban contra el impenetrable palacio, como las olas del mar contra los escollos. Abriéronse las puertas del balcón de enmedio y se presentaron el Emperador y el Príncipe.

—Saluda profundamente en todas direcciones—dijo brevemente el Emperador á su hijo.

Los rayos del sol caían como lluvia de oro, y coloreaban los expresivos rostros de aquella muchedumbre meridional. Al ver á los Soberanos, la multitud agita los sombreros y lanza gritos y exclamaciones que repercuten al través de las columnas de la Sala Blanca. La Emperatriz se asusta y palidece; le falta la respiración...

Desde el balcón, el Emperador de Liparia saluda con la mano á su entusiasta pueblo; el duque de Xara saluda con inclinaciones de cabeza.

LUIS COUPERUS.

(Se continuará.)

POETAS AMERICANOS

MI ALMA EN EL MAR

Pequeño poema.

Es una noche obscura, tenebrosa.
El mar tranquilo, mudo, maniatado,
Como un lebrel inmenso que reposa
Ardiente y fatigado
Sobre la inmensidad de una espesura,
El viento casi helado,
Y la nave volando vigorosa
Bajo el dombo de un cielo encapotado
Que tiende sus cendales en la altura.

A bordo estoy. En mi alma concentrado
Y al rumor de los mares, pienso á solas
Cómo los sueños de placer se estrellan
De la desilusión contra la bruma,
Y entreveo la espuma de esas olas
Que corren, se abalanzan, se atropellan
Y van dejando al fin de ser espuma...

Estoy triste, muy triste. ¡Qué espantable
La volubilidad de mi destino!
¡Negro está mi camino

Como esta obscuridad impenetrable
En que se envuelve el piélago marino!
Un tiempo fuí feliz. Tiempo dichoso
En que el Dios del Amor me prestó ayuda:
Amé, pero dudaba receloso,
La amarga duda me quitó el reposo,
Y tras lucha tenaz triunfó la duda,
Y mi desgracia fue.
Así igualmente
El dudoso color en este instante
De la mansa corriente
Que lucha entre lo obscuro y lo brillante
Para volverse obscuro de repente.
Todo es silencio. Arriba el negro cielo
Deja entrever, tras su tupido velo
Nubes en un conjunto ennegrecido
Que, cerca del bajel, semeja un monte
Sobre mí suspendido;
Abajo el mar profundo,
A los bordes del mar un horizonte,
Y tras el horizonte todo un mundo.

Por sobre la extensión del Oceano
Sólo se escucha como blando arrullo
El trémulo murmullo,
Que débil llega y piérdese lejano,
De esas olas que se hablan en secreto
Y van pugnando por crecer en vano,
Y aquí, á mi alrededor, en la cubierta,
Se vislumbra, en figuras tenebrosas,
Un conjunto de sombras y de cosas
Como visión de lobreguez incierta
Y, más cerca de mí, las tenues luces
Permiten ver, al centro de la nave,
El firme mástil de apostura grave

Que hunde en la lobreguez sus altas cruces,
Donde tal vez lleva dormida un ave,
Y su redonda imagen proyectando
Se levanta la gruesa chimenea
Que al fuego del vapor que la caldea
Lanza sus bocanadas palpitando,
Y entre el correr triunfante
Sólo se oye el rumor del anhelante
Hélice propulsor que al buque todo
Impulsa con empuje soberano,
Merced al fuego de la ardiente fragua,
Y que hace que el bajel navegue á modo
De un ave que al nivel del Océano
Tendiera el vuelo y azotara el agua.

¡Oh, espectáculo triste y majestuoso!
La noche un caos; el mar como un coloso
Encadenado por angustia interna,
Y el bajel que lo cruza proceloso
Cual fugitivo desertor soldado
Que á la luz de una pálida linterna
Huye por entre un campo desolado.

Bello y triste á la vez cuanto descuella
Roba á mi sér la calma,
Porque en la intensidad de mi querella
Al pensar en lo bello pienso en ella,
Y al pensar en lo triste pienso en mi alma.
En ella pienso, sí: la amé por bella,
Tan fiel y enamorado,
Que en este amor mi voluntad ha estado
Suspensa con placer de sus antojos,
Y es que el fuego de mi alma era atizado
Por el constante fuego de sus ojos.
¿Y ella me amó? No sé si su mirada

Tuvo fuego de amor por un instante,
Yo no sé si sentía enamorada
Cuanto me revelaba su semblante;
¡Yo sólo sé que mi alma impresionada
Fue siempre fiel, amante,
Que fuí un orador ciego, vehemente,
Y que si ella pecó por inconstante,
Yo he pecado también por inocente!
Tal vez si no me quiso ningún día
O tal vez si en sus ratos de clemencia
Quiso hacer mi ventura, mi alegría,
¡Tal vez sí, lo anhelaba su conciencia,
Pero su corazón se resistía!

¡Oh mar tan triste como el alma mía!
¡Miro la melancólica grandeza
Que en sus ámbitos todos se vislumbra,
Y entre su inmensidad y su penumbra
De tan triste bellaza
Siento que se aminoran mis pesares
Pensando que es pequeña mi tristeza
Ante la gran tristeza de los mares!

¿A dónde voy? Ya mi esperanza ha muerto
Y mi dolor no alcanza
A poder divisar un lontananza
Ni á traslucir la claridad de un puerto.
¡Feliz tú, nave ufana
Que las ondas del mar surcas ligera!
¡Dichosa tú que vas en tu carrera,
Segura de que el sol de la mañana
Te habrá de sorprender en la ribera!

. . . . . .
. . . . . .

De pronto—allá á lo lejos
Tenues y palidísimos reflejos
De una lumbre que crece
Y acompasadamente se obscurece;
La rauda nave luego,
Enmendando su rumbo con presteza,
Toma vuelo á esa lumbre que parece
Un fantasma de fuego
Que sumerje á intervalos la cabeza.
¡Qué fruición de bálsamo indecible
Brinda al dolor aquella luz distante!
¡Por la ira de los vientos invencible
Y de la mar triunfante!
¡Oh faro inamovible,
Esperanza y consuelo indefinible
Para todo extraviado navegante!
¡El bajel sigue el vuelo! Ya se aleja
Todo lo que es obscuridad y arcano,
Y al fulgor poco á poco más cercano
La sombra de la nave se refleja
Sobre la muda faz del Océano,
Y el empuje y las fuerzas acreciendo
Ya la larga distancia va cediendo
De ese faro que, á solas,
Girando sin cesar, va describiendo
Un círculo de luz sobre las olas;
Se acorta más y más, y prontamente
Nave y faro se encuentran frente á frente;
Pasa la nave, y el lumíneo atleta
Sosegado, esplendente,
Le da un beso de luz, vuelve la cara,
Gira en vuelta completa
Y quisiera besarlo nuevamente;
Pero ya la distancia los separa,
Y allí, surgiendo de la mar tranquila,

Parece que quedara entristecido
Mientras su luz girando centellea
Cual si fuera una eléctrica pupila
Que tratara de hallar algo perdido
En todo el derredor de la marea...

Después se hunde el vapor por entre el mismo
Fantasma de pavuras y de abrojos
De tétrico espejismo,
Y sólo pueden vislumbrar los ojos
Ante la proa, lobreguez de abismo,
Y atrás espectros rojos,
Mortecinos fulgores,
Que agonizan allá como una fragua
Que no alcanza á elevar sus resplandores
Sobre el convexo líquido del agua.

. . . . . .

¡Tras de vasto camino iluminado
De nuevo las regiones de lo obscuro!
¡Cuán triste es para mí—oh desdichado—
Recordar los fulgores del pasado
Viendo las lobregueces del futuro!

Tal es la vida: un negro torbellino,
Monstruo de lobreguez aterradora,
Y de pronto una luz en el camino,
Esperanza de aurora;
Seduce, atrae, deslumbra porque es bella,
Pero ya frente á ella,
El tiempo con su fuerza destructora
Empuja nuestra vida hacia adelante
Aligerando el paso,
Y la luz queda allí fugaz, traidora.
¡Es que así como tiene su levante,
Toda la creación tiene su ocaso!

¡Oh ilusión tentadora,
Que del mundo al correr se desvanece
Cuanto más se la quiere y se la adora!
¡Oh luz deslumbradora
Que al correr del bajel desaparece!
¡Oh vida engañadora,
Que no es sino una nave voladora
Que en noche obscura sobre el mar se mece!

Tal mi pasión ha sido. Corto instante
De ventura de amor, dulce ventura
Para el rendido amante,
Y luego la constante desventura,
Ruín porvenir, desilusión constante,
Fugaz minuto de placer vehemente,
Y duelos y miserias mientras viva.
¡Un día ecuatorial de luz ardiente
Y una noche polar en perspectiva!

¿Y á quién culpar de tanto desconsuelo?
Sólo á la suerte ingrata,
Aquella que en momentos arrebata
La dicha que formamos con desvelo.
¡Pues ya que contra mí su ira desata,
Yo contra aquella suerte me rebelo!
Y lucharé con inconsciente anhelo
Contra sus férreos lazos;
Bien sé yo que á su embate
Rodaré al primer choque hecho pedazos,
Pero quiero luchar, y en el combate,
Aunque bien sé que á la pasión me inmolo,
Desprecio auxilios y desprecio brazos:
¡Quiero luchar con ella... pero solo!

¡Oh nave, vuela con fragor; la noche

Reina aun por doquiera;
Atiza los furores de tu hoguera
Antes de que la aurora rompa el broche;
Vuela, vuela sin fin á la manera
De ágil, rugiente fiera
Por círculo de fuego sorprendida,
Desecha el salvamento,
Rompe el timón que te sirvió de egida,
Despedaza tu brida,
La brújula echa al mar, recobra aliento
Y, abandonada ya, mas no vencida,
Vuela, vuela sin fin hacia adelante
Desafiando el furor del mar y el viento,
Fragorosa, anhelante,
Hasta encontrar en tu ira prepotente
La roca que se oponga á tu camino
¡Porque yo quiero con afán vehemente
Morir... pero golpeando á mi destino!!

Luis Fernán Cisneros.

Lima, Marzo 1901.

LA REFORMA DEL CASTELLANO

PRÓLOGO DE UN LIBRO EN PRENSA

Cuando acabé de leer el manuscrito de esta obra, fuíme á contemplar campo abierto al cielo, y por la luz de éste bañado, paisaje libre, la llanura castellana, austera y grave, amarilla en este tiempo por el rastrojo del recién segado trigo. Era que me sentía mareado y oprimido; habíanme dejado los *Paisajes parisienses* de Manuel Ugarte cierto dejo de tristeza, de confinamiento, de aire espeso de cerrado recinto. Quería respirar á plenos pulmones.

El título de esta obra es ya de suyo paradógico: *Paisajes parisienses*. Un recinto cerrado, en que las edificaciones humanas nos velan el horizonte de tierra viva, una ciudad parece excluir todo paisaje. Mas, en resolución, ¿es que hay barrera ó linde entre la naturaleza y el arte, entre lo que hace el hombre y lo que al hombre le hace? A los que me dicen que van en busca de la naturaleza huyendo de la sociedad, suelo decirles que también la naturaleza es sociedad, tanto como es la sociedad naturaleza. Ciudad, portentosa ciudad, no de siete como Tebas, sino de infinitas puertas, de henchidas vivien das, de enhiestas torres berroqueñas, de vastas catedrales

en que sostienen bóveda de follaje columnas vivas; ciudad es lo que llamamos naturaleza, y á su vez selvática selva, selva de savia rebosante es cada ciudad. Puede, pues, hablarse de paisajes parisienses.

El único reparo que á la congruencia entre el título y el contenido de esta obra pondría, es que se habla en ella mucho más del paisanaje que del paisaje parisiense; no la descripción de lugares, como del título podría esperarse, sino el relato de hechos y dichos de los que los habitan, es lo que la constituye. Mas, aun así y todo, ¿no se refleja acaso en el paisanaje el paisaje? Como en su retina, vive en el alma del hombre el paisaje que le rodea. Y aún es mejor presentárnoslo así.

Porque hay dos maneras de traducir artísticamente el paisaje en literatura. Es la una, describirlo objetiva y minuciosamente, á la manera de Zola ó de Pereda, con sus pelos y señales todas; y es la otra, manera más virgiliana, dar cuenta de la emoción que ante él sentimos. Estoy más por la segunda.

«Era un prado que daba ganas de revolcarse en él», ó como dice Guerra Junqueiro:

«Pastos tão mimosos que quizera a gente
Transformar-se em ave para os não calcar.»

El paisaje sólo en el hombre, por el hombre y para el hombre, existe en arte. No censuro, pues, el que titulándose *Paisajes* la obra de Ugarte, apenas figuren éstos más que como decoración ó fondo de las animadas figuras.

Los paisajes de este libro son grises, otoñales, desfallecientes, de amarillas hojas arrastradas por el viento implacable al pudridero, paisajes de un solo rincón de bosque ciudadano, vistos á una sola hora, á una sola luz, de una sola manera. Porque estos *Paisajes*, lo he de declarar y sin reproche, son monotonos, monocromos; la misma nota en ellos siempre, cascada nota que suena á hueco. Una nota triste, de arrastra-

da melancolía, una nota que parece surgir del cementerio del viejo romanticismo melenudo y tísico. Sus alegrías parecen fingidas y forzadas, sus risas suenan á falso.

Una vez más la bohemia, las grisetas, los estudiantes, los pintores, las aventuras amorosas fáciles; Mürger de nuevo. Confieso que es un mundo al que no ha logrado llevarme la atención, ni que logra conmoverme. Por esto mismo he leído con calma el libro de Ugarte, con empeño por dejarme penetrar de su espiritu, á ver si consigo de una vez gustar el encanto que para otros tiene tal mundo, el espectáculo de esos pobres mozos «estragados por la bebida y la lectura, que cultivan la úlcera de la vida bohemia, con la esperanza de arrancarle el extraño pus de una nueva modalidad». Tampoco esta vez me ha conmovido la bohemia. No sé si adrede ó á su despecho, pero lo cierto es que me resulta haber escrito Ugarte un libro de edificación moral, un sermón contra la vida de bohemia.

Mas, después de todo, tratándose como se trata de un joven muy joven, ¿qué importa lo que Ugarte nos diga, la letra de su libro, el resultado de su esfuerzo? Lo interesante es el alma que en él ha vertido, es la música de su obra, es el intento de su esfuerzo. Es para mí la suya una voz más, una voz más de esta juventud inorientada mejor aún que desorientada, occidentada más bien. Uno más que viene por su «jornal de gloria», gloria que es «eco de un paso»—son suyas ambas expresiones—para desvanecerse luego, primero en muerte, en olvido al cabo, al correr de días, meses, años ó siglos. Uno más á la pelea por la sombra de la inmortalidad, ya que perdimos la fe en su bulto, por la perdurabilidad del nombre, del *flatus vocis*, ya que no creemos en la substancialidad del alma; uno más inficionado del erostratismo que á todos nos corroe, del mal del siglo; uno más que aspira á que se cierna su nombre sobre el despojo de su vida; uno más que nos ofrece su «provisión de ensueños para combatir la vida» á cambio del jornal de gloria para combatir el espectro de la muerte. ¿Quién rehusa ser pa-

drino de la criatura de un compañero así de ilusiones y vanidades?

Lo que estas páginas te ofrecen, lector, son cuadros de miseria en que el tratado sexual forma el acorde de fondo. No el amor, no tampoco la sensualidad, ni menos la pasión, porque todo aparece aquí friamente pragmático, como en un crónicón medioeval, con tenue colorido en las frases. Son unas relaciones sexuales que parecen regidas por un código, no por consuetudinario, menos rígido ni menos frío que otro código cualquiera. Hay cosas atroces, como las razones por las que María, que «amaba de verdad á Berladún», se entregó con repugnancia al primer desconocido «para poder ir al día siguiente con la frente alta, en la seguridad de que ya era mujer». Pocos códigos más atrozmente rígidos, más de esclavos, que el código consuetudinario que semejante cosa decretase. Me complazco en creer que tal artículo no existe, que lo hecho por María obedeció á otros móviles más humanos, al hambre acaso, ó que no amaba de verdad á Berladún, aun cuando ella misma creyese otra cosa. Su ocurrencia me sabe algo á literatura *pour épater le bourgeois*.

Las figuras que por aquí desfilan, gesticulando al recitar su recitado, parecen sombras chinescas, sin carne, ni sangre, ni nervios, ni músculos, sin apetitos apenas, sombras que en el tablado repiten las contorsiones y muecas que les enseñaron, atentas á una liturgia estrictamente formulada. Una opacidad y languidez enormes las envuelven. Si es así ese París, debe de ser bien triste, á pesar de sus carcajadas, sus risas y sus besos; carcajadas, risas y besos que parecen responder á acotaciones del papel de la comedia; carcajadas, risas y besos de teatro. El tal París debe de amodorrar al alma con sus dibujos de Steinlen y sus estrofas de Rictus; parece una ciudad de almas cansadas, de donde huyera la espontaneidad para siempre.

Todo esto, la opacidad, la languidez, la monotonía, la sombra-chinesquería, todo esto deja una impresión honda, la

impresión que me llevó, luego de leído este libro, á respirar aire libre á plenos pulmones, á restregar mis retinas con la visión reconfortante de la austera y grave llanura castellana.

Enmedio de esta pesadilla acompasada y opaca, incidentes de una amarguísima realidad viva, no teatral, como el de la niña de los anteojos en *Una aventura* y, sobre todo, en *Graveloche*, aquel pobre hombre que corría perseguido por otros, como una bestia, cruzando entre los carruajes y atropellando á los transeuntes, mientras los que venían detrás de él gritaban: «¡A él! ¡A él!... ¡Es el ladrón!» El fugitivo se abría paso entre la multitud, con los ojos fuera de las órbitas, latigueado por el miedo. Y el grupo de perseguidores acrecía, se multiplicaba, se convertía en ejército, clamoreando su insulto, sin saber siquiera si había robado. Bastó que alguien lanzara la acusación terrible, para que todos hicieran coro, felices de hincar la garra en la víctima. Nadie se preguntaba las circunstancias del robo. Nadie trataba de asegurarse de que el robo existía. Aquí se pone de manifiesto uno de los más bajos instintos humanos, el instinto policíaco, tan bajo como el instinto judicial. Y ¡aquel pueblecillo de tísicos de *Los caídos!* Hay, por otra parte, un *Sevilla en París* que será, en efecto, Sevilla en París, puesto que no es Sevilla en Sevilla; una Sevilla de teatro, falsa, traducida al francés, una Sevilla tan genuina y castiza como aquella sevillana que en 1889 encontré en la Exposición, una sevillana de ancha carota rubia, con su mantilla de madroños, y que hablaba el castellano con un horrible graseo de las erres y un acentuadísimo acento francés.

Mas lo que sobre todo me llama la atención en este nuevo peregrino de la literatura, en este mozo que viene por su «jornal de gloria», es la inventiva para la frase; es su característica. Aquí leeréis: masticar besos; espolear carcajadas; cascabelear una alegría delirante, ó bien risas; borbotear risas; caracolear frases dudosas; trompear canciones; mariposear la tentación de un beso; la lengua alegre de un estudiante que

campanea: ¡presente!; bailar alegrías con los labios; bufonear amores; relampaguear el placer chisporroteando besos; hilar palabras en una conversación incesante y sorda; deshojar margaritas de porvenir; hincharse los labios para el beso... y ¡qué és yo cuantas más! Lo de «una carcajada hueca galopó bajo la noche» es pura y exclusivamente francés. Algo de forzado á las veces en tales frases, hay que reconocerlo, como en la de aquel reloj que «afectaba cierto sadismo» y «desangraba lentamente los minutos». Y expresiones vivamente gráficas como cuando Mauricio «daba manotadas sobre sus convicciones para no perder pie» mientras la embriaguez «era un anteojo que ponía los objetos á su alcance y le permitía masticarlos hasta arrancarles la savia».

En la metáfora propende, y es propensión reveladora de mucho, á apoyar lo concreto y real en lo abstracto é ideal, lo definido en lo indeterminado, como si el mundo de la abstracción nos fuese más inmediato y directo que el mundo de la realidad concreta objetiva. Así nos habla de «una franja de cielo obscuro, invariable, como una franja de dolor sobre una vida», de «un tragaluz que se abre sobre un patio, como una ambición sobre un imposible», de que «el poeta levantó los ojos como dos reproches» ó de que «las panteras se paseaban como instintos en una cárcel de voluntad». Porque si decís que los instintos se revuelven en la cárcel de la voluntad como panteras en sus jaulas, el proceso psíquico de la metáfora es el directo y corriente.

Esta manera inversa es reveladora de mucho, lo repito; puede servir de señal típica con que conocer á un escritor. Es el síntoma más característico de la peculiar manera que de ver los paisajes parisienses tiene Ugarte; él nos explica aquel tono de triste teatralidad de que hablaba.

El lenguaje... esto exigiría todo un tratado en que me explayase sobre las faltas y sobras de este lenguaje que, hasta cuando es correcto, parece traducido del francés. Un lenguaje desarticulado, cortante y frío como un cuchillo, desmigajado,

algo que rompe con la tradicional y castiza urdimbre del viejo castellano; un lenguaje de ceñido traje moderno, con hombreras de algodón en rama, con angulosidades de sastrería inglesa, con muy poco de los amplios pliegues de capa castellana, de capa en que embozarse dejándola flotar al viento, sin rotundos períodos que mueren como ola en playa. No lo censuro; todo lo contrario.

Esta tarea revolucionaria en nuestra lengua, con sus excesos y todo—¿qué revolución no los trae consigo?—hará su obra. La prefiero á la labor de marquetería, cepilleo y barnizado de los que, aspirando á castizos, por castigar el estilo castigan al lector, como decía *Clarín*. Lo he dicho muchas veces, hay que hacer el español, la lengua hispanoamericana, sobre el castellano, su núcleo germinal, aunque sea menester para conseguirlo retorcer y desarticular al castellano; hay que ensancharlo si ha de llenar los vastos dominios del pueblo que habla español. Me parece ridículo el monopolio que los castellanos de Castilla y países asimilados quieren ejercer sobre la lengua literaria, como si fuese un feudo de heredad. Ni aun la anarquía lingüística debe asustarnos; cada cual procurará que le entiendan, por la cuenta que le tiene.

Roto el respeto á la autoridad de una gramática autoritaria y casuística á la vez, cada cual verterá sus ideas á la buena de Dios, según la gramática natural, en el lenguaje que más á boca le venga, y todas las divergencias que de aquí surjan entrarán en lucha, serán eliminadas ó seleccionadas éstas ó las otras, se adaptarán al organismo total del idioma, á la vez que lo modifiquen aquéllas, é irá así haciéndose la lengua por dinámica vital y no por mecánica literaria, por evolución orgánica, con sus obligadas revoluciones y crisis, y no por fabricación mecánica.

Cuando empiece en España á conocerse científicamente la lingüística, y no en abstracto y muerto, sino en concreto y vivo, es decir, aplicada á nuestro propio idioma; cuando se generalicen los conocimientos respecto á la vida y desarrollo

de éste y de cómo lo hablan los que no lo escriben, y cómo lo escriben los que apenas lo hablan, entonces se sabrá para qué puede servir el artefacto ese de la gramática y para qué no sirve, y que es tan útil para hablar y escribir el castellano con corrección, como la clasificación de las plantas de Linneo lo es para aprender á cultivar la remolacha, el cáñamo ó el olivo.

Cuenta que no defiendo los galicismos que algún purista podría contar en este libro; ni los defiendo, ni por ahora los censuro. Me limito á hacer observar que formas hoy corrientes fueron galicismo, ó italianismo, ó latinismo en algún tiempo, y que prefiero una lengua espontánea y viva, aun á despecho de tales defectos, á una parla de gabinete, con términos pescados á caña en algún viejo escritor y giros qne huelen á aceite. El criterio en estas cuestiones de estilo, corrección de lenguaje y *buen gusto* (!!!) ha sido siempre para mí el más claro signo de espíritu progresista y retrógrado. Tendré siempre á un Hermosilla por un reaccionario redomado, aunque se nos aparezca más liberal que Riego y renegando de todo Dios y todo Roque.

Vuelvo á repetirlo: una de las más fecundas tareas que á los escritores en lengua castellana se nos abren, es la de forjar un idioma digno de los varios y dilatados países en que se ha de hablar, y capaz de traducir las diversas impresiones é ideas de tan diversas naciones. Y el viejo castellano, acompasado y enfático, lengua de oradores más que de escritores—pues en España los más de estos últimos son oradores por escrito;—el viejo castellano, que por su índole misma oscilaba entre el gongorismo y el conceptismo, dos fases de la misma dolencia, por opuestas que á primera vista parezcan, el viejo castellano necesita refundición. Necesita para europeizarse á la moderna más ligereza y más precisión á la vez, algo de desarticulación, puesto que hoy tiende á las anquilosis, hacerlo más desgranado, de una sintaxis menos involutiva, de una notación más rápida. La influencia de la lectura de autores franceses

va contribuyendo á ello, aun en los que menos se lo creen.

He aquí por qué me parece la presente obra una obra de alguna eficacia en el respecto lingüístico. Revolucionar la lengua es la más honda revolución que puede hacerse; sin ella, la revolución en las ideas no es más que aparente. No caben, en punto á lenguaje, vinos nuevos en viejos odres.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, Julio de 1901.

VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

LA VIDA EN MARRAKESH

Dar Muley Alí, 8 Junio 1901.

La *Muna* con que el *Maghzen* nos agasaja y atiende ha venido á ser nueva manzana de la discordia arrojada en el jardín de las hespérides. La servidumbre mora, que habita el palacio de Muley Alí, anda en continuas disputas acerca de la distribución de los víveres, operación que hay que ejecutar todas las mañanas con gran cuidado, por más que sea imposible evitar continuas quejas y reclamaciones. Y es que los servidores, en el deseo de lucrarse con la parte de víveres que les corresponde, se roban los unos á los otros; y en el afán de ganar, llegan á privarse del necesario sustento. Todos juzgan como la cosa más natural del mundo cometer semejantes robos y ejercer tan inmoral tráfico, porque al fin y al cabo la *Muna* es un regalo del Sultán, del que sus súbditos deben aprovecharse. No hay que decir que el Soberano nos atiende con verdadera munificencia; todos los días un empleado árabe, *el amin* ó administrador, puesto al servicio de la Embajada, cuida de que se nos traiga lo mejor que se encuentra en el mercado de la ciudad, y todas las mañanas, carneros, gallinas, pollos, perdices, hortalizas y legumbres variadas, frutas, café, té, azúcar, pan, manteca, velas, en fin, cuanto es necesario para el mantenimiento de la expedición, entra en el palacio de Muley Alí con

extraordinaria abundancia, en forma y manera que puede hacerse el reparto con esplendidez.

Pero los árabes no fraternizan entre sí, y han formado grupos de cofrades y aliados que están siempre peleándose unos con otros. Cada una de estas pequeñas tribus vive completamente separada, haciéndose su comida aparte y celando cuidadosamente al vecino. Cualquier muestra de favor que se haga á alguno despierta las mayores envidias, y los chismes, cuentos é historias abundan á más y mejor. Todos están dispuestos á robar por su parte ó en compañía; pero si no han podido hacerlo por su cuenta ó no han tenido participación en el negocio, ponen el grito en el cielo, creyéndose lesionados en el más sagrado de sus derechos. En el fondo proceden con completa buena fe, suponiendo que la esplendidez del Soberano debe servir ante todo para favorecer á sus súbditos, que deben aprovecharse de ella, y naturalmente, cuanto se les da, les parece poco. Nada hablaría más en contra de la decantada sobriedad de los árabes, que las grandes cantidades de alimentos que se les reparte diariamente; cada uno se lleva víveres para cuatro personas, y aun así se quejan descaradamente; pero lo cierto es que se privan hasta de lo necesario para venderlo inmediatamente en la plaza pública; y por más que se hace, todo es inútil, resulta imposible evitar que se cometan estos abusos consagrados por la costumbre. Desde el primero hasta el último, comenzando por el mismo *amin* hasta llegar al pinche, todos tienen las mismas ideas, en forma que, para los servidores árabes, una Embajada extranjera es un pretexto para realizar ellos por su parte una expedición dedicada á la sisa y al pillaje, sin que les preocupe nada más que el botín y los beneficios que puedan adquirir por medios tan ilícitos como abusivos.

¡Extraños tipos y extrañas costumbres! La hora del reparto de la *Muna* resulta siempre en extremo curiosa, siendo motivo y ocasión de hacer muy interesantes observaciones. ¡Qué de gentes diversas y qué de pasiones distintas! Ya es Selam el

mozo de comedor, árabe astuto y ladino, cuyo mirar de soslayo revela la traición, pero que con su aspecto placentero, su eterna sonrisa, sus modales dulces y delicados, y su exagerado servilismo, trata de disimular hipócritamente su ardiente odio hacia los cristianos. Ya es mi criado Abdallah, fanático, entontecido por el abuso del Kiff, envidioso de todo y dispuesto á jurar en falso por cualquier pretexto. Ya es el Guadrasi, despreocupado y escéptico, contaminado por la mala gente de la costa, enredador y descarado, hermano legítimo de los pillos de plazuela y de los charranes de playa. Y siguen el Hadj-Messod, verdadero y legítimo truhán, capaz de todo, iniciado en las logias masónicas de Gibraltar, y echándoselas, por consiguiente, de espíritu fuerte, burlándose en nuestra presencia de Mahoma y de su religión, creyendo halagarnos con esto, pero engañándonos al mismo tiempo en cualquier contrato que se haga por su mediación; ó bien el Larbi, exaltado y vehemente, medio loco, que gesticula y alborota como un energúmeno por el más futil pretexto, y que, después de haber armado el mayor de los escándalos, se queda tan tranquilo, como si nada hubiera pasado; ó su hijo, rapaz astuto y malicioso, en quien están singularmente desarrollados los instintos de dominación y mando; que se las echa de favorito de los señores para imponer sus caprichos á los demás servidores y hacerse agasajar como amo, y tantos otros á cual peores, todos envidiosos, rapaces, ladrones y mentirosos, que se odian entre sí cordialmente y sólo se unen por el sentimiento común de animadversión al cristiano.

Inútil es hablarles de paz, de concordia, de caridad, en una palabra. ¡Qué entienden ellos de todo eso! Dispuestos á destrozarse unos á otros, haciéndose continua traición, delatándose mutuamente, se confabulan y asocian para vender y traicionar al odiado *rumi,* enemigo tradicional de la religión y de la raza. Si nos sufren y toleran es á viva fuerza, como un castigo impuesto por Allah, pero todos ansían el día de la revancha, y piden al Todopoderoso — petición llena de ira y de terribles

amenazas—*una hora, sólo una hora* de dominio sobre los cristianos.

Ninguna Embajada ha podido evitar que sus subalternos indígenas cometan los abusos antes indicados. El mal tiene profundísimas raíces, y es imposible combatirlo. Precisa hacer la vista gorda y dejarse engañar á sabiendas, dado que no se puede prescindir de los servicios de esta gente maleante y embaydora.

9 de Junio.

Un verdadero lugar de descanso en Marrakesh es la casa del Kaid Mac-Lean, donde siempre encontramos la más cariñosa, franca y cordial acogida. Cuando queremos buscar los refinamientos de la civilización, nos refugiamos en aquel hogar encantador, que contrasta con cuanto le rodea. Piano, grafófono, gas acetileno, hasta un pequeño cinematógrafo, en una palabra, todo cuanto la ciencia y la industria moderna han creado para hacer la vida agradable y distraída, ha sido reunido en àquella casa, verdadero palacio de las mil y una noches, cuyo principal atractivo no consiste precisamente en las maravillas del progreso, sino en las bellas cuanto simpáticas hijas del bizarro Oficial inglés, quienes, lo mismo que su padre, se desviven por complacer á los huéspedes de la capital magrebina.

Algunas veces nos reunimos para hacer música, y casi nos olvidamos de hallarnos en Marrakesh al escuchar los *couplets* de las operetas inglesas á la moda, *Florodora* y *The belle of New-York,* estrenadas no ha mucho tiempo, deliciosamente cantados por Miss Nora Mac-Lean, ó por Misis Verdun, la esposa del médico inglés. A estos alicientes hay que añadir el grafófono, siempre distraído, y las vistas del cinematógrafo, que por un breve instante nos trasladan á la vieja Europa, de la que nos parece hallarnos extraordinariamente alejados. En otros momentos, el Jefe instructor de las tropas imperiales, recordando su país natal, empuña la característica gaita esco-

cesa, y nos hace oir algunas de las melancólicas y sentidas melodías populares de los *Highlands*. Entre la música y la charla alegre y entretenida el tiempo transcurre sin sentir, y al terminarse la velada y abandonar aquella hospitalaria casa, se recibe una sensación extraña al verse nuevamente rodeados de árabes de todas clases, que chillan y gesticulan, al mismo tiempo que nos traen las mulas que deben conducirnos á nuestra residencia. El contraste resulta tan brusco como inesperado, y de la sociedad culta y civilizada caemos en la mayor barbarie.

También tenemos reuniones íntimas en Dar Muley Alí, á donde acuden los pocos europeos residentes en Marrakesh. Desde luego muy pocos son los que faltan á la misa que celebra en el jardín interior el Padre Cervera todos los domingos y días festivos, y no puede darse impresión más original y extravagante que la que nos causa Misis Verdun, vestida de mora y con la cara cubierta por un espeso velo blanco, siguiendo piadosamente los ritos cristianos, religión que profesa como buena irlandesa. Tampoco dejan de concurrir el Sr. Reina y el bueno de D. Mariano, que frecuentemente suelen quedarse á almorzar en nuestra compañía, acompañándonos larga parte de la tarde.

Son también nuestros asiduos contertulios los Oficiales de la misión francesa, personas en extremo agradables y muy conocedoras del país, que nos relatan muy interesantes detalles acerca de los usos y costumbres magrebinos. Como son los encargados de instruir á la artillería del Sultán, conocen á fondo el ejército marroquí, y nos dicen que la mayor parte de los Kaids Erha, apenas toman posesión de su destacamento de mil hombres, licencian á la mayor parte de ellos, á fin de ahorrarse los gastos que ocasiona su manutención. Semejante abuso los suele colocar en muy difícil situación cuando se organiza una revista, pues entonces tienen que ir reclutando gentes de todas clases y edades para cubrir de cualquier modo las bajas existentes. La cuestión es beneficiarse á costa del

erario público, precepto primordial que no deja de poner en práctica ningún mahometano.

Salvo estas reuniones de sociedad, nuestra vida no puede ser más tranquila y sosegada. Empleamos la mañana en los trabajos de Cancillería, que no son ni con mucho diarios, ó bien en dar algún paseo por el interior de la ciudad, ya en visitar monumentos, ya en recorrer bazares y mercados. El centro del día lo dedica cada cual á sus quehaceres íntimos, hasta la tarde, en que se suele organizar alguna expedición ecuestre á las afueras de la ciudad, que suele prolongarse hasta el anochecer, hora en que todo el mundo se congrega en Dar Muley Alí para la comida, después de la que solemos pasear por el delicioso jardín interior de nuestra vivienda. Entonces Jaime de Ojeda saca su violín, y yo armo mi pequeño órgano portátil, amable compañero de viaje que me ha proporcionado muy buenos ratos de solaz y esparcimiento, dedicándonos durante largas horas al cultivo del divino arte de los sonidos. Las hermosas melodías de *Aida* y *Lohengrin* resuenan en la noche, turbando los arrullos de los pájaros que se esconden en las ramas de los naranjos y limoneros, y el apacible murmullo de las fuentes; mientras que la gigantesca Kotubia, tan aérea como elegante, parece inclinarse por encima de las murallas del patio para escuchar aquella música tan hermosa para ella como desconocida; y que de cuando en cuando, un extraño cantar, lleno de melancolía y triste como un lamento, rasga los aires y desciende desde las alturas, como protestando de la intrusión de nuestro arte y de nuestra civilización. Es la voz del almuedano, que, ajeno á todas las manifestaciones mundanas, invita á los fieles creyentes á elevar sus corazones al supremo Señor del Universo.

A pesar del largo tiempo de residencia que llevo en Marrakesh, no he podido aún acostumbrarme á esta tristísima canción, verdadero gemido lleno de nostalgia y sufrimiento, que se escucha diversas veces durante el día y la noche, siendo raro el amanecer que no me despierta produciéndome una

verdadera sensación de angustia, aquella voz tétrica y lúgubre que altera el profundo silencioso ambiente, y se extiende sobre el dormido palacio de Muley Alí, que domina desde lo alto del minarete de la gran mezquita vecina, y que entona un plañidero lamento, mezcla de amenaza y anatema, que se me figura dirigido contra los infieles que se atreven á profanar el sacrosanto suelo del Magreb.

11 de Junio.

En compañía de la señora y señoritas de Mac-Lean, la señora de Ojeda y su hija han ido hoy á visitar el harem del Ministro de la Guerra, el elegante cuanto simpático Menebbi. Inútil creo decir aquí que todo el día hemos estado impacientes aguardando el regreso de nuestras amables compañeras, para conocer las impresiones que habían recibido. El misterio que rodea á las mujeres árabes las reviste de una aureola fantástica que excita nuestra curiosidad, y nuestra imaginación, exaltada por el deseo, se imagina á las habitantes de los diversos harenes del Imperio, como otras tantas huríes bajadas del mismísimo paraíso del Profeta. En vano la experiencia no demuestra lo absurdo y exagerado de tales imaginaciones; queremos soñar á todo trance con bellezas celestiales y dechados de todas las gracias cantadas por los eróticos poetas del Islam. Las frases del *Cantar de los cantares* acuden á la mente; no podemos dejar de pensar un solo instante en todas las maravillas que deben encerrar aquellos cuerpos torneados como torres de marfil, y graciles como palmeras del desierto.

La visita ha sido bastante larga, durando desde el medio día hasta bien entrada la tarde, y las damas europeas han almorzado en compañía de la madre y esposas del Ministro de la Guerra. Según nos dicen, fueron tratadas con verdadera esplendidez, sirviéndoseles exquisitos manjares aderezados á la moruna, entre los que figuraban suculentas truchas pescadas en los arroyos y torrentes de la montaña. Los demás manjares consistieron conforme á la costumbre, en varias clases de alcuscus, carnero, pollos y pichones, presentados y condi-

mentados de muy diversas y extrañas maneras, é inmensa cantidad de pastas y dulces de infinitas especies. Para que nada faltase, el agua y las bebidas aromáticas que servían las numerosas esclavas, habían sido refrescadas gracias á nieve traída del Atlas, lo que demuestra la galantería y magnificencia del ilustre prócer marroquí.

Pero si mucho se ha hablado del fausto y esplendor del magnate, no han sido tan interesantes las noticias que hemos sabido acerca de las individuas que componen su numerosa familia. Una vez más se ha ratificado lo que nos habían dicho acerca de las mujeres árabes: á saber, que son verdaderas muñecas desprovistas de bellas formas, y sin ninguna clase de alicientes espirituales. Embrutecidas por una vida puramente vegetativa, ajenas en absoluto al mundo exterior, circunscritas á no salir del reducido recinto que tienen destinado para su uso, celosamente vigiladas en todos sus actos, sometidas á los caprichos del amo, que las considera como meros objetos de placer, acaban por convertirse en séres sin alma, en quienes se desarrollan los más aviesos instintos. El interior de los harenes suele ser el teatro de los más espantosos dramas, motivados por la rivalidad y la envidia. Mujeres legítimas, concubinas y esclavas viven reunidas, aguardando igualmente un capricho del dueño y disputándose sus caricias. Al efecto, sólo piensan en ataviarse y revestirse con toda suerte de adornos, creyendo quizás embellecerse, lo que será posible para ojos mahometanos, porque para nosotros, según declaración de nuestras compañeras, se ponen hechas verdaderos adefesios, á fuerza de pinturas y afeites que acaban por modificar los rasgos esenciales de su fisonomía.

Ignorantes de todo, desconocen hasta la ciudad que las ha visto nacer, cuyas plazas y calles sólo han podido ver desde las azoteas, rodeadas de almenas que coronan sus viviendas, puesto que, según el adagio musulmán, sólo tres umbrales deben atravesar las mujeres honestas durante su vida: el del claustro materno, el de casa de su esposo y el del cementerio.

Miss Mac-Lean, para hacerme comprender la espantosa ignorancia de aquellas desgraciadas, me ha contado que una de ellas le preguntó:—¿Dime, dónde vives?—En el *Sokо de Djemma el Fenáa*—contestó la inglesa. A lo que repuso la oriental, toda extrañada:—¿Dónde está? ¡En mi vida oí hablar de semejante lugar!—y eso que la tal plaza es el principal centro de la capital magrebina, algo así como la Puerta del Sol de Madrid, el boulevard de los Italianos en París, ó Trafalgar ó Square en Londres.

Mientras ha durado la visita, el principal interés de las mujeres árabes ha consistido en examinar prolijamente las diversas prendas que constituían el traje de las damas europeas. Muchas de aquellas vestiduras les arrancaron gritos de asombro y exclamaciones de sorpresa. También se entretuvieron en iniciarlas en los misterios del tocador de las bellezas orientales, explicándoles el uso de los innumerables afeites que emplean para desfigurar—que tal cosa hacen en realidad—la obra primitiva del Supremo Hacedor. En estos juegos, y comiendo pastas y golosinas, á las que tan afectos son todos los árabes, han pasado nuestras compañeras la tarde, regresando á Dar Muley Alí, si bien satisfechas por haber penetrado en los misterios de la vida de familia de los mahometanos, un tanto impresionadas por la triste suerte que sufren las mujeres marroquíes, consideradas como simples instrumentos de placer y meros objetos de distracción y recreo.

14 de Junio.

Existe en las cercanías de nuestra vivienda una espléndida mezquita, que había descuidado hasta hoy, pero que he visitado esta mañana en compañía del Padre Cervera. Muchas veces, al dirigirnos á caballo hacia la puerta de Dukala, habíamos observado la interesante construcción, chocándonos, desde luego, sus amplias proporciones; pero distraídos con otros monumentos arquitectónicos de mayor importancia, ó con el fin determinado de nuestro paseo, no concedimos gran aten-

ción á la aljama de que me ocupo, hasta que una curiosa leyenda ligada á su fundación, que ha llegado á nuestros oídos, nos ha obligado á fijarnos en ella.

Conforme á la historia, la mezquita aljama, vecina á la puerta de Dukala, fue fundada por la noble Mesoda, madre de Almanzor, hija del muy ilustre Xiej Abú-el-Abbás Ahmed-ben-Abdallah-el-Vazquiti-el-Varzazati (1), «una de las mujeres virtuosas, ansiosas de hacer el bien y de obrar cosas honrosas y dignas de elogio. Ella fue la que ideó la construcción del santuario del barrio de Dukala en la ciudad de Marruecos, dejando copiosos bienes para su sostenimiento, lo cual se verificó el año 995 de la hegira». Pero si tal dicen los cronistas, el vulgo añade nuevos detalles, refiriendo que la mezquita fue construída en compensación de la falta cometida por la Sultana violando el santo precepto que ordena la cruda abstinencia del Ramadán.

El caso es que hallándose la noble Mesoda en estado de antojos y caprichos, entró cierto día del sagrado mes del Ramadán en uno de los más hermosos huertos de las propiedades reales, viendo en él á varios albérchigos y granados cubiertos de hermosos frutos. El calor era sofocante, y la Sultana no pudo resistir la tentación; extendió la mano y comió de ambas frutas, faltando al mandato divino, que prescribe la más rigurosa abstinencia, de sol á sol, durante el mes antes citado. Aquella misma noche comprendió Mesoda su pecado, y profundamente arrepentida, deseosa de purgar su falta, confiando en que Allah la perdonaría, comenzó á practicar obras buenas, siendo una de ellas la construcción de la hermosa y espléndida mezquita del arrabal de Dukala. Es fama que desde entonces las mujeres y los niños de Marrakesh entonan canciones sobre dicho acontecimiento, diciendo:

«Auda queletz Ramadán,
bel joj u errumán.»

(1) Véase el libro árabe ya citado intitulado: *Kitab el istikza li agbar Dul el Magreb el Akza*, escrito en nuestros días por el Xiej Ahmed-ben-Yáled ennaziri esselaui.

Lo que quiere decir: Auda comió en Ramadán albérchigos y granadas; y al nombrar á la madre de Almanzor, *Auda* (que significa yegua), es porque Auda es contracción de Mesoda, conforme al uso seguido por los bereberes.

La leyenda es bonita y se ha transmitido hasta nuestros días, pues no sólo los chicos continúan cantando el estribillo en cuestión, sino que la ilustre *Auda* fue madre de una raza de insignes guerreros, que aun en el presente se apellidan con orgullo *hijos de la yegua,* y forman una de las kabilas más consideradas y temidas del Imperio magrebino.

Mesoda supo expiar su falta con verdadera esplendidez, edificando un templo notable por sus vastas dimensiones y lujo en la construcción. Aunque el sagrado edificio resulte desprovisto de galas arquitectónicas, sorprende por su elegante traza y amplias proporciones. Naturalmente, nos fue imposible penetrar dentro del recinto sagrado; pero desde sus puertas, abiertas de par en par, pudimos contemplar las armónicas proporciones de su inmenso patio, rodeado de arcos ojivales, y la linda perspectiva de sus múltiples naves, que se perdían en la obscuridad. No sé á qué atribuirlo, pero la mezquita de Dukala, siendo quizás una de las menos importantes de la capital de Marruecos, tiene un sello tan especial y característico, que atrae y seduce. Sin necesidad de la leyenda, se comprende que el edificio es debido á una piedad ingenua y sencilla.

Muy cerca de la mezquita, y en una plaza escondida y apartada, se alza una fuente espléndida, la mejor sin duda alguna de Marrakesh, aun incluyendo la tan celebrada de los tintoreros ó del *Muasin,* de la que ya me he ocupado y á la que se asemeja bastante. Ambas han sido construídas siguiendo un plano muy semejante; pero en la fuente de Dukala, los adornos, derrochados hasta la saciedad, son de un gusto más delicado y exquisito, y no se hallan pintarrajeados con aquellos colorines chillones y violentos que tanto molestan y descomponen en la del *Muasin.* No me cabe duda que éste es uno de los más bonitos monumentos que existen en la ciudad.

Como es jueves, nos hemos dirigido desde la mezquita de Dukala al mercado de *Bab el Djemniz,* donde reinaba extraordinaria animación, por ser hoy precisamente el día dedicado á las transacciones comerciales. Verifícase allí la venta de caballos, soliendo concurrir los mejores potros criados en las celebradas yeguadas de Dukala y Abda, las más reputadas y famosas del Imperio. No hemos tenido suerte, puesto que no hemos visto más que animales de escaso valer que no se distinguían, ciertamente, por su belleza. La verdad es que, á pesar del renombre que entre nosotros gozan los caballos de Marruecos, no hemos encontrado hasta ahora ninguno que haya fijado nuestra atención, seduciéndonos por su fina y delicada estampa.

Pero la animación que reinaba en la extensa plaza formaba un espectáculo por demás interesante. Habíanse congregado allí infinidad de criaturas, venidas de todas partes y dedicadas á los más varios comercios. Llamaban la atención los montañeses con sus enormes sombreros de palma trenzada, utilísimos para resguardarlos del sol ardiente, que sin piedad descargaba sus rayos sobre nuestras cabezas; y fue tanto lo que llegué á envidiar aquellos monstruosos artefactos, que no pude dejar de comprar uno de ellos, que pienso aprovechar durante el viaje de regreso. La extrema dilatación de sus alas proporciona una sombra agradable, y su gran flexibilidad, cediendo al dulce vaivén del caballo ó de la mula, acaba por formar una corriente de aire que acaricia dulcemente el semblante. El sombrero en cuestión será feo, pero es práctico, y asevera el dicho famoso: «Donde quiera que fuéres haz lo que que viéres».

No faltaban en el mercado, especie de inmensa feria, numerosos saltimbanquis y poetas ambulantes que formaban corros de ociosos, á quienes distraían con sus juegos y habilidades, é infinitos puestos en que se vendían toda clase de objetos. Nuestro compañero Reginaldo Ruiz se acercó á un comerciante que tenía ante sí dispuestos varios libros dedicados

á la venta. A pesar de sus esfuerzos, no pudo conseguir ver nada, pues no sólo el propietario, sino un gran grupo de fanáticos que habían notado nuestro intento, comenzaron á protestar enérgicamente de que los cristianos pretendieran comprar libros que contenían los más preciados frutos de la sabiduría marroquí. Cediendo á indicaciones de la prudencia, hubimos de alejarnos para no excitar la cólera de aquellos suspicaces ignorantes.

Ya bien adelantado el día, emprendimos nuestro viaje de regreso á Dar Muley Alí, á fin de llegar á hora oportuna para el almuerzo. En el camino nos tropezamos con el séquito del almotacen, una de las primeras autoridades de la ciudad, que, después de haber visitado los diversos mercados, tornaba á su domicilio. Este encuentro me hizo pedir informes acerca del régimen interior de la capital, que es gobernada lo mismo que las demás ciudades del Imperio. El Kaid ó Gobernador, lugarteniente del Soberano, tiene el poder ejecutivo; el Kadi representa el poder judicial, y el almotacen fija el precio de los víveres y juzga los negocios relativos á este ramo de los servicios públicos. El Gobernador tiene á sus órdenes algunos soldados y los guardias necesarios para custodiar las puertas de la ciudad y la entrada de alguna de las calles.

Nuestra vida en Marrakesh sigue deslizándose tranquila y sosegada. Unicamente he de consignar que ya han comenzado las negociaciones con Abd-el-Krim Ben Soliman, nombrado Ministro de Estado, y que las entrevistas tienen lugar en nuestra residencia, todas las tardes, desde anteayer. Esto permite creer que se aproxima el día en que abandonaremos el palacio de Muley Alí para emprender el viaje de vuelta, á no ser que nos detengan las refinadas argucias de los diplomáticos del Sultán.

SIDI-BEL-ABBÉS Y LOS SIETE DURMIENTES

Dar Muley Alí, 15 de Junio de 1901.

He cometido esta mañana un acto indiscreto, que pudiera traerme, á ser conocido, graves consecuencias, y que, no obstante, deseaba realizar á todo trance. Ya había visitado todo lo más curioso que encierra la ciudad, y únicamente el famoso santuario de Siddi-bel-Abbés, donde reposan los restos del venerable Morabito, patrono de la capital magrebina, se había escapado á mi curiosidad. Cuantas veces intenté acercarme á aquellos lugares, por más que haciéndome el distraído encaminaba mi mula en aquella dirección, siempre fuí hábilmente despistado por mis conductores, y lo más que pude conseguir fue aproximarme á la puerta del recinto exterior, desde donde únicamente se veía una galería cubierta en la que se encontraban innumerables tiendas, donde se vendían cordones de todas clases. Tantos recelos y tan singulares cuidados excitaban más y más mi deseo. Iba á quedarme algo por conocer en Marrakesh, y esto no podía consentirlo. Me era imposible resignarme á no dar un vistazo siquiera fuera brevísimo, aunque no fuera más que al exterior del santuario, para poder formarme una idea de aquel lugar tan sagrado y famoso en todo el Imperio de Marruecos. No sabía cómo realizar mi propósito, cuando el bueno del *Tebib,* Mariano, mi acompañante y guía cariñoso en toda suerte de expediciones, acudió en mi ayuda, proponiéndome intentar una excursión matutina, en la que trataríamos, siguiendo ciertos caminos escondidos y excusados por él conocidos, de penetrar hasta el patio del hospital, donde se alza la *Zauia* ó tumba del célebre santón.

Inútil creo decir que la proposición fue inmediatamente aceptada. No comunicamos á nadie nuestro proyecto, temerosos de advertencias ó prohibiciones que hubieran resultado inútiles, y con gran sigilo lo preparamos todo. Esta mañana,

á primera hora, salí de Dar Muley Alí, diciendo que pensaba ir á dar un paseo por el campo, y me dirigí á casa de D. Mariano, donde habíamos convenido reunirnos. No había podido burlar la vigilancia del cuerpo de guardia, y me acompañaba, por consiguiente, el inevitable *askar*, que no se separa de uno más que la sombra del cuerpo. A pesar de este obstáculo, decidimos llevar á cabo nuestro intento, y partimos de casa de mi amigo en dirección al santuario de Sidi-bel-Abbés. Hubimos de atravesar casi toda la ciudad, á la sazón silenciosa. Con la escasa luz de la mañana, las estrechas y tortuosas calles que recorrimos presentaban un aspecto siniestro y fantástico. El silencio era casi absoluto, y únicamente nosotros turbábamos aquella calma augusta y majestuosa.

Mi ardiente deseo iba á realizarse, y la curiosidad legítima que me inspiraba una fundación única en el Imperio de Marruecos, á quedar satisfecha por completo. Para comprenderla claramente hay que advertir que el santuario de Sidi-bel-Abbés es el único establecimiento de beneficencia que existe en todo el Magreb, que su fama es extraordinaria entre los que practican la religión mahometana, que á él acuden peregrinos de todas partes, y que allí, á todas horas y todos los días, los pobres reciben limosnas y encuentran hospitalidad. Se trata también de un lugar de asilo inviolable, donde se refugian los criminales y cuantos se ven perseguidos por la autoridad. Por último, las propiedades que posee tal fundación religiosa se valúan en más de un millón de duros, no siendo lícito, bajo las más grandes penas, enajenarlas ni destinar sus rentas á otro objeto más que á la conservación del culto y al socorro de los menesterosos y enfermos. Se cuentan maravillas de las riquezas del santuario, donde se verifican continuos milagros, y las proporciones del hospital y hospedería son tan grandes, que se asegura contienen habitaciones para 1.500 personas. Refiere el ilustre Alí Bey que cuando él lo visitó, hallábanse allí acogidos más de 1.800 infelices y desgraciados.

Semejante establecimiento benéfico fue fundado hace muchos años en honor y devoción de Sidi-bel-Abbés, uno de los más ilustres y venerados santos de Marruecos, cuya historia, según es relatada por los escritores árabes, resulta en extremo interesante. Sidi-bel-Abbés era un Sheriff dueño y señor de Ceuta, por lo que era conocido bajo el apodo de *el Cepti*. Sus grandes virtudes y su religiosidad nada común le valieron fama de santidad. Un día que dormía en su casa, se despertó de improviso y halló ante sí á un mendigo harapiento y miserable, de rostro severo y compungido. Conmovido por tanta desgracia, se compadeció el santón, y hubo de preguntarle en tono cariñoso que en qué podía servirle y que si deseaba algo. «Nada— repuso el mendigo, — sólo quiero avisarte el desastre que pronto ocurrirá en la ciudad de Ceuta. Tú eres bueno y no mereces que tus ojos presencien cómo los cristianos mancillan la tierra musulmana y escarnecen nuestra santa religión. El mal es irremediable. Así lo quiere Allah para castigo de pecadores, y ninguna fuerza humana podrá oponerse á sus designios.» En vano intentó el bueno de Sidi-bel-Abbés de averiguar algo más, pues el misterioso mendigo desapareció de su vista, sin que le fuese dado explicarse cómo ni de qué manera.

Quedó el santón perplejo, preocupado y meditabundo por tan fatídica y terrible revelación, y tras largas cavilaciones comprendió que Allah, en su infinita misericordia, se había valido de aquella aparición extraordinaria para advertirle del peligro inminente que corrían él y los suyos y de la desgracia próxima á caer sobre su querida ciudad. En vista de lo que resolvió pasar el resto de la noche en oración, y á la mañana siguiente todo el pueblo de Ceuta pudo contemplar con extrañeza á Sidi-bel-Abbés, que, sentado en la puerta de su casa, gritaba con voz triste y cavernosa á cuantos por allí transitaban: «¿Quién quiere mis riquezas en cambio de un pan caliente?» Muchos escucharon la extravagante pregunta sin hacer ningún caso, y la generalidad creyó que el inspirado de Allah

había perdido el juicio. Unicamente un hebreo que por allí acertó á pasar, al oir la rara petición, se detuvo y ofreció á Sidi-bel-Abbés lo que pedía. Tomó el santón la ofrenda del hebreo, y al punto exclamó con acento tétrico y dolorido: «¡El pan está frío! Lo que prueba que los cristianos lograrán su intento sin el menor esfuerzo.» Y sin añadir una palabra más, confiado en la voluntad divina, abandonó el Guiliz sus posesiones y riquezas en manos de sus amigos, entregando gran parte de sus bienes al mismo judío que había accedido á su demanda, y emprendió su viaje á Marrakesh, donde habitó hasta su muerte, dedicado á la contemplación divina, en una ermita que edificó en una de las cumbres del Epirliz, por lo que aquel monte es hoy considerado como *jorim,* es decir, sagrado, y sirve de refugio á los perseguidos por la justicia marroquí.

Ya he contado en otro lugar cómo la desgracia sucedida á Mr. Green, Ministro de la Gran Bretaña, después de haber profanado con sus cacerías aquellos sitios consagrados, acrecentó la fama del santuario y el respeto y veneración que inspiraba. Volvamos, pues, á la historia del santón y á lo que acaeció en Ceuta después de su marcha. No había pasado mucho tiempo cuando un comerciante portugués propuso al mismo judío que ofreciera el pan caliente á Sidi-bel-Abbés cierto lucrativo negocio, que éste se apresuró á comunicar al Gobernador de la plaza, con quien se puso de acuerdo para aceptarlos. Cerrado el trato, comenzaron las negociaciones, y cierto día apareció á la vista de la ciudad una fragata portuguesa cargada de riquísimas mercancías. Fuése descargando poco á poco, y los efectos llenaron todos los almacenes disponibles, tanto, que no siendo éstos suficientes, fue necesario dejar enmedio de las plazas de la ciudad gran número de barriles y cajas. Nadie recordaba ya las fatídicas predicciones de Sidi-bel-Abbés. Como el siguiente día era festivo, los moros acudieron, según la costumbre establecida, á la mezquita, y cuando todo el pueblo escuchaba la lectura del Alkorán, pudo

oir con verdadero asombro que á las llamadas de los clarines de la fragata respondían otros clarines desde el interior de la plaza. Era que los portugueses se habían introducido dentro de la ciudad encerrados en aquellas cajas y barriles que quedaron depositadas en las plazas públicas, y que aprovechando el descuido de los habitantes se apoderaban sin la menor dificultad de las murallas y de la fortaleza. Los pobres moros, sorprendidos, desprevenidos y sin armas, no tuvieron más recurso que la huída, lo que les fue difícil por hallarse las puertas cerradas. Las profecías de Sidi-bel-Abbés se habían cumplido y Ceuta era posesión de los cristianos, sin que desde entonces hasta ahora volviera nunca á ser rescatada. Tan terrible catástrofe dió origen á la costumbre, aun hoy día vigente, de que nunca se cierren las puertas de las ciudades durante la hora de la oración del medio día.

Esta es la historia, que más bien tiene visos de leyenda, que refieren los árabes y que á mi entender nada tiene de verídica, sobre todo si nos atenemos á lo ocurrido en realidad cuando la conquista de Ceuta por los portugueses en 1415. La fantasía oriental ha revestido la verdad con colores maravillosos, tratando de hacer intervenir lo sobrenatural en sucesos que nada tienen de extraordinarios, y convirtiendo la historia en un cuento de las *Mil y una noches*, porque es indudable que la introducción de los soldados portugueses en la ciudad, escondidos dentro de barriles y cajas, recuerda mucho la portentosa fábula de Alí Baba y los cuarenta ladrones. Respecto á Sidi-bel-Abbés, supongo que sería un santón, fanático y exaltado, con sus dejos de loco y monomaníaco, como tantos otros que abundan en el Imperio; pero no obstante, hay que reconocer que inspira á los árabes una veneración y un respeto sin límites. Su tumba es considerada como lugar sacratísimo, é infinitos son los milagros que se dicen obtenidos por su intercesión.

Con gran sigilo, dando extraordinarios rodeos y metiéndonos por callejuelas imposibles, nos fuimos aproximando al

famoso santuario. Los *askaris* que nos acompañaban, sin comprender nuestros propósitos, nos seguían solícitos y resignados. Por mi parte, había perdido la pista; de modo que cuando aún me suponía muy lejos del fin de nuestra excursión, al doblar una calleja estrecha formada por dos altos murallones, me encontré dentro del patio destinado á las abluciones, que comunicaba por una amplia puerta con otro de los grandes patios interiores que rodean á la *Zauia*, situada precisamente frente por frente del lugar donde nos hallábamos. Nuestros *askaris*, asombrados del acto que realizábamos, que no podían explicarse, nos seguían entontecidos, y la multitud de enfermos y lisiados que llenaba el patio del hospital, entregada por completo á la oración, no había notado aún nuestra presencia. Cometíamos una imprudencia que podía costarnos cara; así que sólo nos detuvimos un brevísimo instante, el tiempo preciso de lanzar una mirada al interior y de apretar el botón de mi maquinilla fotográfica, y nos alejamos precipitadamente, seguidos de nuestros guardianes, que no volvían de su asombro, no sin escuchar infinidad de imprecaciones y notar algún que otro gesto de amenaza.

Mi propósito se había realizado. Había visto lo que deseaba, y declaro que el cuadro, á pesar de sus horrorosos detalles, era interesante y por demás curioso. Una vez más pude comprobar la veracidad de las descripciones del ilustre Alí Bey-el-Abbasi. Aquella era la misma *Zauia* cuadrada de que él nos habla, «terminada en una cúpula octógona, cuya armazón está adornada de tallas y pintada de arabescos, y cubierta por fuera con tejas barnizadas de color verde». La fachada del santuario es sobria y severa; consta de dos cuerpos: el inferior, un tanto saliente, forma una especie de galería cubierta ó pórtico, que precede á la entrada principal, situada, por una curiosa anomalía, no en el centro de la construcción, sino en uno de sus extremos. El segundo cuerpo, que se eleva á respetable altura, está adornado con ventanas y con un hermoso friso compuesto por ladrillos esmaltados con arabescos

de delicados contornos y finos colores. A pesar de su extremada sencillez, el conjunto resulta armónico y elegante.

Desde donde me encontraba podía dirigir mis miradas al interior del edificio, pues la puerta principal, completamente abierta, se hallaba precisamente frente á mí, y los dos arcos del pórtico que la precede me facilitaban también la visión. En el centro de la vasta sala se alzaba el túmulo donde reposan los venerables restos del santo patrono de Marrakesh. La tumba se hallaba cubierta con muchas telas de lana y seda, unas sobre otras, lo que impedía ver de qué estaba construída; á uno de sus lados se encuentra la caja dispuesta para recoger la limosna de los fieles, y lo mismo el pavimento que la parte de las paredes, que me era dado ver, estaban revestidas de tapices y otras riquísimas telas. Infinidad de lámparas iluminaban el santuario, donde recitaban sus rezos innumerables fieles. El cuadro, con su luz suave y sus infinitos colorines, tentaría seguramente la paleta de un pintor.

Rodean á la *Zauia* varios patios cerrados por arcadas y galerías cubiertas que comunican con las estancias destinadas á alojamiento de los pobres, estropeados, inválidos y viejos, y, como el santuario de Sidi-bel-Abbés, es el único establecimiento de beneficencia que existe en todo el Imperio; inútil creo decir que una multitud de miserables de todas edades tiene constantemente invadido el hermoso edificio. En el patio donde me hallaba pululaba una turba de séres asquerosos, cubiertos de llagas y tumores, pústulas y costras, que causaban repugnancia. Todas las monstruosas enfermedades de que nos habla la Biblia: la lepra, el lupus, la elefantiasis y otras que corroen el cuerpo humano convirtiéndole en montón de podredumbre, podían estudiarse allí en todo su lúgubre y fatídico esplendor. La imaginación es incapaz de crear nada más espantoso y el efecto es terrible, sobre todo si al horroroso conjunto de tantos males se añade la suciedad ambiente y la falta de todas aquellas sabias disposiciones que la higiene prescribe para los establecimientos de esta naturaleza. La mortalidad

en Sidi-bel-Abbés debe ser considerable, pues nada se hace para evitar el contagio, siendo verdaderamente asombroso que los terribles gérmenes de infección que allí se desarrollan no se extiendan por toda la ciudad y destruyan en pocos días á sus habitantes. Por otra parte, consuela un tanto saber que todos aquellos infelices encuentran al menos un asilo donde son alimentados y socorridos con el producto de las limosnas y las rentas de la mezquita, que son administradas, Dios sabe cómo, por el jefe del establecimiento, á quien se da el título de *el Emkaddem,* lo que quiere decir el viejo ó el anciano, y á quien se tributan singulares respetos y homenajes, considerándole casi como en olor de santidad.

Aunque no existe ninguna ley positiva en favor de la inmunidad de Sidi-bel-Abbés, la costumbre ha establecido que entre los muros del venerado santuario hallen amparo los perseguidos por el despotismo; refugiados en aquel recinto, pueden negociar el perdón y aguardar la restitución del goce de sus derechos, en la seguridad de que su asilo no será violado. La opinión pública es unánime sobre este particular, y el Monarca que abusando de su poder se atreviera á proceder contra tal práctica, se perdería sin remedio, pues causaría una revolución religiosa, cuyas consecuencias nadie puede prever.

En esta parte el fanatismo musulmán es inflexible, y los lugares declarados santos por la creencia popular son de todo punto inviolables. La consagración puede recaer lo mismo sobre una persona que sobre un objeto, y de tal creencia procede la extraordinaria influencia que ejercen en el Imperio los famosos Sheriffes de Wazán y Tedla, que son venerados al par de los más santos morabitos. Aún hay más: la superstición popular puede declarar santificado un objeto cualquiera, como ocurre con cierto cañón que se custodia en Rabat, y que á fuer de milagroso, es cuidado con esmero, estando siempre cubierto con infinitos trapos mojados en aceite, que lo resguardan de la intemperie y del moho. No hay que advertir que cuantos desgraciados se acogen al citado cañón ó siquiera

á su cureña, son declarados inviolables en tanto permanecen guarecidos junto al objeto consagrado. ¡Extrañas costumbres de épocas remotas, que denotan una vez más la crasa ignorancia de este pueblo en decadencia!

El patio excusado desde donde habíamos podido lanzar una mirada al interior del santuario de Sidi-bel-Abbés, mereció fijar nuestra atención. Allí es donde los fieles practican las abluciones prescritas por el ritual antes de la oración, pues los musulmanes creen que para presentarse delante del creador y hacerse digno de sus miradas, es preciso que el cuerpo del hombre se halle enteramente puro. De aquí la institución de semejantes abluciones, consistentes en lavarse las manos tres veces seguidas, el interior de la boca, oídos y narices, la cara, brazos y cabeza, y por último, los pies. Hay además abluciones generales que han de hacerse lavándose todo el cuerpo, precisamente los viernes, antes de la oración del medio día, llamada *El aássar,* y después de haber cumplimentado ciertos actos reputados impuros. Donde no se encuentra agua, pueden verificarse las abluciones usando tierra ó arena, y así se practica en el Desierto. Por último, también se hacen frotándose las partes indicadas con las manos, después de haberlas aplicado sobre una piedra, sistema empleado por los navegantes durante sus viajes, puesto que el agua del mar se considera como inútil al objeto.

Siendo tan necesarias las abluciones antes de la oración, es natural que en todas las mezquitas se encuentran departamentos destinados á practicarlas. El que existe en la *Zauia* de Sidi-bel-Abbés, aunque está un tanto abandonado, fue instalado con verdadera esplendidez: hay allí tres ó cuatro piscinas abiertas á flor de tierra, cubiertas por una especie de templete y rodeadas de asientos de piedra para facilitar á los fieles el cumplimiento de su cometido.

Terminada nuestra brevísima visita al famoso santuario, regresamos á Dar Muley Alí, y en el camino quedé convenido con el *Tebib* Mariano que esta misma tarde verificaríamos nues-

tra expedición á las Siete Kubbas, que contienen los restos de los siete durmientes, complemento indispensable de nuestra expedición á Sidi-bel-Abbés. Como hemos realizado un acto arriesgado, que algunos con justicia podrán considerar como imprudente y expuesto á acarrearnos consecuencias desagradables, dado el fanatismo de los musulmanes, á nadie dijimos en qué habíamos empleado la mañana, y después de almorzar, yo me he recluído en mi habitación para hilvanar estos apuntes y tomar datos acerca de los famosos siete durmientes, á quienes hace referencia Mahoma en su Alkorán, por cuya causa son objeto de la mayor adoración por parte de los sectarios del profeta.

RAFAEL MITJANA.

EL DERECHO INTERNACIONAL AMERICANO

ANTE EL SEGUNDO CONGRESO PANAMERICANO EN 1901

I

La muerte trágica del Presidente Mac-Kinley en Búffalo deja muchas cosas que sentir y muchas cosas en qué reflexionar. No oculto que pertenezco á aquel número de hombres que en todo suceso crítico de la historia mira con temor y respeto el dedo de la Providencia, y se confunde, meditando, sobre la inexcrutable dirección de sus designios. Mi alma española me revela que el Presidente Mac-Kinley, en la cuestión de la guerra colonial de España, tenía contraídas penosas deudas con la moral; penosas deudas, cuya vindicta escapa á la acción de las relaciones políticas de los hombres. Sentirse poderoso en el equilibrio político de los pueblos y de la humanidad, no es tener razón ni derecho para atreverse á todas las acciones, y menos á aquellas para cuya *causa rei* se emplean medios que no por quedar encubiertos dejan de ser ilícitos, y que si no se ponen en juego á la luz pública es porque la moral los veda y los rechaza la razón. Mac-Kinley ha vencido á España y la ha despojado de su poder colonial entero usando de estos medios que la razón y la moral reprueban. Las sacrificadas víctimas del *Maine*, el dolo en que se sustentó su sacrificio, la tenacidad con que se ha sostenido aquella vergonzosa superchería,

deben haber agitado tanto el espíritu de Mac-Kinley, después de caer bajo las viles balas del anarquista polaco Czolgosz, como la sombra del primer Ministro de España sacrificado en Santa Águeda por el anarquista italiano Angiolillo en los preliminares de la guerra inicua de Cuba, al sentir entre las soñolencias del opio la violencia del dolor con que la gangrena le roía las entrañas, heridas por el proyectil del asesino de Búffalo. Yo no me atreveré á decir que Mac-Kinley debía morir enmedio de un crimen y de una catástrofe, que siempre repugna al sentido moral de las conciencias honradas; pero sí proclamaré siempre que en cualquier posición de la vida íntima y en cualquier posición de la vida pública, los hombres deben patentizar que creen en Dios, no recitando oraciones de moribundo, sino obedeciendo siempre las leyes de su moral. Yo no sé si tiene aquí aplicación esta frase, una de las últimas de la vida de nuestro insigne Castelar: *Prefiero morir de vergüenza, como muero, por los inmerecidos infortunios de la patria, á gozar desde el más alto escabel de los honores de la victoria, fundada sobre la infamia del Maine y el asesinato de Cánovas del Castillo*. Ante el crimen execrable de Czolgosz en Búffalo, no he podido menos de recordarla.

Mas si, como español, no puedo menos de confesar que estas ideas me abruman desde que el telégrafo nos comunicó el suceso trágico del día 6 de Agosto en la ciudad que se asienta sobre la margen del Erié y en la vecindad del lago en cuyos hirvientes raudales brotan las tempestuosas brumas de la asombrosa catarata del Niágara, el nombre de Búffalo, donde desde Mayo último se celebra la Exposición universal Panamericana, dispuesta para servir de preámbulo á la inauguración del Congreso universal Panamericano, convocado en Méjico para el mes de Octubre en que entramos, vuelve á tocar mi espíritu con el abismamiento de lo sobrenatural desconocido. Tácheseme de supersticioso en estos tiempos de tantas incredulidades y de tantos ateísmos. Mis opiniones acerca del sentido íntimo del próximo Congreso, al que la Exposición de

Búffalo se le adelantaba, no es un secreto en los dos Mundos. El próximo segundo Congreso Panamericano, que por iniciativa del Presidente Mac-Kinley y del Gobierno de los Estados Unidos se ha convocado para Méjico, con el carácter internacional de sus acuerdos, ha de tener una influencia inevitable y onerosa sobre la soberanía y la independencia futura de los Estados de origen y hablas ibéricas que á él han de concurrir. Por lo pronto, la multitud de cuestiones que, aunque con carácter secundario, en él se han de proponer, discutir y resolver, tanto en la vasta jurisdicción del derecho internacional público como en la del derecho internacional privado, y así en lo político como en lo económico y hasta en lo moral, va á atar con férreos lazos las prerrogativas de donde emanan los atributos esenciales de todas y de cada una de estas jóvenes é incautas nacionalidades, hasta el punto de que, después de sancionadas en bases consentidas de derecho todas las resoluciones que los Estados Unidos se proponen obtener del concurso jurídico de las Repúblicas congregadas, podrá decirse que ya los dos continentes de América quedan fundidos en un solo y único Estado, cuya hegemonía legal exclusivamente corresponde al Gobierno de la Gran República de la Unión, de la que las demás, habiendo renunciado á los atributos esenciales de la soberanía y de la independencia, sólo formarán en la sumisión de su absorbente protectorado.

La Exposición Panamericana de Búffalo había sido un fracaso, y más que un fracaso un augurio bastante elocuente de la suerte que estaba reservada por parte de las Repúblicas de lengua ibérica, celosas de su independencia y de sus prerrogativas soberanas, al éxito del Congreso próximo á inaugurarse. Mac-Kinley no había asistido á la solemnidad de la apertura de la Exposición, que tampoco pudo verificarse en el día que estaba señalado, sino veinte después. En aquel acto sustituyóle el Vicepresidente Roosevelt y el Senador del Estado de Nueva York, Lodge. Ni uno ni otro supieron contenerse en los discursos que pronunciaron. Las declaraciones que hi-

cieron acerca del porvenir de América, condenada en sus dos continentes á ser absorbidos por la República mayor de lengua y sangre anglo-sajona, no sólo, en lugar de inflamar los entusiasmos que se pretendían estimular, contribuyeron á hacer caer la venda de los ojos hasta á los más incrédulos acerca de la fatídica dirección de toda la labor norteamericana hacia el consabido *destino manifiesto,* sino que, por el mismo desagrado y las invencibles desconfianzas que produjeron, tuvieron que ser desaprobados en la *White Housse* de Washington. No había habido medio humano de reanimar el éxito de la Exposición Panamericana de Búffalo desde el día de su apertura y de los indiscretos discursos de Roosevelt y de Lodge. En las incertidumbres, que son notorias, se había agitado la cuestión de la asistencia ó no asistencia de algunas Repúblicas del continente del Sur al Congreso de Octubre, á pretexto de la diversidad de criterio previo con que por unos Estados ó por otros se apreciaba el tema esencial relativo á la cuestión del arbitraje obligatorio y sus efectos subsidiarios. Sin que esta incógnita acabase de descubrirse enteramente ni por parte de Chile y sus aliados, que no le admiten con efectos retroactivos, ni por parte del Perú, la Argentina y el Brasil, que protestaron contra todo conato de enmiendas en el programa circulado juntamente con las cartas invitatorias, la expedición del Presidente Mac-Kinley á la Exposición de Búffalo no tenía otro objeto que prestar el calor de su presencia y su palabra á un acto de solemnidad pública tan notoria como el de la referida Exposición, cuya situación desairada en la consideración de las Repúblicas latinas, tan variamente representadas en ella, formaba el prejuicio de lo que en plazo ya breve debía de ser el Congreso Panamericano de Méjico, de que la Exposición constituía una mera avanzada. ¿Cómo, dados estos antecedentes, no ha de impresionar visiblemente las almas que, como la mía, sienten la eterna superstición de la mano de Dios en la vida y en la historia, el hecho *fatal* de que el asesinato de Mac-Kinley se haya verificado

en Búffalo y en el local de la Exposición, preliminar de lo que á la soberanía y á la independencia de las Repúblicas hispanoamericanas se le tiende en la verdadera emboscada á que equivale el programa conocido del próximo Congreso que dentro de pocos días va á inaugurarse? El hecho es todo lo *fortuito* que ordinariamente aparentan ser todos los sucesos humanos. Esto es indudable; pero su ignoto impulso hay que buscarlo, prescindiendo del delito abominable, en los arcanos de lo sobrenatural, que no está sometido á las leyes de la humana previsión. En estos fatídicos hechos, y en los lados ulteriores que en la política de los Estados Unidos se buscan á los efectos de la Exposición y del Congreso Panamericanos, parece que flota este veto de lo sobrenatural desconocido: *¡Dios no lo quiere!*

Yo no puedo examinar el asesinato del Presidente Mac-Kinley, ni con relación al aspecto social bajo que se produjo el 15 de Abril de 1865 la muerte violenta de Abraham Lincoln, en medio de la lucha de los Estados del Sur contra los del Norte, después de la caída de Richmond, la capital de los separatistas, en poder de los federales, ni con relación al aspecto político bajo que se produjo el 2 de Julio de 1881 la muerte violenta de Abraham Garfield, en medio de la viva oposición de los partidos, cuyas inmoralidades se había propuesto depurar aquel Presidente. Se atribuyó en 1865 al asesino John Wilkes Booth ser el instrumento vengativo de los que habían sido perjudicados en sus fortunas mediante la emancipación de los esclavos, y en 1881 á Charles Guiteau ser el brazo ejecutor de las sentencias pronunciadas por aquellos republicanos, cuya falta de virtudes había constituído un sistema de enriquecerse en la ausencia de todo escrúpulo para repartirse en familia los cargos públicos del Estado á fin de medrar á sus expensas. A Czolgosz se le baraja en el número ya copioso de los vengadores anarquistas. El porvenir aclarará la clave del enigma. Conviene, entre tanto, fijar bien lo que Mac-Kinley era, lo que Mac-Kinley representaba,

lo que en la acción personal de Mac-Kinley habían hecho depositar las esperanzas de un pueblo que, sintiéndose en el apogeo del poder y la fuerza que da la prosperidad y la abundancia, había entrado en el vértigo del engrandecimiento, ya emulando la formidable expansividad de la nación del viejo continente que le dió sangre y vigor, ya alentado por la facilidad de las primeras conquistas conseguidas. La exagerada ponderación que ha producido la conciencia febril de aquella fuerza se ha visto reflejada en todos los actos y en todas las manifestaciones del espíritu nacional de los norteamericanos en estos últimos cincuenta años. Esta tendencia á poseer lo mayor, lo más gigantesco, lo más colosal de todas las cosas, ha llegado á formar tal obsesión en la mente del pueblo yanqui, que nada concibe que no traspase los límites hasta de lo extraordinario. Antes esta manía se limitaba á la exageración de la propia naturaleza que los Estados Unidos disfrutaban. Los mayores ríos, las mayores campiñas, los mayores lagos, las mayores cascadas; tales eran las ideas que absorbían su imaginación. De los panoramas de la naturaleza, estas obcecaciones pasaron á la proporción de las producciones y de las obras y empresas para alcanzarlas; luego á la acaparación de estos mismos productos y á la elevación de la fortuna que representaban, y así de exageración en exageración, el país que en pocos años se jacta de haber construído las mayores ciudades, de haber extendido el mayor número de líneas férreas y de telégrafos y cables, de haber levantado los mayores faros y monumentos del mundo, de haber creado las riquezas particulares más hiperbólicas, de haber constituído los sindicatos más formidables para explotaciones que han tomado el carácter de universales, no es extraño que desde hace muchos años también navegue fantásticamente con el pensamiento de fundar el mayor imperio que haya existido sobre la tierra, no satisfaciéndose con el patrón de su madre y maestra la Gran Bretaña, que dilata la fuerza expansiva de su poder desde el reducido solar primitivo de sus islas por todos los círculos

del planeta, sino pretendiendo adueñarse de los mayores mares y dominar en ellos, de incorporarse los mayores imperios coloniales y las mayores posesiones ya formadas por otras potencias en los demás continentes, como lo ha practicado contra España en las Filipinas, sin renunciar por esto á la absorción de lo que le circunda, aun fuera de su soberanía, en el mismo continente que ocupa, hasta que se incorpore por cualquier camino que sea, pues el éxito los hace todos lícitos, todas las demás partes bajo la inmensa autoridad de su único poder. De este imperialismo sagaz, tenaz, doloso y sin escrúpulos, la personificación entera encarnaba en Mac-Kinley y nunca, hasta su Presidencia, se pusieron en práctica más medios sugestivos para conseguir sus triunfos. En el Norte se le consideraba como el primer Presidente de la *Greater America,* esto es, de la novísima América expansionista, y los que, apenas iniciado el segundo período constitucional de su mandato, halagaban la idea de una tercera reelección al acabar el cuatrienio comenzado en 1901, se apoyaban en las esperanzas que consolidó más y más su último discurso-programa pronunciado el 4 de Marzo ante el Senado, en el que claramente dió á entender que América, después de sus recientes conquistas, no sólo era capaz de administrar sus nuevas posesiones, aunque lejanas, sino que se hallaba dispuesta á agregarlas otras nuevas, pues para toda empresa conquistadora debía considerarse apta una nación que desde 1850, en que su fortuna era de 7.000.000.000 de dollars, la ha hecho remontar hasta 90.000.000.000, habiéndose evaluado en 35.000.000.000 los aumentados en el último decenio, es decir, de 1891 á 1900.

Este crecimiento febril, que bien puede calificarse de tumultuario, en la potencialidad económica que los Estados Unidos han adquirido, y que es el nervio de su fuerza, sentíase halagado por tales promesas en aquel país donde el ideal es la riqueza estupenda y repentina, donde el fanatismo del poder es el fanatismo de la prosperidad, donde estos ideales que se

nutren en las fuentes del egoísmo no se contienen en ninguna moderación, sino que se exaltan hasta el logro de sus empresas sobre el naufragio de todos los escrúpulos y hasta de todos los pudores de la conciencia, donde la audacia, privada de miramientos, á todo se atreve y á toda conquista de fortuna se arroja, donde quiera que germina, ahora sea proponiendo una venta, ahora combinando un *trusts,* ahora lanzándose descaradamente á una usurpación, donde no cabe más lógica en el raciocinio que la satisfacción de lo que conviene á cualquier precio, pues en su criterio embotado, todo, hasta el nombre, puede cotizarse á máquina, en confusión, en vértigo, en delirio, como en una Bolsa ó un mercado. ¿A qué posesiones nuevas que agregar á las arrancadas á España con el fraude de la cuestión colonial en Cuba, podía aludir el Presidente Mac-Kinley en su mensaje del 4 de Marzo último al Senado? Si las amenazas, que desde hace mucho tiempo pesan sobre toda la América latina acerca de su absorción por la del Norte, no hubieran sido ya fuente bastante para tantas alarmas *en el continente enfermo* durante toda la segunda mitad del siglo XIX, harto elocuentemente habrían contestado ahora á esta proposición los discursos pronunciados el 20 de Mayo en el acto de la inauguración solemne de la Exposición de Búffalo, por el entonces aún Vicepresidente Roosevelt y el Senador Lodge y aun otro discurso posterior de Roosevelt, el pronunciado pocos días antes de la tragedia de Búffalo, el 3 de Septiembre, en las fiestas de Minneapolis, del Minnesota, calcado en el espíritu imperialista del primero y con relación al papel que á los Estados Unidos toca desempeñar en los actuales conflictos entre Venezuela y Colombia. Todos estos discursos forman la psicología completa de la Exposición Panamericana en aquel momento inaugurada y la del Congreso Panamericano de Méjico, próximo á abrirse; y aunque en Washington se publicaron tímidas rectificaciones á lo formulado por el allí sustituto del Presidente Mac-Kinley y por el Senador del Estado, no podía caber duda de que lo enunciado por Roosevelt

y por Lodge envolvía el pensamiento esencial, aunque ulterior y recóndito, que constituía el programa de la política del nuevo Consulado respecto á los destinos de la América de origen ibérico, invitadas á aquella Exposición y á este Congreso. Después de la muerte de Mac-Kinley, las palabras pronunciadas el 20 de Mayo en Búffalo y el 3 de Septiembre en las fiestas de Minceapolis, por Roosevelt, en quien se asumen ya los altos poderes soberanos de la nación norteamericana, y las palabras del Senador Lodge, á quien se indica para sustituir al Coronel John Hay en el Ministerio de los Negocios Extranjeros de la Casa Blanca, cobran una virtualidad irresistible, y ya sabe la América latina concurrente á la Exposición Panamericana de Búffalo y al Congreso Panamericano de Méjico, que uno y otro acto no son más que otro paso progresivo hacia la realización de la amarga sentencia *del destino manifiesto*.

¿Podrá apoyarse la América latina en la fuerza que emane de su brillante derecho internacional americano, cuyas raíces no se echaron en los Estados de la Unión anglosajona del Norte desde los principios de su separación del Imperio de Inglaterra, al calor de la protección y de los auxilios que juntamente prestaron á sus políticos insurgentes Francia y España; sino que, casi medio siglo más tarde, fueron concepción que puede llamarse exclusiva del gran libertador Bolívar? En la moderna América, por la elocuencia de los hechos que presencia el mundo, quiebra la eficacia del arrogante axioma *la fuerza vence al derecho,* y se sustituye con otro análogo, que bien pudiera formularse diciendo: *la astucia vence al derecho*. En realidad, solamente Méjico tuvo razón, después de la guerra de 1848, en protestar contra el empuje de la fuerza que, atropellando su derecho, la obligó por el tratado de Guadalupe-Hidalgo á la cesión de la Alta California y del Nuevo Méjico, así como en 1883, después de la guerra que comenzó en 1879 y de la celebración del tratado de Ancón, el Perú y Bolivia, que tuvieron que rendir á Chile victoriosa algunas provincias en perpetuo dominio y otras en hipotecas condiciona-

les. Todos los demás movimientos, que han tenido por objeto la sustracción ó conquista de fincas ó posesiones territoriales en la América emancipada, y principalmente los que se han incubado al calor de los Estados Unidos, han sido problemas de la astucia, ya se hayan frustrado hasta ahora como las expediciones filibusteras contra la Sonova y Nicaragua, ya á fuerza de perseverancia hayan dado los tristes éxitos de Cuba, ya sostengan estados permanentes de guerra civil ó provocaciones, permanentes también, de guerras fratricidas, como las que en estos momentos observa el mundo entre Venezuela y Colombia, y las que sin cesar se excitan entre Chile y la Argentina. La mano y el instrumento propulsor de todos estos conflictos, aunque escondida, todo el mundo la ve y la conoce: el instrumento es la astucia, y la astucia es además el instrumento con que sin cesar se empuja á las jóvenes Repúblicas de nuestra lengua hacia los fatales derrumbaderos de los llamados *destinos manifiestos,* por medio de estos Congresos americanos, cuyos problemas tienden á anular todo el Derecho internacional americano creado por Bolívar, base de la independencia y soberanía de todos y de cada uno de los Estados que se formaron soberanos é independientes desde el primer momento de la emancipación de la tutela y dominio de España.

El Derecho internacional propiamente llamado americano, que siendo creación de la América latina desde Bolívar, los Estados Unidos se han querido apropiar exclusivamente en su propio provecho y como base esencial de sus intenciones absorbentes de todos los tiempos y de su fiebre actual de imperialismo, se diferencia del derecho público universal de gentes, cuyas fuentes modernas, arrancadas por los insignes teólogos españoles Francisco Victoria, Domingo Soto, Baltasar de Ayala y Francisco Suárez, á las eternas leyes morales que estableció la admirable doctrina fraternal del Crucificado en Alberico Gentile, Conrado Bruno, Hugo Grocio, Samuel Puffendorf, prescindiendo absolutamente de los mal investigados

ejemplos de las instituciones de los siglos medios, concordándolas con los principios sustentados en las civilizaciones antiguas por el *jus sacrum* y el *jus gentium* de los romanos, é inoculando en ellas aquel ambiente de libertad por que toda Europa combatía en una época en que los grandes protestantes del catolicismo habían proclamado juntamente la libertad del hombre civil y la libertad del pensamiento humano, adquirió ya la tendencia hacia la universalización y uniformidad de sus principios, cuyo movimiento definitivo en esta inclinación se ha pronunciado en el último tercio del siglo anterior, en que ha preconizado tres bases de constitución esencial que le son absolutamente propias, y alguna de las cuales pugna sin descanso por constituirse también en base del derecho público universal. Estos tres principios diferenciales del Derecho internacional americano, son: primero, el principio de la soberanía exclusiva, que repugna la intrusión de la soberanía territorial en aquel continente, á ningún poder extraño al mismo continente, excepción hecha de los que se hallen en posesión anterior, bajo forma de colonias, de alguna parte de él; segundo, el principio de confederación, unión ó alianza fraternal entre los diversos Estados que tienen una misma sangre, un mismo lenguaje é idéntico origen histórico; y tercero, la consagración del arbitraje para dirimir toda contienda entre las diversas partes de estas mismas nacionalidades de origen étnico homogéneo, y en sus relaciones con los demás pueblos.

El primero de estos principios del Derecho internacional americano, formulado en la frase sintética de *la América para los americanos,* surgió como una palabra de orden, en medio de la insurrección de las provincias españolas de América, contra el dominio de España, y su fórmula la dió un insurrecto de larga historia llamado Picornel. De esta fórmula de protesta contra el poder de España, nacida en el seno de sus provincias insurrectas de América, se apoderaron inmediatamente los Estados Unidos del Norte, y arrogándose un

protectorado que en España podremos discutir siempre, con presencia de nuestra correspondencia diplomática con los Gobiernos de Filadelfia, en que constan las protestas de los diversos ministerios que en los Estados Unidos se fueron eslabonando desde la restauración de Fernando VII de Valencey hasta las revoluciones de 1820, el Presidente Monroe, en el mensaje que leyó al Congreso americano el 2 de Diciembre de 1823, imitando la conducta de Inglaterra que en 1821, ante los movimientos insurreccionales de Italia, había hecho una declaración de principios por los que rehusaba reconocer la intervención de Austria, Prusia y Rusia en los asuntos italianos á título de justicieros internacionales, y la de la misma Gran Bretaña en 1823 con motivo de la intervención armada de Francia en nuestra península, á fin de restablecer el sistema absoluto de la antigua Monarquía contra el régimen constitucional que había querido implantarse por los revolucionarios de las Cabezas de San Juan, temeroso de que en Europa los esfuerzos de la Santa Alianza tratasen de intervenir en los asuntos de los insurgentes de nuestras provincias de aquel continente contra España, incluyó una declaración, á la que posteriormente se ha dado el nombre de *doctrina de Monroe*, que constaba de dos partes. En la primera decía que «los Estados Unidos consideraban como un peligro para su tranquilidad y seguridad cualquier tentativa por parte de las potencias de Europa de querer extender *su sistema político* en el Nuevo Continente»; en la segunda, que «los continentes americanos, por la condición independiente y libre que habían alcanzado y en que se mantenían, no podrían ser considerados en lo futuro como terrenos coloniales por ningún Gobierno de Europa».

Cuantos conocen la historia, saben que la primera parte de la declaración del mensaje de Monroe se refería y contestaba á la que en Europa la Santa Alianza acababa de hacer en el Congreso de Laybach, considerando nula y contraria á las leyes públicas del viejo continente cualquiera reforma lle-

vada á cabo por medio de una insurrección, y que las potencias europeas reunidas en aquel Congreso estaban dispuestas á combatir el principio de rebelión en cualquiera parte y bajo cualquiera forma que se presentara. ¡Pequeña é ineficaz ofrenda á España y Portugal, cuyas colonias americanas se hallaban hacía tantos años en rebeldía declarada, para cuyo fomento, desoídas las reclamaciones de España por Inglaterra durante nuestra guerra de la Independencia, en que fue nuestra aliada contra Francia, desoídas por las potencias que á sí mismas se dieron el título de *grandes* en el Congreso de Viena de 1814 y 1815, jamás dejaron de salir barcos cargados de armas de todos los puertos de la Gran Bretaña y Holanda en el Atlántico, y en el mar del Norte, ni de los de Francia en el Mediterráneo, de Italia en el Tirreno y de Austria en el Adriático! Con todo la primera parte de la declaración de Monroe en su mensaje al Congreso americano, solamente se limitaba á exponer que consideraba como un peligro para su tranquilidad y seguridad toda tentativa por parte de Europa de querer extender sus sistemas políticos por América, y para justificar esta declaración procuró dejar perfecta y claramente sentado el principio de que «así como la América no intervenía en los asuntos europeos, Europa no podía intervenir recíprocamente en las cuestiones de índole interior americanas». «Sólo cuando son hollados nuestros derechos—añadía el Presidente Monroe —ó cuando nos sentimos heridos en nuestra dignidad, nos preparamos á defendernos. Sin embargo, nuestro interés por todo lo que ocurre en esta parte del hemisferio es grande, y la causa de ello no puede ser más natural y justa. El sistema político de las potencias europeas aliadas es esencialmente distinto del que nosotros en nuestro continente hemos adoptado, y esta diferencia proviene de la que existe en los respectivos Gobiernos. Pues bien, teniendo presentes los lazos que nos unen con dichas potencias aliadas, debemos declarar que consideramos como peligrosa á nuestra tranquilidad y seguridad cualquiera tentativa de querer extender su sistema político sobre nues-

tro hemisferio. El Gobierno de los Estados Unidos *no intervendrá jamás en las colonias americanas de los Estados de Europa* (¡!), pero estimará como acto de hostilidad cualquiera intervención extranjera que tenga por objeto la opresión de los Estados que han declarado su independencia y la han sostenido.»—Y más adelante:—«Es imposible que los Estados de Europa extiendan su sistema sobre cualquiera de las tres Américas sin que amenacen nuestro bienestar. No podemos, por tanto, mirar con indiferencia que tal política, bajo cualquier forma que sea, domine en los territorios americanos.» Y como el fin que Monroe se proponía en esta parte de su declaración era establecer el principio de la independencia de todas las partes de América, que la habían conseguido, y rechazar toda intervención de Europa en su política, el pasaje anotado del referido mensaje concluía diciendo: «Comparando la fuerza y los recursos de España con los de los nuevos Estados, cuyos Gobiernos *de facto* hemos reconocido, y teniendo en cuenta la distancia que entre sí los separa de su antigua metrópoli, es evidente que España no volverá jamás á reducirlos á su autoridad. Pero sea de esto lo que quiera, la política de los Estados Unidos consiste en la inteligencia de que las demás potencias obrarán del mismo modo en dejar que las partes mismas resuelvan la cuestión.»

La segunda parte de la declaración del mensaje de Monroe, la que realmente se resume en la máxima ya proverbial que tanto se repite: *la América para los americanos,* aunque formulada en la América del Sur por el infidente Picornel, en la América del Norte se recogió en un principio con fin muy diverso del que Picornel le dió, y posteriormente se le ha dado una interpretación que vicia su concepto. El tratadista argentino Carlos Calvo refiere su inclusión virtual en dicho mensaje con motivo de las pretensiones que Rusia á la sazón tenía de colonizar algunos territorios del continente americano del Norte, que habían dado lugar á que los Estados Unidos y la Gran Bretaña, ligados por el tratado de 1813, relativo á la

posesión de tierras del Norte de dicho continente, se opusieran á la realización de aquellos proyectos. A pesar del tratado referido, esta cuestión motivó un serio debate diplomático entre las dos Cancillerías de los Estados Unidos é Inglaterra, en la cual el Secretario de Relaciones Extranjeras, americano Mr. Adams, declaró: «que la soberanía de las naciones que se habían constituído en América bastaba para que pudiera considerarse extendida á todo el continente; que sólo se respetarían los derechos adquiridos, y que poblada toda América por Estados libres y naciones civilizadas, en lo sucesivo no sería accesible á los europeos sino bajo principios de absoluta igualdad, convirtiéndose el Océano Pacífico en un mar libre como el Atlántico y dejando la navegación de los ríos y aguas jurisdiccionales á lo que sobre ella determinaran los Estados americanos». El complemento de estas resoluciones fue la declaración de Monroe, en su mensaje, de que los continentes americanos, por la condición independiente y libre que habían alcanzado y que mantenían, no podrían ser considerados en lo futuro como terrenos coloniales por ningún Gobierno europeo.

Aunque Mathieu A. Bernard, en el *Manuel du Droit International public et privée* que sobre el *Derecho Internacional* de Carlos Calvo acaba de dar á la estampa en Montreal (Quebec, 1901), analizando esta cuestión, atribuye á Monroe que, al hacer la declaración de 2 de Diciembre de 1823, *avait evidement l'arrière pensée de poser les Etats Unis comme les protecteurs* SUPRÊMES *des Etats americains et les garants de leurs territoires* (página 42), aunque el principio que de ella emana, ya apodado de una manera incontrastable *la doctrina de Monroe,* ha representado un papel importante en el desenvolvimiento del *Derecho Internacional Americano,* saliendo á relucir en los diferentes conflictos que han surgido entre los dos continentes trasatlánticos, sobre todo desde el último tercio del siglo XIX, unas veces presentándole los Estados Unidos á las potencias de Europa, como una valla infranqueable en oposición á sus pre-

tensiones, otras siendo invocado en su favor por los nuevos Estados que se consideran débiles en todo aquel hemisferio, todavía el concepto que de él se tiene en uno y otro mundo es ó imperfecto, ó erróneo, ó bien poco conocido, pues la interpretación que ya se le da, con frecuencia traspasa los límites de su justa eficacia por la manera como la han concebido algunos estadistas de la gran República del Norte, como Buchanam, Brown, Cleveland, pretendiendo que la doctrina de Monroe no es sino la titulada doctrina *del destino manifiesto,* en virtud de la que América debe ser completamente separada y aun aislada de Europa para que los Estados Unidos, cumpliendo este *destino,* puedan extenderse por todo el continente americano y tender sobre él su imperiosa soberanía. Esta interpretación que es la misma que Mac-Kinley dejaba sobreentender en su mensaje del 4 de Marzo último sobre las nuevas agregaciones, la misma que en sus discursos de 20 de Mayo último dejaron caer sobre sus oyentes de sangre latina, con general alarma, en el acto de la inauguración de la Exposición Panamericana de Búffalo, el entonces Vicepresidente y ahora Presidente Roosevelt y el Senador Lodge, la misma que entrañan en todo su espíritu y sentido las diversas partes políticas y económicas de que se compone el programa del Congreso Panamericano próximo á abrirse en Méjico, y la misma que palpita con explícito entusiasmo en el alma de todo el numeroso elemento *jingo* que ha impulsado la política de Washington por los mares sin término ni riberas del moderno imperialismo; bien puede entenderse que nada tiene de común, ni con el sentido que Picornel dió á la frase de *América para los americanos* como principio impulsor de la segregación de España de las colonias americanas, ni el sentido de las declaraciones del mensaje de Monroe contra las intervenciones de Europa.

Siempre fue numeroso en los Estados Unidos el partido que tuvo este modo de interpretar la doctrina de Monroe. Con este concepto sobre dicho principio se vió proceder al Gobier-

no americano, cuando en 1848 los mejicanos, no habiendo podido dominar una sublevación de indios en el Yucatán, acudieron al Gobernador español de Cuba y á otros vecinos europeos, sin excluir á los anglo-sajones del Norte, en demanda de ciertos auxilios á cambio de ciertas recompensas. Pudo el Gobierno español entonces reivindicar la soberanía de aquella península prestándose á atender las invitaciones que se le hacían; pero el Gobierno norteamericano se opuso abiertamente á que el Yucatán volviera á caer en manos de España, y no queriendo singularizarse con el Estado español, hizo la nueva declaración, apoyándose en la doctrina de Monroe y ampliando su sentido, de que los Estados Unidos jamás autorizarían ninguna cesión de territorio americano á ninguna potencia europea, ni aun contando con la voluntad del Gobierno que lo poseyera. Bajo la presidencia de Cleveland esta declaración fue repetida de una manera más clara y más precisa, á propósito de la cuestión de límites entre Guayana inglesa y Venezuela. Con todo, todo el mundo sabe que, á pesar de la declaración del mensaje de Cleveland, y á pesar del fanatismo jingo de los modernos imperialistas, cuando el laudo arbitral se ha pronunciado por el Presidente de la República francesa en la cuestión de los límites de la Guayana, aunque ese fallo, ha sido motejado de parcial y ha desfavorecido á Venezuela ni el Presidente Mac-Kinley, tan celoso de la doctrina de Monroe, ni las oficinas de política exterior de la Casa Blanca, ni los vocingleros del Senado que tuvieron contra España en la cuestión de Cuba tantas notas violentas, ni el más insignificante de los periódicos jingos de Nueva York, nadie ha tenido una palabra de protesta, nadie ha reprobado la extensión asombrosa de territorios que la arbitrariedad de un árbitro parcial ha reconocido á la codicia acaparadora de la insaciable Inglaterra. ¡Es verdad que en aquellas circunstancias Inglaterra acababa de ser la amable aliada de los Estados Unidos en la expoliación de las colonias de España, y que además, cultivandose la reciprocidad de las condescendencias entre los

dos Gobiernos de Washington y de Londres, en la Casa Blanca se esperaba ver ceder, en compensación, á la Gran Bretaña en la anulación del Tratado Clayton-Bulwer sobre los canales del itsmo y en la admisión de las enmiendas hechas por el Senado americano en el Tratado Hay-Pauncefote!

La tradición original de la inteligencia de la doctrina de Monroe no era ciertamente la que se le dió en 1848, cuando la pretendida cesión del Yucatán á España, ni la del mensaje de Cleveland en la cuestión de los límites de la Guayana inglesa con Venezuela. La llamada doctrina de Monroe, repetimos, se estableció en 1823 como acto de oposición para que Europa se arriesgase al intento de imponer en América el sistema político de casi la universalidad de sus naciones, porque éste no podría realizarse sin poner en peligro la tranquilidad y la seguridad de los Estados Unidos, y para impedir que el territorio americano fuera de nuevo colonizado por Europa en la parte que á sus Estados no estuviera sometida, «porque la soberanía de las naciones que se habían constituído en América bastaba para que pudiera considerarse como extendida á todo aquel continente, respetando sólo los derechos adquiridos»; y aunque esta segunda parte de la declaración parecía argüir, como Mathieu A. Bernard ha pretendido que los Estados Unidos se constituían en centinelas avanzados para defender la soberanía de los Estados menores de lengua latina, en los antecedentes notorios de 1826 quedó aclarado perfectamente el verdadero sentido de la doctrina de Monroe, cuando aceptada por aquellos la invitación para el Congreso de Panamá, dejaron de concurrir á él, y declararon, á consecuencia de los principios que sobre la independencia de los Estados americanos y los atributos de la soberanía se definieron en aquella Asamblea, que no harían causa común por la cuestión sobre nuevas colonizaciones con los Estados del Sur, quedándose en libertad de acción para proceder en toda circunstancia en conformidad con sus sentimientos de amistad hacia las nuevas Repúblicas, y con los principios de honor y dignidad que servían de nor-

te á su conducta. (Calvo, § 79.) Tiene razón, por lo tanto, el peruano Tudela y Varela, cuando discutiendo este tema ya propuesto en su *Derecho Internacional* por el Sr. Calvo, concluye diciendo: «Esta declaración venía á desligar á los Estados Unidos de todo compromiso sobre su protectorado y garantía, y á dar á la doctrina de Monroe el carácter de una simple protesta accidental por parte de este país contra las invasiones que de Europa pudieran intentarse, sin que quedara comprometido en manera alguna á ningún deber positivo ni aun de solidaridad, sino manteniéndose en la conducta de plena libertad de acción y excluída, en el orden jurídico, de toda obligación de defensa en pro de las Repúblicas menores, sin otro papel que el de mero espectador de los sucesos, como lo fue cuando la escuadra española del Almirante Méndez Núñez, desde sus barcos de madera, encabezados por la *Numancia*, primer buque acorazado, que daba á la sazón la vuelta al mundo, hizo saltar á cañonazos las torres blindadas del Callao.»

La interpretación última y absoluta que se ha dado á la doctrina de Monroe, puede decirse que en realidad no data sino desde que el Presidente Cleveland, con motivo de la cuestión anglo-venezolana, hizo la declaración de que, en lo sucesivo, los Estados europeos no podrían hacer nuevas adquisiciones territoriales, ni aun por medio de tratados: restricciones, que, como se ha dicho, no han podido sostenerse delante de la sentencia de un Tribunal arbitral, pero que más que una imposición á Europa, que sabe que esos vetos la fuerza del cañón los desbarata, venían á menoscabar las atribuciones soberanas de los Estados latinos de América, á quienes por esta declaración se les privaba de una de sus más legítimas prerrogativas, la de poder disponer de lo que es de su propiedad y pertenencia. Recuérdese cuál fue la conducta de los Estados Unidos cuando se divulgó que el Ecuador se disponía á vender á Inglaterra las islas Galápagos. Los Estados Unidos se interpusieron, pero no para invocar la doctrina de Monroe, sino acudiendo á la pu-

ja de la licitación. De las islas de la Bahía pertenecientes á Honduras se apoderó por fuerza Inglaterra en 1838, sin que los Estados Unidos protestasen de aquel acto ni se les ocurriese invocar para impedirlo la doctrina de Monroe. En 1848 el Gobierno de Nueva Granada otorgó á una Compañía norteamericana la concesión para construir el ferrocarril interoceánico de Panamá. Sin la menor atención á los vetos de la doctrina de Monroe, Inglaterra intervino, temerosa del desarrollo que con estas ventajas en Centro A mérica podrían alcanzar los Estados Unidos, é impuso al Gobierno norteamericano las ataduras del tratado Chayton Bulwer, que, concluído y ratificado en Junio de 1850, constituyó en iguales los derechos de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos en los intereses comerciales y en la ocupación territorial del istmo. Casi mediado el último siglo, se apoderaron los ingleses de las islas Malvinas, ahuyentando de ellas las autoridades que allí tenía puestas la República Argentina. Esta copiosa relación de hechos demuestra, al menos, que la decantada doctrina de Monroe en manos de los Estados Unidos, no ha sido sino un remedio de ocasión, del que nadie se ha acordado, cuando por encima de él ha pasado uno más fuerte, que hasta aquí ha sido Inglaterra.

De la doctrina de Monroe nadie se acordó para contradecir aquel despojo de las islas Malvinas, ni para impedir la intervención de Europa en los asuntos de Méjico, cuando se trató de implantar allí un nuevo imperio. La doctrina de Monroe no ha tenido fuerza efectiva, sino cuando los Estados Unidos la invocaron para impedir que Europa mediara en el conflicto que habían provocado con España con motivo de la cuestión de Cuba, para cuyo pacífico arreglo no consintió siquiera que se hablase ni de arbitraje, y desde entonces en los Estados Unidos no se les cae un momento ni de la lengua ni de la pluma á los oradores, á los publicistas y á los periodistas americanos, no para impedir que Alemania afinque en ningún territorio de la América del Sur, sino para sostener con esta bandera el principio de la supremacía y del protectora-

do que ha querido arrogarse con los Estados independientes de las tres Américas latinas, y para prepararlas sin cesar el rescoldo en que se condimenta la aromada pepitoria en cuya salsa se proponen tragárselas en el banquete supremo del imperialismo, que impulsado levíticamente por Cleveland y puesto en el palenque victorioso de la acción por Mac-Kinley, tomará bajo Roosevelt, en su largo consulado interino, las proporciones más audaces, cualquiera que sea le resultado de la conferencia panamericana que va á abrirse dentro de pocos días. Los que quieran saber qué prestigio alcanza la doctrina de Monroe, consulten á todos los Gobiernos de las diez y ocho Repúblicas de lenguas ibéricas: sólo Nicaragua y su presidente Zelaya votará por la sumisión á la gran república del Norte. Los demás se adherirán á los brindis de los mariños chilenos y argentinos en el banquete de Valparaíso cuando la fragata *Sarmiento* emprendió su viaje de circunvalación después de las entrevistas de Punta Arenas: «*Si hay un principio como de Derecho internacional*, decían unos y otros, *que establece que la América debe ser para los americanos, es preciso que se entienda bien que esta máxima quiere decir que la América del Norte sea para los americanos del Norte y la América del Sur para los americanos del Sur. Nuestras soberanías respectivas están bien claramente determinadas y definidas por nuestra sangre y por nuestro idioma. Los iberos del Sur y del Centro nunca tendrán nada de común con los anglo-sajones del Norte. Nuestro origen define nuestra independencia.*»

Indudablemente este es el derecho público fundamental americano. Los libertadores de la América latina, José San Martín, Bernardo O'Higgins y sobre todo Simón Bolívar, tal fue el norte que dieron á la independencia del porvenir. Difícilmente volverá á presenciar la Historia un hecho tan grandioso, aunque tan lamentable para el aparato colosal de la grandeza de España, que continuaba desmoronándose en la América por ella descubierta, colonizada y civilizada, como

ya se había desmoronado en la Europa Central y Mediterránea y en las riberas del África, como el que, enmedio de la guerra contra Napoleón, que nos desangraba y devastaba, se verificó con la simultánea ó casi simultánea insurrección de todos nuestros extensos dominios americanos, aunque este movimiento se realizara por hechos singulares, remotos entre sí y al parecer heterogéneos. Poseedora España de casi la integridad del continente del Mediodía, por las dos bandas de su gigantesca costilla de los Andes, de todo el Centro y de una parte importante de la América del Norte, resguardada por el dédalo de baluartes constituídos por los archipiélagos de las Antillas, de todo aquel poder tan inmenso y tan compacto, germinado de una misma sangre, dotado de unas mismas instituciones, fortalecido con los robustos vínculos que presta una misma fe, una misma lengua, un mismo origen y destino, aquel mundo se compartió, tomó los mismos límites que lo circunscribían bajo la administración colonial española y se dividió en tantos estados libres é independientes como fueron las distribuciones de nuestro régimen político, militar, judicial y eclesiástico. Bolívar comprendió que aquel conjunto de pueblos emancipados, por su naturaleza débiles y expuestos á todos los peligros de la debilidad, no podía romper enteramente entre sí los vínculos de la fraternidad común. No era para él, por lo tanto, el único problema la emancipación del poder central que los había engendrado. Bolívar pretendía despertar en ellos la conciencia de la necesidad de la mutualidad de sus auxilios para desenvolverse y tomar cuerpo en una tendencia propicia, si nó enteramente á una confederación común como la de la República anglo-sajona del Norte, al menos hacia una unión íntima, hacia una bien concordada liga política; y para proponer, discutir y concordar las fórmulas jurídicas de esta verdadera federación, como Presidente de la Gran Colombia, invitó á los Gobiernos de Méjico, Chile y Buenos Aires para el Congreso que se celebró en el istmo de Panamá en 1826. Dice M. Aníbal Murtúa que el dictador O'Higgins,

ya en su manifiesto de 6 de Mayo de 1818, había aconsejado á las nacientes naciones hispanoamericanas que formaran una gran confederación sudamericana «capaz de sostener la libertad política y civil en aquella parte del continente», y el historiador chileno D. Benjamín Vicuña Makenna pone estas mismas frases en labios de otro de los libertadores americanos. Con todo, el hecho sustantivo de donde arranca toda la base del derecho público de la America latina parte del Congreso de plenipotenciarios de Panamá, cuya convocatoria circular fue suscrita en 1822, negociando este mismo año con el Perú y al siguiente de 1823 con Méjico, tratados de alianza y confederación, cuyo fin principal era que estos dos nuevos Estados le prestasen el auxilio de sus buenos oficios, con el objeto de que los demás Gobiernos de la América española, entrando en los mismos pactos, y no dejasen de concurrir á la Asamblea general de los confederados.

En 1824 el General Santander hizo en Buenos Aires las mismas gestiones por medio de sus agentes diplomáticos, y ya en Diciembre de este mismo año, Bolívar, considerando que no debía diferirse más la celebración de un acto que había de consagrar por resoluciones jurídicas constitutivas la situación de lucha en que las Repúblicas incipientes se habían establecido, comunicó su segunda circular de 7 de Diciembre, en que decía:—«Después de quince años de sacrificios consagrados á la libertad de América para obtener el sistema de garantías que en paz y en guerra sea el escudo de nuestro destino, ya es tiempo de que los intereses y las relaciones que unen entre sí á las Repúblicas de América, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos Gobiernos. Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político que dirija la política en nuestros Gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios y cuyo influjo sólo calme las tempestades que puedan surgir, no puede emanar sino de la respetable autoridad de una gran Asamblea de Plenipotenciarios nom-

brados por cada una de nuestras Repúblicas.» El fin substancial de aquella reunión, Bolívar en su circular lo resumía en estas frases, adelantándose á la resolución de sus acuerdos:—«El día en que nuestros Plenipotenciarios hagan el cange de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando después de cien siglos la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrarán con respeto los protocolos del Istmo. En ellos encontrarán el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones en el Universo.»

La Asamblea proyectada por Bolívar reunióse al cabo en Panamá el 22 de Junio de 1826, con asistencia de los Plenipotenciarios de Colombia, Centro América, Perú y Méjico. Se había invitado á los Estados Unidos del Norte, y éstos nombraron también representantes; pero, visto el giro que la Asamblea se proponía tomar en sus asuntos, y no considerando que fueran unos mismos los intereses de las nuevas Repúblicas de origen español, y los de la de sangre anglo-sajona ya constituída en el Norte, no sólo dejaron de concurrir, sino que con manos ocultas allí comenzaron sus trabajos sagaces que han continuado empleándose durante todo el siglo anterior, para que el objeto unificador de aquella Asamblea se frustrase y que la nuevas Repúblicas no pudiesen llegar jamás á una robusta inteligencia común ni á ningún pacto formal de unión. La Asamblea, que estuvo funcionando hasta el 15 de Julio, durante veintitrés días, celebrando diariamente sus sesiones, llegó á aprobar cuatro bases de Derecho permanente: la primera la de la liga, unión y confederación entre las Repúblicas en ella representadas, á las que podían después adherirse voluntariamente las que, no habiendo enviado sus Plenipotenciarios, se hallasen conformes con sus acuerdos; la segunda, la del establecimiento permanente de estas Juntas, que habían de reunirse periódicamente en lugares distintos de las Repúblicas coaligadas, señalándose desde luego á Tacu-

baya en Méjico para su segunda reunión; la tercera detallaba los contingentes que habían de prestar cada una de las Repúblicas de la Confederación, y la cuarta comprendía un acuerdo secreto que arreglaba el orden en que debían enviarse estos contingentes. Tudela y Varela dice que estos tratados ni siquiera pudieron ser ratificados. «Sucesos inesperados y revoluciones provocadas por caudillos militares que alteraron la paz y trajeron la anarquía á las nacientes Repúblicas, determinaron el fracaso del primer Congreso hispano americano.» D. Benjamín Vicuña Makenna atribuye estos fracasos «á una mezquina desconfianza sobre las miras de dominio universal que se imputaban á Bolívar», y M. Aníbal Murtúa, poniendo el dedo en la llaga, no se atreve, sin embargo, á descubrirla enteramente. Las insurrecciones de América no habían sido un hecho espontáneo de aquellos buenos colonos de España contra España; habían obedecido á una labor de sugestiones tenaces, y las propagandas clandestinas se manifestaron en actos ejecutivos cuando á las colonias, casi abandonadas en medio de la guerra en que la Metrópoli se vió envuelta con la invasión francesa, se le llevaron todos los auxilios que respondieran del éxito. Estas protecciones son siempre onerosas, pues los protectores de un día creen no merecer menor recompensa que la de que se delegue en ellos ó todo el influjo de la dirección ó toda la impunidad para sus intrusiones audaces. Los mismos que aliados de España, en la Península, se erigían en traidores y enemigos de España impulsando las revoluciones de América, elevados con el título de amigos á las iniciativas y á las luchas de la insurrección, con manos ocultas desviaban el rumbo de la evolución en cuanto discordaba con el plan oculto de sus propios pensamientos. Ni Inglaterra ni los Estados Unidos, en inteligencia ya con Inglaterra, podían permitir que la América española, que absorbía casi todo el continente meridional, el centro y una parte importante del continente del Norte, pudiera erigirse en una enorme federación semejante y rival á la de la Unión anglo sajona, y dotada

por la Naturaleza de mayor prodigalidad de bienes de la fortuna. Inglaterra pensó sacar de estos auxilios ganancias territoriales muy superiores á las que obtuvo separadamente de los beneficios inmediatos que le produjo el exclusivo monopolio del tráfico, de súbito arrancado á la soberanía de España. Los Estados Unidos, por su parte, tampoco querían aventajar en el Sur una gran federación cuyos grados de cultura, bajo el régimen de España, eran idénticos á los de la suya, y cuyo grado de riquezas le aventajaba enormemente. Toda la acción solapada y clandestina de la influencia inevitable que en los primeros años de la emancipación tenían que gozar en el seno de aquellos nuevos pueblos libres los que les habían impulsado y auxiliado en la lucha hasta hacerlos triunfar, y los que les habían dado hasta el molde de sus nuevas instituciones republicanas y democráticas, se ejerció sin descanso en que las nuevas personas creadas de derecho no saliesen de la impotente nerviosidad de la infancia y los pañales; en que se mantuvieran pequeñas, aisladas y aun enemistadas y rivales entre sí, y en que, aun dentro de ellas mismas, las emulaciones interiores las perpetuasen en la suma debilidad que nace de la anarquía de las guerras civiles y de los disentimientos políticos. De modo que, á la luz de una buena crítica, bien puede decirse, que los que se constituyeron en protectores de las nuevas nacionalidades hispano-americanas, á la vez se constituyeron en sus desorganizadores y sus verdugos.

La Asamblea de Panamá de 1826 se frustró en todos sus pensamientos ejecutivos que se dirigían á fundar un solo y grande cuerpo político hispanoamericano, de aquel enorme cúmulo de Estados nacientes, por medio de una gran confederación capaz de atender á todas las necesidades de su conservación, de su seguridad, de su autoridad, de su progreso, y en la misma forma y por análogos expedientes fracasaron, uno tras otro, el Congreso de Lima de 1847, el que formó el pacto tripartito en Santiago en 1856, el segundo Congreso de Lima de 1864, y hasta los Congresos de confederaciones par-

ciales, como el celebrado en Managua sobre el pacto de Amapala para la federación de las Repúblicas del centro, anulado por la revolución del General Regalado, después de haberse discutido y aprobado su pacto constitucional.

Contra la tendencia manifiesta de toda la América latina á estrecharse al menos en pactos de común alianza, en que preponderasen los sentimientos y los intereses de sangre, de lengua y de historia, el espíritu absorbente é imperialista de la gran República del Norte, ya desde 1882 comenzó á agitar, bajo la dirección de Mr. Blaine, la idea de los Congresos Panamericanos, encaminada: primero, á reconocer y proclamar jurídicamente la supremacía y el protectorado de los Estados Unidos sobre las tres Américas y los pueblos de distinta cuna y lengua que las pueblan, quedando como reducidas á una mera semisoberanía; segundo, á delegar jurídicamente en esta República, bajo la faz de intereses secundarios de la economía, de la política y del comercio, aquella parte de los atributos de cada una de las soberanías reconocidas en las Repúblicas menores del Norte, del Centro y del Sur, que, concentrando en manos de los poderes de los Estados Unidos la suprema dirección de todos los negocios que con ellos se relacionan, establezcan una dependencia necesaria de las Repúblicas ibéricas hacia la anglosajona en todas las esferas de la vida exterior política y de la vida interior civil, y que por esta dependencia invistan al poder supremo de los Estados Unidos de cierto derecho de intervención en todos los asuntos que el Gobierno de Washington estime que entran en el amplio radio de su consentida inspección, ya para cerrar ó cuando menos regular todas las vías de la comunicación política, económica y hasta moral con Europa, de que se las aisla; ya para disminuir ante el derecho público del mundo los caracteres esenciales de la personalidad política soberana, hasta que por avances sucesivos ésta desaparezca enteramente y la incorporación se haya efectuado sin convulsiones violentas y con la aparente aprobación y consentimiento de to-

das las partes que han de contribuir á tales resultados.

Si el plan fracasó en el primer Congreso Panamericano que al cabo logró reunir en Washington en 1889; esta tendencia ha subsistido de tal manera íntegra en el espíritu de los sagaces estadistas norteamericanos, que Mac-Kinley, el primer brazo ejecutivo de las ideas de expansión que han creado el actual imperialismo triunfante, agresivo y avasallador, apenas salió victorioso de la prueba de la expoliación del imperio colonial de España en sus últimos vestigios en las Antillas y en su aún considerable aparato en el mar de la China, inmediatamente propuso la celebración del segundo Congreso del mismo carácter y significado, escondiendo como en las primeras tentativas el fin siniestro del drama final bajo la amable máscara de la solidaridad de los intereses comunes americanos, de la inviolabilidad territorial en defensa de los débiles y de la reciprocidad de servicios mutuos. Basta, no obstante, tender la mirada por los programas propuestos para la anterior y próxima conferencia de Washington y de Méjico, para penetrar toda la profundidad *de sus destinos manifiestos*. Un distinguido publicista hispanoamericano, considerando la pendiente en que todo el continente de nuestra lengua se halla respecto á los Estados Unidos, por las facultades superlativas y antijurídicas que éstos se arrogan y las intrusiones degradantes en que se meten, no ha podido menos de escribir: «Tiempo es ya de que las naciones de la América latina se den cuenta cabal de la situación que con su abandono y su imprudencia se están creando, y piensen seriamente en prevenir el peligro que las amenaza, procurando fijar las bases de un Derecho internacional que venga á regir de un modo claro y preciso sus relaciones con los Estados Unidos. Dejando á éstos obrar con el descaro con que lo ejecutan, nuestra nulidad ante las garantías del Derecho público internacional habrán desaparecido. Por ventura cuando en Europa se habla en la esfera de los intereses internacionales de América, ¿se habla de nosotros siquiera? En el mundo internacional europeo,

quien dice: *América,* se sobreentiende que habla de los Estados Unidos. Chile tenía ya una fuerza naval considerable cuando Alemania citó á América á Kiel: ¿quién fué de América? Los Estados Unidos. Rusia invitó á las conferencias del Haya todas las naciones cultas del Universo. ¿Quién fué de América á las conferencias del Haya? Los Estados Unidos. La América que fue española contiene cerca de cuarenta millones de almas católicas que comulgan en el seno de la Iglesia Romana, en tanto que en los Estados Unidos, donde no existe religión del Estado y donde el mayor número de sus habitantes son protestantes metodistas. ¿Quién en América goza de la jerarquía de la púrpura romana? Los Estados Unidos. Anúlese en Europa nuestra representación diplomática; establézcase un *zollverein* americano en el régimen de nuestras aduanas; vengamos á un convenio internacional en el de la moneda y constitúyase un solo ejército de mar y tierra, con contingentes proporcionales de cada una de las Repúblicas actuales, y ya nuestros nombres nacionales habrán desaparecido y seremos Estados sometidos, más bien que confederados á los Estados Unidos. Es preciso despertar. Estamos dormidos. Es preciso despertar.»

Aunque el programa del Congreso que va á reunirse en Méjico contiene todas las cuestiones que en el carácter de universalización y uniformidad que se observa en las tendencias modernas de todas las ramas del derecho, en lo que no tocan á las condiciones particulares de cada localidad, y mucho menos al sagrado de las prerrogativas en que se fundan los atributos esenciales de la soberanía y de la independencia, en aras de la mutualidad de los servicios han sido sometidas á las diversas formas que pueden darse á los acuerdos internacionales, como á la Convención de Berna de 1881 el régimen de los caminos de hierro, á las conferencias de París de 1867, 1878, 1881 y 1889 la unión monetaria, etc.; sólo al capítulo del *arbitraje,* que se ha de tratar en esta Asamblea panamericana, se le ha dado una importancia exagerada, en la discu-

sión que sobre él se ha promovido, á causa de la extensión que se pueda dar á los efectos de sus acuerdos por las naciones hispanoamericanas que tienen pendientes disputas territoriales de mucha consideración. No obstante, en los capítulos del programa del 22 de Mayo de 1900 y en los de la primera conferencia, que vuelven á ponerse sobre el tapete, abundan los temas de un interés superlativo que, á la larga ó á la corta, han de decidir de los destinos de esa parte de la América de nuestra sangre, sobre la que, periódicos europeos de la autoridad del *Novoia Uremia (Tiempo Nuevo),* de San Petersburgo, no se recatan ya de augurar que en breve formarán parte de la gran República de la Unión anglosajona. ¿A qué fines se dirige el nuevo *zollverein* que se intenta crear para el régimen de las Aduanas? La unión monetaria, que en Europa misma no ha tenido más naciones dóciles que la admitan que España, que desde que la aceptó lucha con la guerra económica de los cambios, que sin cesar desangra su fortuna; Italia, cuya situación económica ha atravesado y aún atraviesa por una crisis casi insuperable; Suiza y Grecia; ¿qué va á ofrecer á los monopolios de los adoradores del dollar, enmedio de la borrasca monetaria que corren Colombia y Venezuela, y aun Chile y la Argentina? El capítulo relativo al derecho de conquista y al derecho de cesiones territoriales, es una de las más peregrinas cuestiones que se han de tratar. Pero no es este todavía el momento en que estas cuestiones se deben dilucidar. Los que todo lo temen y los que todo lo esperan de los resultados del Congreso, únicamente se han encerrado en el problema del arbitraje obligatorio, con ó sin efectos retroactivos, como si el arbitraje fuera un principio nuevo en el Derecho internacional americano y como si, en realidad, el arbitraje, en el concepto en que lo considera actualmente la evolución general del Derecho, dejara de ser una creación enteramente emanada de los primeros destellos constitutivos del Derecho internacional hispanoamericano, como expresión también del sentimiento de confraternidad

que el mismo Bolívar quiso establecer sólidamente en la unión íntima de las naciones republicanas neo-españolas de América. Los eruditos se abisman rebuscando en la sinopsis de los tiempos los multiplicados ejemplares en que, en los siglos medios, la acción del Pontificado Católico reveló su influjo pacificador entre los pueblos cristianos, constituyéndose en árbitra soberana, ya de sus diferencias públicas, ya de sus cuestiones domésticas. Pero ni como organismo sistemático de Derecho internacional, ni como empleo preferente para el arreglo de toda clase de cuestiones de este orden, el arbitraje se instituyó hasta que en los tratados de unión y confederación hispanoamericana fue propuesto como regla positiva de recho público americano, de donde al cabo de un siglo ha venido á convertirse en el areópago de las naciones cultas de todo el mundo como regla de derecho general internacional. Nuestro preceptista Torres Campos, nuestro ilustre profesor Conde y Luque, que prepara la inmediata publicación de su nuevo *Curso de Derecho Internacional público y privado,* no han titubeado en reconocerle este origen, al que todos los tratadistas americanos después han asentido, y, más que todos, el profesor de la Universidad de Chile, D. Gaspar Toro, en sus *Notas sobre arbitraje internacional en las Repúblicas latinoamericanas*. Desde el Congreso de Panamá (1822-26), los casos arbitrales forman una continua cadena de áureos eslabones que, cuando menos, denotan qué elevación de pensamiento presidió á la incorporación de este principio á las prescripciones bienhechoras del moderno Derecho público internacional; y aunque hayan sido hasta aquí infructuosos los esfuerzos hechos desde la Convención de Bogotá de 1880-82 hasta los últimos Congresos, social de Madrid, jurídico de Guatemala y científico de Montevideo, en 1900 y 1901, para erigirle definitivamente en regla de derecho permanente, capaz de codificación, y constituir á su amparo tribunales permanentes también, habiéndose frustrado cuantas tentativas se practicaron á fin de investir con este augusto Ministerio la suprema autoridad de los Pontífices

romanos, y aunque repetidos los tratados, ya entre latinoamericanos entre sí desde 1823, ya entre latinoamericanos y europeos ó anglosajones desde 1839, y aunque introducido como base constitucional de algunos Códigos políticos desde 1874 y ensayado en pleitos varios, en soluciones de límites y en otras funciones de Derecho internacional, así público como privado, bajo el punto de vista del Derecho internacional de las naciones latinas del Nuevo Mundo; el arbitraje hasta aquí no ha tenido fuerza bastante para que pueblos constituídos por una sola raza, con una misma historia, con el recuerdo siempre vivo de unas mismas desventuras y de unas mismas glorias, ni formaran á raíz de sus guerras de emancipación, ni en las diversas vicisitudes por que aquellas sociedades después han atravesado, una sola y única nacionalidad, aquella gran confederación de Estados de nuestra sangre soñada por Bolívar, cuyos fraternales lazos habrían convertido en un mundo ideal de paz, de prosperidad y de cultura, el extenso continente que huella el pie de los que á aquel mundo llevaron la fe de Pelayo, la braveza del Cid, la constancia de Colón, el ímpetu de Pizarro y el espíritu de humanidad de las Casas y Zumágarra.

El Derecho internacional americano, en lo que tiene de particular y exclusivo y no se confunde con los principios universales con que cada día avanza más aún el afán de definirse bien en conclusiones uniformes que puedan admitirse por todo el mundo y puedan constituirse en prescripciones codificadas, tuvo desde sus orígenes, á raíz de las guerras de la emancipación, los tres caracteres que se han descrito, y con cuyos procedimientos toda la eficacia de su aplicación debía haberse dirigido á no depender, al cabo de un siglo de independencia y de soberanía, de los intereses extraños que en los atractivos de su seducción tienden á absorber hacia sí aquellas nacionalidades, desnudándolas antes lentamente de los atributos hasta de su personalidad. La creación y el movimiento del Derecho internacional americano ha tratado de impulsar de continuo

aquel conjunto de Estados, que fueron colonias españolas, en su generalidad débilmente constituídos, hacia los términos de aquella unión, de aquella liga, de aquella confederación entre sí, que, sin borrar los límites de cada nuevo sujeto de derecho, los fundiera á todos en una gran unidad política, fuerte por su número, por su extensión, por sus riquezas, por la mutualidad de sus auxilios, por la robustez de su confraternidad, por la mancomunidad de su historia, de su lengua, de sus intereses y de sus destinos, y éste, que fue el signo supremo que imprimieron á aquellas jóvenes nacionalidades todos sus libertadores, y principalmente Bolívar, es el don precioso que, socavado en sus bases en 1882 y 1889 por el maquiavelismo de Blaine, va á deponerse tal vez ahora en Méjico, ante el espectáculo de Cuba engañada y atada con cadenas mil veces más duras que las de España ante el espectáculo de Venezuela y Colombia, entregada á la guerra y á la revolución para devorarlas á los pies del maquiavelismo del extinto Mac-Kinley y su Ministro Hay, á los pies del nuevo Presidente Roosevelt y de su probable Ministro Lodge. ¡Medite la América de origen ibérico sobre los compromisos que va á contraer! ¡Medite en su personalidad! ¡Medite en su porvenir!

Juan Pérez de Guzmán.

MARCO AURELIO

Dice Stuart Mill, en su libro de la Libertad, que «la moralidad cristiana es en gran parte tan sólo una protesta contra el paganismo; su ideal es más bien negativo que positivo, antes bien pasivo que activo». Dice que en ciertos puntos, lo más importante «está por debajo de la superior moralidad de los antiguos», pues el objeto de los sistemas de moralidad es tomar posesión de la vida humana, para salvarla de abandonarse á la pasión ó permitirla el impulso del azar, para darle felicidad estableciéndola en la práctica de la virtud; y este objeto tratan de alcanzarlo prescribiendo á la vida humana principios de acción y reglas fijas de conducta. En los momentos de buena inspiración como en los de mala, en los días de languidez y tristeza como en los de felicidad y energía, la vida tiene siempre de este modo una clave que seguir y puede hacer el camino hacia su término. La moralidad cristiana no ha dejado de dar á la vida apoyos de esta suerte. Se los ha dado con más abundancia de lo que imaginan muchos de sus críticos. El documento más precioso de todos los que el espíritu cristiano ha inspirado, después de los del Nuevo Testamento—la *Imitación*—no contiene de ningún modo el conjunto de la moralidadad cristiana; ó los censores de esta moralidad se creerían seguros de triunfar si uno conviniese en mirar sólo para eso á la *Imitación*. Pero aún la *Imitación* está llena de pasajes como estos: *Una vida sin un propósito es pesada y*

sin objeto;» — Cada día debemos renovar nuestro propósito diciéndonos: Es preciso que hoy hagamos un comienzo saludable, pues lo que hemos hecho hasta aquí no es nada;—Nuestro mejoramiento está en proporción de nuestro propósito;—Con dificultad nos desembarazamos completamente de una falta no poniendo nuestros corazones en un perfeccionamiento diario;—Coloca siempre ante ti un propósito definido;—Adquiere el hábito de dominar tu inclinación. Estos son preceptos morales, y de la mejor calidad. Como reglas para dominar y arreglar nuestra conducta, y guardarnos en la senda verdadera en medio de las turbaciones exteriores y perplejidades internas; igualan á las mejores suministradas por los grandes maestros de moral.—Epicteto ó Marco Aurelio.

Pero las reglas morales, tomadas primero como ideas y después seguidas rigurosamente como leyes, sólo son y deben ser para el sabio. La masa de la humanidad no tiene bastante fuerza de inteligencia para tomarlas claramente como ideas, ni bastante fuerza de carácter para seguirlas estrictamente como leyes. La mayor parte de la humanidad puede ser llevada por una larga carrera de dureza para el hombre natural y soportar los mil estorbos de la estrecha senda únicamente por la corriente de una emoción gozosa é indispensable. Es imposible dejar la lectura de Epicteto ó Marco Aurelio sin una sensación de malestar y melancolía, sin sentir que la carga impuesta al hombre es casi mayor de la que puede soportar. ¡Honor á los sabios que sienten esto, y sin embargo la han llevado! No obstante, aun para el sabio, esta impresión de trabajo y dolor en su marcha hacia la meta constituye una inferioridad relativa; las almas más nobles de cualquier credo, el pagano Empedocles lo mismo que el Pablo cristiano, han insistido en la necesidad de una inspiración, de una emoción gozosa, para hacer perfecta la acción moral; una vaga indicación de esta necesidad es la única gota de verdad en el océano de verbosidad con que la controversia ha inundado el mundo sobre la justificación de la fe. Mas, para el hombre

vulgar, esta impresión de trabajo y dolor constituye una incapacidad absoluta; le paraliza bajo su peso, no puede hacer camino hacia el fin. La virtud suprema de la religión es que ha hecho *fácil* la moralidad; que ha suministrado la emoción é inspiración necesarias para llevar perfectamente al sabio por la estrecha senda, y para llevar también por ella al hombre vulgar. Hasta las religiones de más escorias han tenido algo de esta verdad; pero la religión cristiana la manifiesta con esplendor sin igual. «Guiadme á Zeus y al Destino», dice la oración de Epicteto; «á donde quiera que tenga que ir, iré sin vacilar; aunque me vuelva cobarde y me estremezca, tendré que ir lo mismo». La fortaleza de eso es para los fuertes, para los menos; aun para ellos, la atmósfera espíritual que nos rodea es triste y opaca. Pero «que tu espíritu amante me guíe á la tierra de la justicia»;—«El Señor será para ti una luz eterna, y tu Dios, tu gloria;»—«Para los que teméis mi nombre, el sol de la justicia se levantará con el poder de la salud en sus rayos,» dice el Antiguo Testamento; «Nacido, no de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni del hombre, sino de Dios;»—«Sólo un hombre que vuelva á nacer, puede ver el reino de Dios;»—«Todo el que ha nacido de Dios domina al mundo», dice el Nuevo Testamento. El rayo de felicidad está ahí, al calor de un ardor divino;—la austeridad del sabio se ablanda con él, la parálisis del débil se cura; el que es vivificado por él renueva su fuerza; todas las cosas le son posibles; «es una nueva criatura».

Epicteto dice: «Cada objeto tiene dos extremos; uno por donde se puede agarrar, y el otro por donde no. Si tu hermano peca contra ti, no consideres el asunto por ese lado, pues no tiene cabo por donde tomarlo. Tómalo más bien por éste: que es tu hermano y tu compañero, y lo asirás de modo soportable. Habiéndosele preguntado á Jesús si un hombre está obligado á perdonar á su hermano hasta siete veces, respondió: «No te digo hasta siete, sino hasta setenta y siete». Epicteto sugiere fundamentos á la razón para el perdón de las injurias

que Jesús no da; pero no por eso se ha de decir que Epicteto es mejor moralista que Jesús, si la vehemencia y emoción de la respuesta de Jesús anima á su oyente á la práctica del perdón de las injurias, mientras el pensamiento de la de Epicteto le deja frío. Así sucede con la moral cristiana en general: no se distingue porque proponga la máxima: «Amarás á Dios y á tu prójimo», con más desarrollo, más justo razonamiento y sinceridad más verdadera que otros sistemas morales; es porque propone esta máxima con una inspiración que comunica una emoción admirable al alma del que le escucha y obra sobre ella. Porque Stuart Mill ha logrado la percepción de verdades de esta naturaleza, es por lo que—en lugar de estar sentenciado á la esterilidad como la escuela de que procede—es un escritor de distinguida nota é influencia, mereciendo toda atención y respeto; es (perdóneseme que lo diga) por no estar lo bastante imbuído por ellas, por lo que deja de ser un escritor eminente.

Lo que da á los escritos morales del Emperador Marco Aurelio un carácter y encanto particulares, es el estar impregnados y suavizados por algo de este mismo sentimiento, de donde la moralidad cristiana saca su mayor eficacia.

Marco Aurelio es quizá la más bella figura de la historia. Es una de esas pruebas consoladoras inspirando esperanza, que se alzan para recordar siempre á nuestra flaca humanidad, que tan fácilmente se desanima, á qué altura la bondad y perseverancia humanas han llegado y pueden volver á llegar. El interés de la humanidad es atraído particularmente por ejemplos de señalada bondad en elevados lugares; pues el testimonio de lo que la bondad vale, hace más efecto cuando lo dan esos á quienes todos los placeres son asequibles. Marco Aurelio era el jefe de uno de los más grandes imperios y fue uno de los hombres mejores. La historia presenta á su lado uno ó dos Soberanos eminentes por su bondad, tales como San Luis ó Alfredo. Pero para nosotros los modernos, Marco Aurelio tiene esta gran superioridad de interés sobre San Luis ó Alfredo,

que vivió y obró en un estado de sociedad moderna por sus rasgos esenciales, en una época semejante á la nuestra, en un brillante centro de civilización. Trajano habla de «nuestro siglo ilustrado» tan corrientemente como los periódicos hablan del actual. Marco Aurelio viene á ser de este modo un hombre como nosotros, tentado en todas las cosas como lo somos nosotros. San Luis vive en una atmósfera de catolicismo medioeval que el hombre del siglo XIX admira en verdad y puede aún desear ardientemente vivir en ella, pero que por mucho que se esfuerce no puede, en realidad, hacerlo. Alfredo pertenece á un estado de sociedad medio bárbara. Ni Alfredo ni San Luis pueden parecerse á nosotros moral é intelectualmente como Marco Aurelio se parece.

El recuerdo de la vida externa de este hombre admirable tiene pocos incidentes notables. Nació en Roma el 26 de Abril en el año 121 de la Era cristiana. Era sobrino y yerno de su predecesor en el trono Antonino Pío. Cuando Antonino murió tenía él cuarenta años, pero desde su primera juventud le había ayudado en la administración de los asuntos públicos. Después de la muerte de su tío en 161, reinó como Emperador durante diez y nueve años. Los bárbaros estaban invadiendo la frontera romana, y gran parte de los diez y nueve años de reinado los pasó Marco Aurelio en campaña. Las ausencias de Roma fueron numerosas y prolongadas. Tenemos noticias de él en el Asia Menor, en Siria, Egipto y Grecia; pero sobre todo en las comarcas del Danubio—donde continuaba la guerra con los bárbaros,—en Austria, Moravia y Hungría. Mucha parte de su Diario parece haber sido escrita en estos países; fragmentos de él están fechados desde ellos; y allí, pocas semanas antes de cumplir los cincuenta y nueve años, enfermó y murió (1). Su fama se funda principalmente en el recuerdo de su vida interna, en su *Diario* ó *Comentarios* ó *Meditaciones* ó *Pensamientos,* pues por todos estos nombres ha sido llamado el

(1) Falleció el 17 de Marzo, año de 180.

trabajo. Quizás el recuerdo más interesante de su vida exterior es el que da el primer libro de esta obra, donde hace una relación de su educación, relata los nombres de aquellos á quienes se la debe y enumera sus obligaciones á cada uno de ellos. Es una pintura confortante y consoladora, un tesoro inapreciable para esos que, disgustados del «turbulento tráfico de la vida fantástica y engañosa», que parece ser casi el total de lo que la historia tiene que ofrecer á nuestra vista, buscan con vehemencia ese origen del pensar recto y bien borar que en todas las edades debe haber existido seguramente en alguna parte, pues sin ello la vida continuada de la humanidad hubiera sido imposible. «De mi madre aprendí la piedad y la beneficencia, y á abstenermo no sólo de malos hechos, sino también de malos pensamientos; y además, la sencillez en mi manera de vivir, muy diferente de los hábitos de los ricos.»

Recordemos eso la primera vez que leamos la sátira sexta de Juvenal: «De mi tutor aprendí (oidlo, tutores de Príncipes) la perseverancia en el trabajo, y á tener pocas necesidades, á trabajar con mis propias manos y no mezclarme en los asuntos de otras personas, y no estar dispuesto á escuchar la calumnia.» Los vicios y flaquezas del sofista ó retórico griego están en la mente de todos; pero el que lea la relación de Marco Aurelio de sus preceptores y maestros griegos, comprenderá cómo es que, á pesar de los vicios y debilidades del *Græculi* individual, la educación de la raza humana debe á Grecia una deuda que nunca puede valuar. El vago y descolorido elogio de la Historia deja apenas en la imaginación alguna impresión de Antonino Pío; sólo por las notas privadas de su sobrino, sabemos que era hombre muy virtuoso, apacible, discreto y trabajador; hombre que quizá sólo es menos interesante para las gentes que su inmortal sobrino, porque no ha dejado recuerdo escrito de su vida interna, *caret quid vate sacro*. De la vida y circunstancias exteriores de Marco Aurelio, poco más hay de interés é importancia que estas noticias suministradas por él. Hay la hermosa anécdota, con su frase,

cuando supo el asesinato del sublevado Avidius Tassius, contra quien marchaban sus tropas: *tenía la pena,* dijo, *de estar privado del placer de perdonarle.* Hay una ó dos anécdotas más que demuestran la misma índole. Pero el mejor recuerdo de la vida exterior de un hombre que ha dejado memoria de sus sublimes aspiraciones internas, es la evidente conformidad en la voz de todos sus contemporáneos—altos y bajos, amigos y enemigos, paganos y cristianos,—en alabanza de su sinceridad, justicia y bondad. La caridad del mundo no peca de excesiva, y él era un hombre que ocupaba una posición la más visible y que manifestaba seguir la norma de conducta más elevada; y á pesar de eso, el mundo fue obligado á declarar lo digno de su comportamiento. Mucho tiempo después de su muerte, se veía su busto en las casas de los particulares en todo el vasto imperio romano. Las gentes más vulgares pueden afanarse en tener el recuerdo de Soberanos en vida, pero la parte más noble es la que se afana en tener la de los muertos; estos bustos de Marco Aurelio en las moradas de la Galia, Bretaña é Italia, dan testimonio, no de frívola elegancia y curiosidad de sus moradores acerca de Príncipes y palacios, sino de su memoria reverente del paso de un hombre ilustre sobre la tierra.

No obstante, antes que volvamos de la vida interior de Marco Aurelio á la exterior, dos cosas reclaman nuestra atención y una palabra de explicación: que persiguió á los cristianos y tuvo por hijo al vicioso y brutal Cómodo. La persecución en León, en la que sufrieron Atalio y Potino, la persecución en Esmirna, en la que padeció Policarpo, tuvo lugar en su reinado. No hay duda de su humanidad, tolerancia, horror de la crueldad y violencia, de su deseo de refrenar las medidas severas contra los cristianos, y su ansiedad de templar la severidad de estas medidas cuando le parecían indispensables; pero, por un lado, es cierto que la carta que se le atribuye, ordenando que ningún cristiano fuese castigado por serlo, es apócrifa, y es casi seguro que su afirmativa respuesta á las autoridades de León, en la que ordenaba que los cristianos, per-

sistiendo en su profesión, fuesen tratados según la ley, es auténtica. Long parece inclinado á poner en duda las persecuciones en León, indicando que las cartas de los cristianos que las relatan afirman haber sido acompañadas de incidentes milagrosos é increíbles. «Un hombre, dice, no puede obrar con conformidad sino aceptando toda esta carta ó rechazándola en absoluto, y no podemos censurarle por una cosa ú otra.» Pero es contrario á toda experiencia decir que porque un hecho está narrado con adiciones y adornos incorrectos, lo probable, por esta razón, es que nunca haya sucedido; ó que, en general, no es fácil para un espíritu imparcial distinguir entre el hecho y los adornos. Yo no puedo dudar que la persecución hubo tenido lugar en León, y que el castigo de los cristianos, por serlo, fue sancionado por Marco Aurelio. Pero luego debo añadir que de diez lectores modernos, al leer esto, creo que nueve tendrán una idea muy falsa de lo que la acción moral de Marco Aurelio era al sancionar ese castigo. Imaginando á Trajano, Antonino Pío ó Marco Aurelio, que al acabar de leer el Evangelio, sabedores por completo del espíritu y santidad de los santos cristianos, ordenaban su exterminación porque amaban más bien la obscuridad que la luz. Lejos de esto, el cristianismo que estos Emperadores deseaban reprimir era, según su idea de ello, alguna cosa filosóficamente menospreciable, políticamente subersiva y moralmente abominable. Como hombres, los consideraban sinceramente como gentes de tan buenas condiciones, como nosotros consideramos á los mormones; como gobernantes, los consideramos como muchos de nuestros estadistas liberales consideran á los jesuítas. Lo que Antonino Pío y Marco Aurelio creían estar reprimiendo al castigar á los cristianos, era una especie de Mormonismo, constituído como una vasta sociedad secreta, con designios tenebrosos de subversión política y social. Los primeros apologistas cristianos nos declaran una y otra vez qué imputaciones odiosas les atribuían, qué general era la creencia de que estas imputaciones estaban bien fundadas, y cuán sincero era el horror que eso inspiraba.

Convencida la muchedumbre de que los cristianos eran ateos que comían carne humana, y no tenían por crimen el incesto, desplegaba contra ellos un furor tan exaltado, que embarazaban y alarmaban á sus gobernantes. Las severas expresiones de Tácito muestran cuán hondamente influyen también en las clases ilustradas las preocupaciones de la multitud. Se pregunta uno con asombro cómo una doctrina tan benigna como la de Jesucristo puede haber incurrido en que se la representase con calumnias tan monstruosas. La causa interna y repulsiva de la falsa representación consistió sin duda en esto, en que el Cristianismo era un espíritu moderno en la sociedad romana, destinado á obrar como su disolvente; y era inevitable que el Cristianismo, en la sociedad romana como la democracia en el mundo moderno, y como todo espíritu nuevo que tenga señalada una misión semejante, haya ocasionado en su primera aparición una repugnancia y retraimiento instintivo en el modo de vida que iba á disolver. Las causas exteriores y palpables de la falsa representación eran para el público romano, en general, el confundir los cristianos con los judíos, esa raza aislada, soberbia é inflexible, cuya obstinación, orgullo y aislamiento reales como eran, aún los exageraba á mayor extremo la fantasía del romano civilizado, la atmósfera de misterio y novedad de los ritos cristianos, y la misma sencillez de su teísmo. Para el hombre de estado, la causa de la equivocación estaba en el carácter de asambleas clandestinas que tenían las reuniones de la comunidad cristiana, bajo un sistema de gobierno tan celoso de asociaciones desautorizadas, como es el sistema de gobierno de la Francia moderna.

Un romano de posición, del tiempo de Marco Aurelio, no podía ver á los cristianos sino á través de la niebla de estas preocupaciones. Los cristianos, vistos de ese modo, aparecían con mil faltas que no eran suyas; pero no ha sido observado suficientemente qué faltas tenían en realidad, además de las que les atribuían, y que era probable que un observador como Marco Aurelio las notase y le confirmasen en las preocupacio-

nes de su raza, posición y educación. Nosotros vemos el Cristianismo después que ha probado el porvenir que en sí llevaba, y para nosotros, los únicos representantes de sus primeras luchas, son los espíritus devotos y puros que probaron esto; Marco Aurelio le veía con su futuro todavía desconocido y con la cizaña de su progenie, no menos visible que en el trigo. ¿Quién puede dudar que entre los cristianos profesos de la segunda centuria, como entre los del siglo XIX, hubo mucho vicio, muchos disparates y grosero fanatismo? ¿Quién se atreverá á afirmar que, separado por uno ó dos siglos de la inteligente civilización del mundo, el Cristianismo, admirables como han sido sus frutos, tenía un desarrollo perfectamente digno de su inapreciable germen? ¿Quién se aventurará á asegurar que, por la alianza del Cristianismo con la virtud é inteligencia de hombres como los Antoninos—el mejor producto de la civilización griega y romana, cuando todavía tenía vida y poder,—el Cristianismo y el mundo, lo mismo que los Antoninos, no hubieran salido gananciosos? Esa alianza no la hubo. Los Antoninos vivieron y murieron en completo concepto equivocado del Cristianismo, y éste progresó en las Catacumbas y no sobre el Palatino. Y Marco Aurelio no incurre en reprobación moral por haber autorizado el castigo de los cristianos; de ningún modo llega á ser por eso lo que nosotros entendemos por un *perseguidor*. Puede uno conceder que le era imposible ver el Cristianismo como en realidad era; puede uno conceder que en el punto de vista en que el Cristianismo aparecía ser algo anticivil y antisocial, que el Estado tenía la facultad de juzgar y el deber de reprimir, era inevitable que lo hiciese. No obstante, todavía resta como verdad que este sabio, que hacía de la perfección su objeto y de la razón su ley, hizo una inmensa justicia al Cristianismo, y se apoyaba en una idea de atributos del Estado que era ilusoria. Y esto es, á la verdad, característico en Marco Aurelio, que, siendo irreprensible, es, sin embargo, desafortunado en cierto sentido: en su carácter, bello como es, hay algo melancólico, circunscrito é ineficaz.

Tampoco se le puede censurar por haber tenido un hijo como Cómodo, sino decir que es desgraciado en eso. La índole y el temperamento son cosas inexplicables; hay naturalezas sobre las cuales de nada sirve la mejor educación y ejemplo; padres excelentes pueden tener, sin ninguna culpa suya, hijos incurablemente viciosos. También hay que recordar que Cómodo quedó dueño del mundo en la peligrosa edad de diez y nueve años; mientras que su padre, á esa edad, estaba comenzando un aprendizaje de veinte años para la sabiduría, el trabajo y el dominio de sí mismo, bajo la protectora enseñanza de su tío Antonino. Cómodo era un Príncipe apto para ser guiado por favoritos; y si la historia dice la verdad, de que dejó á los cristianos tranquilos en todo su reino, atribuyendo esta lenidad á la influencia de Marcia, su querida, demuestra que podía ser guiado hacia el bien lo mismo que hacia el mal. Pero para una naturaleza semejante quedar en una edad crítica con poder absoluto y sin buen consejo y dirección, fué lo más fatal. No puede uno, sin embargo, dejar de desear que el ejemplo de Marco Aurelio fuese más eficaz para su único hijo. No se puede pensar sino en que, con tal virtud como la suya, debiera ir también el ardor que remueve las montañas y que hubiera podido persuadir á Cómodo. La palabra *ineficaz* vuelve á presentarse á la imaginación de uno; Marco Aurelio salvó su alma con su rectitud, y no pudo hacer más. ¡Felices los que pueden hacer esto!; pero todavía más dichosos los que logran más.

De todas suertes, cuando se pasa de su vida externa á la interna; cuando se vuelven las páginas de sus *Meditaciones*—anotaciones apuntadas día por día, entre los negocios de la ciudad ó las fatigas del campamento, para guía y sostén propio, sin intención de que lo vea otra mirada que la suya, sin la más ligera pretensión de estilo, sin cuidado siquiera de escribir con corrección, con toda naturalidad y sinceridad,—todo impulso de censura y reparo se desvanece, y está uno dominado por el encanto de un carácter de tal pureza, delica-

deza y virtud. No decae ni en las cosas pequeñas ni en las grandes; está en vela sobre sí mismo, para que los grandes resortes de acción puedan estar en él corrientes, y los detalles minuciosos también lo estén. ¡Qué admirable es en un gobernante, rudamente atareado y con afición, además, á la meditación y á la lectura, un memorandum como el siguiente!:

«No digas frecuentemente ni sin necesidad á cualquiera, ó escribas en una carta, que no tienes tiempo; ni excuses continuamente la negligencia de los deberes requeridos en nuestra correspondencia con esos con quienes vivimos, atribuyéndola á ocupaciones urgentes.»

Y cuando ese gobernante es un Emperador romano, qué «idea» ésta para ser escrita y meditada por él:

«La idea de una política, en la que hay la misma ley para todos, administrada en consideración á iguales derechos é igual libertad de discusión, y la idea de un Gobierno majestuoso que respete por encima de todo la libertad de los gobernados.»

Y para todos los hombres que ponen su mira en la práctica, qué reglas prácticas no se pueden acumular sacadas de estas *Meditaciones*:

«La mayor parte de lo que decimos ó hacemos siendo innecesario, si un hombre lo deja á un lado, tendrá más vagar y menos molestia. De consiguiente, en toda ocasión deberá uno preguntarse: ¿Es esta una de las cosas innecesarias? Pero un hombre no debiera tan sólo apartar los actos, sino también los pensamientos inútiles, pues de este modo las acciones superfluas no se harían.»

Y otra vez:

«Debemos impedir en el curso de nuestros pensamientos todo lo que es sin propósito y utilidad, pero sobre todo los de excesivo amor propio y los maliciosos; y un hombre sólo debiera pensar aquellas cosas acerca de las que si se le preguntase de repente: ¿en qué estás pensando?, pudiese contestar en seguida con perfecta franqueza: esto ó eso; así que tus pala-

bras serían sencillas y benevolentes, tal como conviene á una persona de la sociedad y que no tiene pensamientos de goces sensuales, rivalidades, envidias ó sospechas, ó cualquiera otra cosa por la que tuvieses que ruborizarte si dijeses lo que está en tu imaginación.»

De este modo, con encadenada práctica digna de Franklin, discurre sobre su texto favorito *que no se haga nada sin un propósito*. Pero cuando entra en la región á donde Franklin no puede seguirle, cuando expresa sus pensamientos sobre motivos fundados en la acción humana, es lo más interesante; y cuando llega á ser el único, el incomparable Marco Aurelio. El Cristianismo usa un lenguaje muy expuesto á ser equivocado cuando parece decir á los hombres que hagan bien, no ciertamente por motivos vulgares de interés mundano, vanidad ó amor de alabanza humana, sino para «que su Padre, á quien buscan en secreto, puede recompensarles abiertamente». Los motivos de recompensa y castigo han venido de la mala interpretación de este género de lenguaje á ser extrañamente reprimidos por muchos moralistas cristianos, y han hecho mal y desprestigiado al Cristianismo. Marco Aurelio dice con sinceridad y nobleza:

«Cuando un hombre ha hecho un servicio á otro, está dispuesto á ponerlo en su cuenta como un favor conferido. Otro no está pronto á hacer esto, pero en su imaginación no deja de pensar que el hombre es su deudor y sabe lo que ha hecho. Un tercero, en cierto modo, ni aun sabe lo que hizo, *sino que es como una viña que ha producido racimos y nada busca después que ha dado su propio fruto*. Como un caballo cuando ha corrido, un perro cuando ha cogido la caza, una abeja cuando hizo la miel, así un hombre, después de haber hecho una buena acción, no ha de llamar á otros para que vengan á verla, sino continuar obrando bien, como la viña continúa produciendo uvas en cada estación. ¿Debe, pues, el hombre ser uno de estos que obran de cierta manera sin advertirlo? Sí.»

Y además:

«¿Cuándo has hecho un servicio á un hombre que más necesitas? No está contento con haber hecho algo conforme á tu naturaleza, y pretendes ser pagado *como si los ojos pidiesen una recompensa por ver á los pies, por andar.*»

El cristianismo tiene que enmendar sus ofertas de recompensa externa, si ha de igualar á la moralidad de este estilo, y decir: *El reino de Dios está dentro de vos.*

He dicho que por su acento conmovedor es por lo que la moralidad de Marco Aurelio adquiere un carácter especial y trae á la memoria la moralidad cristiana. Las sentencias de Séneca estimulan la inteligencia; las de Epicteto fortifican el carácter; las de Marco Aurelio llegan al alma. He dicho que la emoción religiosa tiene el poder de *iluminar* la moralidad; la emoción de Marco Aurelio no realza completamente la suya, pero la comunica; no tiene eficacia para desvanecer del todo las nubes del esfuerzo y austeridad, pero brilla á través de ellas y las glorifica; es un espíritu no tanto de contento y orgullo como de mansedumbre y dulzura; un sentimiento delicado y tierno, que es menos que alegría y más que resignación. Dice que en su juventud aprendió de Máximo, uno de sus profesores, «á tener buen humor en todas las circunstancias, así como en la enfermedad, *y una mezcla equitativa de dulzura y dignidad en el carácter moral;* y es esta mezcla de dulzura con su dignidad lo que le hace un moralista tan excelente. Le pone en estado de llevar á la observación de la naturaleza una delicada penetración, una simpática ternura; el espíritu de una observación tal como la siguiente, tiene con dificultad paralelo en toda clase de literatura griega y romana en cuanto yo conozco:

«Los higos, cuando están completamente maduros, se abren; y en las aceitunas maduras, la circunstancia de estar á punto de pudrirse, añade un sabor peculiar al fruto. Y las espigas de trigo inclinadas, y las cejas del león, y la espuma que babea la boca de los jabalíes, y muchas otras cosas—aunque lejos de ser bellas en cierto sentido,—tienen, á pesar de

eso, hermosura por estar en el curso de lo natural, y agradan á la imaginación; así que si el hombre tuviese una sensación y un conocimiento más hondo respecto á las cosas que se producen en el universo, apenas habría alguna que no le pareciese estar dispuesta en cierta manera para darle placer.»

Pero cuando su estilo pasa á asuntos directamente morales, es cuando su delicadeza y dulzura le prestan mayor encanto. Los que puedan sentir la belleza del refinamiento espiritual, que lean esto, la reflexión de un Emperador que estimaba muy alto la superioridad mental:

«Dices que los hombres no admiran la agudeza de tu talento. Sea así; pero hay otras muchas cosas de las que no puedes decir: «no estoy formado para ellas por la naturaleza». Demuestra, pues, esas cualidades que están en tu poder—la sinceridad, gravedad, perseverancia en el trabajo, aversión al placer, satisfacción de tu suerte, benevolencia, franqueza, despego de la superfluidad, libertad de espíritu y magnanimidad. —¿No ves cuántas cualidades eres capaz de exhibir en seguida, sin excusa de insuficiencia é ineptitud natural, y, sin embargo, todavía permaneces voluntariamente por debajo de la marca? ¿O estás obligado, por estar proveido defectuosamente por la naturaleza, á murmurar, á ser bajo y á lisonjear, y hallar falta á tu pobre cuerpo, y tratar de agradar á los hombres y hacer grandes manifestaciones, y estar con tanta inquietud en el espíritu? No, en verdad; pues tú podrías haberte librado de estas cosas hace largo tiempo. Sólo que si puedes ser culpado de comprensión tarda y torpe, debes ejercitarte en no descuidarlo ni complacerte en la torpeza.»

La misma dulzura le habilita para fijar su entendimiento cuando ve el aislamiento y muerte moral causada por el pecado, no sobre el pensamiento triste de la miseria de esta condición, sino sobre la animosa idea de que el hombre está favorecido con el poder de evitarlo:

«Supón que te has desligado de la unidad natural—pues tú eres una parte de la naturaleza, pero te has separado de

ella—sin embargo, hay esta buena provisión, que está en tu poder volver á unirte. Dios no ha concedido esto á ninguna otra parte—después que ha sido separada, de volver á juntarse. Pues considera la bondad con que el hombre está privilegiado; por haber puesto en su poder volver á unirse cuando ha sido separado y recuperar su lugar.»

Le da medios para dominar la pasión por el retiro y soledad, tan fuerte en un alma como la suya, á la que el mundo no puede ofrecer morada:

«Los hombres buscan el retiro en casa, en el campo, en las orillas del mar y en las montañas; y tú también estás propicio á desear eso mucho. Pero esto es una señal completa de la calidad más vulgar en los hombres, pues en tu poder está el retirarte en tí mismo donde quiera que estés. Porque en ninguna parte se tiene más sosiego ó se está más libre de que le turben, que retirándose dentro de su alma, particularmente cuando se tienen tales pensamientos, que al contemplarlos, se está en seguida en perfecta tranquilidad. Date, pues, constantemente este retiro y renuévate; y que tus principios sean breves y fundamentales para que tan pronto recurras á ellos, sean suficientes á purificar completamente el alma y á dejarte libre de todo descontento con las cosas á que vuelvas.»

Contra este sentimiento de fatiga y descontento, tan natural á los grandes, para quienes parece no haber quedado nada que desear ó tomar con empeño, pero que tanto les enerva y malea, Marco Aurelio nunca cesó de luchar. Con agradecimiento absoluto recordaba los favores de su suerte; los verdaderos favores, no los falsos:

«Tengo que dar gracias al cielo de haber estado sujeto á un jefe y padre (Antonino Pío) que fue capaz de quitarme toda soberbia y hacerme conocer que al hombre le es posible vivir en un palacio sin guardas, ni trajes bordados, ó cualquiera pompa de este género, sino que está en poder del hombre aproximarse á la manera de vivir de una persona particular, sin rebajarse en pensamiento por esta razón ó ser más

floja en acción respecto á las cosas que deben hacerse por interés público... tengo que darle gracias porque mis hijos no han sido estúpidos ni deformes de cuerpo; de que no haya hecho más adelantos en la retórica y la poesía y demás estudios por los que quizás habría estado muy engreído, si hubiese visto que hacía en ellos grandes progresos... de haber conocido á Apolonio, Rústico, Máximo... de que recibí claras y frecuentes impresiones acerca de vivir en acorde con la naturaleza y del género de vida que es esto, de modo que, en cuanto dependió del cielo y sus dones, protección é inspiración, nada me impidió vivir según la naturaleza, aunque por mis propias faltas y por no observar los consejos del cielo, y casi diría sus directas instrucciones, tuve alguna flaqueza; de que mi cuerpo se ha sostenido tan largo tiempo en un género de vida tal como el mío; de que aunque el destino de mi madre fue morir joven, pasó conmigo los últimos años de su vida; de que cuando quiera que yo deseaba auxiliar á cualquier hombre en su necesidad, jamás se me dijo que no tenía los medios de hacerlo; de que cuando yo tuve inclinación á la filosofía, no caí en manos de un sofista.»

Y cuando se detiene con gratitud en estos favores y beneficios que se le han concedido, su imaginación (así al menos me lo parece) vuelve algunas veces con pavor á los peligros y tentaciones de la altura solitaria donde está, á las vidas de Tiberio, Calígula, Nerón, Domiciano, en su horrible negrura y ruindad; y luego escribe para sí mismo una anotación de advertencia como ésta, significativa y terrible en su claridad:

«¡Un carácter tenebroso, afeminado, porfiado, brutal, pueril, estúpido, fingido, vil y tiránico!»

O esto:

«¿En qué estoy empleando mi alma? ¿En toda ocasión debo hacerme esta pregunta y tratar de saber qué parte tengo en lo que llaman principio dominante, y de quiénes tengo el espíritu—el de un niño, el de un joven, el de una débil mujer,

el de un tirano ó el de uno de los animales inferiores que están al servicio del hombre, ó el de una fiera?»

El carácter que desea alcanzar lo conocía bien y lo ha definido de una manera excelente, y también su sentimiento de no cumplirlo:

«Cuando tú has alcanzado estos nombres—de bueno, modesto, sincero, razonable y magnánimo—ten cuidado de no cambiarlos; y si los perdieses, vuelve á ellos con viveza. Si te sostienes en posesión de ellos sin desear que los demás te llamen por esos nombres, serás otro sér y entrarás en otra vida. Porque continuar siendo como hasta aquí, lacerado y corrompido en semejante vida, es propio de un hombre muy estúpido, complacido en ella, y ser como esos que pelean con las fieras, que á pesar de estar cubiertos de heridas y sangre, ruegan que se les deje para el día siguiente, aunque estarán expuestos en el mismo estado á las mismas garras y mordiscos. Por lo tanto, fíjate en la posesión de estos pocos nombres, y si eres capaz de conservarlos, persevera, mora en ellos como si te hubieras trasladado á las Islas Felices.»

Porque con toda su dulzura y serenidad, el punto final de la vida del hombre «entre dos infinitos» (según expresión de Marco Aurelio), era, no obstante, para él tan sólo una Isla Feliz, y juzgaba los hechos sin los velos de la ilusión. En general, nada es más triste y monótono que las declaraciones sobre el vacío y brevedad de la vida y grandeza humanas; pero en esto también, el gran encanto de Marco Aurelio, su emoción, alivia la monotonía y rompe á través de la obscuridad, y hasta en este lugar común eternamente usado tiene imaginación, novedad y admiración:

«Considera, por ejemplo, los tiempos de Vespasiano. Verás todas estas cosas, gentes que se casan, que educan á sus hijos, que enferman, mueren, hacen la guerra, tienen fiestas, trafican, cultivan la tierra, lisonjean, son tenazmente arrogantes, suspicaces, intrigantes, desean que alguno muera, murmuran del presente, aman, amontonan tesoros y desean

ser Cónsules ó Reyes. Pues bien, estas gentes hace mucho tiempo que no existen. Mira luego los tiempos de Trajano; todo es lo mismo. Sus vidas también concluyeron. Pero tú deberías pensar principalmente en esos á quienes has conocido distrayéndose en cosas ociosas, descuidando lo que estaba en concordancia con su propia constitución, adhiriéndose firmemente á esto y contentándose con ello.»

Además:

«Las cosas que más valen en la vida son vacías, podridas é insignificantes; y las gentes son como perrillos, mordiéndose los unos á los otros y, como niños pequeños, riñendo, llorando y volviendo en seguida á reir. Pero la fidelidad, la modestia, justicia y sinceridad, han huído.

»De toda la extensión de la tierra al Olimpo.

»¿Qué te detiene todavía aquí?»

Y una vez más:

«Mira sobre esa innumerable multitud de hombres, y sus solemnidades sin cuento, y la infinita variedad de viajes en tormentas y calmas, y las diferencias entre los que han nacido, viven juntos y mueren. Y considera también la vida de otros en antiguos tiempos, y la de los que ahora viven en naciones bárbaras, y cuántos no conocen siquiera tu nombre, y cuántos lo olvidarán, y cuántos que al presente te elogian pronto te censurarán, y que ni un nombre póstumo, ni la reputación, ni ninguna otra cosa, son de algún valor.»

Reconocía, á la verdad, que — usando sus propias palabras — «el principio esencial en la constitución del hombre es el social»; y trabajaba sinceramente en hacer conformes á esta convicción, no sólo sus actos hacia sus semejantes, sino también sus pensamientos:

«Cuando desees recrearte, piensa en las virtudes de los que viven contigo; por ejemplo, en la actividad del uno y la modestia del otro, y la liberalidad de un tercero, y alguna otra buena cualidad de un cuarto.»

No obstante, es difícil, para un hombre puro y observador,

vivir en un estado de enajenamiento al espectáculo dado por sus semejantes; sobre todo, es difícil cuando un hombre está colocado á la altura de Marco Aurelio y ha sufrido los ataques de bajeza y perversidad de sus prójimos, en medida no común — ha tenido día tras día que experimentar cómo «dentro de diez días parecerás un dios á esos á quienes ahora pareces una bestia y un mono». La verdadera cadena de pensamientos cuanto á sus relaciones con sus semejantes, es más bien la siguiente: Ha estado enumerando los más elevados consuelos que pueden sostener al hombre en la aproximación de la muerte, y continúa:

Mas si tú requieres también un género vulgar de consuelo que te llegue al corazón, te reconciliarás mejor con la muerte observando los objetos que vas á dejar, y la moral de esos con quienes tu alma no se mezclará por más tiempo. Pues no hay justa manera de ser ofendido por los hombres, sino es por tu deber de estimarlos, tenerlos en cuenta y soportarlos con amabilidad; y recuerda, además, que tu separación no será de hombres que tienen los mismos principios que tú. Porque esta es la única cosa, si hay alguna, que nos conduciría al camino contrario y nos ligaría á la vida: el sernos permitido vivir con esos que tienen los mismos principios que nosotros. Pero tú mira cuán grande es la aflicción causada por las diferencias de los que viven juntos; así que puedes decir: «¡Ven pronto, oh Muerte, por temor de que acaso yo también me olvide de mí mismo!»

¡Oh pérfida y perversa generación! ¿Cuánto tiempo estaré con vosotros? ¿Cuánto tiempo os sufriré? Algunas veces este tono se eleva hasta la pasión:

«Breve es lo poco que te resta de vida. Vive como sobre una montaña. Que los hombres vean y conozcan al hombre sincero que vivió como entendía que debía vivir. Si ellos no pueden aguantarle, que le maten. Porque es mejor que vivir como ellos.»

Es notable cuán poco hay de carácter meramente local y

temporal, de esos ripios que un lector tiene que separar antes de llegar á la substancialidad; cuán poco que admita duda ó cuestión exhibe la moralidad de Marco Aurelio. Quizás en un punto debemos hacer una excepción: Marco Aurelio es aficionado á presentar como un motivo á la animosa conformidad en lo que le acontece, que «cualquiera cosa que suceda á cada hombre *es en interés de lo universal*»; que el todo nada contiene *que no sea para su ventaja;* que todo lo que sucede al hombre hay que aceptarlo, «aunque parezca desagradable, *porque se dirige á la salud del Universo*». Y todo el curso del universo, añade, tiene una referencia providencial con el bienestar del hombre: *todas las demás cosas han sido hechas en consideración á los séres racionales.* La religión ha usado francamente este lenguaje en todas las edades, y no es ella la que pondrá objeciones á que Marco Aurelio lo use; pero la ciencia con dificultad puede aceptar con severa exactitud este empleo de los términos *interés* y *ventaja.* Para una naturaleza recta y para una clara razón, la definición de que las cosas suceden «en interés del todo universal», según los hombres conciben el interés, puede parecer no tener ningún significado, y la definición de que «todas las cosas han sido hechas por amor á los séres racionales», puede parecer falsa. Aunque este lenguaje no es irresistiblemente convincente cuando se usa así en absoluto, Marco Aurelio le da un giro que lo hace sincero y útil, cuando dice: «La parte dominante del hombre puede convertir en material lo que se le resiste, como el fuego se apodera de lo que cae en él y levanta más altas las llamas por este material»; cuando dice: «¿Qué son todas las cosas sino ejercicios para la razón?» Persevera, pues, hasta que te hayas apropiado todas las cosas, como el estómago que está fortalecido aprovecha lo que se le da, como el fuego saca llamas y resplandor de todo lo que se le arroja»; cuando dice: «Tú no cesarás de ser miserable hasta que tu espíritu esté en una condición tal, que lo que la voluptuosidad es para esos que gozan el placer, tal será para ti, en cada materia que se presente, la hechura de las cosas que son

conformes á la constitución del hombre; pues un hombre debe considerar como goce todo lo que está en poder de hacer según su naturaleza, y donde quiera que esté en su poder.» En este sentido, es la mayor verdad que «todas las cosas han sido hechas en atención á los séres racionales»; que «todo trabaja en conjunto para el bien».

No obstante, en general, la acción que Marco Aurelio prescribe es la que cada recta naturaleza debe reconocer como justa, y los motivos que él señala son los que la clara razón debe reconocer como válidos. Así es que queda siendo el amigo y consolador especial de todos los hombres de claro entendimiento y corazón puro que están en la lucha diaria, especialmente en los tiempos en que se camina más con la vista que con la fe, y no tienen una clara percepción. Quizás no puede dar á tales almas todo aquello que anhelan, pero les da mucho, y lo que les da, pueden recibirlo.

A pesar de eso, no es por lo que así les da por lo que tales almas le aman más, es más bien por causa de la emoción que presta á su voz un acento tan conmovedor, es porque él también anhela, como ellos, algo inasequible. ¡Qué afinidad con el Cristianismo tenía este perseguidor de los cristianos! La efusión del Cristianismo, sus lágrimas consoladoras, su gozosa abnegación, eran los mismos elementos por los cuales su alma suspiraba; estaban cerca de él, le rozaban, él los tocó y los dejó á un lado. Comprende uno también que al Marco Aurelio que uno lee, aunque el Cristianismo le hubiese sido bien conocido, hubiera quedado en muchas maneras tal como era; él no hubiera sido Justino: ¿pero en qué le afectaría el Cristianismo? ¿De qué modo le habría cambiado? Concedido que podría haber hallado en el más bello de los Evangelios, en el que ha influído más eficazmente en la Cristiandad, el Evangelio de San Juan, demasiada metafísica griega, demasiada *gnosis*; concedido que éste le hubiera parecido demasiado semejante á lo que ya él conocía para sorprenderle en total; ¿qué hubiera dicho, pues, del Sermón de la Montaña, del ca-

pítulo XXVI de San Mateo? ¿Qué habría sido de sus ideas del *exiatibilis susperstitio,* de la «obstinación de los cristianos?» ¡Vana pregunta! Aunque el mayor encanto de Marco Aurelio es que nos la hagamos. Le vemos sabio, justo, dueño de sí mismo, tierno, agradecido, irreprensible; sin embargo, con todo esto, agitado, extendiendo los brazos á un más allá.

M. Arnold.

CRÓNICA LITERARIA

Los juegos florales.—Interés que ofrecen al presente.—Discursos de mantenedores.—La política en los juegos florales.—Discursos de la señora Pardo Bazán, del Sr. Pí y Margall, del Sr. Unamuno y del señor Costa.

Mucho se ha extendido la costumbre de los juegos florales. En los meses de verano particularmente, menudean estos certámenes y apenas hay población de alguna importancia que no los incluya entre los números de su programa de fiestas. Como no podía menos de suceder, con el transcurso del tiempo han perdido estos ejercicios literarios mucha parte de su carácter primitivo y la importancia que conservan es sólo un atenuado reflejo de la que en otras épocas alcanzaron.

Al presente los juegos florales no pueden ser más que meros certámenes decorados con aquel nombre. Toda su parte decorativa y ceremonial, la flor natural, la Reina de la fiesta, la lectura pública de las composiciones, el mantenedor, el lema *patria*, *fides*, *amor*, no es más que un poético arcaismo, que no hay para qué combatir, que á nadie perjudica, pero que no encarna en las costumbres actuales, ni representa más que una reliquia tradicional de tiempos remotos, como el saco de lana en que se siente el *speaker* de la Cámara de los Comunes ó las bordadas dalmáticas de nuestros maceros del Congreso.

Entre las causas que han producido la natural é inevitable degeneración de los antiguos juegos florales, creo que debe contarse la primera la extraordinaria divulgación y abaratamiento de la imprenta, que ha hecho decaer todas las manifestaciones de la palabra hablada y especialmente las que no están defendidas por un ceremonial ó un procedimiento obligatorio como las alegaciones ante los tribunales y las discusiones parlamentarias. El libro, que va á todas partes y transmite á todos la palabra en forma sencilla, cómoda y barata, hace inútiles ciertas formas de comunicación, ciertas juntas y asambleas periódicas que antes tenían su razón de ser. Reunirse para asistir á la lectura de algunas composiciones literarias, dándolas á conocer de ese modo, es hoy una mera ceremonia representativa de algo que ha desaparecido ya de las costumbres. Antes de la imprenta era, además de una ceremonia, un procedimiento útil y adecuado.

Por otra parte, la decadencia de lo que podríamos llamar, con Spencer, instituciones ceremoniales, es cada vez mayor en la vida moderna. Nuestro naturalismo y nuestro espíritu utilitario tienden á simplificar las formas. A lo cual hay que añadir que como la decadencia de la preceptiva es indudable, el criterio de la autoridad en literatura ha perdido gran parte de su fuerza. La importancia que se da al juez ó al crítico depende de la que se otorgue á las reglas. La consagración de las obras literarias no la da ya, ni la puede dar un Consistorio del Gay Saber; la da el público, la suma de muchas vulgaridades, lo cual podrá no ser un bien, pero es un hecho. Nuestra literatura es anárquica por la crisis de las reglas, democrática en su régimen, de libre exámen, por cuanto hay muchos que leen y juzgan sin ayuda de vecino.

La frecuencia con que se celebran estos certámenes no significa, pues, que renazca el espíritu de los antiguos juegos florales. Representa la aspiración, culta y plausible, de adornar las fiestas locales con un elemento intelectual y artístico, para lo cual se adopta un molde, ó por lo menos un nombre

tradicional. Y aunque estos ejercicios ejerzan en realidad escasa influencia en el fomento de las letras, todavía deben ser mirados con benevolencia, por cuanto son generalmente la parte más espiritual y culta de los festejos locales, y también pueden ser un estímulo para dirigir la atención de los escritores hacia cuestiones de carácter literario, histórico, social, etcétera, interesantes para una ciudad ó una región, así como en alguna medida, aunque muy limitadamente, pueden contribuir á conservar la afición á la poesía. Los premios que suelen otorgarse en estos concursos no son de gran importancia en la mayoría de los casos, ni es extraordinario tampoco el valor moral del galardón que en aquéllos puede obtenerse; pero, con todo, suelen ser muchos los escritores que presentan sus composiciones al concurso. Tres arrobas y media pesaban los escritos de amena literatura presentados á unos recientes juegos florales, según oí á un conocido crítico que formaba parte del Jurado. Dígase después de esto si la poesía está en camino de desaparecer.

Lo que más ha transcendido al público (no hablo del público local, sino del general) y lo que se ha comentado más de los juegos florales recientemente celebrados, han sido los discursos de los mantenedores. Generalmente se elige para este cargo á literatos de fama ó á personajes políticos. Lo primero parecerá más natural, aunque no es inexplicable lo segundo si se considera que no hay entre nosotros ocupación que tanto dé á conocer á los hombres y los ponga tan á la vista de todos, como la política. La gran masa del vulgo no tiene idea de más notabi idades que las de la política y la tauromaquia, cada cual en su esfera. Hay españoles que no saben quién es Pereda, que acaso no tienen idea de que existió Cervantes; pero raro será el que no haya oído hablar de Sagasta ó de *Lagartijo*.

Como damos tan excepcional importancia á la política, se admite aquí sin dificultad que los que en ella han alcanzado posiciones eminentes tienen capacidad para todo, y esta capacidad se les concede ó reconoce todavía más fácilmente tratán-

dose de literatura, por lo mismo que la política requiere algunas facultades literarias, como las oratorias. De ahí que todo ex Ministro con algunas letras esté en camino de ser académico á poco que ponga de su parte. Pero sería temerario inferir de ahí que nuestros políticos (á excepción de los que son verdaderos literatos, como lo fue Cánovas y lo son hoy Silvela y Pí y Margall, entre otros) tengan la base de cultura literaria indispensable para que se les pueda considerar como autoridades en esta esfera.

***

Cerrando este paréntesis, diré que los discursos de mantenedores de juegos florales que más han llamado la atención han sido el de la Sra. Pardo Bazán en Orense, el del Sr. Pí y Margall en Barcelona, el del Sr. Unamuno en Bilbao y el del Sr. Costa en Salamanca.

Todos estos discursos han tratado de asuntos de actualidad, que transcienden unos de la esfera literaria y están otros enteramente fuera de ella. Los de la Sra. Pardo Bazán y del Sr. Costa ofrecen la particularidad de tratar, no por incidencia ni de soslayo, sino directamente, temas políticos, razonando por que han pospuesto los literarios. Coinciden, como es natural, ambos mantenedores en la explicación de esta preferencia, la cual explicación consiste en que, hallándose el espíritu público embebecido por el dolor de nuestros males y preocupado con el remedio de ellos, no tiene vagar ni gusto para entretenerse en los deleites de la literatura y el arte. «Cuando una nación se siente en peligro, por instinto relega el arte á segundo término—dice la Sra. Pardo Bazán,—aunque busque en él momentánea ilusión consoladora.» Y el señor Costa, expresando en diferentes términos la misma idea, dice que los juegos florales no caben ya, *después del juicio final de 1898,* en aquel molde en que los troqueló Don Juan I de Aragón, «el amador de la gentileza», ni pueden ser ya ejercicios de ingenio y de *gay saber* «so pena de que pare-

ciesen corona de siemprevivas puesta sobre un sepulcro».

Honra verdaderamente al patriotismo de ambos ilustres escritores el que tan vivamente sientan esa preocupación nacional á que aluden, que se figuren verla palpitar en torno suyo; pero, ¿no es esto una ilusión generosa, un fantasma de exaltaciones subjetivas, propias de espíritus levantados y poéticos? ¿Qué señales hay positivas de esa preocupación? ¿Quién podrá descubrir vestigios siquiera de ella en el curso, normal y sosegado de la vida de todas las clases sociales? ¿En qué sacrificios individuales ó colectivos se ha traducido ese anhelo de remediar nuestros desastres, ni con qué ofrenda que á palabras no se reduzca, hemos tratado de aplacar las adversas divinidades? Por doloroso que sea para nuestro amor propio, preciso es confesar que no ha habido desastre nacional aceptado más tranquila y filosóficamente que el nuestro. Quizás ayudó á este resultado aquella inacabable insurrección de Cuba, que nos convenció poco á poco de nuestra impotencia y nos fue preparando á bien morir, como las enfermedades crónicas. Y en todo el negocio de la regeneración, la indiferencia pública, quitando un grupo de espíritus generosos y otro mayor de intrigantes y pescadores en agua turbia, es un hecho tan evidente que apenas habrá quien, observando y meditando serenamente, pueda negarlo.

No tiene, pues, razón suficiente en el estado de la opinión pública esa transformación iniciada en los juegos florales, y más bien hay que atribuirla á nuestra pasión por la política, á nuestra manía de arbitrismo y acaso también á la falta de afición y gusto de la mayoría del público por las cuestiones puramente literarias á consecuencia de la escasa difusión de la cultura y de la falta de una verdadera educación clásica.

Como *Zeda* ha dicho muy bien en *La Época,* creo que conviene conservar en lo posible á los juegos florales su verdadero carácter de fiestas literarias. Ocasiones de hablar de política nos sobran. Y aun admitiendo que aquella preocupación nacional á que antes se alude verdaderamente existiera, no sería

bien convertirla en monomanía. No es condición favorable para la curación de un enfermo el no hablar más que de su enfermedad, como algunos quieren que no hablemos ni tratemos más que de nuestras malhadadas últimas aventuras en América. Y tampoco es señal de que la curación se inicie ni de que recobremos el buen sentido, la exageración y el énfasis retórico que ponemos al describir nuestra caída, como si nuestra decadencia no hubiese empezado hace siglos y como si en esta reciente etapa, los tres años de descenso por el plano inclinado de la insurrección de Cuba, no nos hubiesen quitado todas las ilusiones y preparado de tal suerte para la caída final, que, cuando llegó, apenas nos preocupamos de otra cosa que de acabar cuanto antes.

*
* *

Si en alguien es disculpable esta intrusión de la política en el campo de los juegos florales, es en la Sra. Pardo Bazán. La exclusión de la mujer de la mayor parte de las funciones políticas justifica el que las raras personalidades, que forman como la aristocracia intelectual de este sexo é igualan y aun superan á las eminencias del otro, aprovechen cualquier tribuna y cualquier ocasión para resarcirse de aquella inferioridad. Por muy discutible y muy complejo que sea el problema de la participación de la mujer en las funciones del ciudadano, lo que no puede negarse es que á las mujeres superiores, que se han creado por su talento y su ilustración un puesto distinguido y aun eminente en letras, artes ó ciencias, les asiste un derecho natural para ocuparse en estas cuestiones. La capacidad de la mujer no es, respecto de ellas, problema, sino hecho demostrado. Y por otra parte, son tales la discreción y el acierto con que la autora de *Los Pazos de Ulloa* diserta sobre los temas políticos que su discurso abarca, que los mismos que entiendan que no debe darse ese carácter á los juegos florales no podrán menos de felicitarse de que por esta vez la desnaturalización de dichas fiestas haya dado lugar á tan excelente discurso.

Un saludo á Orense y la explicación de por qué elige un tema político forman el exordio del discurso. La exposición comienza sosteniendo en términos muy elocuentes el derecho de la mujer á preocuparse con los males de la patria y á procurar su remedio. Muestra después la ilustre escritora cómo el interés patriótico se identifica con el interés general de los individuos que forman cada nación; señala y analiza los problemas de actualidad planteados á raíz de nuestro desastre: el religioso, el del regionalismo, el del fracaso de nuestras instituciones liberales, problema del cual es un aspecto el del caciquismo; y tras un bello apólogo, encaminado á poner de manifiesto que la fuerza no crea nada estable si no va acompañada de la razón, habla de los dos remedios que en crisis semejantes suelen recomendar los galenos de la política: el dictador y la revolución.

Mucho hay que alabar en este discurso, que en cuanto á la forma, es uno de los mejores trozos de prosa que han salido de la pluma de la autora, y en cuanto al fondo, presenta un equilibrio sano de pensamiento que para sí quisieran muchos de los hombres más ó menos eminentes que en la tribuna ó en el libro han discurrido sobre las mismas cuestiones. Lo capital en el discurso de la Sra. Pardo Bazán es, á mi juicio, la refutación de ese sofisma, grato á todos los demagogos y á todos los *arrivistes* (1)—á todos los que quieren tomar por asalto las altas posiciones de la política,—que consiste en suponer que la culpa de nuestros males la tiene exclusivamente una reducida oligarquía de gobernantes y mangoneadores, y que la nación está limpia de todo pecado. «¿Cómo suponer—dice con mucha

(1) *Arrivistes* llaman ahora los franceses á los que todo lo sacrifican al buen éxito personal, á los que quieren llegar *(arriver)* por cualquier camino y por cualesquiera medios. Casi se puede transportar el neologismo del francés al castellano variando la *v* en *b* y tomando por punto de partida, en vez del verbo *arriver*, nuestro adverbio *arriba*. *Arribistas* serían en este sentido los que á toda costa quieren subir, encumbrarse, llegar arriba.

razón la Sra. Pardo Bazán—que se verifica una selección al revés, recogiendo para formar la oligarquía lo más inepto, lo más corrompido de la nación...? ¿Quién es el cacique?—pregunta luego.—¿Procede de una casta especial como los bramines y los chatrias indianos?» Aun siendo como son estas verdades tan evidentes, hay mérito en proclamarlas y utilidad en repetirlas, para contrarrestar el efecto de aquel sofisma, agradable para el vulgo como todas las adulaciones, y repetido hasta la saciedad en los días que corren, hasta por personas de claro entendimiento.

***

El discurso de Pí y Margall en los juegos florales de Barcelona es el más breve y el más sencillo de los leídos en estas fiestas. Está escrito en la limpia y castiza prosa, un poco fría, algo académica en el buen sentido de la palabra, que distingue al patriarca federal. Y es curioso que este escritor que no ha querido nunca ser académico, que no ha retrocedido ante ningún radicalismo del pensamiento, tenga algo de académico y de clásico en su estilo. Revolucionario en política, en religión, en filosofía, el Sr. Pí y Margall no lo es en literatura. Más bien podría decirse que es conservador en esta esfera.

Su discurso, muy sobrio, muy conciso, conserva el carácter local propio de los juegos florales. Habla del renacimiento del espíritu regional en Cataluña, literario primero, luego político; de los caracteres distintivos de la lengua, la literatura, las leyes y la índole de los naturales de aquella región. No es necesario decir, tratándose de Pí y Margall, que el discurso es un alegato en favor de la autonomía de Cataluña, pero autonomía dentro de la nacionalidad española. Al explicar con hermosa frase los tres lemas tradicionales de los Juegos florales, *Patria, fides, amor,* lo dice de un modo inmejorable. «Hay una patria para todos los hombres: la tierra. Hay una patria que nos han hecho siglos de comunes venturas y desventuras: la nación. Hay una patria que forman la común

lengua, las comunes leyes y los comunes usos y costumbres: la región, la región en que nacimos, nos educamos y tenemos los sepulcros de nuestros padres. Seamos catalanes, españoles, humanos.»

***

También Unamuno, en su discurso de mantenedor de los juegos florales de Bilbao, se ha dado cuenta del carácter local que revisten estas fiestas, y que debe comunicarse, por regla general, á las composiciones presentadas al concurso y á la oración del mantenedor. Una cuestión local, la cuestión del vascuence, ha sido lo más discutido en su discurso, aunque en realidad esta parte es un episodio. El discurso es una serie de consejos á los vascos; una impugnación del exclusivismo, una apología del espíritu expansivo. Empieza Unamuno recordando lo que Vizcaya debe á Castilla, que acabó con los banderizos; presenta como *héroes* ú hombres representativos de la raza eúskara á Elcano, dando él primero la vuelta al mundo; á Legazpi ganando la islas Filipinas para la civilización, y sobre todo, á San Ignacio de Loyola creando la Compañía de Jesús, «una compañía universal por encima de las patrias todas», que dice el autor de *Paz en la guerra*. Del vascuence opina que le viene ya estrecho al alma vasca, y como cuesta menor esfuerzo aprender el castellano que transformar el vascuence, se impone en este caso por una ley de economía, el sacrificio del último. Y en los párrafos finales augura que de la riqueza exhuberante de Bilbao brotará la cultura; hace un elogio de la mujer vasca, «relicario de la raza», y termina con palabras de fraternidad hacia «todas las castas y regiones todas que componen la común patria histórica, España, y los pueblos que en ambos mundos en robusto romance castellano de pensamiento encarnan».

Nada menos que de renegado tratan á Unamuno, con este motivo, los *bizcaitarras*, los cuales no se explican que un bilbaíno pueda reconocer y confesar que filológicamente el vas-

cuence es un fosil, venerable sin duda, pero fosil al fin, tan incapaz para servir de órgano de expresión al pensamiento moderno, como lo serían para vivir en el actual estado de la tierra las especies desaparecidas de que nos habla la Paleontología. Al parecer, no se ha entendido bien el verdadero espíritu del discurso de Unamuno, que no ha ido á Bilbao á hacer profesión de fe de centralismo ni de unitarismo, sino á combatir el espíritu exclusivista y de aislamiento, cosa diferente. Su juicio sobre el vascuence no significa siquiera que sea opuesto á la existencia de lenguas regionales, puesto que en una carta que ha publicado la prensa de Barcelona dice que de haberse dirigido á catalanes, no les hubiese aconsejado que abandonaran su idioma.

El estilo de este discurso, y en general el de todos los escritos de Unamuno, es la antítesis del de Pí y Margall. Tiene otra belleza, ó si se quiere, gracia, muy diferente. No despierta ideas de equilibrio, de reposo, de armonía, sino de movimiento, de esfuerzo, de acelerada procesión de ideas que atropelladamente se visten de las primeras palabras que han á mano. Podría decirse de él que es un estilo *dinámico*. Y llámesele como quiera, es un estilo muy personal, muy espontáneo, sabio á su manera, no con sabiduría retórica, sino filosófica y filológica, y con todo esto, transparente y ceñido á la idea.

*
* *

Al Sr. D. Joaquín Costa le han popularizado las aventuras de la Unión Nacional. Muchos que no le conocían por su *Teoría del hecho jurídico individual y social*, por su *Poesía popular española* y *Mitología y literatura celto hispanas,* por sus estudios sobre el Congreso de jurisconsultos aragoneses, sobre el Derecho consuetudinario del Alto Aragón, sobre la Costumbre jurídica, sobre la política exterior de España, sobre el Colectivismo agrario, y tantos otros como han salido de su fecunda pluma en el espacio de veinticinco años, le conocen por sus relaciones con D. Basilio Paraíso—que no ha necesitado escri-

bir nada de eso para hacerse célebre—y por los innumerables manifiestos de la Liga de productores y de la Unión Nacional, que en los últimos años fatigaron las prensas.

En este período de su vida de publicista, el Sr. Costa se repite bastante. Con metáforas diferentes, en un estilo lleno de poesía y de pasión, á veces casi calenturiento; poniendo á contribución interpretaciones más ó menos exactas de nuestra historia y textos más ó menos pertinentes de nuestros teólogos, moralistas, jurisconsultos y poetas, el Sr. Costa viene exponiendo la idea que con tanta razón refuta la Sra. Pardo Bazán: la de la nación víctima de una minoría de explotadores, que la tienen encantada con algún filtro desconocido y abusan de ella ó su sabor; la antítesis cualitativa entre gobernantes y gobernados y la necesidad de una revolución, realizada desde arriba á desde abajo, que rompiendo el encanto realice el prodigio, mucho más maravilloso, de transformar en meses ó en días á la nación. La *Gaceta* convertida en vara de virtudes de las hadas. La ilusión de los que, no habiendo manejado el periódico oficial, creen que su virtud taumatúrgica no tiene límites.

Así es que en su discurso de los juegos florales de Salamanca, como en su *Reconstitución y europeización de España,* en su *Oligarquía y caciquismo* y en todos sus escritos de última hora, parece que el Sr. Costa hace política, y en realidad hace poesía, poesía peligrosa y revolucionaria, si tuvieran eco sus estrofas. Parece que camina por el terreno firme de la práctica, y, en realidad, lo que hace es lanzarse á galope tendido por las regiones de la fantasía, prescindiendo de todas las limitaciones de lo concreto, de tiempos, lugares, antecedentes históricos, costumbres, de todo, en fin, lo que se opone á su utopia.

Salva la sinceridad y la buena intención, el Sr. Costa hace, ayudado de su superior cultura y de sus sobresalientes dotes literarias, lo que en todos los tiempos han hecho los demagogos y los sacamuelas políticos con menos arte y con menos literatura. Disertando en el Ateneo ó manteniendo los

juegos florales de Salamanca, resulta un demagogo con muchas letras, demagogo acaso inconsciente, de quien parece que se apodera al tratar de estas cuestiones un como delirio poético ó exaltación mística, una autosugestión semejante á la de los derviches danzadores, que le transporta del mundo real á un mundo quimérico y le hace idear la más extraña mezcla de realidad y ensueño, de sensatez y buen consejo, y de locura que han podido ver nacidos.

De ahí el mosaico de cosas peregrinas que forma el discurso: España simbolizada por Clemencia Isaura, como pudiera estarlo, cambiando la alegoría, por la Hermosa dormida en el bosque, esperando al Príncipe que ha de venir á desencantarla; el Cid Campeador encerrado con doble llave en su sepulcro, y el Cid de Santa Gadea (que no era ni podía ser más que el mismo Cid guerrero y feudal, sin lo cual no hubiese tomado juramento al Rey Alfonso) trocado en una especie de jurisconsulto krausista, imbuído del culto abstracto á la ley; Fray Luis de León *libertario* sin saberlo; la sentencia de Montojo aplicada á los gobernantes y subsidiariamente á la nación; Felipe IV saliendo de su tumba en la Pía Junta del Panteón del Escorial para decir á los españoles lo que no han querido oír al Sr. Paraíso ni al Sr. Costa; Orfeo y Anfión ayudando también á esta propaganda; las salmantinas de tiempo de Aníbal enseñando á las mujeres actuales el arte de ponerse los pantalones y de guiar á sus maridos por los senderos de la Unión Nacional; todo ello expuesto en excelente estilo y mezclado con ideas prudentes y sensatas, islotes perdidos en el mar de la utopia.

Es lástima que hombres de tan brillantes facultades como el Sr. Costa no sean más accesibles al sentido de la relatividad. Serían acaso menos poetas, pero serían más políticos, ya que de política se trata hasta en los discursos de los juegos florales.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO: Las revoluciones y la guerra entre Venezuela y Colombia.—Diario de sus vicisitudes.—Los Manifiestos de Uribe y Uribe y Rangel Garviras.—La intervención de los Estados Unidos.—Alarma de Europa y América.—La protesta de la Argentina.—Paralización de los hechos y reacción de las ideas.—Cambio de política en el Gobierno de Washington.—Las declaraciones y la muerte de Mac-Kinley.—La declaración y la exaltación de Roossevelt á la Presidencia de la República.—¿Qué sucederá?—Lo que toca que hacer en esta cuestión al próximo Congreso Panamericano de Méjico.

La situación de la cuestión de Venezuela y Colombia continúa siempre siendo la misma, y al empezar esta Revista los telegramas que comunica á Madrid la *Agencia Fabra* vienen reconociendo al fin lo que sobre este confuso asunto hemos escrito en artículos de *La Epoca,* que han merecido el honor de ser reproducidos en versión al inglés por el *New-York Herald,* de la edición de París, y en las revistas de La España Moderna, que en diversas partes de América se han discutido, como confirman algunos de los periódicos que llegan á nuestras manos. «Cualquiera que sea el giro que tome esta cuestión—decíamos—ya sea por parte de Colombia, ya de Venezuela, ora del Ecuador y Nicaragua, sus presuntos auxiliares, ora de los Estados Unidos, sus presuntos instigadores, *la sangre no llegará al río;* esto es, la guerra no tomará el aspecto formal de esta clase de conflictos violentos». Y así, en efecto, felizmente va sucediendo: Venezuela vocifera, amenaza, parece que va á hacer, y no hace; Colombia casi se cruza de brazos; el Ecuador anuncia que permanecerá neutral; Nicaragua no chista, y los Estados Unidos, cuando ha oído decir, no sabemos desde qué baluartes de la América que fue española,

que en el momento en que, con tratado de 1846 ó sin tratado, intervenga militarmente en la cuestión y militarmente invada la menor parte de cualquier territorio latino, todas las Repúblicas iberoamericanas á una cometerán un acto en Washington que tendrá una inmensa resonancia en el mundo, también se han achicado, y á todo cuanto se han ofrecido cerca de los Gobiernos de Caracas y de Bogotá ha sido á ofrecer su mediación pacífica con el General Cipriano de Castro y el Doctor José Manuel Marroquín para un arreglo conciliador y amistoso. A esto habían quedado reducidas las alharacas del *Machias,* del *Iowa,* del *Wisconsin* y de toda la escuadra acorazada y de todas las tropas desembarcadas de Norte-América de que se habló en los primeros momentos, sin que en este retroceso de acción haya influído el asesinato de Mac-Kinley en Búffalo, pues Mac-Kinley mismo, antes de aquel criminal suceso, era el que ya había iniciado el retroceso.

Nada puede darse más pintoresco que la serie de noticias, entre sí contradictorias, en su mayor parte no confirmadas, y con frecuencia desmentidas, que de América han cargado sobre Europa acerca del curso del conflicto. No es extraño que en nuestro continente así acaezca. Seguimos con atención los servicios telegráficos que de Nueva York y Washington parten para la prensa periódica de las tres Américas de lengua española, y son también de tal confusión, que los periódicos de Méjico llaman á la cuestión *El embrollo colombiano-venezolano;* en otras partes la apellidan *La cosicosa del Centro,* y en alguna *El rompecabezas de Colombia y Venezuela.* No merecen mayor crédito los documentos oficiales y los boletines numerados que por algún tiempo dió á la estampa la prensa de Caracas, esa prensa que se limita á reproducir lo que el Gobierno del General Castro le transcribe, sin dar noticias propias de ninguna clase ni escribir artículos ni comentarios. Los mismos partes, decretos y cartas que con frecuencia insertan los periódicos de Bogotá, Cartagena y Panamá, no bastan para hacer luz y sacar el espíritu de estos enredos, en los

cuales fácil es hacer las más precisas observaciones. Por estos documentos se advierte que el movimiento de hostilidad del General Castro contra Venezuela no ha sido en esta República un verdadero movimiento de opinión. Se nota, además, que la insurrección de Rangel Garviras contra Venezuela, con su invasión y sus supuestos auxilios oficiales colombianos, tampoco ha encontrado calor en el campo elegido para la lucha, y la segunda insurrección del General Uribe y Uribe contra Colombia, á pesar de su supuesta ó real inteligencia con el General Castro, ni ha sido apoyada por el partido nacionalista venezolano, á quien Rangel Garviras apeló, ni por el partido liberal de Colombia, con quien Uribe y Uribe había lidiado toda la guerra interior revolucionaria, que empezó en la noche del 17 de Octubre de 1899, y que después de haber ensangrentado y devastado al país, durante los tres años en que con él se riñeron doscientos diez y ocho combates, terminó al cabo el 1.° de Marzo último con la fuga de Uribe y Uribe, después de la acción de Palonegro, con el Manifiesto pacificador de los liberales de Bogotá, á los que aún permanecían en armas en las provincias de Tequendama y Cundinamarca, y con las cartas cruzadas en Washington entre el Ministro colombiano D. Carlos Martínez de Silva y el mencionado General que había sido jefe de la revolución, por las que el Gobierno del Dr. Marroquín accedió en aras de la paz general á algunas pretensiones de Uribe y Uribe, presentadas como prendas de reconciliación y de concordia. ¿Qué estado ni de revolución ni de guerra se concibe, en el que ni Venezuela ni Colombia se asocian á sus respectivos revolucionarios, ni los mandatarios que gobiernan los dos países se arrojan á más hostilidades que las declamaciones de las notas y manifiestos diplomáticos, y las discusiones baldías de los decretos sin realización que se insertan en las *Gacetas Oficiales?* Cuéntese lo que se cuente del origen del conflicto, después que en Nueva York se dieron los auxilios metálicos, las armas y todos los demás elementos para la guerra, por una parte, á los agentes

de los enemigos del General Castro, á quien representó en la inauguración de la tentativa militar Rangel Garviras, y por otra á los amigos de Uribe y Uribe, esclarecidos bien los hechos, no fue—como en esta Revista se ha repetido—más que lo siguiente: El Sr. Rangel Garviras, prohombre de Venezuela, enemigo personal y político del General Castro y asilado en Cúcuta, entró en Táchira con fuerzas de la revolución, armadas en Colombia, al mismo tiempo que Uribe y Uribe, al mando de los emigrados colombianos, armados en Venezuela, avanzaba hacia Colombia. Los dos se encontraron y de este encuentro surgió el conflicto por los acaloramientos de Castro.

Estas dos fuerzas esencialmente revolucionarias por una y otra parte se encontraron en San Cristóbal, trabaron combate, y fueron derrotadas las que comandaba Uribe y Uribe. Para paliar la derrota y despertar el espíritu nacional en favor de su Gobierno, propaló el Presidente Castro que un ejército colombiano había invadido á Venezuela, había sido batido, y que se enviaban refuerzos á la frontera. El movimiento de Uribe y Uribe fue precedido del Manifiesto de 16 de Julio, y el de Rangel Garviras del Manifiesto fechado en Cúcuta el 18 del mismo mes, es decir, dos días después. El Manifiesto de Rangel Garviras bajo la bandera nacionalista impugna al Manifiesto de Uribe y Uribe, en que levanta la bandera de la reconstrucción de la Gran Colombia en la forma en que fue constituída la Nueva Granada en Diciembre de 1819 y en la Confederación de 1861. ¿En estos dos días, que median entre la redacción y publicación de estos documentos, pudo Colombia formar el contingente que Rangel Garviras llevó á la invasión de Venezuela? Estos datos bastan para poner patente y descubrir á las claras la mano oculta maquiavélica que simultáneamente proyectó, preparó y dispuso uno y otro movimiento, á fin de encender, á la vez, una revolución interior contra Castro en Venezuela, y una revolución interior contra Marroquín en Colombia, y una guerra de carácter exterior entre los dos Gobiernos y los dos Estados. Esta doble obra maquiavélica ni la proyectó Uribe,

ni la proyectó Rangel Garviras. Esta doble obra maquiavélica ni se incubó en Bogotá, ni se incubó en Caracas. Esta doble obra maquiavélica fue toda, toda, producto de la política traidora de los imperialistas de Washington y de Nueva York. En ambos hemisferios no ha podido menos de llamar la atención que, habiendo Uribe y Uribe abandonado en Marzo último la causa que había sostenido en Colombia por espacio de tres años, y refugiádose á los Estados Unidos por el total agotamiento de los medios necesarios para una lucha tan prolongada, en sólo cuatro meses se hubiera podido reponer de tal modo, que se sintiera bastante aprovisionado, sobre todo de bastimentos de guerra, para emprender una nueva de la índole de la promovida en Julio. «*¡Certo e,* escribe á este propósito un periódico italiano, *che l' Uribe é comparso con un abbondanza di mezzi che non si potivano supporre dopo le sventure di un anno fá!*

Las impresiones que hasta ahora se han recibido de esos inesperados acontecimientos, cuya oportunidad es tan discutible, cualesquiera que sean las intenciones recónditas con que se hayan prometido, y cualquiera que sea la mano oculta de quien haya emanado el sagaz impulso, aunque incompletas, bien pudieran formar un *Memorandum* provechoso para el ejemplo inmediato y para la historia, que tuviera por días los siguientes puntos de partida:

Julio 8.—Decretos del Vicepresidente, Presidente accidental de la República de Colombia como Jefe del Poder Ejecutivo, nombrando al General D. Carlos Alban Comandante en Jefe de las fuerzas fluviales y ribereñas del bajo río Magdalena y de las marítimas y terrestres de los departamentos de Panamá, Bolívar y Magdalena, sin perjuicio de seguir desempeñando las funciones de Jefe civil y militar del Istmo, y Jefe de Estado Mayor de las mismas tropas á D. Manuel M. de Castro U.

Julio 17.— Decreto núm. 855 del Vicepresidente de la República de Colombia, como Jefe del Poder Ejecutivo, decla-

rando traidor á la patria y condenando á muerte á todo colombiano ó extranjero que forme parte de fuerzas compuestas de extranjeros ó de nacionales extranjeros que lleguen á invadir el territorio de la República, sirvan de comisionados ó agentes de revolucionarios entre Gobiernos de otros países ó ante fuerzas invasoras, ó que contribuyan á promover la invasión, facilitarla ó auxiliarla, ó se hagan responsables de maquinaciones é inteligencias con Gobiernos extranjeros ó sus agentes para inducirlos á cometer hostilidades ó emprender la guerra contra Colombia.—Este decreto, además de la firma del Vicepresidente D. José Manuel Marroquín, está refrendado por don Guillermo Quintero Calderón, Ministro de Gobierno; D. Antonio José Uribe, Ministro de Relaciones Exteriores; D. Miguel Abadía Méndez, Ministro de Hacienda y encargado del Ministerio de Instrucción Pública; D. José Vicente Concha, Ministro de la Guerra, y D. José M. Cordobés, Subsecretario del Tesoro, encargado del Despacho.

Julio 16.—Manifiesto del General colombiano D. Rafael Uribe y Uribe, proclamando la restauración de la Gran Colombia, ó sea la Confederación de las tres Repúblicas de Colombia, Venezuela y Ecuador, á la que se agregarían las cinco Repúblicas del Centro. Este Manifiesto no consigna el lugar de su expedición.

Julio 18.—Manifiesto del hombre político venezolano don Carlos Rangel Garviras, protestando contra el de Uribe y Uribe, y proclamando el principio de las nacionalidades y el régimen de la libertad.—Este documento está fechado en Cúcuta (1).

---

(1) Estos documentos originarios del conflicto presente aún no se han publicado en Europa íntegros, y es necesario conocerlos para formar bien el juicio de la cuestión.

He aquí el *Manifiesto* de Uribe y Uribe:

Motivos. I.—A la sincera proclamación de paz que hice en Abril no correspondió el Gobierno de Bogotá con una sola promesa de garantías, con acto alguno de justicia ó de lo que él llama clemencia con una frase

Julio 20.—Artículo de D. José A. Berti, titulado *La disolución de la Gran Colombia.—La muerte del libertador.—La nueva Confederación,* publicado en *El Constitucional,* de Caracas, órgano del General Cipriano Castro, Presidente de la República de Venezuela. En este artículo se atribuye la disolu-

---

conciliadora, ni con la más insignificante medida que demostrara la intención de sustituir por un régimen legal cualquiera el sistema puramente militar en que se apoya. Aquel avance de avenimiento pacífico no tuvo más respuesta que el sarcasmo en las palabras y el odio en los hechos. Las previsiones siniestras del Manifiesto, señaladas á nuestros adversarios con la mira de que no incurriesen en ellas, se han realizado con creces: la nomenclatura de horrores que se les puso á la vista para que la evitasen ha sido sobrepujada en la intensidad y en el número; y, ¡oh crueldad inaudita!, han sumado sombras al cuadro voluntariamente recargado que se imaginó del martirio liberal.

Por ferocidad nativa y porque atribuyeron á impotencia final nuestras disposiciones amigables, decretaron la guerra sin cuartel, y, efectivamente, han fusilado prisioneros, han matado á palo, han rematado heridos; las cabezas de otros han sido paseadas en picas, como en el siglo antepasado las de los comuneros Galán y Alcantuz; en las propias calles de Bogotá los sayones de Marroquín han escupido al rostro de nuestros generales vencidos y los han golpeado; las familas han recibido afrentas de palabra y obra; la conciencia de hombres y mujeres ha sido sometida á la atroz tortura de renunciar á sus creencias religiosas ó abjurar de sus ideas políticas; y, en suma, al creerse dueños de la situación, nuestros enemigos han dado rienda suelta á todos sus instintos de barbarie.

II. Porque de sus filas salió una voz de cordura, de humanidad y de justicia, proclamando que con la revolución no se acabaría nunca por la fuerza sino por transacción; que era política reconocer los derechos de los liberales como hombres y como partido, y que debían cesar los procedimientos salvajes empleados por el Gobierno de la guerra, quien profirió esa voz, perdió el alto puesto oficial que tenía, fue apellidado por los suyos «traidor» y obligado á retractarse. Hoy que los sucesos confirman la predicción de aquel sincero republicano y buen patriota, el Gobierno se apresta á lucha mortal, pero no tuerce el rumbo de su política.

Está, pues, visto que á todo trance quiere agregar al vencimiento la humillación, y á la humillación el exterminio. Inhumanamente acorralados así entre el oprobio y la muerte, no nos queda más recurso que batirnos con desesperación y sin tregua. Puesto que no consienten en aflo-

ción de la Gran Colombia que fundó Bolívar, á los conservadores que cooperaron á la política del Presidente Paez, y en lenguaje que traspasa todos los límites de la exageración, hasta convertirse en ridículo y disparatado, hablando de Bolívar dice textualmente: — *Ni el visionario de Judea es más*

---

jar nuestras ligaduras, rompámoslas del todo, ó con ellas el estambre de la vida.

III. No parece sino que el régimen surgido del cuartelazo de Julio estuviera de antemano consagrado al precipicio, demostrando así una vez más que la traición es mal cimiento para situaciones durables. A fin de prolongar su existencia artificial, tienen implícitamente declarado que necesitan la fiebre de la agitación bélica y que les es imposible afrontar los problemas de la paz con soluciones racionales. Han querido que siga la guerra, y la guerra seguirá, pero no como ellos la desean, sino como á nosotros nos conviene. ¡Que la desgracia y la culpa con que pensaban abatirnos caigan sobre ellos, y que Colombia, libre de su yugo, glorifique la República!

IV. «Injustificable rebelión» es la muletilla de los enemigos para calificar nuestro empeño. Pero el General Marcelino Vélez, Comandante por un día del Ejército oficial, declaró que «esta guerra ha sido hecha por un numeroso partido al cual se privó de los derechos y libertades que no se le niegan hoy á nadie en un pueblo culto». El Dr. Joaquín F. Vélez, Ministro en Roma y actual Gobernador de Bolívar, ha dicho recientemente: «Estoy maravillado de la vitalidad del partido liberal, en cuyas filas cada soldado es por lo menos un doctor.» Y D. Carlos Martínez Silva, Plenipotenciario en Washington, escribe que: «guerra tan larga y porfiada no puede ser el fruto de ambiciones personales, porque jamás en un pueblo tan laborioso y morigerado como el colombiano podrán hallarse miles de hombres que por dos años abandonen sus hogares y trabajo, y se expongan á sí mismos y á sus familias á las privaciones y á la muerte, sólo por servir los planes de unos pocos ambiciosos .

Según estos tres notables voceros del círculo gobernante—por no aducir el testimonio de otros más—la guerra reconoce causas profundas, que tienen su raíz en males graves á que el Gobierno actual, con la terquedad de quien prefiere perderse antes que ceder, no quiso, no quiere ni querrá nunca poner remedio voluntariamente. Por eso la continuación del régimen vigente es incompatible con la buena marcha de los intereses públicos y con el porvenir nacional; pero por eso también hay que verle de todos modos el fin á esa noche de la Regeneración, noche sin estrellas.

grande y más sublime que el semidiós de América. — Sobre el régimen de la Confederación nueva dice además:—«El Presidente de la Confederación sería, en el primer período, venezolano (¡Castro!), en el segundo *granadino,* en el tercero ecuatoriano, y así sucesivamente. La Confederación tendría diez

---

V. Penoso es que sea Colombia el único país que al comenzar el siglo xx esté dando al mundo el escándalo de la guerra civil; pero es porque también es el único que ofrece el escándalo aún mayor de un bando faccioso contra la civilización y el cristianismo, puesto que pretende perpetuar los antiguos métodos españoles de Gobierno, y puesto que por toda réplica á la petición de derechos del pueblo, lo hace asesinar por fieras que nada tienen que envidiar al «pacificador» Morillo y al «carnicero» Weyler.

Sin embargo, nuestros adversarios saben bien que las aspiraciones del partido liberal no son recuerdos de archivistas ni violencias de conspiradores, sino pesares, memorias, ideales, esperanzas, duelos y orgullos comunes á innumerables hombres de diversas condiciones y clases, y animados durante largos años por una resistencia latente ó abierta contra el detentador de sus derechos. ¿Y no es conocida ley histórica que cuando el mal éxito de las tentativas y el rigor de las persecuciones no quebrantan la constancia de los vencidos, es porque constituyen una familia política con derecho á sentarse al lado de los vencedores? La prueba más cierta de la razón que nos asiste es nuestra voluntad, que ha gastado al tiempo y sobrevivido á los desastres y á los martirios. Vencido ahora el liberalismo, su derrota sólo sería un aplazamiento de la ordalia, pues que nunca se resignaría á la servidumbre, mientras que triunfante de una vez, ésta sería nuestra última guerra civil, porque éste habría sido también el postrer esfuerzo del absolutismo para imponerse en un país de la América española. Es evidente, por tanto, que en el cuadrante que marca los destinos de los pueblos está próxima la hora de nuestro triunfo, aunque no fuera sino porque en el mundo, donde muchos desprecian la justicia, todos tienen necesidad del orden, y el orden no existe donde el Gobierno está entre el día siguiente de una revolución y la víspera de otra.

VI. En su soberbia y arrogancia han ido nuestros enemigos hasta amenazar por boca de su prensa, del Ministro de Guerra y de otros altos empleados, con que una vez terminada la que imaginan fácil tarea de acabar con nosotros en el interior, moverán guerra á los Gobiernos liberales de las Repúblicas vecinas. Es decir que, no contentos con arrebatarnos nuestra patria natural, pretenden extender su poderío hasta el re-

millones de habitantes y una milicia de 800.000 hombres.»

Julio 24.—Invasión de Rangel Garviras desde Colombia en el territorio de Venezuela, y aproximación de Uribe y Uribe á Colombia con su ejército formado en Venezuela.

Julio 27.—Proclama dirigida desde el Palacio de Miraflores

---

fugio que nos buscáramos en tierra de amigos, y alargar su brazo hasta el asilo donde procuráramos ponernos á cubierto de sus golpes.

El despotismo regenerador, como el volcán de Turbo, quiere derramar sus lavas de lodo asolador sobre los territorios aledaños. Bogotá es hoy el cráter de un fanatismo político expansivo, como en otro tiempo Madrid bajo Felipe II, y ha llegado á ser medida de política internacional extinguir ese foco perturbador y de infección.

Nosotros, sin perder de vista por un momento nuestros deberes de patriotas colombianos, aun en su más estrecha acepción, estamos en nuestro derecho—el derecho elemental de la defensa—para declarar que hacemos solidaria nuestra causa con la de los Gobiernos amenazados, á los cuales nos ligan estrechas analogías doctrinarias é históricas.

VII. «Siglo de las nacionalidades» fue llamado el XIX, porque él vió emanciparse pueblos nuevos y porque vió grupos de razas que andaban dispersos concentrarse bajo un mismo nombre y bandera para constituir unidades de combate, capaces de resistir y agredir victoriosamente en las luchas cada vez más ásperas por la vida y la supremacía. Esa impulsión continuará en el nuevo siglo y en otros continentes, y obedeciendo á ella, debe ser aspiración suprema de los pueblos que formaron la gran Colombia reconstituir esa nacionalidad gloriosa y potente, que la presión de las exigencias del tiempo hace hoy más necesaria que nunca.

El primer paso para realizar ese alto ideal es la creación de Gobiernos afines, entre los cuales reinen simpatías recíprocas. Para ello no falta sino variar el Gobierno reaccionario de Bogotá, único que rompe la armonía. Cuando el liberalismo sea una doctrina política común á los tres países, estará allanado el camino para pactar la reconstrucción de la entidad fundada por el genio de Bolívar.

Nuestra bandera ha crecido al través de la refriega. Pudo al principio no ser sino la de las reivindicaciones de un partido en las querellas intestinas de nuestro país; hoy es la bandera de la Gran Colombia la propia enseña que empuñó el Libertador. ¡Alcemos nuestros corazones á la altura de tamaña empresa, y ampliemos nuestras mentes para que en ellas quepa tan vasta concepción!—RAFAEL URIBE Y URIBE.

Julio 16 de 1901.

de Caracas á los venezolanos por Cipriano de Castro, Presidente provisional de la República y General en Jefe de sus Ejércitos. Este documento y el Decreto del Ejecutivo Federal suspendiendo las garantías constitucionales en los Estados de Táchira, Mérida, Trujillo y Maracaibo, fueron reproducidos

---

He aquí ahora el Manifiesto de Rangel Garviras:

Á MI PAÍS Y Á MIS AMIGOS POLÍTICOS

Vibrante, enérgico, inspirado en la santas cóleras del verdadero patriotismo, vengo á lanzar ante la América y el mundo mi grito de protesta contra la política de intervención, que fuera un día el ludibrio de los pueblos civilizados, exhumada al presente, en lo que hace á Venezuela y á Colombia, por las torpes pasiones de media docena de políticos perdidos en la opinión publica, que pretenden disponer de los pueblos como se hace con los rebaños, y han soñado en su demencia hilvanar á aquel punible intento el otro, más criminal todavía, de borrar nuestras actuales nacionalidades, de suprimir los nombres queridos de Venezuela y de Colombia, para envolverlos en un todo que sirviese de escabel á sus miras ambiciosas.

El Capitolio de Caracas es el centro de esa conspiración parricida; los dineros nacionales, que son el sudor del noble pueblo venezolano, se destinan para fomentar la hoguera; y los parques, acumulados por el patriotismo para defender la nacionalidad, para hacer á costa de toda nuestra sangre que Venezuela sea siempre Venezuela, pasan á manos mercenarias, ¡oh crimen inaudito!, precisamente para hacer todo lo contrario, para apuntar contra el propio corazón de la patria y borrarla como á Colombia del catálogo de las naciones independientes.

Sí, es necesario decirlo á grito herido, es necesario que todos los colombianos y todos los venezolanos, cualesquiera que sean su filiación política y sus responsabilidades en las luchas del pasado, conozcan el fondo negro de esta diabólica urdimbre que no reconoce otra causa sino la insana ambición, que no puede tener arraigo en el corazón del pueblo porque las masas ignoran lo que se ha pactado en los conciliábulos y á nadie han otogrado sus poderes; es preciso que el Ecuador, Venezuela y Colombia sepan sin reticencias que lo que se pretende es su desaparición como naciones independientes, á fin de que los diferentes partidos políticos adviertan el peligro, y olvidando momentáneamente las diferencias que los separan, hagan sentir de modo solemne su reprobación á tan descabellado intento.

en la *Revista hispanoamericana* del número anterior de La España Moderna. Los periódicos de Caracas y los de todos los Estados insertaron en sus columnas estos dos documentos, tomados de la *Gaceta Oficial;* pero solamente *La Restauración Nacional* y *El Nacional* los comentaron, execrando la traición de Rangel Garviras y protestando contra la supuesta invasión *extranjera. El Pregonero* protestó contra la totalidad del hecho revolucionario, exhortando á todos á seguir en semejante crisis el sendero del patriotismo, del honor y *de la buena fe.*

¿Qué significan si no las palabras que van en seguida tomadas del Manifiesto de guerra lanzado con fecha de ayer desde San Cristóbal por el General Rafael Uribe y Uribe? «Debe ser aspiración suprema de los pueblos que formaron la gran Colombia (Venezuela, Colombia y Ecuador) reconstituir esa nacionalidad gloriosa y potente, que la presión de las exigencias del tiempo hace hoy más necesaria que nunca. Nuestra bandera ha crecido al través de la refriega. Pudo al principio no ser sino la de las reivindicaciones de un partido en las querellas intestinas de nuestro país; hoy es la bandera de la Gran Colombia.»

¿Habría pensado del mismo modo el caudillo radical si en lugar de ser vencido se encontrara hoy triunfador en Bogotá? ¿Desecharía entonces la bandera que llevó á las campamentos, en cuyo nombre se está derramando torrentes de sangre desde hace dos años, para empuñar otra enseña, desconocida de sus amigos, que no lleva los colores queridos del soldado, mirando los cuales marcha sereno y sonreído á recibir la muerte?

¡No! Lo que se pretende es un absurdo, doble absurdo, puesto que aparecen *unitarios* los que predican como el más fundamental de los dogmas de su credo la *descentralización,* la *soberanía*, la expansión. ¿Y creen seriamente que sobre sus hombros de enanos podría sostenerse el poderoso edificio que se derribó estrepitosamente un día, no obstante llevarlo sobre los suyos de gigante el genio sin igual de nuestro gran Libertador? Reconstituir la gran República por el solo esfuerzo de las armas sin que los pueblos hayan manifestado sus deseos para tan fundamental transformación, sin haberlos preparado, careciendo como carecemos de caminos de hierro que supriman las inmensas distancias, ¿no es un acto de demencia?

Por mis labios habla el partido republicano de los Andes, cuyas nobles ideas de expansión y de fraternidad hanle ganado prosélitos en todo el país; y habla el nacionalismo venezolano, con cuya Jefatura accidental me honro, partido el más disciplinado, el más firme en sus doctrinas, que

Habiendo ocurrido en San Cristóbal, en la noche del 28 al 29 de Julio, el encuentro de los revolucionarios capitaneados por Rangel Garviras, procedentes de las provincias limítrofes de Colombia, con el *Ejército Liberal Restaurador del Táchira*, mandado por el Comandante general D. Celestino Castro, hermano del Presidente D. Cipriano, y al que iban incorporados para invadir á Colombia los revolucionarios del General Uribe y Uribe, en Caracas comenzó á publicarse un *Boletín Oficial* de la guerra, del que sólo se dieron á la estam-

---

le fueron inculcadas por su ilustre y mártir jefe General José Manuel Hernández; y no creo equivocarme al decir que como yo piensa en la ocasión todo el país venezolano. Por consiguiente, mi protesta, que al ser meramente personal se extinguiría sin eco, lleva la inmensa resonancia de los grandes partidos políticos que represento y de todo el pueblo venezolano, víctima al presente de la más ridícula cuanto desenfrenada tiranía, y al que en vano se pretende envolver en la onda cenagosa de los odios que un hombre, hoy adueñado del poder, profesa al Gobierno de Colombia.

Sí, allá en Venezuela hemos levantado estatuas á Girardot y á Ricaurte, y en nuestros pechos existe inextinguible la gratitud por Colombia, en cuyo seno hospitalario rindió su último aliento el Padre de la Patria y halló en 1813, proscrito y perseguido, los auxilios necesarios para libertarnos del poder extranjero. Será en vano, pues, que se nos quiera arrastrar á una guerra internacional: los dos países permanecerán hermanos á pesar de los políticos infidentes, sobre los cuales caerá no muy tarde el estigma de la reprobación popular.

La guerra con que se nos amenaza no será jamás de pueblo á pueblo, sino de una parte entre un hombre, ensoberbecido por pasajero éxito, que distrae las propiedades nacionales para soplar la discordia entre dos naciones hermanas y hacer derramar sangre inocente en provecho de su insaciable ambición, y de la otra un Gobierno legítimamente constituído que resiste amparado por la justicia y sostenido visiblemente por la Providencia.

Sepan, por tanto, mis amigos políticos á qué atenerse en esta hora solemnísima.—«Verdad, justicia y libertad», ha sido el lema de nuestra bandera: de hoy más deberemos ampliarlo escribiendo este nombre queridísimo: Venezuela.

Cúcuta, 18 de Julio de 1901.—*Cárlos Rangel Garviras.*

pa seis números: el primero, con los partes telegráficos expedidos desde Encontrados el mismo día 28 por el General Régulo Olivares, que con las fuerzas venezolanas que mandaban los Generales Mamerto González, José Trinidad Madera, Carlos Silverio, Echenique, Rafael Parra Ojeda y el Coronel Florentino Vargas atacó por mar y por tierra y tomó aquel puerto, que estaba defendido por los Generales revolucionarios Juan Márquez y José Trinidad Zuleta. En estos telegramas, transmitidos por la línea de Maracaibo, fue donde se habló por primera vez de haberse hallado entre los objetos cogidos á los revolucionarios fugitivos, divisas de los *Granaderos de Cúcuta* y dos prisioneros de la guarnición colombiana. El número segundo del *Boletín Oficial* de la guerra se encabezaba con una Circular del mismo Presidente Castro, informando á las autoridades de los Estados del resultado de la batalla de San Cristóbal, que comenzó á las dos de la tarde del día 28 y terminó á las cuatro de la tarde del día siguiente. El parte oficial detallado de esta batalla no se expidió en el cuartel general de San Cristóbal hasta el día 3 de Agosto, y se insertó en el número 3 del *Boletín Oficial*. En él se designan, como fuerzas del ejército regular colombiano que tomó parte en la función de guerra, el batallón de Artillería, el Girardot, el Junín, el Valencey, el Tácota, el Cúcuta, el Rosario, el Vencedores, el Ospino, el Gramalote, el Arboledas, el Planadas, el Pamplona, el Tenerife, el Tiradores, el Rifles y otros. Se dijo en los primeros telegramas, que sobre esta acción se circularon por las *Agencias,* que en ella había muerto el General revolucionario colombiano puesto al servicio de Venezuela, Uribe y Uribe; pero en el parte oficial, el General muerto era D. Rosendo Molina, con los Coroneles Celestino y Miguel Velasco y Jesús Nieto, venezolanos todos. Los *Boletines* números 4 y 5 son ampliaciones de noticias ó comunicaciones de la cortesía oficial, y en el 6.° y último, el General Celestino Castro acusa á su hermano el Presidente D. Cipriano una nueva invasión del *Ejército colombiano,* con fuerzas traídas por el

Ministro de la Guerra de Colombia, González Valencia, sobre Colón. El primero de estos *Boletines* se publicó el mismo día 29 de Julio, el segundo el 30, el tercero el 3 de Agosto, y el último el día 8. El día anterior, el 7, volvió á aparecer, así en la capital y fronteras de Venezuela como en algunos puntos de Colombia, una nueva proclama revolucionaria dirigida á las fuerzas insurrectas de Cuenca y firmada por J. Paulo E. Bustamante, en la cual, después de designar al General Vargas Santos como Presidente provisional de Colombia y supremo director de la guerra, y al General Benjamín Herrera como Jefe superior de operaciones en el Cauca y Panamá, termina con este párrafo:—«El invicto Uribe y Uribe ha invadido nuevamente por la frontera del Táchira; por el Atlántico penetran al país poderosas expediciones; la costa del Pacífico está dominada por una gran nave de guerra revolucionaria; todo el interior de la República está en armas contra el Gobierno; la revolución se reanuda con mejores elementos y más brío, y corresponde á vosotros, altivos y valerosos hijos del Sur, empuñar las armas libertadoras para dignificar el nombre con que habéis honrado siempre la Historia de la Patria. ¡Venid, que en mí tendréis un compañero y un hermano que pronto os saludará alborozado en el vivac de la Victoria! ¡Viva la revolución liberal! ¡Viva la redención de Colombia!»

Desde este momento puede decirse que ya no habla casi sobre los conflictos internacionales y revolucionarios de Venezuela y Colombia sino el telégrafo de Nueva York, aunque á Londres se comunican algunas noticias desde Villemstad (Curaçao), desde Trinidad y otras islas en comunicación frecuente con el campo de los sucesos.

Agosto 4.—El *Times*, de Nueva York, anuncia que el Presidente Castro está dispuesto á entregar sus pasaportes al señor Rico, Ministro de Colombia en Caracas. Esta resolución, en efecto, se realizó el día 3 de Septiembre, no sólo con el Ministro Rico, sino con todos los Cónsules acreditados; pero salieron del territorio de Venezuela sin obtener los pasaportes.

Agosto 5.—Un telegrama de Nueva York anuncia la invasión simultánea contra Colombia por parte de Venezuela, Ecuador y Nicaragua.

Agosto 7.—A consecuencia de un mensaje recibido en Washington la noche anterior, de Mr. Gudger, Cónsul de los Estados Unidos en Panamá, el Departamento de Estado de la Casa Blanca solicita del Ministerio de Marina el envío de un buque de guerra á Colón. En efecto, se dan órdenes para su salida de Boston, donde se halla, al *Machías*, á fin de que observe de cerca los sucesos que se relacionan *con la revolución colombiana.*

Agosto 8.—Habiéndose recibido en el Departamento de Estado por el correo una correspondencia de Mr. Rusell, Encargado de Negocios de los Estados Unidos en Caracas, confirmando la inminencia de las hostilidades entre Venezuela y Colombia, el Secretario interino, Hackett, consultado por Mr. Adee, decidió que el segundo Comandante del *Sargent*, Comandante Nathan, partiera sin dilación para el mar de los Caribes, pues el *Machías* había de sufrir, durante su travesía, en Hampton Roads una inspección oficial.

Agosto 9.—El *New-York Herald* publica y el *Star and Herald* reproduce un artículo oficioso, tomando parte en la cuestión. Considera peligrosa la situación creada por los sucesos del 24 de Julio, y que podría dar ocasión á complicaciones de índole internacional; pues estando afectados importantes intereses extranjeros, y existiendo proyectos ambiciosos que pueden prosperar favoreciendo á uno ó á otro de los combatientes, los Estados Unidos no podrían consentir una intervención europea, que sería una transgresión de la doctrina de Monroe y un reto. Este reto tendría que ser aceptado, si no se quiere que la doctrina quede relegada á la categoría de una declaración académica. «*La única intervención que en realidad pueden permitir los Estados Unidos, si es para mantener su supremacía sobre el continente americano, es la que emane de los Estados Unidos mismos.*» Es preciso que los Estados Unidos envíen

una poderosa fuerza naval á las aguas de Colombia. El momento no es de sentimentalismo, sino de acción y pronta acción. No es cuestión de escoger la mejor de las dos rutas de canal que tienen frente á sí los Estados Unidos, sino una que envuelve su absoluta supremacía sobre el continente americano. Por lo tanto, se hace preciso proceder para probar á Europa que los Estados Unidos consideran la doctrina de Monroe como algo merecedor de combatir y de morir por ella si fuese necesario. No hay que descuidarse. El primer paso importante que debe dar el Gobierno de Washington, es el envío inmediato de la fuerza naval más poderosa de que pueda disponer, al mar Caribe. «Ya los diarios *jingoes* de Francia y de Inglaterra están acusando á los Estados Unidos de tener ciertas miras sobre las dos Repúblicas adversarias. Esto no es verdad. Pero tampoco pueden consentir en una intervención de parte de ninguna potencia europea, y así es que todo el mundo habrá de fijar su atención en la fuerza naval que los Estados Unidos concentren en las aguas centroamericanas, para decir á todos: *¡Alto ahí!*»

Agosto 10.—El Departamento de Estado desmiente la noticia publicada en el sexto número del *Boletín Oficial de la Guerra* de Caracas, que anunciaba una nueva invasión *del ejército colombiano* sobre Colón; declara que no considera que la situación haya asumido la gravedad que se le atribuye, y dispone, sin embargo, que el acorazado *Wisconsin* salga de Puget-Soun para San Francisco de California, á esperar órdenes para marchar al puerto de San Diego en espectación de los sucesos del Istmo. Se dispone también una investigación sobre las fuerzas con que Colombia mantiene la seguridad del tráfico en el ferrocarril istmeño, y que se recuerde que en ocasión semejante, en 1885, el Gobierno de los Estados Unidos ocupó el Istmo para garantir su seguridad. El mismo día se recibe un despacho de Mr. Edward Simmous, de Nueva York, Presidente de la Compañía del ferrocarril de Panamá, haciendo ver que es grave la situación, y pidiendo buques de guerra

á los dos lados del Atlántico y del Pacífico, en cuya virtud se piensa en enviar á Panamá ó el *Mohican* ó el *Alert*, con instrucciones al Contralmirante Higginson para conservar á todo trance el libre tránsito.

Agosto 12.—El artículo del *Herald* suscita protestas en los periódicos de Bogotá, Cartagena y Panamá, rechazando la intervención y la protección de los *yanquis*. Esto es, dice *El Tiempo* de Cartagena, «el vaho de la serpiente sobre el incauto pajarillo que quiere devorar. ¡Es un colmo! ¡Gracias á los liberales, estamos amenazados por todas nuestras fronteras y corriendo el peligro de ser *protegidos* por los yanquis! Afortunadamente, Dios aprieta, pero no ahoga. Las guerrillas se han separado de la línea, y en los liberales se nota desaliento. El General Pinto se ha puesto al frente de las operaciones del Cauca, dejando su gobernación al General Jaime Córdoba. La *Bocayá* apresó un buque destinado á los revolucionarios y repleto de parque».

Un telegrama de Buenos Aires (Argentina), fechado el mismo día, dice que *La Prensa* de aquella capital, comentando los artículos de los periódicos de Nueva York y Washington sobre el conflicto colombiano-venezolano y la actitud de los Estados Unidos frente de la posibilidad de una intervención europea, expresa que «la América latina aplaudirá cordialmente la política de los Estados Unidos, *siempre que se limite á no intervenir y á impedir que otros intervengan»;* pero que «los Estados Unidos *no deben invocar como pretexto* para intervenir en pro de uno ú otro beligerante la doctrina de Monroe ni el derecho de jurisdicción marítima; pues *la América Meridional no podrá consentir este acto, sin manifiesto peligro para la soberanía de sus diversas Repúblicas*».

Otro telegrama de Santiago de Chile dice así: «En todas las Repúblicas de la América latina ha causado penosa impresión la actitud que ha adoptado la República norteamericana en lo que respecta á Colombia, considerándose su intromisión en los asuntos de este país como un pretexto para co-

menzar á apoderarse de los territorios de la América del Sur. Esta se considera, hoy más que nunca, amenazada por el imperialismo yanqui.»

Agosto 15.—La República, de Guatemala, publica un telegrama de Caracas, anunciando que los invasores de la frontera venezolana habían desaparecido.

El mismo día *The Tribune,* de Nueva York, órgano oficioso en esta ciudad del Gobierno de Washington, en su primer editorial desmiente los rumores propalados *por la prensa francesa y alemana* sobre una inminente intervención de los Estados Unidos en la guerra (?) venezolano-colombiana, y niega que tales sean las intenciones del Gobierno norteamericano. *The Tribune* expresa que su acción se limitará á la presentación de sus buenos oficios á los gobiernos de las dos Repúblicas para el arreglo pacífico de las cuestiones que las dividen. «Si su mediación no es aceptada, los Estados Unidos se concretarán, *como las demás naciones europeas que tienen súbditos é intereses en Colombia y Venezuela,* á velar por las personas y los intereses de sus respectivos ciudadanos radicados en aquellos países. No obstante, los Estados Unidos, por virtud del tratado de 1846, tienen el derecho y el deber de mantener libre el tráfico en el Istmo, y lo mantendrán cada vez que alguna revolución lo interrumpa. Así lo han hecho otras veces, y los soldados norteamericanos se han retirado de Panamá apenas se ha restablecido allí el orden.»

Agosto 16.—Llegó á Panamá el crucero francés *Suchet,* y para el mismo punto había partido ya de Victoria, en la colombia británica, el navío inglés *Icarus.* En Washington aún no se había resuelto si enviar á la costa occidental del Istmo ó el *Iowa* ó el *Ranger;* pues en la Casa Blanca se aparentaba tener cuidado por la actitud de Alemania, cuyo Ministro en los Estados Unidos se hallaba ausente con licencia en Europa. En los Estados Unidos la opinión popular se hallaba muy animada de propósitos belicosos, y se hablaba mucho en todos los círculos *de la conquista del Istmo* y de la guerra entre los Estados

Unidos y Alemania. Sin cesar corrían por los círculos de Nueva York telegramas que se decían recibidos por los agentes revolucionarios de Colombia y de Venezuela, en los que á diario se daban noticias de acciones, batallas y encuentros que después eran desmentidos.

Agosto 17.—El corresponsal del *World* en Guayaquil, autorizado por el General Alfaro, Presidente de la República del Ecuador, le comunica que esta República permanecerá neutral en el conflicto de Colombia y Venezuela, á menos que la primera no invadiera el territorio nacional.

La actitud del Ecuador exige alguna explicación. El General Alfaro había entrado en la conspiración contra Colombia; mas próximo el término de su mandato presidencial, y habiendo hecho elegir, bajo su influjo, para secundarle, al General Leonidas Plaza, el cual había de ser investido de su cargo el último día de Agosto, éste, interpelado por algunas personas, declaró que su política en las relaciones del Ecuador con los Estados fronterizos había de ser de perfecta cordialidad, pues él había siempre censurado en Alfaro las conspiraciones contra hermanos. Alfaro, cuando se informó de las intenciones de Plaza, trató de hacerle renunciar la Presidencia para que había sido elegido, diciendo que ni un solo individuo del partido liberal ecuatoriano le apoyaría, y que los que le habían votado estaban arrepentidos. Pero Plaza no cejó, y el rumbo que tomaron los sucesos después del 24 de Julio obligó á Alfaro á la actitud que reveló al corresponsal del *World* de Nueva York. No obstante, en Quito permanecen siempre, bajo el derecho de asilo, los radicales colombianos Lucas Caballero, Benjamín Herrera, Avelino Rosas, González Garro y otros, que no dejan de moverse, y Avelino Rosas ha poco publicó una proclama incendiaria contra el régimen actual de Colombia y el Gobierno de Marroquín. Con todo, *El Grito del Pueblo*, de Guayaquil, cree que restablecida la armonía entre Alfaro, que ya no es Presidente, y Plaza, su sucesor, éste sostendrá con firmeza sus opiniones. Los revolucionarios habían

intentado ya una invasión en Colombia y amenazado con una acción sobre Pasto.

Agosto 18.—La actividad de los agentes *yanquis*, esparcidos por Europa, no descansa en investigar el fondo de las opiniones en el viejo continente. En Alemania, *Die Post* extraña que en los Estados Unidos se proclame la discutible inviolabilidad de la doctrina de Monroe en la intervención que las potencias europeas pudieran interponer en los accidentados sucesos del Istmo, cuando la acción de estas potencias, dirigida á proteger personas é intereses de sus connacionales allí establecidos, no tenía para qué ser una acción política, sino sólo protectora, lo que no sólo no daña, sino canoniza, el derecho público internacional de todos los pueblos. *La Franckfürter Zeitung*, que cree descabellada la empresa de la reconstrucción de la Colombia de Bolívar, que sólo puede despertar celos y rivalidades entre los caudillos sudamericanos, la condena con tanto mayor motivo, cuanto que para tener pretexto con que intervenir en aquella codiciada parte de América, *ha trabajado mucho la mano de los yanquis, así en Caracas como en Bogotá.* «La tendencia de la política americana, añade, puede ser debidamente apreciada, leyendo el artículo del *New-York Herald* de los Estados Unidos, invocando la doctrina de Monroe; quiere proteger á Colombia contra los ataques de sus vecinos rivales; mas resta saber si Colombia aceptaría el apoyo de los Estados Unidos, después de haber averiguado si su ayuda es desinteresada ó si tiene que ser pagada á un alto precio.» La misma duda revela *Berliner Tageblatt.*—En la prensa inglesa se han hecho notar dos periódicos, más que los demás, el *Spectator* y la *Saturday Review*, el primero porque no sólo no cree que ofrecerá graves inconvenientes la intervención americana, sino porque, aunque considera posible que los Estados Unidos ocupen á Panamá, no ve en ello motivo para que la Gran Bretaña se oponga. La opinión de la *Saturday Review* es, en cambio, una esquiva protesta contra intenciones que están conocidas, y cree que la doctrina *escandalosa* de Monroe necesariamente tiene

que producir un conflicto de intereses entre los dos continentes. «Aunque los Estados Unidos, añade, han tenido tanto empeño en desalojar á España de aquel mundo por ella descubierto y que es la obra de su civilización, ni España, ni Alemania, ni Francia, ni Inglaterra, pueden abandonar sus legítimos títulos á su expansión por los casi desiertos territorios de la América del Sur.»

Agosto 19.—El publicista español D. Juan Pérez de Guzmán, en un artículo publicado en *La Época*, de Madrid, y titulado *La guerra entre Venezuela y Colombia*, imputó á los elementos *jingoistas* de los Estados Unidos el impulso dado á ciertos elementos trastornadores y belicosos para formar el proyecto de reconstituir por medio de las armas y con la unión de las tres Repúblicas meridionales, Colombia, Venezuela y el Ecuador, la antigua Colombia de Bolívar, dando pretexto para que la gran República del Norte trate de intervenir militarmente en aquella parte de América, que es poseedora del territorio del Istmo, por donde está trazado el canal de Panamá. Este artículo, traducido al inglés, fue reproducido íntegro, á pesar de su mucha extensión, en la edición de París del *New-York Herald,* el cual singularmente ha llamado la atención sobre el párrafo siguiente:

«Hay un hecho que hemos recogido en uno de los periódicos hispanoamericanos que asiduamente registramos y que conviene que se sepa en Europa. Está próxima la reunión del segundo Congreso Panamericano que los Estados Unidos han promovido y que el 28 de Octubre se debe inaugurar en Méjico. Ya en Mayo último la Exposición Panamericana, que debía precederle y que se ha celebrado en Búffalo, ha sido un fracaso total, y se cree que este fracaso anuncia el del próximo Congreso Panamericano,

«There is one circunstance which we have found stated in a Spanish-American paper, and which we here carefully reproduce directly in line with European sentiment. It concerns the session of the second Pan-American Congress, prompted by the United States, and to be convened in Mexico October 28. Already the Pan-American Exposition, intended to precede it, and wich was inaugurated last May Buffalo, has been a total failure, and it is believed that this failure announces that also of the next

sobre el cual tanto se ha debatido entre los que se proponen concurrir ó no, á causa de la cuestión del arbitraje obligatorio y retroactivo. Se cree que los Estados Unidos toman en los conflictos de los Estados del Norte de la América meridional posiciones avanzadas para lo que en Octubre pueda ocurrir en la Asamblea de Méjico. Pero en el periódico á que hemos aludido hemos leído que, en la previsión de que por el Gobierno de Washington se tomen actitudes agresivas contra cualquiera de las repúblicas de lengua latina, cualquiera que sea el pretexto con que esto se haga, hay un acuerdo tomado entre los diez y ocho Estados independientes que se extienden desde las márgenes del río Bravo hasta el Estrecho de Magallanes, de retirar simultáneamente, en el acto de una intervención militar cualquiera por las fuerzas del Gobierno de la Casa Blanca, rompiendo con él las relaciones internacionales, hasta que en Washington se den garantías suficientes de que serán respetadas la independencia total y la total integridad de todas y de cada una de las diez y ocho Repúblicas latinas.»

Pan-American Congress, concerning wich there has been so much discussion-as to who will appear and who will not, on account of the disputes raised relative to arbitration, obligatory and retrospective. It is believed that the United States takes an anvanced position in there conflicts among the northern States of South-America now, in view of what might happen in the coming congress. But in the publication referred to, we have read that should the Washington Government assume a threatening attitude toward any one of the Latin republics, under whatsheverd pretex, an understanding exists between the eighteen independent South American States to withdraw simultaneously with the armed intervention of the North American Government all their diplomatic representatives at Washington; and to seon all international relations with the United States until such a time as Washington gives sufficient guarantee of the independence and the integrity of each an dall of ther se eighteen republics.»

Este mismo día, 19 de Agosto, el *New York Journal* publicó una carta sensacional llena de patrañas. Acusando al Gobierno de Venezuela de no permitir la transmisión de ninguna clase de noticias, ponderaba la habilidad de un corresponsal suyo que desde Puerto España, en la isla Trinidad, había logrado establecer un servicio directo de comunicación con Caracas, mediante el cual, y con fecha del 17, sabía que dos ejércitos, uno colombiano al mando *del General Pinzón, Ministro de la Guerra,* y otro venezolano, mandado con el General *Pulido,* se

hallaban frente á frente en la frontera de las dos Repúblicas y prontos á acometerse. El General *Próspero Pinzón,* el vencedor de Palonegro, ni podía ser Ministro de la Guerra del Gobierno colombiano, ni mandar un ejército de este país, por la sencilla razón de que hace más de un año que ha muerto, y Colombia le ha costeado un monumento inaugurado hace poco tiempo. Respecto del General Pulido, mal podría mandar tampoco el ejército en campaña de Venezuela, cuando es notorio que, disintiendo del Presidente Cipriano Castro, cuando éste quiso declarar la guerra á Colombia, presentó su dimisión de Ministro de la Guerra y se retiró á la vida privada.

Agosto 20.—El *Morning Post* recibe de Nueva York confirmación de la existencia de un tratado defensivo contra Colombia, subscripto por Venezuela, el Ecuador y Nicaragua.—El Ministro de Colombia en Washington, Martínez Silva, celebra una conferencia en la Casa Blanca con el Coronel Hay para manifestarle que su Gobierno ha enviado fuerzas al Istmo para mantener expedito el tránsito, ofreciéndole la seguridad de que Colombia se basta por sí sola para conservarlo abierto y garantido.—El Departamento de Estado, por medio de notas oficiosas, declara que el Gobierno norteamericano ni tiene ni ha tenido el propósito de poner en juego sus fuerzas militares para mantener expedito el tráfico del Istmo, y que ésta será su conducta mientras el Gobierno de Colombia no declare su incapacidad para sostenerlo.— *The New-York Tribune* prosigue su campaña de mentiras; describe las acciones supuestas libradas en Anapolía y Jombalo, y dice que el Presidente San Clemente, que se hallaba en la primera de estas poblaciones, con otros muchos conservadores históricos, se han unido á los revolucionarios liberales hasta derrocar el Gobierno de Marroquín. —El *Berliner Tageblatt* impugna la facultad de los Estados Unidos para una intervención militar en el Istmo, aunque se escude en el tratado de 1846 con una República, la de Nueva Granada, que ya no existe, habiendo anulado el cambio del sujeto de derecho el tratado hecho con un sujeto de derecho

que dejó de existir, al fraccionarse en los tres Estados independientes que de aquél se desgajaron. — En Austria, á la *Neue Freie Press* le parece que el conflicto venezolano-colombiano aún está en embrión; teme que se desarrolle en una verdadera cuestión internacional en que se interesen los dos continentes, y cree que no se resolverá hasta que los Estados Unidos se sientan más inmediatamente hostigados en sus pretendidos derechos de supremacía americana ó en sus velados propósitos de anexión ó conquista. — Este último hecho es para el *Novoïe Uremia* de San Petersburgo la conclusión probable del enigma que envuelve esta cuestión.—*La Patrie,* de París, tiene noticias de que el General Castro, que es el instrumento hipnotizado del gravísimo conflicto pendiente, está fanatizado con la idea que se le ha imbuído de que él será el árbitro supremo de los destinos de la América latina; pero aunque con esta obsesión atiza cuanto puede la revolución en Colombia, en Colombia la revolución se ha estancado, y por lo tanto, no adelanta nada. En cambio, en Venezuela la revolución contra Castro gana terreno, estando ya en expedición para sus costas el General Hernández.

Agosto 21.—El Ministro de Venezuela declara oficialmente en el departamento de Estado del Gobierno de Washington que es inexacta la noticia inserta repetidas veces en los periódicos de Nueva York, de que el Gobierno de Caracas haya declarado la guerra á Colombia. «Ciertos incidentes lamentables —ha dicho á Mr. Hay—han producido una tirantez en las relaciones de Venezuela con Colombia; pero no ha habido ruptura, ni, por consiguiente, puede haber habido declaración de guerra. La frontera venezolana está debidamente guardada por tropas, pero no ha habido choque entre éstas y las que el Gobierno colombiano ha situado al otro lado de la línea limítrofe.»

A pesar de esta declaración, la Prensa de Nueva York sigue publicando noticias alarmantes expedidas, ó al menos fechadas en su mayor parte, en Jamáica, á las que el pueblo da más

fe que á las oficiales de Caracas ó Bogotá. — La noticia de la llegada del crucero francés *Suchet* á Colón, y la de que se esperan otros buques de guerra de otras nacionalidades europeas, hacen expedir á San Francisco de California un telegrama oficial para que el *Iowa* zarpe inmediatamente de aquellas aguas y se dirija á Panamá. — La Prensa americana comenta los artículos del *Petit Journal* y del *Journal des Debats,* que consideran la fingida ansiedad que se manifiesta en los Estados Unidos por los negocios del Itsmo, como la máscara con que se disimula la ambición desmedida del imperialismo *yanqui,* que no ve el momento de echar la garra sobre el territorio en que se halla medio construído ya el canal de Panamá.—El Cónsul de Nicaragua en San Francisco de California declara que su país no hará causa común con Venezuela en el conflicto con Colombia. «Nicaragua—ha dicho—está en paz, y el espíritu revolucionario ha muerto en ella. Además, el Presidente Zelaya se ha hecho muy popular, y no permitiría que Nicaragua se viera envuelta en los trastornos de sus vecinas».

Agosto 22.—Mr. Gudger, el Cónsul de los Estados Unidos en Panamá, informa al departamento de Estado que la situación política del Istmo no había cambiado, y seguía temiendo que la pugna entre revolucionarios y fuerzas del Gobierno colombiano originase ataques á los trenes. John Hay partió á Canton á conferenciar con Mac-Kinley. En Inglaterra el *Daily Graphic* sostiene las ambiciones de los Estados Unidos sobre el Istmo, que califica de legítimas, y añade: «Las Repúblicas del Istmo sufrirán la suerte de Egipto, si no modifican su comportamiento antes de que se termine el canal.»

Agosto 23.—Los mismos periódicos de Nueva York que publican telegramas de La Guaira sobre movimientos de tropas venezolanas en territorio de Colombia, los anotan diciendo que como el Gobierno venezolano ha establecido una estrecha censura en todas las oficinas telegráficas de la República, el hecho de que esta noticia esté fechada en La Guaira, pone en duda su veracidad. Otras de Curaçao anuncian la salida de

una expedición de 800 hombres transportados de Maracaibo y Coro, para invadir á Colombia por el Río-Hacha. Martínez Silva confirma á Mr. Hay de una manera oficial que el Ecuador mantiene su actitud neutral, siendo inexactos los rumores propalados sobre invasiones en el territorio colombiano por tropas ecuatorianas.

Agosto 24.—Los periódicos *jingos* prosiguen su campaña sensacional, y el *World* publica un telegrama de Puerto Cabello con la salida de una expedición venezolana, armada de excelentes Maüser y ametralladoras con abundantes municiones de los parques de Venezuela para desembarcar en un punto de la costa colombiana, entre Barranquilla y Cartagena.— Martínez Silva declara en el Departamento de Estado que en la revolución de Venezuela no había ni un solo colombiano; que las autoridades colombianas de la frontera habían hecho los mayores esfuerzos para evitar que el territorio de Colombia sirviera de base de movimientos políticos contra Venezuela; por último, que el General Eloy Alfaro, en su mensaje al Senado ecuatoriano, acababa de declarar que «era imposible la guerra entre Colombia y el Ecuador».—El *Mail and Express,* de Nueva York, publica un telegrama de Washington diciendo que el Coronel Hay, desde Canton, residencia veraniega de Mac-Kinley, y con las instrucciones de éste, acababa de ordenar al Encargado de Negocios de los Estados Unidos en Caracas y al Ministro en Bogotá, ofrecieran la mediación del Gobierno de la Casa Blanca para el arreglo pacífico de las cuestiones que han creado el actual conflicto.—Este día llegó á Kingston (Jamaica), de paso para Colón, el cañonero norteamericano *Machías*, y á Puerto España (Trinidad) el crucero alemán *Vineta* con el mismo rumbo.

Agosto 26.—Opiniones de Europa.—El *Times,* de Londres, elogia la actitud de los Estados Unidos, encaminada á proteger sus propios intereses, y espera que el Gobierno de Washington, en conformidad con la doctrina de Monroe, se mantendrá dentro de límites razonables, para que su influencia

moral sea favorable para los países hispanoamericanos. «Los demás Estados del Nuevo Continente — añade — debieran aprender de Méjico, que nada tiene que temer de los Estados Unidos y sí mucho que ganar de la amistad y buena voluntad de la nación más poderosa y próspera del mundo.»—El *Times* anuncia además un *Memorandum* que Venezuela dirigirá á los Gobiernos extranjeros para sincerar sus quejas y justificar su conducta respecto á Colombia.—*Le Temps* y otros periódicos franceses hacen patente que el Gobierno de París no se ha ocupado especialmente de las contingencias á que daría lugar una intervención norteamericana en el Itsmo, pues todavía no se había verificado cambio alguno de opiniones sobre el particular entre las Cancillerías europeas. *La Patrie* consagra una sección diaria de su periódico á *La guerre en Amerique*, en la cual inserta los telegramas que de Nueva York se le dirigen, con todas las noticias que después se desmienten ó se rectifican.—También en Alemania hay *jingos*, sobre todo en los pan-germanistas. La *Alldeutschen Zeitung*, órgano de los expansionistas germánicos, dice que el público alemán no se halla satisfecho con que sólo se haya mandado un buque de guerra á las aguas de Colombia.

Su opinión es que el Gobierno imperial debería intervenir francamente en el asunto y disputar en la América meridional la influencia política á los Estados Unidos. Un artículo del Dr. Ernest Kapff, de la escuela colonial de Witzenhausen, publicado por la revista *Die Grenzboten* y escrito en este sentido, ha sido reproducido con comentarios de aprobación por otros muchos periódicos. El Dr. Kapff prevee el momento en que el choque entre el Nuevo y el Viejo Mundo será inevitable, y excita al Gobierno alemán para que, puesto á la cabeza de la coalición europea, se declare protector de la libertad de la América española y se anticipe á tomar posiciones de defensa, pues la lucha intercontinental no hay medio de impedirla.—Este modo de ver las cosas se censura por los periódicos de opiniones más moderadas. La *Kölnische Zeitung* cree que

esta propaganda compromete á Alemania, pues da á sus adversarios armas con que combatir su influencia creciente. La *Hamburger Nachrichten* le acompaña en esta reprobación.—En la prensa de Italia no se leen sino juicios triviales. *La Tribuna*, de Roma, se atrevió á formular algunos conceptos de crítica acerca de las miras conquistadoras de los Estados Unidos, y un diplomático que ha servido á su país en la Legación de Washington, le dirigió un comunicado para corregir su actitud. Respecto al Gobierno del Quirinal, sólo mandó este mismo día salir de Spezzia el crucero *Dogali* con destino á Centro América, con la misión de proteger á los súbditos italianos y sus intereses ante las contingencias del conflicto entre Colombia y Venezuela.—*La Epoca*, en España, tuvo una voz de aviso, diciendo que si Europa saliera de la actitud indolente que por temor á los Estados Unidos impera en sus Gabinetes hace muchos años, y cuya última expresión ha sido el abandono en que dejó á España en su conflicto con los Estados Unidos, la acción ya solapada, ya audaz, de los *yanquis* no sería posible, y no meditaría por medios inicuos sobre el Istmo despojos análogos á los que sufrió España. No obstante estos juicios de periódico tan mesurado é importante, *Las Novedades,* periódico español que se publica en Nueva York, dirige á quemarropa al Gobierno de Madrid estas preguntas y las reflexiones que le siguen:—«¿Qué pasos, dice, ha dado nuestro gobierno para impedir un conflicto entre Colombia y Venezuela, Ecuador y Nicaragua, países representados en el Congreso Iberoamericano de Madrid? Y si lo acordado en semejantes conferencias ha de ser menos que letra muerta, ¿para qué celebrarlas con tanto lujo de entusiasmo?»

Mientras el *New-York Journal* del día 26 denunciaba un convenio venezolano-alemán secreto, en virtud del que Alemania se opondría á la intervención norteamericana en el Istmo, recibiendo en recompensa la autorización para establecer una estación carbonera en Juan Griego, punto de la isla de Santa Margarita, la *Tribune*, órgano oficioso, de la

misma capital, publicaba un telegrama de su corresponsal en Washington, diciendo que en los círculos diplomáticos se aseguraba «que el conde Von Bülow, Ministro de Relaciones Exteriores del Imperio alemán, había comunicado oficialmente á los representantes de los países del Centro y Sud América en Berlín, que Alemania reconoce la existencia de la doctrina Monroe, percibe también la extensión de su aplicación, y no piensa en oponerse *á la construcción del Canal Centroamericano* por los Estados Unidos».

Agosto 28.—El telégrafo anuncia la salida de Hamburgo del vapor *Petersend* con rumbo á la Guaira, conduciendo veinte cañones de campaña, algunos miles de fusiles Maüser, municiones y equipos en gran número para el Gobierno de Venezuela.—Las autoridades de Venezuela comunican la desaparición de los insurrectos de la provincia de Coro, habiéndose refugiado con el General Riera, que los capitaneaba, en Curaçao.—Los periódicos de Nueva York publican un despacho de Panamá con la noticia de un encuentro en el Estado de Tolima entre las tropas del Gobierno colombiano y las fuerzas revolucionarias de la misma República.

Agosto 29.—El *Mail and Express* de Nueva York publica el *Memorandum* de Venezuela y la declaración oficial de la guerra á Colombia. La publicación de estos documentos, transmitidos por telégrafo á Europa, hace decir á *La Perseveranza* de Milán: «Con questo *Memorandum*, si entra in una nuova fase, la quale potrebbe anche condurre ad un intervento degli Stati Uniti, non già per farsi arbitri fra i due litiganti, ma per proteggere l'Istmo, como già si é detto.» Otro telegrama de Vancouver anuncia haberse recibido órdenes del Gobierno británico para que saliese inmediatamente para Panamá el acorazado *Authion*, que se estaba repostando de municiones y material de guerra, debiendo acompañarle los contratorpederos *Virago* y *Sparrowhawk*.

Agosto 30.—Los despachos que publican los periódicos de Nueva York describen á Colombia presa de la mayor anar-

quía; mas otros despachos que se les comunican de la Legación colombiana en Washington desmienten estas noticias, afirmando, en cambio, que en Venezuela, donde no ha sido batido, como se había dicho, el Dr. Garviras, era donde la situación se hacía cada vez más grave. Un despacho del Ministro interino de la Guerra, General D. Pedro Osluno, dice textualmente: «Las fronteras de Colombia están defendidas suficientemente, y este Gobierno tiene la certidumbre de que podrá sostener sus derechos y rechazar cualquiera invasión que pudiera ofrecerse.»

Agosto 31.—*La Liberté*, de París, recibe un telegrama de Nueva York en que se afirma que Venezuela está imposibilitada de invadir á Colombia, pues los revolucionarios de Rangel Garviras estrechan cada vez en mayor número al General Castro. El departamento de Estado de Washington vuelve á asegurar que los Estados Unidos no intervendrán en el Istmo mientras el libre tráfico por él no se interrumpa ó no se sientan amenazados los intereses de los súbditos norteamericanos. Un telegrama del Dr. Marroquín, Jefe del Poder ejecutivo de Colombia, á la Legación de París, y comunicados por ésta á *Le Gaulois*, asegura que la situación interior ha mejorado considerablemente y que el temor de la guerra con Venezuela se aleja también cada día más, y puede decirse está eliminado.

Agosto 31.—El Comandante del *Machías* comunica al Gobierno de Washington desde Colón, que todo está tranquilo y que habiendo por sí mismo girado una visita á Panamá, se ha persuadido de que los revolucionarios ni atacan ni atacarán al ferrocarril del Istmo. El *Evening Journal,* de Nueva York, no cesa de publicar noticias telegráficas alarmantes.

Septiembre 1.—El departamento de Estado declara oficialmente que en el Istmo todo está tranquilo. Se da orden al acorazado *Iowa* para que retroceda á San Francisco, quedando sólo el *Machías* en Colón.

Septiembre 3.—El General Cipriano Castro acusa el recibo del ofrecimiento de la mediación de los Estados Unidos. El

mismo día retiró el *exequatur* á los Cónsules colombianos y hace embarcar á su hermano, el General Cecilio Castro, para Europa, á fin de comprar más armamento.

Septiembre 4.—La República, de Caracas, órgano del Presidente provisional Castro, publica un artículo diciendo «que ha pasado la hora de las notas diplomáticas y ha llegado la hora de la acción». Los telegramas de los periódicos de Nueva York delatan que de Londres se giran á favor del General revolucionario Uribe y Uribe sumas de dinero de mucha consideración. En Minneapolis, el Vicepresidente de los Estados Unidos, Teodoro Roosevelt, con motivo de la apertura de una Exposición local, pronuncia un discurso de gran resonancia política, cuyas tres bases son: 1.ª, la necesidad que la Gran República del Norte tiene de una gran política internacional; 2.ª, que la clave de esa política es la doctrina de Monroe; 3.ª, que la suerte futura de los territorios por donde han de atravesar los canales interoceánicos no puede escapar ni á las exigencias ni á los intereses del desarrollo de esa gran política exterior de los Estados Unidos del Norte.

Septiembre 5.—Discurso del Presidente Mac-Kinley en su visita á la Exposición Panamericana de Búffalo. Promesa de la inmediata construcción del canal de Panamá por los Estados Unidos, como complemento del programa de política de expansión comercial que forma el cuerpo del discurso.

Septiembre 6.—Agresión del anarquista Czolgosz en Búffalo contra Mac-Kinley.

Aunque desde el brutal atentado de Czolgosz contra el Presidente Mac-Kinley, la muerte de éste y la transmisión del Poder Ejecutivo de la Gran República del Norte al Vicepresidente Rossevelt, los asuntos del conflicto entre Venezuela y Colombia han ofrecido incidentes como el del naufragio del cañonero colombiano *La-Popa*, las alarmas de Calí en la frontera del Ecuador, el refuerzo del crucero norteamericano *Granger* en las aguas de Panamá, el cañoneo de Río-Hacha por parte de los venezolanos, la ruptura del cable entre Cura-

çao y Maracaibo, el envío por parte de Alemania de otros dos buques, el *Stein* y el *Moltke*, á los puertos de Venezuela, la adquisición de nuevo armamento por Colombia, la nueva amenaza hecha por los revolucionarios en armas de atacar simultáneamente á Panamá y á Colón y los pequeños combates de Boca del Toro, y se han emprendido algunas operaciones más activas en las inmediaciones de Río-Hacha, poniendo en cuidado al General Albán, puede decirse que todos estos sucesos no pasan de la categoría de simples escaramuzas, y que no son ni la guerra formal ni el pretexto definitivo. Antes de ser herido Mac-Kinley por Czolgosz, y habiendo Colombia aceptado la mediación de su Gobierno para un arreglo pacífico, todavía por parte de los Estados Unidos se propuso á Venezuela, no ya la mediación, sino el arbitraje del Presidente mismo. Interrumpidas estas negociaciones por la tragedia de Búffalo, la muerte del Presidente y el advenimiento de su sucesor, todo cuanto en el Itsmo pasa puede considerarse como hechos insignificantes; pues dando ó no pretexto el conflicto venezolano-colombiano á una cuestión verdaderamente internacional, el asunto no se ha de ventilar ya sino con la intervención moral ó material de los Estados Unidos.

El proceso que minuciosamente queda formado desde los primeros síntomas de la revolución y de la guerra hace ver claramente que el problema ni se aprecia, ni se juzga, ni se discute en los dos mundos, sino por la participación velada ó pública que se le atribuye en él á los Estados Unidos, y en las miras anexionistas que se le suponen con relación á aquellos territorios. No entendemos que la independencia é integridad de las Repúblicas que han tomado lamentablemente para sí el papel de protagonistas del drama, puedan salvarse sin un acto de resolución y de completa unanimidad por parte de las Repúblicas convocadas al Congreso próximo de Méjico, por el que pueda arrancarse á la representación de los Estados Unidos en él la declaración y el compromiso solemne de que la independencia y la integridad de esas dos Repúblicas en divor-

cio, y de todas las demás en la actualidad constituídas, sin exceptuar á la aún nonnata de Cuba, será respetada siempre, sin que conspiren á hacerlas desaparecer y ni siquiera á desmembrar parte alguna del territorio que les pertenece, ni el derecho de conquista, ni la caución en ningún litigio, ni la cesión por venta ni por gracia, ni la anexión por la voluntad de sus moradores, expresadas por medio de ninguna clase de sufragios ni plebiscitos. Como se usa y se abusa del dolo contra todo sentido moral para encender á los Estados en quienes se quiere intervenir, ya en revoluciones interiores asoladoras, ya en conflictos armados de vecindad, las vías de la seducción, de la opresión y del engaño son más fáciles para inclinar, así á los pueblos fanatizados como á los gobernantes corrompidos, y de todas maneras á los que se dominan por el miedo ó se compran por el interés para que cedan los derechos que no son suyos, que son el patrimonio de la patria, el cual sólo en depósito recibe cada generación que se sucede en el imperio de la vida, pero que la honradez y el honor exigen que se conserve íntegro para las que vengan en pos.

Si en el Congreso Panamericano de Méjico las Repúblicas de sangre ibérica no obtienen solemnemente esta declaración y esta promesa,—¡proteste como quiera la Argentina á nombre del peligro de su seguridad!—Colombia y Venezuela, como en Europa anuncian la *Petersburskia Viedomosti*, la *Novoie Uremia* y otros periódicos rusos, y como en Europa aprueban de antemano el *Times*, el *Daily Graphic* y otros periódicos de Londres, serán dentro de poco la presa victoriosa que asegure á Roosevelt el triunfo de su segundo Consulado, cuando espire el poder interino que ahora le toca desempeñar.

Iob.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Religión y moral: La vida y la doctrina de Jesús, según Tolstoi.=Costumbres: La baraja y la política.=Bellas Artes: Sillerías de coro españolas.—Los modelos italianos.=Cuestiones sociales: Las mujeres de los condenados y el divorcio.=Impresiones y notas: Renán y Julio Simón.—*Laboremus,* de Bjornson.

RELIGIÓN Y MORAL

La vida y la doctrina de Jesús, según Tolstoi.—En la *Revue Bleue* aparece un trabajo de Tolstoi, doblemente interesante por la firma que lo avalora y por el asunto de que trata. Es algo así como una reconstitución de la vida y de la doctrina de Jesús, desde el punto de vista de la concepción cristiana de Tolstoi, en el que se encuentra, como en casi todas las obras del ilustre ruso, afirmaciones paradójicas, vistas geniales, conceptos sublimes y explicaciones de hechos, á veces atinadísimas y otras veces desacertadas, como todo lo que es producto de una idea preconcebida á la que se quiere subordinar todo.

Jesús llamaba de niño su Padre á Dios. Habiendo oído las predicaciones de San Juan Bautista, se retiró á meditar al desierto, y después de permanecer en él varios días sin alimento, pensó: «Yo soy hijo de un Dios omnipotente y debo ser tan

poderoso como él; pero tengo hambre y mi voluntad no puede proporcionarme pan; luego no soy omnipotente. No puedo convertir en pan las piedras, pero puedo abstenerme de comer pan; luego soy omnipotente por el espíritu, porque puedo vencer la carne; luego soy Hijo de Dios, no por la carne, sino por el espíritu; mi carne debe, pues, servir al espíritu, que es mi Padre.»

La cláusula principal del convenio entre los hebreos y su Dios, era la observación del sábado; pero Jesús dijo: «El sábado es institución humana; una buena acción debe ejercitarse siempre, y si el sábado se opone á ello, es por ser una mentira.» Otra cláusula versaba sobre la separación del pueblo hebreo de los infieles; pero Jesús dijo que Dios mandaba que los hombres se amasen y no se sacrificasen unos á otros. Otra cláusula imponía las abluciones y purificaciones; pero Jesús dijo que el hombre no se mancha exteriormente, y que sus verdaderas máculas no pueden proceder sino de lo que piensa y de lo que hace.

Habiendo ido á Jerusalem, entró en el templo y dijo que no debía honrarse á Dios en un sitio determinado, siendo inútil el templo, y el culto exterior un engaño nada más. No conocemos á Dios, creador del mundo exterior, principio y fin de todas las cosas. Todo lo que podemos comprender de El es que ha sembrado en nosotros el espíritu como un labrador siembra en su tierra; y la semilla que ha caído en un terreno fértil germina, y la que ha caído en un terreno árido perece. El espíritu es el único que da la vida, y de nosotros depende conservarla ó perderla; el mal no existe para el espíritu: no hay más que la vida y la no-vida.

Jesús enseñaba en qué consistía la verdadera dicha diciendo: «Dichosos los que no tienen bienes, ni honores, ni cuidados de todo eso; felices los que cumplen la voluntad del Padre.» El primer mandamiento es el de no ofender á nadie ni provocar el mal ajeno, porque el mal engendra el mal; el segundo, el de no desear mujeres ni abandonar á aquella con

quien se vive; el tercero, no jurar, porque el hombre no puede prometer nada; el cuarto, no resistir al mal, sufrir las ofensas y hacer más todavía de lo que exigen los hombres; el quinto, no distinguir entre sus compatriotas y los extraños, porque todos somos hermanos. Estos cinco mandamientos deben observarse, no para merecer la aprobación de los hombres, sino por el propio bien. Por eso no se debe tampoco orar ni ayunar en público; Dios sabe todo lo que necesitamos, y no tenemos nada que pedirle, bastando con que cumplamos su voluntad. Para vivir, el hombre no tiene que cuidarse del alimento ni del vestido; Dios proveerá á todo.

Jesús pidió un día de beber á una mujer de otra secta que la suya, y aquella mujer se negó so pretexto de que tenía otra religión; Jesús la dijo: «Si comprendieses que quien te pide de beber es un hombre en quien reside el espíritu del Padre, no te negarías á darle agua.» Cuando volvió á Jerusalem encontró junto á una piscina á un enfermo que no quería hacer ningún remedio, esperando su curación de un milagro. «No esperes—dijo Jesús—á que un milagro te cure; vive mientras tengas fuerzas y no te equivoques sobre el sentido de la vida.» Y el enfermo se levantó y se fué.

Otra vez, habiendo ido al desierto seguido de gran multitud, los discípulos le preguntaron: «¿Cómo alimentar á tanta gente?» Entonces Jesús dijo á sus discípulos: «Dadme todo el pan que tengáis.» Tomó el pan, lo repartió á sus discípulos, éstos lo dieron á los demás, los demás imitaron el ejemplo, y todos comieron, y sobró pan, porque con lo que unos tenían de sobra, se satisfizo la necesidad de los que no habían llevado nada. «Obrad siempre así—dijo Jesús—dando á los demás lo que tengáis.»

La muerte corporal no debe ser temida, porque la verdadera vida no depende del cuerpo. No hay cuidado alguno, ni la salud corporal, ni los placeres, ni la familia, que pueda impedir al hombre vivir por el espíritu. Cuando Marta reconvenía á María porque no la ayudaba á preparar la comida, ab-

sorta en escuchar á Jesús, éste la dijo: «Haces mal en regañar; cuídate tú de lo que te da cuidado, pero deja á los que desdeñan las satisfacciones del cuerpo ejecutar la única obra necesaria para la vida.»

Del mismo modo sigue interpretando Tolstoi los Evangelios hasta llegar á la crucifixión, reconstituyendo una figura de Jesús conforme á su concepción del Cristianismo.

COSTUMBRES

La baraja y la política.—Entre las peticiones presentadas á la Cámara francesa últimamente figura la del Sr. Guillemard, maestro retirado, que quiere acabar con el monarquismo hasta en las barajas, reemplazando los cuatro reyes, reinas y lacayos por los cuatro primeros Presidentes de la República: Thiers sería el rey de *pique* con Ceres de dama; Mac-Mahon, rey de *carreau* con Juana de Arco por dama; Grevy, rey de *trèfle* con la República de pareja, y Carnot, rey de *cœur* con Francia de compañera; los cuatro pajes (sotas) serían reemplazados por agentes de policía, menos Mac-Mahon, que tendría un ayudante.

No es Guillemard el primer republicano á quien se le ocurre la idea de suprimir los reyes de baraja, como dice Enrique Frichet. Proyectos semejantes han existido, no ya sólo á cada cambio de régimen, sino con motivo de sucesos menos importantes, como por ejemplo, la muerte de Víctor Hugo: una baraja de 1888 estaba destinada á conmemorar la gloria del inmortal poeta, que figuraba en ella en el puesto de honor, como rey de *cœur,* teniendo de compañeros á Thiers, Mac-Mahon y Grevy; las damas representaban la Ciencia, el Comercio, la Industria y la Agricultura, y los *valets* ó sotas eran Moliere, Voltaire, Racine y Gambetta.

El año 1889, centenario de la Revolución, no podía pasar sin inspirar á alguien el propósito de inventar algo nuevo en

materia de barajas y en son de protesta contra la realeza destronada; y en efecto, un tal Lenoir propuso lanzar al mercado las «verdaderas cartas republicanas». En este nuevo ensayo los palos eran designados con los nombres de Libertad *(cœur,* oros), representada por una estrella; Igualdad *(carreau,* copas), representada por un compás y una escuadra; Fraternidad *(trèfle,* bastos), figurada por dos manos, y Socialidad *(pique,* espadas), simbolizada en el gorro frigio; los reyes se llamaban *fundadores,* y eran Guillermo Tell, Washington, Bruto y Camilo Desmoulins; las damas ó reinas se llamaban *virtudes* y eran las cuatro que daban su nombre á los palos, Libertad, Igualdad, Fraternidad, Socialidad; y los pajes ó sotas, con el nombre de *sostenes*, eran los símbolos de la Agricultura, la Justicia, el Ejército y el Trabajo. El decreto de 28 de Marzo de 1889 prohibiendo la fabricación de cartas diferentes de las reconocidas como oficiales puso fin á estas tentativas, teniendo que contentarse los enemigos de la tradición con llamar á los reyes *tiranos* y á los pajes *lacayos*, diciendo con mucho énfasis al jugar: «¡Catorce de tiranos y tres lacayos!»

Las cartas, como el ajedrez, proceden de Asia y han sido introducidas en Europa á fines del siglo XIII por los bohemios, conocidos en Oriente con el nombre de Sah Indos, y llamados gitanos en España, egipcios en Escocia, zíngaros en Italia, y tzíganos á orillas del Danubio. Ellos son los que han traído de Oriente las barajas *tarot,* que luego se han modificado entre nosotros. El loco, los reyes, los caballeros son piezas del juego de ajedrez, que es indio. El papel del loco, análogo al de la cifra cero, es prueba de su origen oriental, como es oriental la idea de desgracia afecta al número 13, siendo la carta de la Muerte la que lleva el número 13 en la serie de los símbolos. El tarot consta de 78 cartas, de las que, descontado como cero el loco, las 77 restantes están basadas en combinaciones con el número cabalístico 7. Las primeras barajas chinas están también basadas en el mismo número; pero en Europa, si es que aparecieron al principio con el carácter profético y adivi-

natorio del tarot oriental, no tardaron en convertirse en simple juego, que ha dado lugar á mil ingeniosas combinaciones para entretener más ó menos desinteresadamente á los hombres.

BELLAS ARTES

Sillerías de coro españolas.—Interesante, breve y rico en datos, como todos los suyos, es el artículo que en el *Boletín* de la Sociedad Española de excursiones publica su infatigable Presidente, D. Enrique Serrano Fatigati.

Como modelos de sillerías ojivales cita las siguientes: 1.ª La de Zaragoza de la Seo, de 1412 á 1449, con altos respaldos, ligeros arabescos, columnillas góticas y medallones de figuras en los brazos, trabajado todo por los moros Alí Arrondí, Muza y Chamar, y luego por Juan Navarro, los hermanos Gomar y Francoy. 2.ª La de la Catedral de Barcelona, con respaldos lisos, escudos pintados y altos doseletes de caballeresco aspecto; las sillas fueron ejecutadas por Matías Bonafé en 1453, y los doseletes por los artistas alemanes Miguel Locher y su discípulo Juan Frederic. 3.ª La de la Cartuja de Miraflores, junto á Burgos, trabajada de 1486 á 1489 por Martín Sánchez. 4.ª La de Santo Tomás de Avila, casi igual y de la misma mano que la anterior. 5.ª La del Monasterio de Oña, á la que van unidos los espléndidos templetes de las ocho urnas de personajes reales de ambos lados del crucero. 6.ª La de Santa María del Campo, en la provincia de Burgos.

Al lado de estas sillerías, que son las más típicas, pueden colocarse la de Tarazona, la conopial de Segovia, los restos de la de Mejorada, hoy esparcidos en diversas iglesias de Olmedo, y otras varias.

Las sillerías del período de transición son interesantísimas, siendo su rasgo dominante el carácter enciclopédico de las tallas de sus paciencias ó misericordias, fiel legado de los capi-

teles cluastrales de mediados del siglo XII y principios del XIII. Las más importantes son las dos de Rodrigo Alemán, conservadas en Plasencia y en Ciudad Rodrigo, de fines del siglo XV y comienzos del XVI: en la primera se ve representado un auto de fe, varios oficios, muchachos jugando al moscardón, una dama solicitada por un fraile y defendiéndose de sus acometidas, otra escena semejante entre otra dama y un paje, una mora de espaldas seguida por un cerdo, un guerrero á gatas azotado por una mujer, y la suerte de la espada en el toreo; en la de Ciudad Rodrigo se ve un mono tocando el tambor, cerdos orando é hilando, cerdo con capilla escribiendo, cerdo leyendo, frailes con alas de murciélago, lucha de un toro y un tigre, tres salmistas con cuerpos de odre, un mono con mitra, un diablillo con mitra y báculo, un niño montado en un palo con cabeza de caballo, un dromedario, un carnicero matando una res, un cerdo capilludo tocando la gaita, la fábula de la zorra y la cigüeña, y muchas otras escenas semejantes.

Al lado de estas notables sillerías merecen figurar la de la catedral de Zamora, con hombres golpeándose, cerdos en variadas actitudes, zorra frailuna predicando á las gallinas y guardándose los pollos, etc.; la de León, con personajes en cepos, el diablo confesor tentando al penitente, dama que sube á su galán por una cuerda, mujer dando de mamar á un asno, figura trifacial, campesina hilando, etc.; la de Astorga, con la lucha del águila y el cocodrilo, muchachos disputándose un palo, combate de un hombre con un monstruo, mono peinando á una mona, jugadores de cartas, murciélago, etc.; la de Oviedo y otras. La de Santa María de Nájera y la de San Benito de Valladolid ocupan también un lugar intermedio, aunque de distinta fase.

Al período del Renacimiento pertenecen muchas, clasificadas por la influencia borgoñona, italiana ó española, que personifican Felipe de Vigarny, Alonso Berruguete y Guillermo Doncel, pudiéndose añadir la flamenca de Cornelis de Holanda. Como tipos de estas sillerías pueden citarse la alta de Toledo,

conocidísima, hecha á medias por Berruguete y Vigarny; la de Burgos, con el milagro del gallo y la gallina y la escena del diablo que se lleva á cuestas un prelado; la del Parral, con escenas apocalípticas; la de Avila, la del Pilar de Zaragoza, la de menores de la Cartuja de Burgos, la de la Catedral de Pamplona, de Ancheta; la de San Marcos de León, de Doncel; la de Huesca, de Verástegui y Verrueta, y otras varias, algunas de las cuales tienen retoques ó adiciones de siglos posteriores, como sucede con las de Palencia, Sevilla y Astorga.

En las sillerías de épocas más cercanas á nuestro siglo domina el estilo greco-romano ó pseudo-clásico y el barroco más ó menos pronunciado, como sucede con las de Santiago, hecha en 1603 por Juan de Vila; Salamanca, de Alfonso Balbás en 1651; Orihuela, de Juan Bautista Borja de Valencia en 1692; Segorbe, de Nicolás Camarón en 1692; Lérida, de Luis Bonifar y Massó, nacido en 1730, y la de Córdoba, de Pedro Duque, ambas del siglo XVIII.

*
* *

Los modelos italianos.—Todavía no se ha olvidado—dice en *La Revue* Paulucci di Calboli, Secretario de la Embajada de Italia en París—la frase mortificante pronunciada por un escritor del segundo Imperio: «Italia, que antes era un modelo de países, es ahora un país de modelos.» Italia inunda, en efecto, de modelos los talleres de los artistas de todos los países, siendo Francia la nación que mayor consumo hace de los mismos.

El origen de los modelos se confunde con el de la pintura y la escultura; baste recordar el ejemplo clásico de Zeuxis y su retrato de Elena, depositado en el templo de Juno, de Crotona, y formado por el conjunto de perfecciones que el artista tomó de cada una de las más hermosas vírgenes de la ciudad que le sirvieron de modelo. Entonces, sin embargo, no se trataba de una verdadera profesión, sino de servir de modelo por

puro amor al arte y á la religión, como en el ejemplo citado, ó de simple vanidad, como en el caso de Lais al permitir á los escultores moldear su turgente seno, ó bien de afecto al artista, que era el caso más frecuente, como lo prueban Elpínica con Polignoto, Campaspes con Apeles y Gliceria con Pausias.

El estudio del natural desaparece con el paganismo. El artista cristiano sólo se preocupa de santos y de mártires y desdeña el estudio del cuerpo humano, sobre todo del desnudo, y principalmente de la mujer, causa del pecado. Italia fue la primera en volver por los fueros de la naturaleza, ignorándose si fue Giunta ó Cunabe quien resucitó la práctica del estudio del natural, que no tardó en generalizarse. El modelo no se niega ya al pincel ó al cincel del artista, y sus tipos suelen ser, como antiguamente, su hija, su mujer, y, sobre todo, su amiga: Fra Filipo Lippi se inspira en el bello contorno del rostro de Lucrecia Buti, Andrés del Sarto en la graciosa abertura de la boca de Lucrecia del Fede, el Ticiano en las hermosas curvas de las carnes de Violante, y el Perugino y Rafael en la radiante belleza de Clara Fancelli y de la Fornarina. Todavía no existe la profesión de modelo, ni se conocen hasta el siglo XVII modelos de oficio, que coinciden con la fundación del premio de Roma por Luis XIV, desarrollándose especialmente en la segunda mitad del pasado siglo. El sistema de los *padroni* mostró lo mucho que podía ganarse con la exportación de la mercancía, y París, que hasta entonces apenas había visto más que modelos romanos, importados por los artistas premiados de la escuela francesa de Roma, se vió inundado por centenares de jóvenes de ambos sexos de la Campanía y la Basilicata, hasta que la ley de 1873 vino á poner coto á semejante explotación. El impulso, sin embargo, estaba dado, y la corriente siguió su curso, sólo que, en lugar de venir los modelos consignados á sus *padroni,* vinieron con sus padres, emigrando en masa las familias.

Al lado del modelo italiano, que ha monopolizado durante un siglo el oficio, ha surgido el modelo francés, y merced por

una parte al jingoísmo, y por otra á la nueva dirección del arte, que prefiere la mujer histérica, neurótica, sin pechos ni caderas, á las formas clásicas, los modelos italianos han pasado al segundo rango, aunque pintores y escultores amalgaman las perfecciones de unos y otros, dando al rostro de la parisién de Montmartre los senos de mármol de la italiana, y recibiendo la cabeza de madona de la Trastiberina el talle esbelto y el elegante corte de la parisién.

Contra la opinión general, el oficio de modelo es más difícil de lo que parece. Hay que sufrir físicamente el tormento de la inmovilidad absoluta durante muchas horas, con el solo descanso de diez minutos de hora en hora; hay que comprender al artista á media palabra que diga, dando así prueba de tener el alma de un artista y el juego de actitudes de un músico. En cambio, si el oficio es difícil, el aprendizaje es fácil: se empieza á trabajar apenas se nace, ganándose la vida á los pocos meses haciendo de amor ó de angelito para subir poco á poco la escala, acabando por representar al Padre Eterno. Las sesiones de bebés duran afortunadamente poco, y para el premio Chenavard se emplean modelos italianos de dos años, á quienes se concede amplios descansos; pero cuando el niño tiene ya tres años, se le suele obligar ya á un trabajo de cuatro horas diarias, demasiado fatigoso para él. La vida empieza para estas criaturas de bien triste modo.

Por numerosos que sean los modelos que llaman á las puertas de las Academias, son muy pocos los elegidos; y el famoso cuadro de Fortuny, *La elección de modelo*, nos muestra el suplicio refinado de la pobre criatura desnuda, estudiada minuciosamente por todos lados por aquellos viejos profesores. La mercancía desechada por los grandes consumidores, se ofrece entonces al pequeño negociante y se convierte en objeto regular de un mercado abierto, pues en París hay verdaderos mercados de modelos como el de la calle de la Grande Chaumiere y el de la plaza Pigalle.

¿Qué suelen ganar los modelos? La mujer—caso raro—gana

en París generalmente más que el hombre, porque las Venus son más escasas que los Hércules ó los Apolos. En Italia é Inglaterra ganan ambos sexos lo mismo, y en el Japón se ha fijado la tarifa de seis *sen* diarios (medio real) por un bebé, 40 por una joven, y 60 por un joven. En París, la Academia de Bellás Artes, aunque no llega á la esplendidez de la de Londres, que abona 10 chelines por dos horas, es más generosa que la del Japón; las mujeres reciben 36 francos semanales por cuatro horas diarias de trabajo; los hombres cobran 30 francos, y los niños 15. En las Academias particulares suelen percibir de 20 á 24 francos si trabajan cuatro horas de la mañana, de ocho á doce, y 18 ó 20 francos si la sesión es por la tarde. Los hay que teniendo otras ocupaciones por el día, trabajan de ocho á diez de la noche por el salario semanal de 12 francos; pero son muy pocos, porque para poder servir á la luz artificial, necesitan tener hermosas y bien marcadas líneas. Entre los artistas, el precio corriente es el de cinco francos la mujer y cuatro el hombre, por cada sesión de cuatro horas; sólo hay tres modelos varones, franceses los tres, que cobran también cinco francos. Claro es que tratándose de verdaderas bellezas no hay precio fijo, y así se explican fortunas como la del célebre Dubosc, que llegó á formarse en cincuenta y cinco años de trabajo un capitalito de 200.000 francos, y como la de *la bella Francesca*, que consiguió retirarse á Italia con un capital de 500.000 francos.

Además de la competencia que los modelos se hacen entre sí, hay que contar con la competencia de los *blak-legs*, ó modelos de ocasión, frecuentemente preferidos; y no hay que olvidar la estación *muerta*, desde los envíos al Salón de Abril, hasta el invierno, época de huelga forzosa, en la que los pobres modelos tienen que dedicarse á otro oficio, haciendo de zapateros, limpia-botas, organillistas y cantores. Esta instabilidad del oficio y estos apuros no son los más á propósito para garantizar la moralidad de las costumbres de los modelos, especialmente de las mujeres. Estas, sin embargo, suelen

ser de reconocida probidad y honradez, en lo que toca á las leyes de derecho común; pero en su vida privada dejan no poco que desear. ¿Qué va á pedirse á una joven, obligada por su oficio á ser instrumento de tentación? Sus padres las vigilan por codicia, pues si su cuerpo se deforma por algún embarazo, el modelo se inutiliza; pero si á veces conservan la virginidad material, ¿cómo exigirlas que conserven la virginidad de espíritu? Convencidas todas de la verdad del axioma de Diderot, de que lo indecente no lo hace el desnudo, sino el vestido, jamás se visten ni se desnudan en presencia del artista.

¿Qué vida hacen los modelos? ¿Cuál es su presupuesto de gastos? Los que lo pasan mejor, comiendo en su casa, se alimentan con macarrones, sopa de cebolla, pimientos y tomates, y á veces con fritos, pescado y queso, regalándose los domingos con el clásico plato de cabeza de cordero. Los hombres comen peor que las mujeres, tomando un poco de pan y fruta al ir al trabajo, ó bien gastándose siete ú ocho sueldos en un *ordinario,* compuesto de caldo, carne y legumbres. Los hay tan pobres, que van por la mañana al mercado á rebuscar como los perros su alimento entre los desperdicios. A veces una familia entera de cinco á siete personas, tiene que vivir con lo que gana un solo individuo, que muchas veces no encuentra trabajo más que dos ó tres días por semana.

En cuanto á viviendas, generalmente habitan cuartos compuestos de una sola pieza, que hace de alcoba, sala y comedor para todos; para ganar sitio han inventado las camas de dos pisos, poniendo los catres al revés y colocando unas tablas encima. Los cuartos son pintorescos, porque los modelos tienen colgado su repertorio de trajes de las paredes; pero está todo tan sucio, y los modelos mismos están tan llenos de suciedad, que se hace repugnante visitarlos. El número de los modelos italianos existentes en París, que en 1888 calculaba en 500 Hugues Le Roux, se hace hoy ascender, por los cálculos de los modelos mismos, á 1.000 ó 1.200, estimando di Calboli algo exagerada esta cifra, y optando con arreglo á sus datos

y averiguaciones por la de 800 á 850, la mayor parte procedentes de la Campania y de los Abruzzos.

CUESTIONES SOCIALES

Las mujeres de los condenados y el divorcio.—Un hombre—dice en la *Rivista de Diritto penale e Sociologia criminale,* de Pisa, el magistrado de Sanctis— se rebela contra la ley y ofende al prójimo; la ley afirma el derecho ofendido, y prende, juzga y condena al rebelde. El condenado expía su culpa en la cárcel, donde nada falta de lo que es indispensable para la vida; pero muchas veces no es él el único que sufre el castigo de su crimen, sino que tiene una mujer y tiene hijos á quienes falta, con su encarcelamiento, el pan aportado por su trabajo. ¿Qué hace la sociedad por la mujer del delincuente? El Código la entrega la autoridad del jefe de familia, de que despoja al reo, pero eso es todo; y eso es muy poco. La mujer puede administrar sus bienes; pero ¿qué bienes, si no tiene ninguno? La ley asegura al culpable el sustento, y prepara á su inocente mujer la senda del precipicio.

Aun tratándose de mujeres á quienes la prisión del marido no condena á la miseria y á la prostitución, el Código resulta injusto é incompleto. El amor es el efecto de la unión del egoísmo con el altruísmo; necesita que cada individuo concurra con su gentileza, con su gracia, con sus virtudes, con su propio sacrificio al bienestar del otro; el amor es deseo de posesión entera, espiritual y material. Alejado uno de los esposos, falta á la sociedad conyugal el primer elemento de vida; el alejamiento, que se comprende y se soporta cuando urgentes necesidades lo imponen de un modo transitorio, se hace insoportable cuando es duradero y lo impone la ley como castigo; la causa que lo produce suele ser debida á la conducta del esposo, y es además deshonrosa, llevando aparejada la des-

estima; y cuando una persona deja de estimar á otra, el amor muere.

Un hombre, y es el caso más frecuente, se entrega al juego y al vino, é indiferente ante las lágrimas de su mujer, se pervierte con malas compañías y llega un día en que comete un crimen, y la ley le condena á veinte años de reclusión. Está bien; pero ¿y la mujer? La mujer es joven y bella, tiene corazón, nervios y sangre; el marido está encerrado, y ella queda enmedio de la vida, con todas sus asechanzas, seducciones y estímulos; ella, que ya había luchado contra sus impulsos de rebelión al ver á su marido despreciar sus lágrimas, no puede ya estimarle, y con la estimación siente perder su antiguo amor; y piensa que veinte años son una eternidad, son toda su juventud, con sus sonrisas y entusiasmos, sus delirios y sus misterios.

Y no se invoque la virtud del sacrificio, porque el sacrificio sólo se ejercita por quien lo merece; se comprende la joven viuda, atrofiando sus sentidos con incesantes lágrimas, y permaneciendo fiel de alma y de cuerpo al marido difunto; se comprende también la mujer del delincuente ocasional, que en un momento de arrebato comete un crimen, y á quien la esposa conserva fielmente su estimación y su afecto; pero, aparte de que ni aun en estos dos casos son frecuentes los ejemplos de fidelidad, ¿cómo puede pretenderse el sacrificio en mujeres para quienes el nombre del marido es sinónimo de ofensa y de deshonra, mucho más cuando se trata de mujeres generalmente incultas, poco avezadas á exquisiteces ideales? No, no es posible que la ley imponga á la mujer tamaño sacrificio.

Y luego está la miseria. En vano preguntan los niños: «¿por qué no viene papá? ¿Dónde está papá?» Papá no vuelve y el blanco mantel no se extiende sobre la mesa, y los niños desgarran el corazón de la madre pidiendo pan, el pan que falta. Y pasan los días, y la pobre mujer trabaja como esclava, sin lograr casi nunca atender á las necesidades de la casa por lo

mal retribuído del trabajo mujeril; y ocurre casi siempre que la esposa del condenado, después de haber empeñado y vendido lo poco que tiene, se rinde en la heroica lucha, y entrega su cuerpo para poder ganar su vida. Y he ahí el hecho inmoral; pero ¿quién lo ha producido?

Y no se crea que estas son escenas pintadas de propósito para impresionar: de cien mujeres de penados, jóvenes y bellas, ochenta por lo menos caen vencidas de este modo. ¿Quién no conoce la suerte de las mujeres de los criminales? Casi siempre su calvario comienza con la prisión misma del marido, obligadas á buscar defensores y recursos; y como si esto no bastara, el marido mismo, con sus cartas gemebundas, pidiendo mejora de sus alimentos, viene á empujarlas por la fatal pendiente; porque ¿de dónde va á sacar una pobre mujer recursos y medios, no sólo para vivir ella misma, sino para atender á tales exigencias, como no sea de la venta de su hermoso cuerpo juvenil?

El marido, sin embargo, después de quince ó veinte años de ausencia, al volver libre á su casa, tiene la pretensión de encontrar á su mujer pura é intacta, volando á su encuentro, como las damas de los tiempos heroicos salían á recibir á sus maridos de regreso de las Cruzadas. Y ocurre con frecuencia que el marido, sabiendo ó viendo la infidelidad de su mujer, arma su brazo y mata... y la sociedad aplaude... y los jurados absuelven... ¿No es esto sumamente inmoral y atrozmente vil?

No hay para semejante estado de cosas más que un remedio: el divorcio. Condenado un cónyuge á una pena de más de diez años, el otro debe tener el derecho de reclamar la disolución del matrimonio. No se pide el divorcio como pena accesoria, sino como derecho ejercitable por el cónyuge inocente.

IMPRESIONES Y NOTAS

Renán y Julio Simón.—Tomada de *Los primeros años de Julio Simón,* memorias del eximio moralista que la piedad de sus hijos ofrece al público, he aquí una anécdota histórica digna de ser recogida en estas páginas, por la valía de los personajes y por su fondo mismo:

Una mañana en que Julio Simón, ya ilustre, estaba en su despacho, se le presentó un joven eclesiástico, de aspecto tímido y aire embarazado, que después de haberse dado á conocer con el nombre de Ernesto Renán, declaró que había ido á consultar con Julio Simón un asunto muy grave.

—¿Cuál, Dios mío?—preguntó el autor de *La Moral.*

—He perdido la fe—respondió Renán lanzando un profundo suspiro.

—¿Y vaciláis sobre el partido que debéis tomar?

—Absolutamente. Estoy enfermo de ello.

—La cosa, sin embargo, me parece muy sencilla: desde el momento que no creéis, no podéis permanecer en el seminario de San Sulpicio.

—Sí, eso es lo que yo me digo á mí mismo; pero tengo escrúpulos que me detienen.

—En conciencia no debéis tenerlos.

—¡Son de naturaleza tan delicada!... Tengo un tío hermano de mi madre, y él es quien ha pagado hasta aquí los gastos de mi educación. A la muerte de mi pobre padre, mi madre quería sacarme del seminario; mi tío no quiso, y dijo que él se encargaba de todo, y que más tarde, cuando fuese yo cura, le reembolsaría como pudiera de sus gastos. De modo que si ahora renuncio á la vida eclesiástica, me pregunto cómo podré devolverle lo que ha gastado por mí, y si no está mal hecho frustrar así sus esperanzas.

—Os repito—le dijo Julio Simón, que escuchaba conmovido y confundido aquella confesión—que no podéis continuar

en San Sulpicio sin cometer un sacrilegio. La cuestión de intereses nada tiene que ver en este asunto. Sois deudor de vuestro tío, desde luego; pero sería un crimen persistir en lo que vuestra conciencia rechaza. Volved al siglo, y ya reembolsaréis á vuestro tío cuando podáis y como podáis.

—Está bien—dijo Renán llorando.—Acabáis de descargarme de un peso enorme. Voy á hacer lo que decís. Hasta la vista, y gracias.

***

«Laboremus», de Bjornson.—En la *Grande Revue*, de París, ha publicado la señora Remusat la traducción de la última obra del dramaturgo nórdico Bjornson.

El argumento es muy sencillo: una mujer que adoraba la música estaba enferma, y creyendo su familia que la música podía curarla, hicieron venir á una gran pianista que todos los días consagraba á la paciente una sesión deliciosa, gracias á cuyos efectos logró aliviar su padecimiento. Desgraciadamente, con los progresos que hacía la curación, coincidían los que hacía la conquista del corazón del marido de la enferma por la pianista; el marido, prendado del arte y de la artista, olvida sus deberes, y la pobre enferma muere sin poder resistir aquel terrible golpe. El espectro de aquella desgraciada y la aparición de otros personajes, turban el alma de los culpables, y los tres actos del drama se desarrollan sin encadenamiento ni trabazón entre brumas de observaciones y análisis psíquicos, situaciones lánguidas y diálogos sin movimiento.

Fernando Araujo.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

La mala vida en Madrid. Estudio psico-sociológico por *C. Bernaldo de Quirós* y *J. M. Llanas Aguilaniedo*. Un vol. 361 págs.—Madrid: Rodríguez Serra, editor; 1901. Su precio, 4 pesetas.

¡Así se trabaja! Eso es lo que se me ocurre decir á los simpáticos autores de este libro al volver la última página del mismo. ¡Así, así! Es verdaderamente hermoso el ejemplo que á nuestra juventud ofrecen estos dos infatigables *estudiantes,* autor ya el uno, Quirós, de otro libro, *Las nuevas teorías de la criminalidad,* que la crítica científica europea recibió con simpatía y aplauso; y el otro, de otro, *Alma contemporánea,* al que la crítica literaria dispensó una acogida excepcionalmente buena. Son estos jóvenes de los que demuestran el movimiento andando, es decir, de los que no andan buscando recetas para regenerar el país, sino que lo regeneran del único modo como la regeneración es posible: trabajando, trabajando y trabajando en serio, procurando emplear procedimientos de los que emplean las gentes que en el mundo culto trabajan en serio.

El libro *La mala vida en Madrid* merece aplauso por el asunto y aun por el desempeño. El asunto es de los que atraen en todas partes, con atracción irresistible, lo mismo al sociólogo que al moralista, al filántropo que al pedagogo: ¿cómo no? Hay crímenes, hay perversión moral, hay cáncer social, allá en lo más hondo y obscuro de las sociedades humanas: todos sienten sus efectos, todos somos en parte causa ó condición de los mismos: la conciencia pide remedios; pero una conciencia reflexiva exige que, ante todo, nos enteremos ó, por lo menos, que á la acción curativa incesante acompañe una acción investigadora positiva, real, que ofrezca, como resultados de sus vigilias y esfuerzos, la pintura exacta del mal en sí mismo y en sus orígenes. Los Sres. Quirós y Llanas se han dedicado con una fe digna de su empresa, infinitamente piadosa y cari-

tativa, á esta labor de investigación de los *fondos* podridos y fétidos de una ciudad grande como Madrid, tan *original* y típica, por mil razones de atraso moral y material: y en el libro de que hablo presentan al desnudo con el lenguaje propio, sin ropajes retóricos que aquí resultarían repugnantes, el resultado de sus excursiones por los campos del vicio y de la miseria. Que el moralista se entere y diga el remedio, que remedio hay. Lo indican harto brevemente, es verdad; pero señalando una orientación segura nuestros jóvenes autores, «sería preciso—dicen—una gran penetración de clases, un contacto continuo, una vida íntima, por efecto de la cual, recibiendo la piedad y la enseñanza de las almas de buena voluntad, el pueblo perdiera su ignorancia, su superstición, su grosería, sus vicios, su suciedad...»

El cuadro que comprende *La mala vida* de las *gentes* que forman el ejército de viciosos y criminales actuales ó posibles de Madrid, es muy completo: han hecho en este punto un trabajo indicativo de la mala vida, interesante en extremo. Abandonados, inadaptables, caídos, *golfería* multiforme, prostitutas, ladrones, todo un enjambre de hombres y mujeres, de pobres niños, perdidos para el bien, desfila por las páginas á veces vivas y reales del libro de Quirós y Llanas. Han visto estos jóvenes mucho y con cuidado. ¡Lástima que no hubieran procurado describir con más arte y componer con mejores proporciones su obra! Estoy en este punto conforme con mi amigo Dorado, cuando al criticar este libro advierte que acaso hay en él demasiada doctrina, ó por lo menos que la abundancia de ésta pone muy en segundo término, lo que, después de todo, constituye el núcleo principal de la labor del libro: la descripción realista de la gente de mal vivir en Madrid.

De todas suertes, este defecto es explicable y hace, por otra parte, honor á los autores, pues revela en ellos la preparación científica necesaria para acometer con más fruto otras empresas de la índole de las que su libro supone.

A. Posada.

INDICE

Págs.

Su Majestad (novela), segunda parte, por Luis Couperus..... 5

Poetas americanos: Mi alma en el mar (pequeño poema), por Luis Fernán Cisneros..... 47

La reforma del castellano, por Miguel de Unamuno..... 55

Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos, por Rafael Mitjana..... 64

El Derecho internacional americano ante el segundo Congreso Panamericano en 1901, por Juan Pérez de Guzmán..... 87

Marco Aurelio, por M. Arnold..... 120

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 143

Revista Hispanoamericana, por Iob..... 155

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 189

Nota bibliográfica, por A. Posada..... 206

España moderna

AÑO 13. NUM. 155

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

NOVIEMBRE, 1901

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

SU MAJESTAD

NOVELA

(CONTINUACIÓN)

XVII

Ya no se hablaba de la revisión constitucional ni de la reforma de la Cámara hereditaria de la nobleza. La mayoría de las tres cuartas partes de la Cámara de los Estados necesaria para una revisión constitucional, aquella mayoría que vacilaba al principio de la crisis, había desaparecido con las nuevas elecciones. Oscar hizo sentir su autoridad en cuanto llegó de Altara. Las tropas fueron reconcentradas en torno de Lipara, bajo pretexto de las maniobras que se iban á verificar en honor de la visita del Rey de Siria. Los fuertes fueron reforzados. La escuadra ancló en el puerto. Entonces apareció un decreto imperial disolviendo la Cámara de los Estados. La publicación de semejante decreto dió origen á enérgicas censuras de los periódicos y á manifestaciones en las calles. Por la noche el tumulto llegó á adquirir verdadera gravedad. Pero el Emperador, furioso porque el Marqués de Dazzara no hubiese reprimido inmediatamente los desórdenes, se apresuró á llamarle á la mañana y le manifestó su mayor desagrado. El Marqués comprendió que el Emperador no bromeaba, el cual concluyó diciéndole que estaba destituído, y le despidió. Abrumado, con la desesperación en el alma, dejó el Marqués

el palacio, y en la explanada se cruzó su carruaje con el del Duque de Mena-Doni, Comandante general de húsares; vió aquel rostro de Nerón, sensual, lleno de ambición, que se dirigía hacia la fachada del palacio. El Marqués se ocultó en el fondo de su carruaje, se retorció las manos y lloró como un niño...

Aquel mismo día quedaba declarado en Lipara el estado de sitio; el Duque de Mena-Doni fue nombrado Gobernador de la plaza. Con gran alarde de tropas y un discurso de tres frases, el Emperador disolvió la Cámara de los Estados.

El pueblo rugía, burlado, golpeado, palpitante á los pies del Emperador. Se convocó á nuevas elecciones. El pueblo tenía que humillarse para testimoniar su amor al Soberano. Y mientras tanto, los periódicos de las provincias septentrionales expresaban en innumerables artículos sus simpatías hacia el Príncipe heredero, incansable, dadivoso, afable, que remediaba cuantas desgracias podía. Y se citaban las enormes sumas, las fabulosos millones ofrecidos por el Tesoro imperial á las víctimas de las inundaciones. La Cámara obtuvo en las nuevas elecciones una mayoría constitucional, pero impotente. Los diarios liberales clamaban en vano contra las maniobras, las medidas de fuerza y las presiones ejercidas dentro y fuera de la ciudad; el Emperador salía diariamente llevando al lado al Duque de Mena-Doni.

El Soberano rogó al antiguo Ministerio que continuase en su puesto; pero hizo que dimitiesen cinco de los Ministros, que no eran bastante autoritarios.

La crisis estaba resuelta. El Campo de Marte era el lugar destinado para las grandes maniobras militares que habían de verificarse en la primavera con motivo de la visita de los Reyes de Siria.

Othomar había concebido una gran admiración hacia su padre. No le amaba con la confianza, la ternura, el abandono con que quería á su madre; desde niño había mirado á su padre con temor. Pero en aquella ocasión, ante el valor perso-

nal de que el Emperador había dado pruebas y la fuerza de voluntad que había desplegado, la majestad del Soberano tomaba á los ojos de Othomar las proporciones de un semidiós. Pensando en su padre, el Príncipe se juzgaba muy pequeño. ¿Qué hubiera hecho yo en su puesto? ¿Me hubiera atrevido desde luego á disolver la Cámara de los Estados, sin que me hubiese tal vez amedrentado la idea de una inmediata revolución en todas las provincias del reino? ¿Me hubiera decidido sin vacilaciones, á raíz de los desórdenes, á destituir al Marqués de Dazzara, á despedirle como á un criado, á él, un hombre tan afecto á nuestra casa, un hombre procedente de nuestra más gloriosa nobleza? ¿Me hubiera atrevido, antes de despedir al Marqués, á llamar á aquel duque, á aquel aventurero de cara criminal, de manera que uno llegase mientras que el otro salía?

Y en su imaginación veíase ya vacilante, sin saber qué era lo mejor, lo más equitativo; veíase á sí mismo aconsejado por el anciano conde de Myxila, decidido á disolver los Estados, pero no destituía al Marqués, no declaraba á Lipara en estado de sitio; concentraba las tropas demasiado tarde, y al mismo tiempo veía cómo la revolución estallaba de repente... ¡Ah! lo más justo es precisamente aquello que ofrece más dificultades para que pueda realizarlo un Príncipe.

Pero el triunfo del Emperador influyó en el Príncipe heredero: no obstante la consciencia de su debilidad, descendió sobre él un rayo de la fuerza y de la voluntad de su padre, de su padre que estaba siempre á su lado. Por lo demás, carecía de tiempo para entregarse á sus sueños. Tenía diariamente que cumplir con sus obligaciones particulares, y apenas podía procurarse una hora de tranquilidad. Habíase habituado hasta tal punto á aquella vida de actividad continua, á ir de aquí para allí, que ya no experimentaba el cansancio que le abrumara en primeros días de expedición á las provincias del Norte. No se preocupaba ya de aquella languidez, á la que consideraba como una indisposición orgánica pasajera y fácil de

ser vencida. Y diariamente realizaba sus tareas. Así como tomó la costumbre de levantarse muy temprano, á las siete de la mañana, cuando Lipara, blanca, silenciosa, dormía aún en la rosada luz de la mañana; montaba en su caballo de pura sangre árabe, el negro Ermiro, seguido por su perro favorito, un perro escocés de pastores, que corría á su lado alargando el hocico y erizados los pelos del pescuezo; sin ayudante alguno, atravesaba el parque del palacio y se dirigía á los parques de Isabel, lugar de cita para todo el mundo elegante, pero solitario, silencioso en aquellas horas de la mañana, en las que solamente se encontraba con escasos jinetes que se paraban respetuosos al ver al Príncipe y le saludaban con el mayor acatamiento. Galopaba por el blanco paseo con sus blancas *villas,* sus palmeras, sus áloes, y la incomparable bahía se presentaba ante sus ojos con aquel azul que se hacía más intenso á medida que aumentaba en intensidad la rosada luz de la mañaña. Divisábase también el puerto lleno de embarcaciones, donde reinaba la actividad del trabajo. Avanzaba después despacio por el camino del puerto, y bajo los pórticos de la ciudad veía un rostro de mujer cuyos ojos le miraban á través de los tiestos de flores. Aquel paseo le agradaba; complacíale la brisa suave y frescachona, su caballo, su perro, su aislamiento, los parques silenciosos, el cielo infinito y tranquilo y el horizonte lejano, que parecía brotar entre las últimas brumas de la mañana. El aire del mar acariciaba su frente, y sus pensamientos brotaban límpidos. Abandonaba por fin aquellos gratos lugares y regresaba á la ciudad, haciendo una visita al cuartel de Laverio, donde se alojaban los lanceros, ó al de Wenceslao, que era el de los granaderos, ó al de Berengario, que era el de los húsares. En tales sitios se informaba, preguntaba, impresionaba y encontraba á sus ayudantes de campo Dutri y Leoni, con los cuales volvía á palacio, pasando después á las habitaciones de su padre; era la hora en que llegaba el Canciller, Conde de Myxila, para hablar con el Emperador de los asuntos de Estado; y desde hacía algún tiempo

asistía el Príncipe á aquellas conferencias. Pasaba después á las habitaciones de la Emperatriz, que lo esperaba; por lo general, era aquel el único momento que estaban juntos, momento de intimidad lleno de encanto. Sentado al lado de su madre en un taburete, Othomar le cogía las manos, vertía en el corazón de la Emperatriz las agitaciones del suyo y le comunicaba las inquietudes que experimentaba al pensar en el día que llegase á ceñir la corona del Imperio. Sus ojos miraban con melancolía; su voz se lamentaba implorando consuelos. Y ella le alentaba, le decía que todo lo que sucede es porque tiene que suceder; que todo es fatal en la gran máquina del universo, donde todo se encuentra encadenado; por lo tanto, era preciso esperar y cumplir al mismo tiempo con los deberes que prescribe la conciencia, sin dejarse abatir por fantasías que carecían de fin y objeto. Othomar decía á su madre que le amedrentaba su falta de resolución, que sospechaba que sus decisiones habían de ser tardías siempre, y ella le respondía sonriendo dulcemente que por lo mismo que conocía tan bien sus propios defectos, debía mostrarse más animado y más enérgico; preguntábala después acerca de la justicia—imposible para él en la tierra—y ella le contestaba por lo general con los mismos sentimientos, innatos en la criatura humana. Y mientras tanto, por dulces que fuesen aquellas horas, Othomar comprendía que continuaba siendo el mismo en aquel cambio de pensamientos, y que á pesar de aquel cambio de palabras no se modificaba en nada. Por esto se juzgaba un miserable, temiendo que no amaba bastante á su madre ni con bastante confianza. La veía, la veía sonreirle, y tras aquella sonrisa adivinaba la angustia que la amargaba, sin abandonarla nunca, y pensaba que si ella hablaba de aquella manera, era por tranquilizarle, mas no por convicción. Y sus pensamientos no brotaban alegres como durante el paseo de la mañana; se amontonaban como espesas brumas y le dejaban cansado.

El desayuno era íntimo. Después Othomar permanecía una

hora con su hermana, la cual se estaba haciendo un retrato. Por la tarde siempre había algo que hacer; visitar alguna exposición, algún establecimiento de beneficencia y toda clase de instituciones, ó bien poner la primera piedra de un edificio ó asistir á la botadura de algún buque de guerra. Todo minuto estaba ocupado, y las ocupaciones eran diarias. La comida era siempre de etiqueta, suntuosa, y todos los días había numerosos invitados, diplomáticos, altos funcionarios, Generales y otros personajes. Aquellas comidas de gala, ofrecidas por un Emperador, duraban siempre mucho tiempo. Por la noche fiestas en la corte, ó en las Embajadas, ó en casa de los altos dignatarios, ó espectáculos y conciertos. El Príncipe no permanecía nunca mucho tiempo en tales fiestas; de regreso á palacio leía ó trabajaba un rato en su despacho, y á las doce de la noche se acostaba.

Hallábase habituado á aquella vida de monótona variedad, en la que había crecido. Cuando regresó de Lycilia á Lipara la ciudad estaba aún en estado de sitio, y aquella vida le esperaba más abrumadora que nunca; la apertura del Parlamento se verificó poco después del regreso del Príncipe. El Emperador estaba muy satisfecho de la conducta de su hijo en las provincias del Norte, tal vez por los numerosos elogios que los diarios prodigaban al Duque de Xara, tal vez por aquel momento de popularidad alcanzado. Deseaba que su hijo entrase de lleno en los asuntos de Estado, y á menudo hablaba de ellos con él, bien á solas, bien con el Canciller. Las medidas de brutal represión puestas en práctica por el Duque de Mena-Doni —la caballería dió repetidas cargas sobre la multitud en Lipara y en Thracyna,—habían afectado penosamente á Othomar; recibió con dolor y desesperación la noticia de semejantes hechos, y sin embargo, comprendía que nada se hubiera logrado por medios suaves. Y con un respeto hacia el Emperador, semidiós por la fuerza y la voluntad, iba mezclada una sorda antipatía, una desconfianza que le alejaba de su padre y hacía difícil entre ambos el cambio de ideas.

Después de la apertura del Parlamento quedaron tranquilos la ciudad y el país todo; pero las tropas permanecieron acampadas en el Campo de Marte, en atención á las próximas maniobras. Estaba decidida la visita de los Soberanos de Siria. La vida de Othomar se deslizaba siempre de la misma manera. Habíanle sido ofrecidos muchos banquetes por la guardia del trono y por los otros cuerpos de que era dignatario. En verdad que aquel era el momento de su popularidad.

Se decía ya que pasaría á la historia con el nombre de Othomar el Bueno. En aquel día había puesto la primera piedra de un asilo de pobres, para cuyo establecimiento dejó millones un Duque que murió sin hijos, perteneciente á una de las principales familias de Liparia.

La dulzura de Othomar hacía un gran contraste con la violenta energía de Oscar. Él mismo se asombraba de su reputación de bondadoso; hacía gustoso el bien, pero no pensaba en modo alguno que aquello fuese lo característico de su carácter. En realidad, no acertaba á darse cuenta de cuál era su característica.

Después de la comida ofrecida por los Oficiales del Estado Mayor, Othomar debía ir por la noche con Ducardi, Dutri y Leoni á casa del Duque de Iemena para dar gracias oficialmente al gran Mariscal de la Corte por la hospitalidad que recibiera en el castillo de Vaza. El Duque habitaba en Lipara un gran palacio nuevo; su antigua mansión señorial estaba en Altara.

Eran las nueve. Todavía no se esperaba al Príncipe heredero. Sin embargo, el Duque y la Duquesa recibían ya á sus invitados; la Duquesa, cuando Othomar hubo anunciado su visita, repartió numerosas invitaciones. Los vastos salones del recibimiento se iban llenando. Se hallaban presentes casi todos los individuos del cuerpo diplomático; algunos miembros y altos dignatarios de la corte con sus mujeres; la anciana Condesa de Myxila, con sus hijas, y muchos militares. Estaban allí los íntimos del Palacio Imperial, y reinaba entre todos una

gran familiaridad bulliciosa, fruto de la confianza que estaba de moda entonces.

Al lado de la Duquesa estaba lady Danbury, mujer del primer Secretario de la Embajada inglesa, y el hijastro de la Duquesa, Marqués de Xardi. Hablaban con viveza de los Marqueses de Dazzara.

—Los he visto—decía lady Danbury.—Es espantoso, espantoso. Viven en Castel Dazzara, una vieja ruina, en Thracyna, con sus cinco hijas, *poor things!* Callan y sufren; les sirven tres criados viejos, con libreas tan viejas como ellos. Y están llenos de deudas, según dicen, llenos de deudas. Me asombré al ver tan envejecida á la Marquesa; se conoce que lo ha tomado muy á pechos.

—¿Envejecida?—preguntó la Duquesa.—Me pareció joven la última vez que la ví...

Detestaba á lady Danbury, que era largirucha, flaca, huesuda, y que tenía algo de la flexibilidad de la serpiente. Y continuó:

—Me pareció todavía en buen estado; está delgada, pero tiene un escote magnífico... Así es que no comprendo cómo puede haber envejecido tanto...

Y como pensando en aquel enigma, echó una ojeada á la delgadez de lady Danbury.

Los ojos de Xardi brillaron; veía venir una escaramuza.

—Dicen que el Marqués fue *un tiempo* uno de los íntimos de usted. ¿No es cierto?—preguntó la inglesa.

Aquel venenoso *un tiempo* chocó á Xardi.

—Muy grato me era el Marqués de Dazzara—dijo la Duquesa...—pero..., y sonrió misteriosamente con intención, fue siempre pájaro de mal agüero.

—Su Excelencia el Duque de Mena-Doni—anunció el Mayordomo.

—El sol naciente—murmuró Xardi á lady Danbury.

Mena-Doni se inclinó ante la Duquesa, que le acogió con una sonrisa. Lady Danbury atravesó la sala del brazo de Xardi.

—¡Y pensar que ese sea el pájaro de buen agüero!—exclamó la inglesa.

—¡Oh, no!—dijo Xardi enérgicamente.—Ni siquiera pensarlo.

Se miraron riendo.

—Es cierto; el águila imperial es un ave más hermosa, ¿verdad?—preguntó lady Danbury.

—¿Por qué dices eso?

—¡Ay de mí! Mi humilde persona no sabe nada. Entiendo poco de zoología.

—¿Pero qué sabes?

—Lo que todos pueden saber, puesto que Dutri no sabe callarse.

—¿A propósito de qué?

—A propósito de cierta tierna despedida en Castel Vaza.

El Marqués de Xardi soltó una carcajada. Lady Danbury se apretó el brazo.

—Dime, Xardi, yo conozco personas menos delgadas que la Marquesa de Dazzara que no sufrirían el caer en desgracia cerca del Emperador. *¿Y tú?*

El Marqués siguió riendo y...

—Y menos el caer en desgracia respecto del sucesor del Emperador—murmuró ocultando el rostro tras el abanico Watteau de lady Danbury; y rieron juntos.

—¡Su Alteza Imperial, el Duque de Xara, sus excelencias el Conde Ducardi, el Príncipe Dutri, el Marqués de Leoni!

Estos nombres fueron articulados con gran solemnidad.

Hubo en los grupos una ligera emoción. Los invitados formaron á lo largo de los salones; algunas señoras se pisaron la cola en la precipitación, no sin reirse. Othomar apareció en el umbral seguido de Ducardi, Dutri y Leoni. El Duque y el Marqués de Xardi se apresuraron á adelantarse al encuentro del Príncipe.

El anciano Duque era un hombre delgado, fino, distinguido, muy aristocrático, con el rostro completamente afeitado;

iba sencillamente de frac con las insignias de las órdenes del Cetro real y de San Ladislao.

Othomar lucía el uniforme de gala de jefe del regimiento de los coraceros de Xara; blanco con oro. Llevaba bajo el brazo el casco con el penacho. Estrechó la mano del Duque, á quien dirigió afectuosas palabras. Pero en la ingenuidad de su alma sintió la amargura del remordimiento, ya al hablar del castillo de Vaza, ya al escuchar las protestas de acatamiento y de respeto del Duque. Othomar estrechó también la mano del Marqués de Sardi.

Entonces avanzó la Duquesa y saludó al Príncipe con su célebre reverencia. Lady Danbury la envidiaba, y se preguntaba cómo podía doblarse así con sus esculturales formas; no podía menos de confesar que la Duquesa de Iemena era una mujer espléndida. El Príncipe recorrió la sala entre el Duque y la Duquesa saludando á los invitados que se inclinaban; el Marqués de Xardi iba detrás con los Ayudantes de campo.

Othomar había vuelto á ver á la Duquesa en el Palacio Imperial después de su regreso á Lipara, pero nunca sola. En aquella ocasión cambiaban palabras corteses y las frases corrientes en tales casos. Los grupos se formaban de nuevo, como para una reunión familiar.

La Duquesa continuó avanzando con Othomar hasta la espaciosa *serre*, débilmente iluminada, resplandeciente de verde, con sus grandes palmas de anchas hojas y los flexibles bambúes que se entrelazaban. La Duquesa y Othomar se miraron un momento, y el Príncipe comprendió que su inclinación hacia aquella mujer no era más que un capricho pasajero, una nubecilla del espíritu. Lo ignoto se le había revelado, pero como una desilusión. Sin embargo, le está agradecido de lo que le ha dado: el consuelo para su amargura, cuando tenía los ojos húmedos aún por las lágrimas. Aquella mujer le ha fortificado con el consuelo; lo ha hecho hombre. Pero todo en este mundo tiene un doble aspecto, y el reverso de su reconocimiento es el pecado; vé al Duque que habla animadamente

con Ducardi, accionando con movimientos elegantes, precisos, y el remordimiento agita su alma de adolescente.

Y aparte del agradecimiento, experimentó una desilusión. ¿El amor? ¿Es acaso el amor? No lo sabe, no; nada nuevo ha penetrado en su alma. Allí estaba presente la Duquesa, hermosa, lujosamente ataviada. La media luz que se esparcía al través de las verdes plantas la envolvía en un nimbo de misterio, y su rostro sonriente se destacaba entre las sombras. Othomar recordó sus besos, sus locos abrazos. Sí, fueron unos instantes de embriaguez, de embriaguez carnal, un desconocido aturdimiento, un consuelo físico. Pero, ¡el amor! ¿Era aquello el amor? Y pensaba: tal vez es el amor; y aunque su alma no había sido satisfecha, pensó como conclusión: Sí, tal vez es el amor.

—¿Cuándo volveré á ver á Vuestra Alteza?—preguntó ella suspirando.

Aquella pregunta formulada de improviso extrañó á Othomar. Pero eran tan preciosos aquellos instantes para la Duquesa, que no podía obrar de otra manera. Vió el asombro del Príncipe y la encantó su ingenuidad. Y sus ojos le miraron tan insistentemente, que Othomar respondió:

—Mañana como en la Embajada de Francia, y después voy á la ópera; ¿puedo encontrar á usted aquí á las once?

Y volvió á acordarse del curso lógico de sus ideas y de su pregunta, que sonó en sus oídos de una manera extraña. Pero ella respondió sonriendo, confusamente:

—¡Por Dios, señor, á las once aquí, no! ¿Cómo había de poder ser? Pero puede Vuestra Alteza ir... á casa de Dutri.

Balbuceó al decir estas palabras; se acordaba de la elegante habitación del Ayudante de campo, y se volvió á ver en ella... con otros. Y en su turbación no observó que había hecho mucho daño á Othomar, que había desgarrado con sus aceradas uñas cuanto en él había de sensible; y menos pudo observarlo, cuando él, turbado, respondió:

—Bien...

Volvieron sonriendo: de nuevo con su voz blanca, oficial, pasearon lentamente; él, radiante de juventud, con su dorado uniforme y el casco, del que colgaban largas plumas, debajo del brazo; ella tranquilizada por su triunfo, dejando ondular á derecha é izquierda su luenga cola, abanicando, con su abanico de plumas y de brillantes, su pecho, semejante al mármol de Carrara.

Y Othomar estaba ya convencido de que su «amor» sería lo que llamaban «relaciones» tal como había oído hablar de ellas, ó tal como las había leído en las novelas. Aún no tenía una idea exacta de aquella manera de arreglar las cosas. Ignoraba cómo había de decir á Dutri que tenía una cita en su casa con la Duquesa, y al pensar en su Ayudante sentía que se desprendía algo de su innata majestad, como pequeños trozos de mármol ó de alabastro que se desprenden de una columna demasiado delicada.

Al reunirse con el Duque y el General habló de las próximas maniobras. Entonces vió á la Duquesa algo distante, y á Mena-Doni, con su cabeza de Nerón, que se inclinaba hacia ella. A su gran antipatía hacia aquel hombre uniéronse los celos. Y mientras escuchaba sonriendo al Duque de Iemena, creyó tener la seguridad de que su amor era verdaderamente amor, por cuanto estaba acompañado de celos.

XVIII

A la mañana siguiente, durante su solitario paseo á caballo, Othomar no hizo más que pensar en Dutri. Las dificultades de una explicación con su Ayudante de campo le parecían insuperables. El corazón le comenzó á palpitar con extraordinaria violencia cuando se encontró con Dutri, que le esperaba en el cuartel de Saveria. Pero el joven Ayudante se adelantó á hablarle en voz baja, tan tranquilo, y con tanta desenvoltura como si se tratase de la cosa más sencilla.

—He hablado con la Duquesa de Iemena, señor... Me ha dicho que Vuestra Alteza deseaba hablarla en secreto, y que se me había dispensado el honor... Que Vuestra Alteza tome esta llave.

Othomar tomó la llave maquinalmente. Su rostro permaneció frío, serio; pero en el fondo sentíase muy irritado contra la Duquesa, y no comprendía cómo había enterado á Dutri de su secreto. La sencillez, la desenvoltura con que parecía haberlo hecho, era una cosa inexplicable para el Príncipe.

Encontrábase aturdido, como si la Duquesa y Dutri hubiesen aventado con un soplo los más sólidos principios de su juvenil alma. Pensaba en el anciano Duque. Encontraba que todo aquello era indigno. Sabía que Dutri era un joven corrompido; conocía por él toda la crónica escandalosa de la corte, pero jamás había creído la mitad de lo que relataba, y varias veces manifestó á sus ayudantes que no le agradaba oir murmurar de personas á las que veía diariamente y que eran afectas á su familia. Pero ya le parecía que todas las historias de Dutri podían ser exactas, y que tal vez pudiera haber cosas peores. Aquella llave ofrecida con modales de libertino se le antojaba un signo de abominable infamia. Le daba vergüenza haberse embolsado la tal llave...

Proseguía su camino. La llave le quemaba mientras hablaba con el General Ducardi, con su padre y con el Conde de Myxila cuando regresó á palacio.

Antes de pasar á las habitaciones de la Emperatriz guardó la llave en su escritorio; después, lentamente, con la frente pensativa, cruzó á pasos acompasados las galerías que conducían á las habitaciones de su madre. En la antecámara estaba una dama de honor, que saludó, llamó á la puerta y la abrió anunciando:

—Su Alteza el Duque de Xara.

Silenciosamente se santiguó Othomar, como si entrase en una iglesia.

— ¡Que Dios y su santa madre me perdonen! — murmuró entre dientes, y llegó al lado de la Emperatriz.

Ésta se hallaba sentada, sola, en la vasta habitación; una de las ventanas que daban al parque estaba abierta; la Emperatriz vestía un traje sencillísimo, de color obscuro.

Othomar se admiró de lo joven que su madre parecía, y pensó que era más joven que la Duquesa. Una aureola de delicada pureza parecía que brillaba alrededor de su rostro fino y ovalado, como un nimbo de luz, prestándole una grandeza que no se hallaba en ninguna otra mujer. Sonrió la Emperatriz, y el Príncipe se aproximó y la besó la mano.

La Emperatriz, que no había visto á su hijo en aquel día, le cogió la cabeza entre sus blancas manos y le besó.

Othomar se sentó en una silla baja.

Su madre le pasó una mano por la frente y le preguntó:

—¿Qué sucede?

Othomar la miró, y respondió que no ocurría nada de particular.

La Emperatriz dijo sin mirarle:

—He prometido á tu padre hablar seriamente contigo, Othomar.

Este la miró.

—Ha creído más conveniente que te hablase yo, porque estaba seguro de que me sería más fácil la misión. Por lo demás, está muy satisfecho de ti, querido mío, y goza al ver tu buen juicio acerca de los más altos asuntos de Estado.

Tal opinión de su padre sorprendió á Othomar, que preguntó:

—¿Y á propósito de qué le has prometido hablarme?

—A propósito de un asunto importante, importantísimo—respondió la Emperatriz con dulce sonrisa;—á propósito de tu matrimonio.

—¿De mi matrimonio?

—Sí, hijo mío. Tienes ya veintidós años. Verdad es que tu padre se casó mucho más tarde, pero tenía muchos hermanos. Todos han muerto, excepto tu tío Saverio, que está en un con-

vento. Y nosotros..., tu padre y yo, no tendremos más hijos, Othomar.

Le echó los brazos al cuello, le atrajo hacia sí y suspiró.

—No tenemos más hijos que tú y nuestro pequeño Berengario. Y tu padre opina que debes casarte. Necesita un Príncipe heredero, un Conde de Sycillia...

Con lágrimas en los ojos apoyó su cabeza en el pecho de su madre, y exclamó Othomar:

—Somos dos para un trono de Emperador; ¿no basta con Berengario en caso de que yo falte?

La Emperatriz hizo un signo negativo con la cabeza. No, no bastaba para asegurar la dinastía de los Czyrkiski-Xanantria.

—Mamá—replicó dulcemente,—cuando los sociólogos tratan de la cuestión social, deploran que los proletarios tengan muchos hijos y hacen responsables de la miseria creciente á aquellos padres que no poseen otros bienes que su amor. ¿No nos alcanzará también á nosotros esa crítica? ¿O crees que el ser Emperador constituya una verdadera felicidad?

La Emperatriz frunció las cejas y repuso:

—Estás en uno de los días sombríos, Othomar. En nombre de Dios, hijo mío, no te dejes abatir así. No filosofes tanto y toma la vida tal como se te ha dado. Es la única manera de soportarla. No te preguntes si serás feliz cuando seas Emperador, pero ten presente que debes serlo.

—Perfectamente, mamá; ¿pero para qué tener hijos?

—¿Qué Soberano ha dejado extinguir jamás su dinastía, Othomar? No hay que tener debilidades. Piensa en la tradición, que lo es todo para nosotros. No expreses acerca de esto ideas tan extrañas. No son, como ya te he dicho, las de un futuro Soberano; tampoco son las de un Príncipe; ¿verdad que lo comprendes así, Othomar? Debes, tienes la obligación de casarte.

Su voz resonaba con más decisión que de costumbre, su acento era casi duro.

—Y bendice las circunstancias en que te encuentras para casarte ahora, hijo mío—continuó diciendo la Soberana.—Cásate lo más pronto posible, porque en estos momentos la política extranjera no impone determinadas condiciones á tu matrimonio. Esto quiere decir que puedes escoger. Porque eres el Príncipe heredero de un gran Imperio, hijo mío, de uno de los mayores reinos de Europa...

Othomar quería hablar, pero la Emperatriz continuó:

—Te lo repito, puedes elegir. No sabes la importancia que esto tiene. Ten en cuenta, ten en cuenta las circunstancias. Haz un viaje por las costas europeas. Haz la elección con los propios ojos. Hay interesantes Princesas en Inglaterra, en Austria.

Othomar cerró los ojos, como abrumado de cansancio.

—Más adelante, mamá—suspiró.

—No, no, hijo mío—replicó la Emperatriz;—no hables de aplazamientos, no vuelvas á pedirlos. Piénsalo bien. Fija la fecha de tu viaje, elige las personas que quieras que te acompañen, y habla con tu padre y con Myxila. ¿Me lo prometes?

Othomar ocultó su rostro en el regazo de su madre y se lo prometió con sonrisa llena de abatimiento.

—¿Qué tienes ahora, hijo mío?—le preguntó ella.—Dímelo. ¿Qué tienes?

Los ojos del Príncipe se llenaron de lágrimas, y respondió:

—No lo sé, mamá. ¡Estoy tan cansado!...

—¿No te encuentras bien?

—Sí, perfectamente; pero estoy muy fatigado...

—¿Pero de qué estás cansado, hijo mío?

Othomar comenzó á sollozar silenciosamente.

—De... de todo..., mamá.

La Emperatriz le miró largo rato é hizo un signo de desagrado.

—Perdóname, mamá—dijo enjugándose los ojos;—no volveré á dejarme abatir de esta manera.

—Me lo has prometido más de una vez, Othomar.

—No, te lo aseguro—murmuró Othomar con acento mimoso como un niño,—me dominaré. No está bien lo que hago. Me dominaré, seré más fuerte, te lo aseguro; por ti seré más fuerte.

La Emperatriz le miró largo rato sonriendo. Entre los dos existía una corriente de infinita ternura. Othomar pensaba que nadie le amaría jamás como su madre. Esta le abrazó y le estrechó contra su corazón.

—Recojo tu promesa y te la agradezco, hijo mío—murmuró con un beso.

En aquel momento se oyó un murmullo de voces juveniles, como trinos de pájaros, que venía del parque. De repente se escuchó una voz infantil que resonó más fuerte entre las otras con palabras de cólera; las demás callaron.

La Emperatriz se puso en pie, como sacudida por una corriente eléctrica. Estaba pálida como una muerta.

—¡Berengario!—gritó con voz débil.

Oíase á Berengario que decía:

—Yo le diré á Su Majestad que eres un desvergonzado, y veremos. Sí, veremos entonces, lo veremos...

La Emperatriz se inclinó en la ventana, y vió una docena de muchachos que miraban intimidados.

—¿Dónde está Su Alteza?—preguntó.

—Su Alteza está allí, señora—respondió un pequeño Conde,—y señalaba con la mano un lugar del parque que no podía ver la Emperatriz.

—¿Pero qué es lo que ha sucedido? ¿Qué significa todo ese alboroto? Que venga Su Alteza inmediatamente. ¡Berengario! ¡Berengario!

Su Alteza Berengario se presentó por fin. Venía rodeado de aquellos duquesitos y condesitos, y miró á la ventana en donde estaba su madre. Era robusto, sumamente vivo; su rostro estaba rojo por la cólera, y sus ojillos, furiosos, despedían chispas.

—¡Berengario, ven aquí!—exclamó la Emperatriz.—¿Qué sucede? ¿Por qué no puedes divertirte sin reñir?

—No reñía, mamá; pero yo se lo diré á papá... y entonces veremos si...

—Berengario, entra inmediatamente en palacio, en seguida—ordenó la Emperatriz.

Othomar, detrás de la Emperatriz, miraba aquel grupo de niños. Vió que con una palabra Berengario se excusaba con un Duque mayorcito y que entraba en palacio. Poco después estaba en la cámara.

—Berengario—dijo la Emperatriz,—es una completa inconveniencia meter ese ruído en el parque, dentro de palacio.

El muchacho la miró muy encarnado y muy serio.

—Sí, mama—dijo con dulzura.

—¿Qué ha sucedido?

Los labios de Berengario comenzaron á temblar.

—Ha sido ese centinela...—empezó á decir.

—¿Qué tienes que decir del centinela?

—Que no me ha terciado el arma.

—¡Que no ha terciado el arma! ¿Por qué?

—No lo sé—respondió Berengario indignado.

—Sin embargo, siempre te saluda.

—Sí; pero esta vez no lo ha hecho. La primera vez, sí, cuando pasamos á su lado; pero la segunda, no... Nos divertíamos en correr, y cuando pasamos la segunda vez delante de él, no me ha terciado el arma.

Othomar se echó á reir.

—¡No te debes reir!—exclamó furioso Berengario;—se lo diré á papá, y verás.

—¿Pero querías tú—dijo la Emperatiz—que ese soldado te saludase cada vez que pasases jugando por su lado?

Berengario reflexionó.

—Sin embargo, podía haberlo hecho la segunda vez. La tercera, la cuarta, la quinta, pase; pero ¿por qué no la segunda?... ¿Qué pensarían de mí esos jóvenes señores?

—Escucha, Berengario—dijo la Emperatriz,—en todo caso no es admisible que dirijas palabras feas á nadie ni que albo-

rotes en el parque al pie del palacio. El hijo de un Emperador no debe insultar á nadie, y menos á un centinela. Vete en seguida á ver á ese soldado, y dile que sientes haberte dejado arrastrar por la cólera.

—¡Mamá!—gritó el muchacho ofendido.

El rostro de la Emperatriz se puso serio.

—Lo quiero, Berengario.

El joven la miró con profundo estupor.

—¡Que yo diga eso... á ese centinela, mamá!

—Sí.

Berengario en aquel momento no comprendía bien lo que le pasaba; pensó un instante que había estallado la revolución.

—Pero, mamá, no puedo.

—Es preciso, Berengario, y pronto.

—Pero, mamá, ¿aprobará papá tal cosa?

—Ciertamente, Berengario—dijo Othomar;—lo que mamá manda, papá, como es natural, lo aprueba.

En su desolación el niño miró á Othomar; tenía la cara larga, le temblaban las manos. Por fin se echó á llorar desconsoladamente.

—Pronto, Berengario—exclamó la Emperatriz.

El niño no se explicaba aquella severidad. La había visto así con la muchedumbre, pero no con sus propios hijos. Y se abrazaba á la falda de su madre cada vez con más sollozos.

—¡No puedo hacerlo, mamá!

—Es preciso, Berengario.

—¡Y yo no quiero, no quiero!—exclamó el niño, furioso, golpeando el suelo con los pies.

La Emperatriz se contentó con mirarlo con fijeza. La tristeza de su mirada angustió al niño. Se echó á llorar con más fuerza, sin darse cuenta de que sus amiguitos le estarían oyendo. Veía que no era posible rebelarse, que era necesario obedecer. ¡Debía hacerlo! Su Alteza imperial Berengario, Marqués de Thracyna, caballero de San Ladislao, debía pre-

sentar sus excusas á un centinela que le había faltado al respeto, ¡á él, á Su Alteza!

No comprendía nada. Lo único que estaba claro era que debía hacer aquello, porque su madre le había mirado con tristeza.

—¡Othomar!—exclamó en su desesperación;—Othomar, ¿quieres venir conmigo? Pero, ¿qué diré? ¿Qué diré?

Othomar sonrió con compasión, y le cogió de la mano. La Emperatriz hizo un ademán para que saliesen.

—¿Qué diré, Dios mío, qué diré?—oía la madre, á quien la voz de Berengario llegaba desde la antecámara, ahogada por los sollozos.

Isabel estaba pálida como una muerta. Estaba sola y se dejó caer en una butaca con la cabeza hacia atrás. En aquel momento entró Elena de Thesbia.

—¡Señora! ¿Qué tiene Vuestra Majestad?—preguntó la Condesa.

—Nada, Elena—respondió,—pero... Berengario me ha asustado horriblemente. ¡Creía, creía que lo mataban!

Y cayó sollozando, presa de un ataque de nervios, en los brazos de la Condesa.

XIX

Aquella misma noche, Othomar, antes de salir con sus ayudantes para comer en la embajada de Francia, llamó aparte á Dutri.

—Veo que la Duquesa—le dijo—tiene en usted mucha confianza. No quiero suponer que esa confianza esté mal depositada. Pero puedo asegurar á usted que si tales suposiciones llegaran á realizarse, no lo olvidaría nunca, ni ahora, ni más adelante...

Dutri le miró con extrañeza: estaba oyendo hablar á su futuro Emperador.

Después hizo un gesto de niño enfadado, y dijo:

—No puedo decir que Vuestra Alteza me agradezca mucho la hospitalidad que le ofrezco.

Othomar sonrió tristemente y le estrechó la mano...

—Ni que sea muy grato que Vuestra Alteza me amenace hoy con la desgracia—añadió Dutri.

—Te conozco—le dijo el Príncipe al oído.—Conozco tu lengua. Por esto te he hecho esa advertencia... Y ahora, en nombre de Dios, calla, porque todo esto... me hace sufrir...

Dutri permaneció silencioso: Othomar se le presentaba al mismo tiempo como niño y como Príncipe. La incomparable ingenuidad de éste le hizo encogerse de hombros; pero tuvo miedo viendo posible su desgracia. No tenía fortuna: el puesto que ocupaba cerca del Príncipe heredero era su vida, su ambición, su todo, en el presente y para el porvenir; para el día en que el Príncipe fuese Emperador. ¡Qué feliz había sido cuando Aleja le había referido aquella historia, qué feliz al verse en posesión de un secreto del Príncipe, que demostraba no tener secretos! Cruzó por su cerebro, lleno de cálculos halagüeños, una vaga idea del poder que aquel secreto le daría sobre el futuro Emperador. Pero al amenazarle el Príncipe echó por tierra aquel poder desde el primer momento. De esta suerte, Dutri llegó á sentir poseer secreto semejante: temía también que llegase algo á noticias del Emperador, y entonces sufriría la desgracia del padre antes que la del hijo.

—Aleja podía no haberme mezclado en este asunto—se decía á sí mismo en la infinita confusión de sus pensamientos.

Pero aun cuando Dutri callara y protestase, se hablaba de las relaciones del Príncipe heredero, á causa tal vez únicamente de las triunfantes miradas de Aleja, cuando Othomar la hablaba un momento en algún baile ó en alguna fiesta. Por lo demás, las negativas de Dutri, á quien todos tenían por un parlanchín, causaban extrañeza, y no se sabía qué pensar ni cuál fuera la verdad.

Afortunadamente, Othomar no se abandonaba á aquel amor; la pasión salvaje de aquella mujer, cuyos ojos despedían llamas, que unas veces le sofocaba con sus besos y otras se prosternaba ante él como una esclava y se arrojaba á sus pies, humilde, ante su futuro Soberano, le extrañó al principio; después hizo nacer en él un sentimiento persistente de aversión, de repulsión. En la perfumada habitación del ayudante, donde se veían; en aquella habitación, elegante como el tocador de una dama, tapizada como un cofrecillo de joyas, Othomar sentía deseos de rechazar, de golpear, de maltratar á aquella mujer que le amaba con toda su alma y no disimulaba su amor. El temperamento del Príncipe no se avenía con aquella pasión brutal. Le alteraba los nervios. Le disgustaba. Sin embargo, bastaba que dijera una palabra para que ella abandonase sus transportes, se humillase y le acariciase con dulzura, y él no podía dudar del amor que la inspiraba, debido en parte tal vez á su cualidad de Príncipe heredero, pero mucho también á sí mismo.

Había llegado Abril y con él casi el verano; los Soberanos de Siria no tardaron en venir. Primeramente estuvieron en Constantinopla, y después en la corte de Atenas. Después de su visita á Liparia pensaban dirigirse á las cortes del Norte de Europa. El día de su llegada, toda Liparia estaba empavesada; el sol meridional, algo picante, derramaba una lluvia de oro sobre la blanca ciudad y sobre el azul del mar, ligeramente rizado. Una muchedumbre bulliciosa é inquieta, entre la que se veían muchos campesinos de Thracyna con el traje nacional, bullía y se apiñaba en la carrera. Sobre el azul del mar como sobre un líquido metálico se deslizan los acorazados, que conducen á los Príncipes, hacia la entrada del puerto, para saludar á sus augustos visitantes. A bordo del *Xaveria,* rodeados de Almirantes y Oficiales de Marina, van los dos Príncipes, Othomar y Berengario, y su cuñado el gran Duque de Corintio. Las aguas están surcadas por innumerables embarcaciones de todas clases.

Los cañonazos del fuerte Wenceslao, atronando el espacio, anuncian el momento en que aparece el yate real siriano; los Soberanos de Oriente trasbordan al *Xaveria*. A lo largo de la costa innumerables curiosos dirigen anteojos y gemelos á la resplandeciente llanura azul sobre la que avanzan los buques de guerra. Falta aún media hora para que desembarquen las personas reales, y por todas partes resuenan ya los aplausos y las aclamaciones. Entre las filas de granaderos, formados desde el palacio hasta el pabellón en que han de desembarcar los egregios huéspedes, corren los carruajes á la Daumont que conducen á Sus Majestades, á la Princesa Thera, á su hermana la gran Duquesa de Corintio y al vistoso acompañamiento.

La escuadra que escoltaba al yate siriano fondeó en el puerto. Al través de la guardia del trono y del piquete, la multitud podía entrever los saludos que los Soberanos cambiaban en el pabellón. Se oyeron entusiastas vivas; después la comitiva se puso en marcha con dirección al palacio; en el primer carruaje, el Emperador con el Rey de Siria; la Reina de Siria con la Emperatriz en el segundo; después, los Príncipes, Princesas y acompañamiento.

Hubo una serie de fiestas y diversiones. Tras las tragedias de las inundaciones y de las crisis parlamentarias, sacudió á la capital un acceso de buen humor, que brillaba al sol y se prolongaba por las noches en los salones iluminados y en los parques de palacio. Aquella alegría agradaba á la Reina de Siria. El Rey de Oriente tenía tal vez en las venas alguna gota de la sangre de Salomón. Pero la Reina no era de sangre real. Aunque hija de una de las principales familias de Siria, el nombre de su madre no figuraba en el *Almanaque de Gotha*. Su madre fue indudablemente una favorita de dudosa nobleza, pero nadie sabía con exactitud lo que había sido. ¿Fue quizá alguna horizontal de París ó Viena transportada á Oriente, donde hizo fortuna en el harén de un Grande de Siria? ¿Alguna bailarina, medio europea, medio egipcia, procedente del

Çairo ó Alejandría? De cualquier modo, su dichosa hija, la Reina de Siria, acusaba incontestablemente sangre mezclada, algo de oriental y de europeo al mismo tiempo. Al lado del Rey, de tipo semítico auténtico, visiblemente nervioso, con su severo uniforme, mitad europeo, mitad oriental, adornado de piedras preciosas, la Reina era robusta, pequeña, con cabellos de color castaño claro y constante sonrisa; su continuo cimbrear del cuerpo, sus movimientos de cabeza y la movilidad de sus pupilas demostraban su mezclada sangre. Cuando apareció en el carruaje, al lado de la delicada figura de la Emperatriz Isabel, con un vistoso traje de camino y un sombrero con enormes plumas, deshaciéndose en graciosos saludos, sonriendo á derecha é izquierda, provocó en los liparianos, habituados á la frialdad de sus Príncipes, una hilaridad que parecía inextinguible. La Reina de Siria fue el objeto de todas las conversaciones y de toda suerte de sonrisas maliciosas. Pero parecía tan buena que no era posible hablar mal de ella, y se contentaron con reirse. Se recordará que los poderosos de Siria dieron sumas enormes para los inundados. Y la alegría que reinaba en Lipara era una alegría meridional, no insana, sino un deseo de divertirse, y se reía de gusto al pensar que los liparianos no habían visto nunca una Reina tan divertida.

Las grandes maniobras se verificaron en el Campo de Marte. El Rey, el Emperador y los Príncipes fueron á caballo, seguidos de sus ayudantes europeos y orientales. Las Reinas presenciaron el desfile desde su carruaje. Berengario marchaba orgullosamente con su Compañía de granaderos, de la que era Teniente, alargando sus piernas cuanto podía, y muy sério, para no demostrar el cansancio que le costaba el paso largo. Los húsares maravillaron á los Soberanos de Siria por la precisión y marcialidad de sus movimientos. Los africanos realizaron algunas de sus elegantes fantasías, haciendo girar sus sables que despedían chispas, y al través de las blancas nubes de los albornoces y del polvo brillaban sus negros rostros y sus ojos de esmalte.

Verificáronse también, *garden parties*, regatas, carreras, festejos populares, fuegos artificiales. Todo era fiestas en Lipara. Todos los días paseaban los Soberanos, todos los días se dejaba ver la brillante comitiva de dorados uniformes, todos los días corrían al sol los carruajes imperiales, cuyas ruedas irradiaban entre el luminoso polvo que se levantaba en la ciudad. Por la noche, en cuanto se ponía el sol, las iluminaciones esparcían su luz artificial por la ciudad y por el puerto, cuyas aguas aparecían violadas bajo el resplandor de las estrellas; los cohetes se reflejaban serpenteando en el agua, en la que las embarcaciones flotaban como manchas negras.

En la gran sala de las Columnas se sucedían las comidas de gala, servidas en la fastuosa vajilla de oro. La Reina de Siria lucía sus vistosos trajes de fiesta; su seno aparecía lleno de condecoraciones, y en la cabeza llevaba grandes plumas ornadas de brillantes. Hablaba mucho, agradecida á la amabilidad de sus amigos de Lipara, y sensible á la satisfacción que le producían los aplausos. Su animación alegraba á todos, fundía el hielo de la etiqueta lipariana. La misma Isabel veíase obligada á reir. La Reina desempeñaba su papel de Soberana con la desenvoltura de una actriz inexperta y sencilla. La Reina hablaba á todos, hacía á todos los honores de majestad monera, pequeña, graciosa. A un lado, el Rey permanecía grave, como si buscase la sabiduría de Salomón. El Emperador le estimaba mucho, como Príncipe juicioso y de amplias miras; el Rey había ya venido á Europa varias veces. Los Oficiales sirianos permanecían también serios, tranquilos, algo rudos, acomodándose á las costumbres de Occidente; las damas de honor de la Reina llevaban de manera bastante extraña sus trajes de larga cola confeccionados en París ó en Londres; pero sus facciones eran finas, de color moreno, con los cabellos rizados y los ojos grandes en forma de almendra; hubieran tal vez parecido más hermosas, envueltas en doradas gasas.

Los sirianos habían dispuesto permanecer doce días en Lipara antes de marchar á Italia: aquella era la penúltima no-

che de su estancia. Se daba un gran baile en el Palacio Imperial, para el que se habían habilitado catorce salones y repartido tres mil invitaciones. En la Plaza de Palacio y en las principales calles adyacentes estaban formados los granaderos. Las salas del baile daban á la parte posterior del edificio, y desde las abiertas ventanas se contemplaba la obscuridad del parque de plátanos. La orquesta estaba oculta en un bosquecillo de palmeras. Se organizó el rigodón de honor, bailando el Emperador con la Reina, la Emperatriz con el Rey, el gran Duque de Corintio con Thera, y Othomar con la gran Duquesa.

Las grandes arañas de cristal de roca derramaban torrentes de luz eléctrica; brillaban los mosaicos, los tapices, las columnas, las joyas y el oro de los uniformes: todas las damas, con arreglo á lo preceptuado, vestían de blanco, y el raso parecía plata. Era un espectáculo deslumbrador. La música parecía confundirse con la luz; las notas vibraban como el oro.

La Duquesa de Iemena se encontraba en un grupo de diplomáticos y ayudantes; estaba en la plenitud de su hermosura, y aparecía admirable, escultural, bajo el reflejo de los destellos luminosos. Llevaba su diadema de esmeraldas y brillantes, y las preciosas piedras verdes formaban también un magnífico ramo que se abría en su seno.

El Emperador se acercó, y ella le saludó con su famosa reverencia; Oscar la dirigió algunas palabras de cumplido y se alejó. Llegó después el Príncipe, quien la saludó sonriendo y la ofreció el brazo.

Atravesaron la sala lentamente.

—Tengo que decirla algo muy importante—murmuró Othomar.

No podía alejarse con ella; les hubieran observado. Tuvieron que limitarse, pues, á pasear por los salones.

—Hace mucho tiempo que no he visto á Vuestra Alteza... solo—replicó ella en el mismo tono y como reconviniéndole.

—¿Y qué tiene que decirme Vuestra Alteza?

Tomaban muchas precauciones al hablar, sonreían con indiferencia como si hablasen de cosas sin importancia, y de cuando en cuando dirigían en torno suyo miradas disimuladamente, por si pudieran oirles.

—Algo que hubiera querido decir á usted... hace mucho tiempo... Una resolución que he tomado.

El acento con que pronunciaba tales palabras no estaba en relación con el sentido de las mismas; pero la Condesa comprendió que se trataba, en efecto, de algo muy importante, y tuvo miedo sin saber por qué... Él ignoraba si aquello que decía era cruel ó no, ni la impresión que en ella produjera. Pero sabía perfectamente que había escogido con todo intento aquellos difíciles momentos para semejante coloquio, porque ignoraba cómo lo hubiese tomado á solas al poderse abandonar á su pasión. En aquel lugar sabía cómo lo había de tomar: sonriente, como mujer de mundo, aun cuando se sintiese herida en el fondo de su alma. Tal vez aquel paso era demasiado cruel; pero ya era tarde para retroceder, y era preciso llegar al fin.

Ella le miró, jugando con el abanico de plumas. Othomar continuó:

—Está decidido que en cuanto marchen nuestros huéspedes de Siria me vaya yo á hacer un viaje.

—¿Y á dónde, señor?

—Voy á visitar varias cortes de Europa.

La Duquesa no preguntó más; se extinguió su sonrisa y después apareció de nuevo de un modo automático. No preguntó más porque harto sabía lo que significaba el viaje de un Príncipe heredero por las cortes de Europa. Era un viaje de boda. Y únicamente dijo con apagada voz:

—¡Tan pronto!

¡Tan pronto! ¡Haber durado tan poco su imperial novela! Ya había pensado en aquel fin, porque conocía la rectitud del Príncipe y sabía que éste no continuaría sus relaciones en cuanto estuviese casado; se había resignado á la idea de aquel

fin para dentro de un año, de dos tal vez, y sabía por experiencia que habría de aceptar tal desenlace sin rencor hacia su futura Emperatriz; pero ¡ahora! ¡tan pronto! ¡apenas dentro de algunas semanas! Jamás había durando tan poco una novela en su amorosa vida. Experimentaba un descorazonamiento infinito; sus ojos se nublaban, y los reflejos de las luces le parecían que temblaban como vistos al través del agua. A veces se olvidaba de sonreir, pero en cuanto lo notaba, sonreía de nuevo.

—¿Tan pronto?

—Es necesario.

Sí, era necesario, inevitable. Veía ante sí el fin de la vida. No experimentaba, sin embargo, el sentimiento de la desesperación en presencia de aquel fin, sino el de un cansancio doloroso. Bien estaba. Tras aquella novela imperial, ninguna otra. ¡Oh, no, jamás, jamás! Sacrificaría su juventud, presentaría en el mundo á sus hijastras. Tendría la satisfacción de haber vivido y de haber envejecido. Envejecido... Pero ella era joven aún, se sentía joven. Por primera vez comprendió cuánto amaba al Príncipe. Y hubiera deseado estar lejos, lejos del esplendor de aquella fiesta, sola con él para abrazarlo por última vez... ¡Oh! ¡Qué cansancio deja todo aquello que concluye, que se desvanece como humo, que se evapora!...

—Tengo confianza en usted, Duquesa—añadió Othomar.—Espero que no hablará usted de este viaje. Comprenderá que todavía es un secreto, pues no se ha hablado del asunto más que entre Sus Majestades y Myxila. ¿Verdad que puedo fiarme de usted?

La Duquesa hizo un signo afirmativo.

En aquel momento, dentro del palacio, bajo el palacio, no se sabía dónde, pareció como si estallase una repentica tormenta. Repercutió entre la armonía de la música y el brillo do las luces un formidable trueno que se prolongó largo rato. Pareció como si hubiese caído un rayo, porque poco después

se oyó un estrépito de piedras y cristales que caían hacia el ala derecha del palacio...

La música calló de repente. Todos se precipitaron á las ventanas que daban al parque; pero la noche estaba obscura y el parque silencioso. Todavía se escuchó la caída de algunas piedras.

Los rostros se habían puesto lívidos. Todos se miraban aterrados. La Duquesa estaba casi desvanecida en brazos de Othomar, cuando pasó á su lado la Emperatriz con la mirada extraviada. La seguían Elena de Thesbia y otra dama. El Emperador se apresuró á dar unas cuantas órdenes y abandonó también el salón de baile, acompañado por algunos ayudantes.

Y poco después volvió á resonar la música. Los oficiales y funcionarios se inclinaban ante las señoras, estremecidas. Continuaba el baile; volvieron á lanzarse al torbellino del vals los uniformes y las largas colas. Las sonrisas habían huído de todos los labios, y los lívidos rostros de las bailarinas daban á la fiesta una apariencia de danza macabra. Leoni se inclinó temblando ante Othomar.

—Ha sido una explosión de dinamita. La antecámara de las habitaciones de Su Majestad ha quedado destruída. Su Majestad ruega á Vuestra Alteza que no se interrumpa el baile. Todos los funcionarios y las damas de honor tienen orden de bailar.

La Duquesa se apoyó en el brazo de Othomar, próxima á caer al suelo. La gente se agolpaba en torno de ellos. Los funcionarios sostenían á sus compañeras de baile, casi desvanecidas. Algunas perdieron el conocimiento. La Reina de Siria permanecía aturdida, mientras que el Gran Duque de Corintio la enlazaba el talle para bailar.

Othomar enlazó el talle de la Duquesa.

—¡Dios mío, no puedo!—dijo ella.—No puedo, señor.

—Es preciso—replicó él.—Su Majestad lo quiere.

—Su Majestad lo quiere — repitió la Duquesa maquinalmente.

Sus rodillas temblaban, pero se dejó llevar y bailaron.

Todos bailaban.

La Emperatriz siguió corriendo, atravesando corredores y salones, sin ver á las damas que la seguían, y entró en una alcoba.

—¡Berengario!—gritó.

La cámara del Infante había sido respetada. El niño, en camisa, estaba medio fuera de la cama. Su ayuda de cámara y una camarera estaban como atontados en medio del cuarto.

—¡Berengario!— volvió á exclamar la Emperatriz con júbilo, al ver en salvo á su hijo.

Y le estrechó contra su corazón.

—¡Mamá, que me haces daño!—dijo el niño.

Las joyas de su madre le habían hecho sangre en el pecho desnudo. La Emperatriz le abrazó entonces con más suavidad, llorando. Se la cayó un collar de brillantes, que recogió la camarera con temblorosas manos.

—Mamá, ¿han volado el palacio?

—No, Berengario, no, no ha sido nada.

—Mamá, quiero saber; quiero ver lo que ha pasado...

—Berengario...

Se abrió la puerta, y entró el Emperador con mucha tranquilidad; las damas se quedaron fuera esperando á la Emperatriz.

—Papá, ¿puedo ir contigo á ver lo que ha pasado?

—No, Berengario, no hay nada que ver... Duérmete...

Y ofreció el brazo á Isabel.

—Señora...—dijo tranquilamente.

La Emperatriz le dirigió una mirada suplicante. El Emperador continuó ofreciéndole el brazo. Entonces besó otra vez á su hijo, recomendándole que se durmiera, y volviéndose al Emperador, dijo con dulzura:

—Espera un poco.

Fué á un espejo, y la camarera, temblándole los dedos, la

puso el collar que se había caído, y la arregló los pliegues del vestido.

—Cuando quieras — dijo la Emperatriz á Oscar con voz apagada.

El Emperador la estrechó la mano, se despidieron ambos de Berengario y salieron.

Y cogidos del brazo, los Soberanos volvieron á entrar en el salón de baile.

La Emperatriz estaba lívida, pero sonreía.

Eran las dos de la mañana. Los Soberanos tenían costumbre de retirarse á la una, pero la Reina de Siria, con su afán de divertirse, les había rogado que se quedasen hasta más tarde, á lo que habían accedido. Si se hubiesen retirado á la hora acostumbrada, la explosión hubiera cogido al Emperador en sus habitaciones. Al principio se había hablado solamente de la antecámara, pero ya se decía que el destrozo se había realizado en el mismo gabinete del Emperador.

Comenzó la cena. Cenaron en una gran sala; de cada mesa brotaba una palmera, y la sala estaba convertida en un verdadero palmeral. En el pavimento se había esparcido dorada arena que espolvoreaba las luengas colas. La luz eléctrica, al través de las palmas, se parecía á la luz de la luna. Y bajo aquellos rayos los rostros parecían de yeso. Se escuchaban los acordes de una banda militar.

XX

A Su Real Majestad Olga, Reina de Gothlandia.

Lipara, Palacio Imperial, Mayo de 18...

«Mi querida hermana: Por fin puedo escribirte esta carta, que contaba haberte enviado hace ya mucho tiempo. Después de las grandes fiestas que hemos celebrado para agasajar á nuestros buenos amigos de Siria, Lipara ha vuelto á recobrar

su tranquilidad. Puedo poner orden en mis pensamientos, pero en ellos no hay más que tristeza. He aquí la causa, Olga. Me temo que Othomar está más enfermo de lo que piensan los médicos. Está muy desmejorado y tiene mala cara. No se queja demasiado, pero hace mucho tiempo que me dice que se siente muy cansado. Los médicos opinan que tiene necesidad de reposo, y aconsejan un largo viaje por mar. El viaje por Europa, del que habíamos hablado, tiene que aplazarse.

»Sé que Herman hará pronto un largo viaje con el *Yiking* á las Indias Orientales, al Japón y á América, y mi mayor deseo, en este momento, sería qne Othomar le acompañase. Cuando los médicos aconsejaron el viaje por mar, hablamos con Oscar, pero sin decidir nada. Mi hijo, para hablar con verdad, no tiene amigos de su edad, y esto me disgusta, porque no sabemos cómo ni con quién mandarlo para que el viaje sea un recreo y no se parezca á un destierro, solo, lejos de nosotros. Él está contento con sus ayudantes, pero no es esto lo que yo desearía; yo quisiera para él un buen amigo, leal, íntimo, cordial, de su misma edad, para que vivan juntos algún tiempo divirtiéndose.

»Sé que alguna culpa tiene mi hijo por su falta de expansión. Pero también posee cualidades que le harían querido si fuesen conocidas, si las dejase ver. ¿No es verdad, Olga, que tú también le quieres y que no me ciega mi amor de madre? Por esto me alegraría tanto de que Herman quisiera aceptarlo por compañero de viaje. ¿Quién sabe si llegarían á quererse más cuando se conocieran mejor? Othomar me ha dicho que, durante su excursión por el Norte de nuestro país, estuvieron los dos de acuerdo más de lo que se hubiera figurado, pero era un mal momento; en aquella ocasión estaba tan ocupado y tenía tanto que hacer, que no podían conocerse á fondo. Pero, en fin, el caso es que se llevaban bien. No puedes figurarte lo que me apenaba al ver la antipatía que al principio existía entre ambos. ¡Cuánto sufría al ver esa actitud de nuestros hijos y recordar lo unidas que estábamos nosotras

cuando vivíamos, siendo niñas, en nuestro hermoso castillo cercano á Bucarest! ¡Qué lejos están aquellos tiempos! Muertos nuestros padres, dispersos nuestros hermanos, abandonado el castillo y nosotras separadas. ¿Cuándo nos vemos? De tarde en tarde y sin apenas tener tiempo para hablar en la intimidad. Me dijiste una vez que por qué voy tan poco á esa, siendo tan amante de Gothlaudia; pero la razón es siempre la misma. A Oscar no le gusta abandonar Liparia y yo no puedo dejar á mi marido. Con él soy fuerte, pero sin él soy débil. Tengo que estar á su lado para participar de lo que pudiera sucederle. El pensamiento de que le ocurriera algo, no estando yo, me angustia; y jamás lo experimenté con tanta viveza como cuando fuí á Altara con Thera. Era el momento crítico de los acontecimientos; Lipara estaba en estado de sitio, pero Oscar lo quiso y marché. ¡Cuánto sufrí!

»Pero me acostumbro á mis angustias, no me quejo y tomo la vida como es; espero que mi hijo sabrá tomarla del mismo modo. Cierto es que esto ha de serle más difícil, porque á una mujer, como no tiene que dedicarse á la vida activa, le es más fácil resignarse.

»Pero el cielo le dará la fuerza necesaria para llevar su corona y su destino; tengo confianza en ello. Y sin embargo, Olga, estoy harto fatigada de nuestra soberanía. Pero vale más que no me deje abatir; es indigno, no está bien hecho.

»Y todavía tengo otra razón que me hace desear el alejamiento de Othomar, aun cuando me cueste siempre mucho separarme de mi hijo. Parece que son verdad las historias que corren acerca de la Duquesa de Iemena. Myxila, ante una pregunta de Oscar, no sólo no ha podido desmentirlo, sino que ha dicho que la cosa es pública. Hago cuanto puedo para no dejarme dominar por el dolor, Olga, pero es una historia horrible. Mi cerebro se confunde. ¿Qué atractivo ha podido encontrar mi hijo en esa mujer de más edad que yo? ¡Cuánto horror se vé en el mundo y qué mujeres hay tan extrañas! Admito, con gran dolor de mi parte, que esa mujer ame á mi

hijo y que por eso engañe á su marido; pero ¿por qué obra Othomar de esa manera, él, que es tan bueno de ordinario? Sí quiero creer que ella le ama; últimamente en mi besamanos, que cierra, como sabes, las fiestas invernales, cuando se inclinó ante mí posando sus labios en mi mano, debió comprender seguramente mi repulsión y mi dolor, porque se irguió con la desesperación en los ojos y una especie de sollozo en la garganta.

»Permanecí tranquila mirándola, pero me inspiró mucha lástima, porque cuando una mujer de nuestro mundo no logra dominarse delante de su Soberana, señal de que su alma está muy herida, ¿no te parece así?

»En la actualidad estamos tranquilos. Dentro de una semana iremos á nuestra estación de verano á Xara, al castillo Xaveria; aquí hace mucho calor. Me alegraría que me contestases antes de la marcha y me dijeras la acogida que Herman hace á mis deseos. Sé que me quiere mucho y accederá seguramente, ¿no es verdad? Por mí trataré de querer á Othomar, y me apresuro á añadir que el mayor deseo de mi hijo es tener á Herman por compañero. Al principio no le agradaba tal viaje, porque no tenía compañero, y decía que prefería acompañarnos á Xaveria; pero cuando le he hablado de Herman, se ha adherido en seguida á mis ideas.

»¿Qué nos traerá el verano? ¿Estaremos tranquilos? No me atrevo á esperar nada. El invierno ha sido desastroso; nuestras provincias del Norte no se han repuesto todavía. La miseria desafía todos los socorros. Y ya han aparecido las fiebres tifoideas y algunos casos de cólera. Los disturbios del Este han terminado; pero estoy inquieta, porque han sido reprimidos con la fuerza bruta. ¡Si todo permaneciese en paz! El atentado contra Othomar, la explosión acaecida durante el último baile, me han dejado enferma. ¡Con qué gusto te vería y te estrecharía entre mis brazos! ¿No puedes venir este verano al castillo Xaveria? ¡Me harías tan dichosa, tan dichosa!

»Abraza en mi nombre á Sigisfredo y á todos los tuyos. Contéstame pronto, ¿no es verdad?

»Recibe un fuerte abrazo de tu hermana

ISABEL.»

TERCERA PARTE

I

Corre el mes de Agosto. Las grisáceas ondas del Báltico salpican de espuma los acantilados. Cruzan por el cielo montañas de nubes blanquecinas que se renuevan incesantemente. La playa es reducida, y yacen en ella cantos y piedras de todas clases; cerca de la playa se extiende un bosque de abetos, que constituye como una mancha de un verde obscuro. Sobre los acantilados, destacándose por encima del sombrío bosque, elévase el vetusto castillo de Altseeborgen. Es un antiguo castillo en ruinas, que parece socavado por las espumosas olas. Sus tres altas torres desiguales se alzan pesadamente en el espacio. El camino que conduce al castillo arranca del principio del bosque y termina en el patio exterior, donde se encuentra la entrada principal. En torno del castillo se extienden anchos terrados de granito con gruesas balaustradas, cuya piedra está tomada por el aire salino. Desde esos terrados se domina una extensión de mar, sobre el cual llegan al castillo los vientos del Sur, estando defendido de los del Norte por el bosque de abetos. Sobre la torre más elevada ondea una gran bandera que da vida al paisaje; dos franjas amarillas y en medio una blanca, en la que se ve como una mancha negra, el almenado castillo que representa las armas de Gothlandia. En aquella mañana sin sol, la bandera que ondea al soplo de la fresca brisa que llega del mar, viene á ser como una sonrisa del cielo.

Un joven y una muchacha pasean por la playa; charlan, sonríen, se miran. Ella es más alta que él, blanquísima; de debajo de su sombrerito de marinero salen algunos rizos de cabellos de color obscuro que el viento le echa á la cara, viéndose la joven muy atareada en recogerlos. Lleva una falda azul sencilla, una blusa blanca de seda y ciñe su talle un ancho cinturón de cuero. El viento la levanta la falda, y deja ver sus medias negras de seda y sus zapatos de cuero amarillo. Va jugueteando con un par de guantes.

El joven lleva un traje de verano de cuadritos claros, y un sombrero de paja. Es bajo y delicado; sus ojos negros tienen una expresión de dulce melancolía. Refiere los incidentes de un viaje á la joven que marcha á su lado, la cual le escucha con una sonrisa.

La atmósfera está muy tranquila á pesar del viento. Los jóvenes pasean por la playa, y al cruzar por delante del castillo se vuelven y miran á lo alto. En una de las ventanas hay alguien que los saluda cariñosamente con la mano, y les dice algo. Hacen todo lo posible por oir, y después se encogen de hombros; el viento se ha llevado las palabras. A su vez saludan con la mano y se van.

No lejos, sin embargo, á lo largo de la playa, hasta un pueblecillo de pescadores, en el que se alzan algunas casas dispuestas para los bañistas. Una de las casas está alquilada para los meses de verano por una familia distinguida; unos niños corren por la playa, y en su carrera una niña se cae delante de nuestros jóvenes.

—¡Hola!—exclama él riendo; la levanta cariñosamente, y continúa el paseo con su compañera. Un pescador que pasa con sus redes sonríe y esboza un saludo. Una señora gruesa, que miró con curiosidad á los jóvenes, ve saludar al pescador y le llama.

—¿Quiénes son esos jóvenes?

El pescador señala al castillo de Altseeborgen.

—Son del castillo.

—¿Pues quiénes son?—pregunta la señora, asombrada.

—El señor es el Príncipe de Liparia, y la señorita es una Princesa austriaca—dijo el pescador con naturalidad.

La señora miró á la pareja de Príncipes y miró con terror las correrías de sus hijos. Los jóvenes regresaban riendo alegremente y apresurando el paso en dirección al castillo, como si se hubiesen alejado demasiado. La señora, pálida aún, no atrevió á excusarse por sus hijos, pero hizo una profunda reverencia y obtuvo en cambio un afectuoso saludo.

II

La real familia de Gothlandia tenía la costumbre de pasar todo el verano en Altseeborgen. La playa se prestaba admirablemente para hacer del pueblecillo de pescadores una estación veraniega; pero el rey Sigisfredo no había querido oir hablar nunca de semejante proyecto; la playa y el pueblo pertenecían al patrimonio real, y únicamente se había permitido construir alguna que otra casa.

Por lo general, las familias que allí veraneaban era de clase modesta. Altseeborgen no debía convertirse nunca en una playa de moda, aun cuando la proximidad á la residencia real hubiera sido ocasión para que luciera su lujo de verano el mundo elegante.

La familia de Gothlandia velaba cuidadosamente para mantener el aislamiento de su retiro. Cuatro meses permanecían en él los Príncipes, sin la etiqueta del palacio, en la mayor sencillez. Constituían una familia numerosa y tenían siempre muchas visitas. El Rey se ocupaba en los asuntos de Estado con la mayor naturalidad. Sus nietos corrían á veces por el gabinete, mientras celebraba importantes conferencias con el Presidente del Consejo de Ministros, que venía de cuando en cuando á Altseeborgen. Acariciaba á sus nietos y con un beso les mandaba á jugar. Vivían allí el Príncipe heredero Gunther

y la Princesa Sofía de Alemania, Duques de Wendeholm, los cuales tenían cuatro hijos, una hembra y tres varones. Después del Duque venían el Príncipe Herman, la Princesa Wanda, de veintiún años, y dos Principitos, Olaf y Cristóforo. Habitaban allí también dos ancianas Princesas, hermanas del Rey, viudas de Príncipes alemanes.

Othomar había pasado tres meses en el mar con Herman. Arribaron al Indostán, China, Japón y América. Se realizó el viaje con el mayor incógnito para eludir todo recibimiento oficial, y Othomar no llevó más título que el de Príncipe Czyrkiski. El viaje le había rejuvenecido; sentíase tan bien, que escribió á la Emperatriz Isabel manifestándola su intención de permanecer aún algún tiempo en Altseeborgen y emprender en seguida la excursión proyectada á las diversas cortes de Europa.

Aquella comunidad de vida, completamente íntima, había unido mucho á los dos primos. Herman había comprendido que Othomar, bajo su rudeza y su falta de afabilidad, era un Príncipe heredero que se asustaba mucho de su porvenir propio, pero que, no obstante, le asistía la razón al querer aprender de la vida y fortificarse en ella, para llevar mejor un día el pesado yugo de su soberanía. Comprendía á Othomar y le era may simpático. El veía en la vida la alegría de vivir; hasta la respiración era un placer para él. Su condición de hijo segundo, encariñado solamente con la marina, á la que amaba como podía amarla por herencia un descendiente de los antiguos reyes del mar, le ofrecía una perspectiva de absoluta carencia de cuidados; el ser hijo de Rey no le procuraba más que placeres, satisfacciones, y apreciaba verdaderamente la grandeza de su nacimiento; bebía néctar en la copa en que Othomar no hallaba sino hiel. Al principio comparó á Othomar con su hermano el Duque de Wendeholm, Príncipe heredero también él de Gothlandia; pero ya no les comparaba, porque se había hecho más razonable, y comprendía que no había entre ambos parangón posible.

Liparia era un inmenso Imperio casi autocrático; era preciso tener siempre refrenado al pueblo, muy voluble, especialmente en el Sur, porque á causa de su infantil ligereza, jamás podía saberse á dónde le conducirían sus caprichos. Los gothlandeses, de temperamento serenamente liberal, sin exageraciones, amaban á su Constitución establecida y ampliada hacía mucho tiempo, y descansaban en su Rey Sigisfredo, al que llamaban padre del pueblo. ¿Que Gunther no se asustase al pensar que un día ceñiría la corona, era una razón para que Othomar no abrigase aquel temor? ¿No poseía Othomar aquellas afectuosas cualidades, susceptibles de ser apreciadas en el estrecho círculo de la intimidad, de hacerse querer de algún amigo, más bien que aquellas otras cualidades superficiales y brillantes que en las altas posiciones dan relieve y atraen las miradas de la multitud? ¿Aquel joven, con el alma llena de escrúpulos, con su nostalgia de justicia, con su aspiración hacia el amor y su sensibilidad constantemente herida, era el hijo de su padre, el descendiente de Berengario el Fuerte, de Wenceslao el Terrible, el hijo de la esforzada Xaveria, ó no era más bien el hijo de su tiernísima madre?

No eran del carácter de Herman las reflexiones largas; pero todo esto se le presentó bruscamente como un nuevo punto de vista que se hubiera mostrado con luz más clara, y su antipatía se convirtió en simpatía y amistad, y hasta en asombro, al pensar que en el Universo se arreglaran las cosas de tal manera que fuera menester abrumar un alma como la de Othomar bajo el peso de una corona.

La vida sencilla y familiar de Altseeborgen era para Othomar un bálsamo. Se sentía revivir en aquella atmósfera; su personalidad se ensanchaba con mayor desenvoltura sin obstáculos. Habituado al ceremonial del palacio de su padre, donde el Emperador Oscar mantenía estrechamente la etiqueta, se sorprendió al principio de la sencillez casi burguesa de su familia de Gothlandia, y después gozó con ella. En los años anteriores, hizo de cuando en cuando alguna corta aparición en

Altseeborgen; pero no había permanecido el tiempo suficiente para sentirse como entonces completamente en su casa.

Con Othomar, no había en aquel momento más invitados que la Archiduquesa Valeria, sobrina del Emperador de Austria. ¿Tenían los jóvenes algún presentimiento? ¿Pronunciaron alguna vez unidos sus nombres los Príncipes ó las Princesas? En apariencia, no; una sola vez, la Princesa Sofía—ó Wanda—se vió obligada á hacer callar á sus hermanitos con una mirada. Sin embargo, la Reina de Gothlandia, de acuerdo con el Emperador de Liparia y con los padres de Valeria—el Archiduque Alberto y la Archiduquesa Eudoxia, que habitaban en el castillo de Sigismundingen,—reunió intencionadamente á los dos jóvenes.

El Emperador Oscar hubiera indudablemente preferido como nuera á una de las Princesas rusas, sobrinas del Czar; pero la diferencia de religión era un obstáculo insuperable; al Emperador, no obstante aquella preferencia, no le disgustaba una alianza austriaca.

Tal vez Othomar y Valeria adivinaban algo de aquel proyecto, pero el secreto no les molestaba en manera alguna; estaban ambos tan habituados á oir sus nombres asociados á los de otros Príncipes y Princesas, á leer en los periódicos anuncios que después se desmentían; habíanse reído juntos tantas veces al saber que las habladurías del público les casaba unas veces con uno, otras con otro; á veces también se habían encontrado con tales sorpresas, que se divertían mucho con todo aquello. No se extrañaban, pues, de las ocurrencias del Príncipe Olaf ó del Príncipe Cristóforo, muchachos de diez y siete y de quince años, respectivamente, que se entretenían en embromarlos. Y, por lo demás, la Reina Olga, seria y discreta, no ejercía sobre ellos la más mínima presión.

Les invitó á los dos, pero no iba más allá. Tal vez observaba en silencio lo que pasaba entre ellos y se lo escribía á su hermana, pero se mantenía alejada de las mallas de la red que había de reunir sus existencias reales. Sin embargo, no le era

muy fácil semejante reserva; amaba á Valeria, y juzgaba que aquel matrimonio era excelente bajo todos conceptos. Por otra parte, llegaban cartas apremiantes de Sigismundingen y también de Viena, en las que se mostraba el deseo de ver á la joven Archiduquesa convertida en Duquesa de Xara. Y sin contar con que en la corte austriaca se daba gran importancia á una nueva alianza con Liparia, existían también otras razones más íntimas.

III

Por la tarde salió el sol, y el gris del mar y del cielo tomó un tinte azul, el pálido azul de un verano del Norte. El mar brillaba con reflejos dorados, y el vetusto castillo se calentaba al sol como un anciano. Sobre el terrado más elevado, que daba acceso á una gran sala por tres puertas de vidriera, estaba extendido un toldo, y cubrían el suelo unas esteras.

La Princesa Sofía y la Archiduquesa Valeria hallábanse sentadas en sendas butacas de rejilla, ocupadas en pintar á la acuarela. En la sala se oían monótonas escalas tocadas con débil pulsación en un piano por la Princesa Isabel, la hija mayor de la Princesa heredera, que estaba estudiando. La Princesa Wanda, sentada en el suelo, jugaba metiendo bastante ruido con sus dos sobrinos menores, Erik y Carlos. El Príncipe Herman estaba sentado en una silla ante una mesita llena de diarios y revistas, en la que había además una copa y una botella de Jerez; el Príncipe fumaba un cigarrillo, cuyo humo subía en espirales; Sofía y Valeria comparaban sus trabajos y se reían. Por el cielo continuaban cruzando blanquecinas nubes, y el mar brillaba como la coraza de oro de algún gigante.

—¿Qué pintas?—preguntó Herman.

—Nubes—respondió Valeria,—nada más que nubes. He decidido á Sofía á que se dedique á hacer estudios de nubes

conmigo. Si quieres ver mi álbum, no hallarás en él otra cosa sino nubes.

Y se echó á reir.

—La verdad que es raro — dijo Herman, adoptando una postura cómoda.

—Sí—dijo Sofía bromeando,—las nubes son muy bonitas, pero no se puede copiarlas; cambian cada minuto.

—Erik, dí á Valeria que te dé el álbum para que yo le vea, —exclamó Herman.

—De ninguna manera—replicó Wanda;—levántate tú, perezoso.

Pero Erik quería ir á buscarlo, y comenzó á pelearse con su tía, la cual le sujetaba entre sus brazos. Carlos salió en defensa de su hermano, y entre los dos dieron en tierra con la Princesa.

—¿Pero qué haces, Wanda?—exclamó Sofía.

Valeria se levantó y se acercó á Herman.

—El resultado de todo esto es que no vienes á ver mis nubes, holgazán. En fin, te perdono... Aquí las tienes, mira...

Herman se incorporó y cogió el álbum.

—¡Qué raro es esto!—exclamó.—Amarillo, blanco, violeta, rojo. Todo es aquí crepúsculos.

—Y auroras. Me parece que veo mejor que tú.

—¡Qué cosas verás tú en las nubes, Valeria! Jamás se me hubiera ocurrido á mí pintar nubes. Lo que debes hacer es acompañarme alguna vez en uno de mis viajes, y podrás formar una completa colección de nubes.

—Hubieras debido hacerme esa proposición antes, y entonces hubiese podido hacer el viaje con Xara.

—Pero ¿dónde está Othomar?—preguntó Herman.

Valeria contestó que no lo sabía.

Herman dió un sorbo á su copa de Jerez, y Wanda manifestó deseos de beberse lo que quedaba; pero Herman la dijo que llamase para que la trajeran otra copa.

Wanda se empeñó en coger la copa de su hermano, y éste la apartó riendo.

—¡Pero, Wanda!...—murmuró Sofía lánguidamente, pasándose una mano por los ojos.

—¡Pero, Wanda!—repitió ésta, imitando el tono de su cuñada, y todos se echaron á reir.

—¿Lo he dicho así?—preguntó Sofía, con su lánguido acento, y añadió: No sé, estoy adormecida, tengo una pereza...

Continuaron todos riéndose de Sofía, cuando se oyeron en el vestíbulo unas voces chillonas. Eran las dos viudas, que venían acompañadas por Othomar; las dos señoras procuraban recordar sus juveniles gracias pasadas con el Príncipe, que las ofrecía sillas.

Las dos hermanas del Monarca habían echado una siesta después del almuerzo, y se disponían á trabajar en sus bastidores de bordado. Todos las saludaron con gran respeto, pero con ciertos ribetes de guasa.

—Perdón, querido Duque — dijo la Princesa Elsa, la mayor de las dos ancianas;—prefiero aquella silla baja.

La Princesa Mariana prefería, en cambio, una silla alta; las dos damas dieron gracias á Othomar por su galantería con una reverencia, se sentaron muy erguidas y prepararon su labor, consistente en grandes blasones para fundas de butaca. Eran muy ceremoniosas, con sus caras largas y arrugadas, y sus altos moños de cabellos grises; llevaban trajes de seda, de un corte antiquísimo, que crujían mucho. De cuando en cuando cambiaban alguna palabra rápida, agria, haciendo un gesto con su perfil de cacatúas; miraban á ratos al mar con gran atención, como si del infinito hubiese de venir seguramente algo extraordinario; después volvían á su labor. Sus vetustas personas, ceremoniosas, rígidas, hacían un contraste extraño con el abandono de los jóvenes; los rizados cabellos y la blusa de Wanda estaban harto desordenados.

Llegó otra anciana igualmente ceremoniosa, que se parecía algo á las dos viudas, y la cual era la Condesa de Altenbourg, dama de honor de la Princesa Elsa. Venía acompaña-

da por dos criados que traían café y pastas, la merienda de las dos princesas.

La Condesa hizo una reverencia ante los Príncipes jóvenes.

—La invasión—murmuró Herman á Valeria.

Reinaba una extraña confusión de lenguas: las tías hablaban en alemán, y para hacerse oir de la Condesa, la decían á gritos alguna frase referente á la calma del mar, mientras que la dama servía el café y hacía signos de comprender. Las Princesas jóvenes hablaban por lo general en inglés; Herman y Othomar cambiaban algunas palabras en lipariano, y los niños, que se habían ido á jugar á otro terrado más bajo, mezclaban en sus juegos y en sus gritos el francés y el gothlandés.

Los criados trajeron el té de la tarde y lo colocaron ante la Princesa Sofía; en esto apareció una dama de honor, que se inclinó ante la joven Princesa heredera, y dijo en gothlandés:

—Su Majestad ruega á Vuestra Alteza que vaya á verla al saloncillo.

—Mamá me llama—dijo la Princesa Sofía en inglés, levantándose.—Wanda, ¿quieres tú servir el té?

La Princesa heredera atravesó el vestíbulo, que era una gran sala redonda, llena de cuernos de ciervo, cabezas de alce y trofeos de caza; después subió una escalera. En la antecámara de la Reina, un hujier abrió la puerta de la habitación. La Reina Olga estaba sola. Tenía algunos años más que su hermana la Emperatriz Isabel; era más alta y bastante más gruesa; sus facciones tenían mucho parecido con las de su hermana, pero eran más pronunciadas.

—Sofía—se apresuró á decir en alemán,—tengo una carta de Sigismundingen.

La Duquesa de Wendeholm, que se había sentado, preguntó sobresaltada:

—¿Algo que se refiera á Valeria?

—Sí...—murmuró la Reina, con mirada pensativa.—¡Pobre criatura!

—Pero ¿qué sucede, mamá?

—Toma, leéla tú misma.

La Reina entregó la carta á su nuera, la cual la leyó con rapidez.

La carta era de la Archiduquesa Eudosia, la madre de Valeria, y se veía que estaba escrita con mano que temblaba por la emoción; manifestaba en términos que querían ser indiferentes, pero que acusaban una gran satisfacción, que el Príncipe Leopoldo Von Lohe-Obkowitz se hallaba en Niza con la famosa actriz Estrella Dereaux; que estaba decidido á renunciar á sus derechos hereditarios en favor de su hermano menor, y que inmediatamente se casaría con su amante. La Archiduquesa rogaba en su carta á la Reina ó á la Princesa heredera que se lo comunicasen á Valeria, en la confianza de que la joven no se afectaría demasiado. La carta terminaba, por último, con una gran filípica dirigida contra el Príncipe Leopoldo, reo de tan grave escándalo; esto no impedía que la Archiduquesa expresase una verdadera satisfacción, abrigando al mismo tiempo la esperanza de que Valeria no pensaría ya probablemente en ser la Soberana de un Estado que apenas medía seis metros en cuadro.

El Archiduque Alberto escribía también y manifestaba que no eran rumores vagos, que el hecho era absolutamente cierto y que el mismo Príncipe Leopoldo lo había referido á personas que se apresuraron á escribir á Segismundingen.

—¿Ha hablado alguna vez Valeria del Príncipe von Lohe? —preguntó la Reina.

—Alguna vez, mamá—respondió la Duquesa de Wendeholm, devolviendo la carta.—Todos sabemos que esa noticia la causará un gran dolor. ¿Estará preparada por lo menos?

—Seguramente, no; no hemos leído ni sabido nada referente al asunto. ¿Debo decírselo? ¡Pobre criatura!

—¿Quieres que se lo diga yo, mamá? Como ya te he dicho, Valeria ha hablado alguna vez conmigo.

—Está bien, hazlo.

La Duquesa reflexionó y consultó el reloj.

—Ya es tarde; la hablaré después de la comida: ¿qué te parece?

—Bien, díselo después de la comida.

La Princesa heredera salió y se fué á vestir. A las siete sonó la campana, y todos se volvieron á reunir en el vestíbulo para dirigirse al comedor, cuyos amplios ventanales daban al bosque de abetos. La comida era muy animada; se reunían en la mesa el Rey Sigisfredo, robusto anciano con toda la barba blanca; la Reina Olga; el Príncipe heredero Gunther, joven de treinta y dos años, alto y rubio; la Princesa Sofía y sus hijos; Othomar, entre su tía y Valeria; Herman y Wanda; Olaf y Cristóforo; las dos viudas con la Condesa de Altenbourg; los funcionarios palatinos; las damas de honor; los chambelanes; la institutriz de la Princesa Isabel, y los preceptores de los Príncipes pequeños.

La conversación era alegre y de confianza. Los invitados vestían de frac, el Rey levita cerrada, y los Príncipes y funcionarios de *smoking*. Las Princesas jóvenes llevaban trajes de verano, claros, de seda blanca ó de batista de color de rosa; algunas lucían flores de invernadero.

Valeria hablaba con mucha animación; Herman continuaba embromándola acerca de sus estudios de nubes, pero Othomar manifestaba que eran admirables. La Reina Olga y la Princesa Sofía se miraban y permanecían más silenciosas que de ordinario. El Rey no cesaba de mirar á los jóvenes. Después de la comida se dispersó la familia. Othomar y Herman se fueron con los Príncipes jóvenes y con los niños á remar á bordo de dos lanchas. Wanda y Valeria se pusieron á pasear por el terrado, cogidas por el talle. El mar conservaba aún su color azul, pero el cielo había palidecido y no brillaba ya; el sol se dirigía á ponerse tras el horizonte, iluminando con sus últimos rayos las alargadas nubes.

Las dos jóvenes paseaban, se reían y miraban á las dos lanchas que bogaban, haciéndolas señales. A lo lejos pasaba

un buque, que lanzaba al espacio sus espirales de humo. Las muchachas gritaron: «¡Hurra, hurra!», agitando los pañuelos.

—Mira estos periódicos de Herman—dijo Valeria.—A tía Olga no le gusta este desorden.

Y enseñaba las revistas y los periódicos que los criados se habían olvidado de recoger. Estaban esparcidos por las sillas, por la mesa y por el suelo.

—Voy á llamar para que los arreglen—dijo Wanda.

—No, déjalo—replicó Valeria.

Y se puso ella misma á recoger y á poner en orden los papeles; Wanda se había puesto á saludar de nuevo á las lanchas con el pañuelo.

—¡Dios mío!

Al oir el grito que lanzó Valeria, se volvió Wanda precipitadamente; la Archiduquesa estaba pálida y se había dejado caer en una silla.

Los periódicos se habían desparramado nuevamente; pero Valeria tenía uno apretado convulsivamente entre sus manos y le miraba con ojos espantados.

—Esto no es verdad...—murmuraba...

—¡Son mentiras... calumnias!

—¿Qué te sucede, Valeria?—preguntó asustada Wanda.

En aquel momento entró llamando la Duquesa de Wendeholm.

—¡Valeria!

La joven no la oyó. La Duquesa se acercó á ella.

—Valeria—repitió,—¿puedo hablarte un momento?

La Archiduquesa levantó su lívido rostro. Parecía que no oía á nadie.

—¡Dios mío!—exclamó la Duquesa dirigiéndose á Wanda.—¿Lo sabe ya?

—¿El qué?—preguntó Wanda.

En aquel instante entró un criado trayendo unas cartas en una bandeja de plata. Unas eran para la Duquesa, y otra para Valeria.

La Archiduquesa, á pesar de su estado, vió la carta y se apresuró á cogerla ávidamente; salió el criado.

—¡Señor!...—balbuceó Valeria.

Rasgó el sobre temblándole las manos y leyó la carta con mirada extraviada. Sofía y Wanda la contemplaban con terror.

—¡Dios mío!—volvió á exclamar dolorosamente la Archiduquesa.—¡Era verdad... era verdad... era verdad! ¡Oh!...

Se levantó temblando, miró en derredor con expresión de infinita angustia y se arrojó como una loca en brazos de la Duquesa. Sus sollozos la ahogaban, y experimentó en su corazón la sensación de una puñalada.

—¡Me lo escribe él mismo!—gritó.—¡Él mismo! ¡Era verdad lo que decían los periódicos! ¡Oh!...

Y dejó caer su cabeza sobre el pecho de Sofía, que la condujo al vestíbulo; Valeria se dejó llevar como una niña. Wanda las siguió llorando desconsoladamente, sin saber por qué.

Desde las lanchas que continuaban alejándose, los Príncipes hacían señales. La Princesa Isabel, que estaba á bordo, gritaba algo, no comprendiendo cómo Wanda y Valeria no respondían á su juego.

Se ocultaba el sol; las brillantes nubes se confundían en una niebla de contornos dorados y refulgentes: se acercaba la noche; la sombra se extendía por el cielo; una nube, como si hubiese conservado las alas de fuego de los últimos rayos del sol, continuaba brillando aún en el cielo, pero pronta á desaparecer, y de repente sus truncadas alas se perdieron en la obscuridad. Aparecieron en el firmamento las primeras estrellas.

IV

A la mañana siguiente, muy temprano aún, á las cinco y media, la Archiduquesa Valeria bajaba por los terrados de Altseeborgen. Se limitó á decir á su camarera que estaría de

vuelta á la hora del desayuno. Arrastrada por un impulso irresistible bajaba de terrado en terrado. No se encontró más que con algunos criados y con los centinelas; en cuanto descendió del último terrado se dirigió hacia el mar; en un puertecillo cuadrado, construído en el granito, estaban fondeadas las embarcaciones de remo y vela. Valeria saltó á una canoa, larga, ligera, y soltó la amarra. Se sentó, empuñó los remos, y no tardó en salir del puerto avanzando hacia el mar. Soplaba viento del Sudoeste. El mar estaba extraordinariamente gris, y en el cielo, de color blancuzco, flotaban nubes filamentosas empujadas por el viento. No se veía el horizonte; la niebla ocultaba la línea de separación entre el cielo y el mar.

Arreciaba el viento.

Valeria se había quitado el sombrero, y sus cabellos se arremolinaban en su cara. Pensaba haberse dirigido remando hacia el pueblecillo de pescadores; pero comprendió en seguida que sus fuerzas no le permitían bogar en contra del viento. Así, pues, se dejó guiar por él. Pensó un momento en el cielo, en el tiempo y en el viento; dejó después de pensar en todo aquello, y volvió á empuñar los remos vigorosamente.

Aun cuando el mar estaba relativamente tranquilo, la canoa se balanceaba bastante, y la espuma se estrellaba contra sus bordas. Hubo un momento en que, al volver la cabeza, Valeria se asustó de la distancia que la separaba de Altseeborgen.

Dudó un momento, pero se dejó arrastrar de nuevo. Cuando abandonó el castillo, no había obedecido más que á un pensamiento: solamente al deseo de moverse. Después, nuevas ideas corrieron por su mente como si el viento la hubiese despertado de su letargo. Los ojos de Valeria brillaban, muy abiertos, sin lágrimas, fijos ante ella.

Así, pues, era verdad, era verdad; estas palabras no se apartaban de su mente. Los periódicos — aquellos periódicos que Herman leía para matar el tiempo—lo anunciaban; Sofía se lo había dicho; la misma carta de él se lo comunicaba.

Ya no poseía aquella carta; la había hecho pedazos; pero cada una de sus palabras penetraba en su cerebro como un hierro candente.

Aquella era su letra, eran sus propias frases, su estilo. ¿Cómo podía haberse dejado fascinar nunca por aquellas frases? ¿Pero acaso eran suyas las de la carta? ¿Era su manera de escribir? ¿Podía ella imaginarse que la hubiera llegado á hablar jamás de aquel modo?

«No quería — decía él en la carta — hacerla desgraciada amándola contra la voluntad de sus padres, de su imperial familia. Era harto cierto que él no era igual á ella por su nacimiento. Su casa pertenecía á la nobleza antigua, pero nada más. Ella, en cambio, era de sangre real é imperial. Le estaba reconocido de que hubiese querido descender hasta él, de que hubiese querido elevarle hasta ella. Pero no podía aceptar semejante sacrificio. Las tradiciones humanas deben ser respetadas, y principalmente en ellos, como grandes, no estaba bien que fuesen en contra de esas tradiciones. Debían recordar con gratitud el amor que les había hecho felices, pero no debían desear nada más.

»En Viena se oponían á su amor. ¿Hubiérala hecho él jamás completamente dichosa? ¿Si se hubiesen casado y se hubieran visto obligados á ocultar su amor en el extranjero, no habría ella deseado volver, no habría ella experimentado alguna vez arrepentimiento por haber perdido el esplendor del que por causa de él había descendido? Porque de haberse casado, lo peor hubiese sido para ella, por incuria en el enojo de su Emperador.

»No, eso no podía ser. Debían separarse; no habían nacido el uno para el otro. Si alguna vez habían abrigado esa gratísima ilusión, tenían que reconocer que era imposible. Él la quedaría agradecido eternamente por aquel recuerdo.

»Con el corazón destrozado, destrozado, sí, se despedía de ella. Era el fin de su alto destino, de su vida, de todo. Pedíale perdón. Reconocía que era demasiado débil para amarla con-

tra la voluntad del Soberano, y la volvía á pedir perdón. Oiría ella el nombre de una mujer unido al de él; también por esto la pedía perdón. No amaba á aquella mujer, pero ella quería consolarle en su dolor...»

El viento había arreciado considerablemente, y sus rachas eran pesadas, uniformes. El cielo estaba sombrío, las olas se estrellaban con furia contra la canoa y la elevaban en sus lomos como monstruos acuáticos. La espuma salpicaba á Valeria: Altseeborgen estaba sumamente lejos, visible apenas; veíase aún la bandera flotando al viento como una cinta.

—¡Estoy loca!—se dijo Valeria.—¿A dónde voy? Es necesario volver...

Pero no era empresa fácil la de hacer virar á la canoa; á cada tentativa se lo impedía el viento y la llevaba cada vez más lejos; la desesperación invadía el cuerpo y el alma de la joven, desesperación física y moral.

—¡Pues bien; tanto peor!—exclamó.

Y soltó los remos y se dejó llevar cada vez más lejos, más lejos... ¿Por qué no? ¿Por qué no había de dejarse llevar? Sin él, su vida era imposible. Su felicidad estaba destrozada, y ¿qué era la vida sin la felicidad? Porque ella deseaba la felicidad; la necesitaba tanto como el pan.

Y navegaba medio tumbada en la canoa, de cuyas dos bandas colgaban los remos; saltó una ola á bordo y pasó por encima de la joven; sus ojos miraban, brillantes, hacia adelante, á lo lejos. Saltó otra ola é inundó el fondo de la lancha. Valeria se incorporó lentamente y vió un mar furioso y un cielo negro. Entonces volvió á empuñar los remos con un suspiro de dolor.

—¡A los remos!—exclamó.

La canoa subía hasta el cielo y descendía hasta el abismo. Pero con un esfuerzo desesperado logró Valeria que la canoa virase en redondo.

—¡Un esfuerzo!—murmuró entre sus dientes apretados.

Mantuvo á la frágil embarcación contra la dirección del

viento y comenzó á remar. Necesitábanse grandes esfuerzos.

Con los músculos en tensión, la frente arrugada, crispados los puños y los dientes apretados, continuó vogando y resistiendo con todas sus fuerzas á la violencia del viento. Necesitábanse grandes esfuerzos, y los hacía. Estaba acostumbrada á desplegar todas sus fuerzas, y continuaba remando maquinalmente. Comenzó á sollozar, pero no soltó los remos.

¡Oh! le había amado con toda su alma. ¿Por qué? ¿Lo sabía acaso? ¡Oh! si él hubiese sido algo más fuerte, ella lo hubiera sido seguramente. ¿Qué les importaba el enojo del Emperador, si se querían? ¿Qué les importaba el enojo de sus padres, si se querían? ¿Qué les importaba Europa, si se querían? Nada, absolutamente nada... ¡Si él se hubiera atrevido á apoderarse de la felicidad cuando fluctuaba ante ellos! ¡La felicidad no se presenta más que una vez en la vida ante cada alma! Pero él no se había atrevido; se había sentido demasiado débil y se lo confesaba... ¡Y ya todo había terminado, todo había concluído!...

Y sin dejar de llorar continuaba remando. Le parecía que sus brazos se hinchaban como si fueran á reventar. Empezaron á caer algunas gotas de agua. ¿Para qué remaba? El mar era la muerte, la emancipación de la vida, el olvido, el abismo en donde desaparecían todas las penas, todos los dolores. ¿Para qué continuaba remando?

—¡Dios mío! no lo sé—respondió á sí misma en alta voz; —pero ¡es preciso, es preciso!

Y con todas las fuerzas de su juvenil vigor continuó luchando por la vida...

En Altseeborgen reinaba una gran inquietud. Valeria había salido hacía ya tres horas. La camarera no sabía más sino que Su Alteza aseguró que estaría de vuelta á la hora del desayuno. Los centinelas la habían visto bajar por los terrados, pero ignoraban hacia qué lado se dirigiera Su Alteza. Creían que en dirección del bosque, pero no estaban seguros.

La angustia crecía por momentos; nadie se atrevía á manifestar sus sospechas, pero se leían en los ojos de todos. El Rey Sigisfredo dió personalmente algunas órdenes para que se buscase á Valeria, pero sin llamar la atención de palacio ni de los moradores del pueblo vecino. Nadie pensaba que la Archiduquesa se hubiese extraviado; porque el bosque de abetos no era grande, y no había por allí más lugares que el pueblo, la playa y el bosque.

El Rey y el Príncipe heredero Gunther se dirigieron al bosque con un ayudante; Herman y su hermano Olaf fueron por la izquierda hacia el pueblo, y Othomar y Cristóforo á lo largo del mar, por la derecha. La Reina y las Princesas permanecieron en el castillo, llenas de mortal inquietud y con el corazón palpitante. Aun cuando todos se esforzaban en disimular y tomar el desayuno, el rumor del suceso corría vagamente por el castillo.

Othomar y Cristóforo caminaban por la playa llena de piedras; comenzaron á caer gruesas gotas de agua.

—¿Qué buscamos aquí?—preguntó Othomar desesperado.

—Tal vez se ha arrojado al mar—respondió su joven acompañante, y por primera vez en su vida tuvo miedo de aquel abismo de muerte.

Sin darse cuenta de que andaban, continuaban andando.

—Volvámonos—dijo Othomar.

Sin embargo, siguieron adelante; no podían separse de allí.

De pronto se oyó un grito en el mar; experimentaron una sacudida, pero al pronto no vieron nada.

—¿Has oído?—preguntó Cristóforo palideciendo, pues se acordaba de las leyendas del mar.

—Alguna gaviota—respondió Othomar; pero prestó oído.

De nuevo resonó el grito.

—Allí, ¿no ves nada?—preguntó Cristóforo.

Y señalaba un punto que flotaba en el agua. Othomar hizo un signo negativo.

—No, no puede ser—replicó Othomar.—Habrá gritado algún pescador.

—No; ¡aquello es una canoa!—gritó Cristóforo.

Callaron ambos y echaron á correr.

El punto se hacía cada vez más visible, el grito resonaba más agudo.

—¡Dios mío! ¡Valeria!—exclamó Othomar.

En respuesta lanzó ella algunas palabras, pero no se oyó bien. Venía remando en dirección á la orilla. Othomar se quitó la americana y los zapatos, y se remangó los pantalones y las mangas de la camisa.

—Toma todo esto— dijo á Cristóforo,—y vuelvete al castillo. Dí que...

Y con la mirada fija en el mar, se echó al agua y se puso á nadar hacia la canoa. No era fácil abordarla, porque la lancha iba de un lado para otro, á impulso de las olas; pero con un movimiento certero y rápido, Othomar consiguió saltar á bordo.

—No puedo más—dijo Valeria desfallecida.

Dejó caer los remos, que inmediatamente fueron empuñados por el Príncipe. Valeria comprendía que se iba á desvanecer, pero hizo un esfuerzo y se mantuvo erguida para no asustar á su compañero.

V

La Archiduquesa no se presentó á almorzar, y se retiró á dormir. Momentos antes de la comida se presentó en el vestíbulo, en donde tomaron el té aquella tarde, á causa de la lluvia, la Reina, las Princesas y los niños. Valeria estaba un poco pálida, con el rostro contraído y los ojos muy abiertos y muy brillantes. Llevaba un sencillo traje de verano, de color violeta pálido, y ceñía su talle una cinta blanca sujeta

con un nudo. Aquel color se adaptaba admirablemente á su extraña cabellera con reflejos obscuros y dorados.

La Reina tendió la mano á Valeria, inclinando la cabeza, y le dijo:

—¡Mala! ¡Qué susto me has dado!

Valeria dió un beso en la frente á la Reina, y replicó:

—Perdóname, tía. El viento era tan fuerte que no podía resistirle. No hubiera debido salir, pero tenía... tenía necesidad de movimiento.

La Reina la miró con ansiedad.

—¿Cómo estás?

—Perfectamente... Un poco nerviosa... un poco dolor en la cabeza. No es nada. Solamente mis manos tienen algunas ampollas. Mira...

Y se echó á reir.

Las tías quisieron conocer minuciosamente lo sucedido. Era difícil el explicárselo. Wanda se sentó entre ambas y comenzó la relación: sus rostros de cacatúas se volvían á derecha é izquierda y se inclinaban hacia Wanda. Las dos señoras, con las manos puestas en el corazón, miraron á Valeria asustadísimas. La Archiduquesa las dirigió una afectuosa sonrisa. Llegó la Condesa de Altenbourg, pusiéronla en medio las dos tías, y á su vez refirieron á gritos la historia á su sorda dama. Después entró el Rey Sigisfredo, el cual se acercó á Valeria, que se había puesto en pie, le cogió la cabeza entre las manos, la miró y se sonrió. Luego se volvió hacia sus hermanas, las cuales se divertían mucho; hallábanse las Princesas á mitad de la historia que relataban á la Condesa, pues se interrumpían entre sí y se quitaban la palabra á cada momento.

—¡Bah! la cosa no es tan terrorífica—dijo el Rey interviniendo en la relación;—y además el remar es un excelente remedio contra las jaquecas. Cuando tú sufras alguna, Elsa, será preciso que pruebes tal remedio.

La anciana Princesa le miró con su dulce sonrisa; nunca

sabía cuándo hablaba su hermano en serio ó en broma: después hizo un majestuoso signo negativo con la cabeza.

—No, querido Sigisfredo, nosotras no podemos hacer ya tales cosas. Nuestra querida Archiduquesa es aún una jovencilla.

Othomar, Gunther y Herman, que habían estado jugando al billar, entraron seguidos de los Príncipes pequeños. Valeria se estremeció ligeramente, se levantó y se dirigió á Othomar.

—Mil y mil gracias, Xara—le dijo.

—¿Por qué, Valeria?—repuso Othomar con naturalidad;—yo no he hecho más que empuñar los remos en los últimos momentos. No había peligro alguno. Porque si te habías cansado de remar, no tenías más que echarte al agua y nadar hasta la orilla. Eres una buena nadadora. Lo único que se hubiera perdido es la canoa.

Ella le miró.

—Es verdad—replicó,—pero no pensaba en ello. Tal vez estaba turbada. No lo hubiera hecho, tenía la idea fija de volver remando... Si no hubiese podido remar más, estaba segura de... No rechaces mi agradecimiento, te lo ruego, acéptalo.

Le tendió las manos y Othomar se las estrechó, mientras la examinaba silenciosamente con asombro, sin comprenderla. Estaba convencido de que aquella mañana había abandonado el castillo con un proyecto de suicidio. ¿Se había arrepentido ó no se había atrevido? ¿Había experimentado un regreso á la vida ó había reflexionado? ¿O tal vez era tan frívola que hubiese ya dominado el gran dolor experimentado el día antes? ¿Creía ella que la vida pasa con la indiferencia de un carro triunfal sobre lo que forma parte de nosotros, felicidad ó desgracia, y que lo mejor es permanecer insensible á todo? ¿Qué es lo que había en el fondo de ella? No podía adivinarlo. Y de nuevo experimentaba un sentimiento muy extraño ante el misterio del amor. ¿Qué es lo que valía seme-

jante sentimiento si pesaba tan poco en el alma de una mujer? ¿Qué pesaba en él el amor hacia Aleja? ¿Qué representaba?... ¿Acaso era el amor una cosa distinta de aquellos sentimientos?

Durante la comida, Valeria habló como siempre, y Othomar no lograba comprenderla. Y se sentía conturbado al ver su impotencia para penetrar en el corazón humano; ¿cómo podría desarrollarse en él aquella penetración? Y sin embargo, un futuro Soberano debía ser capaz de escrutar con una sola mirada el corazón humano.

Y de repente, tal vez únicamente por su deseo de conocer al hombre, se le ocurrió la idea de que Valeria estaba disimulando, de que quizá sufría aún mucho, pero que se esforzaba en disimular, que se contenía, pues no en vano era hija de Príncipes. Los hijos de los Príncipes procuran contenerse, disimular. Lo tienen en la sangre. Miróla de reojo, pues la tenía á su lado; con mucha calma continuaba hablando con la Reina. Othomar no sabía si la juzgaba bien, y vacilaba en esta disyuntiva: ó se contiene ó es frívola sencillamente. Pero se alegraba de poder dudar acerca de ella, y de que la primera acusación de frivolidad pudiese ser combatida por una segunda idea. Se alegraba, no solamente por Valeria, que en tal caso sería mejor de lo que al pronto había pensado de ella; se alegraba especialmente en tesis general, porque sacaba la consecuencia de que muy á menudo el hombre es mejor, piensa con más se riedad y tiene sentimientos más elevados de los que aparenta en la vulgaridad de la vida diaria, que le obliga á ocuparse á cada instante en pequeñeces y fruslerías. Experimentó un tierno sentimiento de alegría por habérsele ocurrido tal pensamiento. Era una satisfacción el haber descubierto en la vida una grandeza, un secreto hermoso. Tal vez todos lo sabían, pero ninguno lo dejaba ver. ¡Oh, sí! los hombres eran buenos, el mundo en su esencia era bueno. Solamente un misterio extraño le obligaba á que pareciese lo contrario, una extraña necesidad del orden universal establecido.

Miró en torno suyo; miró á lo largo de la mesa. Todos los rostros expresaban benevolencia y simpatía. Amaba á su tío el Rey, tan tranquilo, fuerte y apacible, con aquella aparente rudeza, aquel carácter taciturno propio del Norte, con aquella agradable sonrisa, y de cuando en cuando, con aquellos ribetes de burla simpática especialmente respecto de sus hermanas, pero también cuando se dirigía á los niños, y hasta á los Ayudantes de campo y á las damas de honor. Sabía que su tío era un pensador, un filósofo; hubiera tenido mucho gusto en hablar largamente con él de cuestiones filosóficas. También amaba mucho á su tía; Princesa de gran corazón, ¿qué no había hecho por su país? ¡Cuántas instituciones de beneficencia no había fundado!

Y al mismo tiempo era una madre amantísima y animosa; ¡de qué modo había realizado la difícil tarea de educar á hijos de Rey! En su país era más amada de lo que su misma madre, á la que él adoraba, lo era en el suyo. Tenía más tacto, menos temor, menos altivez enfrente de la muchedumbre. Tal vez las cosas hubieran debido suceder á la inversa; Isabel Reina aquí, su hermana Emperatriz allí...

Y el Príncipe heredero, Gunthar, con su virilidad; Herman, con su juventud; los niños, con su bulliciosa alegría, ¡cuánto les quería á todos! A Sofía, á Wanda, á los pequeños, á todos les quería. Hasta encontraba simpáticas á las tías, y á la gran señora anciana que se sacrificaba al cuidado de ellas.

¡Oh! El mundo era bueno, los hombres eran buenos. Y Valeria no era insensible, sino que sufría en profundo silencio, como debe sufrir una hija de Príncipes, con la tranquilidad en los ojos y la sonrisa en los labios.

Terminada la comida, la Reina Olga tomó el brazo de Othomar y le dijo:

—Ven conmigo.

La lluvia había cesado; un hujier abrió las grandes puertas que daban al ancho terrado que comunicaba al comedor y

daba al bosque. La Reina, del brazo de Othomar, se puso á pasear á lo largo del terrado.

—¿De manera que te dispones á dejarnos?—le preguntó.

Othomar la miró sonriendo, y contestó:

—Con harto disgusto mío, tía, bien lo sabes. Muchas veces recordaré con placer mi estancia en Altseeborgen con todas vosotras. ¡Me encuentro tan bien aquí! Pero también tengo deseos de ver á mamá; hace ya cerca de cuatro meses que no la veo.

—¿Y te encuentras mejor?

—¿Cómo no había de estarlo, tía? El viaje con Herman me ha fortificado por completo, y la vida aquí á vuestro lado ha sido para mí una cura maravillosa, unas espléndidas vacaciones...

—Pero ya han terminado las vacaciones. ¿Podrás trabajar de nuevo?

Othomar sonrió con expresión de absoluta seguridad en sus ojos melancólicos.

—Seguramente, tía. No se puede estar en perpetuas vacaciones. Me parece que ya me he divertido bastante. ¡Seis semanas sin hacer otra cosa que recrearme en la playa ó en el bosque, ó balancearme en la cómoda mecedora de Herman!

—¿No has hecho nada más? — le preguntó la Reina maliciosamente.

—¿Por qué lo dices?

—¿No has salvado la vida á Valeria?

Othomar hizo un imperceptible movimiento de impaciencia.

No, en verdad, tía. Los periódicos lo contarán de esa manera, pero en realidad no se trata de ningún salvamento. Valeria sabe nadar perfectamente y estaba muy cerca de tierra.

—He recibido una carta de tu padre, Othomar.

—¿De papá?

—Sí... ¿no has pensado tú nunca en Valeria?

Othomar reflexionó un momento y respondió sonriendo:

—Tal vez.

—¿No experimentas alguna inclinación hacia ella?

—Sí, querida tía. Creía que papá hubiera preferido la gran Duquesa Xenia.

La Reina se encogió de hombros.

—¿Y la cuestión religiosa? Por lo demás, tu padre acepta de buen grado una alianza austriaca. ¿Cómo y cuándo piensas realizar tu viaje?

—Ducardi y los demás llegan esta semana, á fines de la semana. Primeramente iremos á Copenhague ,Londres, Bruselas, Berlín, y después á Viena.

—¿Y después á Sigismundingen?

—Sí, á Sigismundingen, si mi padre quiere.

—Pero tú, ¿qué es lo que quieres, Othomar?

El Príncipe la miró dulcemente y se encogió de hombros sonriendo.

—¿Y qué es lo que debo querer, tía?

—¿Amarás á Valeria?

—Así lo espero, querida tía; creo que es muy buena y muy enérgica.

—¡Oh! ciertamente, Othomar. ¿No hablarás con ella antes de tu marcha?

—Tía...

—¿Por qué no?

—Tía, no puedo hacerlo. Me quedan pocos días de permanencia en ésta.

—¿Y bien?

—Valeria ha experimentado un gran dolor. No podía suceder otra cosa: todavía sufre. Piensa que su dolor data de ayer. ¡Dios mío! Ayer y hoy estaba tan tranquila, tan serena... Pero es imposible, ¿no es verdad? es imposible que no sufra mucho. Esta misma mañana se lanzó al mar... No sabemos con qué objeto, tía, pero... todos tenemos la misma idea. Tal vez nos engañemos sencillamente. Las cosas parecen á menudo bastante diferentes de lo que en realidad son. Pero,

de todos modos, Valeria sufre seguramente. No pienso hablarla de nuestro asunto ahora.

—Es lástima. Estais juntos, aun cuando estas cosas se dicen á menudo desde lejos. Hubieras podido tal vez, arreglando aquí el asunto, evitar ese viaje.

—Tía, papá tenía muchos deseos de que emprendiera ese viaje.

—Es verdad; pero porque no había nada decidido.

—No, tía; déjame hacer el viaje. No se pueden arreglar las cosas aquí. Aun cuando papá mismo me lo indicase, le respondería que no es posible.

—Pues te lo pide así, Othomar, en esta carta que me dirige.

Othomar estrechó las manos de la Reina.

—Tía, responde á papá que ahora no es posible. No; es imposible, es imposible. Respetémosla, querida tía. Si ella llega á ser mi mujer, ha de serlo cuando no ame á otro. ¿No es ya bastante grave que esto se decida dentro de algunos meses? Respetémosla, pues. Como mujer debes comprenderlo, ¿no es verdad? No hay ninguna razón de Estado que exija la realización inmediata de mi matrimonio.

—Sin embargo, tu padre quiere que te cases lo más pronto posible, Othomar. Desea un nietezuelo...

Othomar no respondió; pero su rostro demostró sufrimiento. La Reina lo observó y añadió, adhiriéndose á su parecer:

—Tienes razón. Sería demasiado cruel. Sin embargo, Valeria es fuerte. Así debe ser la futura Emperatriz de Liparia...

Othomar no contestó y siguió paseando en silencio, con una mano apoyada en el brazo de la Reina: ésta le sitió temblar.

—Vamos—dijo con dulzura Olga,—entremos ya; estos paseos de arriba á abajo cansan en seguida...

VI

Ducardi, Dutri, Leoni y Thesbia llegaron á Altseeborgen, con objeto de acompañar á Othomar en su viaje oficial á las cortes europeas. Era uno de los últimos días en que Othomar daba su paseo matutino por el bosque en compañía de Herman. Brillaba el sol, el bosque estaba perfumado, y las finas ramas de los abetos caídas en el suelo crujían bajo los pies de los paseantes. Los Príncipes se sentaron en el suelo, junto á un gran estanque; á su alrededor erguíanse los troncos de los abetos con muchas ramificaciones; al través de las verdes ramas veíanse espacios azulados del cielo.

Herman estaba apoyado en un árbol; Othomar estaba tumbado de espaldas, con la cabeza apoyada en las manos.

—Pronto habrá concluído—dijo dulcemente.

Herman no respondió; maquinalmente recogía las ramas de abeto esparcidas en torno suyo. Y Othomar se calló. Aspiraba aquellas últimas horas de descanso como bebida que se saborea; cada uno de aquellos instantes tan tranquilos era un placer que no volvería ya. En el bosque todo era silencio, como si la tierra hubiese estado deshabitada; la tristeza de lo que concluía pendía de los árboles.

De repente Othomar cogió una mano de Herman y se la estrechó.

—Gracias—dijo.

—¿Por qué?—preguntó Herman.

—Por el placer que hemos disfrutado juntos. Mamá tenía razón; yo no te conocía, Herman.

—Tampoco yo te conocía, querido primo.

—Hemos disfrutado unos días hermosos. ¡Qué satisfacción ha sido la de viajar como dos *turistas!* ¡Qué grandioso es el Indostán y qué curioso el Japón! No me gustan las cacerías ordinarias, pero contigo he comprendido y he experimentado la emoción que proporcionan; no olvidaré jamás nuestra caza del tigre. Los ojos de ese animal, el peligro enfrente, todo eso for-

tifica. En tal momento se siente uno primitivo como el primer hombre. Ante un tigre que le mira á uno, no se conocen las vacilaciones. Es un peligro muy diferente de aquel que tiene á mamá en continua agitación y que enerva al fin y quita toda energía... ¡Y las noches del Océano Índico á bordo de nuestro Viking! ¡Aquel inmenso cerco, tachonado de astros! ¡Cuántas veces lo contemplamos, con las piernas en los obenques...! Tal vez no esté bien dejarse mecer por tales sueños, pero reposa. No, jamás lo olvidaré, jamás...

—Pues volveremos á realizarlo.

—No, no se vuelve á realizar una misma cosa. Lo que pasó, pasó. Nada vuelve, ni siquiera por un momento. Lo que sigue es siempre diferente...

Miró en rededor para asegurarse que no podían oirle, y después murmuró en voz baja:

—Herman, tengo que decirte algo.

—¿El qué?

—Una confidencia. Pero respóndeme antes: frente al tigre no me has visto cobarde. ¿Verdad que no?

—¡Ciertamente que no!

—Pues bien, soy cobarde, sin embargo. Tengo miedo, constantemente miedo. Los médicos no lo saben, porque jamás se lo he dicho. Pero soy un cobarde...

—Pero, ¿por qué, querido primo?

—Es innato en mí. Mira, Herman, sufro tal temor... que no siempre podré dominarme. Llegará un momento en que seré un cobarde; llegará un momento en que no podré dominarme, y entonces, entonces...

Estaba temblando; los dos primos se miraron.

—No, no es posible—añadió maquinalmente, como fortalecido por la mirada de Herman:—resistiré, combatiré esta angustia... ¿Crees tú en los presentimientos?

—Sí, pero al contrario; ¡cuando tengo alguno, me sucede siempre lo contrario!

—Espero, sin embargo, que el mío no se realice.

—Pero ¿cuál es?

—Que antes de fin de año... alguno de nosotros... morirá en Lipara.

Herman le miró fijamente. Bajo su vigor y su fuerza muscular ocultaba una ligera herencia de supersticiones que el Océano trae con sus voces de lejanas profecías; supersticiones envueltas en las hermosas leyendas del mar gothlandés que, como una sirena, canta historias místicas y exrañas. Tal vez no se daba cuenta de lo que significaba la impresión que las palabras de Othomar le produjeron en su vigorosa sangre, y queriendo sacudir tal impresión como un absurdo, exclamó:

—¡Pero, Othomar, sé razonable!

—No puedo ser de otra manera, Herman. Procuro no pensar en ello; pero el recuerdo me asalta como si me dieran un alfilerazo, como idea que brota de repente en el cerebro. Y hace poco... últimamente, la cosa ha sido bastante peor; he tenido un sueño, una pesadilla. Cruzaba yo por las calles comerciales de Lipara, y en todas las tiendas medían tiras de crespón, y de todas ellas salían gentes vestidas de luto; lo negro se extendía por todas partes, por toda la ciudad y fuera de ella. Todo estaba obscuro; el sol no podía atravesar las nubes, y las sombras reinaban en todos los lugares. Nadie parecía reconocerme, y cuando preguntaba la causa de aquel inmenso duelo, murmuraban todos en voz baja: «¡Silencio, silencio; es por el Palacio!...» Entonces me desperté; me encontraba bañado en sudor, y todavía me parecía estar oyendo en mis oídos: ¡por el Palacio, por el Palacio!...

Herman se había puesto en pie algo nervioso.

—Vámonos—dijo,—vámonos ya... Todo eso no es más que un sueño; no creas en los sueños, Othomar.

Éste se había levantado también.

—No, no debería creer en ellos—repitió con indefinible acento:—antes no creía nunca en ellos.

—Othomar...—exclamó de pronto Herman, como si fuera á decir algo.

—No me digas nada; déjame un momento tranquilo—dijo Othomar angustiado, interrumpiéndole con viveza.

Atravesaron el bosque silenciosamente. Othomar miró en torno suyo con mirada extraviada, y después fijó sus ojos en el suelo. Herman tenía los labios apretados y arrugado el entrecejo; estaba molesto. Pero no hablaba. Pasados algunos minutos, los extraviados ojos de Othomar se tranquilizaron y recobraron su habitual melancolía. Entonces suspiró ligeramente como si volviera á la vida.

—No te enfades—dijo, cogiéndose del brazo de su primo.

Su voz había recobrado su habitual acento.

—Me convenía tal vez decirte lo que te he dicho; mi expansión me ha tranquilizado. No te enfades, pues, Herman... Te prometo que no te volveré á contar cosas semejantes; sí, haré cuanto pueda para no volverte á hablar así. Pero sentía necesidad de decirte lo que me atormentaba. Y tal vez haya sido mejor haberlo hecho. Ya ves, pronto no tendré tiempo de pensar en tales cosas. Mañana estaré en Copenhague, y la vida recobrará su curso ordinario. ¿Por qué te he hablado así? ¿Cómo he llegado á tal extremo? Ni siquiera lo sé... Ahora me parece una locura.

Se echó á reir, y después volvió á ponerse serio.

—Me alegro de todos modos de haber podido hablar contigo á solas, de haber podido darte gracias. ¿Verdad que ahora somos amigos?

—Sí, somos amigos—respondió Herman riendo, sin experimentar ya ningún enojo;—pero ¿estará de Dios que no llegue á conocerte jamás completamente?

—No digas eso por lo que acabo de decirte, pues á mí mismo me parece insensato mi presentimiento. ¿Qué más hallas en mí que sea enigmático?

Herman le miró.

—Nada, aparte de eso, nada—respondió asintiendo.—Eres un buen muchacho. Ignoro cómo ha sucedido, pero te he tomado mucho cariño.

Salieron del bosque; el mar se extendía ante su vista. Extendíase, como la vida misma, con el misterio de su profundidad, en la que parecía palpitar un alma que ordenase y dirigiera los movimientos de las olas. Imposible era indicar ni contar los cambios de las aguas: imposible decir las razones de su incesante movilidad, cuando levanta sus furiosas olas, como en un arrebato de pasión. Pero tal pasión no era más que una manifestación superficial, como el exceso de su infinita vitalidad; de sus profundidades brotaba como un murmullo, en intraducibles melodías de millones de voces, el misticismo de su alma: un secreto que desconocía el cielo que se extendía sobre el coloso.

LUIS COUPERUS.

(*Se continuará.*)

POETAS AMERICANOS

EPITALAMIO

LEÍDO EN LAS BODAS DE MI AMIGO EL DOCTOR CARLOS LEÓN Y LA SEÑORITA MARÍA BAUDER TAMAYO

¿A qué á buscar la casta musa iría
Del Ménalo los bosques resonantes
Ni las blandas corrientes del Iliso,
Ni el carro de oro y cándidas palomas
De la deidad ciprina, ni la flauta
Melodiosa de Pan, ni la luciente
Antorcha de Himeneo, cuando anhela
Sólo cantar en reposado ritmo
No de la Arcadia pastoriles nupcias,
Sino el amor eterno del cristiano
En las sagradas aras de rodillas?
¿Ofrenda á ti sería en tal instante
El recental hermoso, ó el carnero,
Negro como la noche, de Teresias,
Cuando tu amor y tus virtudes piden
De los cielos la mística paloma
Y el nevado cordero del Calvario?
No el bello campo americano vieron

De Grecia ni de Roma los cantores,
De América los bosques seculares,
El torrente espumoso, el ancho río,
Son gloria y maravilla de los mundos,
Y cantan al Criador un himno eterno;
La rumorosa ceiba y el frondoso
Samán de la montaña nos amparan
Del sol y de la lluvia y los estragos
Del huracán violento; mansas brisas
Murmuran apacibles en las selvas;
Las palmas hablan seductor idioma;
Los pájaros derraman á raudales
La dulce poesía, que perturba
Con monótono canto la cigarra,
Y del bochorno y de la sed transidos
Juntos acuden al vecino arroyo
Sanguinoso jaguar y mansa liebre,
Buitre feroz y débil tortolilla.

¡Ah! ¡Si la antigua musa por las cumbres
Del Ande colosal cernir pudiera
Las voladoras alas! ¡Si cruzase
Las ondas de Orinoco y de Amazonas,
De Tequendama y Niágara los tumbos;
Si aspirase el aroma de los bosques,
Si de las selvas el rumor oyese,
Y en los colores y en la luz bañada
Sintiese arder la inspiración divina,
Sus cantos de entusiasmo y de victoria
Dejaran con su brillo oscurecidos
Los cantos inmortales de la Grecia!

¡Tierra de amor y luz, mansión felice
Que para gloria y bien de los mortales
Llenó de maravillas el Eterno!

En ella vió la luz la prometida
Por Amor inmortal que te encadena
Con sus lazos de flores. ¡Cuál hubiese
Hoy resonado en las nupciales aras
De la ardiente lesbiana el himeneo
O de Catulo el dulce epitalamio,
Si hubiesen admirado de María
La preclara virtud y la hermosura!

Ya el espléndido Véspero desata
La crencha de oro en el azul del cielo;
Ya llega al nuevo hogar la tierna esposa;
Ya trémula franquea los umbrales
De la alcoba nupcial. ¡Prevente, oh joven!
De rosas blancas y oloroso mirto
Alfombra el pavimento..... ¡Guía, guía
En la mano la antorcha, y jubiloso
Recibe el bien supremo, que ninguno
Más que tú afortunado! Venus huye
Avergonzada y pálida; suspensas,
Mudas de admiración están las ninfas,
Y Amor, el bello Amor del ara santa,
Con diadema de nardos y de rosas
Ciñe las sienes de la casta virgen.

¡Afortunado tú, feliz mancebo!
¡Todo en torno te halague y te sonría!
Las nubes del dolor de ti por siempre
¡Y de tu hermosa desposada huyan!
¡En tu copa nupcial jamás se agote
De la ventura el delicioso néctar,
Y la virtud sus alas protectoras
Tienda sobre tu hogar y lo bendiga!

JULIO CALCAÑO.

EL DISCURSO DE APERTURA DE LOS TRIBUNALES

Y LA MEMORIA DEL FISCAL DEL SUPREMO

No ha pensado el actual Ministro de Gracia y Justicia como muchos de sus antecesores en lo que respecta á la misión que como tales Ministros les corresponde desempeñar en el acto de la apertura de Tribunales, celebrada todos los años al concluir el período legal de las vacaciones. Generalmente, han rehuído el disertar sobre puntos doctrinales (según es costumbre muy extendida en otros países), fundándose para ello, sobre todo, en la consideración de que esas disertaciones son propias más bien de la cátedra ó de las Academias, que de un acto como el de la apertura, donde el jefe del departamento de Gracia y Justicia debe únicamente buscar la ocasión para exponer y desplegar *coram populo,* con solemnidad y autenticidad mucho mayores que las de las consabidas *interviews* periodísticas, el programa de las reformas legales que piensa acometer en lo futuro, ó cuando menos el de las que conviene realizar y acaso lleven á efecto él mismo ó los que le sucedan en el cargo. El Sr. Garcia San Miguel también nos muestra, al final del discurso y por no ser menos que los demás Ministros que han ocupado otros años la tribuna, su *plateforme* reformista; lo cual no impide, sin embargo, que la mayor parte de su trabajo la consagre á discurrir sobre un

tema á la vez teórico y práctico, y de todas maneras doctrinal, á saber, el de la responsabilidad de los funcionarios judiciales. A mi juicio, ha hecho muy bien el señor Ministro en apartarse de la vía seguida rutinariamente por los más de sus predecesores, aunque he de apresurarme á decir desde ahora que la disertación me ha parecido trivial y de muy escaso valor, y que tampoco resuelve, como el señor Ministro quizá se figure, dificultad alguna.

*
* *

Los Jueces ¿deben quedar sujetos á responsabilidad legal por los actos que ejecutan como tales Jueces? Habrá muchos que considerarán poco menos que ociosa tal pregunta, y para quienes, por lo mismo, ha de ser sumamente sencilla la contestación que haya de dársele. El señor Marqués de Teverga parece pertenecer á este número. Yo, en cambio, creo que esa pregunta envuelve un problema sumamente grave.

En la concepción jurídica formalista, que sirve hace más de un siglo de alimento al liberalismo dominante, así en los pensadores como en las legislaciones, se produce un fenómeno muy singular, que puede advertir todo el que observe atentamente: se estima que la libertad del ciudadano tiene como condición indefectible la esclavitud legal de los órganos de los poderes, cualesquiera que éstos sean. Toda la labor del liberalismo y del constitucionalismo políticos (inseparables el uno del otro, según es sabido, en la mente de Montesquieu y en la de sus muchísimos prosélitos) ha venido consistiendo en producir lo que los alemanes llaman un *Rechtsstaat*, ó sea un Estado en donde las autoridades y los funcionarios tuviesen total y absolutamente regulada por la Constitución ó por las leyes su esfera de acción, y donde quedase por completo cerrada á los mismos toda posibilidad de discrecional arbitrio. Así es que tan luego como éste apuntaba por alguna parte, y con él la exposición al abuso, inmediatamente se reclamaba la intervención de la

función legislativa para rodear de trabas el obrar del funcionario libre. Con lo que el arte de buen gobierno, de gobierno liberal y discreto, se ha hecho consistir en un sistema, ó mejor, en un artificio de contrapesos y restricciones mutuas entre las personas que ejercían alguna fracción de poder. Este era precisamente el ideal de Montesquieu y la condición *sine qua non,* para él, de la libertad política.

Mas los que de tal modo discurrían y obraban hubieron de encerrarse en un círculo de hierro de donde no podían salir, y se tropezaron con una dificultad insuperable.

De un lado, si toda autoridad, por el hecho de serlo y tener en sus manos cierta cantidad de poder, se halla propensa al abuso y constituye un peligro para la seguridad y la tranquilidad de los individuos que caen bajo su acción; si las autoridades y sus agentes tienen el encargo de vigilar á los ciudadanos, de impedir y corregir los delitos, abusos, desaciertos é incorrecciones de éstos, pero, á su vez, ellas mismas necesitan ser vigiladas por otras con idéntico fin, resultará que por larga que quiera hacerse la cadena de vigilantes y vigilados, no puede menos de haber en ella alguien á quien no alcanza la vigilancia, alguien que tiene que obrar como cabeza, y por lo mismo, discrecionalmente, *ad libitum,* sin más trabas posibles que las que él voluntariamente se imponga. Para mantener el orden é impedir las colisiones entre los individuos, y hacer posible la vida social en términos de justicia, tenemos la policía, el ejército, los tribunales; pero, ¿no necesitamos un segundo artificio de tribunales, policía y ejército, encargado de mantener al primero dentro de sus propios deberes y de estorbar y juzgar sus abusos ó delitos, y luego un tercero que fiscalice la acción del segundo, y un cuarto la del tercero, y así sucesivamente, hasta que nos cansemos de subir y nos detengamos en un tribunal, un ejército y una policía que no dependen de nadie ni á nadie tienen que rendir cuentas? La doctrina del liberalismo constitucional falla irremisiblemente por este punto; por eso no les ha sido difícil atacarla á los adver-

sarios de la misma y defensores de los poderes personales ilimitados y discrecionales. El mismo defecto ha obligado también á algunos liberales á volver los ojos á la dictadura, á lo menos como recurso transitorio.

Por otro lado, aun suponiendo que la dificultad apuntada no existiese, y que el ideal constitucionalista—la organización de un perfecto *Rechtsstaat*—fuese actuable, no por eso tendríamos asegurado, ni con mucho, el imperio del derecho. Por muchas leyes que se hagan para regular la conducta de los hombres, trátese de autoridades y funcionarios, ó de simples particulares; por muchos diques que se pongan á la actividad individual, y mucha vigilancia que se ejerza para prevenir las injusticias, las injusticias siempre serán posibles como el vigilado quiera cometerlas, con la agravante de que en tales casos fácilmente hallará éste una disposición de ley tras de la cual parapetarse para eludir toda responsabilidad, convirtiendo la injusticia real y verdadera en justicia legal, ó lo que es lo mismo, en una injusticia cometida al amparo de la ley, cuando no en obediencia rigurosa á la ley. Yo pienso muchas veces que si la conservación del orden y la observancia del derecho dependiera tan sólo, según suele creerse y decirse, de la existencia de las leyes y de los encargados de hacerlas cumplir (tribunales y fuerza coactiva), y no de la voluntad de los mismos individuos, el orden y el cumplimiento del derecho no serían posibles. Me hago la cuenta de que todos los hombres (todos, menos, naturalmente, los gobernantes y los que componen la magistratura y la policía y el ejército, porque si éstos se declararan también en huelga, mi hipótesis no tendría términos hábiles); me hago la cuenta de que todos mis conciudadanos van á proceder lo mismo que yo, y á negarse á ser buenos voluntariamente, y á no cumplir ninguno de sus deberes, sino cuando les compela á tal cumplimiento el poder coactivo que tiene al efecto á su disposición el Estado. Y pienso que en tal caso, una de dos: ó nos encierran á todos, maniatados, y hasta con una mordaza para que

no podamos materialmente movernos, ni aun gritar; ó nos dejan libertad de movimientos para que cada uno haga lo que sus deberes le manden, pero poniendo continuamente á su lado, incluso cuando se halle durmiendo, uno ó dos polizontes (ya se ve el número de ellos que entonces sería necesario: toda la baraja se compondría de ases) encargados de echarle la mano ó de taparle la boca cuando vaya á hacer algún daño á sus semejantes, á injuriarles, etc. Así y todo, lo que se conseguirá con esto será, á lo sumo, que se cumpla el precepto negativo *alterum non lœdere*. Mas, ¿cómo se nos constreñirá á la observancia de los dos positivos *honeste vivere* y *suum cuique tribuere?* ¿Cómo se me obligará, por ejemplo, á levantarme de la cama á la hora justa para ponerme á trabajar, y quién será capaz de hacerme leer, estudiar, ir á cátedra, ganar dinero para sostener á mi familia, cobrarlo, emplearlo debidamente, educar á mis hijos, etc., etc. Imposible. Valdría ello tanto como tener que sustituir enteramente mi personalidad y la de cuantos como yo obrasen por otras personalidades, y por consiguiente, quedar incumplido, en lo que á nosotros se refería, el derecho. Si éste ha de reinar en el mundo, no hay otro remedio que buscar la base y la garantía de su actuación allí donde únicamente pueden hallarse: en la voluntad de los individuos. La coexistencia social no tiene, si bien se mira, más aglutinante que el querer espontáneo de éstos, y si tal querer faltara, sería inútil intentar reemplazarlo con resortes exteriores coactivos.

Cuanto acabo de decir es, en mi concepto, aplicable á la responsabilidad judicial, y por eso lo he dicho. Entre nosotros, es muy frecuente achacar los vicios y desaciertos que se notan en la administración de justicia (igual que los de la enseñanza y los de otras cosas), no ciertamente á ineptitud ó á maldad de los hombres á quienes tenemos confiado su desempeño, sino á defectos legales. Las veces que tal afirmación se habrá hecho son incontables, y no sólo por periodistas ó escritores sin otra autoridad que la meramente privada, sino también por perso-

nas revestidas de carácter oficial y en actos oficiales y solemnes. Raro es el año que no la veamos consignada en los documentos que se leen en la apertura de los Tribunales, ya en el discurso, ora en la Memoria. También este año se hace así, por no faltar á la que llamaré rutina, más bien que costumbre (pág. 40 del discurso). Y naturalmente, atribuyendo á las leyes, no á los hombres, la raíz del mal, todos los esfuerzos se encaminan á modificar y completar aquéllas, á perfeccionar más cada vez el *Rechtsstaat,* á hacer de día en día más tupida la red en que quiere tenerse aprisionados á los juzgadores, procurando tapar todos los agujeros por donde pudiera escaparse algún hilo de arbitrio, de capricho, de venalidad, de mala voluntad de los mismos.

Pero como el diagnóstico es equivocado, la dolencia se manifiesta rebelde al tratamiento. Las leyes se retocan, nadie se cuida de formar buenos Jueces, y la administración de justicia en España, así la civil como la criminal, sigue siendo, no mala, pésima. Es lo mismo que pasa en la enseñanza: somos malos é ineptos los maestros y los catedráticos, y á los Ministros no se les alcanza otro remedio que cambiar los planes de estudios, dejándonos intactos á nosotros. Hace cerca de cuatro siglos, nada menos, había ya en España quien pensaba de manera opuesta. Pero nosotros hemos tenido á bien despreciar tales enseñanzas, ó mejor aún, no tenemos noticia de que existan, porque no solemos tomarnos el trabajo de estudiar. En un libro dedicado al Rey Felipe II y publicado en 1581, su autor, Cerdán de Tallada, del Consejo de S. M., y Abogado fiscal en el Reino de Valencia (nótese que se trata de un hombre de orden, en altos cargos oficiales, no de un revolucionario), luego de quejarse repetidamente de la excesiva abundancia de leyes (nada menos que *catorce mil*—dice,— con más de otros tantos mil casos y sucedidos) que en su tiempo había (¡qué diría si viviese hoy!), y de considerar esta abundancia como causa de males en la República, escribe: «Tengo por peor y por más perjudicial al mal Juez que á la mala ley. El buen Juez hace

buenas las malas leyes y sigue las buenas; y por el contrario, el mal Juez sigue las malas leyes, y aun las buenas hace malas y que tengan malos efectos, como acontece á las abejas y á las arañas silvestres, que, comiendo todas de una mesma flor, las unas producen miel, y las otras, podre y ponzoña. Y lo peor de todo es que, como tiene vuestra vida y hacienda en sus manos, no le osais descomplacer en cosa; y él, como tiene hecha su determinación, en ver la ocasión hace la suya, y si no puede salir con ella, qué de puntillos, qué de dudas, qué de invenciones y qué de inconvenientes que saca, qué de largas, qué de miedos, qué de blanduras y qué de palabras azucaradas y melosas que usa al parecer, por salir con su intención, por engañar al litigante ó por cansarle. Yo digo que me parece que un buen Juez es como un ángel custodio para una República, y el malo, un demonio licenciado que todo lo huella y desbarata y echa á mal, y por tanto, es muy necesario tener mucha cuenta con las elecciones que se hacen de personas para cargos que tengan administración de justicia, pues va tanto en tener buenos Jueces cuanto en tener buenas leyes.»

Permítame el señor Marqués de Teverga que ose recomendarle la lectura atenta y la meditación de los trascritos párrafos, pues acaso la autoridad de aquel á quien pertenecen, le convenza de que «importan más los buenos Jueces que las buenas leyes», y de que «hay que tener mucha cuenta con las elecciones que se hacen de personas para cargos que tengan administración de justicia». Este es el buen camino, Sr. García San Miguel, el de la selección de los Jueces (1); el otro

(1) Camino que, por cierto, no parece que V. E. quiere seguir, pues no sé que haya hecho caso alguno de la sonada carta del Sr. Uría, donde se afirma que los Tribunales de justicia en Asturias (y no se trata de una excepción, sino de un botón de muestra) constituyen «un corrompido organismo ó agrupación, en el que lo primero que falta es la conciencia, y lo último que falta es el honor»; en cambio, se atribuyen á V. E. algunas polacadas en el nombramiento de funcionarios judiciales, entre ellas el ascenso rápido de un hijo de V. E. Por mi parte, me consta que V. E. aca-

que V. E. sigue, consistente en conceder funciones judiciales á todo el mundo, lo mismo á los buenos que á los malos, á reserva de publicar luego leyes de responsabilidad que determinen los casos y la forma de exigírsela á los que incurran en ella, es un camino por el cual no se consigue ningún resultado útil. Ya lo reconoce el propio señor Ministro cuando dice que, no obstante el art. 81 de la Constitución vigente en España, según el cual «los Jueces son responsables personalmente de toda infracción de ley que cometan», y á pesar de que nuestra legislación penal define y castiga todas las infracciones en que los Jueces y Fiscales incurran, es lo cierto que el delito llamado por los romanos *crimen repetundarum* no figura en nuestras estadísticas. «A pesar del noble estímulo—agrega el señor Marqués en otra parte—con que se viene procurando desde ha muchos años llevar á la práctica el ejercicio de la responsabilidad judicial, preciso es reconocer que el precepto constitucional está incumplido, y que hasta el presente nadie se ha ocupado en hacerla efectiva, siendo muy contados los casos en que las Salas de gobierno la imponen, y más aún aquellos en que los particulares perjudicados entablan la acción de responsabilidad.» Yo no sé de caso ninguno en que se haya hecho efectiva la responsabilidad de que se trata, y á mis lectores les ocurrirá probablemente otro tanto. Sucede aquí algo parecido á lo que acontece con la responsabilidad de los Ministros: escrita en la ley, y siendo numerosísimos los abusos ministeriales, es perfectamente ilusoria en la práctica. No son, por tanto, leyes que establezcan y regulen la responsabilidad judicial lo que nos hace falta, porque ya las tenemos; es algo diverso; sin

---

ba de nombrar Vicesecretario en propiedad de esta Audiencia de Salamanca (con opción á ingresar en la carrera judicial) á aquel nieto del Sr. Concha Castañeda, de cuyo nombramiento interino, hecho ilegalmente por el Sr. Durán y Bas cuando ocupó el cargo que ocupa ahora V. E., hube de dar noticias en este mismo lugar, hace dos años, hablando del discurso de apertura de Tribunales, de dicho señor (LA ESPAÑA MODERNA de Noviembre de 1899, págs. 98 y 99).

embargo, el Ministro, después de confesar semejante estado de cosas, lo que nos ofrece, para ponerle remedio, es la publicación de una nueva ley, reproduciendo con ello exactamente el caso de aquel General del segundo cañonazo.

A mí me parece sumamente claro que todo cuanto se haga para que la responsabilidad legal de los Jueces y Magistrados culpables sea un hecho, es trabajo perdido. Diré brevemente por qué.

Prescindiendo de lo que se llama «espíritu de cuerpo», que no deja de ser un gran estorbo para el caso, principalmente por representar lo que llamaríamos instinto colectivo de conservación; prescindiendo también de que el Tribunal encargado de conocer de los casos de responsabilidad de los juzgadores tendrá que ser por su parte declarado irresponsable por las extralimitaciones ó desafueros que pudiese cometer, á menos, según ya hemos dicho, de no acabar nunca en la marcha ascendente de las responsabilidades, siempre nos encontramos con que es imposible declarar culpable á un Juez ó Magistrado, en cuanto tales, como no se haga esta declaración arbitraria y autoritariamente (1). ¿No son ellos justamente, en los sistemas político-sociales en vigor, quienes tienen que administrar la justicia, y, por lo tanto, los únicos órganos encargados de interpretar y aplicar las leyes? ¿Qué títulos podrá entonces alegar nadie para pedir contra ellos, afirmando que han infringido éstas? Sería lo mismo que si el lego, sin facultad alguna para interpretar la doctrina y los mandamientos de la Iglesia, tachara y acusara de herejía á uno ó varios clérigos, los cuales, dentro de la organización de aquélla, son por naturaleza superiores al lego y no mantienen con él otras relaciones que las que existen entre el que enseña y el que aprende, entre el encargado de definir la verdad y aquel cuya mi-

(1) Como, por lo demás, arbitrarias y autoritarias son las propias sentencias y demás resoluciones de los Jueces, y como lo es siempre, y no puede menos de serlo, todo mandato dictado por unos para que otros lo obedezcan y cumplan de grado ó por fuerza.

sión, en este respecto, consiste sencilla y exclusivamente en recibirla definida, acatarla y obedecerla. ¿Otorga la ley á los Jueces, y sólo á ellos, la jurisdicción, la facultad de decidir qué sea y qué preceptúa en cada caso la justicia? Pues, legalmente, no hay camino posible para reconocer que se equivocan ó que obran de mala fe, ó con negligencia, al dictar sus resoluciones. Los particulares ocupan aquí una posición análoga á la que tienen en la Iglesia los legos, posición de mera obediencia pasiva. Y en cuanto á los demás órganos judiciales, ¿qué garantía podemos tener de que los encargados de declarar responsables á sus compañeros interpretan mejor que éstos la ley, son más diligentes, más sabios, más honrados y buenos, y no precisamente al revés? Hoy se revocan ó se anulan por los Tribunales llamados superiores muchas sentencias y otros proveídos de los inferiores (lo que, sea dicho entre paréntesis, debiera producir otros tantos casos de responsabilidad de estos últimos, pues la revocación y la casación implican injusticia cometida, á juicio del superior, por ignorancia, negligencia ó malicia del inferior); pero ¿quién es capaz de decir que las resoluciones con que se reemplaza á las primeras sean preferibles á las sustituídas? Yo no puedo creer que las gentes tengan por expresión de la verdad y de la justicia las sentencias de casación de nuestro Tribunal Supremo, ni siquiera creo que esas sentencias sean apreciadas por todo el mundo como mejores que las casadas. Si fuese lícito discutirlas, ¿qué se diría de ellas? ¡Y cuántos Jueces de los Tribunales inferiores, si cambiaran de sitio con los del Tribunal Supremo, encontrarían á menudo en las resoluciones de éstos motivos sobrados para llevarlos á la barra por ineptos, negligentes, maliciosos, prevaricadores!

Las legislaciones contemporáneas, y entre ellas la nuestra, han abandonado el sistema, antaño vigente, de la prueba tasada, reemplazándolo con el de la apreciación libre de las pruebas por los juzgadores. Estos, por consiguiente, siempre que funcionan como tales juzgadores pueden y deben obrar con-

forme á su conciencia, y sólo con arreglo á ella. Y siendo esto así, ¿con qué derecho podrá nadie exigirles responsabilidad alegando que han cometido injusticia? Posible es que ésta exista á los ojos de los acusadores, y hasta de la generalidad de las gentes; pero como ni la generalidad de las gentes ni los acusadores han sido los llamados á dictar la resolución tachada de injusta, sino que lo han sido los Jueces, y el juicio de éstos es una cosa indivisible de ellos mismos, personal suyo, insustituible por el juicio ajeno, resultará que, ó se respeta este juicio, como parece lo acertado, y se renuncia, por tanto, á la posibilidad de hacer responsables á los Jueces, ó bien la responsabilidad se hace efectiva, pero pisoteando el juicio de referencia, dado en conformidad con las leyes, según asegura el que lo ha emitido, y cometiendo indefectiblemente un atropello, que por cierto quedará impune, con los Jueces declarados responsables.

Hay, además, otra cosa. Las causas ordinarias y generales en que pretenden apoyar la responsabilidad judicial los partidarios de ella son la malicia, la ignorancia inexcusable, la negligencia y la ineptitud de los correspondientes funcionarios. Pero ¿cómo acreditar la existencia de las mismas, y sobre todo, hasta dónde deben extenderse sus respectivos conceptos, los cuales son, por su propia naturaleza, enormemente elásticos? Por ejemplo, aquí en España abundan muchísimo los Magistrados ignorantes, é ignorantes en grado superlativo; si se hiciera una estadística escrupulosa de ellos, seguramente arrojaría una proporción de 90 por 100, ó mayor acaso. Es muy frecuente hablar de juzgadores ignorantes, pero honrados. Ahora, ¿esto es posible? Yo creo que no. En los Jueces, la ignorancia representa una falta de cumplimiento del más elemental de sus deberes, y por lo tanto, culpa y responsabilidad. Pero ¿á quién ha de declararse incurso en ellas, quién debe hacer tal declaración y con arreglo á qué criterio ó medida? La variedad en estas cosas, variedad inevitable, traería consigo una diferente extensión en el círculo de las personas que

hubieran de responder y en el de los casos de responsabilidad; y aparte de esto, los acusados podrían siempre redargüir de ignorantes, negligentes ó malvados á sus acusadores y Jueces y devolver contra ellos la petición de someterles á juicio de residencia.

En resumen, si difícil es (por razones ahora no pertinentes), y casi me atrevo á decir imposible, hallar una justificación de la responsabilidad en general, de la responsabilidad ordinaria de las personas, de esa responsabilidad que los Jueces mismos y otras autoridades están encargados de exigir (dificultades que advertirán muy claramente, sobre todo quienes se hallen persuadidos de la relatividad de los conocimientos y de los juicios), todavía quizás más difícil sea establecer un fundamento sólido de la responsabilidad de los Jueces como tales Jueces, pues desde el momento que esta responsabilidad se admita, no sólo se tropieza uno con muy poderosos obstáculos filosóficos (v. gr., el del relativismo aludido y el de la causalidad moral y sus consecuencias), sino que de un golpe se conmueve la solidez de la organización constitucional moderna. Los juzgadores, en cuanto tales, no pueden ser responsables, como no pueden serlo tampoco los legisladores, en cuanto tales, ni los órganos del poder ejecutivo, en cuanto tales. ¡Curiosa contradicción: el constitucionalismo repugna la dependencia de unos poderes de otros, siendo aspiración suya la independencia de todos ellos, y por lo tanto, su irresponsabilidad; mientras que, por otra parte, la labor más asidua por él realizada ha consistido (como ya queda dicho) en poner estorbos á la libre actividad de aquéllos y en tratar de hacerlos responsables y dependientes entre sí, aunque sin conseguirlo! La llamada responsabilidad ministerial es un testimonio bien elocuente de ello.

Repitámoslo, á ver si quedáramos convencidos de la verdad á fuerza de repetirla: no necesitamos nuevas leyes que declaren responsables á los funcionarios judiciales y regulen la manera de llevar á la práctica dicha responsabilidad; tene-

mos ya bastantes, y si á pesar de poseerlas y de no ser nuestros Magistrados y Jueces modelos de ilustración ni de impecabilidad, sino todo lo contrario, los particulares perjudicados por sus fallos no entablan acción de responsabilidad contra los culpables, y las Salas de gobierno de las Audiencias no se cuidan tampoco de hacer ésta efectiva, la razón del hecho no se halla en defectos legales, sino en que así las Salas de gobierno como los particulares tienen la convicción profunda de que es inútil dar paso alguno encaminado á exigir la responsabilidad de que se trata, y por tenerla se están quietos. Como no busquemos la medicina en otro sitio, será, pues, forzoso declarar incurable la enfermedad.

A mí, la única forma de responsabilidad judicial que me parece efectivamente realizable dentro del «orden» social y político en que vivimos, y la única de que, una vez admitida, había de hacerse frecuente uso, sería la resultante de la *desautorización* de los juzgadores. Cuando éstos fuesen despojados de su carácter de autoridades, convirtiéndoles en lo que realmente deben ser, en simples funcionarios; cuando, por virtud de este cambio, ellos mismos se persuadieran de que no están puestos para mandar, sino para obedecer, y de que, por lo tanto, no ocupan posición de superiores con relación á la masa social, sino de servidores de ésta; cuando sus juicios quedasen privados de la invulnerabilidad que hoy les rodea y se equiparasen enteramente á los de otro mortal cualquiera, siendo tan discutibles y criticables como éstos, sin el parapeto de la inviolabilidad y el respeto á la cosa juzgada; cuando se obligase á la justicia á descender del pedestal en que la tenemos hoy colocada y se la convirtiera en institución propiamente humana con la que pudiéramos codearnos y tratarla familiarmente; cuando, en suma, el aire de la publicidad penetrara en los Tribunales, los fallos de éstos pudieran ser desmenuzados y zarandeados por los periódicos y demás órganos de la opinión pública, lo mismo que pueden serlo los discursos, opiniones y afirmaciones de otra persona cualquiera, y se

pudiesen poner de manifiesto la ignorancia, la corrupción, la maldad de los Jueces, sin otras restricciones que aquellas con que puede hacerse esto mismo respecto á cualquier particular, los Jueces se mirarían mucho más de lo que hoy sucede antes de dictar sus resoluciones, y su responsabilidad por éstas existiría de algún modo. No sería una responsabilidad perfecta, según se la imagina y tal como la busca la generalidad de los juristas, entre ellos el Sr. García San Miguel, con Tribunales y leyes para hacerla efectiva; sería una mera responsabilidad moral y de opinión, indeterminada, inconcreta, no sometida á coacción organizada; en cambio, tendría la ventaja de que se estaría haciendo efectiva á cada paso, mientras que la responsabilidad de la primera clase no se pone por obra jamás. La responsabilidad de opinión, la que supone la censura pública, es, por lo demás, para ciertas personas, especialmente para las de mayor importancia y consideración sociales, más temible todavía que la responsabilidad legal.

***

Dos palabras tan sólo sobre la Memoria del señor Fiscal del Tribunal Supremo: ni el espacio nos consiente otra cosa, ni el trabajo lo merece tampoco, pues se limita á ser uno de esos que se hacen por cumplir y salir del paso. El propio señor Montilla confiesa que «si más de una vez le asaltaron deseos de ocuparse de los trascendentales problemas de derecho público ó de algunas de las cuestiones jurídicas que hoy agitan la opinión, y cuya solución pronta exigen las condiciones de la vida moderna, el temor de invadir un campo vedado le obligó á desechar tales propósitos y á circunscribir la Memoria *al estricto cumplimiento del art. 15 de la ley adicional á la orgánica del poder judicial*». Con lo que parece querer escudarse detrás de la ley y culpar á ésta, no á sí propio, del escaso valor que el escrito pueda tener. Lo mismo han hecho no pocos de sus antecesores. Mas esto es simplemente una escapa-

toria que «no resulta», pues el citado art. 15 quiere que el Fiscal del Tribunal Supremo exponga en su Memoria dos cosas: primera, la situación actual, de hecho, de la administración de justicia en España; y segunda, las reformas más convenientes para el mejor servicio. Ahora bien: claro está que bajo este segundo concepto cabe todo un mundo de cosas y de proposiciones reformistas, proposiciones que no sabrán hacer los espíritus rutinarios y miopes, y que sólo cabe esperar de los hombres cultos. El Sr. Montilla ha creído, por el contrario, que el repetido art. 15 no exigía de él sino que imitara á la mayoría de los Fiscales que antes de él han ejercido el cargo, y por eso ha resultado la Memoria de este año una más que añadir al montón, ya bastante crecido, de las de años anteriores, tan rutinaria como éstas y con las mismas observaciones de éstas (como que parecen copiadas de ellas) acerca de la estadística criminal española, de la criminalidad y sus causas en nuestro país (1), de la inspección de los sumarios, de la justicia municipal, etc. Si no llevase portada ni firma, y estuviese además escrita de un modo enteramente impersonal, los lectores de esta Memoria que no se hallaren en el secreto atribuirían de seguro la paternidad de la misma á un amanuense, ó cuando mucho á un escribano, actuario, oficial ó relator de los Tribunales, nunca al Fiscal del Supremo, es decir, á la persona que ocupa el grado más alto de la jerarquía fiscal, y que para el buen desempeño de su cargo está obligado á saber muchísimas cosas de que no se trasparenta el menor indicio en el documento que me ocupa.

De lo más importante de la obra del Sr. Montilla, quizá lo único de ella verdaderamente aprovechable, sean algunas de las páginas que consagra al Jurado. No hay Memoria de Fiscal del Supremo que no se ocupe largamente de este asunto, mucho más largamente que de ningún otro. Diríase que el pro-

(1) El Sr. Montilla, igual que sus predecesores en el cargo, no enumera más causas que estas: la falta de instrucción, el abuso de bebidas alcohólicas, el uso de armas, la escasez de recursos y las romerías.

blema del Jurado, de su conveniencia ó inconveniencia, de la organización de esta institución, de las facultades que han de otorgársele, constituye la preocupación única de todos los hombres de ley, y hasta de todos los juristas, en cuanto á la administración de justicia criminal concierne. Este problema es también el que con preferencia y más insistentemente tratan los Fiscales de las Audiencias en sus Memorias. Por lo regular, cada uno, al hacerlo, se deja guiar por sus inclinaciones ó repugnancias personales, sin examinar el asunto serenamente y bajo la multiplicidad de aspectos que presenta. Hay aquí hechos muy diversos y á menudo contradictorios, como pasa con las enseñanzas de la Historia, con los versículos de la Escritura, con las prescripciones de los Códigos y con toda materia susceptible de distintas interpretaciones; cada defensor y cada enemigo del Jurado aduce sólo aquello que cree favorecer su particular punto de vista, y se calla lo que puede perjudicarle. Por eso es difícil formar juicio seguro tocante á la materia, cuando no se tienen presentes otros datos.

Una opinión muy generalizada en todas las clases y círculos sociales consiste en creer que el Jurado se muestra severo con los autores de delitos contra la propiedad, y por el contrario, muy blando con los autores de delitos contra las personas. El principal fundamento de esta opinión han sido ciertos veredictos, especialmente absolutorios, muy traídos y llevados por la prensa. Se trata, por lo tanto, de una opinión fabricada por ésta. Con lo cual, y sin otras consideraciones, había motivo suficiente para mirarla con mucho recelo, porque la prensa, que sabe muy bien el poder de que dispone, mas no, por lo visto, las responsabilidades que contrae, suele obrar con una ligereza y un desahogo enormes, y sus afirmaciones, cuando de materias algo complejas se trata, aunque hechas con gravedad dogmática y aire de infalible, carecen por lo común de base justificativa. Para destruir la leyenda periodística (que por ser periodística se ha difundido luego por la gran masa) de la severidad sistemática del Jurado en

unos delitos, y de su sistemática indulgencia en otros (1), no ha necesitado el Sr. Montilla hacer grandes averiguaciones; le ha bastado con comparar los datos de la estadística oficial de la administración de justicia correspondiente á tres años anteriores á la implantación y funcionamiento del Jurado, con los de otros tres años posteriores á tal implantación. De esa comparación resulta que allá se van en severidad y en benignidad Jurado y Tribunales de derecho, y que no hay motivo alguno para las recriminaciones que al primero—jamás á los últimos—suelen dirigirse. Las páginas que á este asunto dedica el autor de la Memoria, y las consideraciones que respecto del mismo hace, me parecen del mayor interés, sobre todo porque pueden servir para desvanecer prejuicios muy extendidos entre nosotros en el día de hoy. ¿Por qué no las reproducirá la prensa de gran circulación, esa prensa á quien principalmente se debe tal prejuicio, la más obligada por lo mismo á enmendar su yerro, y la que tiene á disposición suya el recurso más eficaz para lograrlo?

P. Dorado.

---

(1) Severidad é indulgencia que—como he dicho ya en otras ocasiones,—aun siendo efectivas, no son por sí solas bastantes para condenar al Jurado; más bien, quizá, lo que debería censurarse era el sistema legal que obligaba al Jurado á practicarlas, y á los legistas que se ponen incondicionalmente frente á éste y del lado del sistema aludido.

HISTORIA DEL ALGODÓN

SUMARIO: Importancia de este asunto.—Etimología de la palabra algodón y su significado en varios idiomas.—Principales especies de plantas que lo proporcionan.—Su antigüedad.—Su conocimiento por los chinos.—Ideas acerca de este asunto expuestas por Herodoto, Teofrasto, Strabón y Plinio.—*La lana crece sobre los árboles.—Pasajes de la Biblia mencionan ya el algodón.*—Importancia de España en la historia del mismo.—Primeros trajes de algodón usados en Europa.—Papel que corresponde á los árabes en el cultivo del algodonero.—Epoca de este cultivo en Italia, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos.—El algodón en la conquista de Méjico.—Mención que de esta substancia hacen algunos poetas.—Cuándo comenzó el hilado del algodón en los Estados Unidos.—Gran importancia de los plantadores americanos.—Progresos de la civilización y cultura marcados en los usos de la substancia referida.—Conflictos de las crisis algodoneras.—La química del algodón.—Usos de este cuerpo en medicina.—Poder de la ciencia en la transformación del cuerpo.—La piroxilina y su historia.—El centenario del algodón.—Consideraciones finales.

I

No es maravilla que, tratándose de una substancia de usos tan multiplicados y continuos, que la llevamos siempre cubriendo nuestro cuerpo en mayor ó menor escala, habiendo resuelto problemas sociales de interés vital, en que la higiene en primer término y después la industria en sus grandes manifestaciones reclaman un papel importantísimo, mueva la curiosidad de conocer su historia y apreciar las vicisitudes que ha experimentado el cuerpo desde que se ideó aplicar á los usos á que está destinado.

Dirigir una mirada retrospectiva al origen y usos multiplicados del algodón, es, cual acontece con otros muchos cuerpos, dar un paseo por la historia general de la sociedad hu-

mana y seguir sus derroteros, pudiendo en muchos casos hacer extensas y profundas consideraciones respecto á una substancia que hace tan primordial papel en la escena del mundo, desde el interesantísimo servicio que nos presta al abrigarnos y proteger nuestro delicado y sensible cuerpo de las inesperadas traiciones del ambiente, hasta promover á veces extensas crisis que pueden comprometer de un modo serio la paz pública.

Admira, en verdad, la trascendencia que ha tenido un objeto de tan aparente insignificancia, que encerrado en la modestísima capa de una semilla, ha llegado á ser un poderoso elemento de la vida social y un signo de riqueza, á cuyo influjo se ponen en circulación ríos de oro y capitales tan grandes, que pueden ejercer una verdadera tiranía en los valores, como acontece con los establecimientos bancarios y todo aquello que lleva envuelto oleadas de riqueza y una inmensa suma de trabajo y capital reunidos. Por eso su historia se asemeja á la de aquellos caudalosos y navegables ríos, que fueron en su comienzo finísimo hilo de cristalinas linfas, apenas apreciable y desprovisto de valor.

No es mi propósito en este momento escribir la monografía del cuerpo, para cuya tarea fuera necesario extenso libro, imposible de condensar en los límites de un artículo, por lo cual sólo habré de consignar en esta reseña lo que ofrece de saliente el concepto histórico del algodón y alguna de sus aplicaciones, recordando fechas y citando nombres y localidades para que pueda apreciarse lo que hay en este particular digno de conocerse y de que jamás lo cubra el manto del olvido, pues hay mucho en este estudio que enaltece las glorias de la humanidad y que forma una de las brillantes coronas que pueden ceñirse á las sienes de la industria y á la majestad de la ciencia.

Derívase la palabra castellana algodón, del árabe *gothon*, que con el artículo *al,* se obtiene la voz completa *alghoton.* Este, á su vez, procede del sánscrito *kartara*, que indica la

acción de hilar el lino ó el algodón, cuya raíz *kart*, significa hendir, cortar.

Siendo frecuente la supresión de la *r* antes de las consonantes en los dialectos más modernos de la India, se explica de dónde trae su etimología la palabra en cuestión. Es, por tanto, de origen árabe. En alemán, es *Baumwolle;* en inglés, *Cotton;* en holandés, *Katoen;* en danés, *Bomuld;* en sueco, *Bomull;* en ruso, *Kloptschataja bumaga;* en italiano, *Cotone,* y en portugués, *Algodao.*

Constituída por la borra finísima y suave que cual expansión capilar cubre las semillas de diversas plantas malváceas, desde luego debió llamar la atención y utilizarse con el fin á que se destina, siquiera fuese en muy limitada escala. Conservó el sabio botánico Linneo el nombre de *Gossypium,* que ya le había dado Plinio, al género á que pertenecen las diversas especies que producen algodón, siendo el principal el *Gossypium herbaceum,* originario del alto Egipto, que se cultiva en varias regiones de Asia y Africa. Hay también las especies *indicum, arboreum, religiosum, barbadense, hirsutum, vitifolium, peruvianum, racemosum, micranthum, eglandulosum, latifolium* y otros varios; algunos de los cuales se cultivan en grandes extensiones de la América del Norte y del Sur, como presentan ejemplos bien marcados muchos puntos de los Estados Unidos, Méjico y Brasil.

Es una de las plantas más útiles y beneficiosas. De su trabajo viven millones de individuos, dedicados á las múltiples manipulaciones que lleva en pos de sí, en términos que puede llenar muchas páginas gloriosas de la historia de la industria. El pueblo inglés, verdadero maestro en las cuestiones de la vida práctica, da al algodón el nombre de *rey* (*the king cotton*), con lo cual se quiere dar á entender la gran influencia que ejerce en los destinos de los pueblos, pues significa un gran torrente de riqueza que lleva envuelto, por lo cual hay gran oportunidad en darle el nombre de soberano, pues su consumo y producción representan un manantial inmenso de valor.

II

El uso de los tejidos de algodón es muy antiguo. En tiempos de Herodoto llevaban ya los indios telas de algodón. En el siglo I de la Era cristiana había ya en Egipto y en Arabia fábricas de estos tejidos, pero los griegos y romanos parece ser que no los usaban. Los chinos, que en otros conocimientos han llevado la delantera al resto del mundo, no han sido, sin embargo, lo mismo en este particular, pues no comenzaron á cultivar el algodonero sino después de la conquista de los tártaros, es decir, en el siglo XIII, en cuya época los tejidos de algodón eran ya objeto de importante comercio en Crimea y en la Rusia del Norte, donde los llevaban del Turquestán.

La introducción del algodonero en el Celeste Imperio tuvo que sostener fuerte y reñida lucha con los fabricantes y operarios de lana y seda, siendo necesario llegar á 1368 para que se generalizase allí por completo el algodón, y este pueblo, estacionario como todos los de su raza, no ha perfeccionado la fabricación de esos tejidos, que en otro caso pudiera haber realizado maravillas.

En tiempo de Strabón, ó sea 450 años después de Herodoto, se cultivaba el algodón en la entrada del Golfo Pérsico. Teofrasto cita, entre las producciones de la isla de Tylor, en dicho Golfo, árboles que llevan lana, y cuyas hojas son muy parecidas á las de la vid, pero más pequeñas. Adriano refiere que los árabes conducían los algodones á un puerto del Mar Rojo, que era el centro de su comercio, y que las célebres muselinas de Bengala tenían entonces la misma reputación y estima con que la moda y la elegancia las ha enaltecido después, llegando hasta nuestros días.

Las palabras de Herodoto refiriéndose á los indios son muy significativas, si se tiene en cuenta que fueron escritas cuatrocientos cuarenta y cinco años antes de Jesucristo, y son las

siguientes: «Tienen una especie de planta que en vez de fruto produce lana, de una calidad más hermosa y mejor que la de nuestros carneros, y con ella hacen los indios sus vestidos.»

Plinio refiere que en el alto Egipto, en la Arabia, crecía un arbusto que unos llamaban *Gossypium,* y otros *Xilon.* Dice que «su fruto es pequeño y semejante á una avellana, en la cual hay un vello sedoso que se hila, y con él se hacen preciosas vestiduras para los sacerdotes de Egipto».

Se sabe, en efecto, que la India fue la cuna de la industria algodonera. Así es que Strabón expresaba con una frase muy significativa este hecho, que ha pasado á la historia, y era: que *la lana crecía sobre los árboles.* La paciencia y práctica de los habitantes de aquella región fue la causa de que obtuvieran productos algún tanto aceptables á pesar de su imperfección.

Los tejidos de que se habla en muchos pasajes de la Biblia y de los libros sagrados, eran indudablemente de algodón. Rouelle asegura que las telas en que envolvían las momias y que no tienen materias resinosas, eran de dicho cuerpo.

Propagóse el cultivo del algodón en Persia, Média y Babilonia, y los fenicios y cartagineses le dieron á conocer en Grecia, Malta, Sicilia y España.

Nuestro país puede enorgullecerse de haber sido el primero que cultivó en grande escala la planta en toda Europa, y los mahometanos la propagaron con gran éxito en Andalucía.

Abu-Zacarías habla del cultivo del algodonero en el reino de Granada.

Pero fue decayendo paulatinamente después de la expulsión de los moros, en términos que, al finalizar el siglo XVIII, era el algodonero poco más que una curiosidad en las huertas de Motril.

Los catalanes, sin embargo, fomentaron después su cultivo en las costas andaluzas, y en los años primeros del siglo XIX ya se hacía un gran comercio con el algodón de Motril, llegando á su mayor auge en 1817, donde la fértil vega de este

último punto producía la mayor parte del algodón que consumían las fábricas catalanas, habiendo todavía un exceso de producción que se destinaba á exportar al extranjero, principalmente á Francia é Inglaterra. Pero las circunstancias políticas de nuestro país, las tarifas arancelarias, la inferioridad del producto con relación á la perfecta y esmerada manera de presentar el extranjero, fueron causa de que decayese esta industria, hasta casi anularse.

En Grecia y en Italia, se conoció en los primeros tiempos del Cristianismo.

Los primeros ensayos de aclimatación del algodonero se realizaron en España, en los alrededores de Sevilla, en el siglo II de la Era cristiana. Se propagó en las sucesivas centurias, y en la época de la dominación árabe estuvo en grande apogeo, en términos que, del siglo X al XIV, tenían tan extraordinaria fama los algodones de Granada, que era superior á la de Oriente. En este último siglo se establecieron en Venecia y en Milán las primeras fábricas en que se trabajó el algodón, y hay que llegar al siglo XVI para observar esta industria en Inglaterra y Flandes.

Parece ser que la primera aplicación del algodón en Francia se realizó en Rouen en 1534, en Lyon en 1580 y en Troyes en 1582. Sin embargo, cuando adquirió interés la importación del algodón en Francia, fue en tiempo del célebre Ministro de Luis XIV, Colbert.

En Inglaterra, los primeros ensayos para fabricar tejidos de algodón fueron algo anteriores á los efectuados en Francia.

Aunque menos durables sus tejidos que los de cáñamo y lino, recomiéndase entre todas las plantas textiles por sus excelentes condiciones higiénicas, que igualmente preservan de los rigores estivales que del intenso frío, y por eso lo han aceptado con igual aprecio los países septentrionales, en donde presta confortador abrigo contra las bajas temperaturas, que en las regiones cálidas donde haciendo más fácil la trans-

piración y absorbiendo prontamente el sudor, liberta de grandes enfermedades. No es, pues, de extrañar que haya recorrido el mundo con la misma aceptación.

Además, su mala conductibilidad para el calórico le hace apto para usos verdaderamente excepcionales. Muchas personas se sorprenden al ver que las muselinas y lienzos pueden atravesar impunemente una línea de llamas sin quemarse; pero este asombro se acaba desde el momento en que se sabe que la fibra leñosa es un cuerpo muy mal conductor del calor. Así es que un hilo de algodón expuesto á la llama de una bujía, se inflama en su principio, pero no se propaga el incendio á lo largo del hilo, pues se extingue, porque la fibra vegetal es mala conductora.

Los primeros trajes de algodón, señalados en Europa cual objetos preciosos, datan casi del tiempo de las Cruzadas, y entonces figuraban en los testamentos con otros valores importantes. En el siglo XVI, todavía era caro el algodón y su industria no se propagaba con rapidez por esta causa.

III

En la Edad Media, la primera mención que se hace del algodón es en el siglo XII por Villehardouin, y á esta substancia, entonces como ahora, llamaban los árabes *al koton*. Joinville asegura que ya se hacían entoncen gorros de este cuerpo. En los primeros años del siglo XIV se empleó mucho, y ya se usaba cardado ó hilado, así como también en mechas para las luces y fabricación de guantes. En Sevilla se mezclaba con lana para hacer tejidos ligeros. En los Archivos municipales de Rouen hay documentos en que se mencionan por los años 1541 y 1542 quince balas y media de algodón que venían por la vía de Portugal, y doce balas por la de Inglaterra, y en 1570 y 1571 se habla del algodón blanco de Inglaterra.

Se cree que á los musulmanes se debe el cultivo del algo-

donero en África y la fabricación y manufactura de sus productos. En el siglo XIII había ya en Marruecos manufacturas muy florecientes, y á fines del siglo XVI llevároнse á Londres telas fabricadas en aquel pueblo.

En Europa se introdujo el cultivo del vegetal en el siglo IX, y se debe á los árabes de España. Los primeros algodoneros se plantaron en las llanuras de Valencia, y ellos suministraron la primera materia de las manufacturas de Córdoba, Granada y Sevilla, que adquirieron gran celebridad.

En el año 1806, por orden del Emperador Napoleón, se hicieron ensayos en Francia del cultivo del algodonero, para lo cual pidieron semillas á España, á Italia y á los Estados Unidos, y después de varios ensayos, se comprobó que debe preferirse el Algodonero herbáceo.

A fines del siglo XIV es cuando se encuentran indicios de la fabricación de tejidos de algodón en Italia, y en esta misma época es cuando importaron los turcos en Albania y Macedonia el arte de tejerlo; Venecia y Milán se apoderaron de esta industria, y fabricaron tejidos sólidos con los algodones de Siria y del Asia Menor. Más tarde se extendió esta industria en Bélgica.

Al principio del siglo XIV los venecianos y genoveses importaron en Inglaterra algodones que sólo se emplearon primeramente en la fabricación de mechas de luces. En 1430 algunos tejedores de los Condados de Chester y Lancaster fabricaron bombasís parecidos á los de Flandes. Enrique VIII y Eduardo VI favorecieron esta industra, y en el reinado de Jorge III había ya 40.000 personas ocupadas en estos trabajos, que producían 15 millones de francos.

Los Estados Unidos recibieron en 1786 por vez primera y plantaron el algodonero en Georgia. El terreno era tan conveniente y apropiado, que prosperó de un modo rápido, y fue necesario multiplicarle para satisfacer los pedidos, hasta el extremo de que en 1839 la cifra de exportación excedía de 150 millones de kilogramos.

El establecimiento de la industria algodonera en Francia no pasa del final del siglo XVII. Amiens fue una de las primeras poblaciones en que se planteó en grande la fabricación del algodón, y después se extendió por Suiza, Alemania y Bélgica.

Cuando se verificó la conquista de Méjico hallaron los españoles telas de algodón, que hilaban á mano las mujeres; pero es de suponer que no tuviera todavía en Europa gran importancia comercial en aquella época, porque Colón presentó á los Reyes Católicos, cuando llegó á Barcelona, muestras de algodón traído de las regiones recién descubiertas, cual si fuera un objeto curioso. Lo que sí es cierto es que los primeros exploradores que fueron con Hernán Cortés, encontraron gran abundancia de algodoneros en las orillas del Mississipí.

Durante muchos años fue uno de los principales artículos de exportación de los Estados Unidos, y sirvió para invertir de un modo ventajoso grandes capitales. Purchas, en sus *Pelerinos*, dice que las semillas de algodón se sembraron primero como ensayo en 1621, y que las magníficas plantas á que dieron origen en ese tiempo, tuvieron gran interés en América y en Inglaterra. En la provincia de la Carolina, el cultivo del algodonero está consignado en un documento que lleva la fecha de 1666 y reproducido en la obra *Colecciones históricas de la Carolina del Sur*, de Carroll. En 1736 se cultivaba la planta en algunos jardines, á los 39° de latitud Norte en la costa occidental del Maryland, y cuarenta años después se cultivaba en el Condado de Cabo May, en Nueva Jersey.

Por lo demás, el algodón ha sido mencionado por grandes poetas en sus diferentes obras. Así es que Beranger, Lafontaine, Delille, Voltaire y otros varios le consignan en sus composiciones. En España, bien conocidos y hasta vulgarizados son los versos de uno de los que más inspiración refleja en sus obras, perteneciente al siglo de oro de nuestra literatura, que dicen:

«Vuestro don, señor hidalgo,
es como el del *algodón*,
puesto que para ser don
necesita tener algo.»

D. Francisco de Rojas decía:

«A su casa se va, á donde
dormirá, no en duras peñas,
sino en blandos *algodones*.»

y Góngora, exclama:

«Siendo como un *algodón*,
nos jura que es como un hueso.»

Muchos más casos podrían citarse, pero los indicados bastan como ejemplo.

IV

El cultivo del algodón en América, proporciona beneficios más seguros y productivos que los que suministra la caña de azúcar. Crece el árbol, no sólo espontáneamente, sino en toda clase de terrenos: sobre las rocas, en las orillas del mar y en otros varios sitios. Abundaba tanto cuando llegó á esas regiones Cristobal Colón, que en 1493 constituyó la base de los tributos que impuso. Cuando los españoles aportaron, muchos de ellos se hicieron plantadores de algodón y tuvieron la buena idea de tomar por maestra la Naturaleza, sembrando exclusivamente las semillas de las mejores especies indígenas. Por eso al andar del tiempo, en 1776, los algodones de las Antillas, y en particular el de la Guadalupe, tenían gran fama en los mercados de Europa y alcanzaban precios superiores á los demás. Después diversas causas han producido la ruina en muchos de estos puntos, de la industria algodonera.

En 1736 se cultivaba, como hemos ya dicho, el algodonero cual planta de jardín, hasta los 39° de latitud Norte, y cuarenta años después se introdujo en el Maryland, desde cuya épo-

ca adquirió creciente é inmenso desarrollo la producción y exportación del algodón en la América del Norte, siendo verdaderamente maravillosa la importancia de esta materia, no sólo en todos los mercados del mundo, sino en la vida de la referida región, en que forma uno de los principales elementos de su riqueza y esplendor.

El hilado del *algodón* comenzó en los Estados Unidos, en el año 1790, si bien se fabricaron algunos tejidos de esta substancia antes de dicha época. En el año 1815 se habían invertido en la referida industria 40 millones de dollars. La invención en América de un aparato mecánico por los Sres. Lewell y Jackson y su gran éxito en Waltham en 1813, facilitó la salida del producto, obviando algunos obstáculos que se presentaban, y el año 1822 se construyó el primer molino de algodón, acreciendo de un modo extraordinario la producción, merced á las tarifas de aduanas de los años 1824, 1828 y 1832, que protegieron de un modo extraordinario á los fabricantes.

La rebelión de los Estados algodoneros en el invierno de 1860 á 1861 y el bloqueo de sus principales puertos por el Gobierno federal de los Estados Unidos, fueron causa de que la exportación del algodón disminuyera mucho. El retraimiento del comercio extranjero fue, por decirlo así, una de las consecuencias de la guerra; y para atender á la subsistencia de la población fue necesario distraer del cultivo de los terrenos destinados al algodón á multitud de obreros que hubieron de dedicarse á los cereales. Pero antes, las enormes masas de estos productos de excelentes condiciones por todos conceptos, en cuanto á la consistencia, color, longitud de la fibra, etc., fueron motivos para que los plantadores americanos se creyeran los árbitros del mundo civilizado, y suponían tener en sus manos los destinos de Inglaterra y de la gran República del Nuevo Mundo. La recolección les permitía, no sólo levantar suntuosos y artísticos palacios en donde la elegancia competía con la riqueza, sino que mandaban sus diputados al Congreso; restable-

cían la trata de los negros, después de mucho tiempo abolida; obligaban á los legisladores á fundar un nuevo Código, y á los ministros de la religión á proclamar un nuevo Evangelio. Pero la industria algodonera se puso en directo antagonismo con el progreso, y en el momento en que se emanciparon los cuatro millones de esclavos de los Estados confederados, fue para ella un día de luto.

En cuanto á la Gran Bretaña, puede decirse que no hay ejemplo de industria alguna que haya obtenido resultados tan brillantes como ésta en tan corto espacio de tiempo. Es verdad que han contribuído á este desarrollo los descubrimientos de Watl, Hargreaves, Arkwright y Crompton, que con sus poderosos medios mecánicos auxiliares han decuplicado y aun centuplicado los rendimientos del producto.

Tan importante es en todos conceptos esta industria, que en 1863 la paralización y la crisis de la misma dió lugar á que fueran socorridas en Inglaterra el enorme número de 1.142.624 personas (1).

En sus usos hánse reflejado igualmente los progresos de la civilización y cultura. Así es que á la rueca y al huso, que era el primitivo método del hilado, y que todavía se emplea en el Indostán, siguió después el torno, y llegó, por último, el hilado mecánico, en que con extraordinaria economía de tiempo se consiguen resultados más perfectos, habiendo la mecánica realizado en tal sentido verdaderas maravillas, con la aplicación á este objeto del vapor y la electricidad.

Por lo demás, la química ha definido perfectamente la naturaleza del algodón. Substancia formada por el carbono y los elementos del agua en las proporciones necesarias para formar este cuerpo, es, por lo tanto, lo que se llama técnicamente

(1) Dato consignado en una Enciclopedia particular de periódicos, que formó con una constancia y paciencia ejemplares el malogrado escritor D. León María Carbonero y Sol, y que ha merecido premios en Exposiciones.

hidrato de carbono, que forma la celulosa, predominando la especie llamada *xilosa,* que tiene la propiedad de disolverse perfectamente en el reactivo cupro-amónico de Peligot, formando un líquido homogéneo.

El microscopio, con su poder amplificador, ha revelado que está compuesto de fibrillas aplastadas y retorcidas en espiral, constituyendo un entrecruzado, jamás olvidable una vez visto.

Le corresponden, pues, todas las propiedades inherentes á la celulosa, conceptuada pura.

Su empleo en medicina, aunque antiguo, es ya de fecha menos remota que sus usos industriales. El algodón cardado, al que se da diversas formas y se adicionan substancias diferentes, lo utiliza la cirugía en múltiples conceptos, por lo cual la farmacia le presenta preparado convenientemente, ya en el concepto de antiséptico, ó ya de revulsivo; pero la mayor parte de los medicamentos de que constituye la base pertenecen á la época actual, lo mismo el denominado algodón hidrófilo que el fenicado, salicilado, sublimado, iodado, boricado, iodoformado etc., por locual no entran en el dominio de la historia.

El poder de la ciencia no puede menos de admirarse ante la transformación que se realizó convirtiendo una substancia tan inofensiva é inocente como el algodón, que presta abrigo y consuelo, y es un mitigador de los aflictivos dolores del enfermo, en un cuerpo tan explosivo, tan fulminante, de tan destructores efectos como el algodón-pólvora ó piroxilina, cuyo aspecto es el mismo que el del algodón, suave, flexible, blanco, ligero, ténue, y sin embargo, ¡cuán terrible si se le aplica un cuerpo en ignición! Este descubrimiento, realizado por el profesor de Basilea, Schöenbein, en 1846, tuvo una resonancia extraordinaria en el mundo científico, industrial y social.

En efecto, en los últimos meses del año 1846 empezaron á ocuparse los periódicos de un descubrimiento singular. Un químico de Basilea, se dijo que había encontrado el medio de

transformar el suave y flexible algodón en una substancia que tenía todas las propiedades de la pólvora, sin que cambiara su aspecto. Las condiciones del nuevo explosivo eran tales, que se quemaba sin humo, no ennegrecía las armas y tenía una fuerza expansiva tres ó cuatro veces mayor que la pólvora ordinaria. El día 5 de Octubre de 1846 se leyó á la Academia de Ciencias una carta de Schöenbein, autor del invento, donde se describían las propiedades de la pólvora de algodón, pero no se revelaba el método de obtención. Desde el siguiente día al de esta memorable sesión, se trabajó en todos los laboratorios de química de París para encontrar la preparación del nuevo cuerpo, que se suponía era una forma particular de xiloidina, ya conocido desde 1832, en que lo descubrió Braconnot, y estudiado después por Pelouce, el cual se obtenía sumergiendo en el agua fuerte las materias leñosas. En efecto, esta idea sirvió á Schöenbein para aplicarla al objeto que se proponía, bañando el algodón no cardado en el ácido nítrico. Recibió de todos modos Schöenbein cuantioso premio de la Dieta germánica por el descubrimiento, pues se le adjudicaron 260.000 francos. El primero que en París preparó algodón-pólvora, fue el ingeniero civil Morel. Fue, sin embargo, discutida é impugnada la eficacia del nuevo explosivo; pero no pudo menos de reconocerse su gran fuerza, así como también la imposibilidad práctica de aplicarlo á las armas de fuego.

Schöenbein, en un principio, se puso de acuerdo con otro químico de Francfort, Böttger, y sometió su descubrimiento á la Confederación germánica. Aunque guardaron profundo secreto acerca de su invento, no tardó en hacerse público el modo de conseguir preparar piroxilina, mediante el baño prolongado del algodón en una mezcla de una parte de ácido nítrico y tres de ácido sulfúrico.

En 1859 un oficial de Artillería austriaco, el barón Lenek, trató de utilizar un sistema de cañones rayados, de campaña, cargados con algodón-pólvora; pero las muchas explosiones que ocurrieron obligaron á abandonar el explosivo. Después,

sin embargo, se ha facilitado más la práctica de su empleo mediante la compresión, que le ha dado una consistencia parecida á la del cartón. El año 1871 acaeció una horrible catástrofe que destruyó una fábrica y parte de un edificio en Stowmarket, á consecuencia de una explosión de esta pólvora, acumulada en gran cantidad en almacenes, por lo cual se aconseja que se conserve en estado húmedo.

El año 1865, el inglés Abel llevó á cabo grandes progresos en el uso y fabricación de la piroxilina. Preparó el algodón-pólvora comprimido, y con eso se creyó evitar los riesgos de su empleo. Pero á pesar de esto, seguía aumentando el número de víctimas de los que á estas operaciones se dedicaban, por lo cual se prohibió su fabricación en Inglaterra.

Mas no sólo tiene estas aplicaciones destructoras la piroxilina, pues Maynard descubrió en Boston en 1847 que, disuelta en una mezcla de 18 partes de éter y tres de alcohol, producía una substancia de consistencia de gelatina, que con el nombre de colodión ha utilizado la fotografía para la preparación de las placas sensibles donde se impresionan las imágenes, y la Cirugía en concepto de adhesivo y protector de la piel cuando se quiere por cualquier motivo impedir el contacto con el aire, cuya última aplicación se debe á Parker Maynard, estudiante de Boston, en 1848.

Que el algodón ha sido ya desde lejanos días objeto de predilecto estudio por parte de los hombres de ciencia, lo manifiesta el hecho de que la Real Academia de Ciencias de París premió en 1784 una Memoria acerca del «Ensayo de los caracteres distintivos de los algodones de las diversas partes del mundo y de las diferencias que para su empleo en las artes resultan.» Su autor fue Quatremere d'Isjonval, y en ella se prueba, entre otras cosas, la necesidad que tiene el algodonero de climas cálidos, y que el fruto del procedente del antiguo Continente es más grueso y redondeado.

No es extraño que en 1885 se celebrara en América con grandes fiestas el centenario de la producción y comercio del

algodón, como aconteció con la Exposición realizada en Nueva Orleans el 1.° de Septiembre del referido año, donde en amplios y artísticos salones, decorados con gran lujo, se recordaba, con exhibición de importantísimos productos, una fecha tan gloriosa para la industria, y en donde la espléndida iluminación eléctrica durante la noche, ponía en evidencia que los descubrimientos modernos se complacen en rendir honorífico tributo á los recuerdos y á la historia de los grandes hechos.

Por lo demás, ¡cuánta poesía y sublimidad encierra, en medio de su modestia y sencillez, ese pasivo cuerpo, que presta tan grandes servicios y que sirve, lo mismo de dulce consuelo librando á la humanidad de los rigores del mortífero frío, que formando la base de útiles medicamentos ó tornándose, por el contrario, en terrible substancia explosiva, de fuerza inmensa para lanzar á grandes distancias mortíferos proyectiles, ó disuelto en el éter alcohólico para dar vida á la imagen en la fotografía! Nunca, en efecto, será empleado con más provecho el tiempo que en conocer y recordar su historia.

Lo expuesto pone, en efecto, en evidencia que la Historia debe penetrar en todos los asuntos; pues constituye precioso archivo, en cuyos legajos siempre hay algo que aprender y mucho que admirar. La inspección del pasado es á toda hora nuestro mejor consejero y más seguro guía del porvenir. Estudiemos el ayer para nuestra seguridad de hoy y el mejor acierto del mañana. No nos cansemos de rebuscar en las sombras de las generaciones muertas, que hallaremos en ellas el origen de intensos y deslumbradores focos de luz y la clave del porvenir.

Joaquín Olmedilla y Puig,
de la Real Academia de Medicina y correspondiente de la de la Historia.

VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

SIDI-BEL-ABBÉS Y LOS SIETE DURMIENTES

16 de Junio de 1901.

La leyenda de los siete durmientes, originaria del Asia Menor, es á un mismo tiempo creída por los cristianos y los musulmanes. Cuenta el Profeta en su importante libro la curiosa y extraña aventura de los compañeros de la caverna y de Aldrakim: «que es una de las manifestaciones grandes de Dios, y una cosa extraordinaria», incluyéndola en el cap. XVIII, que fue dado en la Meca, consta de 110 versículos, y se denomina *El cahaf* (1), ó sea precisamente la caverna.

Como estamos entre fieles creyentes de Mahoma, me parece preferible atenerme á la versión histórica que del maravilloso suceso refiere el Profeta de Alláh, sin perjuicio de estudiar después lo que entre los escritores cristianos se dice acerca del particular. Tanto más, cuanto que el relato contenido en el Alkorán fue dictado por el mismo Todopoderoso, que es quien indiscutiblemente debe conocer mejor que nadie la verdad de lo ocurrido.

Según Alláh manifestó al Profeta, cuando los jóvenes entraron en la caverna, le dirigieron la siguiente plegaria: «Se-

(1) Para todo este pasaje he tenido á la vista la interesante y erudita traducción del *Alkorán*, hecha por Kassimirski.

ñor, cúbrenos con la sombra de tu misericordia, y haz que la justicia divina dirija nuestros actos.» y entonces—creo lo mejor trascribir el texto sagrado:

«*Vers. 10.* Nosotros les hundimos en un sueño profundo y misterioso que duró largo número de años.

Vers. 11. Nosotros les despertamos después, para ver cuál de ellos sabría mejor calcular el tiempo que en aquel lugar habían permanecido.

Vers. 12. Nosotros te contaremos su historia con verdad. Esos niños creían en Dios, y por eso fortalecimos su fe.

Vers. 13. Pusimos la constancia en sus corazones, cuando rindiendo homenaje á la verdad, dijeron: «Nuestro Dios es el Soberano del cielo y de la tierra: no invocaremos á ningún otro, pues de hacerlo, seríamos unos impíos.»

Vers. 14. «Nuestros conciudadanos adoran otras divinidades distintas del verdadero Dios. ¿Pueden acaso mostrarnos una prueba evidente de la veracidad de sus deidades? ¿Hay alguien más culpable que aquel que forja mentiras acerca del Creador?»

Vers. 15. Entonces se dijeron los unos á los otros: «¿Si los dejáramos, lo mismo que á los falsos ídolos que adoran como si fueran el verdadero Dios, y nos retiráramos á una caverna? La misericordia divina velaría sobre nosotros, y proveerá seguramente á nuestras necesidades.»

Vers. 16. Todo el tiempo que permanecieron ocultos en la cueva, se vió al sol respetar su ingreso. Cuando se levantaba dirigía hacia la derecha sus rayos inflamados, los inclinaba hacia la izquierda cuando proseguía su curso en dirección al Occidente. La omnipotente mano del Todopodero obró este milagro. Aquel que está con Dios se halla en el verdadero camino. Aquel que lo pierde no encontrará jamás la luz, y no tendrá más protector.

Vers. 17. Se les hubiera creído despiertos, y dormían. Nosotros les volvimos á uno y otro lado. El perro que les acompañaba quedó acostado á la entrada de la gruta con las pier-

nas extendidas. Cualquiera que los hubiera visto de improviso, lleno de espanto, despavorido, huyera.

Vers. 18. Nosotros les sacamos de su sueño á fin de que se interrogasen unos á otros. ¿Cuánto tiempo — preguntó uno de ellos—hemos permanecido en esta caverna?—Un día— le respondieron — ó aun quizá menos tiempo todavía. — Dios sabe —dijeron los demás—el tiempo que hemos dormido aquí. Enviemos alguno de nosotros con este dinero á la ciudad (1) para que compre alimentos. Que el que vaya se comporte con cortesía, y guarde silencio sobre el lugar de nuestro retiro.

Vers. 19. Si los habitantes de la ciudad nos hallaran, seguramente nos lapidarían, ó nos obligarían á convertirnos á su idolatría, y perderíamos la felicidad para siempre.

Vers. 20. Nosotros les conducimos á sus conciudadanos, á fin de que vieran el cumplimiento de las promesas del Señor, porque sus palabras son inmutables. La ciudad entera disputó acerca de ellos. Se propuso construir un santuario sobre la caverna que les dió asilo. El cielo les protegía, y los fieles que defendían su causa exclamaron: Sin duda, levantaremos en aquel lugar un templo.

Vers. 21. Se disputará sobre su número, y se dirá que eran tres y el perro, cinco y el perro, siete y el perro (2); pero intentar averiguarlo es querer penetrar un misterio que pocas personas saben. Conténtate con decir: Dios conoce perfectamente su número, y con esto basta.

Vers. 22. No hables del particular sino bien informado, y no cuentes tan peregrina historia á los infieles.

Vers. 23. No digas nunca: «Yo haré esto mañana, sin añadir, si tal es la voluntad de Dios (3). Eleva hacia Él tu pensa-

(1) Se refiere á Tarsis de Cilicia.

(2) El número más seguro es el de siete, según el parecer del ilustre comentarista del libro santo de los musulmanes, Ehnabbas.

(3) Según cuentan los comentadores, este versículo fue revelado á Mahoma, á consecuencia de que habiéndole preguntado en cierta ocasión algunos cristianos por la historia de los siete durmientes: «Mañana os la

miento cuando hayas olvidado alguna cosa y dí: Quizás él me ilumine y me dé á conocer la verdad.»

Vers. 24. Esos niños estuvieron en la caverna trescientos años, mas nueve.

Vers. 25. Dios sabe perfectamente el tiempo que allí quedaron. Todos los secretos de los cielos y de la tierra le son conocidos. Todo lo ve y todo lo oye. No hay mejor protector que Él, pero no asocia á nadie en sus juicios.

Vers. 26. Lee el Alkorán que Dios te ha revelado. Su doctrina es inmutable y no hay amparo contra las resoluciones del muy alto.»

He preferido copiar la brillante poesía oriental, á narrar con mi prosa ramplona la interesante leyenda cuyos protagonistas tan gran devoción inspiran á los habitantes de Marrakesh, lo que no obsta para que los cristianos, al menos durante la Edad Media, les tributasen singular veneración. La historia de los siete durmientes fue introducida en Europa por Gregorio de Tours, de quien la tomó Jacobo de Voragine, para incluirla en su deliciosa *Leyenda áurea.*

Siguiendo las tradiciones cristianas, el misterioso episodio acaeció en Éfeso—en lo que se diferencia de las leyendas musulmanas, que lo hacen ocurrir en Tarsis de Cilicia,—hacia el año 251 de nuestra era, durante el reinado de Decio. En aquellos tiempos hubo una gran persecución contra los cristianos, y siete jóvenes llamados Malco, Maximino, Marciano, Dionisio, Juan, Serapion y Constantino (el historiador Metafrasto les da distintos nombres), que profesaban la nueva doctrina, huyendo del peligro se refugiaron en una caverna, cuyo ingreso hizo murar el prefecto de la ciudad, apenas tuvo conocimiento de que en ella se ocultaban los fugitivos. Trescientos setenta y dos años después, en el trigésimo del reinado

---

contaré», respondió el profeta, olvidándosele añadir, si tal es la voluntad de Dios. Sin duda por esta razón, los marroquíes dicen á cada paso: *In cha Alláh*, es decir, *Si Dios quiere.*

de Teodosio, se suscitó la herejía, que negaba la resurrección de los muertos, y precisamente entonces fue cuando se presentó en la ciudad uno de los siete jóvenes mártires, que en en unión de sus compañeros había permanecido durmiendo en la caverna murada tan largo espacio de tiempo. Los durmientes creían que habían estado ocultos sólo una noche, y grande fue su sorpresa al hallarse con que todo estaba transformado, y que el cristianismo, antes tan perseguido, triunfaba por completo. Tan maravilloso acontecimiento admiró, como era natural, á los habitantes de Éfeso, de modo que el mismo Emperador, acompañado por el clero y los magnates, fué á visitar la cueva y á sus santos habitantes. Apenas Teodosio y los que componían su séquito pudieron cerciorarse del milagro, los siete durmientes entregaron su alma á Dios, que de esta manera había demostrado palpablemente el dogma de la resurrección de la carne. El Emperador quiso entonces erigir una suntuosa basílica para colocar en ella en magníficas cajas de oro los venerables restos de los santos mártires, pero éstos se le aparecieron manifestándole su deseo de reposar el sueño eterno en la misma gruta donde durmieran tan milagrosamente, y así se hizo, quedando allí sepultados en modestos sarcófagos de piedra, cubiertos con ricos paños de seda. Así se hallaban en tiempo de Metafrasto y Gregorio de Tours, según testifican ambos escritores. Desde entonces la Iglesia cristiana colocó á los siete durmientes en la lista de sus santos, fijando su festividad en el día 26 de Julio.

La leyenda se halla citada por primera vez en los escritos de Nicéforo, de quien la tomaron Metafrasto, Sigeberto y Gregorio de Tours, por quien llegó á Jacobo de Voragine. Pero lo más curioso del caso es que los primitivos cronistas griegos aseguran que el milagroso sueño duró desde el año 251 hasta el trigésimo del reinado de Teodosio, afirmando al mismo tiempo que los mártires estuvieron encerrados en la caverna trescientos setenta y dos años, ni uno más ni uno menos. Ahora bien, desde el reinado de Decio hasta el último año del reina-

do de Teodosio, sólo median ciento cuarenta y cuatro años, lo que prueba la ignorancia y buena fe de los escritores citados.

Respecto á los comentaristas religiosos, hay que reconocer que se hallan muy divididos sobre el particular. La Iglesia romana, siguiendo el parecer emitido por Baronio y Hefele, cree que durante la persecución de Decio, siete jóvenes de Éfeso fueron sepultados vivos en una caverna vecina á la ciudad, y que durante al reinado de Teodosio se encontraron sus restos; versión sensata y razonable que parece ser la cierta. En cambio, las iglesias orientales ortodoxas y heterodoxas persisten en afirmar la leyenda, apoyándose en los textos de Nicéforo, Calixto y Cedrenio entre los griegos, y de Sigeberto entre los latinos. Lo probable es que Mahoma, cuando como simple camellero se ocupaba en cuidar los negocios de la rica viuda Kadija, oyese contar, en uno de sus viajes al Asia Menor, la leyenda de los siete durmientes, muy popular entonces entre los monjes griegos y armenios que por aquellos territorios habitan; que la fantástica tradición impresionase hondamente su imaginación ardiente y soñadora, y que andando los tiempos, cuando se erigió en profeta y se hizo pasar por inspirado de Dios, narrase á sus discípulos el milagroso suceso como cosa sorprendente y maravillosa, incluyéndolo después en el *Alkorán,* lo mismo que había hecho con otras historias procedentes de la Biblia y de los evangelios apócrifos, que aprendería sin duda alguna en los mismos lugares.

Es conocida la rapidez con que se extendió la religión del Islám y el fanatismo de sus primeros prosélitos. Cuando los mahometanos invadieron el Asia Menor, al llegar á Éfeso encontraron la cueva con las tumbas de los siete durmientes, y desde el primer momento la tuvieron en gran estima, como prueba patente de la veracidad indiscutible de la doctrina del Profeta. Más adelante la nueva religión necesitó mayor expansión, y los herederos del Profeta fueron extendiendo sus dominios. Omar, al frente de formidable ejército, pasó al África, y la invasión árabe se extendió por toda la costa del Me-

diterráneo, hasta llegar á los territorios del *Magreb el Akza,* el extremo Occidente, donde se vió detenida por el Atlántico. La formidable avalancha humana debió arrollar á su paso cuanto encontró; pero seguramente así como el río desbordado arrastra en su vertiginosa corriente los restos de cuanto destruye, el ejército invasor debió llevar consigo las ruinas de las civilizaciones que progresivamente iba dominando. Unicamente de este modo puede explicarse, según mi modesto parecer, que las doctrinas de Aristóteles y Euclides fueran á ser enseñadas en las aulas de las *madrizas* de Fez y Marrakesh, en tiempos en que aún eran desconocidas para las naciones herederas de la cultura griega. Por el mismo conducto las leyendas del Asia Menor y del bajo Egipto se propagaron hasta los últimos confines del dilatado Imperio muslímico, y la tradición de los siete durmientes se fijó en Marrakesh, donde era fama que habían ido á parar los restos de los siete jóvenes, santos para los cristianos y santos para los musulmanes.

Conforme á lo convenido de antemano, ayer tarde visité, en compañía de mi amable guía y fiel compañero el *tebib* Mariano, las *Kubbas* ó santuarios en que reposan los héroes de la poética leyenda. Hállanse situadas en las afueras de la ciudad, pero en un lugar vecino y unido á la famosa y respetada *Zauia* de Sidi-bel-Abbés, cosa muy natural, puesto que los siete durmientes comparten con el venerable santón el patronato de la capital magrebina. El aspecto exterior de las tales tumbas nada de particular ofrece, pues bien poco se diferencian de los innumerables edificios que, dedicados al mismo objeto, se ven en casi todas las ciudades del Imperio. Están constituídos por una especie de cubo de mampostería, coronado por un casquete esférico, y rodeado en su parte más elevada por una serie de almenas dentelladas de forma trapezoidal. En las fachadas que miran á Poniente, é igualmente en las siete *Kubbas,* se abre la puerta que da ingreso al santuario; pero como todas estaban herméticamente cerradas, nos fue imposible vislumbrar nada del interior, que, á juzgar por lo que podíamos

ver, debía ser bien pobre y miserable. Todo el exterior, cúpula y murallas, está enjalbegado y desprovisto de adornos, salvo un arco encuadrado en cada una de las fachadas, y las pequeñas ventanas, ó más bien saeteras, abiertas para dar luz á las pequeñas capillas.

El lamentable estado de abandono en que se encuentran las llamadas tumbas de los siete durmientes, es una prueba más de la decadencia de este pueblo, que se olvida de todo, hasta de sus más veneradas tradiciones. No sólo están deterioradas, sino que contra la costumbre están sucias, conociéndose que hace años que nadie se ha cuidado de blanquearlas. Todo esto me hace dudar de que aquellas *Kubbas* sean las mismas que deseábamos ver, temiéndome, no sin fundamento, que hayan engañado á nuestro guía, cosa muy en connivencia con el carácter de los árabes. Sin embargo, los marroquíes que nos acompañan aseguran que las siete tumbas que contemplamos son las propias y auténticas erigidas por los devotos en memoria de los siete jóvenes mencionados en el *Alkorán*, y que aquellos lugares donde nos hallábamos indebidamente, eran de los más santos que hay en la ciudad, por lo que nos instaban á que nos alejásemos cuanto antes. Así lo hicimos, pues habiendo satisfecho nuestra curiosidad en lo posible, convenía obrar con prudencia y no despertar por si acaso los suspicaces recelos de los fanáticos habitantes de Marrakesh.

No obtante tan rotundas y terminantes afirmaciones, yo no he quedado satisfecho; lo declaro lisa y llanamente. A pesar de las protestas de los askaris que nos han acompañado; á pesar de que ya anteriormente, pero desde respetable distancia, me habían señalado los monumentos que ayer visité como santificados por guardar los restos de los siete durmientes, sigo dudando de la autenticidad de tales tumbas. Lo cierto es que resulta imposible de todo punto averiguar la verdad. Entre los muchos musulmanes que he hecho interrogar, unos han manifestado que la existencia de los venerables santuarios en Marrakesh era cosa conocida en todo el Magreb, y que conti-

nuamente acudían peregrinos á visitar los sagrados sepulcros vecinos á la *Zauia* de Sidi-bel-Abbés, mientras que otros declararon no tener ninguna noticia del particular, lo que no es de extrañar conociendo la crasa ignorancia de estas gentes. ¿Obraron con malicia los primeros creyendo agradarnos y con suspicacia los segundos? No me atrevo á afirmarlo. Me encuentro en un mar de confusiones; recapacitando, recuerdo haber oído mil alusiones á los siete durmientes y á sus sepulcros, especialmente el día de la llegada á El Kantara, cuando muchos de los individuos de nuestra escolta, cumplimentando una piadosa costumbre, depositaron siete piedras en el montón destinado al efecto, situado en el lugar donde desde las vertientes del Djebilat se divisan por primera vez la cúpula de Sidi-bel-Abbés y las siete Kubbas que rodean al santuario; pero cuando queremos entrar en mayores averiguaciones, no conseguimos sacar nada en claro. Si éstos se callan por ignorancia, aquéllos lo hacen por mala fe. Los más fanáticos, y por semejante razón no concedo ningún crédito á sus palabras, tanto más cuanto no ignoro la tenaz oposición que hacen á que ningún cristiano penetre los secretos y misterios de la religión mahometana, se muestran profundamente indignados, protestando de que nunca jamás reposaron los restos de los siete durmientes en Marrakesh, y uno de los más exaltados, criado que nos sigue desde Tánger, habla español y acostumbra á mentir con la mayor desvergüenza, me ha dicho en confianza que no hay tales tumbas de los siete durmientes y que lo que hemos visitado no son más que los sepulcros de los cinco hijos de Sidi-bel-Abbés y los de sus dos predilectos discípulos. ¡Lo que muy bien pudiera ser la verdad!

LA CUESTIÓN DE AGADIR

Dar Muley Alí, 18 de Junio de 1900.

Para dentro de quince días calculamos que podremos emprender el viaje de regreso. Las negociaciones que tanto han tardado en comenzar, marchan á pasos agigantados, y el Ministro de Estado, Sidi-Abd-el-Krim Ben Soliman, que hace ya varios días que viene celebrando conferencias con el señor Ojeda, asegura que muy en breve quedará todo terminado y satisfechas por completo las legítimas exigencias de España. El que más y el que menos, todos deseamos abandonar la capital de Marruecos y tornar á la vida civilizada. Ya satisfecha la curiosidad y habituados en cierto modo á las extrañas costumbres de estas gentes, nada nos sorprende, y el encanto de la novedad, tan grande en los primeros días, va desapareciendo poco á poco. La realidad se hace paso y tan gran abandono y suciedad acaban por molestar, influyendo en deprimir el ánimo la monotonía de la vida que llevamos; los días se suceden de idéntico modo, y el aislamiento y soledad en que vivimos, recluídos en Dar Muley Alí, sin casi ningún comercio con el mundo exterior, pesa sobre nosotros de terrible modo, tanto, que unánimemente ansiamos tornar á la región de los vivos. En realidad, se diría que vivimos en el reino de la muerte; tal es la impresión que produce la ruina y decadencia del Imperio y de la raza árabe; impresión que ya se hizo notar en los primeros días del viaje, y que continuamente va aumentando en intensidad.

Las conferencias se verifican generalmente por la tarde, viniendo el Ministro de Estado á nuestra residencia. Abd-el-Krim Ben Soliman es persona agradable y distinguida, señalándose entre sus compatriotas por poseer una instrucción bastante regular, completada por su viaje á España, y su conversación suele ser en extremo interesante. Según el padre Cervera, habla el árabe literario con rara elegancia, y entre sus

compatriotas goza de la fama de gran poeta é improvisador. Durante su estancia en Madrid dió repetidas pruebas de su ingenio, y en las varias veces que hemos hablado con él, nos ha sido posible apreciar su despejada y clara inteligencia. Ameniza sus discursos siguiendo la costumbre oriental con poéticos apólogos, llenos de intención y de gracia. Recuerdo precisamente uno, que nos dijo cierto día en que el Sr. Ojeda se lamentaba del profundo desconocimiento de Europa y de nuestras costumbres que tienen los marroquíes, y aludió á las preguntas que acerca de la extensión de España nos hizo en el campamento del *Kantara* nuestro simpático Kaid Erha.

Respondiendo á tales interrogaciones, Abd-el-Krim se expresó del siguiente modo: Vivía hace muchos años un desgraciado ciego, que como padeciera tan fatal enfermedad desde el momento de su nacimiento, había llegado á la edad madura desconociendo en absoluto las maravillas de la creación. En sus continuas peregrinaciones, pues sosteniéndose con las limosnas que recogía se veía precisado á ir de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, guiado y conducido por algunas personas caritativas y piadosas que se condolían de su miseria, oía hablar y referir los portentos creados por Alláh y las grandezas del Universo; pero por más esfuerzos que hacía, le era imposible explicarse nada de aquello ni comprender lo que fueran la luz, los colores y las formas. Su desesperación por semejante causa era bien grande, y como cada día podía escuchar el relato de nuevas maravillas, su deseo por ver algo de lo mucho que desconocía, se acrecentaba sobremanera. Piadoso creyente, aunque se resignaba con su suerte, confiaba en la misericordia divina, por lo que invocaba al Supremo Hacedor rogándole que se dignase concederle el don de la vista, aunque sólo fuera por un brevísimo instante. Y tantas y tan devotas fueron sus oraciones, que Alláh, cuya misericordia es infinita, se apiadó de él, y como todo lo puede, accedió á su demanda, y abriéndole los ojos, le concedió que viera, pero sólo algunos cortos momentos. Verificóse el milagro, y el antes desgraciado

ciego, que contemplaba por primera vez las grandezas de la creación, quedó asombrado y confuso. Los rayos del sol le deslumbraban; pero como deseaba aprovechar el dón que acababa de serle concedido y del que le era dado disfrutar tan poco, miraba atontado á todas partes y no sabía en dónde fijar la vista. De pronto cierto rumor llegó á su oído, y deseoso de conocer qué lo causaba, dirigió su vista al lugar de donde procedía, pudiendo ver á un ratón que correteaba graciosamente, moviendo su cabecita en todas las direcciones. Era el primer sér viviente que veía, y si gran asombro le habían causado la luz, los colores y las formas, mayor fue su maravilla al contemplar los movimientos. De sus labios brotó un grito de sorpresa, y con todo su corazón bendijo el santo nombre de Alláh que tales portentos creaba. El ratón, asustado, se escondió en un agujero, y como el tiempo fijado por el Todopoderoso había pasado, cerráronse los ojos del desgraciado, que quedó de nuevo y para siempre sumido en las tinieblas. No obstante, hallábase profundamente consolado; había visto, y en su alma quedaron grabadas las maravillas que en los breves instantes que duró el milagro pudo contemplar. Ya sabía cuáles eran las obras del Creador, y cuando oía hablar de ellas, refería á su vez lo que sus ojos muertos vieran. Para él, nada existía en el mundo más grande que un ratón, y por todas partes cantaba las alabanzas de este animal. En vano se intentaba describirle cualquier otro; quién nombraba al camello, quién al elefante, quién ponderaba al león, quién al toro; el ciego, indefectiblemente contestaba: grandes serán esos animales, no lo dudo, pero nunca lo serán tanto como un ratón, que para mí es la mayor maravilla creada por Alláh, cuyo santo nombre sea mil y mil veces glorificado en toda la eternidad.

Tal es el lindo apólogo que nos refirió el alto funcionario del Gobierno Sheriffiano, que puede aplicarse perfectamente al estado actual del Imperio. Los marroquíes son los pobres ciegos del cuento; por misericordia divina han visto única-

mente los territorios del Magreb, y es inútil hablarles de nada más. ¿Qué puede importarles la existencia de Alemania ó Inglaterra, Francia ó España, si todo para ellos resulta lo mismo, y el ratón que conocen es lo más grande y maravilloso que existe en el Universo? ¡A qué quitarles sus ilusiones! Con ellas son felices y se creen habitar en el mejor de los mundos posibles. ¿Acaso el progreso está en relación directa con la felicidad, aspiración suprema del alma humana? Desgraciadamente, los grandes adelantos científicos, así como cuantos descubrimientos de todo género han venido á facilitar la vida, no han logrado resolver el arduo y pavoroso problema. Quizás el árabe que vaga libre por el desierto, confiado en Alláh y sumiso á sus designios, no pidiendo al mundo más que lo que el mundo puede dar, satisfaciendo sus necesidades con poco y no deseando nada, sea mil veces más dichoso que cualquiera de nosotros que llevamos la vida inquieta y agitada, llena de luchas y de afanes, producto de la civilización moderna. ¿Con qué derecho, pues, venimos á turbar la felicidad de que gozan y á hablarles de cosas para ellos desconocidas, que aunque lograran acrecer su bienestar, no habían, ciertamente, de aumentar su dicha? ¡Cuántas veces durante el viaje de venida, al pensar en nuestras múltiples necesidades y en las privaciones á que nos veíamos sujetos por causa de ellas, no llegué á sentir verdadera envidia del Kaid Erha, que nos acompañaba, ignorante si se quiere, pero siempre alegre y contento, siempre satisfecho y dichoso, libre de quebraderos de cabeza! Una tienda, un buen caballo y el horizonte inmenso y despejado para vagar á su capricho. He aquí un programa de vida verdaderamente seductor para almas sencillas, ingenuas é inocentes, que parecen no haber probado los frutos del árbol de la ciencia. Pero nosotros los descendientes del robador del fuego, que aspiramos á conocer la verdad absoluta, necesitamos la lucha como elemento de vida, y estamos condenados á desear incesantemente, sin la esperanza de ver nunca satisfecho nuestro deseo. Por lo que me parece que deberíamos ser piadosos con es-

tos nuestros hermanos menores, y conservarles con su ignorancia, su dicha.

Como las entrevistas se celebran por las tardes, suelen ser interrumpidas al comenzar el crepúsculo por el acostumbrado canto del almuedano, que llama á la oración (1). Apenas la plañidera voz resuena en los aires, Abd-el-Krim Ben Soliman, libre de prejuicios humanos y dejando á un lado las cuestiones mundanales, detiene por algunos momentos la conferencia comenzada y sale al vecino patio de los naranjos, donde uno de sus servidores le tiene prevenido un tapete, para entregarse á sus devociones. El pueblo marroquí es en extremo religioso y fiel observante de los preceptos divinos, y los altos funcionarios del Gobierno son los primeros en dar el ejemplo obedeciendo sin escrúpulos los mandatos contenidos en el Alkorán. Diferenciándose de los turcos, los árabes del Magreb practican el rito *Malekita* (2), uno de los cuatro ortodoxos que tiene la religión musulmana, que si bien es igual á los tres restantes en cuanto concierne al dogma, se distingue un tanto en la parte de ritual y en las ceremonias religiosas. Cada una de las oraciones consta de una larga invocación al supremo hacedor y de varios *rikats*, ó sean salutaciones que se pronuncian al mismo tiempo que se ejecutan varios movimientos con todo el cuerpo, arrodillándose, prosternándose hasta el suelo, inclinando la cabeza, extendiendo ó levantando los brazos, irguiendo el cuerpo, en fin, siguiendo un extraño ceremonial, determinado por el sentido de los versículos que se recitan y en extremo complicado. Se comprende lo difícil que

(1) Es sabido que según las prescripciones del *Alkorán*, los mahometanos están obligados á hacer cinco veces oración durante el día: la primera, al rayar el alba, se llama *Essebah;* la segunda, á las nueve de la mañana, poco más ó menos, *Ed-Duhur;* la tercera, al medio día, *El Aassar*, que es la más importante; la cuarta, á la puesta del sol, ó sea *El Magreb*, y la última ya de noche, denominada *El Asha*.

(2) Los otros tres ritos son el *Khanefi*, seguido por los turcos, y los *Hambeli* y *Sehaffi*, únicamente practicados en la Arabia.

ha de ser para un neófito reproducir con exactitud y sin estar muy acostumbrado, semejantes prácticas. Es de ver el respeto y la devoción con que el Ministro de S. M. Sheriffiana se entrega al rezo, sin que nadie ni nada le distraiga.

El objeto principal de nuestro viaje es conforme á lo declarado en las Cortes por el señor Ministro de Estado; reclamar del Gobierno Sheriffiano la cesión de los territorios vecinos á Ifni, á los que tenemos derecho por el tratado de Wad-Ras; por consisiguiente, la cesión inmediata de tales terrenos es el punto más discutido en las conferencias que casi diariamente se vienen celebrando. El derecho de España sobre Santa Cruz de Mar Pequeña, es indiscutible. Desde tiempo de Carlos III, y en todas las ocasiones que ha sido posible, hemos manifestado claramente al Maghzen nuestros legítimos deseos, así como nuestras aspiraciones de obtener la costa de Tarfaya. Siempre hemos encontrado por parte de los Emperadores de Marruecos y de sus Ministros esa oposición pasiva, sistemática en los orientales, que consiste en acceder á todo en principio, pero á no cumplir nada en definitiva, dando largas á lo que se discute, con objeto sin duda de agotar la paciencia de los europeos, más vehementes y decididos. No obtante, con tenacidad todo se obtiene, y es de esperar que logremos dejar satisfechas las legítimas pretensiones de España.

Vienen á complicar nuestras negociaciones los encontrados intereses de las diversas potencias que aspiran á adquirir posesiones en los ricos é inexplotados territorios del Magreb. Sin embargo, paréceme que Francia, cuyas aspiraciones son tierra adentro y justificadas por la necesidad de establecer el ferrocarril *Trans-Sahariano* que ponga en comunicación la Argelia con el Senegal, no ha de poner obstáculo á la realización de nuestros deseos. No hará lo mismo Inglaterra, cuyos intereses esencialmente costeros, se hallan en contraposición abierta con los nuestros. Según todo hace presumir, las naciones dejarán asegurar á Francia sus fronteras por el Sud de Marruecos y sus comunicaciones con el Senegal. La misma In-

glaterra deshaució al Maghzen cuando éste solicitó su apoyo contra Francia, pero mucho me temo que su actitud no sea tan favorable á España.

La cuestión es, como se ve, en extremo complicada, y mi situación de Secretario de la Embajada me impide hablar con la libertad que desearía hacerlo, pues el asunto me interesa sobremanera y lo creo de vital interés para el porvenir de nuestra amada patria. Abandonar Marrakesh sin haber obtenido la cesión definiva de Ifni, puesto que aquellos son los territorios designados en lugar de Santa Cruz de Mar Pequeña, y establecido las bases para canjearlos cuando á nuestros designios convenga por terrenos de igual importancia en la costa de Tarfaya si llegásemos á obtener la conformidad de las potencias; para emprender á distancia nuevas negociaciones con el Maghzen sería un verdadero contratiempo, que espero que el cielo en su infinita justicia nos evite.

20 de Junio.

Estamos de enhorabuena: la importante cuestión de Ifni ha quedado resuelta satisfactoriamente, así como las demás reclamaciones formuladas por España (1). La contestación del Sultán al *Memorandum* presentado por el Sr. Ojeda, reviste, lo mismo que se practicó con el Ministro de Italia Sr. Malmusi, la forma de instrucciones dirigidas al Delegado del Emperador en Tánger, Sidi Mahomed Torres, quien desde la muerte del Gran Visir ha sido investido de amplísimos poderes.

En el documento imperial se dictan las disposiciones necesarias para proceder á la inmediata cesión á España de los te-

(1) Estas líneas no estaban destinadas á la publicidad, pero pasado más de un año que terminó nuestro viaje á la capital de Marruecos, y habiéndose hablado mucho en la prensa y en otros lugares de los resultados de nuestra Embajada, no vacilo en agregarlas para completar mi trabajo, puesto que en ellas no se dice nada que no haya sido manifestado públicamente en el Parlamento por el señor Ministro de Estado ó por el Jefe del último Gabinete conservador.

rrenos designados en las cercanías de Ifni, conforme á lo estipulado en el Tratado de Wad-Ras y en las convenciones y arreglos posteriores, y ajustándose á las bases establecidas en un protocolo acordado en Marrakesh á fin de evitar las agresiones de las kabilas vecinas á los nuevos establecimientos. Se previene asimismo que las partes contratantes quedan facultadas para establecer negociaciones relativas al canje de dichos territorios por otros, en análogas circunstancias, situados en la parte de costa comprendida entre el río Dráa y el cabo Bojador. Ofrece también S. M. Abdul-Azis trasladarse, en cuanto le sea posible, á Fez, desde donde se ocupará, después de haberse puesto previamente de acuerdo con el Gobierno español, en la demarcación de la zona neutral de Melilla. Al mismo tiempo manifiesta su agradecimiento por el generoso perdón concedido por S. M. el Rey de España á todos los árabes complicados en los lamentables acontecimientos acaecidos en la citada plaza española hace algunos años, y reconoce explícitamente la conveniencia de afianzar la unión ya existente entre ambos países, declarando estar dispuesto á demostrar su amistad hacia la nación vecina con hechos concretos y positivos. En prueba de ello dirigirá una carta á los Gobernadores de Marrakesh, Fez, Mequinez, Alcazar y demás ciudades importantes, recomendándoles la más solícita y especial protección de los españoles allí residentes, así como dará instrucciones á su Delegado especial en Tánger para tratar de suprimir, de conformidad con lo propuesto por la Embajada, el contrabando que continuamente se hace por Alhucemas, y mantener constantes las comunicaciones con nuestras plazas fuertes del Norte de Africa. Por último, el Emperador se muestra dispuesto á resolver con completa equidad y justicia todas las reclamaciones pendientes.

Para que nada falte, Abd-el-Krim Ben Soliman nos ha dicho, que deseosa S. M. Sheriffiana de complacer á los Monarcas españoles, á pesar de los inconvenientes que desde luego puso á semejante pretensión, accede en principio á la conduc-

ción á Ceuta de las aguas de los copiosos manantiales del Benzu, y que al efecto mandará cuanto antes á los dichos lugares á un agente y á un perito de su confianza para que le informen acerca del modo de satisfacer á España sin perjudicar á sus súbditos. Esto último y la inmediata cesión de Ifni, son considerados por los altos funcionarios del Gobierno marroquí como los mayores triunfos conseguidos por nuestra patria desde 1860. Desde luego, ambas concesiones son de gran importancia. La dotación de aguas constituye para Ceuta una ventaja inestimable, que mucho dudábamos poder obtener, puesto que el Maghzen no desconoce, y así nos lo ha manifestado, que nosotros nos habíamos opuesto terminantemente á conceder igual beneficio á Gibraltar. Respecto á la cesión de Santa Cruz de Mar Pequeña, ó sea Ifni, puesto que éste es el lugar designado por nuestros gobernantes, baste recordar los múltiples trabajos realizados desde tiempo de Carlos III hasta la fecha, sin haber nunca logrado obtener nada positivo.

Quedó también convenido en la última conferencia, que el Sultán recibiría al enviado de España en audiencia de despedida el día 30 del corriente; de modo que todo nos hace suponer que en los primeros días del próximo Julio abandonaremos Marrakesh. Todo marcha á pedir de boca, y, sin embargo, hablando con sinceridad, debo declarar que no estoy satisfecho. Hubiera deseado conclusiones más decisivas y terminantes, y sin saber por qué no se aparta de mi mente aquel proverbio árabe que dice: «De la copa á los labios hay tiempo bastante para que ocurra una desgracia.»

RAFAEL MITJANA.

LA LITERATURA FRANCESA CONTEMPORÁNEA

EL ROMANTICISMO.—RENACIMIENTO RELIGIOSO.—LOS APOLOGISTAS.—FRAYSSINOUS.—EL LIBRO DEL PAPA.—LAMENNAIS.—LACORDAIRE.—MONTALEMBERT.—OZANAM.—LUIS VEUILLOT.

El cuadro de la época romántica que he procurado trazar quedaría incompleto, á no incluir en él el gran movimiento religioso que empieza á producirse á la caída del Imperio, y que se enlaza estrechamente con el romanticismo si ya no es el propio romanticismo, en su forma genuínamente espiritualista, en una de sus características manifestaciones, y en su orígen contradictorio á la obra del siglo XVIII.

Lo que constituye la unidad de un período tan agitado y efervescente como el que se inicia hacia 1814 y decae hacia 1845, es el impulso general de renovación, con justicia calificado de tentativa de *instauratio magna* del espíritu. Todo germina, todo florece, con una especie de fiebre de crecimiento vital, de esas fiebres que no aniquilan, sino que exaltan generosamente las facultades y las potencias, descubriendo horizontes de esperanza y evocando ilimitadas perspectivas. La inteligencia, llena de confianza en sí misma, se embarcaba todas las mañanas en una de las carabelas de Colón. La multitud seguía á la inteligencia con docilidad entusiasta, convencida de que encontraría tierras recónditas, nuevos paraísos, ó por lo menos recobraría el Edén perdido, la verdad enterrada por

la fatal filosofía de la Enciclopedia, y que, cual la hija del Conde de Barcelona, permanecía viva y joven en su sepultura.

No se deduce de lo que voy diciendo, que el período romántico fuese de unanimidad y concordia: sabemos que era de combate y estrépito, *drang und sturm,* de choque fragoroso. Lo que hay es que las controversias y las polémicas de aquel tiempo ostentaron ese sello de sinceridad exaltada que caracteriza á las edades heroicas del pensamiento y del sentimiento, entre las cuales debe contarse sin género de duda, el romanticismo. Si me preguntan en qué se distinguen las edades heroicas intelectuales, diré que es en la incansable esperanza y en el ardiente anhelo de encontrar la verdad, en cualquier orden que sea, y también en el convencimiento de haberla descubierto y llegar muy pronto á restaurarla. Este convencimiento, en el orden religioso, animó á los cristianos refugiados en las Catacumbas y llevó al través del desierto á los cruzados, en la Edad Media; en el artístico y científico, inspiró el Renacimiento á fines del siglo xv, y en Francia, casi en nuestros días, produjo dos vivas rachas de ilusión: la enciclopédica y la romántica. La segunda fue más intensa, pero menos coherente. De tantas aspiraciones y luchas; de tal persuasión de la victoria; de aquel programa ideal que comprendía, en la esfera política, la conciliación de la libertad con el orden; en la religiosa, la armonía constante de la razón y la fe; en la filosófica, la depuración y fusión de todos los sistemas, y en arte, la suprema fórmula de la vida y la pasión, queda por lo menos en el cielo un rastro de luz más refulgidora en medio de la crepuscular melancolía de lo presente.

Tal vez nos inclinemos á suponer que entonces apareció una raza de hombres superiores á los contemporáneos nuestros, dotados de más ricas facultades, de energías más poderosas. Sin afirmarlo ni negarlo, me parece preferible otra suposición: que la masa se encontraba predispuesta. Los hombres excepcionales necesitan fondo y ambiente, y aquéllos lo te-

nían. La muchedumbre ansiaba oir, aprender, creer; y del terreno removido por la espada, fertilizado por la sangre, como la cuenca del Nilo por las avenidas y riadas, brotaron los genios. Nada revela la virtud generadora de ese ambiente caldeado y electrizado por el entusiasmo, de dos tribunas, la filosófica y la sagrada.

Napoleón había restablecido el culto mediante un Concordato con Pío VII. La Iglesia transigía con los compradores de bienes nacionales; el Estado protegía el ejercicio de la religión católica y su independencia. Aceptó la Iglesia esta situación, pero no pudo menos de recordar que bajo el antiguo régimen poseía la quinta parte del territorio, percibía el diezmo, no toleraba disidencias y sancionaba la familia,—hoy atribución del poder civil.—Quedábale impuesto el deseo y casi la necesidad de la lucha para reconquistar lo perdido. La Restauración borbónica dió, naturalmente, alas á este afán. No sólo Carlos X, cuya pérdida acaso aceleró la célebre Congregación, sino el volteriano Luis XVIII, intentaron reformar el Concordato en sentido ultramontano. Luchando con la sociedad nueva, se pretendía volver á la tradición del derecho divino, restableciendo leyes como la del sacrilegio, castigado con la mano cortada, que ya ni aplicar pudieron. La persecución revolucionaria había hecho al clero popular: la protección restauradora le hizo tan odioso, que en 1830 no se atrevían á vestir en la calle sus hábitos. La Monarquía de Julio evitó que el clero influyese en la política oficial: entonces le vemos recobrar su prestigio y encontramos el hábito religioso en el seno de la representación nacional. Ténganse en cuenta estas fluctuaciones para comprender la batalla que se libró en el terreno intelectual, filosófico y literario.

Al tratar del movimiento religioso hasta el fin del romanticismo, fijan la atención dos episodios principales: las disensiones entre galicanos y ultramontanos, y la explosión avasalladora del catolicismo liberal. Las primeras nacieron de un formidable libro del Conde de Maistre, ariete y cimiento á la

vez, titulado *El Papa,*—con otro que viene á ser su apéndice ó coletilla: *La Iglesia galicana en sus relaciones con el Soberano Pontífice,*—donde pulverizó á Pascal y á los jansenistas, y acorraló á Bossuet, cuya pluma y palabra aquilífera servían de fundamento al episcopado francés en sus alardes de relativa independencia respecto á la Santa Sede. Otro teórico fogoso iba á proseguir la obra del Conde de Maistre, acabando de arrancar la raíz del galicanismo; pero el espíritu de la Iglesia francesa aún encontró defensor en el respetable Frayssinous. Este sacerdote, que ha sido comparado á Massillon, supo atraer á sus pláticas de San Sulpicio, diferentes del clásico *sermón,* ya desde la época del Imperio, un auditorio de gente seria y de buena intención, ansiosa de aprender á creer, y explicó con moderación y claridad los puntos controvertibles de la doctrina y la tradición histórica. Prohibidas por el despotismo imperial estas pláticas, cuando la Restauración devolvió á la tribuna religiosa su libertad, volvió Frayssinous á su púlpito, después de cinco años de forzoso silencio, y eligió para asunto, no ya los dogmas y la moral cristiana, sino la Revolución, en sus causas, efectos y fines. La persecución sufrida y la importancia del tema, entonces novísimo y candente, valieron al fervoroso catequista de la juventud una ovación muda, la única á que el predicador puede aspirar. Dedicado desde entonces á la cátedra sagrada, Frayssinous reunió sus conferencias en una obra que tituló *Defensa del cristianismo,* y que si no llena las exigencias de la apologética de hoy—como tampoco *El genio del cristianismo* de Chateaubriand—por el influjo que ejerció, merece no ser relegada al olvido. Lamennais, que entonces aún no había comenzado á disentir de Frayssinous, decía de él: «Ha sido suscitado por la Providencia un orador, capaz de confundir á la incredulidad con lógica poderosa.»

Mas estos méritos de Frayssinous, la integridad y dignidad de su carácter, su desinterés, la honradez de su apologética, su previsión de que el problema del porvenir religioso de

Francia estaba en la instrucción pública, y de poco serviría la represión política si se abandonaba el aula, no bastaron para reanimar al galicanismo. Las doctrinas del conde de Maistre sobre la primacía y autoridad suprema de la Santa Sede, cundían y hacían prosélitos hasta entre los Obispos galicanos; á ellas se adherían el catolicismo joven, bautizado con la sangre de los mártires de la Revolución; á ellas se afiliaban Lamartine y Lamennais. El dogma de la infalibilidad cristalizaba en las conciencias. Las convulsiones revolucionarias, dividiendo al clero francés en juramentado é injuramentado, habían roto la unidad del sentimiento nacional y situado el eje espiritual fuera de Francia.

Hemos consagrado breves párrafos en otra lección á José de Maistre; si hoy volvemos á recordar su nombre, es para decir que fue maestro y guía de los primeros pasos de un hombre en quien al pronto vieron sus contemporáneos á otro San Agustín, y que después, fulminado como el ángel caído, fue escándalo y aflicción de sus antiguos admiradores: ya se adivina que hablo de Lamennais.

Nació este apóstata, que en los primeros siglos de la Iglesia hubiese sido formidable heresiarca, en San Malo, en una casa de la misma calle donde años antes Chateaubriand había venido al mundo. El alma sombría del celta, su imaginación nebulosa, se revelaron en Lamennais desde la niñez. Huérfano de madre y muy enfermizo, fue uno de esos chiquillos de ojos verdes y cara pensativa, que los provincianos del Noroeste solemos encontrar en las playas de nuestra tierra, notando que, en vez de jugar se están parados y miran fijamente el ir y venir de las olas. Espíritus inquietos y amargos como el Océano, pero espíritus poéticos y soñadores.

Aunque penetrado de impulsos místicos, desde la adolescencia fluctuó Lamennais entre la incredulidad y la fe; su vocación eclesiástica, precedida por una infeliz pasión amorosa, fue tardía y como violenta; anduvo rehacio para ordenarse, cual si presintiese que por aquel camino no llegaría á encon-

trar la paz. Bretón legítimo, afiliado á la escuela católico-monárquica de Chateaubriand y el conde de Maistre, la duda le atormentaba desde la adolescencia; y no pudo comenzar hasta los veintidós años cumplidos.

Eran no obstante preocupación continua suya las cuestiones religiosas, y antes de los treinta, colaboraba con su hermano Juan en dos libros de apologética y de historia religiosa. Este hermano era ya sacerdote: Felicidad Roberto Lamennais no lo fué hasta 1815. Ni aun al decir su primer misa se sentía convencido: por extraña vacilación, se le vió ponerse lívido y casi desmayarse al consagrar.

De Maistre y su escuela atrajeron á Lamennais, y en el periódico *El Conservador* inició una campaña en pro de la enseñanza religiosa, señalando al catolicismo el escollo de las instrucciones laica y oficial. También rebatió las teorías de Odilon Barrot, el cual sostenía que puede haber tantas creencias como ciudadanos, y que la ley es necesariamente atea. Revelóse ya desde entonces Lamennais polemista, vigoroso y hasta descompasado y acre, siendo la naturaleza de su talento semejante á la áspera costa bretona, erizada de escollos y arrecifes, azotada por espumas que encrespa el huracán. Sin embargo, era Lamennais casi desconocido todavía, cuando en 1818 dió á luz, bajo el velo del anónimo, el primer tomo de una obra titulada *Ensayo sobre la indiferencia en materias religiosas*. Fue la publicación un suceso magno: la vibración primera del renacimiento religioso persistía aún; la campana tañía, el órgano gemía en los corazones, y las generaciones jóvenes solicitaban argumentos y bases para la fe. Tenía el *Ensayo* un estilo suasorio, ardoroso y altivo, una dialéctica apretada, el paso seguro y resuelto de quien camina por el firmísimo terreno de la verdad; y lejos de transigir con el error y guardarle miramientos, tratábale como á ciego y á niño incorregible, y le fustigaba con desdeñosa ironía. Hasta entonces, dice acertadamente un expositor de Lamennais, el catolicismo se había defendido; con el *Ensayo* tomaba la ofensiva. Ventaja tan con-

siderable, que el insigne catequista Frayssinous, preguntado qué pensaba del autor del *Ensayo,* respondió con cristiana modestia: *Illum oportet crescere, me autem minui.* «El tiene que crecer, yo que menguar.»

Dícese que, no obstante la victoria de aquel primer volumen del *Ensayo*, la gente previsora no acertó á evitar cierto indefinible recelo, nacido, no sólo del carácter apasionado que delataba en su autor, sino de algunas proposiciones peligrosas asomando entre la crítica más ortodoxa. Alarmaba también el núcleo de discípulos indiscretamente celosos que se formaba en torno de Lamennais, esperando de él nada menos que una revolución teológica, é infiltrando á la vez en el alma del maestro aquella tentación de orgullo que San Agustín ha declarado tan fuerte é insinuante, y que lleva á preferir la alabanza del hombre al favor de Dios.

Se habían agotado cuatro ediciones del primer tomo del *Ensayo*, y corrido tres años desde su publicación, cuando apareció el segundo, preparado por el autor con intensa y concentrada energía, para que fuese, si era posible, más allá que el primero. Demostróse en él, no obstante, el aforismo cervantesco de que nunca segundas partes fueron buenas. Contenía el libro, en su extenso prefacio, un admirable análisis pulverizador de la Reforma, que no echó en olvido nuestro Jaime Balmes cuando escribió *El Protestantismo comparado con el catolicismo;* en cuanto al principal cuerpo de doctrina de la obra, era la aplicación del principio de autoridad á la adquisición de la certidumbre. Esa autoridad, según Lamennais residía en Roma, en la persona del Sumo Pontífice. La proposición adolece de excesiva. Hay otros motivos de certeza, y los echaba al suelo Lamennais, abriendo así la puerta al escepticismo, el enemigo que pretendía combatir. El peligro era patente; el mismo conde de Maistre se asustó de aquel terrible hermano gemelo que le nacía, y hubo de darle, con prudentes reticencias, la voz de alarma, escribiéndole estas palabras verdaderamente humildes: «¿Qué es la verdad? Ya sabe que

Jesucristo, el único que podía responder á tal pregunta, no respondió.»

Desde la publicación de este segundo tomo, acogido con tanta reserva por los pensadores y los teólogos cautos, Lamennais sentó el pie en el resbaladizo declive por donde muy pronto había de precipitarse. Caída de la cual no hay ejemplo de que haya salido moralmente vivo un sacerdote católico. De todos los destinos tristes, el más triste es acaso el del hombre que sin poder arrancar de sus ungidas manos la indeleble consagración, llevando, como la señal de fuego de Caín, la marca del sacramento, rueda desde una altura ideal hasta el fondo de las pasiones humanas. Si posee el don del genio — y Lamennais lo poseía — lleva ese genio como un suplicio más, como un peso abrumador que redobla la velocidad de la caída. Recuerdo que en la novela de Víctor Hugo, titulada *Noventa y tres,* hay cierto personaje, el presbítero Cimourdain, que ahorca los hábitos, se hace jacobino furibundo y viene á la Vendée á perseguir en nombre de la Convención á los realistas. Lleva el tal el pelo largo, la faja tricolor, un par de pistolas al cinto, y ninguna apariencia que delate su verdadero estado. Dirige no se qué pregunta á una mujer sentada á la puerta de una cabaña, y la mujer le responde: «Sí, padre.» Al oirse llamar padre, rechina los dientes como un precito, viendo que á pesar de la faja y las pistolas, la sencilla aldeana ha reconocido en él á un sacerdote, y sacerdote, malo ó bueno, habrá de ser mientras viva.

Este mismo castigo sufrió Lamennais, á quien perdieron, no las tentaciones de los sentidos, sino otra tentación más insidiosa: la soberbia. «Tenía Lamennais—escribe uno de sus biógrafos—esa terrible confianza en sí mismo y ese olímpico desdén de la autoridad jerárquica, escollo donde tropiezan los más grandes.» En su primer viaje á Roma el Papa le acogió con afecto. A su vuelta, rodeado de entusiastas discípulos, fundó el Seminario de Vannes, donde fué profesor Rohrbacher, el historiador de la Iglesia. La situación de Lamennais

él la creía mucho más alta. Atrevióse, en efecto, dos años después de publicado el *Ensayo,* á amonestar públicamente á Frayssinous, que ya ostentaba el anillo pastoral; y cuando el Arzobispo de París reprendió su demasía, Lamennais, en vez de someterse, replicó con desabrimiento. Sin embargo, aspiraba, y aspiró bastante tiempo, á no perder el calor de la Iglesia. Llevando la lógica á sus últimas consecuencias, apretó los tornillos al Gobierno para que eligiese entre los principios de la Revolución ó los de Roma, en el libro *De la religión considerada en sus relaciones con el orden político y civil;* por este libro, el Gobierno le encausó, el Episcopado francés se puso de parte del Gobierno, y Lamennais, impaciente y rabioso, hízose de golpe republicano—republicano católico todavía.— La prenda que dió al republicanismo fue otro libro con el epígrafe *Del progreso de la revolución y de la guerra contra la Iglesia;* obra destinada á encarecer la lidertad, la independencia del clero agrupado al pie del solio pontificio.

La revolución vino en 1830, y al punto Lamennais, lleno de ilusiones, fundó el periódico *El Porvenir,* cuyo lema era «Dios y libertad», *Papa y pueblo,* y cuyo programa puede llamarse un ultramontanismo democrático. A su alrededor, como colaboradores, se agrupaban nada menos que Lacordaire, que todavía no era el orador de Nuestra Señora, y Montalembert, que hasta seis años después no había de escribir la *Santa Isabel de Hungría;* algún prelado, y muchos notables publicistas católicos. Alarmó al episcopado francés la campaña del *Porvenir;* el rum-rum llegó hasta la Santa Sede, y Lamennais, á fin de vindicarse, se dirigió á Roma, en compañía de Montalembert y Lacordaire; mas no obtuvo audiencia del Papa, y presto apareció una Encíclica condenando las doctrinas del *Porvenir.* Aparentó Lamennais someterse; hubo una especie de reconciliación, y se retiró al campo, pero fue para meditar en la soledad y en el despecho, el opúsculo titulado *Palabras de un creyente,* del cual dijo el Papa, en otra Encíclica, que era chico por el tamaño, cuanto grande por la perversidad.

Es justo decir que de la influencia de las doctrinas de Lamennais en sus artículos del *Porvenir,* decidió la formación de esa Constitución belga que, al consagrar la libertad, hizo posible el desarrollo del catolicismo más ilustrado y eficaz socialmente que conocemos: es necesario reconocer que, al apreciarse los resultados del sistema que Lamennais preconizaba, una corriente de rehabilitación se ha iniciado en favor suyo, entre el clero francés. Una cosa es esto y otra que se nieguen sus extravíos. Volviendo á las *Palabras de un creyente,* acabo de releer este librito, llamado también *La Apocalipsis del demonio,* y lo confieso: á la distancia que ya nos separa de la época en que vió la luz y consiguió tan prodigioso número de ediciones, y fue traducido á todos los idiomas del mundo, me parece una de esas máquinas de guerra que se conservan á título de curiosidad y como objetos de arte en los Museos. Las *Palabras de un creyente*, por su vivo colorido, son puramente románticas. Lo que sin duda prestó fuerza á ese opúsculo, amén de las circunstancias, fue la extrañeza del estilo, cortado en versículos y artificiosamente calcado en el del Antiguo y Nuevo Testamento, remedado los vuelos de águila del de San Juan en Patmos. He aquí una muestra de las *Palabras de un creyente,* que descubre el *pasticcio,* la mezcla de la afectada sencillez antigua y del fondo democrático y tribunicio á la moderna: «No tenéis más que un padre, que es Dios, y un maestro, que es Cristo. —Si alguien os dijere que los poderosos de la tierra son vuestros amos, no le creais.—Si fueren justos, serán vuestros servidores; si injustos, vuestros tiranos.—Iguales nacemos todos: nadie, al venir al mundo, trae consigo derecho á mandar.— He visto en la cuna á un niño que llora y se baba, y en torno suyo ancianos que le llaman *Señor* y se postran adorándole; y he comprendido toda la miseria del hombre.—Nuestros pecados han hecho á los príncipes; príncipes tenemos, porque los hombres no se aman los unos á los otros, y buscan quien los mande.—Si pues alguien viniere á vosotros y os dijere: *Sois*

míos, responded: No, somos de Dios, que es nuestro padre, y de Cristo, nuestro único maestro.»

El anatema de la Iglesia cayó por fin sobre la cabeza del autor, que ya había olvidado hasta las fórmulas de la sumisión aparente y contestó á la Bula condenatoria con un libelo. En esto vino á parar el acérrimo teócrata, el que poco antes quería someter al Papa, no sólo las conciencias, sino la soberanía y acción temporal de todos los monarcas del mundo, y resucitar aquella concepción de la Edad Media en que la potestad secular era la luna y el Papa el sol, ante el cual palidecía. Desde este previsto desenlace, Lamennais, convertido en tribuno, se lanza á la política activa; pero, como el Cimourdain de la novela de Hugo, no acierta á prescindir del carácter que imprime el sacerdocio, y le vemos siempre inquieto por las cuestiones religiosas, siempre deseoso de ejercer acción espiritual, y sintiendo formarse en torno suyo al hielo de la soledad, ese aislamiento que sufren los que abandonaron el hogar de su alma. Algunos siglos antes, lo repito, Lamennais pudo ser un gran heresiarca, un Arrio, un Prisciliano, un Lutero; en nuestro siglo no fue sino un descentrado, una hoja arrancada del árbol que se lleva el viento. El autor del *Ensayo sobre la indiferencia* no supo jamás ser indiferente ni resignarse á la separación, y afirmaba con una ingenuidad que en él no podía nacer de ignorancia, que, á pesar del entredicho y de los folletos contra el Papa, seguía siendo tan ortodoxo como en aquellos primeros y claros días de su vida de escritor, cuando parecía despuntar en él un Padre de la Iglesia, un apologista sublime. Y mientras tanto, Montalembert, Lacordaire, Gerbet, habían huído de él, volviendo el rostro tribunicio en la Asamblea constituyente; morían los periódicos que fundaba, y hasta se le iba de entre las manos su única prosélita, Jorge Sand, que en sus *Memorias* describe el estado moral de Lamennais y le retrata enfermo, desconfiado, ulcerado y acercándose ya á la última etapa de una vida que acaba por un entierro láico en la fosa común, sin que un solo discípulo

llore sobre los despojos del que, si alguna ambición alimentó, fue la del apostolado. Así cayó, muerto, en las filas del pueblo, un hombre en quien respiraba la compasión por el sufrimiento del pueblo, y que, en este respecto, era un precursor.

Vivo contraste con esta figura torturada forma la muy serena de Lacordaire. No los comparo en cuanto escritores: Lacordaire es, sobre todo, orador, y en los dominios de la elocuencia sagrada, tan fértiles en la patria de Bossuet, de Massillon y de Bourdalone, raya tan alto como Lamennais en la prosa. El terreno estaba preparado para que brotase un orador religioso extraordinario: cuando Lacordaire hizo resonar su voz en las naves de Nuestra Señora, le habían abierto camino, desde veinte años antes, las conferencias de Frayssinous en San Sulpicio y la obra apostólica y santa de las Misiones interiores, llevadas á cabo por el Padre Rauzán. Empresa modesta y casi olvidada, tuvo, sin embargo, la de las Misiones interiores momentos de sublimidad, y de sublimidad artística, porque si la elocuencia se propone causar en el ánimo movimientos bellos, y si esta belleza puede pertenecer al orden del sentimiento, no cabe desconocer que fue de divina hermosura el arranque oratorio del Padre Rauzán, cuando al terminar la misión de Nantes, al erigir la cruz sobre el mismo lugar donde había sido fusilado Charette, imploró de aquel pueblo tenaz y pródigo de su sangre en las luchas civiles el olvido de los odios y de los rencores, y el pueblo contestó unánime con un grito del corazón, eco de una emoción verdaderamente evangélica, uno de esos estremecimientos en que parece que azotan el aire las encendidas alas de un serafín.

Mas el predicador que transformó la elocuencia del púlpito, y rompiendo sus tradiciones clásicas y solemnes, la impregnó del espíritu del romanticismo, fue Enrique Lacordaire, que por la audacia, novedad y elevación de los conceptos; por el resplandor de la palabra, semejante á una espada desnuda; por el don de la imaginación y la poesía, y por la adaptación de la retórica sagrada á las exigencias y aspiraciones

de la época presente, fue el jefe nunca igualado de una escuela en que habían de afiliarse los Ravignan, los Félix y los Dupanloup. Aunque unidos un momento por el correr de las ideas, Lamennais y Lacordaire son temperamentos contrarios. Lacordaire, nacido en una familia en que predominaban las aficiones científicas, hijo de un médico, hermano de un profesor de Historia Natural, procedente de esa sangre borgoñona que también corrió por las venas de Lamartine y que da equilibrio al temperamento, no tuvo la niñez soñadora y contemplativa de Lamennais: fue un buen estudiante, un aplicado alumno, y al presentarse en el mundo parecía un abogadito formal y de porvenir. A los veinticinco años sufrió su correspondiente crisis de melancolía, su ataque de la enfermedad de René: pero en él, ese doloroso mal tenía que ser pasajero; su espíritu necesitaba calma y esa especie de alegría que producen la realidad y la acción. Lacordaire era entonces deista y volteriano; de pronto, por medios que el hombre desconoce, verificóse en él una gran transformación: lleno de un regocijo tierno y humilde, como el niño que, perdido en las tinieblas, siente una mano vigorosa coger la suya y una voz afectuosa decirle palabras de cariño, dejó el mundo, entró en el Seminario de San Sulpicio y se ordenó sacerdote.

Una circunstancia distingue á Lacordaire de los grandes pensadores religiosos del primer período romántico de quienes he hablado anteriormente. El vizconde de Chateaubriand, el conde de Maistre y el vizconde de Bonald enlazaban estrechamente el catolicismo con el antiguo régimen y la monarquía; Lacordaire, desde el primer momento, y en esto coinciden él y Lamennais, aparece prendado de la causa de la libertad y hasta inclinado á la democracia. Por eso, cuando Lamennais, después de la revolución de 1830, funda su periódico con el significativo título de *El Porvenir,* Lacordaire corre á afiliarse bajo su bandera, reconociendo por maestro al demócrata cristiano. La idea de los Lacordaire y los Montalembert (hoy dominante en el nuevo espíritu religioso) era que no con-

venía á los altísimos intereses de la religión ser confundidos con los de la monarquía y la aristocracia, ni con los de ningún partido político, así fuese el más poderoso; que la importancia social y moral del catolicismo es eterna, y transitoria la de los partidos; que la Iglesia está mejor libre que á sueldo del Estado, y que se podía en Francia y en todas partes ser católico fervoroso sin sombra de legitimismo. No puede negarse que la marcha actual de la Iglesia, la obra santamente pacificadora de León XIII, complacería absolutamente á Lacordaire. Este, por otra parte, atendió á conservar encendida la lámpara, guiándose dócilmente por Roma; y cuando fueron reprobadas, no precisamente las tendencias, sino las exageraciones y osadías del órgano de Lamennais, la sumisión, en éste ficticia, fue en Lacordaire sincerísima y perseverante.

Poco después inició Lacordaire sus *Conferencias* bajo las bóvedas de Nuestra Señora, la primer cátedra de París, por consiguiente la primer cátedra entonces del mundo civilizado. Era su vocación, era su camino, desahogar la plenitud romántica en aquel templo romántico por excelencia, en las amplias naves, que añadían vibraciones á su voz melodiosa de orador. Lacordaire era innovador, y no lo negaba, persuadido de que la oratoria sacra debe cambiar de matices, como cambia de colores la serpiente de la mentira y del mal bajo el sol de cada siglo. Era también atrevido, y lo comprendía; volaba sin querer, arrebatado por el estro; sentíase llevado á las cimas, pero nunca sufría el vértigo; su simpática humildad de verdadero cristiano, le enseñaba á no perderse en el desierto abrasado donde agonizaba de sed Lamennais. El carácter de éste, debe añadirse que siempre había sido desagradable y repulsivo á Lacordaire. Las cualidades maestras de Lacordaire eran la sensibilidad, la franqueza, la humanidad, la naturalidad, y sobre todo, el arte de hablar de lo que interesa al auditorio, de ser el hombre moderno que se dirige á la gente de su siglo; y aun tratando de verdades eternas, sabe descubrir el aspecto actual y relativo de esas mismas verdades.

Ya en la cumbre de la oratoria; vencedor y dominador de un público que tal vez había entrado allí «con el corazón blindado, con ínfulas de juez», y que salía conmovido; apoyado en su fe y guiado por la fija luz de Roma, Lacordaire aspiraba á más: quería ser un foco psíquico, y ver crecer y propagarse una familia espiritual, afán y deseo de todos los varones apostólicos. Para conseguirlo acometió una obra magna, una poesía romántica en acción. Pronunció los votos, vistió el hábito de los Hermanos Predicadores, y restableció en Francia la ínclita Orden española de Santo Domingo de Guzmán. Esta gloriosa creación del siglo XIII, inspirada por la fuerza de la palabra del Verbo que remueve el mundo, se ofrecía al orador sagrado del romanticismo con toda su gallardía de aguja ojival; la Orden era, á su modo, otro templo de Nuestra Señora; la imaginería del pórtico representaba filósofos, ascetas, sabios, iluminados, y mártires, cantados en los tercetos del Paraíso de Dante Alighieri. El centro soñado por Lacordaire fue esa Orden extinguida, que al soplo de su ardiente boca iba á resurgir.

Y resurgió en efecto, y nunca apareció Lacordaire revestido de mayor aureola ante su auditorio entusiasta, que cuando en 1841, contra la opinión de gente muy conspícua, del mismo rey, vistió el hábito y se destacó sobre el púlpito de la Catedral de París, con el blanco sayal, tonsurada la cabeza con el monástico cerquillo, fraile,—fraile como San Antonio de Pádua, como San Buenaventura, como Santo Tomás, como esos insignes atletas de las Órdenes mendicantes, que en la Edad Media italiana supieron juntar en íntimo lazo los mismos sentimientos que Lacordaire profesaba: el amor ardiente de la patria y de la libertad, y la incondicional adhesión á la Santa Sede. Tal fue el coronamiento de la vida religiosa de Lacordaire, y á él responde su libro *Historia de Santo Domingo de Guzmán*, por cierto muy inferior á la *Santa Isabel de Hungría* de Montalembert.

Recordemos una amistad de Lacordaire, que nos hará observar un caso extraño: la existencia de un *salón religioso*: el

de Madama Swetchine. Realizó esta virtuosa dama, consorte de un General ruso y amiga de la nata y flor de los emigrados franceses y especialmente del conde de Maistre, el tipo singular de la santa mundana. Con un pie en la más sincera piedad, y otro en el trato social más delicado y cortés, y sin embargo, ni beata ni frívola, Madama Swetchine es digna de mención en la historia literaria y en la del movimiento religioso, más aún que por sus cartas filosóficas, por la creación original de su salón, único en su género, un salón cristiano, sin intolerancia ni alardes de inoportuna mojigatería, pero donde las opiniones y las creencias se armonizaban y los adalides del catolicismo se reunían, se conocían, se entendían, se contaban, y calculaban su fuerza. Con los nombres de los tertulianos de Madama Swetchine podría escribirse la historia religiosa de Francia desde 1815 hasta 1857,—dice uno de sus biógrafos. El único reparo que al tal salón he visto poner, es que el catolicismo sólo estaba representado allí por nombres aristocráticos, y que si se pudo llamar á Madama Swetchine una madre de la Iglesia, fue madre de la Iglesia del arrabal de San Germán. Esta censura revela que, por muy religioso que le consideremos, un salón es siempre un salón, es decir, una selección social. Sin embargo, para Lacordaire, que no era ningún descendiente de los Cruzados, se abrieron de par en par las puertas del salón de Madama Swetchine, y entre el gran orador y la santa mundana se formó una de esas amistades limpias y serenas, de alma á alma, del género de la de Madama Guyón y el autor del Telémaco, y de las cuales conserva ejemplos la historia. El papel de Madama Swetchine en la existencia de Lacordaire fue el de consejera evangélica; cuando las censuras de la Iglesia recayeron sobre las doctrinas del periódico *El Porvenir,* en que militaba Lacordaire bajo las enseñas de Lamennais, la mansedumbre, la docilidad femenil de la leal amiga, guiaron al amigo, á la sumisión sin restricciones. Cuando, ya vestido el hábito de dominico, Lacordaire pasea en triunfo su elocuencia por las provincias de Francia, donde la muchedumbre

se reune bajo sus ventanas á vitorearle, á Madama Swetchine escribe estas satisfacciones que la flaqueza humana saborea, aunque la humildad se tape los oídos.

La paz y perseverancia de Lacordaire es el reverso de las agitaciones y variaciones continuas de Lamennais. Estos hombres á quienes la inspiración religiosa, la más alta de todas las inspiraciones, la más relacionada con el sentimiento, coloca en alto lugar, alumbrando al mundo, cuando caen, no caen solos; se llevan consigo la fe de otros á quienes sostenían. Hay una frase de Lacordaire que demuestra cómo comprendía esta verdad. «Aun cuando no hubiese—dice—sino un alma pendiente de la mía, sería en mí un deber no contristarla. Mas si somos el lazo de unión de muchas almas, el punto á donde miran para cobrar ánimos y consolarse, no hay sacrificio que arredre.»

Otra figura noble, seria y consecuente del joven catolicismo liberal fue el conde de Montalembert, nacido en Inglaterra, orador parlamentario celebradísimo en la Cámara de los Pares, historiador y hagiógrafo, autor de la importante obra *Los Monjes de Occidente* y de la preciosa leyenda dorada *Santa Isabel de Hungría*. Estos libros, traducidos y estimados en España, hemos de considerarlos como dos productos naturales del romanticismo, dos síntomas de su influencia ya decisiva en el orden religioso y en el histórico. La restauración del arte gótico, del sentimiento de la nacionalidad y de la poesía de la Edad Media, inspiraron lo mismo las páginas severas de *Los Monjes de Occidente* que la vidriera de colores, donde se desarrolla la mística historia de la landgravesa de Turingia.

Hay un género de belleza sentimental en el catolicismo que no se había percibido hasta la época romántica, aun cuando floreciese desde muchos siglos antes. Los que crearon el arte de la Edad Media, trovadores, arquitectos, escritores, escultores, vidrieros, magineros, forjadores de hierro y tallistas; los que elevaron esos monumentos que hoy nos parecen una Divina Comedia que escribe en piedra su profundo sim-

bolismo, ¿sentirían como nosotros; comprenderían así, por un estilo tan hondo y delicado, la expresión de lo que ejecutaban? Es un misterio que no aclararemos jamás. Lo cierto es que en la Edad moderna, desde el período romántico, esa forma del arte se ha revelado á nuestro espíritu, y ha suscitado en él ideales antes desconocidos y nuevas tendencias artísticas. No solamente produjo esas nuevas tendencias, sino que se hincó tan adentro en algunas almas, que, por decirlo así, las formó á su imagen y semejanza, imbuyéndolas de la melancolía hermosa que nace de la religiosidad estética, y es como la nostalgia de un cielo soñado. Almas tales son almas de poeta, aunque hayan escrito en prosa; y entre ellas contamos á Federico Ozanam.

El apologista cristiano que acabo de nombrar pertenecía á una familia de origen israelita; es decir, que era de raza religiosa. Si Lacordaire fue un convertido, Ozanam mamó con la leche los sentimientos de piedad y devoción. Nacido en Milán en la época del destierro de su padre, se educó en Lyon, y aprovechó las enseñanzas de un sacerdote ilustre, que desarrolló los gérmenes ya vivos de la fe: no la fe del carbonero ni la del fanático, sino la más culta y enriquecida de sabiduría, en las doctrinas del catolicismo elevado, generoso y filosófico que entonces practicaba una escogida pléyade. Para ser un católico como Ozanam necesítanse dones naturales de inteligencia y carácter, y virtudes congénitas, que, sin esfuerzo, conduzcan la voluntad hacia el bien, y la alumbren con la belleza ideal y la acendren en actos y sentimientos. Otros católicos, deseosos de llegar á este estado que envidiaría Platón, tienen que luchar contra el hervidero de sus inclinaciones y pasiones, medirse cuerpo á cuerpo diariamente con el tentador, y salir de la pelea ensangrentados y sin aliento. Entre estos luchadores pueden contarse hasta santos: verbigracia, San Jerónimo. No así Federico Ozanam, que estaba orgánicamente predispuesto á la santidad. Si no tenemos atribuciones para llamarlo santo, creo que podemos ver en él á un justo,

un obrero infatigable de la viña, y además, como antes he dicho, una de esas naturalezas poéticas, copas de puro cristal en quienes todo choque produce una vibración musical prolongada y misteriosa.

Cuando el joven Ozanam pudo levantar el vuelo desde Lyon á París, deseo de todo mozo ansioso de cultura, su primer homenaje fué para Chateaubriand; y razón tenía, pues el cantor de *Los Mártires* era el revelador de la hermosura del cristianismo, de su inagotable contenido estético; Ozanam le saludó conmovido y conservó perenne recuerdo de la entrevista; pero el gran amigo que encontró en París fue el sabio físico Andrés María Ampére, cuyo hijo, el incansable viajero y fecundo escritor, había de compartir el culto dantesco de Ozanam. Ampére padre recibió á Ozanam con los brazos abiertos, le admitió en su laboratorio, no se desdeñó de asociarle á sus experiencias, y entabló con él una de esas comunicaciones efusivas que son puertas y válvulas de desahogo para las inteligencias pletóricas de ideal. Cierto día que conversaban acerca de las maravillas de la Naturaleza, el sabio, acostumbrado á escrutarla y estudiarla, se cogió de improviso la cabeza entre las manos, y como arrebatado de lirismo, exclamó: «¡Qué grande es Dios, Ozanam! ¡Qué grande es Dios!» En este arranque puede resumirse el sentido de la vasta obra de Ampére y también de la de Ozanam. Aunque de género muy distinto, las dos proclaman la magnificencia divina.

Para resumir la biografía de Ozanam, pues no podemos dejarnos llevar del gusto de detallar su hermosa y breve vida, recordemos que, á pesar de su siempre quebrantada salud, adquirió tan vastos conocimientos, que á los veintiséis años su brillante tesis ante la Facultad de letras le valió una ovación, no tardando en ocupar en la Sorbona el puesto de suplente del famoso y eruditísimo catedrático Fauviel, y en reemplazarle cuando murió. Las lecciones de Ozanam congregaron á una juventud entusiasta, saturada de cristianismo y de romanticismo; entre esta misma juventud había reclutado Ozanam,

años antes, siendo todavía un menesteroso estudiantillo, los ocho socios con quienes instituyó la Sociedad benéfica de San Vicente de Paul, hoy extendida por todo el mundo cristiano, y en España arraigada profundamente. El día en que Ozanam tuvo esta idea, no era ilusión de su espíritu aquella creencia romántica que tenazmente profesó, de que su madre, muerta hacía tiempo, no cesaba de encontrarse á su lado. El estudiante, desde su bohardilla, hizo una obra de caridad espléndida

Evitemos la tentación de considerar sólo los actos de Ozanam, y tratemos de sus libros, que actos son también, actos de fe y de esperanza. «Ningún hombre de corazón»—escribe el mismo Ozanam—«aceptará el duro cargo de escribir sin que una convicción le domine.» El escribía, quién lo duda, bajo el impulso de una convicción calurosa que le penetraba alejando la duda, la indiferencia y el escepticismo. No por eso se crea que lo más loable en Ozanam son las intenciones, triste elogio en verdad para el escritor. Si bien Ozanam no consiguió en vida ruidosa celebridad, y aunque en su manera pueda señalar la crítica defectos y exceso de lirismo, sus dotes de artista son grandes, y las dos ó tres ideas nuevas (dos ó tres ideas nuevas es mucho) desarrolladas en sus obras, ejercieron una influencia que aún persiste. El fin de Ozanam, desde los quince años, fue aquel mismo pensamiento ambicioso que quiso realizar Chateaubriand en *El Genio del Cristianismo*: el anhelo de todas las épocas en que se agita y rebosa el pensamiento, anhelo que en la Edad Media produce la Suma teológica, y en el siglo XVIII la Enciclopedia.

Ozanam quería escribir nada menos que una *Demostración de la verdad de la religión católica por la antigüedad de las creencias históricas, religiosas y morales*. La edad viril no borró, pero modificó bastante estos planes de la adolescencia, y limitó la ambición apologética al terreno de la historia; mas Ozanam había observado, como hicimos notar, ya que el renacimiento religioso en Francia no producía historiadores, y la historia era ó racionalista ó francamente

impía; y cumpliendo, como él decía, la palabra empeñada á Dios, contraminando la mina de Gibbón y de su escuela, trazó el programa de una historia de la civilización en los tiempos bárbaros. No quiso Dios que el gigantesco propósito se realizase, y llamó á sí á su siervo Ozanam bien pronto, apenas cumplidos los cuarenta años, que es la edad del vigor y plenitud de conciencia para escribir obras sólidas y duraderas. Murió Ozanam con resignación ejemplarísima, y dejando escritas de su puño y letra estas palabras: «Ya que me llamas, Señor, aquí me tienes.» De su proyecto quedaron, como fragmento y muestra, dos volúmenes publicados bajo el título de *La civilización en el quinto siglo de la Era cristiana*. Estos debían formar la introducción de la magna obra, de la cual también son episodios los *Estudios germánicos*, y otros libros aun más influyentes: *Dante y la filosofía católica en el siglo XIII, Estudios sobre las fuentes poéticas de la Divina Comedia*, y *Los Poetas franciscanos*. Sainte Beuve, que tenía sobrada malicia y trastienda para experimentar por Ozanam gran simpatía, reconoce en un párrafo esta virtud de sus libros. «Todos—dice con su tinte de malignidad — nos resentimos de la nueva y ruda educación; todos nos agarramos por algún lado á la filosofía escolástica y á lo gótico; la Edad Media se nos impone y nos domina; todos, en fin, á dosis más ó menos altas, hemos tragado á Ozanam...»

Este elogio ambiguo es, sin embargo, elogio.

¡Dichoso el que consigue descubrir una región y plantar en ella su estandarte! En el terreno de la erudición hay también inventores, y Ozanam es uno de ellos. Al encarecer el valor del trabajo de primera mano, no cuidamos de establecer una importante distinción. Si el erudito trabaja de primera mano sobre materias de última, no hay por qué estimar mucho sus hallazgos, que, á lo sumo, satisfarán la curiosidad, pero no modificarán sensiblemente ni la mentalidad ni aun el conocimiento de su generación. El mérito de trabajadores como Ozanam es que supieron escoger, y cavaron, no para ex-

humar viles guijarros y tejuelos, sino para sacar á luz oro y perlas. Uno de los tesoros que encontró Ozanam fue el rico y bello de los poetas franciscanos, esos trovadores místicos del siglo XIII, que así lanzaban enérgicas invectivas á los tiranos y prevaricadores, como dirigían el enamorado serventesio á la dama Pobreza: arpas que exhalaban el quejido del éxtasis, cantores de un renacimiento religioso y artístico, franciscanos por el fuego del amor, pléyade que precedió á Dante como las estrellas al sol, y derramó por Italia un aura de inspiración, de libertad y de santidad. Sólo por haber interpretado y rehabilitado á los trovadores de la orden seráfica, y por haber visto en su fundador, ante todo, el poeta y el gran artista instintivo, habría que contar á Ozanam en el número de los felices inventores.

He dicho que los dos episodios capitales del movimiento religioso en Francia durante el romanticismo fueron la lucha de ultramontanos y galicanos y el catolicismo liberal. En ambos encontramos la huella de un hombre de genio, gran prosista, de los mayores que Francia ha poseído en este siglo, católico vehemente, atleta incansable; Luis Veuillot. Aunque proceda del impulso romántico, pertenece ya á la transición, al segundo Imperio. Bajo el pontificado de Pío IX, la voz más apasionada que oímos es la de Luis Veuillot, y en su corazón podríamos contar los latidos del sentimiento católico. La Iglesia, aunque reprimiese, ya severa, ya benignamente, el celo excesivo de los discípulos del conde de Maistre y desaprobase la concepción radicalmente teocrática de Lamennais, procuraba la unidad absoluta, la sumisión filial é incondicional del Episcopado, preparando la declaración dogmática de la infalibilidad: al mismo tiempo, sin dejar de complacerse en la obra de los Lacordaire y los Montalembert, que fue después la de los Dupanloup, no podía menos de oponer restricciones á las tendencias del catolicismo liberal. Antes de que los hechos y la experiencia política demostrasen que el sufragio universal, el régimen parlamentario y la libertad política no son

panaceas, el catolicismo lo había comprendido y lo había expresado por boca de Luis Veuillot.

Procedían las eminencias del catolicismo liberal de la alta aristocracia, como Montalembert, ó de la burguesía acomodada, como Lacordaire: Luis Veuillot venía del pueblo, y del pueblo bajo. Hijo de un tonelero y de una tabernera, milagro fue que de niño no sirviese á los parroquianos. La miseria le había señalado hasta en el rostro: era picado de viruelas como los hijos de los pobres, generalmente mal asistidos en esta dolencia horrible. Las estrecheces y privaciones que ve en su familia, las tiranías y abusos de un patrón, le predisponen á sentir la injusticia social y la simpatía por los desheredados—sentimiento que no advertimos en los demás grandes católicos de su tiempo,—y determinan en él un odio profundo contra la burguesía enriquecida, ahita de carne desde la Revolución, y contra la sociedad capitalista, explotadora sin entrañas del pobre. «La sociedad no tiene misericordia—decía Veuillot—y Dios sí, porque es justo. Los ángeles que Dios envía á explorar el fango humano, saben que en él se encuentran perlas, acaso más que en las moradas de los ricos y en los palacios de los grandes...» Con razón se dijo de Luis Veuillot que, dada su manera de entender el mundo y la índole belicosa de su genio, á no guiarle las creencias que sinceramente profesaba, hubiese sido el más tremendo de los refractarios y de los nihilistas; un Julio Vallés ó un Ravachol de la pluma. «La sociedad—escribe Veuillot—había dicho á mi padre: «Sé sumiso y honrado, porque si te rebelas, te mataremos, y si robas, te llevaremos á la cárcel. Pero si sufres, no podemos evitarlo; si te falta pan, ¿qué nos importa?; y si enfermas, al hospital; no tenemos que ver contigo.—Entonces sentí, en la violencia de mi dolor, estallar el anatema. Empecé á juzgar, á conocer esta sociedad, esta civilización, estos pretendidos sabios, que *al renegar de Dios, han renegado del pobre;* han abandonado su alma fatalmente. Y entonces pensé:—Este edificio social es

inícuo: será destruído.—Cuando así discurría era ya cristiano; que á no serlo, desde aquel punto mismo me afiliaría en las sociedades secretas.»

En realidad, la conversión de Veuillot, que jamás fue libre pensador, ni ateo, se redujo al ansia de encontrar objeto y fin para su vida interior, y consuelo indeficiente para la tristeza y la indignación que le producía el estado social, más duro y amargo para el pueblo que el anterior al cataclismo revolucionario. Deseoso de echar el áncora, pasó á Roma, volviendo transportado. Desde aquel punto arregló su vivir y su pluma á sus creencias: pagó sus deudas, sujetó sus pasiones, rezó y practicó lo mismo que una pobre aldeana, y se apareció en la polémica y en el periodismo á estilo de campeón fuerte de Israel, especie de Judas Macabeo, de los que beben de pie en el hueco de la mano. El oficio de católico militante lo desempeñó con una constancia simpática y atractiva, de la cual se deriva la unidad y solidez del escritor. Su estilo forjado, musculoso como el cuerpo de un atleta, ganó poniéndose al servicio de convicciones bien trabadas y fortificantes. Hay un aspecto de Veuillot, que importa considerar puesto que tratamos del romanticismo, y es que Veuillot supo derivar del catolicismo la condenación de la egolatría individualista, sentando la doctrina de una especie de comunismo ó fraternidad espiritual, que aplica los méritos de los santos á la salvación de los pecadores, y ofrece el sacrificio de cada uno por el bien de todos. Por tan diferentes caminos llegaban Jorge Sand y Luis Veuillot á emanciparse del *yo*.

Que Veuillot se dejó arrastrar por el ardor de la polémica hasta la injuria, y que le faltaba ese sentido de la buena educación literaria tan difícil de adquirir si no se ha aprendido en la educación social, no puede negarse. Su arremetida era colmillada de jabalí, su esgrima popular y sin contemplaciones caballerescas: irónico, sardónico, maestro en la caricatura y en la invectiva, elocuente y nunca verboso, sensible y desengañado, colorista sobrio, realista á veces del género espa-

ñol, lleno de donaire, de sal y de vigor viril, fue en suma un escritor excelso. «*Los Libres Pensadores* y *Los olores de París*, dos obras de Veuillot, son—escribe Lemaître—nuestros dos mejores libros de sátira social.»

La campaña de Veuillot y del periódico *El Univers* contra el catolicismo liberal es memorable, y bien sabemos hasta qué punto ha repercutido en España. Nada indignaba á Veuillot como esos católicos conciliadores, que aquí se han llamado *mestizos* y á quienes él nombraba la última encarnación de Tartuffe. Celo violento é intolerable, que más de una vez moderó severamente quien podía hacerlo, poniendo á prueba la humildad de Veuillot, obligado á someterse y á reconocer que se le había ido la mano. Era como esos mastines demasiado fieles que su amo necesita encadenar para que no muerdan. No trato de hacer el panegírico de las ideas políticas de Veuillot, de eso estaría muy lejos; sólo me creo obligada á advertir que, sus desafueros tienen excusa en la sinceridad. No se podrá decir otro tanto de los que siguieron sus huellas en el combate.

Era Luis Veuillot, á la vez que gran prosista, muy notable poeta. Es frecuente oir y leer que ha desaparecido en este siglo la poesía religiosa. No juzgo difícil probar lo contrario, que la poesía es más religiosa cada vez; y si del concepto vago de religiosidad pasamos al concreto de catolicismo, también cabe afirmar que nuestro siglo ha producido poetas católicos admirables, dignos del XIII: Verlaine, por ejemplo. En la hueste merece lugar insigne Veuillot, por su bellísima poesía titulada *Epitafio*. Traduciré en prosa dos estrofas.

«Poned á mi lado la pluma: sobre mi frente el crucifijo: bajo mis pies este libro; y clavad en pos el féretro. Después de la última oración, erigid la cruz sobre mi fosa; y si merezco una piedra que me recuerde, escribid en ella: «Ha creído, y ahora ve.»

«Decid, al recordarme: «Ya descansa: ha concluído su dura faena.» O más bien: «ahora se despierta, y ve lo que tantas veces soñó.»

EMILIA PARDO BAZÁN.

LECTURAS AMERICANAS

SUMARIO: *Cuba y América.*—Historia de un puerco-espín.—El crecimiento de las grandes ciudades.—Arqueología cubana.—Cuba en la Exposición de Búffalo.—Nicolás Heredia y sus libros.—Psicología del pueblo español.—Máximo Gómez y nuestros soldados.=*La República.*—El ébrio mejicano.—La familia liberal y la educación de la mujer.—La democracia en Méjico, ¿es posible?—Unificación de la enseñanza.—Sus condiciones.—La cuestión de razas en Cuba.—¿Puede ser Cuba independiente?=*Vida moderna.*—El servicio meteorológico en América del Sur.—La penitenciaría de Montevideo y la Cárcel Modelo de Madrid.—El pintor Blanes.—Problemas políticos uruguayos.—El canje internacional de publicaciones.=*Revista del Ateneo.*—Libros recibidos.

Los dos últimos números (Julio y Agosto) de la revista *Cuba y América* que hemos recibido, contienen, como de costumbre, trabajos muy curiosos, originales unos, traducidos otros del inglés. De los traducidos me limitaré á citar unas amenísimas *Reflexiones ante una púa de puerco-espín* (Historia de un puerco-espín de Michigán), escritas por W. Davenport Hulbert en forma muy parecida á los famosos cuentos de animales del Dr. Candèze (*Aventuras de un grillo*, etc.). De algunos artículos originales conviene hacer extracto detenido. El Sr. Carlos M. Trelles se ocupa en reseñar *El crecimiento de las grandes ciudades en el siglo XIX.* Prescindiendo, por muy conocidos, de los datos referentes á Londres, París y demás capitales, me fijaré en los de Cuba, que tienen importancia para nosotros. Habana tenía en 1800, 60.000 habitantes, y en 1900 había subido á 236.000. En el mismo tiempo ascendió Santia-

go de Cuba, de 20.000 á 43.000; Matanzas, de 7.000 á 36.300; Puerto Príncipe, de 30.000 bajó á 25.000; Manzanillo, que en 1805 sólo contaba 300 habitantes, en 1900 llegó á 14.500. Guanabacoa no ha doblado siquiera su población desde 1829 (9.100 habitantes) á 1900 (14.000). Lo mismo Villa Clara, de 1789 (7.000) á 1900 (13.700). Santi Espíritus ofrece las siguientes cifras: en 1827, 5.300 habitantes; en 1900, 12.700; Regla, 2.200 (en 1810) y 11.300; Pinar del Río, 500 (en 1840) y 8.900; Remedios, 2.260 (1826) y 6.060; Baracoa, 2.400 (en 1800) y 5.000. Ha permanecido estacionaria Holguín, y han perdido Trinidad (11.600 y 11.100) y Bayamo (23.000 y 3.000). A comienzos del siglo XIX, Habana ocupaba por el número de sus habitantes el tercer lugar entre las ciudades del Nuevo Mundo, siendo tan sólo sobrepujada por Méjico (137.000) y Filadelfia (69.000). Actualmente ocupa el núm. 27 en la lista de las ciudades americanas y el núm. 100 en las del Universo entero.

El Dr. Luis Montané da noticia de algunos descubrimientos arqueológicos hechos recientemente en Cuba y que tienen el grandísimo interés de ser los primeros de esta clase que se hacen en la isla. Consisten en varios objetos prehistóricos, de piedra: dos bruñidores, un disco de jade (?) perforado, y una especie de pala de esquisto micáceo, refractario á las más altas temperaturas y que el Dr. Montané supone fuera «un molde propio para fundir metales fácilmente fusibles, como el cobre, tan abundante en la región de Santiago de Cuba».

Gran parte del número de Agosto va dedicado á la reciente exposición de Búffalo, verdaderamente notable en muchas de sus secciones, caso aparte del fracaso de su programa. No faltaron en ella expositores cubanos, y de éstos trata especialmente en un artículo el Dr. José I. Torralbas. Merced á las gestiones de una junta dirigida por el Secretario de Agricultura y sus delegados, pudo lograrse que «además de los productos de nuestras industrias agrícolas y rurales, de nuestras manufacturas y artefactos», se dieran á conocer «las obras de nuestros artistas, las publicaciones periódicas de todo géne-

ro..., los *specimen* de nuestros museos y colecciones de todo género que marcarán el nivel de nuestros conocimientos científicos... Cuadros escogidos de nuestros artistas, colecciones de nuestras maderas, kioskos con tabacos, instalaciones de otras industrias y mil objetos distintos se acumularon en los almacenes que al efecto se prepararon, y desde hace un mes se vienen remitiendo bultos á su destino, sin contar con un número respetable de plantas». Después de este preámbulo sigue una breve enumeración de algunos de los objetos expuestos.

De ella entresacamos los siguientes:

Del Departamento de Ingenieros: Reproducción de una manzana de casas de la Habana y de la entrada de la ciudad con los fuertes del Morro y la Cabaña.—De la Academia de Ciencias: Ejemplares de sus colecciones de antropología y arqueología, de pájaros, peces cubanos disecados y caracoles; reproducción en yeso de un cráneo caribe y de un ídolo indio.—Instituto de Matanzas: Colección de mariposas.—José Herrero: Una plantilla de madera de un cañón fundido en los campos de la Revolución.—Valentín Moreno: Un laúd hecho con 24 clases de maderas del país.—Mármoles de la isla de Pinos.—Muestras de cobre, hierro, zinc, asbesto, porcelana, carbón y asfalto.—Abaniquería de D. M. Carranza: Kiosko con abanicos Luis XIV, XV y XVI, y modelos modernos de gran riqueza artística.—Casa Bacardi: Muestras de ron.—Sres. Fernández y Compañía: Cromolitografías.

El Dr. Vidal Morales traza una minuciosa biografía del escritor cubano Nicolás Heredia, recientemente fallecido. El nombre de Heredia no es nuevo para los lectores de esta Revista (1). Se distinguió como novelista y como crítico, especialmente con sus novelas *Un hombre de negocios* y *Leonela* («la mejor novela cubana», en concepto del biógrafo) y sus libros *El Naturalismo en el arte contemporáneo, Puntos de vista* y *La Sensibilidad en la poesía castellana*. Sobre este último,

(1) V. España Moderna, 15 de Agosto 1892.

dice Enrique José Varona lo siguiente: «Desde un punto de vista que á muchos pudiera parecer restricto, pero que en realidad resulta elevadísima atalaya, recorre el literato cubano el campo por donde se ha espaciado en los últimos seis siglos la producción literaria del pueblo español; y logra, sin aparente esfuerzo, reducir á unas cuantas fórmulas lo que pudiéramos decir la ecuación del alma nacional de España... No es posible recorrer en algún sentido el campo de las actividades diversas de ese pueblo, sin que se imponga la creencia de que la evolución de su espíritu ha quedado incompleta... Hay algo de primitivo en el espíritu de ese pueblo tan viejo. Por eso el pueblo español es impulsivo, violento, imaginativo y dogmático. Desconoce los refinamientos de la sensibilidad moderna, y la complejidad asombrosa del espíritu coetáneo le es completamente extraña. Un individuo puede llegar á la senectud sin pasar por la perfecta madurez. Algo semejante cabe decir de España. Allí no ha habido verdadera decadencia, sino un alto prematuro en el desarrollo.—Leyendo el libro del señor Heredia se confirma uno en esta manera de interpretar la historia del pueblo español, como cuando se leen las páginas de Almirall, P. Gener, Laguardia ú Oliveira Martins.—Nada hay en ello que envuelva desdén ó deseo de herir. Para comprender la acción de una sociedad sobre el medio físico que la circunda y sobre las otras sociedades con que ha estado en contacto, es indispensable penetrar en lo más íntimo de su conciencia... Y esto ha hecho al Sr. Heredia... á fuer de hombre de inteligencia abierta, que busca la verdad hasta donde le es dado alcanzarla, para ponerla al servicio de sus semejantes, aunque estos hayan sido sus contrarios y perseguidores. Por eso harán bien los españoles que lean y mediten el libro luminoso del Sr. Heredia.»

Heredia se educó algún tiempo en España (en Madrid), de 1871 á 1875 ó 76, y se hizo Abogado en Santo Domingo. En política figuró primero en el partido liberal, luego en el autonomista y, por fin, se convirtió al separatismo, trabajando

como agente revolucionario en Matanzas, de donde salió en 1896 para residir en Nueva York. «Antes había escrito un notabilísimo artículo que sin su nombre apareció primeramente en *El País* de Madrid, en Noviembre de 1895, y después en la *Revista Política Ibero-Americana*, reproduciéndolo asimismo otros periódicos. Se titulaba *La cuestión cubana ante la guerra*, y en él demostró al Gobierno español la deficiencia de la fórmula Abarzuza, la gravedad de la situación de la isla, que requería un cambio radical de sistema, dándole una organización más apropiada á sus problemas especiales, haciéndola autonómica y dándole la llave de su caja.»

El Sr. Morales incluye en su biografía una carta de Máximo Gómez á Heredia, escrita en Enero de 1898. Merece copiarse el final de ella. Después de hablar de la creciente fe de los insurrectos, escribe el General: «En cambio, España está anémica, desfallecida y triste. ¿Qué se han hecho los soldados de Weyler? Por ahí andan sin fe y sin pan, y ahora ha venido Blanco á imponernos la autonomía con la fuerza de las reliquias de ese ejército, *que fue por cierto el más heróico del mundo*. Eso sí es justo y racional declararlo.»

Se hace difícil el *dépouillement* de *La República* (Méjico), cuyos números 3 á 10 rebosan de artículos interesantes. El Sr. Juan Cordero continúa sus estudios sobre *La legislación vigente y la sociedad actual*, que forman un capítulo importante de la historia política interna mejicana. El Licenciado Julio Guerrero publica un curioso *Estudio psicológico sobre la libertad parlamentaria* y otro sobre *Las seducciones de confesonario*, no menos atractivo. Tenemos, sin embargo, que prescindir de su extracto, para atender á los siguientes, que creemos de mayor interés para nuestros lectores.

Transiciones pasionales del ébrio mejicano.—El Licenciado Guerrero contesta á la proposición en que el Licenciado Macedo objeta un párrafo del libro *La génesis del crimen* (1), di-

(1) V. las *Lecturas hispanoamericanas*, publicadas en el número de Septiembre último.

ciendo: «Que el alcohol no hace pasar al mejicano de la melancolía á la alegría, sino á la malignidad y á la ira impulsiva.» El Sr. Guerrero comienza separando los dos conceptos principales que tiene la palabra «mejicano»: el «habitante de la República que tiene la nacionalidad mejicana, cualquiera que sea su naturaleza *étnica*, y el *indio* nada más».

«En el mejicano, donde la sangre blanca, amarilla, negra y aun roja se han mezclado en proporciones indeterminables, pero suficientes para borrar en el cuerpo las líneas y el color del indio, la tesis, en lo general, es falsa. Tanto en la embriaguez de cantinas como en los trastornos que el Champagne puede producir en banquetes políticos ó convivialidades amistosas, la alegría va, como en todo el mundo, soltando sus risas y bullicio á medida que las libaciones aumentan. A la actitud ceremoniosa y silenciosa de los comensales que con servilleta en el ojal de la levita y atendiendo damas comienzan á platicar en voz baja de sociales frivolidades, suceden siempre, y á medida que el servicio corre, expresiones picarescas y frases galantes, la voz sube, el ruido de los cubiertos se acelera, y, entre el *crescendo* de las conversaciones, la risa con sus *pizzicatos cromáticos,* viene á animar la algarabía del festín y á dar un tono de contento y de felicidad á la reunión. Lo mismo sucede en las cantinas.»

Lo cual no excluye excepciones de individuos que, «á medida que beben, caen en una melancolía pálida y taciturna que de súbito se convierte en una explosión delirante de denuestos y golpes... Pero estos son casos individuales».

«En el grupo de los indios mexicanos deben hacerse otras observaciones. Es difícil encontrar indios de raza pura en la capital, en número suficiente para establecer una inducción respecto á las perversiones de espíritu que les produzca la embriaguez. La masa mayor de habitantes en la capital y en el distrito federal es de mestizos, en los cuales la sangre europea, la china, la negra y la india se encuentran en proporciones varias, pero que borran el tipo aborígena de América.

Apenas en las rancherías de los pueblos vecinos se encuentran representantes puros de las antiguas razas aztecas, chalcas, mexicas, nahoas, etc., que antes poblaron estas regiones; pero están en un estado de degeneración tan honda, y la depresión de su espíritu es tan habitual, que si suele ser cierto que la alegría no les viene con la embriaguez, tampoco les viene la ira. A la ligera tonicidad que en sus organismos raquíticos produce el *tlachique* de esas regiones ó el aguardiente de las tiendas, sucede una locuacidad necia y pasajera que pronto termina en relajaciones musculares de todo su cuerpo, y en un estupor de imbecilidad que, recogiendo más y más ideas y sangre de sus cerebros á medida que las libaciones aumentan, acaba por derribarlos y tenderlos en la vía pública con el sueño letárgico del bruto alcoholizado.

»En las regiones periféricas del valle, y sobre todo entre los antiguos chalcas diseminados por Chalco, Tlalmanalco, Ameca, Milpa Alta, así como en Tlálpam, Xochimilco, Mixcoac, San Angel, etc., la raza está más entera y pura. La embriaguez es menos frecuente entre ellos y no presenta esas alternativas de melancolía é ira impulsiva que señala la tesis del Licenciado Macedo. El hecho es de observación fácil y aun de estadística, pues las riñas son muy raras en esas masas, y menos los delitos de sangre, con excepción del pueblo de Ayotzingo, donde unos y otros abundan, pero sin necesidad de alcoholización previa. En estos pueblos las festividades se celebran por lo general con banquetes humildes, pero honestos, y entonces el pulque se escancía en abundancia. No hay abogado de indios que no haya sido obsequiado de esta manera y que no haya observado la serie sucesiva de animación, locuacidad, risas y riñas á veces, pero pasando, como en todas las razas, por la alegría. Hay ebriedades especiales entre ellos, y los llorones, taciturnos, locuaces, pendencieros, melancólicos, etc., son de observación vulgar, como ya los había observado hace cuatrocientos años Fray Bernardino de Sahagún; pero la embriaguez nunca se ha presentado uni-

formemente entre ellos como una transición de la tristeza á la ira.»

El cisma religioso de la familia liberal, por el Licenciado Julio Guerrero.—Se refiere el autor á las diferencias religiosas, tan frecuentes entre marido y mujer en las familias modernas, y pinta admirablemente sus efectos. En un matrimonio en que el marido sea *liberal* (dando á esta palabra un sentido lato) y católica la mujer, sólo se sostienen las relaciones intelectuales del hogar por una mutua tolerancia, «y por eso se rompen tan pronto como los fuegos del amor se han apagado, ó cuando la gravedad de una contingencia exige una concentración absoluta de las meditaciones del marido, ó la discusión sincera de algún problema doméstico. Entonces con impaciencia se rechazan las observaciones de la esposa; y en los desprecios más ó menos bruscos con que se acompañan las respuestas, ésta comprende que se la ha estado tratando como á *niña*, que con mimos y sonrisas se la contiene en las más bajas esferas del pensamiento, y que hay un abismo entre las dos inteligencias del hogar. El cisma se le revela. En las leyendas religiosas, su marido no ve sino mitos moralizadores y guardianes de su honra; de los dogmas católicos hace burletas; el misticismo de su liturgia le aburre, y desdeña las virtudes de sus sermones. En meditaciones más bellas y más serias combina los instintos religiosos del hombre que se siente rodeado por el firmamento; las tendencias filosóficas que los enigmas de su destino le presenta; los anhelos altruistas que la solidaridad humana le infunde, y las aspiraciones de luz y de belleza con que la vida lo alienta, para formar en su alma fuerte y entusiasta el ropaje de una conciencia magnífica, recamada con toda la civilización; mientras que á ella se la deja envuelta en el *trapillo* de sus leyendas católicas para que viva como *Cenicienta*, entre el arreglar del menaje y el custodiar á niños y servidumbre. ¡Siempre los atavismos, la voz de los muertos imperando en la conducta! En vano pretende el liberal alzarse á los altos credos de la civilización y

hacer de su esposa la *amiga* y la confidente de sus expansiones; el jefe feudal y el señor del serrallo reaparece en sus desconfianzas domésticas, y ya que no puede rodear con tapias ó jardines á la esposa, contiene con muros de ignorancia y con las muecas torcidas de los santos y de la superstición católica, los anhelos de libertad y luz del alma que tiene en custodia, y que no debía tener más luz que la de su inteligencia, ni más impulsos que los de refugiarse como pájaro cansado en los egregios aleros de las meditaciones maritales».

El autor cree que no es posible dar á la mujer una cultura igual á la del hombre, ó cuando menos, tan técnica y compleja. «Pero hay (dice con acierto) una ancha región de pensamientos nobles, bellos y fuertes á donde debe llevarla, so pena de reducirla á la condición de sierva intelectual, y de responder de todas las caídas que su conciencia endeble sufra en sus cavilaciones domésticas; de los errores en que incurra al entretejer con sus consejos cándidos la conciencia de los niños; del estupor helado con que escuche las aspiraciones maritales de progreso; de que su muelle regazo no tenga abrigos tibios para recibir la frente abrumada en las duras bregas de la vida; y de que cuando á su vez desfallezca y llore, lleve al confesor ó al amante lágrimas que sólo deberían enjugar los besos del esposo.»

Pero el marido no se cuida de eso, y quiere que la intimidad intelectual se verifique milagrosamente, sin hacer nada por ella.

«La primera víctima de este régimen de oscurantismo doméstico es la mujer, á quien se le arrebata toda la noble felicidad que la verdad y el progreso tienen; pero al dejar que se enlute su conciencia y que se enmohezcan sus energías, el marido, por un castigo muy justo á su desconfianza, encuentra en su compañera, si no el desamor que su falta de lealtad merecía, sí una conciencia estupefacta frente á la suya, cuando las amargas tribulaciones de la vida la lasceren, ó cuando las alegrías de un éxito lo entusiasmen. Ni en las cuitas de sus

negocios, ni en sus proyectos de prosperidad, ni en sus relaciones de amistad, ni en sus deberes civiles, ni en sus luchas políticas, ni en sus cavilaciones científicas, ni en sus especulaciones filosóficas, ni en sus concepciones artísticas, ni al leer, ni al hablar, ni al pensar, ni al refugiarse en el estudio, ni al mesarse la frente con la desesperación del impotente, halla la *compañera* del alma, que debía compartir con él tribulaciones y alegrías.»

La falta recae también sobre los hijos. «El cisma doméstico de credos se traduce por un choque continuo de contradicciones en la conciencia del niño, que acaban por desarrollar su criterio en las formas monstruosas del escepticismo, y su voluntad en un egoísmo más ó menos tosco, según el ropaje de urbanidad con que lo vista, pero siempre repugnante.

»El niño que se desarrolla entre los debates continuos del hogar, aprende á refutar los credos de la madre con los chistes de su padre, y si es verdad que la escuela se encargará de educar su inteligencia en todas las altas y nobles ideas de la civilización moderna, de manera que no haya peligros de entenebrecerse con las concepciones medrosas de la madre, su *moral* queda á merced de ese cisma, y su voluntad oscilante entre dos preceptos antagónicos al choque de las dudas, quebranta su carácter y lo constituye en una alma flácida é indecisa, sin fuerzas de resistencia contra los impulsos animales del vicio, ó contra las peligrosas tentaciones del delito...»

«Es, pues, un *excéptico* moral antes de ser un adolescente; y cuando en su cuerpo y en su espíritu los impulsos de la carne, las ansias de propiedad y los instintos de lucha vayan desarrollando los deseos y los proyectos, el engaño, la seducción, el robo y el homicidio, como mentores diabólicos de ruina, lo inducirán al crimen y á la infamia...

»Ya es tiempo de que el jefe de la familia sea no sólo padre y marido, sino señor de su casa, maestro de las inteligencias que á su amparo se desarrollan, consejero de las voluntades que sujeta su potestad, y sacerdote noble y digno que arrulle

el alma de su hogar con los salmos y meditaciones graves de la verdad.»

Es indudable que el Sr. Guerrero exagera algo en cuanto al efecto moral de la discordia doméstica sobre los hijos, los cuales, por fortuna, reciben otras influencias que las de la familia y se salvan de caer á veces en tan extremo excepticismo. Pero, en general, el conflicto y sus consecuencias son como el autor los pinta, especialmente en cuanto al descuido de la educación femenina por parte del hombre, que luego pide, como el Orozco de Pérez Galdós, imposibles morales á la mujer.

El mismo Sr. Guerrero traza un cuadro muy instructivo de *la democracia en Méjico*. Después de enumerar los complejos problemas que un gobernante moderno tiene que resolver y la cultura enorme que representa la solución de ellos, concluye el autor del siguiente modo:

«Ahora bien; apliquemos este coeficiente de intelectualidad á la definición aforística de la democracia, *el gobierno del pueblo por el pueblo*, en lo que nos concierne.

»¿El pueblo mejicano tiene metido en su cerebro, siquiera en *sumario*, esta ciencia necesaria para gobernarse? El censo de 1895 arrojó sobre un total de 12.572.000 habitantes, 8.000.000 de adultos que no saben leer ni escribir; y como, por otra parte, el jornal medio es de 30 centavos á lo sumo en toda la República, con una absorción completa del tiempo del jornalero; como en Méjico no hay reuniones que oralmente difundan estos conocimientos; como no hay vida pública que por la práctica los enseñe; como sólo una parte muy insignificante de ellos puede conocerse en libros y en periódicos, resulta que la parte del *pueblo* mejicano que pudiera ser apto intelectualmente para *gobernar* á la nación, está representada por una fracción numéricamente tan insignificante de su población, que no llega á *diez millares* de individuos. Nos falta, pues, la matriz intelectual de la Democracia, y tenemos que convenir en que, si hay Gobierno en Méjico, sus orígenes y su fuerza no

descansan en el *pueblo*, sino en las energías propias de los gobernantes.»

El Licenciado Juan Cordero aboga por la centralización de la enseñanza en su artículo *Necesidad de uniformar la enseñanza oficial en toda la República*. Sabida es la autonomía que actualmente tienen en este orden los Estados de la federación mejicana.

Resulta, pues, de gran trascendencia esta doctrina del señor Cordero, que coincide con el movimiento actual en casi todas las naciones, favorable á una intervención mayor que la que hasta ahora han tenido los poderes centrales en la organización pedagógica.

Claro es que el Sr. Cordero comienza limitando el alcance de su petición:

«Es necesario — dice — que esa uniformación y esa tutela genérica del poder nacional no degeneren por exceso en restricciones indebidas á la soberanía de los Estados, ni por defecto en burladeros de las generales aspiraciones y del bien común.

»Difícil por extremo es acertar con la fórmula precisa que realice tal programa, pero no por esto es menos ingente la necesidad señalada ni menos sagrado el interés de la nación, basado en la propia conservación y el adelanto social.

. . . . . .

»Lo primero es, pues, para fijar los fines prácticos de la instrucción y educación nacionales, averiguar cuál sea el régimen que por los antecedentes históricos de nuestra República, por sus costumbres, posición geográfica, clima y demás condiciones, sea el más conveniente y señalado por la experiencia, para conducirnos por el camino del adelanto y de la prosperidad.»

Para ello, traza el autor un cuadro de la historia política interna de su país y llega á la conclusión siguiente:

«Vemos, pues, con claridad meridiana, y por experiencia incontestable, que todos los ensayos de funcionamiento fede-

ral, toda dispersión excesiva de la acción gubernativa, nos han conducido á resultados negativos, mientras que la concentración acostumbrada en el orden político, asociada con el funcionamiento armónico de las libertades constitucionales en el orden civil y privado, nos ha conducido al período de mayor prosperidad, paz y adelanto que nuestra historia registra. Error imperdonable y funesto sería correr tras de los frutos tardíos y dudosos de un sistema ideal de Gobierno, teniendo uno práctico y probado ya en sus benéficos resultados, y sacrificar á la hueca vanidad señorial de los Estados el bienestar positivo de toda la nación.»

Coincidiendo con esto, el Sr. Guerrero dice en otro artículo, *El Federalismo:*

«Resumiendo todos los datos expuestos en este artículo y en los anteriores sobre el régimen republicano y la democracia en México, podemos afirmar que ésta es una nación regida por un dictador que ha tramado con lealtades de partidarios toda la solidaridad política de los empleados públicos, y cuya voluntad es la ley suprema del país, pero quedando libertad á todos los funcionarios para hacer valer en provecho personal el desempeño técnico de sus atribuciones. No hay república, ni democracia, ni federación entre nosotros, pero no por eso deja de ser, aunque *imperfecto,* un Gobierno fuerte, progresista y respetable. Su característica por hoy es la *fuerza,* y aunque no haya podido evolucionar en las formas rígidas de la ley, y aunque el *personalismo,* la voluntad de los funcionarios sea todavía una fuerza social, tanto para la conservación del Gobierno como para el progreso de la nación, su coeficiente de honorabilidad no se amengua por eso, puesto que los Gobiernos sólo son buenos por sus resultados en felicidad privada y en prestigio exterior, y nunca por la forma de sus instituciones políticas.»

Volviendo ahora al trabajo del Sr. Cordero, veamos á las conclusiones que llega:

«El carácter EDUCATIVO y el ordenamiento PEDAGÓ-

GICO de la materia de enseñanza—dice—es lo que en el caso constituye los lineamientos generales sobre que debe recaer la uniformación que propongo, y cuyos frutos han podido ya estimarse y hacerse patentes en donde quiera que se han seguido las insinuaciones científicas de los pensadores que, como D. Gabino Barreda en México, han visto en la educación nacional la clave de todas las prosperidades futuras y de la paz actual. El almacenamiento desordenado de nociones diversas, ó sea la instrucción anárquica, dió siempre frutos de platonismo y de indisciplina intelectual, mientras la instrucción metódica, aun siendo mediana, dió frutos de disciplina y de espíritu práctico, que son los que un país puede utilizar y debe apetecer.

»La misma constitución política del país no se opone de ningún modo á la uniformación que propongo, pues discutida en las Cámaras la ley que, después de maduro examen y tomando en cuenta la experiencia recogida, establezca el orden pedagógico en las materias de enseñanza y los métodos generales á que deba ésta sujetarse, dicha ley, como emanada de la representación nacional, no significaría un acto de centralismo ni de tiranía con mengua de la Soberanía local, sino un nuevo pacto de universal conveniencia, celebrado en el más genuino ejercicio de esta misma Soberanía.»

Y exponiendo uno de los inconvenientes mayores de la actual diversidad, añade:

«Además de las conveniencias señaladas en favor de la uniformación de criterio por medio de la unidad de la enseñanza, existen otras razones basadas en las inconveniencias que provoca la anarquía de métodos y procedimientos entre el distrito y territorios y las diversas entidades de la federación. A diario tropezamos con las enormes, y á veces invencibles, dificultades que los jóvenes que han hecho sus estudios en algún Estado, tienen para continuar su carrera en México. Cuál DEBE (palabra consagrada por el uso) materias que no figuran en el plan de estudios de su Estado; cuál ha estudiado,

aun siendo completas las materias, en un orden diverso y, creyéndose quintianista, tiene que entrar al primer año; cuál, en fin, está en aptitud de presentar un examen profesional y DEBE, de mucho tiempo atrás, alguna materia secundaria, un idioma, por ejemplo, y ve perdidos largos años y frustradas sus legítimas esperanzas, si se acata la ley, ó ésta queda burlada por una razonable contemporización ó por un poderoso influjo.»

Respondiendo á los ataques que un periódico habanero dirige, con motivo del próximo Congreso Panamericano, á la República mejicana, la Revista de que tratamos estudia *La cuestión de razas en Cuba* para determinar «qué peso pueda tener en los negocios» de aquella reunión «el grupo político embrionario que evoluciona en Cuba y que no ha podido, puede ni podrá, durante algun tiempo, formar una nacionalidad independiente».

Los razonamientos de *La República* son de carácter estadístico.

«Actualmente—empieza diciendo—no hay en la isla de Cuba un solo representante de la raza que encontró Colón. Está poblada por una mezcla de europeos, descendientes de españoles, negros, mulatos y chinos, cuyas proporciones se pueden precisar partiendo de las cifras censarias que registra la historia.

En 1774 el censo de la isla dió una población de 171.610 habitantes; de los que 94.430 eran blancos, 44.632 esclavos y 32.548 negros libres.

En 1793 inmigraron 12.000 familias españolas de Santo Domingo, por haberse cedido á Francia la parte española de aquella isla.

En 1803 inmigraron 30.000 franceses de Haytí, huyendo de las matanzas de blancos que perpetraban los negros; y de éstos, fueron expulsados 6.000 el año de 1808.

En 1886 la población era de 1.521.684 habitantes, clasificados del siguiente modo:

Españoles (insulares y peninsulares)	977.992
Extranjeros	10.632
Chinos	43.811
Negros	489.249

Por una serie de operaciones, hipotéticas unas, de muy probable exactitud otras, respecto al aumento logrado por los grupos de origen extraño desde 1774 á 1886, se llega á las siguientes conclusiones:

«Clasificando la población por su cantidad de sangre española, tenemos:

Raza no ibera. (1)

Negros	815.377
Extranjeros	17.722
Chinos	43.811
Criollos franceses	245.510
Total	1.122.420

Raza ibera.

»Criollos españoles descendientes de los antillanos de Santo Domingo, calculando á treinta años por generación, y suponiéndolos igualmente distribuídos para facilitar el cálculo:

Primera generación hasta hace 102 años	122.457
Segunda generación hasta hace 92 años	122.457
Tercera generación hasta hace 62 años	122.457
Cuarta generación hasta hace 32 años	122.457
	489.828
Españoles peninsulares	69.654
Total	559.478

»Traducidas al lenguaje de la política estas cifras, dan los siguientes hechos. Había en la isla de Cuba al rebelarse Martí:

(1) La distinción de razas es muy respetada en la isla.

»876.910 individuos, para quienes las glorias, tradiciones, hábitos é infortunios de España eran completamente extraños; pues desde sus primeros ascendientes que pisaron la isla sólo tuvieron motivo para odiarla (1); unos por la esclavitud en que ellos ó sus padres vivieron; otros, los *coolies,* por el plagio de que fueron víctimas para transportarlos á la isla, y los extranjeros por las condiciones de inferioridad en que los colocaban las leyes españolas. Con excepción de los europeos y americanos, los individuos de este grupo han sido obligados á vivir en Cuba por la fuerza bruta y á someterse á las leyes y particulares españoles, á pesar del odio que unas y otros les inspiraban;

»245.510 descendientes de franceses á quienes el miedo á las matanzas de Haytí arrojó á Cuba, que no tienen ningún abuelo español y que por sus afinidades de raza están predispuestos á evolucionar con los instintos sociales de Francia;

»489.828 descendientes de individuos á quienes la pérdida de la isla de Santo Domingo obligó á inmigrar á Cuba, y que en sus recuerdos de familia tienen que remontar á cinco generaciones para *presumir* la existencia de un abuelo español; y *sólo*

»69.650 individuos genuinamente españoles emparentados con familias españolas (2).

»La conclusión de todo esto es que la población de Cuba no es homogénea, ni puede, por consiguiente, tener aspiraciones, tendencias y necesidades generales que puedan constituirla en una unidad *étnica* capaz de evolucionar de una ma-

---

(1) Véase en el núm. 2 de esta revista el artículo la «Aclimatación humana» en Cuba.—(España Moderna, Septiembre 1901).

(2) No pueden compararse estas rebeliones con las que ha habido durante el mismo período de tiempo en las Repúblicas hispanoamericanas. —En éstas eran la manifestación de *la anarquía,* consiguientes á la ruina de las instituciones gubernamentales que produjo la guerra de independencia; mientras que en Cuba fueron alzamientos contra autoridades fuertes é inquebrantablemente constituídas.

nera uniforme. Es un conglomerado humano en formación que todavía no puede encontrar asiento en ninguna institución social, y tendrá que rebelarse contra todas hasta que se haya formado el carácter cubano y pueda consentir el estudio social de las instituciones políticas que le convengan (1).

»En su historia contemporánea se ve, en efecto, que la población no cabe en las instituciones que la rigen, y que con planes siempre absurdos tiende á la rebelión por cualquiera motivo.

»Es, pues — termina — un pueblo en formación, y mientras no unifique sus aspiraciones, debe vivir como pupilo, bajo el protectorado de la República sajona.»

Tal es la opinión del Director de *La República,* Sr. Guerrero. La transmitimos puramente en calidad de dato significativo.

Vida moderna (Montevideo) trata en sus números de Marzo, Abril y Mayo, varias cuestiones americanas de importancia, empezando por los extensos *Apuntes para el estudio del litigio argentino-chileno sobre límites,* por F. J. Ros, que recomendamos á los políticos é internacionalistas, por los muchos datos que aporta á la resolución de aquel grave problema jurídico y geográfico.

El Sr. González, autor del mejor plano que se conoce de Montevideo, de un excelente Mapa uruguayo y de otros trabajos científicos, publica su informe sobre *Trasmisiones telegráficas de noticias meteorológicas á lo largo de las costas de la América del Sur,* presentado al primer Congreso científico latino-americano (Marzo 1901). El Sr. González hace constar el hecho de que, no obstante existir Observatorios en el Brasil, Uruguay, Argentina, Chile (dos) y Perú, no se conocen las leyes de la «meteorología general comparada de la América Meridional». «De Pernambuco á Callao, pasando por el Estrecho de Magallanes, el vapor recorre próximamente *dos mil leguas;*

(1) Sobre todo en Cataluña, Vizcaya, Galicia y las Islas Canarias.

pues bien, en todo ese largo trayecto, fuera de las leyes generales de las corrientes marítimas y de los vientos alisios, muy poco sabe el navegante.» El Sr. González, que en diferentes ocasiones gestionó el establecimiento de una convención internacional para la trasmisión de noticias meteorológicas, ha vuelto á presentar su proyecto, condensado en la siguiente conclusión: «El Congreso hace votos porque las naciones de la América del Sur, poniéndose de acuerdo, establezcan un servicio telegráfico de noticias meteorológicas á lo largo de las costas oceánicas, destinado especialmente á asegurar, en cuanto sea posible, la navegación general de esas regiones.»

El Sr. F. G. Ontiveros y Laplana estudia *La penitenciaría de Montevideo y la Cárcel Modelo de Madrid*. La primera «puede presentarse como tipo ideal del sistema en la América latina» en lo relativo á su construcción, distribución interna y limpieza; la segunda, «espléndida por lo grande y bello de sus proporciones; higiénica por su elevación sobre el nivel del río y su proximidad á las frondosidades de la Moncloa; severa, como la justicia á cuyo cumplimiento coadyuva, y caritativa, como la frase «odia el delito y compadece al delincuente»..., justifica plenamente su nombre, pues es, dentro del régimen celular y radial, un verdadero *modelo*». Señala el autor como un defecto de nuestra Cárcel, que sirva á la vez de prisión correccional y de cárcel preventiva, «debiendo para esto último existir un edificio especial y separado, como lo hay en Montevideo». El Sr. Ontiveros hace después un estudio comparativo de los reglamentos de la penitenciaría uruguaya y de la cárcel madrileña, estudio del que algunas enseñanzas podríamos sacar en España. El autor ignora la reciente ley sobre ejecución de la pena capital, que ha modificado, entre otros, el artículo 88 del Código.

D. Ramón de Santiago escribe una breve biografía del pintor uruguayo Blanes, recientemente fallecido.

El Sr. Azarola estudia varios *Problemas uruguayos* de política. El primero se refiere al sufragio. El autor no cree que

el sufragio sea la libertad, ni una condición esencialísima del progreso político, sino «apenas uno de los muchos factores de las instituciones que deben regir al hombre, y lo que es más grave aún: arma de dos filos, que lo mismo puede fundarlas en la majestad de la ley, que consolidar el despotismo y la arbitrariedad». El peligro es mayor en las Repúblicas, puesto que en ellas «el poder moderador sólo descansa en el espíritu de las instituciones y en la virtud de los ciudadanos». El voto omnipotente «no es, no puede ser el término y coronamiento de las instituciones libres». El remedio á esto se halla en «un sistema de instituciones bien cimentado, eslabonado y ramificado por todo el organismo nacional, en el que unas y otras se refrenen, limiten y completen..., viviendo en la vida real de las costumbres.» El Sr. Azarola pide la reunión de «una Convención Nacional votada por todos los ciudadanos mayores de diez y ocho años, sin más condición que la de ser hombres honestos», para reformar la Constitución vigente (de 1830). Enumera luego las cuestiones que habría que resolver: Gobierno parlamentario en vez del presidencial; amplitud ó restricción del veto; condiciones del régimen electoral; intervención del Senado en la formación de la Magistratura; facultades expresas á la Alta Corte de Justicia para declarar inaplicables las leyes inconstitucionales, etc. «Oímos un día (añade) que de los labios de Juan Carlos Gómez se desprendió este pensamiento triste: lo que más acibara mi existencia es nuestro miedo cerval á las grandes soluciones de principios. Que la juventud, aun la que permanece con la faz vuelta hacia el pasado..., se encargue de probar que el ilustre proscripto no estaba definitivamente en la verdad.»

El autor termina examinando el problema del aumento en el número de diputados y de las relaciones entre ambas Cámaras, en que no podemos ahora detenernos por su mucha especialidad.

Sobre *El canje internacional de publicaciones*, D. Pedro Callorda presentó al Congreso científico latinoamericano una

proposición de gran importancia, cuyo fin especial es «formar en todos los países de este continente, bibliotecas donde se encuentren todos los trabajos y producciones de los hijos de América». Sus conclusiones son como sigue: «1.ª Todo editor, en cada uno de los países que componen el continente americano, entregará á la oficina de canje ó la que esté encomendada de este servicio, la cantidad de 20 ejemplares de las obras que imprima. 2.ª Dichos 20 ejemplares serán distribuídos entre los diversos Estados americanos, á fin de formar en las Bibliotecas Nacionales... una sección de obras exclusivamente americanas. 3.ª El excedente que resulte después de practicada la distribución, será destinado á las oficinas de canje, á fin de que éstas puedan atender los convenios celebrados con países europeos.»

Para terminar, daré cuenta de la aparición de una nueva revista argentina, *Revista del Ateneo*, órgano del Ateneo bonaerense, que preside en la actualidad el conocido escritor Dr. Ernesto Quesada. Otro día haré los correspondientes extractos de este interesante periódico.

***

Libros recibidos:

Estudios de lingüística americana, por Luis Cordero. Cuenca (Ecuador), 1901. Son una serie de interesantes anotaciones al reciente libro de León Douay, *Nouvelles rechèrches philologiques sur l'antiquité américaine*. Versan sobre diferentes palabras de los idiomas tupi, quichúa, maya, haitiano, guaraní, caribe, etc. El Sr. Cordero es autor de un Diccionario quichúa, todavía inédito.

Por España y para España, por F. Andrés Oliván. Valparaíso, 1900. El autor toma pie de un discurso del Sr. Silvela para afirmar su fe en los grandes recursos de España, pero declarando á la vez (contra la opinión del Sr. Silvela) que no se puede hacer nada bueno «sin ser revolucionario, pero con

el brazo arremangado». El Sr. Oliván estudia nuestras producciones agrícolas, mineras, etc., la navegación, los riegos, correos, ferrocarriles, instrucción primaria; en suma, toda la vida nacional.

La gran Convención de 1831-1833, por Valentín Letelier. Santiago de Chile, 1901. Interesante colección de las actas, sesiones, discursos, proyectos y artículos de diarios relativos á la Constitución de 1833, elaborada en aquella Asamblea.

Comprobación de la reincidencia, por Ernesto Quesada. Buenos Aires, 1901. Es un proyecto de ley ampliamente razonado, que el Sr. Quesada presenta al Ministro de Justicia.

Libro primero de los Cabildos de Lima. París, 1900. Importantísima publicación histórica, hecha bajo los auspicios del Consejo provincial de Lima. Contiene el *Libro Becerro* ó I de los Cabildos, desde 1535 á 1539, descifrado y anotado por Enrique Torres Saldamando, con la colaboración de Pablo Patrón y Nicanor Boloña. Sus tres volúmenes, impresos con gran lujo, comprenden además otros muchos documentos, cuyo interés para la historia colonial de España es excusado encarecer á nuestros lectores.

Bagatelas literarias, por Celiano Monge. Quito, 1899. Colección de trabajos biográficos, críticos y sociales.

Pacho Vilamar, novela, por Roberto Andrade. Guayaquil, 1900. Interesante y dramático episodio de una época azarosa en la vida y en la política de Guayaquil.

Ídolos rotos, por Manuel Díaz Rodríguez. Novela. París, 1901. El Sr. Díaz no es un principiante. Lleva publicadas cuatro obras literarias, alguna de las cuales ha tenido resonancia. La novela que acaba de imprimir, y en cuyo examen no podemos entrar, dado el carácter de estas notas, es doblemente interesante por su tésis, que envuelve un problema nacional, y por la honda observación psicológica que á cada paso revela.

Poemas helénicos, por Goycoechea Menéndez (Lucio Stella). Córdoba (Argentina), 1899. Serie de ocho poemitas en

prosa, de forma dramática, cuyos protagonistas son Orfeo, Safo, Fidias, Tirteo, Apolodoro, Narciso, Venus é Ifigenia.

Harpas en el silencio, por Eugenio Díaz Romero: 1900, Buenos Aires. Poesías sobre diferentes asuntos, principalmente amorosos.

Florilegio, por R. Benavides Ponce. Caracas, 1900. Poesías, entre las cuales descuellan algunas de intenso sentimiento.

Íntimas, por José Flamenco. Guatemala, 1900. Colección de poesías amorosas, patrióticas y de otros géneros.

Conquista (poema), por José María Quevedo. La Plata, 1901. Consta de cuatro partes: *La migración* (?); *La ciudad; La pampa* y *La invasión*.

HISPANUS.

CRÓNICA LITERARIA

La Colección de estudios árabes. — *Estudios filosófico-teológicos: Algazel*, por D. Miguel Asín. — Recepciones en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Entre las Bibliotecas que actualmente salen á la luz en España, una de las más dignas de la atención de los estudiosos es la que con el título de *Colección de estudios árabes* viene publicándose en Zaragoza. En esta Bibloteca, que honra á la erudición española, escasa hoy en todos los ramos del saber y, más que en otros, en los estudios orientales, con ser tan importante y hasta indispensable, hasta cierto punto, para nuestra historia el estudio de árabes y judíos, se ha publicado el *Viaje á la Meca* del morisco aragonés Puey Monçon en el siglo XVI, texto por demás curioso, con eruditas y copiosas ilustraciones de D. Mariano de Pano; los *Orígenes del Justicia de Aragón*, por D. Julián Rivera, investigación interesante para la historia de nuestras instituciones políticas medioevales; la historia de la *Decadencia y desaparición de los almoravides de España,* por el benemérito arabista D. Francisco Codera, de quien fue discípulo en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, en años ya algo lejanos, el que escribe estas lineas; *El collar de perlas*, tratado de política y administración, por Muza II, Rey de Tremecen, traducción de D. Mariano Gaspar, y la novela psicológica de Abentofail *El filósofo autodidáctico*,

traducida al castellano por D. Francisco Pons, obra de mucha enseñanza, de no escaso interés para el estudio de la filosofía de los islamitas y de suficiente atractivo literario.

A estas obras, importantes todas, cada una en su grado y dentro del género á que por su asunto pertenece, ha seguido los notables *Estudios filosófico-teológicos* sobre *Algazel*, del presbítero D. Miguel Asín. Muy vasto es el plan de esta obra, que no ha de abarcar menos de cuatro volúmenes, consagrados los dos primeros á exponer la doctrina del Gazalí, y los dos últimos á estudiar su influencia respectiva en la España musulmana y en la España cristiana.

Hasta ahora se ha publicado el primer volumen, de más de 900 páginas, con un notable prólogo del Sr. Menéndez Pelayo, maestro en todos los ramos de la erudición literaria, histórica y filosófica. Basta este tomo de los estudios sobre *Algazel* para apreciar que el Sr. Asín no sólo es consumado arabista y erudito que domina el conocimiento de las antigüedades del Islam y la historia del pensamiento islamita, sino también persona muy versada en las ciencias filosóficas y teológicas, capaz, por lo tanto, de marchar con paso seguro en la apreciación de las doctrinas de Algazel, en la investigación de sus orígenes próximos y remotos, y en la de su influencia sobre otros pensadores.

En su excelente prólogo, que es una introducción inmejorable para el que, sin preparación especial sobre la materia, emprenda la lectura de este libro, señala el Sr. Menéndez Pelayo la importancia que tiene el trabajo del Sr. Asín. De la filosofía de los árabes no conocemos apenas más que los trabajos de los peripatéticos, que no representan un pensamiento original, sino el reflejo de una civilización ajena, muy distinta de las de los pueblos de Oriente que aceptaron la ley del Islam, á los cuales, sin embargo, estaba reservado salvar del naufragio y difundir á su manera las reliquias de la sabiduría griega. Los estudios sobre Algazel nos hacen penetrar en un campo casi desconocido, en lo que propiamente puede llamarse

filosofía islamita, en el sentido en que decimos, por ejemplo, filosofía cristiana, ó sea en aquella parte del pensamiento filosófico de los pueblos del Islam en que no fueron éstos meros transmisores y comentaristas, sino que crearon y edificaron dentro de la norma y la dirección de su fe religiosa y de las tesdencias propias de su raza, siquiera no fuesen tampoco en esta esfera absolutamente originales.

Para emprender este trabajo, cuya magnitud é interés podrá apreciar todo el que tenga alguna idea de lo que son las investigaciones de esta clase, el Sr. Asín ha tenido presentes las más frescas publicaciones de textos arábigos salidas de las prensas de los países de Oriente en que aún trabaja el pensamiento del Islam, ignorado casi en su labor contemporánea de los pueblos que se consideran únicos depositarios de la civilización, y en los cuales sólo los especialistas suelen estar enterados de que aún en Turquía, en Egipto, en la India y en las mismas escuelas de África se sigue cultivando en mayor ó menor medida aquella antigua civilización arábiga, ó mejor dicho, musulmana, que ilumina cual rápido y brillante meteoro la historia del islamismo.

El Doctor musulmán á quien el Sr. Asín ha elegido como objeto de sus estudios de filosofía y teología islamita es ciertamente una figura interesante, y el libro de nuestro compatriota viene á sacarle de su relativa obscuridad, colocándole en primera línea entre los filósofos y teólogos muslimes. El libro del Sr. Asín no realiza en verdad un descubrimiento, cosa que va haciéndose cada día más rara y difícil en los estudios históricos. Algazel era ya conocido, y desde Schmolders al Barón Carra de Vaux, son varios los orientalistas extranjeros que han escrito del Gazalí. Faltaba con todo una obra fundamental y completa acerca de un pensador tan digno de estudio, y este vacío viene á llenarlo, si hemos de juzgarle por su primer volumen, el erudito libro de D. Miguel Asín.

Algazel vivió en la segunda mitad del siglo XI de la Era cristiana y en los primeros años del XII. Su nombre era Abu-

hamid, pues Algazel es una corrupción del apelativo el Gazalí con que se le designó, según costumbre frecuente, no sólo en los países orientales, sino en muchos otros, por ser natural de la aldea de Gazala en el Jorasan. Hijo de un hombre sin letras, pero con gran afición al saber, que dispuso que su patrimonio se invirtiera en la educación de sus hijos, Abuhamid tuvo por maestro un *sufi*, y es visible la influencia que esta enseñanza de sus primeros años ejerció en su pensamiento. Discípulo luego del célebre Iman Alharamain en la escuela de Nisabur, famosa en todo el Islam, Algazel fué á su vez con el tiempo Rector de una de las *madrizas* ó escuelas de Bagdad. Consagrado al estudio de los peripatéticos musulmanes, emprendió la tarea de refutarlos. Fruto de sus trabajos en este sentido son dos de sus obras principales: el *Macasid-Olfalasifa* (Designios de los filósofos ó explicación de la doctrina de los filósofos) y el *Tehafot Olfalasifa* (Destrucción ó refutación de los filósofos).

Por los títulos se entiende que Algazel, mucho más escrupuloso que la mayoría de los filósofos que se han propuesto la refutación de alguna doctrina ó sistema, consideró preliminar indispensable de su trabajo una exposición fiel y completa de las doctrinas que se proponía impugnar. Esto es el *Macasid;* y tal es la fidelidad con que en esta obra expone Algazel las doctrinas aristotélicas extendidas entre los árabes, que algunos han tomado como propias de él las ideas de que era mero expositor en este libro, y el *Macasid* ha circulado y ha ejercido influencia como texto peripatético, siendo en realidad una introducción ó preparación para la refutación, ó sea para el *Tehafot*. Tanta fue la importancia de esta última obra y tanta la impresión que produjo entre los musulmanes, que el mismo Averroes se creyó en el caso de refutar á su vez la impugnación de los filósofos en su *Tehafot-otehafot* (Destrucción de la destrucción, esto es, impugnación de la refutación de Algazel.) El eco de la disputa entre aristotélicos y ortodoxos se prolonga hasta cuatro siglos después, cuando en una controversia

suscitada por el Sultán Mahometo, el conquistador de Constantinopla, triunfan de nuevo las ideas ortodoxas del Gazalí en el tercer *Tehafot* de Mustafá Jocha Zadech.

Más importante en la obra teológica y filosófica de Abuhamid que estos escritos de exposición y polémica, es su famoso *Ihia* ó *Vivificación de las ciencias religiosas*, escrito después de un período de vida ascética. Es una especie de Suma teológica musulmana, en que se compendia el dogma y la moral del Islam, y que el Sr. Asín compara, salvando las naturales diferencias, á la magna obra de Santo Tomás de Aquino, la Suma por excelencia de los doctores cristianos.

En el *Ihia*, como en el *Almonquid,* otra de sus obras, penetra Algazel en la mística musulmana, mostrando cómo se había asimilado las doctrinas del sufismo. Uno de los rasgos más interesantes que ofrece, á mi entender, este aspecto de su pensamiento, es el de ofrecernos una ocasión más para observar la identidad esencial de todas las doctrinas místicas que han florecido en razas, tiempos, religiones y civilizaciones diferentes, en cuanto abordan el problema del conocimiento de lo sobrenatural. Algazel admite una facultad especial, distinta de las del conocimiento natural y discursivo, la facultad profética, y admite que existen prácticas especiales para desarrollar esa facultad latente. La misma doctrina hallamos en las escuelas esotéricas de la India, en los misterios antiguos, en las enseñanzas de los neoplatónicos alejandrinos, en la Mística Cristiana y hasta en los teósofos novísimos, discípulos de la Sra. Blavatsky, que hablan de la intuición (tomada, no en el sentido en que usa esta palabra Schopenhauer, ó sea el de conocimiento sensible, sino como atisbo y penetración en lo sobrenatural) de un modo semejante en el fondo al que emplea el Gazalí al tratar de las propiedades proféticas.

El primer tomo de la obra del Sr. Asín contiene una introducción acerca de la indiferencia religiosa en el pueblo árabe y de los sistemas que engendró la filosofía en el Islam, introducción que el autor califica modestamente de incompleta,

pero que, no obstante, encierra datos abundantes y observaciones críticas acertadas: la biografía del Gazalí y la exposición de su Dogmática, Moral y Ascética, parte esta última que ocupa cerca de los dos tercios del volumen. Al final inserta como apéndices las dos obras esotéricas de Algazel, el *Almadnun grande* y el *pequeño*, extractados en algunos pasajes y varios capítulos escogidos del *Tehafot*.

El segundo tomo estará consagrado á la Mística de Algazel; el tercero á la influencia del Doctor de Gazala en la España musulmana, y el cuarto y último á su influencia en la España cristiana. En los dos primeros tomos parece que ha de estar lo fundamental de la obra, puesto que en ellos se expone la doctrina del filósofo persa. Mas dada la mucha erudición del señor Asín y la notable influencia que entre pensadores islamitas y cristianos ejerció, ya directamente, ya al través de otras obras, el pensamiento de Algazel, quizá esos dos tomos últimos consagrados á exponer el camino que se abrieron en el mundo entre propios y extraños las ideas de Abuhamid, serán, si no tan importantes, más curiosos é interesantes acaso que los anteriores.

De desear es, y debe esperarse que así suceda, que el erudito autor de los *Estudios filosófico-teológicos* sobre Algazel lleve á feliz término la vasta obra tan felizmente comenzada, y en la cual ha de acompañarle el aplauso de cuantos se interesan por la cultura española.

*
* *

Con la terminación de las vacaciones del verano han vuelto á reanudarse las recepciones académicas. En la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando se han sucedido con intervalo de pocos días, la del famoso escultor D. Mariano Benlliure y la de D. Enrique Serrano Fatigati.

El renombre artístico que rodea al Sr. Benlliure hacía que se esperase con curiosidad su discurso de ingreso. Como otros literatos y artistas que al ocupar un sillón académico han huído de la labor poco grata de componer un discurso forjado con

arreglo á los cánones de la Retórica consagrada por el uso, el Sr. Benlliure ha reducido su oración de entrada en la Academia de Bellas Artes á los límites de una *causserie* artística. Tiene su discurso el aire de una improvisación escrita, consistiendo su principal atractivo en la espontaneidad que respira y en el calor y vehemencia con que el autor expone sus convicciones de artista.

El anarquismo en el Arte fue el tema elegido por el Sr. Benlliure, tema de actualidad no sólo en las Artes plásticas, sino también en la literatura. El discurso es algo descosido, carece de método y de orden en la exposición de las cuestiones, habla de muchas cosas y no acaba ninguna. Es, en realidad, una conversación escrita, y este desorden mismo de que adolece, propio de una plática familiar en que se deja holgar á la dialéctica y se habla *ex abundantia cordis*, no carece de encanto. Hay allí espontaneidad, frescura de imaginación y de pensamiento, franqueza en la expresión, una porción de cualidades simpáticas que compensan los defectos á que antes se alude.

Lo principal del discurso del Sr. Benlliure es una feroz diatriba contra el impresionismo, contra la tendencia anarquista en el arte que exagera la importancia del factor subjetivo y le convierte en elemento predominante de la obra, erigiendo en supremo canon estético el temperamento, el capricho ó la extravagancia del artista. Frente á este arte morboso pone el Sr. Benlliure el arte que llama social, arte que tiene en cuenta la tradición estética, los ejemplos de otros países y de otros artistas, y sobre todo la naturaleza objetiva; arte que procura, en suma, conciliar los dos factores de toda obra de arte y de toda obra intelectual humana: el factor objetivo y el factor subjetivo, y que al mismo tiempo tiene presente que el artista no es un sér aislado, no es el único ojo del universo, sino un sér social que disfruta de las enseñanzas acumuladas por el trabajo anterior de muchas generaciones, que gana con observar lo que pasa á su alrededor y enterarse de lo que ven otros ojos en el fenómeno del mundo.

El discurso es quizás demasiado severo con el impresionismo. Este no es anárquico siempre ni siempre extravagante. No hay que olvidar que el impresionismo representa una reacción contra la exageración opuesta: el excesivo apego á los modelos, á las reglas, á la jurisprudencia artística, á ciertos cánones del arte, que tienen realidad y vida cuando los interpreta con acierto soberano una mano genial, pero que con el tiempo llegan á ser formas puramente convencionales. El anarquismo en el arte es un aspecto más de la general anarquía, que todo lo invade: la religión, la política, la filosofía, la literatura, las costumbres. Así como otras generaciones vivieron abrumadas por las reglas, por la sujeción al pensar ajeno, la nuestra vive en un ambiente anárquico muy favorable para los osados y los charlatanes, pero que alguna vez resulta propicio á la libre florescencia del genio. En medio del desacorde vocerío de tanto personalismo, el espectador imparcial no puede menos de oir con simpatía las voces que, como la del señor Benlliure, se levantan á protestar contra esa exaltación del yo, que sólo puede tolerarse á las individualidades superiores, á los genios. Pero tan hondo es el mal y tan poderoso el contagio del ambiente, que sólo por esta excepción de los genios se puede disculpar al laureado escultor el que, para combatir el impresionismo, haya escrito un discurso impresionista, un discurso que es á las oraciones académicas usuales lo que el impresionismo á las obras de arte inspiradas en el culto á los modelos y en la tradición estética.

La contestación del Sr. D. José Esteban Lozano se limita al elogio del nuevo académico y á encomiar la utilidad de los estudios teóricos en las Escuelas de Bellas Artes.

*
* *

Es innecesario decir que el Sr. Serrano Fatigati es mucho menos conocido que el Sr. Benlliure en la esfera de las Bellas Artes, aunque sin duda ha escrito mucho más que el último

acerca de estas materias, por donde se ve cómo la práctica vence á la teoría y predomina sobre ella en el terreno artístico. No es tampoco, en realidad, el Sr. Serrano Fatigati un crítico profesional de Bellas Artes, aunque haya publicado en diferentes *Revistas* é *Ilustraciones* numerosos artículos sobre asuntos arqueológicos. Estos títulos le han llevado á la Academia de Bellas Artes, viéndose en su elección un ejemplo más de cómo se ha rectificado el criterio de las Academias, que antes solían estimar en poco, al apreciar el bagaje literario de los candidatos, los escritos publicados en periódicos y Revistas, y ahora abren con frecuencia sus puertas á periodistas y escritores que no han publicado obras extensas, ni se han cuidado acaso de coleccionar en libros sus trabajos diseminados en publicaciones periódicas.

El Sr. Serrano Fatigati, sí es autor de libros y folletos, pero de Química, Física, Historia Natural y Fisiología, materias en las que es muy competente y que profesa hace años en uno de los Institutos de esta corte; pero claro es que no son éstos los méritos que ha tenido presentes la Academia al elegirle, sino los indicados antes.

Muy galana y literariamente escrito está el discurso del señor Serrano Fatigati. Versa sobre un punto de erudición interesante para la historia de la música: la representación de los instrumentos músicos en las miniaturas de los antiguos Códices españoles. El nuevo académico se fija especialmente en el *Apocalipsis* de El Escorial, en los dos libros de las *Cantigas* de la misma Biblioteca y en el Códice Justiniano del Archivo histórico nacional. En el discurso de contestación, obra del señor Fernández Duro, se llama la atención, prosiguiendo el examen del mismo tema, sobre el Códice compostelano de Aimerico Picaud, descubierto hace años por el P. Fita.

Ambos discursos, por su amena forma y por las curiosas noticias que contienen, serán leídos con gusto por las personas aficionadas á la historia de la música.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Costumbres: Escenas de la vida universitaria en Alemania. —El duelo en Francia y en Italia.=Literatura: La trama dramática.=Criminología: La responsabilidad criminal de la mujer.=Pedagogía: El estudio del niño.

COSTUMBRES

Escenas de la vida universitaria en Alemania. — Son —dice en *La Revue* Ernesto Tissot—vastas salas decoradas al gusto de la Edad Media, con vidrieras de plomo y mesas macizas, cubiertas de manteles á cuadros rojos y blancos, y servidas por graciosas camareras, con su saquito de cuero á la cintura, portadoras de esa cerveza perfumada y deliciosa de que apenas se tiene idea fuera de aquel país.

Allí es donde las sociedades de estudiantes alemanes celebran casi todas las noches del curso su *Kneipe*, y una vez por lo menos á la semana su *Commers*, que es como si se dijera, su *Kneipe* de gala, con orquesta y banderas. En verano, si hace demasiado calor, la fiesta se celebra al aire libre en algún jardín florido, resultando una decoración romántica con el alumbrado de antorchas de resina y los fuegos de Bengala que envuelven á los músicos y á los cantores en multicolores llamaradas.

Los estudiantes, fumando y charlando, y sobre todo bebiendo, se sientan, á lo largo de amplias mesas, dirigidos por

su *Præses*, teniendo cada cual ante sí una jarra de respetable dimensión, con la tapa caída, detalle digno de observación, pues el que deja su jarra destapada quiere con eso decir que ha concluído su contenido y que desea se la vuelvan á llenar, cosa que toda buena *Kellnerin* no deja de hacer en seguida. Cada bebedor tiene además ante sí su *Commersbuch* ó florilegio, y canta sus canciones, pasando del himno religioso al brindis báquico y de la romanza de amor al coro belicoso, según la orden que da el Presidente.

He aquí, como tipo de canciones patrióticas, la de Wächter: «¿Conoces el país que sonríe bajo su verde corona de encinas inmortales? ¿El país en que madura á los rayos del sol sobre alegres colinas el dorado racimo? Sí, lo conozco: ese país es la patria alemana.»

«¿Conoces el país de donde se ha desterrado la mentira? ¿Donde se cree todavía en la palabra del hombre? ¿El país donde el amor fiel consuela los corazones de las penas de la vida? Sí, lo conozco: ese país es la patria alemana.»

«Conoces el país en que vive la honradez? ¿El país de la piedad, donde por todos respetada, impera la fé, que con voz suave promete á los virtuosos las recompensas futuras? Sí, lo conozco: ese país es la patria alemana.»

«¡Gloria á ti, país glorioso, el primero del orbe terráqueo! Con todo nuestro corazón juramos amarte y no tener otro deseo que el de ser siempre dignos de tu historia.»

Las canciones alegres no tienen la gracia de las francesas, italianas ó españolas, y son pesadas y latosas, cuando no estúpidas, como las en que se procuran hallar efectos de armonía imitativa verdaderamente bufa, como aquella que dice: «Cuando los romanos se hicieron temerarios—¡sim, se! ¡sim, sim, sim, sim!—se adelantaron hacia Germania; y al son de sus trompetas—¡te, ra, ta, ta, ta, te, ra!—se adelantaba el General en jefe, Quintilio Varo—¡guau, guau, guau!» etc.

El amor y las mujeres son poco respetados por los poetas del *Commersbuch*, pudiendo citarse como tipo la de Percy

Weter: «Os digo en verdad que las mujeres son todas parecidas á las serpientes: acariciadoras y embusteras, sobresalen en seducir á los hombres. ¡Ay de quien se deja convencer! ¡Hasta el abismo le arrastrarán! ¡Oh, amigos míos, no os fiéis, no os fiéis nunca de ninguna mujer!»

«El pobre Adam se lamenta:—¡Ah, esa maldita manzanita, qué cara me ha costado! Dad expresiones á mi señora Eva y seguir mi consejo: no os fiéis, no os fiéis nunca de ninguna mujer!»

«A tí te toca ahora, viejo Loth, pero no te se ocurra bordar:—¡Ah! La triste aventura que me ocurrió cuando estaba embriagado no puede ser contada. No puedo más que daros una opinión: no os fiéis, no os fiéis nunca de ninguna mujer!»

«Y tú, valiente Sansón, ¿no tendrías también alguna copilla que cantarnos?—Es verdad: ninguno podía vencer la fuerza de mi brazo; pero desde el día en que la astucia de la mujer vino en su ayuda, mi derrota no podía tardar. Creed en mi experiencia: no os fiéis, no os fiéis nunca de ninguna mujer.»

«Cuando sonríen y cuando valsan, las mujeres son lindas muñequitas. Pero no tengo que daros más que un consejo: defendeos del interés que puedan inspiraros, y no os fiéis, no os fiéis nunca de ninguna mujer.»

A semejantes elucubraciones, cuyo salvajismo está fuera de nuestros gustos, deben preferirse las crónicas y baladas alegres, donde se relatan los altos hechos báquicos de los más ilustres bebedores, como el homérico señor de Rodenstein, que tenía que vender uno de sus pueblos entero al año para pagar sus borracheras inacabables.

Toda una parte del *Commeosbuch* está dedicada á la poesía popular, no conteniendo la edición de Fischer y Eck, que es la más corriente, menos de 157 trozos de este género, entre los que figuran, al lado de las célebres creaciones de Goethe, Heine y Uhland, sin las que apenas se comprende una antología alemana, muchas otras firmadas ó anónimas en que domina la nota sentimental y melancólica. Si no en la letra, en la

melodía, y si no en el acompañamiento, en todas estas poesías hay lágrimas y lloros que conmueven profundamente.

Las cantoras y cantores de Alemania tienen la laudable costumbre de ponerse siempre de dos en dos, y á veces tres, para dar lo que llaman *Liederabend* ó sesiones de canto, ejecutando generalmente una docena de romanzas escogidas, dando tiempo cada cual á su compañero ó compañera para que descanse. Para esta especie de misas musicales en honor de tal ó cual santo del calendario artístico, se tiene costumbre de adornar el estrado con flores, elegidas, si es posible, entre las más adecuadas al carácter de las canciones del programa. El que no ha oído á una verdadera artista alemana, como por ejemplo, la Sra. Lili Lehmann, ante un parterre de rosas rojas y blancas, destacándose entre verdores casi negros, una sesión de canciones de Schubert, no acertará á comprender el encanto artístico y delicado de semejantes espectáculos.

*
* *

El duelo en Francia y en Italia. — Curioso es el trabajo sobre tan interesante materia publicado por Jacobo Gelli en la *Nuova Antología* de Roma, abarcando un período de dos decenios, desde 1880 hasta 1900.

¿Cuántos se baten y dónde se baten más en Francia? En el indicado período de 1880 á 99 se registran en Francia 645 cuestiones de honor, de las cuales 146 se resolvieron pacíficamente por negarse al desafío, 38 por no considerar los padrinos necesario el duelo y 14 porque el ofensor dió explicaciones al ofendido; las 465 restantes se resolvieron violentamente por medio de las armas.

Comparando esta estadística con la italiana, se ve la enorme desproporción que en la combatividad existe entre ambos países, presentando Italia, frente á las 645 cuestiones de honor francesas, nada menos que 3.186 encuentros caballerescos.

Esta desproporción, sin embargo, es más aparente que real; pues mientras los 3.186 duelos se refieren á toda Italia y tienen por teatro toda la península, los 645 de Francia se han verificado casi todos (el 95 por 100) en París, cuya población nunca ha representado más de la décima parte de la de toda Italia; multiplicando por 10 el número de las cuestiones, se ve que Francia es, con mucho, más pendenciera que Italia. Pero hay más: mientras Francia, sobre 645 cuestiones de honor, resuelve 188 pacíficamente, Italia resuelve del mismo modo 1.422 de 3.186. La causa de esta diversidad debe atribuirse á que en Italia funcionan desde hace tiempo los tribunales de honor y de arbitraje, los cuales no se han introducido en Francia todavía.

Entre los italianos, los duelos son más frecuentes en el verano, cuando el sol caldea las cabezas y hace más agudo el sentimiento del amor propio y de la personalidad, permaneciendo en relativa quietud en el otoño. En Francia sucede todo lo contrario; durante los grandes calores estivales los duelistas descansan, y en el otoño, y luego en el invierno, se manifiestan vigorosamente. En el verano, el promedio de los duelos es de 11,30, en invierno de 11,50, en primavera de 11 y en otoño de 13,20. Los meses en que es mayor el número de duelos son: Septiembre, con un promedio decenal de 45, y Noviembre de 48; el año en que hubo menos duelos fue el 1881 con 32 duelos, y el en que hubo más fue el 1887 con 56, con el siguiente y el precedente 1886 y 1889, que dieron 53 duelos.

Las diferencias indicadas entre las estaciones se explican porque en el verano el mayor número de los que se inclinan á solventar sus querellas por medio del duelo (los desocupados y los políticos) se dispersan, evitándose así los motivos de discusión y de camorra. En cuanto al exceso de duelos en el trienio 86-88, se explica también por la aparición y el desarrollo del boulangerismo.

¿Quiénes son los que más se baten en duelo? Los hombres

políticos y los periodistas tienen el *record* con un 40 por 100. Entre los políticos vive todavía la teoría de los antiguos representantes de la Asamblea Nacional, según la cual las divergencias políticas deben solventarse en el campo del honor mejor que en la tribuna. Y en esto difiere el duelo francés del italiano: en Italia, el diputado y el ministro descienden al terreno del honor casi siempre por ofensas al hombre privado, y en Francia se baten especialmente por la defensa del partido y de las ideas, siendo en general las ofensas medios aparentes para justificar el fin político. Los magistrados y los militares vienen después en la proporción del 25 por 100, y detrás aparecen, con un 18 por 100, los maridos más ó menos desgraciados. Las demás categorías sociales dan cantidades insignificantes.

¿Con qué armas se baten los duelistas? Aquí es donde más se nota la diferencia entre los dos países comparados: en Francia, de cada 100, 74 se baten con espada, 23 con pistola y 3 con sable, mientras que en Italia se baten con sable 92,25, con pistola 5 y con espada 2,75. ¿Por qué así? En primer lugar, porque los franceses no conocen la esgrima del sable, estimada como arte grosero y brutal, contrario á su modo de comprender la esgrima como ejercicio ligero y elegante; después, porque los franceses tienen horror á las heridas de sable, que desfiguran y afean el rostro, y, por último, porque el sable tiene en Francia una triste historia por las muchas víctimas que produjo cuando estuvo en boga.

¿Qué causas inducen á los franceses á batirse? Las polémicas periodísticas, casi todas políticas, ocupan el primer puesto con un 28 por 100; las vías de hecho y los altercados y disputas dan en junto un 22 por 100; la maledicencia y las cuestiones íntimas un 18; la política, sin polémica, un 10, y el juego un 2,50; las demás causas dan tantos por ciento insignificantes. De todas estas causas, dos, la maledicencia y las íntimas, apenas son conocidas como generadoras de duelos en Italia.

Las consecuencias del uso de las armas para ventilar cues-

tiones de honor fueron las siguientes: los 465 combates celebrados produjeron 427 heridas, de las cuales 174 fueron levísimas, 156 leves, 73 graves y 14 mortales ó seguidas de muerte. En relación con las armas empleadas, de los 118 duelos á pistola, en 76 quedaron ilesos los dos adversarios y en cinco el resultado fue mortal; de los 335 duelos á espada, los adversarios quedaron ilesos en 10, heridos ambos en 50 y mortalmente herido uno de ellos en 17; de los doce duelos con sable, en diez quedó herido uno de los dos combatientes, en uno se hirieron ambos y en otro hubo un muerto; en junto se cuentan 93 casos de inmunidad, 57 de heridas recíprocas y 12 de muerte.

En relación con la ofensa, hubo 54 duelos en que quedó herido el ofendido y 92 en que salió malparado el ofensor; de modo que así como en Italia el ofendido tiene 63 probabilidades por 100 de herir á su ofensor, en Francia es el ofensor el que tiene 65 probabilidades por 100 de herir en el cuerpo al mismo á quien ha herido ya en el honor.

LITERATURA

La trama dramática.—La *Revue Bleue* de París ha abierto entre los autores dramáticos una interesante información para averiguar sus opiniones sobre la cuestión del oficio dramático en cuyo nombre se hacen todas las revoluciones en el teatro, preguntándoles si tienen un oficio verdaderamente, en qué consiste y cuáles son sus principios de composición y su estética dramática.

Pablo Hervieu dice que el teatro actual no tiene fórmula determinada, sino multitud de fórmulas, siendo la novedad de pura apariencia. Puede notarse que el teatro vuelve, afortunadamente, á la antigua simplificación, y después de todos los ensayos de melodrama, comedia dramática, comedia zarzuela,

sainete zarzuela y drama histórico con coplas de canto, los géneros vuelven hoy á su primitiva sencillez; y mientras la comedia se hace ligera, graciosa, afinada, pura de toda mezcla, la tragedia renace desembarazada de sus formas solemnes, arcáicas: moderna, razonadora y prosáica.

—Yo—añade Hervieu—he adoptado la tragedia por haberme parecido más propia para realizar mis conceptos: he tratado de interesar por el sufrimiento de séres semejantes á nosotros, rechazando cuanto puede dañar á la exposición sobria del asunto, repudiando todo episodio que desvíe la atención, y valiéndome de las decoraciones estrictamente indispensables, conservando la línea simple y bella de la acción trágica, sin nada que disemine el interés que pueda despertar su natural desenvolvimiento. Estimando que la tragedia moderna debía enseñar el triunfo de sí mismo y la resignación á la vida imperfecta, he rechazado los desenlaces arbitrariamente optimistas—el vicio castigado y la virtud recompensada—y las muertes oportunas que hacen desaparecer en el último acto á la gente que nos molesta; también he rechazado el tipo del personaje arbitrariamente simpático que hizo siempre en el teatro las delicias del público, porque quiero tipos humanos que hagan como todos el bien y el mal, pues no hay nadie que sea fundamentalmente bueno ni malo; José de Maistre lo ha dicho: «Yo no sé lo que es la conciencia de un bribón, pero conozco la conciencia de un hombre honrado, y... ¡es horrible!» El personaje de una pieza, siempre bueno ó malo, sigue siendo en el teatro una de las peores exigencias del público. Yo no he tenido otro fin que extirpar el error, la mentira ó la ilusión del alma de mis contemporáneos, haciéndoles bañar en la verdad y sacándolos del optimismo beato en que se complacen. Esa es la fórmula de mi teatro, como lo fue de mis novelas.

¿Cómo trabajo yo?—dice Maurice Donnay.—Pues muy sencillo: tengo un asunto, generalmente una historia de amor, porque, como dice Izoulet «la grande, la única cuestión entre el hombre y la mujer es el amor»; ese asunto se desarrolla no

sé como, pensando en él, y poco á poco se dibujan las figuras, se marcan los caracteres, y se me aparecen las escenas y trozos de diálogo que anoto. Una de las cuestiones más importantes para mí es encontrar el nombre de mis personajes; cuando los he bautizado es cuando existen verdaderamente para mí, siendo seres que conozco. Me han echado en cara que me complazco en hacer hablar á mis personajes cosas supérfluas; pero en el fondo no hay nada inútil; todas esas escenas, llamadas escenas laterales, son las que crean la atmósfera de la pieza. Hoy para amueblar una sala no se pinta como antes una chimenea ó una estantería en el telón de fondo; pero el más exigente y realista director de escena no se atreverá á colgar sobre la verdadera chimenea un verdadero espejo que refleje á los espectadores, como no se le ocurrirá poner en aquella chimenea verdadera leña que pueda hacer arder al teatro. Y esto me hace pensar que tampoco pueden llevarse á las tablas ciertos diálogos y ciertos caracteres demasiado reales.

Grande ó pequeña mi idea, se desarrolla naturalmente evitando las falsas entradas y salidas, los apartes, los monólogos y las tiradas, y teniendo sobre todo horror al «hecho diverso» y á todo artificio y combinación. Como los matemáticos para el trazado de una curva buscan los puntos interesantes ó extremos para enlazarlos entre sí, yo estudio los puntos interesantes de la curva psicológica, que representa, por ejemplo, una aventura sentimental, y los enlazo del mismo modo. Esa es mi fórmula.

Francisco de Curel estima que, si por trama ha de entenderse cierta habilidad material para llegar á producir determinado efecto, esa trama es inútil para el teatro serio, aunque sea útil al zarzuelista sainetero. Desde Sófocles hasta hoy, las conquistas, en cuanto á la forma, se reducen á bien poco, como no sean las relativas á las tres famosas unidades, y aun esas son debidas principalmente al arte del decorado y del afeite. Las condiciones esenciales del teatro pueden reducirse á tres: la *unidad del asunto,* no sólo en el sentido de que no

se mezclen dos acciones distintas, sino en el de que toda la obra se desenvuelva del mismo modo, sin que se convierta una obra de discusión en otra de acción, ni viceversa; la *evolución constante del asunto,* realizada de tal modo, que al final de cada escena pueda siempre preguntarse el público por la que viene después; y en fin, *el pensamiento por la emoción,* dirigiéndose siempre á las pasiones, no á la inteligencia del espectador, importando poco que se presenten en escena ideas ó hechos, con tal de que en el primer caso no se presenten las ideas sino vestidas.por la pasión, que es la tela del teatro. Al lado de estas condiciones, el autor necesita poseer ciertas cualidades, siendo ante todo preciso que «tenga el diálogo», cosa que puede adquirirse con la práctica. Lo que no se adquiere fácilmente es el don del teatro, don de visión y de compresión, que permite mostrar en tres horas el panorama entero de una vida humana.

Alfredo Capus afirma con Kant que el teatro ha nacido de la necesidad que el hombre tiene de verse representado, siendo esa la causa de que el teatro no haya cambiado desde Plauto y Terencio. Las costumbres y los tipos son distintos, pero eso es todo. Si la intriga se ha simplificado, es probablemente porque el espectador presta menos atención. En el fondo, todo el arte teatral se reduce á una sola cosa: hacer buenas escenas. Hay, sí, un telar de teatro, porque es preciso saber hacer un acto y, lo que es más difícil, un entreacto. Luego viene la cuestión de la influencia del teatro en las costumbres, que se dice que es muy grande, siendo, en realidad, pequeñísima. No hay teatro nuevo, sino nuevos autores.

Eduardo Rostand dice que trabaja sin darse clara cuenta de lo que hace, pues apenas nace una fórmula cuando empieza á declinar. La manía de las teorías teatrales desaparece cada vez más, habiendo ganado el teatro actual en libertad y flexibilidad, estando libre para siempre de las fórmulas hechas y de la superstición de las piezas bien hechas, lo que no quiere decir que el autor pueda dejar de sacar de una escena el

partido que deba, sino que puede hacerlo como le acomode, ya desarrollándola completamente ó ya indicándola simplemente, si así le conviene. Todo el arte del teatro es el arte de interesar; se puede imaginar una pieza sin anécdota ni estudio de caracteres ni nada de lo que hasta hoy se ha pedido al teatro y que, sin embargo, interesara atrozmente. ¡Pieza bien hecha!... ¿Es una pieza bien hecha *El Misántropo?* En *El hijo del águila* ni siquiera hay pieza, y el público no lo ha notado. Este nuevo teatro, sin fórmula dada ni molde hecho, va á tener terribles consecuencias para los directores, faltos de toda orientación para admitir ó desechar una obra.

Fernando Vanderem cree que hay una trama dramática distinta en los autores nuevos de la que empleaban los antiguos, pero no menos visible que aquélla. Se ha perdido en severidad de composición lo que se ha ganado en humanidad, en verdad y en poesía. En el teatro el éxito es el gran criterio, y el éxito es muchas veces cuestión de atmósfera. La atmósfera es el conjunto de condiciones que hace que una pieza ó un autor se hallen de acuerdo, en un momento dado, con el público: el público se arroja entonces en brazos del autor, y el triunfo de éste se afirma. «Si tuviera yo—dice—algún consejo que dar á un novel autor, le diría:—¿Dónde vas? Supongo que irás hacia la verdad, que es lo único que valé y lo que debe ser nuestro objetivo y nuestra única esperanza: la realidad, sin la cual no hay poesía ni ideal; en cuanto á la trama, no hay que desdeñarla, pues puede decuplicar tus fuerzas y poder; recuerda el ejemplo de Dumas hijo: aborrecía á Scribe, y le exasperaba su técnica; para vencerle, inventó otra, y eso es lo que hay que hacer: si los medios de Dumas no te bastan, haz lo que hizo él: busca otros.»

Emilio Fabre asegura que gracias á la trama dramática, se han escrito obras sólidas y duraderas. Sardou conoce admirablemente sus tramas, y nadie como él sabe combinar una intriga, exponerla, anudarla y desatarla, hallando siempre plausibles motivos para hacer verosímiles las más anormales

situaciones, y preparándolo todo con tal cuidado, que todo parece natural, y estando hechas algunas de sus piezas para preparar la escena final; es demasiada trama. «Todo eso lo hemos cambiado»: en las comedias actuales el primer acto no expone nada, el último no concluye, y los intermedios están llenos de frases, de descripciones políticas y sociales y de discusiones morales y filosóficas; sólo en el anteúltimo acto estalla una escena dramática; una comedia moderna viene á ser así una escena en torno de la cual se han puesto cinco actos; es trama insuficiente.

Juan Julián dice que el teatro á fines del pasado siglo se ha convertido en dominio de fabricantes de piezas por estar agotado el romanticismo y ser impotente el naturalismo para crear una nueva forma; el teatro, más que un arte, era un oficio, bastante parecido al del cocinero que prepara un guisado; de ahí que se pudiera hablar del «fin del arte teatral» y que no pocos espíritus afirmaran que el teatro no era un arte, ó que de serlo, era el más bajo de todos. «No es esa—dice Julián—mi convicción: el arte dramático es el más alto y completo de todos, y consiste en sorprender el secreto de la vida. Que haya zarzuelas para la burguesía, melodramas para los ex presidiarios y piezas con mujercitas para los viejos verdes, es cosa natural; lo abusivo es que los autores no trabajen sino para satisfacer los gustos de esas medianías. La trama es indispensable al arte; pero debe ocultarse en el arte dramático más que en ningún otro, no debiéndose olvidar que si el oficio enseña el mecanismo de los efectos, no ha dado todavía el medio de producir á voluntad el escalofrío de la vida y del arte. En cuanto á las leyes inmutables que rigen la escena, no hay tal cosa; primero, porque nada hay inmutable en la Naturaleza, y después porque nada es más modificable que el público de un teatro.

CRIMINOLOGIA

La responsabilidad criminal de la mujer.—Ante la represión—dice en *La Revue* G. Morache, Profesor de Medicina legal en la Universidad de Burdeos,—el hombre y la mujer son iguales, y, sin embargo, no lo son en derecho civil. Eterna menor, la mujer se halla siempre sometida á un padre ó á un marido, á menos de que renunce á su destino fisiológico permaneciendo soltera ó que se niegue en la viudez á constituir nueva familia. Sólo cuando infringe la ley, la sociedad la levanta al nivel del hombre para imponerla idéntico castigo. La única diferencia está en que si declara hallarse en cinta y se prueba que lo está, no podrá sufrir la pena de muerte sino después de haber dado á luz, respiro de vida que se concede, no por compasión á la madre, sino por salvar al hijo que tiene en sus entrañas.

¿Es verdad que la mujer sea criminalmente igual al hombre? Si tomamos al azar tres años cualesquiera, 1889, 1890 y 1891, por ejemplo, vemos que durante este tiempo han sido acusados de grandes crímenes 2.970 hombres y 745 mujeres; es decir, que de cada cinco crímenes cometidos, cuatro lo fueron por hombres y uno solo por mujeres. Se dice que la constitución física de la mujer no se presta á la violencia, que caracteriza la mayor parte de los actos criminales; pero que si no es ella quien comete materialmente el crimen, es quien lo sugiere, siendo su autor moral, y debiéndose siempre volver al proverbio: «En todo crimen, buscad á la mujer.»

La escuela italiana ha reconocido que desde el punto de vista material, la mujer es menos criminal que el hombre; pero lo explica así: el hombre róba y mata, para proporcionarse el dinero que le permite entregarse á la ociosidad y al placer; la mujer, para conseguir el mismo resultado, no necesita más que comerciar con su cuerpo; si dentro del mismo grupo so-

cial se añade á las mujeres criminales el número de las que se prostituyen, se llega á la misma cifra de la criminalidad masculina. La teoría satisface en apariencia, pero peca por su base, pues es imposible calcular el número de mujeres que comercian con sus encantos.

La escuela de Lombroso ha encontrado los estigmas de la criminalidad nativa en gran número de mujeres de los hospitales y de las cárceles, cosa natural; pero ¡cuántas hay que, arrastradas por culpa del hombre, no tienen fuerzas para remontar la corriente que las sumerge en el abismo! Claro que no son modelos, pero son como las demás, ni delincuentes, ni criminales; muchas viven con criminales, pero es porque no encuentran otra cosa, y la mujer necesita amar: «si no amo nada, no soy nada»—decía una de ellas.

La mujer está hecha para la maternidad, y á falta de hijo, amará cualquier cosa, un perro ó un gato. El amor maternal es el más poderoso preservativo contra las malas ideas, salvando á la mujer de los peores destinos; la entrega de los hijos al Estado, como quieren ciertas escuelas, es por eso una gran herejía, científica y socialmente considerada.

La mentalidad de la mujer es tan diferente de la del hombre, que puede afirmarse que siente, piensa y obra de distinto modo que él, y que por lo mismo no le son aplicables los mismos principios de justicia. Sin penetrar demasiado en el terreno fisiológico, lícito es recordar que desde la nubilidad, la mujer está física y moralmente bajo la dependencia absoluta de su función reproductora. Los hechos judiciales están ahí para probar que durante las fases de la menstruación, del embarazo, del puerperio, de la menopausia, la irresponsabilidad de la mujer es incontestable.

Las escuelas modernas de psiquiatría se preocupan cada vez más de la influencia que pueden tener en nuestro sistema nervioso, especialmente en nuestra psiquicidad, esos múltiples venenos que elaboramos en nuestro propio organismo, y á los que se da el nombre de ptomainas. Las locuras tóxicas están

clasificadas en la nosología mental, y responden á tipos conocidos de degeneraciones tóxicas. El alcoholismo, el morfinismo, el cocainismo, son sus modalidades crónicas, cuyas manifestaciones agudas son la uremia y la eclampsia convulsiva. ¿Y qué son en la organización femenina las perturbaciones que se observan en las diversas fases de la vida genital, sino verdaderas intoxicaciones de la sangre?

La situación judicial de la mujer debe ser objeto por todas estas razones, de severa meditación. Es indispensable observar los hechos, pero como biólogos, como psicólogos sin prejuicios; y entonces, en presencia de una mujer acusada de robo ó de incendio, el hombre de ciencia dirá que no cree responsable á esa mujer, porque está en el período menstrual, en cinta, ó recién parida. Esas mujeres no están locas, en efecto; pero están seguramente enfermas. El hombre tiene más resistencia á las influencias psíquicas y físicas, y construído para la lucha, no puede estar organizado como la mujer.

¿Qué conclusión puede deducirse de todo esto? ¿Debería haber dos clases de leyes? No, porque eso sería excesivo; pero con el progreso social, puede esperarse que á la mujer aprovechen los resultados de las investigaciones psíquico-biológicas actuales, debiendo ser juzgada como mujer.

PEDAGOGIA

El estudio del niño.—Arturo Macdonald, especialista del Negociado de Educación de los Estados Unidos, ha publicado un interesante trabajo, resultado de sus pacientes investigaciones y de sus experimentos con el algómetro, que puede estimarse como una especie de programa para los estudios psicofísicos del niño que todo maestro debiera realizar. Los datos que le sirven de punto de partida son los que expresa el siguiente formulario:

Número.—Nombre.—Fecha.—Año que cursa.—Sexo.

Fecha del nacimiento.—Edad en años y meses.—Color del cabello, de los ojos y de la piel. — ¿Es el primogénito, el segundo génito ó el último de sus hermanos?

Datos antropométricos. —Peso. — Capacidad pulmonar.— Profundidad y anchura del pecho.—Circunferencia del tórax. —Altura en pie y sentado. — Fuerza para levantar pesos.— Fuerza en los brazos, en el puño derecho, en el izquierdo, y total. — ¿Es zurdo? — Máximum de longitud y anchura de la cabeza.—Indice cefálico.—Distancia entre los arcos zigomáticos.—Entre los extremos externos de las órbitas.—Entre los ángulos de los ojos.—Longitud, anchura y altura de la nariz. —Indice nasal.—Longitud de cada oreja.—Longitud de cada mano.—Anchura de la boca.—Espesor de los labios.

Datos psico-fisiológicos.—Sensibilidad mínima para determinar el lugar tocado: muñeca derecha é izquierda.—Mínima sensibilidad para el calor: muñeca derecha é izquierda.—Mínima sensibilidad para el contacto en la piel.—Mínima sensibilidad para el dolor por presión en dos puntos.—Mínima sensibilidad al dolor por presión: músculo temporal derecho é izquierdo.—Mínima sensibilidad para el olfato: fosa nasal derecha é izquierda.—Mínima sensibilidad de los músculos sensibles al peso: mano derecha é izquierda. — Medida de los efectos: de fatiga, de emoción, de pulso, de respiración.

Datos sociológicos. — Nacionalidad del padre. — De la madre.—De los abuelos paternos.—De los maternos.—Ocupación y educación de los padres.

Habilidad para los estudios.—En Aritmética. — En Álgebra.—En Gramática.—En Dibujo.—En Geografía.— En Historia.— En Música.— En Lectura.— En Escritura.— En Alemán.— En Francés.— En Latín.— En Griego.— En Geometría.—En Física.—En otras ciencias.—En labores manuales. (Cuando se dude si el sujeto es inteligente ó torpe, póngase entre las medianías.)

Caracteres anormales ó patológicos.—Si es anormal, en qué

sentido.—Indomable.—Enfermizo.—Tartamudo.—Defectuoso en la vista.—En el oído.—En el paladar.—Asimetría de las orejas.—Asimetría cefálica.—Aberturas de los párpados.—Frontales.—Expresión.—Comparación de las manos.—Nutrición.—Pigmentación.—Raquitismo.—Epilepsia.—Defectos físicos.—Enfermedades.—Notas.

Las conclusiones más importantes á que han llegado los investigadores más notables en este género de trabajos, son las siguientes:

Crecimiento: El crecimiento máximo en altura y en peso se verifica en los niños dos años después que en las niñas (Bowdith).—Los primogénitos superan á sus hermanos en estatura y peso (Boas).—Los hombres sanos tienen un peso de 120 libras para una altura de 61 pulgadas, pasada la cual hay un exceso de 5 libras por cada pulgada más de altura (Lancaster).—La circunferencia del tórax aumenta constantemente con la altura y es, por regla general, la mitad de la longitud del cuerpo (Landsberger).—La circunferencia del tórax y la de la cabeza crecen paralelamente (Daffner).—Las dimensiones relativamente grandes de la cabeza de los niños en comparación con su cuerpo, se deben á que desde que nacen necesitan del cerebro y de los sentidos tanto como en la edad adulta (Weissenberg).—Los niños crecen con más regularidad que las niñas; pero el crecimiento de éstas en la edad escolar es mayor que el de aquéllos (Schmidt).—En las escuelas los músculos de las extremidades superiores crecen más que los de las inferiores, porque los niños están más tiempo sentados que de pie (Kotelmann).—La anchura de la cara crece proporcionalmente con más rapidez que la longitud y anchura de la cabeza (West).—Los niños nacidos en verano son más altos que los nacidos en invierno (Combe).—El crecimiento degenera á medida que descendemos en la escala social (Asoc. brit. para el Adelanto de las Ciencias).—Los niños de escasa inteligencia son más ágiles, y los niños precoces más torpes que los de mediana capacidad (Poster).—La vida de las ciudades hace

que la estatura de los niños sea menor de lo que debiera, después de los cinco años (Peckham).—Los niños ociosos son inferiores en peso, estatura y capacidad pulmonar á los del tipo general (Kline).

Vista.—La localización parece depender mucho más de la fusión que de la tensión motora de los ojos (Hyslop).—Los efectos de fatiga son más prolongados hacia los bordes de la retina que cerca del centro (Wahsburn).—Cuando está el ojo en su posición normal puede girar 42° hacia el exterior, 45° hacia el interior, 34° hacia arriba y 57° hacia abajo (Shnurman).—Cuando los objetos coloreados son muy pequeños y están sólo iluminados poco tiempo, el ojo normal se equivoca percibiéndolos rojos (Aubert).—Hay fundados motivos para creer que podemos obtener una reproducción en el ojo de una imagen mental (Dowpey).—El rojo y el amarillo son visibles á mayor distancia que el verde y el azul (Miss Tenner y Anderson).—El gusto por los colores crece generalmente con su intensidad (Cohn).—En visión indirecta los niños no pueden ver los colores tan lejos como los adultos (Luckey).—Los objetos móviles son generalmente menos bien percibidos que los fijos (Mac-Crea).

Oído.—A medida que la edad avanza, las notas agudas se perciben menos (Galton).—Las pulsaciones son percibidas con mayor precisión por el oído que por los demás órganos de los sentidos (Höring).—El elemento auditivo en la lectura es un factor mucho más persistente que en la articulación (Secor).

Memoria.—En los jóvenes una imagen conservada por la memoria es más pequeña que el objeto á que corresponde, mientras que en los adultos puede suceder lo contrario (Wolfe).—Las imágenes retenidas por la memoria tienden á aumentar de magnitud á medida que el intervalo de tiempo aumenta (Warren y Shaw).—Las imágenes retenidas por la memoria se reproducen mejor á los cinco minutos que á un solo minuto de distancia (Bentley).—Un asunto que se fija en la memoria por medio del oído es retenido con menos dificultad que otro á cuyo conocimiento se llega por medio de la vis-

ta (Withehead).—Las sentencias son retenidas en razón inversa de su extensión y del número de frases no esenciales que contienen (Shaw).—La precisión de la memoria aumenta si durante un intervalo la atención se distrae de la cosa para recordar otra (Zwetan Radoslawow-Hadji-Denkow).

Tacto.—La piel de las articulaciones es la más sensible del cuerpo; en la espalda se sienten los contactos con más precisión que en la parte anterior del cuerpo, y en el lado derecho se localizan mejor que en el izquierdo (Bolton y Krohn).—La sensibilidad para el frío es generalmente mayor que para el calor, y la de la mano izquierda mayor que la de la derecha (Soldscheider).—Los miembros dormidos sienten el calor y no el frío (Herzen).—Dos puntas que toquen á la piel separadamente se sienten más apartadas que cuando se mueven juntas á lo largo de la piel (Fechner).—El dolor necesario para producir un estado de conciencia relativa crece con el área de estímulo, pero mucho más lentamente que en proporción directa (Griffing).—En la percepción de la forma por medio de la piel, la punta de la lengua ocupa el primer lugar, viniendo después la extremidad de los dedos y los labios (Mayor).

Gusto y olfato. — Lo dulce es percibido mejor en la extremidad de la lengua, lo desabrido en los bordes, lo amargo en la base, lo ácido por igual en la punta y en los bordes, pero menos en la base (Kiesow).— Las substancias percibidas con mayor rapidez son las salinas (á las 0,17 de segundo), viniendo después las dulces, las ácidas y las amargas (Vintschgau). —Los cuerpos olorosos disminuyen la respiración (Gourewitsch).

Movimiento.—La concentración del pensamiento en un movimiento que empieza á ejecutarse, lo facilita y activa; en un movimiento practicado ya muchas veces, lo dificulta, lo dilata (Baldwin).—Los niños superan generalmente á las niñas en habilidad motora, sucediendo lo contrario en habilidad mental (Bagley).

Atención.—La constancia de la atención crece: 1.° Con el

esfuerzo de acomodación de los órganos especiales de los sentidos. 2.° Con el esfuerzo de coordinación de los músculos. 3.° Con el esfuerzo de la memoria. 4.° Con el número de actividades simultáneas (Welch).—En la atención perceptiva hay aumento general en la rapidez de la respiración, aumento característico de la actividad mental perfecta (Mac-Dougal).

Volición.—Las imágenes mentales por sí mismas constituyen los motivos de nuestro obrar (Lay).—La sensibilidad positiva parece indicar que la función ejercida está sostenida por una buena suma de energía nerviosa, y la negativa, viceversa (Hylan).

Estímulo y sensación. — La intensidad de la sensación es exactamente proporcional á la duración del estímulo, siempre que el tiempo sea menor que el necesario para producir el efecto máximo (Lough).—El límite de estímulo necesario para producir la modificación mínima del estado de conciencia por medio de la presión, es, por término medio, de dos miligramos en la frente, las sienes y parte posterior del antebrazo, cinco miligramos en la nariz y en la barba, y 15 miligramos en los dedos (Scripture). — El tiempo mínimo que necesita obrar el estímulo para producir una sensación es de cerca de cinco segundos para una presión de 150 gramos (Spindler).

Sentido moral.—Los niños pequeños piensan en el resultado de sus acciones; los más grandes piensan más en el motivo que les impele á obrar (Shallenberger). — A medida que los niños crecen, tienen mejor idea de su propio valer; se someten peor al castigo, pero comprenden mejor su responsabilidad (Frear).

Lectura y escritura. — En la lectura, las dimensiones del tipo de letra forman la condición más importante de la fatiga visual, y no debe emplearse un tipo de menos de 1,50 milímetros de alto (once puntos) (Griffing y Franz). — Los que leen con rapidez hacen su trabajo mejor y en menos tiempo, reteniendo más la substancia de lo leído (Quand).— Para la legibilidad de las minúsculas, se prestan mejor la *w, m, q, p, v, y,*

j y *l;* son claras la *h, r, d, g, k, b, x, l, n* y *u,* y difíciles la *a, t, i, z, o, c, s* y *e* (Sanford).

Sonrojo y miedo.—El sonrojo viene de la timidez y el miedo, es forzado y morboso, crece en la pubertad y es mayor en las mujeres que en los hombres (Partridge).—En los muchachos el miedo crece de los siete á los quince años, disminuyendo después; en las niñas, de los cuatro á los diez y ocho (Hall).

Estimación.—En la estimación de las medidas, los hombres son más exactos que las mujeres (Bolton).—Los niños de corta edad se engañan menos al estimar el peso y la extensión que al estimar el tiempo (Franz y Houston).

Fernando Araujo.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Magnetismo e ipnotismo, per il *Dott. Giulio Belfiore.*—Ulrico Hoepli, editore. Milano, 1898.—Un volumen de VIII-377 págs., 3,50 liras.

Pertenece este libro á la serie, ya larga, de *Manuales* que viene publicando la casa editorial de Ulrico Hoepli, de Milán, donde los hay de gran valor científico y muy bien hechos.

El de Belfiore, acerca del magnetismo animal y del hipnotismo, es uno de los que mejor sirven para el fin que la mentada biblioteca persigue, y que no es otro sino el de difundir y vulgarizar la ciencia.

Con claridad, sencillez y orden, expone el autor, en sustancioso resumen, toda la doctrina pertinente á los fenómenos hipnóticos, á lo menos, todo lo que hoy se sabe tocante á los mismos. Da, en primer término, algunas noticias históricas sobre el asunto, á partir de la antigüedad; habla después particularmente de Mesmer y el magnetismo animal, de Braid y su descubrimiento del hipnotismo; y á seguida define qué sea éste; muestra cuáles son los sujetos más susceptibles de ser hipnotizados; reseña los diferentes métodos que suelen emplearse para provocar el sueño hipnótico; trata de las condiciones necesarias para poderlo producir, del auto hipnotismo, de las varias hipótesis formuladas para explicar el hipnotismo, del hipnotismo en los animales, de los efectos que el hipnotismo produce en los sujetos hipnotizados, así en su sensibilidad general como en la específica de cada sentido, en la memoria, en la inteligencia, en la emotividad, etc.; de la simulación hipnótica y medios para reconocerla; de la fascinación entre los antiguos y en nuestros días; de los estados análogos á la fascinación; de las sugestiones hechas en el estado cataléptico y en el sonambulismo, ya intrahipnóticas, ya posthipnóticas; de la resistencia del hipnotizado á las sugestiones; de las sugestiones en el estado de vigilia; de la sugestión men-

tal; del mecanismo y de la duración de las sugestiones; de las analogías y diferencias entre el sueño fisiológico y el provocado; del estado de la conciencia, la voluntad y los impulsos en el hipnotizado; de los estados afines al magnetismo animal; de los daños que puede originar el hipnotismo y de la consiguiente prohibición de su empleo; de las aplicaciones terapéuticas y pedagógicas del hipnotismo, y de las cuestiones médico-legales que el empleo del hipnotismo puede originar.

Hoy por hoy no existe, quizá, ninguna otra obra que condense tan bien como esta de Belfiore lo más saliente y aprovechable de los resultados obtenidos por los investigadores de la fenomenología hipnótica.

P. Dorado.

Nel paese della camorra, per *A. De Blasio*, con prefazione di *G. Sergi.*—Napoli, 1901.—Un volumen de x-220 págs., 2 liras.

Los estudios sobre la *mala vida*, fuente copiosa de criminalidad, están á la orden del día. En pocos años son muchos los trabajos dados á luz en todas partes acerca del asunto. El mismo autor del libro *Nel paese della camorra* ha publicado ya antes otro referente al particular. Se titula del siguiente modo: *Usi e costumi dei camorristi*, y de él publiqué yo mismo, á su debido tiempo, la correspondiente nota bibliográfica.

De los centros de la mala vida, Nápoles es uno de los más famosos, á causa de su organización de gentes de mal vivir, llamada *Camorra*, cuyo origen quieren algunos atribuir precisamente al influjo de la dominación española en dicha región. Y una de las personas que han hecho predilecto objeto de sus investigaciones esta plaga, más que local, nacional, y aun general (por efecto de las ramificaciones, de las influencias imitativas y de otras análogas), ha sido el Dr. De Blasio, fundador y director del Centro antropométrico de la cuestura de Nápoles.

En esta ciudad ha existido desde hace siglos un barrio especial de prostitutas, el cual, aunque ha sido designado con diferentes nombres, se conoce más general y popularmente con el de *Imbrecciata*. De Blasio, con el auxilio de documentos inéditos recogidos por él mismo en los archivos napolitanos, y merced á sus visitas de estudioso á la propia *Imbrecciata*, sus conversaciones con las prostitutas y demás gentes de la mala vida, y las noticias é informes que le han dado los funcionarios de policía, traza una historia del nacimiento y de las vicisitudes de la *Imbrecciata*, y además describe todo lo más interesante de aquella vida en los momentos presentes.

Los amantes de la antropología criminal encontrarán muchos datos aprovechables en el libro del Dr. De Blasio; libro, por lo demás, muy bien presentado y cuidado bajo el aspecto tipográfico, é ilustrado con grabados.

P. Dorado.

Instituciones industriales, por Herberto Spencer, traducción de Leopoldo Palacios.—Un volumen.—La España Moderna. Madrid, 1901.—196 páginas.—Su precio, 4 pesetas.

Forma parte este libro, correctamente traducido al español por el Sr. Palacios, del sistema de *Filosofía Sintética*, la obra enciclopédica de Spencer, que apenas se concibe, por lo complejo de su estructura, lo rico de su erudición y lo amplio de sus desenvolvimientos, como obra de un hombre solo. Dentro de la Filosofía sintética, que comprende una Biología, una Psicología, una Sociología y una Ética, las *Instituciones Profesionales* corresponden á la Sociología y vienen á completar la importantísima serie de las Instituciones sociales, domésticas, políticas, ceremoniales, eclesiásticas, etc., etc.

Naturalmente, no voy á hacer aquí la crítica del libro de Spencer. Es como todos los suyos, está construído según los mismos procedimientos y respondiendo al criterio general evo-

lucionista á que responde la concepción sociológica, más aún, general, del insigne filósofo.

En el volumen, ahora traducido al español, se contienen los siguientes capítulos: las profesiones en general, el médico y el cirujano, el bailarín y el músico, el orador y el poeta, el actor y el autor dramático, el biógrafo, el historiador y el hombre de letras, el científico y el filósofo, el juez y el abogado, el profesor, el arquitecto, el escultor, el pintor, la evolución de las profesiones.

A. Posada.

Curso de Economía Política, por Félix Martín y Herrera.—Tomo I. Buenos Aires, 1900.—Un volumen de 447 páginas.

El Sr. Martín y Herrera es profesor de Economía política en la Facultad de Derecho y Ciencias sociales de la Universidad de Buenos Aires, en la República Argentina. El tomo primero de la obra de que vamos á decir breves palabras, contiene gran parte del resumen de la enseñanza universitaria de la ciencia económica que dicho señor viene dando en su cátedra: su objeto, según el mismo autor nos indica, es facilitar el estudio de la Economía política. Tiene, pues, la obra el carácter de un manual ó libro de texto, hecho con el deseo plausible de ofrecer una sistematización de la materia, apoyándose, claro es, en las investigaciones de los grandes economistas de los diferentes países, y á la vez en la observación y estudio de los fenómenos sociales del país propio.

Bástale al lector echar una ojeada por el libro del señor Martín y Herrera, para ver que se trata de un hombre que sigue con cuidado el movimiento, rico y complejo en extremo, de la Ciencia económica. En este respecto, la obra del distinguido profesor argentino es bastante completa.

Desde otro punto de vista, el libro del Sr. M. nos parece un trabajo hecho con espíritu científico, muy bien ordenado y muy nutrido de doctrinas.

El plan que desarrolla es muy sistemático, aunque pudiera ser objeto de alguna discusión, como puede serlo también la noción ó concepto que nos da de la Economía política. No aparece en efecto, en mi sentir, tan claramente determinada como fuera de desear la Economía, como Economía general, independientemente de su carácter social y político, como propiedad humana, que luego se determina en tan varias esferas, en tantas como son las en que se manifiesta la actividad del hombre: el ser económico por excelencia.

Pero dejando esto y volviendo á lo que más puede interesar al lector de estas notas, al plan, se desarrolla del modo siguiente:

Inicia su exposición el Sr. M. muy lógicamente, con la Introducción, que comprende tres de los capítulos necesarios en toda Introducción, en cuanto abarcan cuestiones de las que es preciso ventilar cuando de ordenar el estudio *social* de una ciencia se trata. Son estos capítulos referentes: el primero, al concepto de la ciencia económica; el segundo, á sus relaciones, métodos y escuelas; y el tercero, á las nociones fundamentales y á la nomenclatura.

Del *cuerpo* propio de la ciencia económica, se comprende en este volumen dos partes principalísimas de la Economía: la *producción* y el *consumo*. La doctrina de la producción abarca primeramente el análisis de la misma, luego sus elementos — la naturaleza, el trabajo, el capital y, por fin, las industrias,—industria extractiva, agrícola, fabril, transformadora y comercial. La doctrina del consumo abarca en este volumen: primero, una teoría del mismo, y á continuación el estudio de la previsión — ahorro, seguro, asistencia—y el de la población; teoría de Malthus, movimiento de la población, inmigración, etc.

A. Posada.

INDICE

	Págs.
Su Majestad (novela), tercera parte, por Luis Couperus	5
Poetas americanos: Epitalamio, por Julio Calcaño	71
El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo, por P. Dorado	74
Historia del algodón, por Joaquín Olmedilla y Puig	91
Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos, por Rafael Mitjana	107
La literatura francesa contemporánea, por Emilia Pardo Bazán	125
Lecturas americanas, por Hispanus	150
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	173
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	182
Notas bibliográficas, por P. Dorado y A. Posada	203

España moderna

AÑO 13. NUM. 156

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

DICIEMBRE, 1901

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

SU MAJESTAD

NOVELA

(CONTINUACIÓN)

VII

Lipara, Palacio Imperial, Septiembre de 18...

A Su Alteza Imperial Othomar, Duque de Xara, en Osborne-Housewight.

«Queridísimo hijo:

»Hemos recibido con gran satisfacción tu carta, en la que nos manifiestas el afectuoso recibimiento que te han hecho en Copenhague antes y en Inglaterra ahora. Debemos, no obstante, expresarte nuestro asombro á propósito de lo que nos ha escrito tu tía Olga referente á nuestros deseos; el Emperador de Austria y el Archiduque Alberto se han disgustado algo, y así nos lo han manifestado en sus cartas. Sin duda yo no insistí bastante con tu tía Olga; pues no puedo explicarme de otra manera cómo no ha mostrado más empeño en que celebrases una conferencia con la Archiduquesa Valeria para hablar del serio asunto que tanto nos afecta. De esta suerte, hubieras podido comunicar *confidencialmente* tu proyecto á las cortes que estás visitando, y tu casamiento hubiera podido celebrarse en Sigismundingen al fin de tu viaje, mientras que ahora te has encontrado cerca de nuestros amigos Sus Majestades de Dinamarca é Inglaterra en una situación falsa. Porque ya se habla en todos los periódicos de tu enlace con la Ar-

chiduquesa Valeria, y la prensa discute públicamente las ventajas y los inconvenientes de la boda. Tu viaje hubiera podido celebrarse luego de la misma manera, puesto que ya estaba anunciado hacía mucho tiempo (tu enfermedad fue causa de que se aplazara), pero ahora se reduce á una visita de cortesía respecto de nuestros amigos.

»Repito que me ha disgustado el que no accedieses desde luego á mis deseos. Veo en tu acto tendencias á un sentimentalismo burgués, Othomar, que espero has de combatir con todas tus fuerzas. Un desengaño como el que tu futura esposa, ha experimentado con el Príncipe von Lohe-Obkowitz lo hemos sufrido todos en la vida una vez ú otra; y cierto es que la cosa puede contristar por algunos días, pero se trata de un sentimiento absolutamente personal é íntimo que no puede, *en manera alguna,* influir en asuntos de tan alto interés político como el matrimonio de un futuro Emperador de Liparia. La Archiduquesa Valeria llegará con los años á considerar las cosas de este modo, y espero que no tardará en convencerse de que su inclinación hacia el Príncipe von Lohe no hubiera podido hacerla nunca dichosa, porque desagradaba á su tío el Emperador y á todos sus demás parientes.

»Domínate, Othomar; te lo ruego encarecidamente. Tienes á veces ideas y sentimientos que no son los de un Príncipe. Lo tengo observado en varias ocasiones, principalmente cuando visitaste á Zanti, en Vaza. No he querido reprenderte, porque en lo demás estaba satisfechísimo de ti. Mi mayor deseo es conservar siempre esos mismos sentimientos.

»Espero, pues, que dentro de tres semanas te hallarás en Sigismundingen, en donde Valeria se hallará de regreso de Altseeborgen para encontrarse contigo, y en donde yo también me veré con el Emperador de Austria.

»Celebro de todo corazón que tu largo viaje con Herman te haya probado bien, y que tu matrimonio pueda celebrarse en Altara *á la mayor brevedad posible.* Esta grata idea es para mí un consuelo en medio de los disgustos que me proporciona

la obstinada oposición que presenta la Cámara de los Estados á los proyectos de armamentos militares, pero oposición que hemos de vencer, pues existe la necesidad imperiosa de aumentar nuestro ejército.

»Te abraza de todo corazón tu padre

»OSCAR.»

VIII

Había terminado la comida de gala en el castillo de Sigismundingen, en donde las familias imperiales de Liparia y Austria se habían reunido para celebrar la toma de dichos del Duque de Xara con la Archiduquesa Valeria. Era el mes de Septiembre; el día había sido sofocante y el aire no había refrescado con la noche.

Los convidados se levantaban en aquel momento de la mesa, y la comitiva de los egregios personajes se dirigía por una galería á los salones de recepción. Todos los balcones de la galería, brillantemente iluminada, estaban abiertos, y desde ellos veíase el Danubio, que se precipitaba con ruido de catarata: los innumerables torreones del castillo se erguían en el espacio. Las montañas dibujaban los violados contornos de sus cumbres en un cielo de tonos más claros, que semejaban el esplendor de la luz eléctrica, algo como si por el aire cruzasen relámpagos sin truenos. El bosque, sombrío, proyectaba en las colinas la negruzca masa de los abetos; en la llanura brillaban aquí y allí las luces de las casas perdidas entre el crepúsculo de la tarde, como una aldea desparramada.

El Emperador de Liparia ofreció el brazo á la madre de la novia, la Archiduquesa Eudosia; seguían después el Emperador de Austria y la Emperatriz de Liparia, el Archiduque Alberto y la Emperatriz de Austria, Othomar y Valeria.

De pronto, Valeria estrechó el brazo de Othomar y se detuvo.

—¡Hacía tanto calor en el comedor!—dijo á la hermana de Othomar, la gran Duquesa de Corintio, que venía del brazo de uno de sus primos austriacos.—Perdona—añadió Valeria; y con su sonrisa invitaba á la gran Duquesa á que pasara adelante. Siguieron en pos de ésta los demás invitados, Príncipes, funcionarios, damas de honor, los cuales sonrieron á los imperiales novios, que les dejaban pasar retirados en el vano de una puerta.

Permanecieron solos en la galería, de pie, ante una ventana abierta.

—Necesito aire—dijo Valeria dando un gran suspiro.

Othomar no replicó, y ambos permanecieron silenciosos contemplando el nocturno paisaje. El Príncipe llevaba el uniforme del regimiento de hulanos que mandaba en Austria, y una nueva condecoración brillaba en su pecho al lado de las otras: la orden del Toisón de Oro austriaco. Ella parecía tener algunos años más; vestía un traje de corte, de seda color de rosa, con anchas mangas, y su cola y escote iban adornados con plumas.

—¿Quieres que te deje sola, Valeria? — preguntó Othomar dulcemente.

La joven le hizo un signo negativo acompañado de una triste sonrisa. Henchía su pecho una invencible emoción.

—¿Por qué?—replicó.—Bastante sola estoy con mis pensamientos, por la noche. Déjame sola con ellos lo menos posible.

Después le tendió la mano, y añadió con un profundo sollozo:

—¿Perdonas á tu futura Emperatriz su destrozado corazón?

Y su rostro pálido, desmejorado, se volvió hacia él con mirada suplicante. Othomar sintió hacia ella un irresistible impulso de simpatía; la estrechó la mano y volvió la cara para no llorar. Miró hacia fuera. Sombrías, románticas se alzaban en el aire que brillaba cargado de electricidad, las cúpulas de

algunas torres visibles á lo lejos. Al pie, romántico también, murmuraba el Danubio. Las montañas aparecían como en el paisaje de una balada. Y sin embargo, en el corazón de los jóvenes no resonaban baladas ni poesías. La prosa de la necesidad, de lo inevitable, era la única armonía que les embargaba. Pero aquella armonía les ligaba, les acercaba el uno al otro, hacía que pudieran comprenderse, confundía sus sentimientos y sus vidas. Solos allí, con lealtad, sus miradas escrutaban la profundidad de sus almas. No era necesario el disimulo, veían su dolor recíproco, sentían las palpitaciones de sus angustiados corazones.

No veían la desesperación de una pasión avasalladora, pero sí un dolor mudo, silencioso. Lo veían con sus ojos abiertos, angustiados, como los de los niños cuando creen ver fantasmas. También ellos eran sombras, aun cuando pudieran palparse, sombras con cuerpos. ¿Quiénes eran? Seres fantásticos que llevaban coronas; en aras de esas coronas, andaban, saludaban, se movían, sonreían, como podían hacerlo en sueños. No existían; tenían en su mente una vaga idea, como en sueños también, de que podía existir en las leyes de la Naturaleza algo distinto de lo que sucedía en las que regulaban la esfera de su existencia; pero en esta esfera, en la suya, no existían.

Othomar se puso á hojear maquinalmente algunas revistas ilustradas que estaban en una mesita colocada entre dos ventanas. Abrió una para romper aquel triste silencio. Lo primero que vió fueron los retratos de ambos.

—¡Mira!—dijo.

Y le mostró la revista. La hojearon juntos y vieron también los retratos de sus padres, una vista del castillo y un ángulo del parque de Sigismundingen. Después leyeron ambos lo que á propósito de su boda decía la revista. Empezaba haciendo una descripción de cada uno de los novios, cuyas virtudes exaltaba; él, un Príncipe de gran talento, que hacía mucho bien, sumamente popular en su país, y muy querido

del Emperador de Austria; ella, una verdadera Princesa en alma y cuerpo, nacida para ser Emperatriz de un gran Estado, y dotada también de un gran ingenio. En aquel momento, toda Europa tenía puesta la vista en ellos; porque su matrimonio no era solamente una alianza real de interés político, sino también una unión de íntima armonía; su matrimonio era un matrimonio por amor. Quien dijera lo contrario, carecía de razón para afirmarlo. Los Príncipes se habían conocido en Gothlandia, en la intimidad de la familia en Altseeborgen. Su amor era un idilio junto al mar, y se parecía á una novela de satisfactorio desenlace. Se recordaba el acto del Duque de Xara al aventurarse un día de tempestad en una canoa para salvar la vida á la Archiduquesa. El Emperador Oscar hubiera preferido como Princesa heredera de Liparia á la Princesa Xenia, porque le agradaba una alianza con Rusia; pero había cedido ante el amor de su hijo... El artículo terminaba diciendo que la boda se celebraría en Octubre, en el antiguo palacio de Altara.

Lo leyeron juntos con triste expresión, con ojos que se resentían aún de la exploración que hicieran en sus respectivas almas.

No se les ocurrió observación alguna después de la lectura. Sonrieron con amarga sonrisa, y Othomar dejó caer la revista. Entonces Valeria le preguntó con la tranquilidad que mostraban en su deseo de conocerse:

—¿Amas tú á alguien, Othomar!

El Príncipe se ruborizó. ¿Sabía ella algo de lo concerniente á Aleja?

—He creído... haber amado á alguien—respondió; — pero ahora pienso que tal vez no fue un verdadero amor. Sospecho que no poseo los elementos necesarios para entregar á un alma toda la mía; jamás sabría hallar esa alma única, y tendría miedo de engañarme, de hacerme ilusiones... No, no creo que llegue á conocer jamás ese exclusivo sentimiento. Más bien me siento inclinado á una simpatía amplia, grande,

universal, una inmensa compasión hacia nuestro pueblo. Tal vez esto es algo extraño en mí...

Pronunció estas palabras con timidez casi, como si aquella simpatía universal tuviese algo de anormal, de que debería avergonzarse delante de ella.

—Un gran amor—añadió haciendo el ademán de abrir los brazos, mientras ella le miraba en silencio,—un gran amor por nuestro pueblo.

—¿Tú experimentas eso?—preguntó ella como vacilando.

—Sí...

Entonces se presentó ante ella una nueva perspectiva, algo como si un horizonte de luz brillase en el confín de su negra tristeza; pero estaba el horizonte tan lejano, tan lejano...

—Othomar—dijo,—pensar así es muy bueno y muy hermoso.

El Príncipe se encogió de hombros.

—¡Hermoso! ¿Cómo lo entiendes tú? Yo pienso también en la causa de toda la miseria que se extiende... sobre nuestro pueblo, el pueblo bajo, el más humilde sobre todo. Si todos fuesen felices y vivieran en la abundancia, no experimentaría este pensamiento. ¿Por qué lo encuentras tú hermoso?

Ella sonrió.

—No puedo explicarlo. Es muy superior á mí. No he reflexionado nunca acerca de las cuestiones sociales; las cosas han sido siempre así, y..., no he reflexionado. Pero no obstante, con mi instinto de mujer comprendo que es hermoso lo que piensas, Othomar.

Este la estrechó una mano. Su rostro se iluminó con una sonrisa.

Ella miró pensativa el sombrío paisaje que se extendía ante su vista y se estremeció.

—Ha refrescado el aire—dijo Othomar.—Entremos, Valeria; vas á enfriarte.

Ella se llevó la mano á la desnuda garganta y respondió:

—En seguida.

Miró al murmurador Danubio. La niebla que se elevaba del río se extendía por el valle como una ligera gasa.

—Vamos—dijo Othomar insistiendo.

—Mira—replicó Valeria,—es profundo, ¿no es verdad?

Othomar miró hacia abajo.

—Sí—respondió.

—¿No sientes el vértigo?—preguntó ella.

El Príncipe la miró con ansiedad.

—No; por lo menos en este momento.

—Othomar—dijo ella en voz baja,—toda una noche he estado asomada aquí. Miraba hacia abajo. Reinaba más obscuridad que ahora; yo no veía más que la noche, y el murmullo del río escuchábase constante en la negra obscuridad. Era la noche en que se decidió nuestra boda. Experimentaba un dolor inmenso, ¡he sufrido tanto! Creía haberme vencido, pero no me dejaban un instante de reposo, y apenas había triunfado, veíame obligada á luchar de nuevo. ¡Estaba tan próxima á mi dolor la idea de que había de ser tu mujer! Me sentía sumamente débil, estaba abrumada; pero no me dejaban descansar. ¡Oh! Han sido crueles conmigo, no me han dejado un instante de respiro. ¡Adelante! ¡siempre adelante! Llegué á sentirme tan débil, que pensé no podría vencer mi debilidad. Aquí he pasado sentada muchas horas mirando el Danubio. Me daba el vértigo... Se me ocurrió tomar una resolución, y lanzarme allí... veíame arrastrada por la corriente, cada vez más, hacia abajo, en torno del Castillo. ¿Por qué no lo he hecho? Por él, Othomar... así lo creo. Le amaba todavía, le amo aún, á pesar de lo indigno que esto sea... No quise castigarle con mi suicidio. Es tan débil, le conozco, que mi muerte le hubiera atormentado toda la vida como un remordimiento. Entonces, entonces, Othomar, me alejé y recé... Ya no sabía lo que hacer.

Se ocultó el rostro entre las manos sollozando. Tenía los ojos llenos de lágrimas; Othomar vió cómo temblaba, y diri-

gió una mirada rápida y angustiosa á la corriente que allí abajo continuaba murmurando como si llamase...

—¡Valeria!—exclamó con terror,—te suplico por Dios que entremos; hace demasiado frío aquí, y... y...

Ella le miró con angustia, con mirada extraviada.

—Sí; vámonos, Othomar—murmuró.—Tengo miedo en este sitio; es de familia; tenemos aún mucha influencia romántica en las venas...

Se apoyó en el brazo de Othomar y echaron á andar. Pero antes de pasar el umbral de la antecámara que conducía á los salones, se detuvo un momento.

—No sé si nos volveremos á ver solos antes de tu regreso á Lipara. Y tengo que darte gracias aún por algo...

—¿Por qué?—preguntó él.

—Por... algo que me ha dicho tía Olga. Porque... respetaste mi dolor en Altseeborgen. Te lo agradezco, Othomar...

Y rodeándole el cuello con un brazo le dió un beso...

Othomar la besó también.

Y de esta manera cambiaron su primer beso.

IX

Al día siguiente, la familia imperial de Liparia regresó de Sigismundingen á Lipara. El recibimiento en la estación fue entusiástico; la ciudad estaba engalanada, y por la noche hubo festejos populares. Los oficiales de los distintos cuerpos del ejército ofrecieron banquetes al Príncipe heredero, en celebración de su próximo enlace. Los retratos de la Archiduquesa Valeria estaban en todos los escaparates, los periódicos publicaban entusiastas artículos.

Horas antes de la comida que los Oficiales de la guardia del trono ofrecían á su Príncipe y Coronel, Othomar experimentó una sensación extraña. Estando en su gabinete sufrió una especie de vértigo, y tuvo que sentarse.

El aturdimiento fue ligero, pero duró mucho; por mucho tiempo le pareció que la habitación quería dar vueltas en torno suyo, pero sin conseguirlo; y la lucha de aquellos muebles inanimados le ocasionaba una sensación penosa. Othómar tenía una mano extendida sobre una pierna, y la otra en el cuello de su perro, que había apoyado la cabeza en las rodillas de su amo. Éste se inclinó hacia adelante, pero permaneció sentado.

Cuando le pasó el vértigo, le quedó en la cabeza una extraña sensación de ligereza, como si se hubiese despojado de algo. Instintivamente se echó hacia atrás; el perro, medio adormecido, con los ojos entornados, se durmió de nuevo con la cabeza en las rodillas de Othomar, el cual experimentaba una invencible pesadez en todos los miembros. Sin comprender á lo que podía obedecer la sensación aquella, miró el reloj sin incorporarse, para no volver á experimentar el vértigo, y vió que faltaba aún hora y media para la comida. Este pensamiento le tranquilizó y continuó sentado sin moverse, pensando si conseguiría librarse de la postración en que se encontraba.

Pero su postración continuaba, y se prolongaba tanto, que era dudoso que le abandonase. Transcurridos tres cuartos de hora, oprimió el botón de un timbre, que estaba colocado en una mesita próxima. Andrés entró.

—Andrés — comenzó á decir,— pero se interrumpió en seguida.

—¿Desea vestirse Vuestra Alteza? Todo está dispuesto.

Othomar continuó acariciando la cabeza del perro, que seguía adormecido sobre las rodillas de su amo.

—¿No se encuentra bien Vuestra Alteza?

—Estoy un poco mareado, Andrés, pero ya se me va pasando.

—Quizá Vuestra Alteza no hará bien en salir. ¿Llamaré al Príncipe Dutri?

Othomar hizo un signo negativo y se levantó.

—No, es demasiado tarde, Andrés. Vamos, ayúdame...

Y entró en su cuarto de vestir.

Asistió á la comida, pero excusándose con sus Oficiales de su postración harto visible. A los brindis respondió únicamente levantando su copa con una sonrisa. A todos llamó la atención el mal aspecto del Príncipe: demacrado, con los ojos hundidos, blanco como la cera, con su uniforme blanco y oro.

Una vez terminada la comida, regresó inmediatamente á palacio, sin acompañar á sus compañeros de mesa al Sport-Club imperial, el Círculo de la juventud dorada.

Durmió con sueño pesado. Sufrió toda la noche vagas pesadillas; el hombre que había querido asesinarle en Vaza, le amenazaba aún con los puños cerrados; veíase después en el mar de Gothlandia, conduciendo á Valeria hacia la orilla á fuerza de remos; pero por más que remaba, las tres torres del castillo permanecían constantemente alejadas, inaccesibles. Cuando se despertó, eran ya las ocho. Comprendió que era demasiado tarde para su acostumbrado paseo matinal, y llamó á Andrés.

—¿Por qué no me has llamado á las siete?

—Dormía tan bien Vuestra Alteza que no me he atrevido. Vuestra Alteza no se encontraba bueno.

—¿Y por eso me has dejado dormir? Está bien. Haz que digan á Su Majestad que no me encuentro bueno.

El ayuda de cámara le miró con inquietud.

—¿Qué siente Vuestra Alteza?

—No lo sé, Andrés; un poco de cansancio.

—¿Dónde está Djalo?

—Aquí, señor.

El perro entró alegremente, y puso sus manazas en la cama, meneando la cola; después se echó á los pies de la cama.

La Emperatriz contestó que vendría en seguida, pues todavía no estaba levantada... Othomar se quedó esperándola en la cama, con las pupilas fijas.

La Emperatriz llegó bastante inquieta. Le interrogó, pero las respuestas del Príncipe, vagas, cariñosas, no decían nada.

Su madre le tocó la frente, le tomó el pulso; pero se quedó en la duda de si tenía fiebre. Sin embargo, tuvo miedo, pues había casos de fiebres tifoideas... Los médicos, llegados poco después, la tranquilizaron; no tenía fiebre.

El Príncipe experimentaba un cansancio general, originado seguramente por las últimas emociones. Debía descansar.

El Emperador se mostró muy sorprendido; el Príncipe había descansado en su larga estancia en Altseeborgen. ¿De qué podía provenir aquel cansancio?

Cundió la noticia por el palacio, por la ciudad, por la nación, por Europa, de que el Duque de Xara no salía de sus habitaciones á causa de una ligera indisposición. Los médicos suscribieron un boletín tranquilizador.

Por la tarde Othomar se levantó, se vistió él mismo, con un traje de paisano, y se dirigió á las habitaciones de la Princesa Thera, la cual estaba pintando, acompañada por una dama de honor, la joven Marquesa de Ezzera.

La Princesa se sorprendió al ver á su hermano.

—¿Tú aquí? Creía que te habías quedado en la cama.

—No, estoy algo mejor.

Saludó á la Marquesa, que se había levantado, inclinándose.

—¿Estás dispuesta á continuar mi retrato?— preguntó Othomar.

Thera le miró.

—¡Estás tan pálido, que será mejor dejarlo! El servir de modelo cansa mucho, ¿no es verdad?

—Sí, un poco, algunas veces...

Se dirigieron á ver el retrato; la Marquesa se había retirado, como acostumbraba á hacerlo cuando los dos hermanos estaban juntos. El cuadro estaba cubierto con una gasa que quitó Thera. Aparecía ya una cabeza joven llena de expresión, en que la vida comenzaba á aparecer en los ojos negros y tristes; el retrato era de una factura suelta y enérgica, con un reflejo potente de luz exterior que caía en una parte del rostro, haciéndose destacar de obscuro fondo.

—Está casi concluído—dijo Othomar.

—Sí; pero me haces esperar mucho para las últimas pinceladas: como comprenderás, no he podido hacer nada en tus cuatro meses de ausencia. Y además has cambiado mucho. No puedo dejar el retrato tal como está. Ya no se te parece.

—Volverá á estar parecido cuando me encuentre mejor—dijo Othomar.

Pero la Princesa se había puesto algo nerviosa y volvió á cubrir el cuadro con la gasa.

Othomar no asistió á la comida y se acostó muy temprano.

A la mañana siguiente los médicos le encontraron nuevamente abatido. Se había levantado, pero se limitó á encapillarse una bata, y se sentó en una butaca en su gabinete con el perro á los pies. Se quejaba con la Emperatriz de una extraña sensación en la cabeza, como si ésta se abriese y se vaciara.

Cuando entró á verle el Emperador, Othomar se excusó de su indisposición con una sonrisa indiferente.

Este estado duró muchos días: un abatimiento completo, una falta absoluta de apetito, una visible postración...

La Emperatriz permanecía sentada al lado de su hijo, el cual, en una butaca junto á las ventanas abiertas, miraba la frondosidad del parque de plátanos.

Los pájaros cantaban; de vez en cuando se oía el agudo timbre de la voz de Berengario que jugaba con sus amiguitos. La Emperatriz leía en alta voz, pero esto molestaba á Othomar; le daba dolor de cabeza...

Tras una larga conferencia habida entre los tres médicos, el Emperador y la Emperatriz, fue llamado en consulta el Dr. Barzia, que residía en Altara. El doctor era una especialidad europea para las enfermedades nerviosas. En las habitaciones del Emperador, éste, la Emperatriz y el Conde de Myxila esperaron el resultado del examen y de la consulta. La espera duró largo rato, y los tres personajes permanecie-

ron silenciosos. La Emperatriz estaba sentada y miraba ante sí con su expresión fría y tranquila; el Emperador, agitado, iba de un lado para otro. El anciano Canciller del Imperio, con su rostro severo, altivo, y la cabeza calva, permanecía en pie mirando por la ventana.

Por fin los médicos se hicieron anunciar. Apareció el doctor Barzia con la frente alta, seguido por los otros. La Emperatriz creyó ver una sentencia condenatoria en el rostro contraído del doctor; en cambio, otro de los médicos hacía compasivamente signos tranquilizadores.

—¿Y bien?—dijo el Emperador.

—Hemos reconocido cuidadosamente á Su Alteza Imperial, señor—comenzó diciendo el doctor.—El Príncipe no tiene ningún vicio orgánico, pero es en general de una constitución débil.

—¿Débil? ¿Pero en qué?—preguntó Oscar.

—El sistema nervioso del Príncipe nos parece extraordinariamente debilitado, señor.

—¿Sus nervios? ¡Pero si él no ha sido jamás nervioso, ha sido siempre muy tranquilo!—replicó obstinadamente el Emperador.

—Tanto más de admirar la fuerza de voluntad del Príncipe para dominarse. Su Alteza se ha dominado evidentemente por mucho tiempo, y este esfuerzo le ha rendido al fin. El Príncipe tiene mucha calma, como Vuestra Majestad dice, pero esa calma no impide que sus nervios estén cansados. Su Alteza ha hecho un gasto extraordinario de su sistema nervioso en estos últimos tiempos probablemente.

—¿Y tiene usted la bondad de decirme en qué ha consistido ese gasto?—preguntó el Emperador con altivez.

El doctor hizo ademán de que lo ignoraba.

—Eso se sabrá mejor en la corte de lo que yo pueda saberlo, que vengo de mi gabinete y de mis hospitales, señor. Vuestra Majestad podrá responderse á sí misma; yo solamente puedo aportar algunas indicaciones. Su Alteza me ha dicho

que se acordaba de que ya antes de las inundaciones del Norte había experimentado algunos vértigos y abatimientos; entonces estábamos en Marzo y ahora en Septiembre. Supongo que en este intervalo habrá llevado Su Alteza una vida muy agitada.

El Emperador hizo como que no entendía á qué agitaciones pudiera referirse; arrugó el entrecejo y comenzó á temblarle la barbilla.

—Tal vez haya sentado mal á Su Alteza el viaje al Norte, doctor—indicó la Emperatriz.

Estaba sentada, rígida, erguida, y llevaba un traje sencillo y obscuro. Su rostro estaba sin expresión, su mirada permanecía impasible. Trataba de aquel asunto como si no fuese la madre.

—Su Alteza es, en efecto, muy sensible á las impresiones —añadió la Soberana,—y en Altara las recibió muy penosas.

El doctor asintió con la cabeza.

—Recuerdo haber visto á Su Alteza ante los cadáveres expuestos en el campo. Su Alteza estaba realmente conmovido.

—¿Pero qué significa eso?—preguntó el Emperador, cada vez más obstinado.

—Desde aquel tiempo, Su Alteza no se ha permitido ningún descanso, señor.

—Su Alteza ha descansado varios meses—replicó el Emperador.

—Que Vuestra Majestad me permita discrepar de esa opinión. Después del penosísimo viaje al Norte, el Príncipe ha sufrido inmediatamente las emociones de una crisis política. Lipara estaba aún en estado de sitio, y luego la agitación de las fiestas dadas á los reyes de Siria...

El Emperador se encogió de hombros.

—El Príncipe—continuó diciendo el doctor,—por consejo de mis distinguidos colegas, emprendió entonces, para restablecer su salud, un viaje por mar. Indudablemente, Su Alteza

habrá descansado algunos días, pero las grandes cacerías realizadas con el Príncipe Herman han sido harto penosas. Ahora Su Alteza está en vísperas de boda, y esto también es causa de emociones. Enumero los hechos principales, señor. No sé nada de la vida pasional del Príncipe; si supiese algo, algunos detalles, las cosas me parecerían más claras seguramente. Pero hay una cosa cierta: Su Alteza ha llevado diariamente una vida harto agitada por grandes ó pequeñas emociones. Todavía hay que asombrarse de que Su Alteza no se haya resentido antes; en mi opinión, el Príncipe se ha dominado mucho, por un sentimiento del deber que parece innato en Su Alteza. Estas son grandes cualidades para un futuro Emperador.

Las mejillas de la Emperatriz se colorearon ligeramente. Una expresión más dulce suavizó la frialdad de su rostro.

—¿Y cuál es vuestro consejo, doctor?—preguntó ella.

—Que Su Alteza goce de un reposo indefinido, señora.

—El matrimonio de Su Alteza está señalado para el mes próximo—añadió la Emperatriz con acento interrogativo.

El rostro del doctor tomó una expresión severa.

—Sería sencillamente imperdonable celebrar la boda de Su Alteza en el mes próximo,—repuso con su voz grave como un oráculo.

—¿Así, pues, hay que aplazarlo?—preguntó el Emperador con fría resolución.

—Indudablemente, señor—respondió el doctor sin vacilar.

—Querido doctor—las palabras del Emperador salían silbando entre los dientes,—veo que no habla usted más que de descanso. Le repito que el Príncipe ha descansado muchos meses... Jamás descansé yo tanto. Mi vida ha sido de una actividad continua. ¿Por qué ha de descansar tanto un joven como el Príncipe? No recuerdo haber descansado cuando era Príncipe heredero. Tal vez no sea tan fuerte como yo, pero es de la misma raza. ¡Dice usted que emociones! ¿Dónde están tales emociones? ¿Las emociones de la crisis política? Soy *yo* quien las ha sufrido, y no el Príncipe. Y sin embargo, no he tenido

necesidad de reposo. ¿Acaso debe reposar un Príncipe porque esté en vísperas de boda? En verdad, doctor, que es llevar la higiene un poco lejos.

—Señor, Vuestra Majestad me ha hecho el honor de pedir mi parecer acerca del estado del Príncipe. Yo he expuesto mi opinión concienzudamente.

—¿Así, pues, descanso?

—Sin duda alguna, señor.

—Pero, ¿cuánto tiempo quiere usted que descanse?

—No puedo fijar tiempo determinado, señor.

—¿Y qué aplazamiento desea usted que tenga el matrimonio?

—Un aplazamiento indefinido, señor.

El Emperador iba de un lado á otro de la habitación; una emoción extraña, tal vez de angustia, le hacía temblar.

—Es imposible—replicó con voz sorda.

—Entonces se casará Su Alteza—dijo Barzia.

El Emperador guardó silencio.

—¿Qué opina usted?—preguntó bruscamente.

—Que Vuestra Majestad, en asunto tan importante, no debe tener en cuenta nada más que lo que dicta la razón y la conciencia.

La respiración del Emperador era jadeante, sus venas se hinchaban en su estrecha frente de romano, y sus puños se crispaban. Nadie había visto á Oscar de aquella manera; nadie se había atrevido á contradecirle así.

—¡Pero explíquese de una vez!—exclamó con fuerte acento, acercándose al impasible rostro del médico.

—Si Su Alteza Imperial se casa el mes próximo, es la muerte.

La Emperatriz permaneció sentada, con el busto erguido, rígido; pero se había puesto pálida, temblaba, cerraba los ojos como presa de un desvanecimiento.

—¿La muerte?—repitió asustado el Emperador.

—O peor—replicó Barzia.

—¿Peor?

—Sí... el fin de la raza de Vuestra Majestad.

El Emperador dió un grito salvaje y pegó un puñetazo en la mesa de escritorio.

Los objetos de bronce resonaron.

Myxila se adelantó.

—Señor—dijo,—nada está aún perdido. Si he comprendido bien al doctor, la indisposición de Su Alteza es pasajera y curable.

—Ciertamente, Canciller...—respondió Barzia,—al menos que no se contribuya á que sea incurable.

Oscar se mordió nerviosamente los labios. Sus ojos despedían rayos. En aquel momento quedó Myxila asombrado de lo que se parecía á un retrato de Wenceslao el Terrible.

—Doctor—exclamó,—réstame darle las gracias. Permanezca aún hasta mañana, en Lipara, para reconocer de nuevo á Su Alteza.

— Obedezco las órdenes de Vuestra Majestad — dijo Barzia.

Se inclinó, saludaron los médicos y se retiraron. A solas con la Emperatriz y Myxila, Oscar dió rienda suelta á su cólera. Corría de un lado para otro como una fiera, golpeando con los pies, silbando como si el aire no pudiera pasar por su garganta.

Su rabia explotó al fin.

—¡Oh!—gritaba con sus dientes apretados.—¡Valiente joven!... ¡Ni siquiera puede casarse! ¡Con su Duquesa sí podía!... ¡Y ese muchacho, ese muchacho es el que debe sucederme... á mí!...

Y reía sarcásticamente.

La Emperatriz se puso en pie.

—Conde—dijo con frialdad dirigiéndose á Myxila,—¿quiere usted acompañarme?

La Soberana se dirigió hacia la puerta; Myxila la siguió no sin vacilaciones.

—¿Por qué?—exclamó el Emperador.—¿Qué significa esto? Todavía tengo que hablar con Myxila...

La Emperatriz miró fríamente al Emperador.

—Deseo, señor, que el Conde de Myxila me acompañe—dijo con voz alterada.—Creo que Vuestra Majestad necesita quedar solo. Vuestra Majestad dice cosas que un padre no debe pensar y que un Soberano no debe decir en presencia de uno de sus súbditos, aunque sea el primero de todos.

El Emperador quiso interrumpirla.

—Vuestra Majestad—continuó la Emperatriz con acento altivo que, aun cuando temblaba, era frío y cortante como un cuchillo,—Vuestra Majestad habla del futuro Emperador de Liparia en tales términos, que deseo que ningún súbdito, ni siquiera el Conde de Myxila, oiga hablar así de su futuro Soberano, y Vuestra Majestad habla de *mi hijo* de un modo tal, que deseo no oirlo, señor. Conde, le ruego una vez más que me siga.

—Vete, pues—dijo el Emperador furioso.—¡Váyanse los dos; dejadme solo, dejadme solo!

Fuera de sí continuó recorriendo la habitación, tirando las sillas, rugiendo como un león rabioso en su jaula. Cogió una estatua de bronce de sobre una mesa, colocada ante un gran espejo que llegaba hasta el techo.

—¡Pues bien!—Su voz silbaba y la cólera estallaba en su cerebro, sus ojos estaban inyectados de sangre; estaba loco al verse impotente contra las estúpidas fuerzas de la fatalidad, contra la lógica de los acontecimientos.

Como un atleta levantó en sus brazos la pesada estatua, y como un niño la arrojó contra el espejo, que voló en mil pedazos.

La Emperatriz y Myxila habían salido de la sala.

X

La vida de la Corte continuó como siempre; el primer besamanos de la Emperatriz se celebró en los grandes salones iluminados por las arañas, aun cuando era de día, junto á la gran sala de audiencias; las damas entraban, daban sus tarjetas al primer chambelán, escribían su nombre y esperaban que el gran maestro de ceremonias anunciase sus títulos. Iban escotadas, con las colas recogidas en el brazo; llevaban largos velos blancos que pendían de sus peinetas de perlas y brillantes en pliegues vaporosos. Era la primera aparición de los nuevos trajes de la estación reinante, y la moda mostraba sus novedades; los salones venían á ser como los bastidores en donde las damas esperaban el solemne momento de salir á escena en presencia de Su Majestad.

La Duquesa de Iemena esperaba también, con la cola bajo el brazo, en unión de las dos Marquesas, sus hijastras, á las que debía presentar á la Emperatriz, cuando vió á Dutri, que saludaba y se excusaba, dando vueltas entre las señoras para abrirse paso en los salones llenos.

—Dutri—dijo la Duquesa, haciéndole señas para que se acercase.

Se acercó, no sin trabajo, y saludó á las Marquesitas, que estaban con la timidez de novicias, con rostro contraído, los ojos muy abiertos y los labios apretados; no hacían más que arreglarse bajo el brazo sus pesados mantos de corte con movimientos torpes, pero graciosos. Sonrieron al escuchar las palabras de Dutri y después se pusierou á mirar los trajes de las otras damas.

—Dutri—murmuró la Duquesa,—¿cómo está el Príncipe?

—Siempre en el mismo estado—respondió en voz baja el Ayudante de campo;—una melancolía terrible...

—¿No habría medio de verle, Dutri?—añadió la Duquesa bajando más la voz.

Dutri se asustó.

—¿Cómo, Aleja? ¿Cuándo?

—Ahora, después del besamanos.

—Es imposible, Aleja. El Príncipe no ve más que á Sus Majestades y á la Princesa; no habla con nadie, ni siquiera con sus chambelanes, ni siquiera con nosotros...

—Dutri—insistió ella poniéndole una mano en el brazo,—haz cuanto puedas. Si me ayudas... yo también te ayudaré...

Él la miró como si esperase algo más.

—¿Qué te parece Elena?—preguntó la Duquesa indicando á sus hijastras.

—Me gusta más Leonor—respondió sonriendo.

—Pues bien, ven más á menudo á casa, á mis reuniones íntimas; no te vemos ya... Prepararé á mi marido...

La Duquesa ofrecía ante los ojos de Dutri aquel brillante matrimonio; él, con los párpados entornados, la miraba y sonreía.

—Pero es preciso ayudarme—añadió ella amenazándole en broma.

—Haré cuanto me sea posible, Aleja; pero no te prometo nada—tuvo aún tiempo de decir Dutri, y añadió:

—Espérame después del besamanos en los otros salones.

Continuaba solemne, lentamente anunciaban los títulos; las damas pasaban, dejaban caer su cola y entraban en escena.

—Su Excelencia la Duquesa de Iemena, Condesa de Vaza; Sus Excelencias las Marquesas de Iemena.

La Duquesa se adelantó, seguida por las dos jóvenes, muy encarnadas, con el corazón palpitante. Atravesaron una galería, dejando caer la cola; antes de entrar en la sala de audiencias dos lacayos echaron sobre los hombros de las damas los pesados mantos de corte.

—Su Excelencia la Duquesa...

Por segunda vez resonó este nombre en la sala de audien-

cia con acento más respetuoso, porque los títulos llegaban al atento oído de Su Majestad. La Duquesa y las Marquesas entraron. Entre los grandes tapices de terciopelo azul obscuro cuajados de cruces de San Ladislao, bajo el dosel del trono, sostenido por doradas columnas, la Emperatriz estaba sentada como un ídolo, proyectando una sombra ante su traje de seda bordado de plata, con el manto imperial de armiño que le caía pesadamente hasta los pies y una diadema de brillantes en la cabeza. A la derecha del trono estaba sentada, más en bajo, la Princesa Thera; á la izquierda la gran dama de honor, Condesa de Threma, y á los lados se hallaban las otras damas de Palacio, los altos funcionarios, Generales y Oficiales del Cuarto militar, Gentileshombres de cámara...

La Duquesa, después de hacer su reverencia, se acercó al trono con gran veneración, como si sus labios osaran apenas rozar la punta de los dedos, cuajados de sortijas, que la presentaba la Emperatriz como una reliquia viva.

Después la Duquesa se hizo dos pasos atrás y avanzaron las Marquesas, maravillando á todos por la gracia juvenil de su primera presentación en la corte, no exenta de embarazo, lo que les daba mayor encanto. Terminado el acto salieron por otra puerta y se dirigieron por otros salones y galerías al vestíbulo en que esperaban los carruajes. Las muchachas se miraron, tratando de adivinar sus recíprocas impresiones, con las mejillas sonrosadas todavía, y muy asombradas de la incomprensible brevedad de aquella primera aparición en que habían actuado de damas, acompañando á su madre en un lugar en el que desde entonces transcurriría su existencia. ¡Cuántas veces había pensado y soñado con aquel instante en aquellos últimos meses! ¡Y aquel instante había pasado ya con extraordinaria rapidez!...

La Duquesa hizo una caricia á Elena, arregló el velo de Leonor y dijo que se habían portado admirablemente, y que ella misma había observado lo satisfecha que había quedado de ellas la Condesa de Threma. Después se puso á hablar con

otras damas, á las que presentó las Marquesitas, ofreciendo visitarlas. Luego se dirigió á un lacayo:

—Vaya á ver dónde está mi carruaje; diga que salga de la fila y se coloque el último. Tome...

Le dió una moneda de oro y el lacayo salió.

La Duquesa experimentaba una agitación nerviosa y buscaba ansiosamente á Dutri. Por fin llegó éste, que dijo:

—Aleja, imposible...

—¿Se lo has preguntado al Príncipe?

—No, todavía no; pero antes hace falta que consienta en verme. Después, ¿cómo conseguiré introducirte cerca de él? En el vestíbulo hay siempre una porción de lacayos, de guardias, de alabarderos: en la antecámara te puedes encontrar con un chambelán. Verdaderamente es imposible.

Ella montó en cólera.

—Pero, pregúntaselo, por lo menos. Veremos en seguida la manera de entrar.

Dutri hizo un gesto de desesperación, como de broma.

—Pero, Aleja, no puedes empeñarte en eso..., comprende que es imposible.

La Duquesa no respondió, negándose á reflexionar, obstinada en su idea de ver al Príncipe: quería verle. Se encaró con Dutri y dijo:

—Está bien; si tú no haces nada por mí, no cuentes para nada con mi ayuda.

Había elevado la voz, nerviosa, irritada: sus hijastras la oyeron.

—¡Aleja!—exclamó Dutri con dulzura.

—¡No, no!—replicó ella secamente.

Él pensó en sus deudas y en Leonor.

—Lo intentaré—murmuró con desaliento, sin saber lo que hacer.

Aleja lo recompensó inmediatamente con una sonrisa. Dutri se dirigió, penetrado de la alta importancia de sus funcio-

nes, en busca de su doliente Príncipe. En la antecámara se encontró con un chambelán de servicio.

—¿Querrá verme el Príncipe?

El chambelán se encogió de hombros.

—Voy á preguntárselo—dijo.—Volvió al punto. El Príncipe autorizaba á Dutri para que entrase.

Dutri entró. Othomar estaba recostado en un diván de piel de tigre, ante su escritorio. Estaba desmejorado, con los ojos hundidos y el color terroso; su cuello delgado asomaba por la camisa de seda, sobre la que tenía puesta una cazadora de terciopelo. Tenía en la mano un libro abierto. Djalo, el perro, estaba echado en el suelo.

Dutri, buen orador, comenzó á exponer con verbosidad su pretensión.

—¿La Duquesa?—interrumpió Othomar con hastío...—¡No, no!

Dutri continuó; estaba conmovido, empleaba palabras dulces con mezcla de tristeza.

En el rostro de Othomar apareció una expresión que en aquellos últimos tiempos era extraña y nueva. Era como si el cansancio se hubiese trocado en obstinación, en dureza: una especie de contradicción silenciosa.

—No—repitió, y su acento era tan decidido que no admitía réplica:—Discúlpame con ella, Dutri. ¿Y dónde... dónde quería verme?

—He mostrado las dificultades de la empresa; pero tal vez si Vuestra Alteza se hubiera dignado, se hubiese podido...

Othomar cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y puso su mano en la cabeza del perro. No respondió y apretó los labios.

Dutri vacilaba aún: ¿Qué iba á hacer, qué diría la Duquesa?

Pero la puerta se abrió y entró la Emperatriz: había terminado el besamanos; se había quitado el manto y la corona, pero llevaba aún el pesado traje de bordado de plata. Miró fríamente á Dutri y le indicó con la cabeza que podía retirar-

se: el Ayudante de campo se alejó molesto, sin su habitual desenvoltura.

Othomar se había levantado.

—¡Mamá!

La Emperatriz se sentó á su lado y le pasó la mano por la cabeza.

—¿Cómo estás?

El Príncipe sonrió y cerró los párpados sin responder.

—¿Qué hacía aquí Dutri?

—Me preguntaba... ¡oh, mamá, dejemos esto! No me lo preguntes... ¡Qué hermosa estás! ¿Puedo yo también tomar parte en el besamanos?

Se inclinó cariñosamente, la cogió la mano y se la besó. La Emperatriz cogió el libro que llevaba un título ofensivo para la Majestad Real.

—¿Estabas leyendo, Othomar?... Ya sabes que no debes leer mucho. ¿Y para qué tienes todos estos libros raros?

En la mesa había obras de Lassalle, Marx, de nihilistas rusos, un folleto de Bakounine y otros de Zanti... El folleto que leía era de un anarquista lipariano famoso, titulado *La injusticia por la gracia de Dios*. Lo demolía todo: la religión y el Estado; atacaba directamente á las tiránicas testas coronadas, y particularmente á Oscar.

—¿Lees semejantes cosas para aliviarte, Othomar?—preguntó Isabel con doloroso reproche.

—Mamá, debo saber lo que éstos quieren.

—¿Y qué quieren?

—No sé lo que quieren, no les comprendo. Dicen largas frases, siempre las mismas; siempre las mismas palabras. Comprendo únicamente que reprueban todo lo que existe y que quieren otra cosa. Pero á veces, sin embargo...

—¿A veces, qué?

—A veces dicen cosas espantosas, espantosas porque parecen la verdad, mamá. Cuándo hablan de Dios y demuestran que no existe, cuándo encuentran malas todas nuestras insti-

tuciones políticas, y rechazan toda autoridad, incluso la nuestra... Algunas veces hablan como niños que charlaran y lo condenasen todo, sin más ni más, y otras hablan con claridad y hacen brotar en mí pensamientos harto instintivos. Si Dios existe, ¿por qué la injusticia y la miseria? ¿Y de dónde emana el derecho de nuestra autoridad? ¡Dios mío, mamá! ¿Qué derecho tenemos nosotros para mandar sobre los demás, sobre millones de hombres? Dímelo; pero dame razones de principio, no de consecuencia: empieza, no por nosotros, sino por los primeros tiranos; ¿qué derecho les asistía? Pues el nuestro procede únicamente del suyo. ¡Oh! ¿Quién podrá descifrar este enigma, Dios mío, quién podrá resolverlo?

Isabel palideció y le miró como si estuviese loco.

—¿Quién te da esos libros?—preguntó duramente con voz ronca y angustiada.

—Dutrj, Leoni, el mismo Andrés me los trae.

—¡Están locos!—exclamó la Emperatriz levantándose.—¿Por qué los pides?

—Quiero saber, mamá.

—Othomar, ¿quieres hacer lo que yo te pida?

—Sí, mamá—respondió Othomar dulcemente,—pero siéntate antes y no te enfades. Y llámame hijo. Y... vete á mudar; no puedo verte con ese traje; estás muy lejos de mí; la voz viene de lejos y no me atrevo á abrazarte; así no eres mi madre, eres la Emperatriz, mamá.

La Emperatriz se conmovió al escuchar aquellos sinceros acentos, y exclamó con un sollozo:

—¡Hijo mío!

—Sí, sí, llámame así... Encontrémonos, mamá, no nos alejemos más. ¿Cuál es tu deseo?

—Dame todos esos libros.

—Te los daré... ¡No hacen que sea más feliz!

—Pero, ¿por qué eres desgraciado, hijo de mi alma?

—Mamá, mira el mundo, mira nuestra patria, vé cómo sufren, qué oprimidos están. ¿Qué podré hacer por ellos? Siem-

pre seré impotente, pese á todo nuestro poderío. ¡Oh! ¡Es tan negro mi porvenir! No veo nada, no tengo ninguna esperanza; solamente los utópicos esperan todavía; pero yo no espero ya, porque no puedo nada, no puedo nada... Tengo que reinar, y no me encuentro con fuerzas, mamá. Toda la carga del país me cae sobre los hombros, y no puedo, no puedo, no puedo. ¿Qué soy yo? Un pobre joven enfermizo. ¿Cómo he de ser Emperador? No sé por qué ni cómo, pero no siento en mí á un futuro Emperador, me siento una débil criatura; sí, me siento tu hijo, tu pequeño, nada más...

Hizo ademán de arrojarse en brazos de su madre, pero se echó hacia atrás como asustado al ver sus brillantes atavíos. Cansado, inclinó la cabeza y sus brazos cayeron inertes. Isabel observó aquel movimiento, y lo que experimentó al pronto fue como un arrepentimiento por haber venido con el traje de corte, impulsada por el deseo de verle cuanto antes; pero ese sentimiento desapareció como una emoción fugitiva, porque sufrió un vértigo como si se hubiera abierto un abismo á sus pies, como si la tierra temblase y se extendiera ante ella un caos de negrura.

Su alma veíase invadida de una suprema desesperación de impotencia; extendió los brazos, con la mirada extraviada.

—Hijo mío, no me hables así, porque... me quitas las fuerzas—exclamó con desaliento.—¿Y qué otro remedio nos queda? Tú debes, debemos todos...

—Perdóname, mamá; pero yo, yo no podré jamás. Ahora lo veo con claridad. No estoy excitado, estoy tranquilo. Lo veo, lo aseguro, no podré.

—Pero tu padre es aún joven y fuerte, hijo mío, y tú con los años...

—Cuantos más tenga, menos podré, mamá. Siempre lo he tenido miedo, desde la infancia, pero nunca he visto la cosa tan desesperante como ahora. No, mamá, no podré. Ahora que estoy enfermo tengo tiempo de pensar en ello,

y veo ante mí la conclusión de todas nuestras angustias....

Sus ojos desesperados estaban clavados en el suelo: la Emperatriz, sin saber qué hacer, se inclinaba hacia él; un hálito amenazador parecía pasar por la habitación.

—Mamá...

Isabel no respondió.

—Debo comunicarte mi resolución.

—¿Qué resolución?

—¿Quieres decírsela á papá?

—¿Pero el qué? ¿Qué, Othomar, hijo mío?

—Que no puedo casarme con Valeria... porque...

—Más adelante, más adelante; no tienes necesidad de casarte ahora...

—No, mamá, no lo podré nunca, porque...

La Emperatriz le miraba, esperando ansiosa que concluyese de hablar.

—Porque quiero renunciar á mis derechos en favor de Berengario.

Isabel no contestó; le estrechó contra sí sin decir nada, no sabiendo cómo consolarle, cómo animarle; y lamentándose en voz baja, comenzó á sollozar.

Parecía como si su alma, lentamente, pero sin interrupción, se fundiese, se aniquilase llena de angustia. Se acusaba de haber comunicado á su hijo, al futuro Emperador de Lipari, su debilidad. Y la revelación de aquel doloroso misterio de la herencia, ante sus ojos desconsolados, le quitaba todas las fuerzas, toda la energía, toda su confianza.

—¡Mamá!—volvió á exclamar él.

Ella continuaba sollozando.

—No te desesperes así... Berengario vale más que yo... Se lo dirás á papá, ¿no es verdad? Y si no, no le digas nada si te cuesta demasiado; se lo diré yo mismo.

La Emperatriz se asustó, y exclamó en medio de su desolación.

—¡Dios mío, no! no le hables tú; es tan violento, ¡te mata-

ría!... ¡Prométeme que no le hablarás de eso! ¡Yo lo haré, Dios mío, sí, *yo* lo haré!

Pero volvió á abrigar una esperanza, y dijo:

—¿Pero por qué vas á hacer eso, Othomar? Ahora estás enfermo; pero curarás y cambiarás de idea.

Othomar miraba al vacío: su presentimiento le hacía estremecer; volvía á ver su sueño; las calles de Lipara que se llenaban de crespón, que subía hasta el cielo haciendo que se obscureciese la luz del sol. Y de nuevo aparecía en su frente su arruga de obstinación, de irresistible obstinación que le ponía desconocido. Meneaba lentamente la cabeza de un lado á otro...

—No, mamá, jamás cambiaré de idea. Créeme, las cosas se arreglarán mejor de esa manera.

Cuando su madre lo vió así, desapareció su esperanza, y volvió á sollozar. Se puso en pie llorando; en su dolor, experimentaba un vació inmenso; había perdido algo, un hijo.

—¿Sales?—le preguntó Othomar.

Su madre hizo un signo afirmativo sin dejar de llorar.

—¿Me perdonas?

Isabel volvió á hacer otro signo afirmativo. Le dirigió una sonrisa llena de desesperación, y sin tener valor para abrazarle, se alejó sollozando. Al quedarse solo Othomar, permaneció en pie en medio de la habitación con la vista fija en el perro.

—¿Por qué he de causarle este dolor?—pensó.

Sentía una gran angustia en el alma.

—¿Por qué he viajado con Herman?—volvió á preguntarse.—En los primeros días de este reposo se me ha ocurrido tal idea. Y el Dr. Barzia recomienda el reposo... ¿Qué sabe él de mí? ¿Qué puede saber un hombre de otro hombre?

—¡Djalo!—gritó.

El perro se levantó, sacudiéndose, muy alegre.

—Djalo, ¿qué es el bien? ¿cómo debe ser el mundo? ¿Debe haber Reyes y Emperadores, Djalo, ó debemos desaparecer todos?

El perro le miró meneando mucho la cola. De repente dió un salto y lamió el rostro á su amo.

—¿Y por qué, Djalo, debe un hombre hacer sufrir constantemente á otro? ¿Por qué los Príncipes han de oprimir á su pueblo? La vida es siempre la msima, eternamente...

Othomar se había dejado caer en el diván, con una mano sobre el perro, que le lamía cariñosamente.

—¡Oh!—exclamó sollozando—¡Mi pueblo, mi pueblo!

. . . . . .

En aquel momento salían del palacio los últimos carruajes.

La multitud de curiosos, por detrás de los granaderos, miraba las brillantes galas de las señoras al través de los cristales de los coches. El de la Duquesa de Iemena fué el último de todos.

XI

El espíritu de la tristeza parecía haber penetrado al través de los mármoles del palacio imperial; una sorda melancolía ahogaba el timbre de las voces, y extendía por el aire un velo que parecía pender de los altos techos. Avanzaba el otoño y las fiestas empezaban con el primer baile, pero se daba el baile porque en realidad era inevitable como fiesta oficial, sin expansión, sin alegría. Los asiduos del palacio, los que concurrían á casa de la Duquesa de Iemena, y los individuos del cuerpo diplomático, llenaban las reuniones íntimas de los salones de la Empeaatriz. A los ojos de estas personas, los grandes bailes eran considerados como obligaciones ineludibles; en cambio los bailes íntimos de la Emperatriz se tenían como fiestas agradabilísimas. Pero la Emperatriz había anunciado que suspendía sus reuniones á causa de la enfermedad del Príncipe heredero. En aquel gran baile inaugural, Sus Majestades se limitaron á hacer una corta aparición en el rigodón de honor...

Sobre el esplendor de las fiestas palatinas cerníase en los aires una nube gris. Se había reducido el número de invitados para las comidas diarias, celebradas hasta entonces con tanta solemnidad; no asistían más que las personas estrictamente necesarias. El mismo Emperador mostrábase de un mal humor continuo: el proyecto de armamentos militares continuaba siendo combatido en sus principios por la Cámara de los Estados, y el Emperador se obstinaba en mantener á su Ministro de la Guerra; además, con terquedad pueril en medio de su energía, no había podido acostumbrarse aún á la idea del aplazamiento del matrimonio del Duque de Xara. Le enfurecía que su mundo lipariano se permitiese caminar en contra de sus deseos.

Ni la Emperatriz ni el mismo Príncipe habían hallado todavía un momento favorable para comunicar al Emperador la resolución fatal. Aún no le habían indicado nada; el humillante secreto permanecía entre ella y su hijo. Humillante, porque ¿cuál sería la razón que había de exponerse ante el país para la abdicación del Príncipe? ¿Qué razón sería bastante poderosa para ocultar el verdadero motivo de aquella debilidad? Y sin embargo, se trataba de su hijo, é hijo de Oscar.

A la Emperatriz le parecía imposible comunicar á su marido la determinación de Othomar, decirle que su hijo no se sentía con fuerzas para reinar. ¡Cuánto hubiera dado por evitar á su hijo aquella humillación! ¿Pero era en realidad incapaz de reinar y de llevar dignamente la corona? ¡Si ella hubiese podido responder á las palabras de desaliento de él! Pero no había hecho más que sollozar y ceder ante su desesperación. ¡Si ella hubiera podido hallar en su alma la virtud necesaria para reaccionar á su hijo! Y sin embargo, comprendía ella que la tal virtud debía existir, porque tenía la intuición de lo que pasaba en el alma de sus iguales: el misterio que acompañaba al nacimiento en egregia cuna; la razón por la que eran reyes; la razón de sus derechos. Creía, con inocente ingenuidad, que en las testas coronadas existía una esencia especial que les ponía por encima de la multitud.

Creía que el alma de todos los Soberanos debía estar animada por la sagrada sangre que corría por sus venas. Creía en el derecho divino. Y porque creía en ello como en un pecado original de criatura humana, y en la absolución de su confesor el Arzobispo de Lipara, jamás lo hubiera podido poner en duda. Que se pensara, que se escribiera, que se pretendiera lo que se pretendiese, los Soberanos tenían el derecho de reinar: estaba tan segura de ello como del misterio de la Trinidad. Que Othomar hubiese dudado de Dios, le era muy doloroso, pero no tanto como el que no quisiera creer en sus derechos. ¿Acaso sería él el único que careciese de aquella esencia especial, de aquella sangre sagrada, de aquel átomo divino? Y si él, el Príncipe heredero, carecía de majestad, si experimentaba aquella privación monstruosa, ¿no sería tal vez sin culpa suya y sí por culpa de ella, de su madre, que le había echado al mundo?

El sentimiento de aquella culpa la abrumaba, y antes de atreverse á hablar á Oscar, se humilló ante el Arzobispo. El prelado, asustado ante la causa de la misteriosa melancolía del palacio, apenas pudo consolarla. Isabel permaneció de rodillas horas enteras delante de un Crucifijo. Oraba con toda su alma; oraba para ver claro en sí misma y en su hijo; oraba pidiendo fuerzas, y para que la chispa divina descendiese sobre Othomar. Después de haber rezado largo rato y con gran fervor, se sintió tranquila, como si fuese una manifestación del Espíritu Santo. Volvió á ser la misma; esperó; renació su confianza fatalista en que no sucede más sino lo que debe suceder, y que todo lo que acontece es lo conveniente. Si Othomar recibía la divina chispa, sería un bien; si renunciaba á sus derechos sería un bien, por una razón misteriosa, sabida por el Dios inexcrutable.

Cada día que pasaba sin hablar al Emperador, aumentaba la esperanza de la Emperatriz; esperaba que Othomar volvería en sí y renunciaría á su humillación; y esperaba, á pesar de todo, porque cada vez que veía á Othomar le encontraba más abatido, más abrumado, más desconsolado, en la certeza de

su debilidad. El Dr. Barzia, que continuaba visitando al Príncipe, no parecía inquietarse en manera alguna por aquella debilidad física. El Príncipe no era fuerte; pero el doctor descubría en la débil constitución del enfermo el elemento que brotaba de la fuerza primitiva sensual y material de los Czyrkiski; el elemento eslavo encerrado por la mezcla de la sangre romana, pero subsistente; un vigor secreto, algo indestructible; una fuerza inconsciente, que á manera de cimiento estaba profundamente arraigada y sostenía una construcción más delicada y más frágil. El doctor pretendía hallar en el vigor del temperamento lo que había sido fuerza bruta; lo que había sido crueldad y sensualidad habíase súbitamente manifestado en la sobreexcitación de los nervios dominados á fuerza de voluntad y por el sentimiento del deber, pero que se había hecho visible á consecuencia de aquella gran postración. Barzia hallaba en Othomar el lastre de los antepasados de éste, y estaba seguro de que si la rica materia de la sangre primitiva se había afinado en él como si hubiese sido colada en el cuerpo por venas más finas, aquella sangre no estaba tan empobrecida, sin embargo, que hiciera pensar que la delicada constitución del futuro Emperador fuese como una decadencia de la raza. Tal vez la repentina simpatía de Barzia por el Príncipe Imperial tuviera parte en el favorable diagnóstico; de todos modos, al doctor no le alarmaba la delicada constitución ni la debilidad nerviosa de su augusto enfermo; lo que temía era que las cualidades psíquicas del Príncipe, causa de la simpatía del médico, no pudieran mantenerse en aquel período de debilidad y de abatimiento. Sabía que tales virtudes eran espontáneas en el Príncipe, sin reflexión, sin cálculo, como un tesoro ignorado por el mismo. ¿Se perderían esas cualidades en aquellos tristes días, ó bien se mantendrían, desarrollándose y haciéndose más grandes? ¿Ganaría Othomar en fuerza moral lo que le faltaba de fuerza física? El doctor no se engañaba, y sabía que la fuerza moral era lo único que podía curar al Príncipe...

Othomar no pensaba ni en sus cualidades ni en su sangre: pensaba en su porvenir, y pensaba en él con una desesperación que aumentaba de hora en hora. Cuando la Emperatriz preguntó al doctor Barzia si las distracciones no convendrían al Príncipe mejor que la inacción, respondió el médico que hartas distracciones había tenido el Príncipe en aquellos últimos tiempos, y que lo que convenía ante todo era el reposo, pues sería perjudicial cuanto excitase la imaginación del enfermo.

Pero Barzia no opinaba así de una manera absoluta, y menos lo hubiera opinado si hubiese sabido hacia qué lado tendía la imaginación del Príncipe y si conociera lo que verdaderamente pasaba en el alma del mismo.

Y pasaron días; Othomar no volvió á hablar de su resolución á la Emperatriz, para no apesadumbrarla; la Emperatriz tampoco hablaba, y esperaba.

Pero la imaginación de Othomar continuaba dando vueltas al mismo pensamiento: no podía hacer nada por su pueblo, al que tanto amaba; no podía gobernar, debía abdicar sus derechos y su título de Príncipe heredero; Berengario debía convertirse en Duque de Xara.

El Príncipe segundo iba diariamente á ver á su hermano, siempre de uniforme, con aspecto de General en miniatura, y Othomar le observaba sonriendo.

¿No experimentaba deseos de reinar aquel muchacho de imaginación medioeval? ¿No sentía en su corazoncito algún conato de celos? Othomar recordaba la historia de Liparia, concerniente á los crueles tiempos de principios de la Edad Media; se acordaba de aquel terrible drama—en San Ladislao enseñaban la cámara en que se había desarrollado—en que el hijo segundo mató á su hermano mayor para apoderarse de la corona, arrojando después el cadáver desde una de las ventanas al Zanthos, que corría á los pies del castillo. ¿Qué restos quedaban de tales celos en aquel niño? Y aun cuando no experimentase pasiones tan salvajes, ¿dejaría de tener una alegría

inmensa al saber que podía convertirse en Príncipe heredero y llegar á ser Emperador un día? ¿Y qué pensaría aquel niño de él, de Othomar, que abandonaba voluntariamente tales privilegios? ¿Le despreciaría, á pesar de agradecérselo, ó bien tendría consciencia del misterio oculto en aquella grandeza de la que Othomar se despojaba, y abrigaría alguna sospecha?

Y atraía hacia sí á su hermano con silenciosa compasión; pero veía con gusto la robustez de sus miembros, y oía satisfecho sus frases breves, cortantes. Berengario se llevaba á Djalo al parque para correr un rato, y después se lo traía á su hermano, á quien hablaba con importancia de los estudios que seguía.

Y cuando Berengario se marchaba, Othomar se quedaba pensando en él; consideraba ya á su hermano como Príncipe heredero; se irradiaba á sí mismo de la lista de los futuros Soberanos; pensaba en lo que haría una vez curado y despojado de su púrpura; se acordaba de su tío Saverio, prior de un convento, y se proponía él á su vez estudiar y escribir obras de historia y de sociología.

Luis Couperus.

(Se continuará.)

POETAS AMERICANOS

EL CONDOR VIEJO

A Rafael Pombo.

En una roca de la sierra umbría
Vive un condor ya viejo y desplumado,
Que contempla la bóveda vacía
Con tan honda y tenaz melancolía,
Cual si estuviese allí petrificado.

Ya no puede volar, y cuando empieza
La blanca nube á coronar la altura,
Envidioso la mira, y con tristeza
Inclina taciturno la cabeza
Sobre su roca, inconmovible y dura.

Sirve de escarnio á los demás condores
Que andan en las cumbres de granito
Y que, del hondo espacio triunfadores,
Bañan su cuello en mares de colores
Al desgarrar la aurora el infinito.

En la noche, en los hondos agujeros
De su peñón, donde las brisas suaves
Se refugian, él sueña cosas graves;
Ya, que eleva en el aire á los cor deros,
Ya, que agarra en las nubes á las aves.

Mas, se mira las alas compungido
Y no halla en ellas ni siquiera rastros,
De aquel tiempo en que hubiera hasta podido
Colgar su enorme y silencio nido
De las rubias pestañas de los astros;

Cuando al lanzarse en inauditos vuelos,
Rozaba con el arco de sus plumas
Los bruñidos cristales de los hielos,
Al hundirse en el polvo de las brumas
Bajo el zafiro inmenso de los cielos,

Cuando, al rugir el rey de los tiranos,
El hondo mar que eterna rabia alienta,
Llegaba á los ignívoros volcanes
Por sentir estertores de tormenta
Y escuchar aleteos de huracanes;

Cuando, ávido de luz y ambientes puros
Del sol siguiendo el luminoso paso,
Desde los altos peñascales duros
Iba á alumbrar sus ojos verdi-oscuros
En los rojos incendios del ocaso...

Yo conozco un poeta desplumado
Como el condor aquel, cuya presencia
Es un mísero escombro del pasado;
¡Ya no puede volar! hoy vive atado
Á la roca fatal de la impotencia.

Eso pensé de tí; mas hoy que he visto
Que tú, viejo condor, con rudo aliento
Subes aún rasgando el firmamento,
Me espanto de mi error y me contristo
Presa del más atroz remordimiento.

El mismo eres de ayer. La artera bala
Que cierto cazador disparó un día
Contra ti, no logró romperte el ala;
No eres momia ambulante todavía:
¡Tu espíritu inmortal vigor exhala!

Perdóname, poeta, si atrevido
Quise herirte también; fulgidos rastros
Nos dejas al volar; ¡no estás vencido!
¡Puedes aún colgar tu enorme nido
De las rubias pestañas de los astros!

JULIO FLORES.

JUVENILIA

Dejan los tallos las marchitas flores,
Y las ramas los frutos sazonados:
Los árboles añosos y encorvados
Se preparan á herir los leñadores;

Viene otra Primavera, otros amores
Á cantar en los bosques y en los prados,
Y nuevos surcos abren los arados,
Y sienten nuevas ansias los pastores.

Los ríos quieren ensanchar sus cauces,
El viento mece las nacientes hojas
De más enhiestos y copudos sauces;

Y tú que vives en perpetuo estío,
Tú, inacorde laúd, ¿por qué no arrojas,
Y oyes el dulce preludiar del mío?

D. MARTÍNEZ LUJÁN.

LA AMÉRICA LATINA

Las palmas son la gloria, y los palmares
Cubrir de gloria á América parecen;
Los mares son lo inmenso, y la guarecen
Vastos espejos de estruendosos mares.

Los ríos son poesía, y con cantares
Las liras de cien ríos la ensordecen;
Los montes son grandeza y la enaltecen
Cimas de cordilleras seculares.

Pueblo que cara al Sol libre camina,
Hunde su apocalíptica retina
Del tiempo venidero en lo profundo,

Y contempla á su raza triunfadora
La hostia elevar, sublime y redentora,
Que ha de mirar arrodillado el mundo.

Adolfo García.

SOBRE LA EXPANSIÓN DEL CASTELLANO

EN LOS PAÍSES EN DONDE ES EXÓTICO ESTE IDIOMA.

Hay lenguas que tienden á desaparecer, hay otras que se extienden y adquieren más influencia cada día. Entre estas últimas están la castellana y la inglesa, y esto no hay duda que es debido tanto al impulso expansivo que les han comunicado respectivamente los dos pueblos, español y británico, como al genio de ambos idiomas.

En toda comunidad mixta en donde los individuos congregados hablen diversos idiomas, como uno de éstos sea el castellano ó el inglés, tarde ó temprano estas lenguas se sobreponen y resultan las dominantes en la comunidad, salvo los casos en que ésta dependa directamente de una nación con idioma propio distinto de los dos nombrados.

Este artículo no tiene por objeto pasar revista á las regiones donde ya se habla el castellano como idioma propio, ni presentar estadísticas del número de individuos que van adoptando este lenguaje, además del suyo y con preferencia á otros, por circunstancias históricas ó conveniencia en los intereses, como sucede actualmente en los Estados Unidos, para atender á las cuestiones de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y al movimiento panamericanista; ó con Alemania, para favorecer su expansión comercial; este breve trabajo tiene pretensiones más modestas.

Me propongo solamente exponer (como prueba de la vitalidad y fuerza expansiva del castellano) algunos casos de observación absolutamente personal, en mis viajes por países donde nuestro idioma es absolutamente exótico.

Y puedo echar por delante esta afirmación: No he hallado territorio ó rincón del mundo, por apartado ó recóndito que sea, donde no haya encontrado alguno ó algunos individuos que sin ser españoles ni procedentes de los países en donde el castellano es el idioma nacional, conocen y hablan nuestra lengua.

Los motivos ó razones para poseer el conocimiento del castellano eran muy diversos en los distintos casos. Unos lo aprendieron viajando, otros por necesidad para atender á sus negocios, quiénes por pura afición literaria, algunos por trato accidental con algún español.

***

Paso por alto todos los casos á que pudiera referirme en las naciones cercanas á la Península, pues es claro que en Francia, Italia, Inglaterra, Bélgica y Alemania, por la proximidad y frecuencia y extensión de relaciones de todo género, es natural que se encuentren muchos individuos que conozcan nuestro idioma. En Irlanda los hay también; pues los colegios católicos irlandeses establecidos en Salamanca, Valladolid y otras poblaciones españolas, dan todos los años un contingente que contribuye á difundir el castellano en la Verde Erin.

En este artículo voy sólo á concretarme á países más remotos.

Viajando por Dinamarca, el Dr. Block presentóme á su familia en Copenhague y encontréme en aquella casa como en un hogar español. Todos hablaban castellano, no prendido con alfileres, sino como si fuera su propio idioma. El padre de toda aquella familia, otro Dr. Block, ya difunto, había llevado á sus hijos é hijas á Puerto Rico, y cuando regresaron á Dina-

marca, seguían hablando en familia el español con preferencia al danés, su idioma propio. Conocí allí también al célebre marino dinamarqués Carttensen, al profesor Thomsen, químico famoso en todo el mundo y á otras ilustres personalidades cuyo nombre no tengo á mano ni recuerdo en este momento, y todos hablando castellano con propiedad y corrección. Nunca olvidaré que á veces nos reuníamos algunos de los individuos daneses citados y el Dr. Reus, de Berlín; el profesor Wilson, de París; el Sr. Cora, de Milán; Mr. Koppel, de Colombia, y en todas estas reuniones el lenguaje común, el que únicamente usábamos, no era el francés, ni el inglés, ni el alemán, era sólo y constantemente el castellano. Los dinamarqueses son ilustradísimos, no hay quien no conozca allí dos ó tres idiomas además del suyo; y como prueba de que el castellano ocupa en Dinamarca un buen puesto, debo citar el hecho que habiendo de dar una conferencia en la Universidad de Copenhague, me indicaron que de no darla en danés, no usara otro idioma que el español, y así lo hice, notando en la mayoría del auditorio señales inequívocas de no haber perdido una palabra de mi modesta disertación.

Que en Nueva York haya encontrado muchos yankis que sepan castellano, no tiene nada de particular. Pero ya en Chicago, descontando los mejicanos y otros hispanoamericanos, es un poco más raro. Sin embargo, allí conocí á Mr. Curtis, Mr. Palmer, Mr. Chatfield-Taylor, que hablan y han escrito en castellano; á Mr. Baker, que después ha mandado uno de los acorazados norteamericanos, y á quien cualquiera tomaría por un madrileño; al Dr. Kesapp, profesor de literatura de la Universidad de Chicago, con quien he tenido largas é interesantes conversaciones, por supuesto en castellano, y que sabe más de nuestros escritores antiguos y modernos, de nuestros artistas, de nuestras costumbres y aun de nuestra geografía, que muchos españoles de renombre.

Por Arizona, Nuevo México, Texas, California y otros Estados norteamericanos del Oeste, quedan todavía muchas

familias, que aunque con ciudadanía yanqui, conservan con el apellido el lenguaje de sus ascendientes. Y es grato encontrar en Las Villas, del Estado de Nuevo México, un Sr. Manzanares, Miembro del Senado de Washington, que habla como escriben Valera y Pereda (y no es hipérbole); en los Angeles, un Sr. del Amo, que os obsequia en su hogar español; en Laredo (Texas), una familia Vera que se esfuerza en encontrar afinidad y parentesco con el viajero español del mismo nombre; en San Francisco, entre otros muchos de abolengo español, extranjeros, como Mr. Carpi, que no sólo hablan castellano, sino que tienen cocineros españoles, porque los guisos de nuestra tierra son los que más les gustan.

Veladas he pasado en San Francisco, en las que, juntándonos españoles netos, mexicanos, norteamericanos de orígen español, italianos, franceses, ingleses y alemanes, no se hablaba y cantaba más que en castellano, y esto intuitivamente y como por convenio tácito, sin esfuerzo y como lo más natural.

Y en las expediciones al interior, en el fértil y delicioso valle de Santa Elena, paraíso escondido en el corazón de California, he encontrado un yanqui millonario viviendo en un palacio campestre construído en medio de aquellas soledades, y muy ufano de saber castellano y de que su familia lo supiera, pues Mister Parrot, que así se llamaba, había sido educado en Madrid y en Bilbao y unía los mejores recuerdos de su juventud á España y á todo lo español.

***

La Colombia británica la he recorrido en compañía de un inglés ingerto en brasileño, Mr. Richard, quien, dicho sea sin ofenderlo, tiene la cara, el aire y el habla de un verdadero gitano malagueño. Desde Victoria á Vancouver, y desde allí á los grandes lagos del Canadá, sus chascarrillos, su chispeante conversación andaluza, sus magníficas ocurrencias, me hacían

creer que estaba viajando, no por aquellas remotísimas tierras del septentrión de América, sino por la misma serranía de Ronda, á cuyos paisajes, los de la *British Colombia* son también muy parecidos.

Saltando de los países del extremo Norte á las regiones tropicales que baña el Océano índico, recuerdo asimismo multitud de incidentes que prueban cómo el castellano se ha metido y propagado por todas partes. Viajando por los mares al Oriente de Africa, ocurrió que en uno de los puntos de escala del buque embarcaron tres jóvenes con todo el aire de bailarinas ó artistas de café cantante. Entendíanse medianamente en alemán con la servidumbre del barco; pero no sabiendo, al parecer, ni una palabra de francés, ni de inglés, permanecieron durante varios días de la travesía completamente retraídas y sin tramar conversación con los demás viajeros. Todos las mirábamos con curiosidad, haciendo mil cálculos y suposiciones respecto á su nacionalidad. Se procuraba coger al vuelo las palabras que pronunciaban cuando hablaban entre sí, pero su idioma resultaba desconocido para todo el mundo á bordo. Un día dejé olvidado sobre cubierta un libro español que iba leyendo, y cuando al cabo de un rato subí á recogerlo, ¡cuál no sería mi sorpresa al ver que una de las tres jóvenes misteriosas lo tenía en la mano y parecía muy interesada en su lectura! Me dirigí á ella en castellano, y me contestó en seguida, con gran alegría, en el mismo idioma. Desde entonces el misterio quedó descubierto. Eran polacas; desde muy niñas las habían llevado á la República Argentina y habían corrido toda la América del Sur. De vuelta á Europa habían desembarcado en Lisboa, pasado rápidamente por España é Italia, habían permanecido más de un año en el Cairo, y se dirigían al Cabo de Buena Esperanza con el fin de embarcarse nuevamente para Buenos Aires, que era la tierra que más les gustaba. Los tres idiomas que hablaban eran el polaco, el árabe y el castellano.

Estando en la isla de Zanzíbar tuve necesidad de hacer al-

gunas compras para reponer algo mi equipo. Me hallaba convaleciente en el Hospital de San José, y, no pudiendo yo salir á la calle, se avisó al dueño de un bazar, sastre, sombrerero, zapatero, proveedor de todo en una pieza, el cual se presentó en seguida para saber qué era lo que deseaba. Empezamos la conversación en inglés, pero bien pronto comprendí en el acento y en su defectuosa pronunciación que no era éste su lenguaje de uso corriente. Llevaba consigo un acompañante más joven, y al tomarme algunas medidas y dirigirse á él, noté con asombro que le hablaba en un castellano arcáico, como el que pudiera emplear el Marqués de Villena.—También yo conozco esa *fabla*—le dije.—Y desde entonces, con gran extrañeza de los ingleses, franceses, alemanes y swahilis circunstantes (que de todo había) seguimos conversando, él en castellano antiguo, yo en el mío corriente, dándole de cuando en cuando algún toque de los suyos. D. Isaac era judío, procedía de Goa; pero desde tiempo inmemorial—me dijo—venían de padres á hijos, no sólo él, sino casi todas las familias judías establecidas por las Indias Orientales, hablando el mismo idioma, que conservaban cuidadosamente como una reliquia.

En Lorenço Marquez, ciudad cosmopolita, pero al fin en su esencia portuguesa, no me ha extrañado encontrar por todas partes quien comprendiera y hablara el español; pero en el corazón del Transvaal, en tiempo de guerra, y cuando casi la totalidad de la población extranjera, allí residente en tiempo de paz, había emigrado, no dejaron de sorprenderme algunos hechos de que voy á dar cuenta.

Deseaba yo tomar algunos datos respecto á los recursos militares del Transvaal, á las pérdidas sufridas, á la marcha positiva de la guerra, datos oficiales que sólo en el Departamento del servicio secreto de Pretoria me podían proporcionar. Esto, naturalmente, era muy difícil. Presentáronme, sin embargo, á un alemán empleado en dicho departamento, y al oir mi nombre y saber que yo era español, me preguntó en nuestro idioma:

—¿Y de qué parte de España es usted?

—Soy castellano viejo—le respondí.—Pero usted, siendo alemán de nación y ciudadano transvaalense, ¿por qué ventura habla usted el castellano?

—Lo aprendí en Valladolid, allá en mis mocedades—me contestó.—Mis padres me enviaron á Castilla para aprender español, con fines comerciales; después he rodado mucho por el mundo; pero es un idioma que no he olvidado nunca, que me ha sido muy útil y que cada vez me gusta más.

Excuso decir que nos hicimos grandes amigos y pasamos muchas veladas tomando grandes tazas de chocolate en el gabinete trasero del Café del Transvaal Hotel, en Pretoria, contándonos en castellano una porción de cosas. Obtuve cuantos datos positivos necesitaba acerca de la guerra.

Otro hecho. Hospedábame en el Grand Hotel. Allí no se oía hablar más que *taal* (el dialecto holandés que usan los boers), alemán, inglés y alguna que otra vez francés. Una noche subía yo las escaleras, ya de retirada, al mismo tiempo que bajaba la *housekeeper,* es decir, el ama de llaves, la señora que llevaba la dirección doméstica del hotel. Dile las buenas noches en inglés, y me contestó en castellano y con pronunciación correcta:

—¡Buenas noches, Sr. Vera!

Me detuve, sorprendido, y le pregunto:

—¡Cómo! ¿Es usted española?

—No, señor. Soy francesa de los Pirineos. Pero he estado en San Sebastián y en Buenos Aires. En cuanto me enteré de que era usted español, me alegré mucho. El inglés y el alemán no me gustan, y los hablo muy mal. El español lo he aprendido bien y me agrada, ¡es tan bonito!

También encontré en los campos del Transvaal guerrilleros irlandeses como O'Reilly que conocían el castellano, y más tarde en la Ciudad del Cabo, ayudando á un veterinario militar portugués en una compra de caballos argentinos, resultó que los tratantes ingleses que hacían la operación hablaban es-

pañol perfectamente; y que cuando nos juntábamos en el hotel de Nelson ó el Consulado Argentino, el Cónsul español señor Ortiz; el de Portugal, Sr. López; el de la Argentina, señor Sterni, y algún otro extranjero á más de mi persona, no hay que decir que el castellano era siempre el idioma usado.

Otros muchos hechos podría citar, pero creo que los expuestos bastan para probar lo que al principio de este artículo dejo dicho, á saber: que no he hallado en mis viajes rincón ó paraje alguno de la tierra donde no haya encontrado alguien con quien hablar el lenguaje de Castilla. No puedo decir lo mismo del francés y otros idiomas europeos.

VICENTE VERA.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

FIN DEL ROMANTICISMO.—EL PERÍODO DE TRANSICIÓN.—REGRESO AL PUNTO DE PARTIDA DEL SIGLO XVIII.—EL REALISMO.—EL ANÁLISIS.—ENRIQUE BEYLE (STENDHAL).

Por exceso de material hube de tratar del romanticismo en Francia á grandes rasgos, fijándome tan sólo en las tendencias más marcadas, en las figuras más significativas, en las corrientes más caudales. Necesariamente debí omitir nombres y hechos que tienen su valor, su interés, pero que darían á estos estudios proporciones exageradas. Claro es que, en la selección de hechos y nombres, influye poderosamente el criterio personal, y á él he obedecido, hablando más despacio de lo que á mi juicio revestía superior importancia; pero, á título de justificación de mis preferencias, ante quienes estén algo versados en las tres fases, constituyente, militante y decadente del movimiento romántico, alegaré que las figuras principales para mí fueron las que lo son para todos: Chateaubriand, Madama de Staël, Lamartine, Alfredo de Musset, Víctor Hugo, Alejandro Dumas, Jorge Sand, Teófilo Gautier. En España suenan familiarmente tales nombres, aunque su biografía, su crítica y sus escritos sean harto menos conocidos de lo que suele afirmarse, aunque se les juzgue mucho de memoria y de oídas, aunque su labor literaria no haya sido metódicamente estudiada hasta el

día, que yo sepa, por ninguna pluma española, excepción de la de Menéndez y Pelayo (considerando el romanticismo francés desde el punto de vista de las ideas estéticas), y aunque el olvido en que caen los puntos de historia moderna (precisamente de la moderna, la que parece más accesible) vaya envolviendo, si no los nombres, los fastos y las glorias de esa gran generación tan vibrante, tan apasionada, que entre los accesos de su calentura acariciaba aquella ilusión magnífica que doró los albores del pasado siglo, ilusión de poesía y de libertad.

Parecióme también que el movimiento romántico no se explica sin ciertos factores que á él concurrieron; por eso traté de la reacción religiosa, del neocatolicismo, representado por nombres tan claros como los de Chateaubriand, Veuillot, Bonald, de Maistre, Ozanam y Lamennais. La entera transformación de los estudios históricos por el advenimiento de la escuela pintoresca, á que dió vida el genio de Walter Scott, merecía capítulo aparte, y se lo consagré. Por último, cité la aparición de otra forma literaria, que, en rigor, es patrimonio de nuestro siglo: la crítica, con su doble carácter objetivo é intuitivo; tema es este sobre el cual habrá que insistir; requiere mayor espacio, cada día se impone con mayores títulos á la reflexión y hasta al sentimiento estético.

Al llegar á la época moderna, considerémosla dividida en tres períodos: el primero, de transición del romanticismo al naturalismo; el segundo, del naturalismo; y el tercero, el actual, del neoidealismo y neocristianismo, que otros llaman la decadencia y también la anarquía. Fases sucesivas de una rápida descomposición de los elementos románticos, que, sin embargo, persisten y resisten, luchando con la reacción hacia el clasicismo diez y ocheno, con el espíritu científico y democrático, con todas las influencias nuevas y tradicionales, y retoñando donde menos se espera, á fuer de árbol que arraigó muy hondo, y de cuyas radículas todavía puede brotar vegetación frondosa.

Ante todo reconozco que esta división, con la cual aspiro á orientarme en la reseña de un movimiento literario vastísimo y todavía menos conocido entre nesotros que el romántico, no obedece á orden cronológico riguroso. Los frutos literarios no son como la hierba que, segada á un tiempo, á un tiempo reverdece. En el campo literario medran y fructifican á la vez producciones de diversas zonas: sin duda hay leyes de evolución, pero no están sujetas á reglas invariables ni metódicamente eslabonadas. Así como hemos visto, en la plenitud de la poesía lírica romántica, al clasicismo galo no sólo luchar, sino triunfar con Casimiro Delavigne y Beránger; así como, al sucumbir después de estrepitosas peleas el drama romántico, apareció una tragedia de corte clásico y ganó lo que aquél perdía, ni en la época naturalista murió el idealismo, ni hoy el naturalismo está tan decaído y arruinado como cuentan. En la literatura compleja de nuestras complejas sociedades modernas no se marcha hacia la unidad y el colectivismo, sino hacia la libertad y la personalidad reconquistada, la exageración individualista. Y ha solido suceder con esto lo que con el cristianismo naciente. Llamamos Era cristiana á siglos en que, si indudablemente la inspiración y la frescura auroral estaban en los innovadores, había en realidad muchos más paganos que cristianos, y puede asegurarse que la sociedad pagana era, en conjunto. Cada escuela literaria nace entre el poder y el dominio de otra escuela: es reprobada y condenada casi como herejía; combate mientras alienta, mientras lleva en sí una fuerza de espontaneidad y empieza á decaer cuando parece asegurada su victoria. Nunca muere por entero; sin embargo, lo que fenece es lo circunstancial, lo accidental, generalmente la envoltura retórica. Pero el alma de verdad que indefectiblemente contiene toda doctrina, la suma de revelación que aporta, es lo que perdura y debe perdurar de ella. Sin duda la literatura se ha desenvuelto sucesivamente: sin duda el clasicismo precedió al romanticismo; pero cuando entramos en pormenores, no se encuentra la solución de conti-

nuidad, y adviértese que el clasicismo, no en lo que tenía de formal, sino en su esencia, íntimamente unida al genio nacional francés, nunca desapareció, y sólo aguardó el momento favorable para echar por tierra al romanticismo.

Recordemos cómo Gautier lo hirió en la médula proclamando la impasibilidad y la impersonalidad del arte. Asomaron á favor de esta doctrina, como elementos de la transición, entre el renaciente espíritu clásico, el realismo y el naturalismo, llamado el último á dar á Francia y á la literatura general soberanos ingenios y profusión de obras maestras. Y no faltó una señal anunciadora de grandes cambios: el impulso hacia la unidad en las nuevas direcciones. Así como los románticos habían sido *unos* por el lirismo (cualquiera que fuese su nota propia), los realistas y naturalistas fueron *unos* por la impersonalidad; la aleación romántica que les quedaba pudo medirse por la dosis de lirismo que conservaron. El que, años después, se colocó á la cabeza del naturalismo, Emilio Zola, reconoció esta aleación, y habló del lirismo como de un tumor ó cáncer que jamás había conseguido extirpar enteramente.

A pesar de estos rezagos de romanticismo, más tenaces y visibles en ciertos géneros y en ciertos autores, la evolución es tal, que puede decirse que el arte literario gira sobre su eje. El cambio rebasa de los límites de la forma y de los accidentes de la composición, y llega hasta la substancia del arte. No fueron el realismo y naturalismo (como superficialmente se ha afirmado y como aún se oye repetir sin examen) una *moda* literaria (no existen tales *modas*, en el sentido *arbitrario)*, sino una transformación, la más profunda que puede sufrir el arte, al variar de un modo radical los principios á que obedece (conscientemente ó no) su desarrollo. Quizás cabría esta evolución al paso de la Edad Media al Renacimiento. Y en efecto, al afirmar contra el romanticismo la representación objetiva de la realidad, sin quererlo ni saberlo, se volvió hacia aquel tan odiado clasicismo, fórmula á la cual, por muchos

conceptos, pertenecen los primeros anti-románticos, los psicólogos y los realistas, anunciados por Stendhal.

Stendhal es el primero de los escritores complejos é híbridos que encarnan la transición, y que, arrastrados por el romanticismo, ó anclados en el clasicismo, van, sin embargo, insensible é involuntariamente, á abrir la zanja y echar los cimientos, no sólo del naturalismo, sino de escuelas más modernas que sobre las ruinas del naturalismo se han alzado. Vistos de cerca estos tipos, nótase que ofrecen caracteres propios de distintas épocas literarias y los reunen y juntan en sí, como el grifón y el drago las alas del ave y las garras sólidas y macizas del cuadrúpedo. Se les ha llamado repetidas veces precursores del naturalismo, y lo son, en efecto; como tales se les ha estudiado, y como tales era lícito estudiarles; pero también cabría tenerles por testamentarios del romanticismo ó predecesores geniales y nunca sobrepujados de las tendencias ultramodernistas. Recurriendo al vocabulario de la arquitectura, diré que son escritores del orden compuesto.

Nota característica de estos escritores que he llamado de transición, que les distingue de los románticos: no se presentan como *vates,* sino como *investigadores:* su forma propia es épica, objetiva. El hombre sale de sí mismo y espacía la mirada en derredor suyo. Los que no son realmente novelistas por la creación de la fábula (en la escuela que va á surgir, lo de menos), pertenecen, sin embargo, á la epopeya; son, antes que entusiastas, narradores y observadores. Bajo el romanticismo se hacía gala de sensibilidad exaltada y enfermiza; y ya, como si se agotase un manantial vivo y fluyente, se retrae la sensibilidad, ó mejor dicho, se oculta su manifestación externa bajo una capa de impasibilidad fría, irónica ó marmórea. Del campo romántico venía *Teo*, y no pudo idear cosa más mortal para el romanticismo, agitado y confuso, que la frialdad pagana unida al culto idolátrico de la forma. Dentro de la misma corriente, trayendo afirmaciones nuevas, encontraremos á autores tan diferentes como Stendhal y Próspero Mé-

rimée, Gustavo Flaubert y Honorato de Balzac, Ernesto Renán é Hipólito Taine.

Puede inducir á error, al considerar la época naciente, la cuestión de cronología. El romanticismo no duró mucho, pero los grandes románticos sí: sobrevivieron al hervor y al oleaje de su juventud, y prolongaron, con su existencia y su longevidad, con su laboriosidad, la ilusión de que el romanticismo de escuela perduraba. Jorge Sand vivió hasta 1876; Víctor Hugo hasta 1885, mientras Stendhal, que representa la evolución por la cual Sand y Víctor Hugo fueron postergados, falleció en 1842; Balzac en 1851, Baudelaire (padre de tantas direcciones contemporáneas, actualísimas) en 1867, y Próspero Mérimée en 1870. Datos que conviene no olvidar, y que prueban cómo las tendencias características de un período literario y social, que se afirman por medio de algunas individualidades poderosas, cumplen su evolución fatalmente, sin que les valga el auxilio de las mismas individualidades, que han perdido en ese respecto toda su eficacia, toda su virtualidad, aunque continúen produciendo, y obras no menos bellas, tal vez superiores á las del período *apostólico*.

Stendhal demuestra las sorpresas y engaños á que nos expondría una clasificación razonada por orden cronológico. Enrique Beyle—conocido por el pseudónimo de *Stendhal,* y que no sólo debe contarse entre los escritores de transición, sino entre los maestros más invocados y aclamados por las escuelas que hemos visto sucederse: el naturalismo, el psicologismo, la crítica de Taine, los *energistas* contemporáneos—nació en 1783, y por consiguiente, pensó y escribió en la plenitud del romanticismo: tenía veinte años cuando *El Genio del Cristianismo*, *Atala, René*, se publicaban ó iban á publicarse. Envuelto, eclipsado por la gloria y el brillo de una época á que moralmente no pertenecía, aunque la fatalidad cronológica le obligase á vivir en ella, Stendhal escribió mucho y apenas fue leído: no le entendían; y sólo mediante una de esas rehabilitaciones póstumas que en España no conocemos, porque hay

pereza de estudiar á los vivos y á los muertos mucho más, pero que se ven con frecuencia en los países intelectuales, ha ascendido al puesto que hoy ocupa. Hacia 1840, dos años antes de morir, profetizaba Stendhal: «Probablemente tendré algún éxito allá en 1860 ó 1880.» Ningún escritor habrá vaticinado con mayor lucidez. Su fortuna literaria nació tarde, pero robusta y con cuerda para dos ó tres generaciones, movidas por ideas enteramente contradictorias, y profesándolas y tremolándolas por bandera, conformes, sin embargo, en la admiración y devoción á Stendhal.

Lo primero que en Stendhal se nota es la ambigüedad y complejidad de la fisonomía, cosa muy del agrado de los contemporáneos, que se inclinan á desdeñar la sencillez como signo de inferioridad. Stendhal fue un sujeto misterioso y enigmático, en quien se juntaron facultades que suelen excluirse, elementos que riñen: el ejercicio tenaz del análisis y el culto de la acción, ó, según hoy se dice, la apoteosis de la energía.

Nació en Grenoble, en el Delfinado, aunque, por alarde de simpatía á Italia, la tierra donde encontraba afinidades con su carácter y gustos, mandó escribir sobre la lápida de su sepultura *Arrigo Beyle, milanese*. La familia de Beyle pertenecía á lo que llaman en Francia aristocracia de toga—semiaristocracia, sangre violeta, no azul. —Su madre, que murió joven, era de origen italiano tal vez; en su casa se hablaba italiano, se leía á Tasso y al Dante. Los biógrafos de Beyle, para excusar la ferocidad de ciertos rasgos de su pluma, recuerdan la orfandad de madre y las tiranías domésticas; la tía Serafina, que le detestaba; la austera y sombría casa del abuelo materno, en la cual pasó la niñez; la compresión; el aislamiento; el no permitirle jugar con otros muchachos de su edad; los azotes que le daba un cura, á quien le pusieron por ayo; todo lo cual fue parte á que profesase á su familia antipatía mortal, y á que su sensibilidad se trocase en rencor amargo. En sus compañeros de escuela no vió sino un hato de pilluelos egoístas;

en sus deudos, unos enemigos. Su desencanto se petrificó en desprecio. No era duro de corazón, pero se empeñó en aparecer como si lo fuese.

El entusiasmo que naturalmente despertaban en los muchachos los triunfos de los ejércitos republicanos, movió á Stendhal á querer ingresar en el Colegio de Artillería, y con tal objeto llegó á París el último año del siglo XVIII, cabalmente la víspera del 18 de Brumario, jornada que puso la suma autoridad en manos del artillero Bonaparte. Esta circunstancia explica sobradamente la influencia inmensa y singular que sobre la imaginación de Stendhal ejerció el destino de Napoleón, su carácter, su encumbramiento. Sainte Beuve, que extracta la biografía de Stendhal de donde yo la extracto, de la muy concienzuda de R. Colomb, el amigo constante de Stendhal, dice de este momento: «¡Fecha memorable, tan propia para grabarse en un alma joven!» En efecto, para Stendhal, la estrella napoleónica fue norte de su vocación, y hasta le señaló el rumbo de novelista. Obsérvese que en todos los grandes escritores de la época de Stendhal, y aun mucho después, notamos esta obsesión del gran caudillo que hoy remanece, pues existe una pléyade de intelectuales que, al través de la admiración involuntaria y fanática de aquel Stendhal, más inclinado á la ironía que á la exageración, hasta en presencia del Coliseo romano adoran el recuerdo del primer Bonaparte. El culto del héroe, la tesis de Emerson y de Carlyle sobre el grande hombre, á nadie se adapta como al Corso. Su prestigio y su obsesión súfrenlos todos sus contemporáneos, ya sea para ellos el azote de Dios, el rayo descendido del cielo, como creía De Maistre; ya sea el enemigo, el tirano, el que se elevó sobre las ruinas del ara de la libertad, como para Mad. de Staël; ya el Atila que diezma á Francia, como para Chateaubriand, bien podemos asegurar que la historia de los sentimientos literarios en Francia gira en torno de ese gran factor. El punto de vista desde el cual Stendhal lo consideraba, era, sin embargo, nuevo entonces; aunque por instinto lo acatasen los que

seguían á Napoleón ciegamente prodigando sangre á una palabra suya, á nadie se le ocurrió formularlo en las letras sino á Beyle, tomando al Corso como á un Mahoma, una especie de fundador de religión, la *religión de la energía*. El culto napoleónico, la glorificación del individuo que se abre camino por la voluntad, despreciando obstáculos, — la suprema fórmula del anarquismo,— tuvo por pontífice á Stendhal, y después extendió sus raíces por toda Europa. El estudiante criminal de Dostoyewsky, en su célebre novela *Crimen y castigo,* Raskolnikof, no es sino un *napoleonista,* un sectario de esa religión de los fuertes, que no reparan en medios. Hoy esa religión es una de las grandes corrientes de pensamiento en la juventud literaria francesa. Así como en los comienzos del romanticismo se *osianizaba,* se aspiraba á pasar por alma melancólica, hoy se aspira á pasar por alma de acero, capaz, como Nerón, de abrasar á Roma para calentarse y divertirse. Esta religión cuenta entre sus adeptos y secuaces, en primera línea, á Mauricio Barrés, conocido en España y gran admirador, como de Napoleón, de San Ignacio de Loyola.

Las fases de la idea de Napoleón revelan las evoluciones literarias. Al principio, mientras vence y domina á Europa, mientras se le puede aplicar lo que la Biblia dice de Darío, y lo que Manzoni quizá tomó del libro sagrado, *siluit terra in conspectu ejus,*—la literatura ve en Napoleón al tirano, algo como la peste ó el terremoto; pero apenas viene la desventura y la expiación, comienza la leyenda de oro á bordar sus misteriosos recamos; empieza la campaña patriótica de Beránger, el *petit chapeau avec redingote grise;* Víctor Hugo empuña la trompa y canta las espléndidas banderas, las águilas triunfadoras, la Columna; y Napoleón, en gran parte por obra de las letras, asciende á deidad, es el sacro númen de la patria. Más todavía: lo que en Beránger es el *refrain* democrático, la alegría popular ante el paladín y el caudillo que no procede de las Cruzadas, sino de la revolución sangrienta, en Víctor Hugo el himno, el transporte de Simónides ante la belleza del heroís-

mo,—la generación de la cual Víctor Hugo y Beránger pueden considerarse abuelos, la de hoy, lo convierte en una especie de sistema filosófico, en una concepción total de la vida,— y eleva á dogma la fuerza, la violencia, la acción, aconsejando como remedio para la supuesta decadencia de Francia el cultivo y desarrollo de la energía á toda costa.

Confieso—y séame perdonada la digresión, ya volveremos á Stendhal,—que esta tesis de la «glorificación de la energía» que á primera vista no carece de seducción, sería para mí doblemente atractiva y hasta llegaría á persuadirme y conquistarme, si mi amigo Mauricio Barrés, *stendhalista* puro, no hubiese tenido la ocurrencia de situar la tierra de promisión de la susodicha energía en nuestra España, y no en la de los siglos XVI y XVII, sino en la contemporánea, donde vivimos. Andamos por ácá tan deseosos de ver despuntar por alguna parte la energía de que Barrés nos cree saturados, que no sin extrañeza leemos su libro de viaje por España, titulado *Sangre, deleite y muerte*. Cuando los estadistas nos encuentran amodorrados y sin pulso, Barrés entiende que vivimos con una intensidad nerviosa incomparable. Mientras Costa nos repite que no tenemos hombre aquí, los partidarios de la energía exponen que aquí lo que sobra son hombres, personalidades de alto relieve. Barrés, al sentirse atraído por España, obedece á la misma idea que los demás discípulos de Stendhal, todos fervientes admiradores nuestros: Mérimée, que tanto nos visitó y escribió de nosotros; Taine, que pensó escribir la historia de nuestra literatura antes que de la inglesa. Los románticos también nos habían idealizado, pero con un color local más exacto; ¿no es idealización la de estos discípulos y continuadores de Stendhal?

Prosiguiendo la biografía del ciego adorador de Napoleón, en opinión del cual Francia, como nación, dimitió en 1814—y reseñándola á la ligera, porque aun cuando en la vida de Stendhal no hay grandes páginas, hay muchos incidentes y episodios que explican la obra literaria,—conviene saber que

en 1799, año octavo de la República, salió en dirección á París, lleno de ilusiones, para ingresar en la Escuela politécnica: hervía en la capital el entusiasmo por el primer Cónsul. La influencia de su amigo Daru, Secretario é Inspector de Guerra, hizo que Stendhal, en vez de ingresar en Artillería, entrase en las oficinas del Ministerio. En esta primer etapa, aislado en París, el joven delfinés se aburría, se moría de nostalgia. La vida adquirió interés á sus ojos cuando aceptó con júbilo acompañar al ejército de Italia á Daru. ¡Italia, patria de su espíritu! ¡Qué de emociones! Pasó el San Bernardo dos días después que Napoleón: los formidables destinos del coloso le arrastraban ya en su estela. Poco después, vió por primera vez, ante el fuerte de Bard, el fuego de las batallas, y sintió la impresión embriagadora del peligro, que barre las telarañas del tedio. Dos supremos deleites conoció á la vez: el peligro y la música de Cimarosa. El delirio del arte se apoderó de Stendhal. En 1800 asistió como aficionado á la batalla de Marengo; y sugestionado por la epopeya, queriendo pasar de espectador á actor, entró en los dragones y siguió la campaña hasta el tratado de Luneville, portándose como un valiente. Por lo mismo que lo era, la vida militar se le hizo insufrible en tiempo de paz, y pidió el retiro. Volvió á su casa con los hábitos y las licencias de soldado; su familia no le pudo sufrir, y le envió á París con modesta asignación. Beyle dedicó en París sus ocios á estudiar; el amor y las letras se disputaron su espíritu. Después de algunas aventuras sentimentales, en 1806 vuelve al ejército, asiste á la batalla de Jena, vé á Napoleón entrar triunfante en Berlín, y empleado en la Cancillería Imperial—pues el coloso empieza á distinguirle—toma parte en los preliminares y negociaciones de los desposorios con María Luisa de Austria. Cuando la brillante estrella principia á palidecer, acompaña al ejército de Rusia; sus ojos ven las rojizas llamaradas del incendio de Moscou; al pronto, las toma por una aurora boreal... Eran el ocaso del Imperio. Hasta el último instante sigue la moribunda fortuna de Napoleón

en Erfurth, en Lutzen; ejerce el cargo de Intendente, pero no sin riesgos: aparte de las penalidades que sufría todo el ejército, á veces una bala de cañón le despertaba hundiendo el techo de su alojamiento. Y así como había llegado á París al día siguiente del 18 de Brumario, que erigió á Napoleón sobre el pavés, tocóle en suerte llegar el 1.° de Abril de 1814, en que el Senado firmó la supresión del Imperio. La caída del Corso era el fracaso de la vida entera para Stendhal.

Determinó entonces seguir sus decididas inclinaciones de viajero, y pasó á Italia, donde se quedó tres años. Allí escribió la *Historia de la pintura en Italia*, y vivió feliz, saturado de arte y de feminidad. Bien acogido en todas partes, gozó de la facilidad expansiva del trato italiano (uno de los encantos que Italia va perdiendo), hasta que un envidioso esparció la voz de que era espía secreto del Gobierno francés, y se le cerraron puertas y se le hicieron desaires. Stendhal, en extremo pundonoroso, sintió esta calumnia á par del alma; fue—son sus propias palabras—el golpe más terrible que recibió en su vida. Así pagó bien cara su manía de misterio, de adoptar nombres raros, de atribuirse profesiones que no ejercía; esa afición al pseudónimo y al disfraz que también padeció su primer discípulo, Próspero Mérimée.

Poco después le persiguió por carbonario la policía austriaca, y no queriendo correr la suerte del inocente mártir Silvio Pellico, que desde los Plomos de Venecia iba pronto á gemir

dello Spielbergo in fondo,

salió de malísima gana hacia París, donde permaneció hasta 1830, frecuentando los salones (afición constante en él), sobre todo el del autor de *La Ideología*, Destutt de Tracy, á quien admiraba, y de cuyo sistema se había empapado. Fue ésta para Stendhal la época de apogeo mundano y literario, la que formó su reputación de hombre ingenioso y conversador—única que disfrutó en vida. Pasaba por uno de esos talentos de salón, observadores y expertos, amenos y picantes.

No fue, sin embargo, tan dichoso este período para Stendhal como el de su estancia en Italia, y hasta consta que por diferentes preocupaciones, en especial pecuniarias, proyectó entonces quitarse la vida.

A la caída de la Restauración, le enviaron de Cónsul á la melancólica ciudad de Trieste, de lo cual se consoló pasándose el tiempo en Venecia. Los recelos de Metternich le trasladaron de Trieste á Civita-Vecchia, donde aquel hombre sociable hubiera sucumbido al tedio, si no pudiese hacer escapatorias á Roma. Fue el tedio, en Stendhal, enfermedad que remanecía por accesos, sobre todo cuando le faltaba la acción ó el ejercicio de la inteligencia, y se consumía en la quietud y en el retiro. Hacia 1835, para combatir el aburrimiento y librarse de un clima malsano donde tres meses padecía el *aria cattiva*, solicitó un Consulado en España. No lo consiguió, y sus viajes á España fueron de recreo no más. Hacia 1839 sintióse Stendhal enfermo, caduco, abatido, fatigado de la existencia; no deploraba la proximidad de la muerte, pero sí la de la vejez, con su inevitable séquito de achaques; la gota, escollo de las complexiones vigorosas, las perturbaciones cerebrales y la ataxia, resultado de la vida intelectual y sensitiva con exceso. Amenazado de apoplegía, pasó á París en 1841, domado y alicaído, transformado por la decadencia física, despojado de su cáustico ingenio, de su vivacidad de polemista, de cuanto le caracterizaba moralmente. Habíanle prohibido los médicos el menor trabajo literario; desobedeció la prohibición á principios de 1842, y el 22 de Marzo, antes de cumplir los sesenta, cayó fulminado por el derrame sanguíneo, en la acera de la calle, á la puerta del Ministerio de Estado, lo cual parece simbólico en hombre que *por poco* alcanza los más altos puestos diplomáticos, y no pasó de Consulados que fueron destierros. En su sepultura colocaron el epitafio donde se declara *milanés*, habiendo renunciado á la nacionalidad francesa, según nos dice su biógrafo, porque Francia en 1840, planteada por primera vez la cuestión de Oriente, no quiso

aceptar los azares de la guerra. Por segunda vez le pareció á Beyle que su patria «dimitía», y no se resignó á formar parte de un pueblo dimisionario. Eligió la patria de su alma, Milán.

Tal fue lá vida externa de este hombre que, hasta después de muerto, no realizó ninguna de las que pudieran ser sus grandes aspiraciones, que tuvo un destino fallido, hasta azaroso, y que sin embargo, como su epitafio nos lo dice lacónicamente, escribió, amó y vivió, en el sentido más intenso de estas palabras. ¿Quién sería capaz de jurar que no cabe mayor dosis de decepción en lo conseguido que en aquello á que se aspira? Stendhal experimentaba más ansia de dicha que ambiciones. Sabía á punto cierto que, vivo, no triunfaría su nombre, sin que por eso le rebosase la hiel. Los literatos verdaderamente amargados cuando fracasan, son aquellos que no conocen otros goces que los de la vanidad: organizaciones pobres é incompletas, liras sin cuerdas, sensibilidades limitadas é inarmónicas. Stendhal era de las organizaciones más ricas, y el fastidio le atacaba únicamente cuando no podía poner en juego sus múltiples facultades de inteligencia y sensación. Bien mirado, fueron más ególatras que Stendhal los del temperamento poético, Chateaubriand, Lamartine, el propio Byron. Stendhal podía ausentarse de sí mismo, y lo hacía con frecuencia. El amor (más elevado y refinado de lo que suele suponerse en Stendhal), las viriles emociones del peligro, las sensaciones vivísimas de arte, con la música y los cuadros; el goce inexhausto de los viajes, el refinado cosmopolitismo, la sociabilidad; las letras, cultivadas sin pretensiones ni interés, llenaron la existencia de Stendhal como no podrían llenarla las riquezas, la celebridad, los cargos ni los honores. Si por mil razones debemos compadecer á todo hijo de Adán, en suma no son los menos dichosos acá abajo los epicúreos sentimentales, intelectuales y artísticos, que ponen el objeto de la vida, no en lo vano de la jerarquía, sino en goces del espíritu vibrando al través de la materia.

Así es que Stendhal (fácilmente consolado de la ruina del

Imperio, que era su propia ruina como ambicioso), creo advertir en sus escritos, cartas y memorias, que no se consoló nunca de dos cosas: de no ser guapo y de no haber nacido noble de veras, con nobleza azul. Estas ventajas personales y de nacimiento, dan prestigio en los salones y ante las mujeres. Disculpables flaquezas, que llevaban consigo otras, el afán de disimular los estragos de la edad, cierto *dandismo,* en que Stendhal, precursor de tantas direcciones literarias, lo fue de Barbey de Aurevilly, otro viejo verde y lechuguino.

La mucha sagacidad de Stendhal, que le llevaba á pronosticarse éxitos allá en 1860 ó 1880, no alcanzó, sin embargo, á adivinar el alcance de estos éxitos, el poder de su obra á distancia, saltando, según la frase de Bourget, el vasto cementerio de dos generaciones. Es caso singular, porque no se trata de ese éxito moderado, de ese tributo de justicia que la posteridad no siempre otorga, sino de una devoción, de un fanatismo, de una acción intensísima, que han erigido al obscuro Cónsul de Civita-Vecchia, al semidesconocido corresponsal de las Revistas inglesas, al discreto comensal de Tracy, en venerado maestro de maestros. Con objeto de mostrar el tono en que se empezó á hablar de Enrique Beyle, y el ascenso de su fama, transcribiré dos párrafos, uno de Taine, otro de Bourget: «Para explicar á los escritores—dice el autor de la *Historia de la Literatura inglesa*—habría que escribir un capítulo de análisis íntimo, labor apenas iniciada. Sólo un hombre, Stendhal, lo emprendió, y aun hoy (1863) se le encuentra paradójico y obscuro: eran prematuras sus ideas, prematuro su talento; no se comprendieron sus admirables intenciones, sus profundas palabras pronunciadas como al descuido, la asombrosa exactitud de su observación y su lógica; no se ha visto que, bajo sus apariencias de ingenio mundano, ponía el dedo sobre los grandes registros, traía procedimientos científicos á la historia del corazón, que resumía, desintegraba y deducía, y era el primero en señalar las causas fundamentales—nacionalidades, climas y temperamentos;—en suma, que trataba los

sentimientos como deben tratarse, clasificando y pesando fuerzas... por lo cual ha permanecido aislado y excéntrico, escribiendo viajes, novelas é impresiones, para los veinte lectores que solicitaba y obtenía.» Aveníase así, en alta voz, Hipólito Taine, á la opinión de los que creen que el sistema y método tainiano, de los temperamentos, la raza, el medio ambiente, sólo tiene de suyo el haberlo exagerado; pero que existía íntegro en los escritos de Stendhal, á quien Taine, en otro párrafo, proclama el más grande, el más profundo de los psicólogos habidos y por haber.

Más de treinta años después, cuando Bourget publicó sus *Ensayos de psicología contemporánea,* la apreciación de Taine ha cundido, el nombre de Stendhal asciende todavía. «Este soldado de Napoleón—dice Bourget—cruzó su época literaria como se cruza un país extranjero cuyo idioma ignoramos. Los pocos amigos que le conocieron y estudiaron no pudieron soñar para él esta apoteosis de ultratumba. De tal modo crece Stendhal, que hoy decimos: Stendhal y Balzac,—como diríamos Hugo y Lamartine, Ingres y Delacroix.» Poco después, hablando de la novela *Rojo y negro,* la obra maestra de Stendhal, Bourget refiere cómo se la saben de memoria los escritores contemporáneos, cómo más de diez veces oyó que á porfía citaban trozos, cual se cita el Evangelio. Y en la intensidad de su admiración por Stendhal, Bourget llega á suponer que esta sola novela equivale á toda la *Comedia humana,* de Balzac.

A mi parecer, si el casi olvido en que vivió Stendhal se explica pero no se disculpa, también va algo más allá de lo razonable el fanatismo de ahora. El examen de sus obras me dará ocasión de fundar este aserto.

No es Beyle un escritor extraordinariamente fecundo. Sus novelas son: *Rojo y negro; Armancia; La Abadesa de Castro*; *La Cartuja de Parma.* En cuanto á *Victoria Accoramboni, Los Cenci*, etc., les llamaremos narraciones breves. De crítica literaria, musical y artística escribió las *Vidas de Haydin, Mozart y Metastasio*, la *Historia de la pintura en Italia,* la *Vida*

de Rossini, *Racine y Shakespeare*; de viajes (y de arte), *Roma, Nápoles y Florencia, Paseos por Roma*, *Memorias de un turista*; de psicología, el famoso tratado *Del amor*. Añádanse algunas obras póstumas, una *Vida de Napoleón*, cartas, apuntes autobiográficos—y tenemos el conjunto de lo producido por Stendhal; siendo del caso añadir que los libros verdaderamente influyentes son *Rojo y negro* y *Del amor*; en segunda línea, *La Cartuja de Parma* y *La abadesa de Castro*.

Lo primero que debe decirse de Beyle, sin eufemismos; lo que han repetido y confesado sus más acérrimos admiradores, es que escribía mal.—Hay varios modos de escribir mal, por exceso y por defecto, y conviene recordar que Beyle escribe mal por exceso de sequedad y desnudez. Yo compararía á Beyle, escribiendo, con esas Magdalenas de luengo cabello y cuerpo hermoso, sin otra vestidura que una estera tosca. Bajo el seco y rudo esparto del estilo de Beyle hay una riqueza ideológica, una fuerza de sugestión bien demostrada. Nadie, sin embargo, me convencerá, por más sofismas que empleen, de que el cuerpo y la cabellera de Magdalena serían menos bellos si los revistiese brocado. He leído mucho á Stendhal, parte por gusto, parte por razonar su influencia y darme cuenta de sus méritos; cada vez me he convencido más de que es un escritor que no se saborea: se masca y se traga. Hace pensar; suscita ideas,—no pasemos de ahí. La gracia y la seducción de la frase; la envolvente suavidad; la dignidad; la opulencia; el movimiento; la amplitud; la armonía; el colorido; la delicadeza; la felicidad de expresión; los varios y ricos dones del escritor, en suma, faltan á Beyle. Su figura, en realidad, mejor que en la historia de la literatura, donde tanto influye la forma, encaja en la del pensamiento. Es un pensador y un psicólogo, que se manifestó por medio de la novela y de la crítica, en vez de producir solamente tratados y ensayos, donde condensase sus observaciones. Ahora bien: cuando un escritor que engendra fanatismo escribe como Beyle, sus admiradores incondicionales dan á entender que lo hace

á propósito; que (continuando la comparación de la Magdalena) las galas que le faltan las ha arrojado voluntariamente para ceñirse la pleita y retirarse á la cueva abierta en la roca. Por mí, no lo creo. Cada uno escribe como puede y lo mejor que puede: si Stendhal dispusiese de otra vestidura, la hubiese empleado, en vez de atenerse al estilo peculiar del Código. No lo creía tampoco Sainte Beuve; con su habitual perspicacia, pone el dedo en la llaga siempre. «Balzac—escribe el crítico de los Lunes—encuentra deficiente el estilo en Beyle. Yo pienso lo mismo. Beyle dictaba y emborronaba como si hablase; y al querer corregir y retocar, hacía de nuevo la página, con igual descuido. Lo que no le salía bien desde un principio, ya no le salía nunca. Su estilo no transparenta su pensamiento. No es de aquellos que á la vez emiten la idea y su imagen; en quienes la emoción lírica, elocuente, nace y brota de un modo inspirado, con desarrollo armonioso y natural. El estudio tampoco podía en él remediar este defecto: no había conocido maestro, ni ese profesor de retórica que siempre conviene haber tenido, hasta para rebelarse contra él. El propio Beyle, á pesar de sus teorías, comprendía bien que algo le faltaba. Alardeando de despreciar el estilo, preocupábale el estilo infinitamente.»

Entiéndase bien que ese *algo* que se echa de menos en Beyle no es el follaje, la ramazón, la cabellera magdalénica del estilo; lo que Beyle, con fino gusto, reprobaba en Balzac. Beyle podría ser un escritor muy sencillo, de sencillez dórica, y un gran escritor, un clásico indiscutible. El defecto de Beyle radica más hondo: en la estructura, en la armazón. Beyle no tiene la «simplicidad agreste y burguesa» á que aspiraba; es árido, secatón y sordo—y no es á menudo ni claro ni natural. La frondosidad y la asiática prodigalidad de Balzac traslucen mejor la intención y la idea, que el álgebra complicada y concisa de Beyle. Una lisa chapa de plomo encubre más las formas que una túnica recamada de colorines y recargada de oro, pero al fin flotante.

Deficiencias y cualidades, tradición y originalidad, en Beyle, se perciben mejor en las novelas que en los estudios críticos. Su procedencia del siglo XVIII, su filiación que saltando el romanticismo de escuela le enlaza con Diderot y Voltaire, su sensualismo ideológico, su doctrina del ambiente, de las razas, los caracteres y los temperamentos, que le hace cabeza y padre de tan vasta descendencia de novelistas, historiadores y pensadores—todo está concentrado en pocas novelas. Examinémoslas sucintamente.

Armancia es la primera que publicó. En el prefacio de esta novela rara y poco extensa, que salió á luz en 1827, encontramos, al excusarse Beyle de propósitos satíricos y de *clave*, una declaración dogmática naturalista. «Los autores presentan al público un espejo. ¿Qué culpa tienen si ante el espejo pasa gente fea? ¿De qué opinión es un espejo?»—Ahora bien, según Sainte Beuve (y esta aseveración debemos juzgarla exacta), Beyle no presentó tal espejo, porque, cayendo en el error frecuente en los novelistas que estudian el gran mundo, habló de él sin verlo de cerca; juzgándolo, por referencia de oídas. Beyle, nos dice Sainte Beuve, frecuentaba otros salones más agradables, no los del arrabal de San Germán, que quiso retratar; y la parte descriptiva de *Armancia* peca por ahí. El asunto, en extremo escabroso, tuvo origen en una historieta mundana, asaz curiosa y que demuestra cómo la malignidad desfigura los hechos. A una gran señora, que recibía escogida sociedad y que escribió algunas tiernas y sentidas novelitas, la Duquesa de Duras, se le ocurrió leer en su salón un relato titulado *Oliverio*. Nunca tal hiciera. Al correr la voz, se acreditó una versión de las más equívocas respecto al argumento. La novelita no vió la luz; pero Beyle, sobre el mismo tema, compuso *Armancia*, suponiendo que la autora era «una señora elegante»; y Latouche hizo más: publicó bajo el velo del anónimo una novela titulada *Oliverio*, con el resbaladizo asunto supuesto, y con el firme propósito de que se creyese que aquélla era la comentada obrita de la Duquesa.

Rara vez, excepto en casos típicos como el del falso Osian, tienen éxito franco las supercherías y las picardigüelas literarias á que ciertos autores como Beyle y Latouche encuentran exquisito sabor, el placer de embromar con antifaz. Apenas se hizo caso de *Armancia*, novela por cierto mejor compuesta que las que su autor produjo después. La primera fue *Rojo y negro,* obra hoy tan ensalzada, donde ven tantas cosas sus apasionados, que la califican de «una de las Biblias del siglo XIX». Es, no cabe negarlo, libro que, con todos sus defectos, causa impresión fuerte y honda, si no la incurable intoxicación de que habla Bourget; diferénciase de la mayoría de las demás novelas, como el buitre de los estorninos. Antes que Nietzsche, Beyle nos muestra franqueada por las almas de presa la ideal demarcación que mantiene á las almas débiles más acá del mal y del bien.

Julián, el héroe, es tipo menos poético que *René* y *Werther*, y sin embargo, por la exaltación de su egoísmo individualista, pertenece de derecho á la progenie del romanticismo,—recuérdese que hemos dicho que los elementos de esta gran expansión de la personalidad vamos á encontrarlos en todas partes, hasta donde menos se pensaba, hasta en los cimientos de la escuela objetiva y naturalista. Julián es un muchacho pobre, de obscuro nacimiento, de vasta instrucción, orgulloso, altanero, y, dígoselo de una vez, envidioso; al entrar con título de preceptor en una familia aristocrática, no piensa sino en vengarse secretamente de ser plebeyo y humilde, seducir fríamente á la señora de Renal, dominarla, afrentar á su marido y á la clase social á que ambos pertenecen. No es este móvil de represalias el único que guía las acciones de Julián: quiere venganza, pero también quiere, con rabia, ascender, llegar; la improvisada suerte de Napoleón, su poderío, su elevación casi milagrosa, se le han subido á la cabeza; esta sí que es verdadera intoxicación. Los grandes destinos influyen así sobre muchos destinos desconocidos, borrosos al parecer, intensos por dentro hasta un grado delirante.

Julián Sorel se diferencia de los «fatales» del romanticismo en que éstos luchaban consigo mismos, Julián con la sociedad entera; y aunque hay en él algo de *Antony*, parécese más á los *struggle for lifeurs* del día (á los de ideal de dominio, no de bienestar material, ni aun de refinamiento). Esto es lo que eleva el tipo y le da proporciones satánicas. La acuidad del análisis, lo implacable de la disección, aumenta el interés de esta novela, que leemos ya sublevados, ya subyugados; nunca indiferentes. En ella, aunque el estudio de la realidad exterior es fiel, lo eclipsa enteramente la labor del psicólogo, cumplida tan á conciencia, que Beyle es de los pocos escritores que no incurrieron en ridiculez contestando al que le interrogaba acerca de su profesión: «Soy observador del corazón humano.» Observación anatómica, dolorosa, que le inspiraba estas palabras, dirigidas á su hermana Paulina, y que son una profesión de fe literaria: «Cuanto más ahondamos en nuestra alma, cuanto más nos atrevemos á expresar un pensamiento muy secreto, más temblamos al verla escrita: parece extraño, y en esta extrañeza consiste su mérito. Por eso es original, y *si además es verdadero, si las palabras reflejan bien lo sentido, es sublime.*» He subrayado la última cláusula, entendiendo que encierra el credo de Beyle.

Existe, sin embargo, en los movimientos del corazón, en ese secreto santuario del pensamiento, mucho que siempre resistirá al análisis y no podrá tener explicación satisfactoria. Esto lo advertimos en nosotros mismos: *observamos* que no podemos *observar*, que no acertamos á definir y depurar las causas obscuras de nuestra sensibilidad propia; menos aún de la ajena; y el que se empeña en explicarlo todo, va al automatismo: tal acusación se ha formulado, y no sin fundamento, contra Beyle. Lo que en Francia se ha solido decir de la escuela psicológica, fundada por Beyle sin duda alguna, es algo equivalente á lo que aquí llamaríamos buscarle el pelo al huevo. Después de que un disector, en el anfiteatro, ha registrado todo un organismo, sin perdonar órgano, núcleo ni célula,

aún le queda por averiguar—eterno misterio—el por qué se manifiestan las fuerzas vitales (sean lo que sean y tómese como se quiera esta denominación) al través de esos aparatos. Con mayor razón envuélvese en misterio el funcionalismo psicológico. En cada alma los mismos móviles determinan movimientos diferentes. Es justo añadir que Stendhal, en este terreno, no se forjaba ilusiones: entendía bien la inmensa, la inextricable complicación del «corazón humano», y por eso sentaba como base el estudio del *carácter*, que no es otra cosa que, en psicología, el individualismo. Por tal concepto, está plenamente dentro de la doctrina romántica Stendhal.

Por tal concepto, asimismo, cabe decir que Julián Sorel, el héroe de *Rojo y negro*, es un *fatal* más, un hermano de Antony y de Werther. En vez de amar ambiciona, pero ambiciona en amor también; su amor es una lucha para apoderarse de la voluntad ajena, fascinando rápidamente á la dulce señora de Rênal, y sosteniendo un duelo á estocadas, como en tiempo de los Valois, con la orgullosa señorita de la Môle. No pudiendo conquistar y subyugar el mundo, como su modelo é ídolo Napoleón, conquista almas, porque cada alma es un mundo. Que el tipo de Julián es un hallazgo del genio, no puede negarse: antes que Nietzsche formulase su discutida y célebre teoría del *superhombre,* Stendhal presentó, aislado y reconociéndose *fuera* de la sociedad, al joven soñador del Franco Condado. «Para que un tipo de novela sea muy significativo—dice Bourget,—para que represente un gran número de seres semejantes, es necesario que una idea muy esencial á la época presida á su creación. Ahora bien: este sentimiento de la soledad del hombre superior—ó que se cree tal—es el que nuestra democracia produce más fácilmente.» Observación aguda y exacta. Bourget—que ha meditado tanto sobre *Rojo y negro,* y ha tratado de rehacer *Rojo y negro* en *El discípulo*—percibe cuán reñidos andan el *individualismo* y la *igualdad y fraternidad*. Nietzsche y Max Stirner vendrán á decir lo mismo, con mayor crudeza.

Individuos como César Borgia y como Julián Sorel, inteligentísimos, resueltos, sin otros escrúpulos que los que dicta el orgullo, capaces de todo, hambrientos de sensaciones terribles é intensas, hallan su fondo adecuado en épocas de acción y de lucha, y Stendhal decía bien al exclamar: «En tiempo del Emperador, Julián hubiese sido un hombre muy honrado.» Antes que Tolstoi y que tantos moralistas novísimos, Julián, ya condenado á muerte, bajo la garra de la sociedad triunfante, profesa le teoría del individuo: «La *ley* es la que hace el *delito*... No hay *derecho natural*... Lo único *natural* es la fuerza.»

Más claramente aún que en *Rojo y negro,* se ve en las restantes novelas de Stendhal el lado romántico de ese ingenio: el culto al carácter y al color local, dogmas del romanticismo que Stendhal adicionó con la fidelidad y la exactitud del detalle, produciendo impresión realista. En *La Cartuja de Parma* (que empieza muy bien), la descripción de la batalla de Waterloo es la verdad misma: después de tantas batallas referidas en estilo ampuloso, y como si el escritor las viese desde un globo, en conjunto, por primera vez Stendhal se atrevió á pintar la prosa de un combate, las sensaciones y los accidentes verdaderos; y como al héroe Fabricio del Dongo, nos entran tentaciones de preguntar: «Pero ¿he asistido á una batalla de veras?» Desde *Rojo y negro*, el ambiente que estudia Stendhal es el italiano; deja de ser el sutil Escoto de la psicología, y va hacia el contraste violento; sus novelas y narraciones pasan en Italia, en la Italia de gran claroscuro, estilo Ribera y Caravaggio: ¡Italia ultra-católica, supersticiosa, sensual, apasionada, trágica, el país de la energía, así lo califica Beyle, que, según afirma, busca el asunto de sus novelas italianas en documentos auténticos, en papeles de familia, desempolvando archivos. En este género truculento, que adquiere mayor relieve por la misma sequedad y sobriedad con que narra Stendhal, parécenme de perlas *La Abadesa de Castro* y las cortas narraciones, medalloncitos grabados en *pietra*

dura, que se titulan *Vittoria Accoramboni, La duquesa de Palliano, Vanina Vanini, Los Cenci. La duquesa de Palliano,* sobre todo, muestra tal carácter de realidad, explica tan bien ciertos aspectos de la vida y del espíritu bajo el Renacimiento, que cada vez que se lee aumenta el efecto que produce. Obsérvese que no es una novela, sino una anécdota histórica; Stendhal, en cuanto á la invención, poco ó nada tuvo de novelista.

Ya lo notó el perspicaz Sainte Beuve: Stendhal procedía de la crítica; era—como tantos novelistas actuales—un crítico que invade los dominios de la ficción. Lo primero que despertó en Stendhal fue el gusto, no sólo el literario, sino el artístico: arrastrado por el torbellino de Napoleón, encontró en las incursiones por Europa ocasión propicia de educarlo, de comparar y juzgar. Más que los libros le interesaron los cuadros, la música, las costumbres. El primer ensayo crítico de Stendhal sobre Mozart y Haydin, publicado bajo otro pseudónimo, el de Luis-Alejandro-César-Bombet, ha sido calificado de plagio hábilmente disimulado, de un autor italiano, Carnani, y de otro alemán. Nadie se acuerda hoy de estos autores, y el libro de Stendhal se lee mucho; lo cual prueba que, fiel á sus principios de energía, sumó al robo el asesinato.

En este libro, y en los demás de crítica artística y musical de Beyle, hay que reconocer dos méritos: la libertad é independencia de opiniones, que hace de él el soldado de vanguardia, el «húsar romántico», y la aplicación casi continua de la genial idea que después se llamó método de Taine: los climas, el suelo, la raza y la historia, como explicación del arte. Más todavía que en las novelas pueden comprobarse en la crítica de Stendhal la extraña mezcla de ideas que hace de él el representante característico de la transición. Stendhal es como un hondo depósito de agua donde confluyeron manantiales diversísimos: unos, formados por el deshielo en la montaña; otros, escandecidos de correr por la ardiente y árida llanura. Amalgamados á lo sumo, pero nunca fundidos por completo, encon-

tramos en Stendhal el filosofismo del siglo XVIII; el sensualismo de Condillac y Cabanis; el epicureismo; el espíritu romántico; el casi nonnato realismo; el psicologismo insospechado por su generación, y también el decadentismo católico, el culto «al catolicismo anterior á Lutero, tan espléndido, tan sereno, tan favorable al florecimiento de las bellas artes». Un rasgo se nota en Stendhal, que podríamos observar en Heine y en Byron: la repugnancia y el desdén hacia la patria *territorial*, el entusiasmo por la patria *espiritual* elegida. «Yo escribo—decía—en idioma francés, pero no en literatura francesa.» Las mismas sátiras y burlas con que Heine fustigaba á su pedantesca Alemania y Byron á su brumosa y glacial Inglaterra, túvolas Stendhal contra Francia, país donde encontraba apagado y falseado el sentimiento en Italia vigoroso y volcánico, y á la cual acusaba de no creer sino en la moda. En el terreno de la crítica literaria, Stendhal se mostró militante en favor del romanticismo; pero el hijo de la Enciclopedia apareció de relieve cuando se trató de definir el movimiento romántico, que no era, según Stendhal, sino «lo que causa mayor placer á los contemporáneos». Y es preciso reconocerlo: en crítica, Stendhal puede equivocarse, y de hecho se equivoca muchas veces; pero cuando acierta, tiene chispazos que no se olvidan. Para ejemplo cito este párrafo: «Me escriben de París que han visto allí (Exposición de 1822) un millón de cuadros que representan asuntos de la Sagrada Escritura, pintados por pintores que no creen mucho, juzgados por gentes que creen menos, y, en fin, pagados por gentes que no creen nada. Después de esto, buscad el por qué de la decadencia del arte.»

El libro *El amor,* de Stendhal, es de todas sus obras la que más requiere el comentario y la discusión de infinitos puntos de vista. Más serio que *El arte amatoria,* de Ovidio, y que la *Fisiología del matrimonio,* de Balzac; con la malicia experimental que faltá á los *Remedios del amor,* de Feijóo; más vibrante y sentida que la *Fisiología del amor moderno,* de

Bourget, *El amor*, de Stendhal, bastaría para realizar su aspiración de ser leído en 1900. En este libro, atractivo hasta lo sumo, la sugestión del asunto hizo que Stendhal, contra su costumbre, encontrase imágenes; y, metido á pescador de perlas, recogió una magnífica: la célebre comparación del nacimiento del amor con la cristalización, palabra que hoy todos aplican como la aplicó Stendhal. «En las minas de sal de Saltzburgo, arrojan en las profundidades abandonadas de la mina una rama deshojada por el invierno. Dos ó tres meses después, la sacan cubierta de cristalizaciones brillantes: las minúsculas ramillas, no más gruesas que la patita de un pájaro, se revisten de diamantes refulgentes y movibles. Ya nadie conoce la rama primitiva.» «Así—añade Stendhal—va el alma revistiendo el sentimiento naciente de divinos encantos y mágicas creaciones; el origen del fenómeno está en el instinto natural; pero al intervenir el corazón y la fantasía, se crea la maravilla de la pasión, se viste la seca rama de diamantinos cristales.» Hay quien tiene á Stendhal por sensualista también en el libro del *Amor*. No comprendo por qué: allí su ideología es á la vez más delicada y más verdadera que las de Schopenhauer y Nietzsche. Precursor también de Taine en este libro, Stendhal estudia donosamente la influencia del clima en la pasión amorosa. Asunto es este del amor en que puede adivinarse el modo de sentir por la opinión que se profesa de la mujer, y Stendhal—que era en todo un *galantuomo*, un perfecto y cumplido caballero—la tenía tal, que todo lo dicho por él podrían firmarlo los más resueltos defensores de los derechos femeninos. Stuart Mill no va más allá, ni en fina ironía contra los esclavistas, ni en noble apología de la justicia, que el autor de *Rojo y negro*, en los tres capítulos titulados *De la educación de la mujer* y *Objeciones á la educación de la mujer*. Por cierto que en el primero hay un curioso párrafo de historia política española, donde, á propósito del absolutismo masculino que deben sacudir las jóvenes, salen á relucir los nombres de Porlier, Quiroga y Riego.

Hay que terminar, y apartarse, realizando un esfuerzo, de autor tan sugestivo, de tan gran excitador de ideas—la frase es de Sainte Beuve, no muy cariñoso con Stendhal, como se sabe, y hasta, según Bourget, «perfectamente inícuo» en este particular; pues llegó á decir que los elogios de Balzac á Beyle fueron el pago de un préstamo de dinero, y á comentarlo así: *¡Ce mélange de gloire et de gain m'importune!*—Sin ir tan lejos como los fanáticos para quienes Stendhal es una divinidad, ó al menos un profeta, un Mahometo, por haber anunciado la ley santa de la energía; reconociendo las deficiencias de Stendhal, escritor é inventor, hay que saludarle, sin embargo, como á maestro de las generaciones contemporáneas; declarar que en muchos respectos se adelantó á su época; estimar su gallardo desprecio de la fama en vida, y, atribuyéndole la más fresca y viviente de sus comparaciones, decir que también él fue como la deshojada rama de las minas de Saltzburgo: obscuro al principio, sacáronle á luz después, y en sucesivas cristalizaciones ha ido revistiéndose de pedrería y de luces misteriosas.

Emilia Pardo Bazán.

LA CATEDRAL DE TOLEDO

Medio oculta por el apiñado caserío, en una de las más violentas depresiones que ofrece el suelo accidentado de la imperial Toledo, levanta erguida la egregia Catedral su gigantesca fábrica famosa. Hacia ella, como á centro común y propio, más bien se desliza que desciende en encontrados y torcidos giros la población por Levante, Septentrión y Ocaso, bajando de las alturas en que descuellan *San Miguel* y el *Alcázar, Zocodover* y *San Nicolás, San Román* y *Santo Tomé;* y de todas partes, cual faro y guía protector, en aquel laberinto de callejas sin número, se divisa la gallarda torre del incomparable templo, con su agudo chapitel de pizarra, y sus tres radiadas coronas por remate y complemento característico.

Ufanándose á porfía en enriquecerla y hermosearla, según el criterio de los tiempos,—desde principios del siglo XIII han ido en esta Catedral suntuosa lentamente depositando los siglos los tesoros de las artes, sin que en labor tan incesante como continua, en que aparecen empeñados, hayan por fortuna conseguido borrar la fisonomía propia del monumento con aquella serie de agregaciones y reformas que van marcando por expre-

sivo modo el espíritu de las generaciones, y que trazan la historia del templo con elocuencia muchas veces desconsoladora.

Verdadero é inapreciable Museo, en él brillan y resplandecen, á partir de la indicada fecha, con los aciertos y las maravillas de la arquitectura, los tesoros de la pintura y de la escultura, á que se agregan con inusitado esplendor los prodigios de las artes del bordado, de la orfebrería, de la eboraria, de la rejería y de la carpintería, y los de las industrias textiles; y como trofeos de lejanas glorias, bien que confundidos y revueltos lastimosamente, al lado de las enseñas musulmanas que Alfonso XI humilla en el Salado, de las que ondearon triunfadoras en Lepanto más tarde, las de aquellos tercios famosos que en los Países Bajos conquistaron con frecuencia la victoria.

Allí, como en casi todas las fábricas religiosas de Toledo, y cual prueba evidente de la importancia de esta ciudad en los días de don Alfonso el Sabio, y del desenvolvimiento de la cultura castellana en aquella centuria, por tantos acontecimientos memorable,—larga serie de epigráficos monumentos, en los cuales hacían sus ignorados autores profusa gala de gallardía en el manejo del idioma latino; y por todas partes, en medio del lamentable trasiego en que han perdido su carácter originario muchos de los miembros integrantes de la fábrica, encuentra repartidos el observador incontables testimonios monumentales, de valor diferente, que acreditan y revelan cuán grande y desmedido fue el afán de prelados insignes y de ostentosos capitulares, en asociar su nombre y su memoria perecederos, al nombre y la memoria de esta Iglesia.

Tanto es así, que, fuera de la construcción, nada, en ocasiones, han dejado unos y otros al interior intacto: retablos, rejas, enterramientos, esculturas, todo, en su mayoría, es fruto de los siglos XV, XVI y siguientes, sin que de ello quede residuo referible á los tiempos anteriores; empeño malhadado de renovación mal entendida y dañosa, que tanta ambición supone

como falta de respeto, y que, si patentiza el espíritu predominante en cada época, por el cual se sintieron aquellos subyugados, y ante cuyo avasallador impulso se doblegaron impotentes para resistirle, ha borrado así, en cambio, y en gran manera, la historia de las artes españolas.

No es menor, por desdicha, el desconcierto que al exterior acusan por igual motivo las obras sin cesar ejecutadas en este celebrado monumento, y con mayor buena fe que discreción y fortuna acometidas, evidenciando desde luego las agregaciones y reformas de todo género que le bastardean, no haber en ellas obedecido más ley que la voluntad caprichosa de los prelados. De tal suerte es, en consecuencia, irregular y desordenado su perímetro, como para que apenas en él haya una sola línea recta, resultando, por el contrario, recodos, martillos, ángulos entrantes y salientes, y hasta callejones, que desfiguran la planta, cual afean con frecuencia los muros balcones, ventanas, postigos, colgadizos, y otros aditamentos híbridos y de igual linaje, indignos de la severa majestad del edificio, en el que han dejado para siempre impresas perturbadoras huellas todas las épocas y todos los estilos.

Averiguar en nuestros días si, como algunos pretenden, tuvo su emplazamiento en el del templo actual, con corta diferencia, el erigido por la piedad de San Eugenio, ó si, conforme otros por simples conjeturas quieren, fue fundado en el de la *Ermita de San Leonardo,* hoy de *Nuestra Señora de los Desamparados,* en la *calle de la Alhóndiga,* cerca de la antigua *Puerta* que dijeron *de Perpiñán,* y fuera del recinto propio de la *urbs* latina,—tarea tan imposible es, que tenemos por discreto el esquivar cualquier lucubración en tal sentido, la cual á nada conduciría, pareciendo todo autorizar, en cambio, y hasta donde sea lícito, la hipótesis de que la Catedral se levanta en el terreno en que pusieron la suya San Eladio y los dos Eugenios, San Ildefonso y San Julián, sus prelados insignes.

«Ora la construyese de nuevo, ora la purificase de la infec-

ción arriana», según escribe un autor de nuestros días (1), como testimonio y demostración de que «llamó desde luego el cuidado del piadoso Recaredo la consagración solemne de la Iglesia de Santa María en el solar mismo que ocupa la presente» (2), sin contradicción ni recelo aducen los escritores un monumento de notoria importancia, que en el ala oriental del *Claustro* erigido por el arzobispo Tenorio se conserva. Y si bien no constituye en absoluto, á nuestro juicio, verdadera prueba plena, entre otras circunstancias, por la de haber sido hallado fortuitamente el año 1591 al practicar ciertas excavaciones no lejos del *Convento de San Juan de la Penitencia,* fundado por el Cardenal Ximénez de Cisneros en las casas de los caballeros Pantoja, situadas en paraje apartado de la Catedral, como propio de la colación de *San Justo,*—aunque también las piedras viajan,—consiste en un trozo de fuste de columna, trabajado en mármol blanco, conteniendo en ocho no completas líneas de capitales visigodas incisas, muy interesante epígrafe.

De tan excepcionales méritos y de tan subido precio la estimaron los inventores con relación á la historia de la primada iglesia, como para que, trasladándola al *Claustro* de la Catedral, y á fin de procurar su perpetua conservación, dispusieran en 22 de Enero de 1594 la erección con él de un monumento, levantado sobre cuadrado pedestal, en que fue la inscripción reproducida, colocando encima el fragmento epigráfico, recompuesto y adaptado en otro trozo de fuste de piedra, con redonda esfera de igual materia, y una cruz de hierro por remate. Cercáronle, para preservarle de toda contingencia y peligro, con vulgar verja, asimismo de hierro, á despecho de la cual aparece hoy algún tanto deteriorado y no totalmente

(1) D. José María Quadrado y D. Vicente de la Fuente, *Toledo,* página 176 del tomo III de *Castilla la Nueva,* en la obra *España, sus monumentos y artes,* etc. (Barcelona, 1886).

(2) *Ibidem.*

legible, cual lo fue en pasados tiempos todavía, diciendo la inscripción, que ha sido objeto de grandes discusiones entre los doctos (1), y que se muestra en la actualidad por extremo desgastada al final de las líneas:

✠ IN NOMINE DNI *[consecra]*
TA ECLESIA *(sic)* SCE *[Marie]*
IN CATOLICO *(sic)* DIE PRIDI*[e]*
IDVS APRILIS ANNO FELI
CITER PRIMO REGN*[i Dni]*
NOSTRI GLORI*[osissimi Fl.]*
RECCAREDI *[regis era]*
DCXXV

La buena fe de los inventores y el afán de ennoblecer con antigüedad dilatada la fundación de esta iglesia, han hecho sea el presente epígrafe sin oposición reputado como relativo á la consagración de la misma; y aunque el respeto que los autores y sus juicios nos merecen nos obligan en mucha parte á aceptar la interpretación que dieron al monumento, y hayamos de reconocer, porque el mismo lo declara, que conmemora la consagración de una iglesia, verificada el 13 de Abril del año 587, no es de igual manera lícito afirmar, á lo que entendemos, y en absoluto, fuese aquélla precisamente la Catedral, ni que tuviera la advocación de Santa María, pues este nombre, á lo menos, no es actualmente legible en el epígrafe

(1) Aluden por nota á ella los Sres. Quadrado y de la Fuente. (Op. it. loc. cit.), añadiendo: «La era corresponde al año 587, que efectivamente fue el primero del reinado de Recaredo; bien que algunos engañados por la vírgula algo prolongada de la V, y creyéndola una X borrada en parte, han copiado DCXXX, fecha del todo inadmisible.» «En cuanto al día, no sabemos cómo todos, incluso el mismo Flórez, en vez de *pridie*, que bien claramente se demuestra, han leído *primo idus aprilis*, redundancia jamás usada; aunque es verdad que si por *catolico die* se entendiera el domingo, debiera referirse al día 13, que fue domingo en aquel año, y no al 12.»

por más esfuerzos que se hagan, sin embargo de la cual nadie vacila en darle cual exacto (1).

Sea no obstante como quiera, si con suponer las ampliaciones que á la devoción y religiosidad de los monarcas y á la de los prelados son atribuídas conjeturalmente, no alcanzó nunca las dimensiones de la iglesia actual,—no hubieron de ser á pesar de todo tan exiguas aun en su mismo origen las de aquella *Basílica de Santa María la Real,* cuando en ella, según consta en las actas, fueron celebrados los Concilios IX y XI, y probablemente el III, el VII y el X, aunque nada se expresa respecto de estos últimos en las actas respectivas, desplegando á porfía en la decoración y en el embellecimiento, así como en la magnificencia de la iglesia los monarcas visigodos —que se ufanaban con el título de *Conditores urbium et Ecclesiarum,* y habían ennoblecido á Toledo con gran número de fábricas insignes,—el fausto y la grandeza de que dan idea los escritores musulmanes al referir la conquista de esta ciudad en 711.

Ni podía acontecer de otro modo tratándose de Toledo, silla de aquellos Príncipes que hacían gala de competir en pompa y majestad con los Emperadores de Bizancio, y población que recibía por excelencia el título de *regia,* si se atiende á que en ciudades entonces de menor importancia política, cual ocurría con Mérida, por ejemplo—cuyos prelados no podían competir en magnificencia con los toledanos—eran á la sazón erigidos multitud de monumentos, de cuya grandeza y de cuya suntuosidad deponen no sólo el testimonio de los escri-

(1) En el pedestal, conforme queda arriba insinuado, se reproduce la leyenda, tal y como la entendieron los inventores, es decir, incurriendo en el error de leer al final de la tercera línea PRIMO DIE por PRIDIE, vocablo que aún es perfectamente visible, y añadiendo: HOC LEGITUR IN MARMORE ANTIQUO REPERTO ANNO DNI. MDXCI. G. Q. A. T., iniciales estas últimas que expresan: *Gaspare Quiroga Archiepiscopo Toletano,* nombre del prelado en cuyos días se verificó el casual hallazgo, y fue erigida aquella especie de monumento que lo contiene.

tores, y en especial de Paulo Emeritense, sino los restos que todavía subsisten, y han sido dados á conocer antes de ahora (1).

Era, pues, la *Basílica de Santa María,* á los comienzos de la VIII.ª centuria, digna en todos conceptos de la superior jerarquía de sus prelados, de la grandeza y de la piedad de los monarcas en ella coronados y ungidos, de la representación y categoría de la ciudad asiento de los Reyes, y de la devoción de los magnates, que con frecuencia legaban sus bienes para el culto (2); y aunque nada existe ya de aquella fábrica para corroborarlo, bastan, á lo que entendemos, las consideraciones expuestas, por las cuales, á falta de otros testimonios, se acredita el hecho, tanto más cuanto que, proclamando la riqueza de la misma, de ella, á no dudar, procedían las coronas votivas, las lámparas y los vasos del tesoro de Guarrazar, y en ella se apoderaba Thariqu-ben-Zeyyad de la famosa *mesa de Salomón,* según declaran conformes los escritores árabes (3).

Si, apartándose de la conducta seguida por ellos en Córdo-

(1) Véase en los *Monumentos Arquitectónicos de España* la monografía consagrada por nuestro Sr. Padre á los *latino bizantinos* de la antigua metrópoli lusitana.

(2) Cuenta Ebn-Hayyán, fundándose en el relato de tradicionistas cristianos, que los reyes que antes de la conquista residían en Toledo, tenían por costumbre, al tiempo de su muerte, hacer cuantiosas donaciones á los templos, y que los ministros de éstos, allegando aquellos bienes, labraban ricos utensilios para el culto sagrado, como tronos, mesas, atriles y otros objetos semejantes de oro y de plata, los cuales, en los días de gran solemnidad, eran por los presbíteros y los diáconos colocados en los altares para poner en ellos los códices de los Evangelios, y para otras ceremonias (Al-Maccari, *Analectas*, tom. I, pág. 172). Hicieron uso del texto de Ebn-Hayyán Simonet en el segundo de sus artículos *Recuerdos históricos y poéticos de Toledo (Crónica de Ambos Mundos,* 21 de Octubre de 1860), y nuestro Sr. Padre en su Memoria acerca de *El arte latino-bizantino*, pág. 82, nota (Madrid, 1861).

(3) Al-Kazrachí, apud Al-Maccari, op. cit., pág. 87 del tomo I; Ebn-Hayyán agrega que se apoderó de dicha mesa porque la encontraron sobre el altar de la iglesia de Toledo.

ba y en otras partes, é inducidos por la majestad del edificio, se adjudicaban los conquistadores desde el primer momento la *Basílica* para convertirla en *Mezquita-Aljama* ó mayor de Toledo, ó si, respetando en ella el culto durante los primeros años de la conquista, reducíanla al del Islám en tiempo de Abd-er-Rahman I, es cosa también de muy difícil probanza, como no resulta cumplidero tampoco resolver cuándo hubo de ser derribada para la erección de la *Mezquita-Aljama,* que embellecía ya en el siglo XI de nuestra era Ismaîl-ben-Dzi-n-Nún, según atestiguan las inscripciones de los dos hermosos *Brocales* de algibe conservados en el *Museo Provincial*, y que consagraba al culto cristiano, y purificaba en 18 de Diciembre de 1086 Alfonso VI.

Poco ó nada puede en rigor decirse del templo mahometano, que no sin alteraciones subsistió hasta los días del egregio arzobispo don Rodrigo, sino es que, extendiéndose en área bastante menor que la de la Catedral presente, constaba de naves paralelas tendidas de Norte á Sur, conforme al rito islamita observado en España, y que tuvo el *quibláh,* con corta diferencia, donde hoy se abre la restaurada *Puerta de los Leones* (1). No es hacedero ya, por el silencio que guardan así los

(1) Salazar y Mendoza, en la introducción á la *Crónica del Gran Cardenal*, pág. 14, asegura, no sabemos con qué fundamento, y reproducen todos los escritores toledanos, que en tiempo de cierto arzobispo, á quien da nombre de Vesitano, y presenta como sucesor de Juan, prelado fallecido efectivamente en 926, y por algunos reputado sin causa último de los de Toledo (V. Flórez, *Esp. Sagr.*, t. V, pág. 350 y siguientes), «se enriqueció, y adornó mucho de mármoles, y de otras cosas muy ricas la Mezquita mayor de Toledo», lo cual, á ser cierto, argüiría que fue reparada y engrandecida bajo el califato de Abd-er-Rahman III, añadiendo que «en la Hégira, trezientos y diez y nueue, año de los Arabes, que responde al de nouecientos y sesenta y nueue de la Era del César, y al de nouecientos y treinta y vno de el nacimiento. Fiziéronla (dize vn memorial muy antiguo del Monesterio de Sahagún) quarenta pies de largo, é treinta de ancho, seyendo Alfaquí mayor Abdala Aben Iuceph». Si la noticia, que no podemos comprobar, y de la cual recelamos mucho,

escritores muslimes como los cristianos de la Reconquista, decidir si, á semejanza de lo que ocurría en la *Mezquita del Cristo de la Luz,* en la *de las Tornerías* y en las demás de que existen restos, estaba formada por un cuerpo principal, de superior altura, en el cual intestaban por Oriente, Norte y Occidente las naves menores laterales y la prolongación de las centrales, ó si ofrecía en su construcción parecido con la *Mezquita-Aljama* de Córdoba, aún en pie, por fortuna. Pero lo que sí puede asegurarse es que, de planta rectangular, tuvo al Norte un atrio ó patio, probablemente rodeado de pórticos, y de que parece conservar la memoria el atrio de la *Puerta de la Chapinería,* donde existían los algibes en cuya boca se ostentaron los dos *Brocales* memorados que hoy el *Museo* de la provincia guarda; que delante de aquel templo, es decir, por el N., entre él y la iglesia visigoda de *San Ginés*, hecha mezquita, subsistían en 1158 y 1186 una plaza, de dimensiones no grandes, pero desconocidas, de la cual es residuo indudable la que se denominó las *cuatro calles* luego, y una vía ancha que guiaba derechamente desde la *Aljama* á dicha iglesia (1); y que el alto *al-minar*, levantado en esta dirección y convertido después por su elevación y su importancia en *torre mayor* de la Catedral, perduraba en la segunda de las indicadas fechas, si bien ya deformado, pues aparecía unido entonces por medio de un pasadizo á la azotea de un mesón inmediato (2).

---

fuere en realidad cierta, resultaría esta ampliación interesante; pero nada es lícito asegurar ni deducir mientras no sea conocido, y después debidamente comprobado el *memorial* á que este escritor alude.

(1) *Escrituras muzarábigas de la Catedral de Toledo;* escrit. núm. 28 de las no publicadas, era 1196; escrit. núm. L de las publicadas por Pons, página 115 de sus interesantes *Apuntes sobre las escrituras mozárabes toledanas, que se conservan en el Arch. Hist. Nac.* (Madrid, 1897), era 1224.

(2) Escrit. núm. L de Pons, ya citada: «Venta de un mesón, situado junto á la Catedral, con la azotea (algorfa) que hay encima de dicho mesón *y del arco que le une á la torre mayor de la expresada Catedral,* lindando al Este con tiendas de doña María, mujer que fue de Pedro de Ca-

Como restos de aquel edificio desaparecido y totalmente borrado, que pudo ser por aventura erigido en la centuria IX.ª,—demás de muy interesante marmórea placa decorativa que hace semblante de justificarlo (1), y de los dos *Brocales* de que queda hecho mérito,—acreditando que fue por lo menos ampliado en la segunda mitad del siglo X de nuestra Era, por los cuidados de Abd-er-Rahmán III ó de Al-Hakém II, existen en la *Capilla de Santa Lucía* el capitel, y acaso el fuste que soportan el epígrafe funerario de cierto don Juan García, pariente del arzobispo Palomeque, el fuste de la lápida de don G. Díaz, en la propia *Capilla* mencionada, un capitel por lo menos, de los dos que hay empotrados en el ándito superior del hastial del Mediodía, donde abre la *Puerta de los Leones,* y probablemente los fragmentos quebrantados de fustes, sobre los cuales se levanta el arca cineraria que, cobijada por vistoso arco mudejar de yesería, es considerada, según el epitafio, como enterramiento de don Fernando Gudiel, Alguacil de Toledo, en la *Capilla de San Eugenio,* que fue *Parroquia de San Pedro* antes.

Ya por ánimo de justificada magnificencia, ya por la estrechez y la incomodidad que para las ceremonias del culto ofrecería la fábrica de la mezquita, adulterada por agregaciones sucesivas; quizá por falta de solidez en el edificio, después de las obras más ó menos indispensables en él ejecutadas desde la Reconquista, ó movido de profundo espíritu religioso, ó estimulado por el ejemplo de León y de Burgos, si no es que to-

---

marena; al Oeste, *con una plazuela que está delante de la puerta de la citada iglesia Catedral,* y á ella da la puerta del mesón en venta; al Sur, con la calle *que pasa debajo del arco,* etc.» Es de extrañar que en este documento, por esta indicación interesante, no se dé á la torre el nombre propio de *al-minar* ó *as-sumuâ,* ó *al-midzán,* con que fueron siempre designados entre los musulmanes estos miembros esenciales de las mezquitas, sino el de *borch* ó *borge,* que es genérico, y de aplicación á toda clase de torres por tanto.

(1) Donada por el arquitecto Sr. Fenech, se conserva dicha placa en el *Museo Arqueológico Nacional,* donde lleva el núm. 357 del *Inventario* de la Sección II, á que corresponde.

das estas causas reunidas, y otras, le excitaron á ello,—es lo cierto que aquel prelado, por tantos títulos ilustre, varón eminente por su virtud, por su ciencia y por su ánimo valeroso, que tan activa participación había tomado en el glorioso triunfo de las Navas al lado de don Alfonso VIII, y que dejaba ejecutoriados su fama y su nombre en la esfera de las letras, con la celebrada *Historia gothica*, por la cual reciben nuevo sér los estudios historiales de Castilla, don Rodrigo Ximénez de Rada, en fin, impulsado por el noble deseo de levantar un templo digno del Dios á quien adoraba, y de los sentimientos del pueblo cristiano, concebía el proyecto de una nueva Catedral; y hallando el pensamiento acogida favorable en el joven monarca de Castilla, más tarde venerado en los altares, procedíase á la demolición no sólo de la *Mezquita-Aljama*, sino de otros varios edificios á ella inmediatos, y en 1227, abiertos ya los cimientos, el rey y el arzobispo colocaban la primera piedra de la Catedral toledana, la cual había conservado desde el tiempo de los muslimes su forma de mezquita, y cuya fábrica, de labor admirable, de día en día se acrecentaba, no sin grande admiración de las gentes (1).

Mientras de tal manera ponderaba, no sin justicia, el docto arzobispo las excelencias del nuevo templo, quizá por no darle importancia, que no con propósito deliberado, guardaba el más absoluto silencio respecto del nombre del autor del trazado maravilloso, y genuinamente español, de la planta de la Catedral, que ha excitado y excita la admiración de los entendidos, suscitando por ello dudas entre los autores. Por fortuna, aunque olvidado hoy de todos, cuando por lo que significa y de-

(1) Así se expresa el mismo arzobispo, testigo de mayor excepción, al dar noticia de este acontecimiento, en el lib. IX, cap. XIII, de su *Historia*, diciendo textualmente: «Et tunc iecerunt primum lapidem Rex, et Archiepiscopus Rodericus in fundamento ecclesiae Toletanae, quae in forma Mezquitae à tempore Arabum adhuc stabat, cuius fabrica opere mirabili, et die in diem, non sine grandi admiratione hominum, exaltatur» (fól. 82 vuelto de la edic. de 1545).

clara es digno de figurar en parte muy principal del templo,—empotrado en el muro, á los pies de la sacristía de la *Capilla de Santa Marina* ó *de los Doctores*, muéstrase un epígrafe sepulcral trasladado á aquel sitio desde la precitada *Capilla*, derruída para construir la actual *del Sagrario*, y donde, en tiempo del Dr. Blas Ortiz, autor de la obra titulada *Descriptio templi toletani*, existía el enterramiento. Mide poco más de 57 centímetros de alto, lleva graciosa orla de bien dibujadas hojas en relieve, con un templete en que figura la Virgen, al medio de dicha orla, y consta de diez líneas de caracteres alemanes en resalto, cubiertos de oro, diciendo:

AQUI ⁝ IAZE ⁝ PETrus ⁝ PETRI ⁝ MAGISTER ⁝
ECLESIA ⁝ SCE ⁝ MARIE ⁝ TOLETANI ⁝ FAMa ⁝
Per ⁝ EXEMPLVM ⁝ Pro ⁝ MORE ⁝ HUIC ⁝ BONA ⁝
CRESCIT ⁝ QuI ⁝ PRESEnS ⁝ TEMPLUM ⁝ COnSTRUX
ET ⁝ HIC ⁝ QUiEsciT ⁝ QUOD ⁝ QuIA ⁝ TAM ⁝ MIRE ⁝
FECIT ⁝ UILI ⁝ SEnCIAT ⁝ IRE ⁝ ANTE ⁝ DEI ⁝
VULTUM ⁝ Pro ⁝ QVO ⁝ NIhiL ⁝ REsTAT ⁝ INULTUm
⁝ ET ⁝ SIBI ⁝ SIS ⁝ MERCE ⁝ Qui ⁝ SoLVS ⁝ CVnCTA
⁝ COHerCE ⁝ OBIIT ⁝ X ⁝ DIAS ⁝ DE ⁝ NOVENBriS
ERA ⁝ DE M ⁝ E ⁝ CCC XX VIIII ⁝ AnnOS

Si hemos de dar entero crédito á las pomposas frases de este epígrafe, no hay duda en que Pedro Pérez, Maestro de la Iglesia de Santa María, cuya buena fama crece, teniendo su vida por ejemplo, que construyó el presente templo, donde reposa, é hizo obra tan admirable, y que falleció el día 10 de Noviembre de la Era 1329, año 1291 de la Encarnación, fue el arquitecto autor de los planos del edificio, y director de las obras durante el largo espacio de sesenta y ocho años que median desde el de 1227 hasta el consignado en la lápida de su sepultura, lo cual supone longevidad no del todo inverosímil, bien que algún tanto sospechosa en buena crítica (1).

(1) Aunque, como algún escritor hace, se suponga que fue á Pedro Pérez encargada la obra por el arzobispo don Rodrigo, contando aquél de edad veinticinco años, lo cual no se nos antoja verosímil, porque el arzobispo no confiaría tan colosal empresa á la inexperiencia de un ar-

Seducidos por la semejanza que en el trazado del ábside existe entre la Catedral de Toledo y la planta de otro ábside dibujado en el cuaderno de viaje de cierto arquitecto francés, llamado Villard d'Honnecourt, «artista nómada y anotador infatigable» de la primera mitad del siglo XIII, quien declara respecto de ella: *Istud presbiterium invenerunt Ulardus de Humecort et Petrus de Corbeia inter se disputando*, el docto arqueólogo Street, quien tributa grandes elogios al arquitecto toledano (1), manifiesta desde luego su extrañeza por ello, y el no menos inteligente C. Enlart deduce la conjetura de que si es casi seguro que Villard no estuvo en Toledo, nada prueba que Pedro de Corbie no haya trabajado allí, añadiendo: «¿Quién sabe si el maestro Petrus Petri de Toledo, muerto en 1291, no es el mismo Pedro de Corbie?» (2). Pero aun supuesta la pretendida semejanza, que nada de extraño tendría tratándose de construcciones del mismo tiempo y de igual estilo por consiguiente, pero que el estudio detenido y atento de las indicadas plantas desvanece por completo, dado es afirmar, según se ha demostrado recientemente, que el trazado de la Catedral de Toledo es totalmente castellano, aun cuando su autor se

---

quitecto novel,—resulta que en la fecha de su fallecimiento contaba noventa y tres años; más creíble parece que fuera el sucesor del primitivo maestro, y que, habiendo dirigido las obras, le apellidase el autor del epitafio, sin faltar á la verdad por ello, constructor de aquel templo admirable, sin tener para nada en cuenta que sólo era continuador del primero, y ejecutor de su trabajo.

(1) *Some account of Gothic Architecture in Spain*, Londres, 1865.

(2) El citado escritor prosigue: «Esta idea no se le ocurrió á Street; pero nada se opone á que este Pedro, apellidado en su epitafio en la Catedral de Toledo por el nombre de su padre Pedro (Petri), lo fuese otras veces por el de su pueblo natal (Corbie); y si hacia 1230 empezó sus trabajos con Villard d'Honnecourt, pudo vivir hasta 1290.» «Esto no es, entiéndase bien, más que una hipótesis; pero vale tanto ó más que muchas de las que se han emitido sobre los arquitectos de la Edad Media» (*Villar d'Honnecourt, et les cirterciens, Biblioth. de l'Ecole des Chartes,* tomo LVI, año 1895).

inspirase de algún modo en el ejemplo que le ofrecían las catedrales de León y de Burgos (1).

Desde el 14 de Agosto de 1227, en que con toda solemnidad y aparato Fernando III y el arzobispo don Rodrigo colocaban la primera piedra de este monumento, hasta el mes de Enero de 1493, en que fue terminada la construcción con el cerramiento de las últimas bóvedas, transcurrían no menos de doscientos sesenta y seis años, espacio de tiempo durante el cual, forzosamente, los planos primitivos del edificio ideados ó no por Pedro Pérez, si fue éste el primer arquitecto del mismo, debieron experimentar reformas y transformaciones, las cuales, sin embargo, no llegaron á alterar sustancialmente la planta de la iglesia, como arriba apuntamos, aunque sí á bastardear su fisonomía.

Aquel sistema de capillas absidales genuinamente castellano y sin semejante en las catedrales extranjeras del mismo tiempo, que tan celebrado es por los arquitectos en el nuestro, quebrantado quedaba desde el siglo XIV con la construcción de la *Capilla de San Ildefonso* tal cual hoy existe, como en los siguientes le quebrantaban la suntuosa *Capilla de Santiago* ó *de don Álvaro de Luna*, y cuantas obras hasta nuestros días han venido ejecutando por esta parte de la Catedral la piedad y la ostentación de prelados y de fieles, hasta el punto de que en la planta y en el alzado resulta verdadera amalgama de edificaciones de carácter, aspecto y estilos diferentes, lo cual produce en realidad muy doloroso efecto.

No otra cosa ha acontecido con el resto de la iglesia, pareciendo empeñadas unas generaciones en borrar las huellas de

(1) Aludimos al interesante trabajo que, formando parte de la conferencia dada por su autor en la *Sociedad Central de Arquitectos* el 20 de Mayo de 1898, publicó éste, que lo es el arquitecto D. Vicente Lampérez y Romea, con el título de *El trazado de la Catedral de Toledo y su arquitecto Pedro Pérez,* en el núm. 1.° del año III de la *Revista de Archivos-Bibliotecas y Museos,* correspondiente á Enero de 1899. De este trabajo hemos tomado las citas de Street y de Enlart, hechas arriba.

las precedentes, descomponiendo capillas para labrarlas de nuevo, sin respeto á la memoria de los fundadores; destruyendo la obra antigua para reemplazarla con insípidas renovaciones; destruyendo sepulturas para convertirlas en altares; sustituyendo antiguos retablos por otros de ricos mármoles, pero de pobre traza, ó por extraviados artefactos de un arte decadente; abriendo cajonerías, donde antes hubo arcas cinerarias, deformando portadas, labrando otras nuevas que desdicen del conjunto, y haciendo, en fin, del majestuoso monumento un edificio híbrido y abigarrado en sus detalles, si bien tales incongruencias, dominadas por la soberana majestad de la fábrica, se atenúan de manera, que casi podría decirse que no existen, y que la Catedral, en cuyas líneas predomina é impera el estilo ojival, es obra y producto de un solo y único pensamiento y de una sola y única mano. No es por desdicha verdad esta ilusión, y de igual suerte ha ocurrido en todas las Catedrales y en todas las iglesias, principalmente en aquella época en la cual abundaba el numerario, pero llegaban á fatal decadencia nuestro prestigio político y nuestras artes.

Tal es, en resumen, la historia del celebrado templo toledano, la cual no se diferencia de la de los demás, pues en ellos se reproducen, como en fiel espejo, todos estos hechos lamentables, que van gradualmente hasta nuestros días, poniendo de manifiesto la decadencia lastimosa á que somos llegados, hoy cuando parece que todo nos abandona, y cuando volviendo los ojos al pasado, pretendemos amortiguar el dolor de nuestras desventuras contemplando el espectáculo de nuestras pasadas grandezas, como el náufrago contempla en las ansias de la muerte la remota orilla donde gozó venturas para siempre fenecidas.

Locura sería pensar siquiera en la restauración de estos grandiosos monumentos de la fe, de la piedad y del fausto de nuestros mayores. En ellos está escrita nuestra historia, con todas sus glorias, con todas sus aberraciones, con todas sus amarguras y con todos sus prejuicios; y si nos es dado sentir

y deplorar la obra de descomposición constante en que miramos empeñados á nuestros abuelos, no nos es lícito, ni mucho menos, poner mano en empresa para la cual haría falta lo que no volverá nunca: el tiempo en el que pensaban, sentían y expresaban su sentir y su pesar de aquella forma, que era entonces propia y genuina, generaciones que han desaparecido en el rodar incesante de los siglos.

Rodrigo Amador de los Ríos.

EL MOVIMIENTO FEMINISTA

Á PROPÓSITO DE UN LIBRO NUEVO SOBRE FEMINISMO

I

El movimiento feminista sigue su curso progresivo, lo mismo en el terreno doctrinal de las ideas y de la propaganda literaria que en el de la acción política y legislativa, y lo que más importa quizá, en las costumbres. Las reivindicaciones que á nombre de la emancipación moral, social, económica, jurídica y educativa de la mujer se formulan desde tiempo hace por las diversas representaciones, templadas unas y más ó menos radicales otras del feminismo, van poco á poco admitiéndose por la opinión como la cosa más natural del mundo muchas de ellas, y consignándose en las leyes. Sería fácil demostrar esto: bastaríanos pasar revista á los numerosos fenómenos de feminismo registrados en estos últimos años; no necesitaríamos más que resumir aquí las noticias é indicaciones bibliográficas y de todo género, registradas constantemente en el período de un año, en cualquiera de las revistas que sostienen la causa feminista, por ejemplo, *The English Woman's Review,* de Londres. Pero ni aun esto haría falta. Tengo á la vista un libro recientísimo, que acabo de recibir de Buenos Aires, obra muy meditada y muy completa desde el

punto de vista de la información, de una mujer, la Srta. Doña Elvira V. López, que es de por sí un dato comprobatorio del progreso feminista á que me refiero, y el cual además serviría al lector curioso para enterarse con toda facilidad, sin necesidad de acudir á revista alguna, de la importancia, universalidad y constancia del feminismo.

En efecto, *El Movimiento Feminista*—que así se llama el libro—es la tesis doctoral, calificada con raya de sobresaliente por el Jurado universitario de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y presentado por su autora para graduarse de Doctora, á la vez que otras cuatro alumnas de la misma Facultad, las cuales, con ella, han sido las primeras graduadas en la Facultad indicada. Y esto no puede negarse que es, por sí mismo, un progreso feminista, uno de tantos pasos hacia adelante que en las costumbres se dan, venciendo los inevitables prejuicios con que el *mitoneismo* social se opone á la elevación de la mujer, y á que ésta pueda medir con sus fuerzas humanas donde y como la mide el hombre, y con la misma libertad que él.

Por otro lado, si el lector curioso por acaso recuerda los artículos que hace ya algunos años (1) publiqué en esta misma Revista acerca del *Feminismo*, artículos que luego, con algunas indispensables adiciones impuestas por lo incesante del progreso feminista, reimprimí en un libro (2), bastaríale comparar los datos por mí registrados con los *posteriores,* consignados en el libro de la escritora argentina, para dar buena cuenta de la plena verdad de mi aserto.

Aunque no dejaría de tener utilidad hacer esta comparación aquí, sin embargo, no es este mi propósito; tiene, en verdad, el libro de la Srta. López un valor intrínseco bastante subido, y merece la pena tomarlo como algo más que como

(1) Números de Noviembre de 1896, Marzo de 1897 y Marzo y Abril de 1898.

(2) *Feminismo*, un tomo (1899) de 296 páginas. Fe, editor.

simple registro de noticias y de datos; importa, ciertamente, considerarlo como obra de feminismo, como expresión de una manera de entender esta compleja doctrina, á la vez que como fuente muy completa para el estudio de la situación del problema en la patria del autor, patria latina, más aún, patria española ó de la española derivada, y por ende algo muy nuestro por mil motivos que no hay para qué señalar.

II

La Srta. V. López considera el feminismo como un movimiento de carácter universal. No ha mucho creíase una de estas dos cosas: ó bien que aquél respondía á las puras consecuencias de cierto radicalismo filosófico y social, ó bien que era un movimiento circunscrito á determinados pueblos—los de raza anglosajona,—y producido merced á condiciones particulares de índole histórica y circunstancial. Hoy la posición del problema ha cambiado, y como dice nuestra autora, el movimiento feminista se «ha hecho universal, es una necesidad histórica» de los tiempos presentes, impuesta por causas generales, tan generales como inevitables.

Y no se vale la distinguida doctora argentina de simples argumentos doctrinales para demostrar el carácter universal del movimiento feminista—carácter que ya hubimos de consignar nosotros en nuestro libro,—sino que ofrece al lector el amplio cuadro de la universal difusión de las reivindicaciones de la mujer, anotando en los diferentes capítulos de su obra los datos positivos que prueban la importancia que do quiera alcanza la progaganda feminista.

En efecto, en varios capítulos (XII á XV) hace la escritora americana una muy nutrida reseña histórica del movimiento feminista en Inglaterra, Australia, Indias inglesas, África (con una indicación muy oportuna acerca de la mujer boer),

Suecia y Noruega, Alemania, Finlandia, Rusia, Polonia, Bulgaria, Francia, Italia, España, Estados Unidos, Canadá y la República Argentina. Es lástima que no haya hecho su labor más completa refiriéndose, con el detenimiento debido, á lo poco ó mucho que en sentido feminista, ó resistiendo al feminismo, quepa señalar en los demás pueblos iberoamericanos.

Por otro lado, y es este el mérito quizá más sobresaliente del libro que examino, su autora ha visto la gran complejidad, tanto en su causa como en su estructura actual, del problema del feminismo. Revélase esto desde luego en el número de cuestiones que examina relativas á la mujer, esto es, los aspectos diversos de la condición de esto que considera. Habla, en efecto, de la educación femenina, no tanto sea deficiencia desde varios puntos de vista de la preparación profesional de la mujer, de sus derechos económicos y civiles, del problema conyugal y de los derechos políticos. Desde luego se advierte que la doctora de Buenos Aires se ha dado cuenta de que el problema feminista, aunque á veces pareçe un problema simplemente económico, porque al fin por el lado económico es por donde el problema lo es de una manera más clara, es un problema fundamentalmente humano; se trata, después de todo, de la *condición* de la mujer totalmente considerada, no ya sólo comparada con el hombre—que este es un aspecto parcial del asunto,—sino en lo que la mujer tiene de característico y suyo, por razón del sexo, y además en lo que de hombre tiene la mujer, y dando, según á la palabra hombre, un sentido *extrasexual* que diríamos. En otros términos: la cuestión de la mujer entraña la serie de problemas que la formación de la esposa y de la madre supone, más la serie de problemas que implica la posición de superioridad moral, jurídica, económica y social en que la mujer está colocada respecto del hombre.

Así, afirma la Srta. V. López que la educación que actualmente se da á la mujer no la prepara convenientemente para su misión de esposa y madre; y por otra parte, los prejuicios imperantes se oponen á la mayor instrucción de la mujer, á

que ésta se eduque como el hombre, y á que además se prepare adecuadamente para el ejercicio de las profesiones con que poder *luchar por la existencia,* ya que hoy la vida, y *todavía* en gran parte, no lucha por la existencia.

Y son, ciertamente, muy interesantes las consideraciones que á este propósito hace nuestra autora. «Generalmente, dice, se aparta á las jóvenes de los estudios serios, y siendo natural el deseo de saber, se dedican á lecturas malsanas, gastan sus esfuerzos en frivolidades ó dan rienda suelta á la imaginación, que tan mala consejera es cuando no se halla refrenada por la razón; el secreto de muchas caídas está ahí. De la falta de instrucción que hoy se observa en las mujeres, todos tienen la culpa; los hombres, que tan á menudo las critican, no consideran que esa es su obra, porque la mujer se inclina, como es natural, á agradarle, y por consiguiente, tratará de ser como á él le place que sea. ¿Y cómo educa el hombre á la mujer? De modo que cree débil para resistirle, aunque después le condene por ello...»

Y más adelante añade: «Hay quienes piensan que la mujer instruída, con la mayor libertad que da el saber, se tornará viciosa: esto es falso: la mujer ilustrada tendrá más medios para resistir á lo que generalmente arrastra al mal: la miseria... Los que creen que la mujer de espíritu cultivado se apartará del matrimonio, atribuyen á la instrucción un poder que no tiene, cual sería el de destruir los impulsos de la naturaleza; lo que sí hará es poner á aquélla en condiciones de poder distinguir, como dice María Chéliga, entre un hombre de talento y un imbécil... Los que abogan por la instrucción de la mujer, y son los más, piensan que se la debe formar para el hogar...» Prescindiendo por el momento de lo restrictivo de la misión, la autora del *Movimiento feminista* advierte el grave problema que aun con este exclusivo respecto entraña la *instrucción* de la mujer, y escribe:

«Según Spencer, un hombre se inquieta poco porque su mujer tenga ó no ilustración; lo que él desea es que sea bella

y de sentido recto. Mas el sentido recto depende en gran parte de la educación, y en cuanto á la belleza, es una flor que pronto se marchita: las mujeres que sólo en ella cimentan su mérito, son como meteoros que deslumbran un momento y desaparecen... De una mujer que sólo es hermosa, dice Guyau, el hombre se cansa al fin: ésta debe tener necesidades intelectuales más sólidas que le permitan convertirse para él en una compañera diaria, en cuyo trato siempre encuentre placer... A menudo las jóvenes miran el matrimonio como un medio de conseguir la libertad de que carecen en el hogar de sus padres, de poder asistir á una no interrumpida serie de fiestas y diversiones; quieren hallar en el esposo un esclavo complaciente... En esos hogares los hijos estorban... La mujer, afirma, debería, desde muy joven, dedicarse á obtener los conocimientos de todas las ciencias; porque ella, menos que el hombre, puede saber la esfera en que el porvenir la llamará á actuar: es preciso que esté en condiciones de poder secundar á su esposo, compartir sus ideas, tener una opinión, un consejo que dar...»

¿Y como madre? También la mujer necesita ser instruída: «ella es quien ha de vigilar la educación de los hijos, para lo cual necesita una consagración inteligente y asidua...» Y cuenta que hace falta una instrucción sólida. «Las familias cometen el error de apartar á las mujeres de los estudios (cuando estudian, por supuesto) muy pronto: niñas aún las arrastran al torbellino de la vida social; allí sabrán hablar de modas y de figurines, de bailes, murmuraciones y frivolidades; pero serán incapaces de sostener una conversación sobre cualquier tema de mayor seriedad: si se les habla de un libro nuevo, de tal autor clásico, de historia, de geografía, de política, nada sabrán decir, y sin embargo, el deber de una mujer de sociedad es saber hablar de todo. Por estas razones, los hombres de algún talento se hallan como perdidos entre ellas y prefieren el club ó las reuniones con sus iguales, alejándose cada vez más de la sociedad femenina, con lo cual ambos

sexos resultan perjudicados. Si la mujer se instruyera elevaría la sociedad, libertándola de esa atmósfera de frivolidades y vanidades que hoy domina en ella y obligaría también á los hombres á instruirse más» (1).

A continuación, la señorita V. López razona el otro aspecto del problema feminista, en el respecto todavía de la instrucción, esto es, razona la necesidad en que la mujer está, independientemente de su posible función de esposa y madre, de aprender una profesión en armonía con su capacidad y sus fuerzas. Porque, como dice muy bien, repitiendo así una consideración hecha ya por muchos defensores de la reforma social de la condición económica de las mujeres, ni todas éstas se casan, ni aun casándose es seguro que no enviuden ó que no enferme su esposo, ó sin que éste enferme, importa mucho á la familia la ayuda económica de la mujer misma. Es realmente indispensable fijarse muy especialmente en este lado apremiante de la cuestión: la mujer tiene derecho á su independencia económica, profesional, y es verdaderamente una injusticia insoportable, todo obstáculo opuesto al desenvolvimiento libre y sin traba alguna, de las aptitudes que la mujer tenga para dar de sí cuanto humanamente pueda dar, en beneficio mismo de la sociedad. «Ciertas mujeres, escribe la doctora argentina, tienen aptitudes especiales para tal ó cual orden de estudios: la naturaleza dota á alguna de talentos viriles: y esas fuerzas deben ser desenvueltas armónicamente en beneficio de la familia y de la sociedad.» Y añade en apoyo de su tesis estos párrafos interesantes y llenos de verdad: «Un hecho se observa muy comúnmente entre los pueblos de raza latina, y más que todo española; es que la mujer, aun sin medios de fortuna, sea apartada de los trabajos que podrían permitirle mejorar su posición. Condenadas á una ociosidad forzosa, viven las jóvenes en el hogar de sus padres aburridas y en medio de mil privaciones: á veces el matrimo-

(1) V. cap. V.

nio las saca de tan penosa situación, ó bien arrastran hasta el fin de sus días una vida miserable.» «Hora es ya de que abandonen para siempre ese falso orgullo; son muchas las carreras que se abren á la mujer para que ejercite su actividad sin salirse de su papel, pero sí á condición de que abandone sus prejuicios ó su temor á las críticas resabiadas y al terrible qué dirán» (1).

Aún podría añadir otra porción de citas, todas ellas reveladoras del modo exacto con que la doctora V. López ve el problema feminismo; pero bastan, me parece, la copiada, y como última prueba añadiré sólo el párrafo siguiente, en que resume aquélla más ampliamente su opinión: «Las reivindicaciones que el feminismo persigue entrañan diversos problemas: pedagógicos unos, como cuando pretende instrucción *equivalente* para los dos sexos... económicos otros, como cuando asegura que la mujer tiene derecho á que su trabajo sea remunerado lo mismo que el del hombre... implica también problemas jurídicos aún más complicados, cuando quiere que se constituya la familia en un pie de perfecta igualdad, que la sociedad conyugal no limite la capacidad jurídica de la mujer, etc., etc.» (2).

III

Debo advertir ahora que el libro de la doctora V. López no es la obra de un radicalismo feminista. Todo el tono del libro es de un feminismo templado, reflexivo, y que aspira á ser práctico. Escribe aquella, sin duda, bajo el influjo del feminismo anglosajón, que, aunque radical á su manera en el fondo, porque, como suele decirse, no se asombra de nada, sin em-

(1) V. cap. VI.
(2) Pág. 259.

bargo, se produce bajo formas muy serenas, sin desequilibrios ni locuras de las que por lo menos escandalizan á quien no esté en el secreto, y al burgués masoneísta y apegado á sus ideas como á auroras de salvación, no tanto por amor á ellas cuanto por miedo á lo nuevo, y porque son *las suyas*.

Por de pronto, la escritora argentina, para defender su punto de vista, no acude ni á los idealismos de los partidarios de la *Eva futura,* ni á las declamaciones de quienes pintan el paraíso como premio de la conquista feminista. Nada de eso; se insinúa por los argumentos que más *duelen,* los que no hay manera de rechazar. Así dice: «los partidarios de lo que se ha llamado la causa de la mujer, pretenden colocar á ésta en condiciones de ganar la subsistencia con las mismas facilidades que el hombre, y mayores aún, si fuera posible, para que no se vea lanzada en las vías de perdición á que muchas veces empuja la miseria». Porque no se venga con la cantinela de que la misión de la mujer es ser esposa y madre. — ¡Ah! ¡El ángel del hogar!—Pues «¿qué hacer con las mujeres que no tienen bienes de fortuna y que no se casan?» «Existe un número de mujeres que no pueden esperar la protección del matrimonio, y á quienes es necesario colocar en condiciones de que puedan lograr, solteras, una situación de independencia moral y económica que las coloque al abrigo de la miseria y de todos los peligros que ella trae aparejados.»

A este argumento económico siguen luego los otros, los que se discuten por los feministas y antifeministas, los fisiológicos y psicológicos.

Pero he aquí la fórmula del pensamiento feminista, templado, como he dicho, de la autora. Entiende ésta: «1.°, que la mujer debe recibir una instrucción y educación seria y sólida, para lo cual ha de renovarse en gran parte la que actualmente se la da; 2.°, que es preciso que la mujer pueda practicar todas aquellas profesiones que no sean contrarias á su dignidad y á su sexo. La mujer debe ser siempre mujer; no saliéndose de su esfera, es como puede estar segura de conseguir el triunfo de

su causa; 3.°, que debe haber, hasta donde sea posible, igualdad absoluta en cuanto al goce de los derechos civiles en la vida privada y personal, en la vida de la familia, en la sociedad y en el Estado; 4.°, que la mujer debe gozar de la misma condición que el hombre, esté soltera ó casada, en lo tocante á las relaciones de propiedad, contractuales y mercantiles, en el ejercicio de la patria potestad y de la tutela; y 5.°, que, cuando la evolución haya llegado hasta aquí, la mujer podrá aspirar, si lo desea aún, á representar en el Estado el espíritu femenino y á llenar los puestos vacíos como una colaboradora del hombre, no como rival ó competidora» (1).

No precisamente contra el tono templado y prudente que tan bien cuadra en quien, siendo mujer, habla de las aspiraciones y derechos reclamados por ésta, sino respecto del *ideal* que inspira á la doctora argentina, podrían hacerse algunas observaciones. Paréceme que hay en el pensamiento íntimo y fundamental de la autora que se refleja con claridad, no siempre enteramente viva, en los diferentes capítulos del libro, alguna indefinición y cierta falta de orientación fija y determinada. Teme, á mi ver, la Srta. V. López caer en el radicalismo feminista, por un lado; y por otro, el deseo de presentar sus ideas, no como meros engendros del capricho ó como puras definiciones doctrinales, sino como de realización posible, como ideas prácticas, le lleva á ciertas vacilaciones y distingos, v. gr.: al tratar de los derechos políticos y al señalar las relaciones de la vida social y de la vida doméstica, que oscurecen un tanto su pensamiento capital respecto del alcance que da al reconocimiento de la *equivalencia* de aptitudes humanas de la mujer y del hombre.

Estima, por ejemplo, que la aspiración al goce de los derechos políticos «responde á la creencia de que la intervención femenina en los asuntos públicos permitirá hacer triunfar más fácilmente las otras reivindicaciones, que son también las de más

(1) Págs. 19-20.

interés»; y aun cuando proteste contra la exclusión sistemática de la mujer de todo puesto público, censura la pretensión de las que desean lanzarse en la arena ardiente de la lucha política y escalar los puestos que las «debilidades de su sexo y su misión maternal le vedaran siempre».

En mi opinión, sin que sea dable resolver el problema de la intervención de la mujer en la vida del Estado, de plano, y sin atender en cada caso á una porción de datos circunstanciales, desde un punto de vista general, la cuestión de derecho no se ha de considerar atendiendo á la condición humana de la mujer, que es naturalmente tan miembro del Estado como el hombre, y por los mismos motivos. Podrá ó no parecer bien que ésta ocupe este ó aquel puesto en la política activa, pero no debe olvidarse que el mejor jefe de un Gobierno constitucional fue una mujer— la Reina de Inglaterra;— que al fin y al cabo, las mujeres intervienen activamente en la política, sobre todo en los pueblos anglosajones, y que, si por una parte pudiera estimarse fuera de la misión de paz y de armonía que asignamos á las mujeres la participación de ésta en las luchas políticas, apenas podemos darnos cuenta de los efectos civilizadores que su participación podría producir.

En suma, me inclino á pensar que sin necesidad de caer en ciertos extremos, radicalismos y exageraciones, y crudezas de frase, que á veces dependen, más que del convencimiento de la igualdad fundamental ante todas las exigencias de la dignidad humana de los sexos, de la misma preocupación sexual, se puede mantener un criterio amplio, resuelto, en pro de la abolición de todas las trabas que las leyes, las costumbres, las preocupaciones, la falta de educación verdaderamente social, cuando no la incultura y el interes tradicional, oponen á la libre manifestación de todas las facultades femeninas, lo cual no se opone, muy por el contrario, á que la mujer siga siendo (como el hombre) el sostén de la vida de familia, y representando en las relaciones humanas todo lo que de suave, encantador, atractivo, sentimental, representa lo femenino en la vida.

IV

Prescindiendo ya de la parte del libro *El Movimiento Feminista*, referente á las doctrinas y á los hechos generales, voy á resumir brevemente, para dar fin á este artículo, el interesante capítulo (XV) dedicado á la *mujer argentina*.

Sienta, en primer término, la señorita V. López el hecho de que allí, en aquella nueva y rica nación, el feminismo se desenvuelve muy moderadamente desde hace pocos años, manifestándose sobre todo en el sentido económico. Hay, sí, libertad amplia; pero «si la mujer no hace más, es porque no quiere, no porque las leyes ó la opinión se lo impidan»; en lo cual hay cierta contradicción, aunque no lo parezca, porque si la mujer *no quiere* hacer más, no es precisamente como consecuencia de una voluntad que se opone, sino porque falta ambiente, oponión, costumbres.

Por lo demás, la condición general de la mujer argentina revélase con bastante claridad en estas líneas: «No falta quienes critiquen—dice en la página 215,—á las porteñas sobre todo, y especialmente á las de las clases pudientes, su educación superficial, su poca inclinación por los estudios serios y las ocupaciones del espíritu; la frivolidad de su carácter y conversaciones, que alejan cada vez más de su sociedad á los hombres de espíritu cultivado; su desenfrenado amor por el lujo, que causa el asombro de cuantos visitan nuestro país, y que ha dado lugar á un voto condenatorio pronunciado en el Congreso Pedagógico (1900), donde entre las conclusiones adoptadas, figura una aconsejando *combatir el lujo*; es la crítica también su desmedido afán por las diversiones, por las cuales descuida las atenciones del hogar y la educación de sus hijos: tal vez haya exageración en alguno de estos cargos abru-

madores; ciertamente, todos conocen hogares modelos, que por fortuna son los más, donde la mujer argentina reina como verdadera matrona, desplegando en beneficio de los suyos las nobles cualidades de su espíritu elevado...» «Si durante su juventud airada, y por falta de una instrucción más seria y más adecuada, suelen las porteñas mostrarse frívolas y excesivamente afectas á las penas y distracciones, hasta el punto que, como decía un viejo amigo nuestro, parece hallarse bien en todas partes, nunca en su casa, apenas se convierten en madres concentran por entero su amor en sus hijos...»

En opininión de la doctora V. López, «el tipo de la mujer argentina está aún en formación.

De la revista que luego pasa dicha escritora á varios aspectos de la condición de la mujer argentina, importa consignar algunos datos, los cuales revelan que aun cuando ésta dista mucho de como las reivindicaciones feministas la podrían soñar, sin embargo, el feminismo progresa allí como en todas partes.

Así, respecto de la educación de la mujer, «se puede decir, en general, que está bastante descuidada por parte de la familia» en todas las clases: «entre la pudiente, es costumbre muy general enviar las hijas á los conventos ó escuelas dirigidas por religiosas; pero ahí la enseñanza es deficiente, porque las que se dedican á darla carecen de especial preparación; la educación física y del carácter, se descuida bastante en esos establecimientos que alguien ha calificado de peligrosos para las Sociedades republicanas, por su tendencia á aristocratizar la enseñanza. Las señoritas de nuestra sociedad más distinguida estudian poco; apenas si cultivan algunos ramos de adorno y el obligado conocimiento de un idioma extranjero, de preferencia el francés... Sin embargo, de algunos años á esta parte se nota una reacción favorable con respecto á la educación femenina...»

Por de pronto, el Estado la protege: no hay trabas para la mujer en los establecimientos oficiales de enseñanza. En los

Colegios Normales y Universidades estudian al lado de los hombres; desde el año 1899 hasta ahora se han matriculado 24 señoritas en el Colegio Nacional, sección Oeste, y siete en la sección Sur. En la Facultad de Medicina hay actualmente 18 alumnos, y tres en la de Filosofía y Letras. En Derecho ingresó una tan sólo.

Y no sólo esto; por iniciativa del Ministro Bermejo se creó en el año 1897 la Escuela Comercial de Mujeres, en la cual ingresaron en 1899, 29 alumnas, y al año siguiente 20 más, estando hoy todas ventajosamente colocadas. En el año actual se han matriculado en el primer año 155 alumnas, y 44 en el curso de Telegrafía, agregado recientemente.

El Ministro Dr. Magnasco, acaba de crear en Buenos Aires una Escuela Profesional de Mujeres, á la cual asisten 50 alumnas, que reciben en la instrucción primaria la preparación para los oficios de guantería, fabricación de flores, bordado en blanco y de insignias militares, aparado y planchado.

Todo esto, aparte de las numerosas Escuelas normales diseminadas por la República, el Conservatorio, etc.

La mujer desempeña en la Argentina gran papel en la enseñanza; el Magisterio es su ocupación principal; sólo en la capital federal había en Octubre de 1900, y en los establecimientos oficiales, 1.852 profesores, de los cuales 1.459 eran mujeres. En las Escuelas normales hay 188 profesoras y 117 profesores, y en las normales mixtas 45 y 51 respectivamente.

Cuéntanse entre las argentinas algunas escritoras y muchas pintoras de verdadero nombre. Entre las artistas se cita en el libro la célebre pianista María Luisa Guerra, bien conocida en España.

No ofrece un cuadro tan halagüeño la mujer argentina en la práctica de otras carreras y profesiones. Según el censo, en la población masculina la proporción de los que tienen ocupación propia se eleva á 866 por 1.000, en la femenina no pasa de 445. Hay, sin embargo, médicas, y se citan también farmacéuticas.

Por otra parte, aun cuando antes sólo las extranjeras se empleaban en destinos de empresas mercantiles —cajeras, tenedoras de libros...—hoy empieza á mirarse eso entre las nacionales como cosa más corriente, pero todavía con cierta repugnancia.

En la vida oficial son pocos los empleos y puestos públicos que en la República Argentina se confían á las mujeres. La doctora V. López pide se la destinen no pocas, muy en consonancia con su mismo carácter actual. Sin embargo, hay en la Argentina muchas telegrafistas empleadas ya, y bastantes telefonistas.

En las industrias intervienen bastante las mujeres, sobre todo en el comercio. Había, según el censo último, 22.911 mujeres empleadas en fábricas de tejidos, cigarreras, perfumeras, etc., y 33.916 agricultoras, á más de 490 horticultoras, 61 leñadoras, 17 pescadoras, 7 picapedreras, 44 vinicultoras, 178 alfareras, 35 hojalateras, 15 encuadernadoras, 876 comerciantas, 14 escribientas, 12 procuradoras, 2 arquitectas, etcétera, etc., más 5 periodistas.

Por último, donde se ha manifestado de una manera más vigorosa y eficaz la acción de la mujer argentina, es en las obras filantrópicas. Cita la doctora V. López muy numerosas instituciones de caridad y de beneficencia, todas ellas femeninas: la Sociedad de beneficencia, que tiene á su cargo la administración de la caridad oficial, y la cual maneja al año un millón de pesos del Erario público; el Patronato de la Infancia, el Asilo Naval, el de Huérfanos Militares, las Madres Cristianas, aparte de otras muchas extranjeras. «Con el objeto de unificar la acción de estas múltiples asociaciones, se ha creado últimamente en Buenos Aires un Congreso Internacional de Mujeres, á semejanza del de Norte América.»

Y concluyo. Lo expuesto basta para que el lector pueda darse cuenta del valor especial que la obra de la doctora de la Universidad de Buenos Aires tiene en la literatura feminista.

Adolfo Posada.

LAS ALHAJAS DE LA CORONA DE ESPAÑA

Mantuvo Fernando VII una gran parte de su vida la errónea creencia de que el caudal cuantioso de las alhajas que vinculadas á la Corona de España había él visto en su infancia en poder de los guardajoyas del real palacio, habían sido transportadas á Francia cuando sus augustos padres, los Reyes Carlos IV y María Luisa, fueron llamados y conducidos á Bayona por Napoleón, y que unas habían corrido los azares del ostracismo, y otras se celaban cuidadosamente por la Reina para regalo espléndido del desdichado Ministro y valido, que, habiendo compartido con aquellos Monarcas de quienes fue hechura todas las caras de la suerte próspera y adversa, ni fue abandonado por éstos en la común desgracia, ni él dejó de prestarles en el infortunio la misma apasionada y leal adhesión que en el tiempo de su poder. Esta obsesión en que le hicieron incurrir pérfidos Consejeros, con ser cosa particular é íntima, no fue pequeña parte á que, reflejando en todo el movimiento de su política exterior durante los seis primeros años de su reinado, después de su rescate, por atender á ella con más empeño que el que puso en la resolución de los intereses más trascendentales de su Monarquía, España no cogiera, ni en 1814 y 1815 en los Congresos de París y Viena, ni en los eventos de la insurrección de las Américas hasta 1820, aquellos frutos á que la recomendaban las simpatías universales que había con-

quistado por todas partes la nación generosa de 1808 á 1813.

Si era realmente extraño que de esta obsesión no le sacaran las muchas personas, así de sus ministerios políticos, como de su servidumbre doméstica, que debían tener exacta noticia de su exacción en varias tandas y ocasiones por los franceses de Murat, de Savary y del Rey José, no sorprende menos en el curso alternativo de los movimientos revolucionarios de todo el siglo XIX, que este mismo error trascendiera á los partidos más avanzados que repetidas veces discutieron la base constitucional de las nuevas instituciones, y que, haciendo cada vez más profunda la mina que cavaban debajo de la Monarquía, no pararon hasta dar, aunque efímeramente, en tierra con ella. Pero el caso es que, del mismo modo que Fernando VII imputó la ocultación de las alhajas de la Corona á sus padres ancianos y proscritos y al Ministro leal que hasta la muerte de aquéllos permaneció á su lado, los progresistas de la regencia usurpada del Duque de la Victoria, los progresistas de las jornadas de Julio de 1854, y los progresistas que vencieron al último paladín de la Monarquía en el puente de Alcolea, en 1869 volvieron á caer en la ceguera de aquella especie equivocada; y salvando el honor de los augustos desterrados de Roma, y aun el de su propio hijo el señor Don Fernando VII, ruidosamente movieron de nuevo esta cuestión en las dos Constituyentes de 1854 á 1856 y de 1869 á 1871; del mismo modo que en 1841 á 44 en la esfera privada de la alta administración de la Real Casa, para imputar la pretendida desaparición rapaz de aquellas joyas que constituían un verdadero tesoro, primero á la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbón, tutora y curadora de sus hijas la Reina Doña Isabel y la Princesa Doña María Luisa Fernanda, y posteriormente, y por boca del Sr. Figuerola, á las dos Reinas.

Las Cortes de 1810 á 1814, que tanto celo mostraron en canonizar los secuestros de bienes que desde el motín de Aranjuez se habían verificado ya entre los que sirvieron el reinado antecedente, y á quienes se acusaba de delitos varios de con-

cusión y prevaricación, ya entre los que en el tumulto de los sucesos que vinieron después con la invasión y la intervención del poder por parte de los franceses, fueron acusados ó de traición ó de infidencia, indudablemente con noticia plena de los despojos que los extranjeros habían practicado en todas las moradas, sitios y propiedades de la Corona, ni una sola palabra pronunciaron en sus sesiones públicas ni privadas en este particular. Imbuídas de la misma conciencia de los sucesos de la dominación napoleónica, las Cortes de 1820 guardaron el mismo silencio; y esta misma conducta se observó así en los Estamentos del régimen del Estatuto como en las Cortes constituyentes y ordinarias que se sucedieron hasta Agosto de 1840. Tampoco este asunto se llevó ni á las de la situación que creó la regencia del General D. Baldomero, ni á las posteriores hasta la revolución del Campo de Guardias. En el primero de estos dos períodos indudablemente se hicieron toda clase de esfuerzos á fin de prender en el lazo y en la incapacidad de un proceso escandaloso de desfalco y dilapidación de bienes vinculados al trono contra la Reina proscrita, que desde París supo conservar los fueros y la integridad de su honor y de sus derechos. En 1854 la cuestión tuvo su principio en aquel decreto de 27 de Agosto, por el cual se extrañó del reino á la Reina madre, y se mandó retener en depósito sus bienes hasta que las Cortes resolviesen lo más conveniente. Este decreto, que no llevaba la firma de la Corona, dió lugar á varias discusiones en las Cortes y á la formación de una Comisión parlamentaria informadora, cuyas pretensiones fueron ahogadas por las declaraciones sinceras de D. Manuel Cortina, que, como abogado de la Reina, había desentrañado profundamente todos los documentos testificales de la cuestión. No obstante, el cargo que desde 1841 se había tratado de fulminar contra la Reina Doña María Cristina de Borbón sin otro fundamento que el de una mera sospecha, y que en 1854 no pudo salir de esta esfera siendo victoriosamente dilucidado en ella, en las Constituyentes de 1869 se reprodujo por el en-

tonces Ministro de Hacienda D. Laureano Figuerola, el cual, trocando las antiguas sospechas en rotundas afirmaciones, dijo textualmente á aquella Cámara llena de injustos odios contra la casa reinante que había sido arrojada al ostracismo: «Las alhajas de la Corona han sido robadas, y robadas de la manera más escandalosa; puede decirse que ha sido un robo doméstico...» «Las alhajas de la Corona no habían sido todas robadas por los franceses; han desaparecido de España por dos personas cuyos nombres están en nuestras bocas: por Doña María Cristina de Borbón y por Doña Isabel de Borbón.»

Así en la persecución de Fernando VII contra sus padres y el valido de sus padres, desde 1814 hasta 1820, como en la de los progresistas de 1841, 1854 y 1869 contra las Reinas Doña María Cristina y Doña Isabel, el principio fundamental del error estribaba en dos interpretaciones torcidas de documentos mal estudiados. En la persecución de Fernando VII el documento emanaba de la vil delación de un traidor sagaz, hecha al Embajador de Roma, D. Antonio de Vargas Laguna, en la credulidad de éste, que en aquella delación creyó encontrar medio de prestar un servicio eminente al Rey Fernando VII, y en la incauta confianza con que se apresuró á ponerlo en su conocimiento, despertando en el ánimo del Rey aquella codicia que disculpaba el desamparo en que había hallado, á su vuelta de Valençay, la residencia y las cajas de la Corona, hasta el punto de que, á propuesta del Ministro de Gracia y Justicia en la sesión de las Cortes de Madrid del 4 de Abril de 1814, la Comisión de Hacienda, compuesta de los Diputados Canga-Argüelles, Cuartero, Falcó, Iztúriz, Sánchez, Manián y Yandiola, en el dictamen que dió el día 8 y que fue aprobado el 9 del mismo mes sobre la dotación de la la Casa Real, dispuso por el artículo 6.° de la proposición en que había entendido y que fue convertida en ley, que «se mandara anticipar al Rey *para ayuda de los gastos* que pueda ocasionarle *su establecimiento en la corte* y su manutención, el

importe de un tercio de su dotación», que se elevaba á 40 millones de reales, pues en palacio no habían quedado para residir en él, no ya joyas y alhajas, sino lo indispensable para los servicios de la vida. Al año siguiente se concertaron los matrimonios del Rey y del Infante Don Carlos con las Princesas de Braganza, que vinieron del Brasil; y era tal la carencia de joyas con que regalar á la que fue segunda esposa del Rey, Doña María Isabel de Portugal, que hubo que encomendar á Roma, al Embajador Vargas Laguna, la confección de dos aderezos completos, y uno fue de camafeos que dibujó don José de Madrazo, y otro de brillantes, para cuya construcción el Rey mandó de Madrid el puño del espadín de gala que él mismo había llevado á Bayona y Valençay en 1808, y que estaba esmaltado de estas ricas y preciosas piedras, otros varios objetos de su uso para que les arrancasen las que tenían, comprando el resto de los que se necesitasen para el aderezo entre los mercaderes de Roma que se dedicaban á expenderlos. El error de los progresistas de 1841, 54 y 69 nació: primero, del hallazgo de los estuches vacíos que habían contenido las alhajas de la pertenencia y del uso particular de la Reina Doña María Cristina, la cual al salir para Francia las había sacado de ellos, para evitar los inconvenientes del porte voluminoso hasta la frontera; segundo, la interpretación dada á un capítulo del testamento de Fernando VII, el cual al hablar de un inventario de alhajas de la Corona, rubricado de su mano, inventario que no se halló dentro de su testamento, al ser abierto con las debidas formalidades, como en dicho párrafo se prometía incluirlo en esta documentación, aquel monarca no creyó tener que declarar que *las joyas ó alhajas de la Corona* á que en él se refería, no eran de las vinculadas anteriormente, sino de las que él se había visto compelido á sustituir, habiendo sido robadas por los franceses las que antes existían, y que debían consistir en los símbolos y atributos del poder Real, en los servicios de la Real capilla y en las condecoraciones de honor, como las de las Ordenes del Toisón,

Carlos III y María Luisa, con que, como con todo lo demás, hubieron de arramblar los extranjeros.

Ya en mi monografía titulada *La Soberanía de Alfonso XIII en la insigne Orden del Toisón de Oro,* párrafo VI, escribí el 18 de Mayo de 1899: «Cuando volvió Fernando VII del cautiverio y dispuso la toma de posesión de su Soberanía en la Orden el 20 de Diciembre de 1819, formaban el capítulo sus hermanos los Infantes Don Carlos María Isidro y Don Francisco de Paula Antonio y el Marqués de San Martín, á quien había investido hacía poco á instancias de su padre el Rey Don Carlos IV, de quien San Martín había sido Mayordomo mayor en Roma, con el Toisón de que había sido portador desde la ciudad pontificia, vacante por muerte del Príncipe Colonna. En aquella solemnidad, después del juramento, se impuso el collar al Marqués de Bélgida, Conde de Miranda, Conde de la Puebla del Maestre, Marqués de la Lapilla, Duque del Infantado, Duque de Montemar, Conde de Peralada, Príncipe de Scilla, Duque de Alagón y Conde de Villariezo. Pero ocurrió una notable particularidad. Para la ceremonia de la investidura de los once caballeros hubo que usar de un solo collar, el que había pertenecido al Conde de Floridablanca, y que su familia había devuelto; «porque en el guardajoyas no quedaba ninguno, *pues con las demás alhajas* habían sido robados por los franceses, á pesar de haber sido la del Toisón la única de las Ordenes españolas no suprimidas por José Napoleón en su decreto de 18 de Septiembre de 1809, contra el fuero terminante y las constituciones de la orden y los de los condecorados de la corte de Luis XVI y los de la de Napoleón y sus familias, nunca se devolvieron». Bien dió á entender en su testamento Fernando VII que la renovación *de las alhajas de la Corona*, en lo que se refiere á joyas de metales y piedras preciosas de servicio de ostentación en las personas y menajes Reales, en los atributos de la Monarquía y en los instrumentos del culto se había hecho por él; del mismo modo que declaraba haber mejorado otras del patrimonio,

pues el nombre de *alhajas* en nuestra antigua jurisprudencia y aun en el lenguaje común en España se aplicaba, sobre todo desde el siglo XVIII, á toda clase de propiedades *preciosas* muebles ó inmuebles.

La última razón por la que los progresistas de las Constituyentes de 1869 se lanzaron á las odiosas imputaciones que se arrojaron desde las Cortes sobre las Reinas Doña María Cristina y Doña Isabel II, su hija, por los labios del Sr. Figuerola, se fundaban en el hallazgo en el archivo del Ministerio de Hacienda de los inventarios de las antiguas alhajas vinculadas, á que Carlos IV y María Luisa se referían en Roma al tratar de estos asuntos con el Embajador Vargas Laguna, y cuyo paradero naturalmente les era desconocido, como el de las joyas mismas que ellos habían entregado solemnemente en Aranjuez, después de la renuncia, y que, en vano en 1842 y 1855, se requerían de las oficinas administrativas de la Real Casa y Patrimonio, cuando Cabarrús las había arrancado de ellas durante la dominación del Rey José y las había trasladado al departamento cuya dirección en aquel tiempo estuvo bajo su cargo.

Las discusiones parlamentarias que promovió la cuestión de *las alhajas de la Corona* en 1855 y 1869, no ofrecen un interés tan dramático como los sucesos á que dieron lugar en Roma, Pisa y Génova los procedimientos que se emplearon para descubrirlas, bajo la suposición de que se hallasen en poder de la Reina María Luisa, en las del Príncipe de la Paz ó en las de la dama de éste, Pepita Tudó. En las Cortes de 1854 á 1856 comenzóse por proponer el nombramiento de una comisión parlamentaria que abriera una información acerca de los hechos por los que pudiera hallarse responsabilidad en la conducta y actos de la Reina Madre Doña María Cristina de Borbón, á quien por el decreto ministerial de 27 de Agosto de 1854 se había extrañado del Reino y se le habían embargado sus propiedades. A esta comisión pertenecieron los diputados D. Joaquín Alfonso, D. José Ordax Avecilla, D. Alvaro

Gil Sanz, D. Manuel Bertemati, D. Pedro Calvo Asensio y D. Francisco Salmerón Alonso, y con la aprobación de su dictamen, de que Calvo Asensio fue ponente, y que sólo impugnó el Marqués de Albaida, D. José María Orense, eligióse otra segunda y más amplia comisión informante é informadora, de la que Ordax Avecilla quedó excluído y que se completó hasta el número de catorce vocales con los diputados D. José Trinidad Herrero, D. Antonio Seoane, Marqués de Seoane, D. Miguel Latorre y Mudarra, D. Benito Alejo Gaminde, D. Ambrosio González, D. José Antonio Aguilar, D. Camilo Labrador, D. Nicolás María Rivero, D. Laureano Llanos y D. Pedro Bayarri. De esta comisión fue elegido Presidente el mencionado D. Joaquín Alfonso, y Secretario Gil Sanz, y quedó constituída el 5 de Enero de 1855.

Poco más de un mes después, la opinión pública, que había estado impresionada tanto tiempo con la atmósfera de viles imputaciones que la pasión política había creado durante tantos años contra la persona augusta de la Madre de la Reina Isabel, á quien en la explosión de la revolución de Julio se la había asaltado su palacio de la calle de las Rejas y reducido á cenizas las preciosidades de todo género de su rico mobiliario, sujetándola además al deprimente decreto de su destierro, y al más ofensivo de la caución de sus bienes, empezó á reaccionarse, pues, que el sentido natural determinaba que de ser ciertos los cargos que contra ella se habían formulado, nada habría sido más fácil á la comisión del Parlamento destinada á abrir la información para que se había constituído, que hallar las pruebas inmediatas y tangibles de su culpabilidad, y satisfacer á la opinión con la publicidad de tan solícitos descubrimientos. Pasaban días y más días; la comisión no daba señales notorias de su existencia, y pronto se levantaron rumores de que en todo lo actuado, desde la famosa insurrección del Campo de Guardias, la batalla de Vicálvaro, el manifiesto de Manzanares y las barricadas de Julio, se había procedido con injusticia. Entonces el Gobierno que presidía el Duque

de la Victoria se sintió en la necesidad de justificarse, y habiendo presentado el 11 de Febrero los diputados á Cortes don Félix Martín, Alonso Martínez, Martínez Falero, Angulo, Mascarós, Olea y Udaeta, para que se declarase que «en atención á las circunstancias en que la nación se hallaba el 27 de Agosto de 1854, y con objeto de evitar las complicaciones que pudieran sobrevenir si por más tiempo permanecía en el país la Reina Madre Doña María Cristina de Borbón, el Ministerio presidido por el ilustre Duque de la Victoria obró con previsión y acierto, extrañando del Reino á dicha señora y reteniendo en depósito sus bienes hasta que las Cortes resolvieran lo más conveniente», se entabló un prolongado debate, en que impugnaron este *bill* de indemnidad los diputados Bueno, Nocedal y Ruiz Pons, y lo apoyaron su autor D. Félix Martín, el General San Miguel y los diputados Calvo Asensio, Falero, Escalante, Gómez y Olea. Alonso se limitó á hacer constar que la Comisión de información, por un sentimiento de delicadeza, se había abstenido de intervenir, y D. Manuel Cortina, que aunque progresista también, llamaba á la Reina proscrita *mi ilustre cliente,* no desaprobó un procedimiento que había de producir una victoria para el honor y el concepto de la probidad de su augusta defendida.

El Ministro de la Gobernación, D. Francisco Santa Cruz, en este debate decía:—*Es verdad: nos hemos puesto fuera de las leyes; pero sólo así se hacía posible contener las pasiones,*— y el General D. Leopoldo O'Donnell, Ministro de la Guerra, añadía:—*Nosotros no hemos juzgado ni prejuzgado la cuestión de Doña María Cristina de Borbón; mas aquella fue una medida de salvación para la Reina Madre. Además, ella deseaba ausentarse de España.*—Y Nocedal les replicaba:—*Pero si la Reina Doña María Cristina se quería marchar, ¿para qué salió aquel decreto en la «Gaceta»? Además, ¿por qué manda el embargo de bienes y la expulsión forzada de la Reina Madre? En un día del año 1808 se dió un decreto de confiscacion de bienes, y el país justo ha creído que aquella había sido una temeridad*

y una injusticia, y los mandó devolver. ¿No estaréis ahora en la misma situación y tal vez peor que las de los tristes bullangueros de 1808, que tan caros costaron al país? Si la Reina Madre es reo de cualquier cosa de que la acuséis, traed pronto las pruebas: que no se diga que la pasión os ciega y dirige vuestros actos; porque la imputación de una calumnia deja en el aire un delito que por cometerse desde el poder que os habéis arrogado por medio de una revolución, tiene que quedar impune, con ofensa de la moral, que es la ley de los pueblos, lo mismo que la de los individuos.—El Duque de la Victoria, Presidente del Consejo, protestaba en seguida:—*Esa revolución yo no la he hecho. Yo he sido llamado, y no he dejado mi hogar para salvar altos intereses, sino diciendo: mis actos se ajustarán á mis principios, y mis principios tienen por base esta sola palabra:—Cúmplase la voluntad nacional.—La voz pública imputaba la responsabilidad de los sucesos á una sola persona. Se decía que por ella, hasta las gradas del trono se iban á manchar. Era necesario apartar de aquí esa persona. El Gobierno ha cumplido con su deber por haber adoptado los medios para conseguirlo, sin que esa persona haya sufrido ningún mal.*—Entonces Calvo Asensio se levantó á desfogar toda la violencia de su entusiasmo neófito revolucionario:—*Yo he desaprobado—decía—ese decreto y la salida de la Reina Madre. Lo he desaprobado, porque así se nos ha privado de los medios para que sea juzgada la Reina como se debe, según los cargos que la opinión pública fulmina contra ella.*—El fogoso orador desconfió de la justificación de los Magistrados del Consejo Real, por cuyas manos habían pasado algunos negocios de la Reina María Cristina, y levantó una tempestad, en que intervinieron Ríos y Rosas, García Tassara, D. Antonio González y Ordax Avecilla, que habían sido Consejeros todos. Púsole término la moderación de D. Manuel Cortina, que declaró conveniente la determinación de un mandato que no hería los sentimientos de la naturaleza, puesto que no había sido suscrito por la hija augusta contra la augusta madre, y que sólo atendía á una previsión

debida, puesto que hubo necesidad imperiosa que exigiese aquella determinación; mas Nocedal, interrumpiéndole, le apostrofaba:—*Convengo en que fue necesaria la salida de la Reina y el decreto de su expulsión; pero ¿á qué con circunstancias agravantes? ¿Para qué la expulsión acompañada del secuestro de bienes?*—Y Alonso Martínez contestaba:—*¿Y qué importa ese pormenor? ¿No está intacta la información parlamentaria?*—Por aquel día el Congreso, encrespado, no dejó discutir más: pidióse el voto de indemnidad para el Gobierno á grandes voces, y se procedió á la votación. Las abstenciones fueron muchas; pero aprobaron la proposición 210 votos contra dos, y éstos fueron los de D. Alejandro de Castro y don Cándido Nocedal.

Otro mes más transcurrió sin hincar de nuevo el diente al asunto. El 24 de Marzo, el Diputado D. Alonso Navarro interpeló sobre el estado de la información al Sr. Alfonso, Presidente de la Comisión que debía practicarla. Alfonso quiso descargarse con el obstruccionismo que para llevarla á cabo se oponía por el Intendente General de la Real Casa D. Martín de los Heros. Todo lo que la Comisión había pedido á la Intendencia era la testamentaría del Rey Don Fernando VII, y Heros había contestado que esta testamentaría era en su totalidad un documento privado correspondiente á una familia, siquiera la más excelsa de España, y por consiguiente, de su propiedad particular y de su secreto doméstico. De las explicaciones que dió Alonso sobre los trámites que la cuestión de la testamentaría de Fernando VII había llevado desde la primera proscripción de la Reina María Cristina en 1841, parecía dar á entender que se había tratado de rodearla de una atmósfera de reservas, de las que surgían las dudas que habían incitado á la información. Hizo concebir estas dudas primeramente la *Memoria que acerca de la administración de la Real Casa y Patrimonio* presentó el mismo Intendente D. Martín de los Heros en 1842 al tutor de S. M., D. Agustín Argüelles. «El negocio más grave para V. E. y para mí, decía en ella, es

el no conocerse legalmente la hijuela ó legitima que, por muerte de Fernando VII, tocó á cada una de las dos Regias pupilas. Respecto á la Reina, sube de punto la confusión cuando, respecto de las joyas, no se puede adivinar si las había de la Corona y qué se hicieron.» El Regente, el tutor y las Cortes creían que ni había ni debía haber patrimonio Real ni alhajas de la Corona; que según las leyes de uno de los títulos del *Fuero Juzgo*, «*las cosas que ganan los Reyes, fincan al Reino*», y que en virtud de esta regla, que no debía conceptuarse sino como de derecho universal y público, en Francia recientemente se había visto al Rey Luis Felipe, la víspera de la aceptación del Trono, hacer en favor de sus hijos formal renuncia de los bienes cuantiosos que particularmente poseía. La pérdida de los *Inventarios* que describían aquellas posesiones y aquellas alhajas en la Escribanía de la Real Casa y en el Archivo del Real Patrimonio; el silencio en que se había encerrado D. Ramón López Pelegrín, á quien la Cámara de Castilla había nombrado en 1833 para que interviniese en la formación de aquellos inventarios, y que llamado á declarar expuso que ni intervino en ellos, ni los tuvo nunca en su poder, ni sabía la menor cosa acerca de su paradero; y las declaraciones del Contador-Partidor que fue de la testamentaría D. Salvador Enrique de Calvet, que decía que las particiones se hicieron sin que él guardase el menor papel ni escribiese la menor minuta y que con el transcurso del tiempo había olvidado enteramente los términos en que se hicieron, impelieron al Gobierno de la Regencia á formar una Junta compuesta del Duque de Zaragoza, el General D. Dionisio Capaz y los Sres. Landen y Rodríguez Busto, que averiguara el paradero de los inventarios y examinara y diera cuenta de cualquier falta, desfalco ó dilapidación que por ellos observasen, á la vez que á poner el asunto en manos de la Audiencia para proceder judicialmente á la investigación. Con este motivo, el Juez de primera instancia de Madrid, D. Manuel María Basualdo, se dirigió por medio de nuestro Encargado de negocios en París, D. Juan Her-

nández, á la Secretaría particular de la Reina Doña María Cristina, en nombre de la cual contestó en 28 de Septiembre de 1842 D. José del Castillo y Aycuza, que á la sazón ejercía aquel cargo, expresándose así: «Nadie puede tener tanta solicitud por los intereses de estas excelsas señoras como la Reina, su Augusta madre; por lo mismo y porque según siempre S. M., en el justo propósito de no renunciar directa ni indirectamente á su derecho como única tutora y curadora legítima de sus Augustas hijas, me manda decir á V. S. que no se cree obligada á contestar á las preguntas que se le hacen, ni lo juzga conveniente. Cuando estime ser llegado el caso oportuno, sabrá S. M. satisfacer plena y dignamente á quien por derecho corresponda.»

Lo que ni el Presidente de la Comisión de Información, Sr. Alfonso, ni el Ministro de Estado, D. Claudio de Luzuriaga, pudieron explicar ante la interpelación del Sr. Navarro, lo hizo conocer satisfactoriamente á las Cortes D. Manuel Cortina. En efecto, cuando pasó el Gobierno de la Regencia usurpada del General Espartero, la Junta Suprema Patrimonial, cediendo á las reiteradas instancias de la Reina María Cristina, pidió á la Reina Doña Isabel II creara, con fecha del 29 de Marzo de 1844, otra Comisión que examinara la testamentaría, cuyos autos, con toda su documentación correspondiente, volvieron á aparecer sin dificultad de ninguna clase en la Intendencia de Palacio tales como se hicieron. La Comisión examinadora la constituyeron: como representantes de la Reina Doña Isabel, D. Juan Bravo Murillo y D. Manuel García Gallardo; en representación de la Reina Doña María Cristina, D. José María Huet y D. Manuel Pérez Seoane, y en la de la Infanta Doña María Luisa Fernanda, D. Pedro José Pidal y D. Alejandro Mon. Las funciones de Presidente las ejerció el Duque de Híjar, como Mayordomo Mayor de S. M., y las de Secretario, D. Antonio María Rubio, y hubo un *ultimatum* ó acuerdo definitivo, al cual concurrieron todos los interesados legítimamente representados, considerando todos su comisión

no sólo como meramente familiar, sino como representación cada uno de los individuos que la formaban, no de las augustas personas que los habían designado, sino de todas y de cada una de ellas. Los autos, que posteriormente examinó D. Manuel Cortina, según informó á las Cortes, existían y existen tales cuales se formaron en su origen. Principian con el testamento del Rey. En seguida se encuentran los inventarios de 1833, con todas las solemnidades de la más pulcra escrupulosidad, y en ellos el nombramiento de curador *ad litem* de S. M. la Reina y de su augusta hermana; la comisión dada al Sr. Calvet para hacer la partición, y por último, este documento, aprobado, después de oídos los curadores, por providencia de la Junta Superior del Real Patronato. En estos documentos consta que, entonces, se hicieron todas las averiguaciones posibles para poner en claro la verdad sobre lo ocurrido con las *joyas* ó *alhajas* vinculadas en la Corona, y estas averiguaciones dieron por resultado la absoluta certeza de que dichas alhajas totalmente desaparecieron en tiempo de los franceses, así como la conciencia plena de la persona que las sustrajo en compañía del General que mandaba en Madrid. Consta además, que muchas se fundieron en las chimeneas de Palacio, después de extraerles los diamantes, perlas y piedras preciosas. Consta que algunos de estos diamantes se vendieron en el extranjero. Consta que cuando Cárlos IV y María Luisa salieron de Aranjuez para el Escorial y del Escorial para Bayona, el Rey sólo llevó para su uso una presilla de brillantes para el sombrero, una botonadura, un puño de espada y algunas otras frioleras, y que la Reina sólo llevó las joyas de su propiedad particular, que en Aranjuez separó de las de la Corona cuando se hizo la entrega formal de éstas el día de San José de 1808.

El informe de D. Manuel Cortina á las Cortes de 1854-56 era concluyente, é incontestable la extrañeza que mostró en que el Sr. Alfonso y algunos Diputados aún sostuviesen que la Reina María Cristina, al salir de España en 1841, se había

llevado *alhajas de la Corona*, puesto que estas alhajas ya no existían, y las que llevó, dejando en Palacio los estuches vacíos, eran las que era notorio que particularmente le pertenecían; pero Luzuriaga y Alfonso se encerraban en sus afirmaciones sin prueba y sostenían que después de la vuelta de Fernando VII de Valençay todavía encontró en Palacio *alhajas de la Corona*, cuyo inventario, que no se encontraba, era el que en su testamento dejó rubricado aquel Monarca. Con estas cuestiones sin resolver llegó la crisis política de 1856, y en lo sucesivo nadie hubiera vuelto á acordarse de las *alhajas de la Corona* hasta que la erudición, la crítica y la historia hubiera depurado los hechos, sin más interés que el de la verdad, á no haber sido por el *exabrupto* del Sr. Figuerola en 1869, que se creyó en mejor situación que sus correligionarios de 1855 para volver á levantar otra tempestad de odio y cieno contra las dos Reinas á quienes España debe el establecimiento de las instituciones parlamentarias, la reforma de la Monarquía y la constitución definitiva del régimen liberal. Esta discusión borrascosa, en que el Sr. Figuerola tuvo desde el 1.° de Diciembre de 1869 en que se inició teniendo por auxiliares á los Diputados D. Manuel Ortiz de Pinedo, á quien la Revolución había confiado la conservación del Palacio de nuestros Reyes y los tesoros que encierra, y D. Antonio Ramos Calderón, no tuvo por fundamento bases más sólidas que la de 1855. No obstante, no se limitó su controversia á un corto número de Diputados, como entonces acaeció, sino que en ella tomaron parte carlistas como D. Cruz Ochoa, que la promovió por medio de una proposición incidental; republicanos como D. Estanislao Figueras y D. Francisco Díaz Quintero; radicales de la nueva democracia gobernante como González Encinas, D. Gabriel Rodríguez y Coronel Ortiz; progresistas de antiguo abolengo como Prim, Cantero y Rojo Arias; unionistas de la revolución como Fernández y Vallín y Topete, y conservadores gubernamentales de procedencias varias como Cánovas del Castillo, Ríos y Rosas, Eldua yen y Alvarez Bugallal. La discusión de

los últimos, con exclusión de Ríos y Rosas, auxiliada eficazmente en la prensa de Madrid por *La Epoca* y los periódicos alfonsinos que empezaban á dibujarse, en Barcelona por *El Diario* de aquella capital y en otras provincias por los periódicos que en Cádiz dirigía Arboleda, en Sevilla Casa Galindo, en Málaga Casado y Sánchez de Castilla, en Bilbao Vellebaso y otros ilustres restauradores en otras partes, se condensó en un libro que lleva el título del objeto que la promovió y en el que, además de los discursos parlamentarios, se insertaron algunos artículos de Cos-Gayón. Pero hay que confesar que si en tan enconada refriega se luchó por los oradores de la Revolución con toda la ceguedad y toda la falta de sinceridad del fanatismo político, los mismos oradores que tomaron la defensa de la desgracia desarmada y escarnecida, de la verdad vulnerada y de la justicia cubierta con el más denso de los velos, adolecieron de falta de noticias de resolutiva definición por la gran dificultad que enmedio de aquella efervescencia oponía la consulta parsimoniosa de los archivos. ¡Todavía Cos-Gayon, al escribir en 1881 su *Historia jurídica del Patrimonio Real* por mandado del Rey Don Alfonso XII, insistía en la equivocada creencia de que los Reyes padres habían arrastrado algunas de las *alhajas de la Corona* á su proscripción y que formaban parte de las que á la muerte de Sus Majestades envió de Roma el Embajador Vargas Laguna! Así lo había escrito Labrador en sus *Memorias;* pero era porque ni Labrador y Cos-Gayón habían conocido la correspondencia confidencial del referido Embajador con Fernando VII, en la que se hallan todos los testimonios del drama prolongado en que vivieron agitados y descompuestos en Roma, durante seis años, los Reyes, el Embajador, Godoy y los de su familia más cercana, los funcionarios del Gobierno del Papa y las Embajadas españolas no sólo en las demás cortes de Italia, sino en Viena, en Berna, en París y hasta en Berlín.

Que el asunto era digno de todos aquellos desvelos, es innegable. Las *alhajas de la Corona de España* constituían un

tesoro de la mayor opulencia, y si no para los intereses de la nación y de su cetro, para su ostentación y autoridad, tan importante como las escuadras que nos arrebató nuestra alianza con Francia, los ejércitos que deshizo en los campos de batalla su sangrienta hostilidad y el emporio de colonias y posesiones preciosísimas que la impotencia en que quedamos tuvo que abandonar á los onerosos desmembramientos de nuestro histórico poder. Las *alhajas de la Corona*, reducidas al mero capítulo de lo que constituyen piezas artísticas construídas bajo armamentos de oro, plata y otros metales nobles, ornamentados ó no de diamantes, perlas, esmaltes y toda la inmensa variedad de las piedras llamadas preciosas, no sólo se reducían á las que, como coronas, cetros, espadas, flores de lis, mazas y otra suerte de objetos tienen en sí la representación simbólica de los atributos de la Monarquía, sino que abarcaban toda clase de vasos sagrados, custodias, cruces, relicarios, frontales de altares y los demás objetos de las mismas materias destinados al culto en las capillas y oratorios de todos los palacios y residencias reales; las vajillas y todo el mobiliario rico de mesa, tocador, escritorio, salas y alcobas; los demás objetos de uso doméstico y, finalmente, la verdadera joyería, compuesta de la infinita variedad de dijes, aderezos, sortijas, pendientes, broches, presillas, tabaqueras, relojes, bastones, puños de espadas, placas de condecoraciones, pomos de esencias, perfumadores, marcos, collares, medallones, botones, solitarios, hevillas, espoletas para los hombros, cintillas, lazos, hilos de piedras preciosas y de perlas gruesas, piezas de engarce, cajas de diamantes y otras piedras sueltas graduadas por número y tamaño, taleguillos de perlas sueltas del mismo modo indicados por número y tamaño, barras de metales finos, botellas de polvo de oro, panes de plata, todo ello componiendo, bajo el punto de vista del arte, un verdadero museo; bajo el punto de vista de su valor, un verdadero tesoro, en el que se contaban piezas que resistían á toda valoración.

Aunque desde la formación de la unidad de la Monarquía

los monarcas de la casa de Austria y los de la de Borbón, en sus testamentos respectivos no habían observado un criterio constante en sus disposiciones respecto á su conservación como vínculos de la Corona, ó en su distribución entre sus herederos, considerando las alhajas que poseían como bienes muebles libres, desde el reinado de los Señores Reyes Católicos hubo una tendencia marcada á vincular aquellas piezas ó joyas que, por su procedencia, participaban de un carácter histórico, ó un recuerdo venerable de familia, y aquellas que constituían adornos especiales de perpetua ostentación para la autoridad y magnificencia del Trono. La Reina Católica recibió de la herencia Real de Enrique IV joyas, preseas, libros decorados con adornos de metales preciosos y pedrería; cruces y relicarios cuyo origen se remontaba á la época medioeval de los más ilustres Reyes de Castilla, de Alfonso VIII, de San Fernando, de Alfonso el Sabio, de Pedro I y de los dos Juanes I y II. El Rey Católico, por su parte, las había traído en su hijuela, procedentes de las antiguas recámaras de los dos Jaimes, de Pedro IV, de Alfonso V, del Príncipe de Viana y de otros monarcas de la casa de Aragón. No todas estas alhajas fueron distribuídas entre los herederos de Portugal, Inglaterra y Flandes, pues Doña Margarita, la bella viuda del Príncipe Don Juan, se llevó muchas. Mas si esto fue así, en cambio con Doña Juana y Felipe I el Hermoso, vinieron á nuestra casa Real gran golpe de joyas de las casas de Borgoña y Habsburgo, muchas de las que Carlos V fue el primero que hizo vincular á la Corona de España, si bien con la condición de que Felipe II, su sucesor, incluyera por ellas en el fondo á partir de la testamentaría que aquél dejaba el precio de su valor en tasación. Consideradas desde aquel tiempo las alhajas que heredaban ó adquirían los Reyes de España como bienes, libres de su personal pertenencia, fueron siempre acumuladas á su muerte entre los bienes libres á repartir, por mandas ó por herencia, haciendo sólo exclusión especial de aquellas que querían que quedasen vinculadas y perpetuas en

la Corona, siempre bajo la condición impuesta en su testamento por Carlos V de indemnizar con el precio de su valor el fondo testamentario de los bienes relictos.

El primer monarca que instituyó el verdadero vínculo de las alhajas en la Corona fue Carlos III, el cual, después de incorporar en su testamento á la Corona todos los bienes inmuebles de cualquier manera adquiridos durante su reinado, mandó se diese «alguna alhaja de las que existen en mi poder á arbitrio de mi hijo, el Príncipe, y demás testamentarios á la Princesa, su mujer, al Rey de las Dos Sicilias y la suya, á la Infanta Gran-Duquesa de Toscana y á su nieta Doña Carlota, Princesa del Brasil; y quiero, añadía, que las demás joyas, sacadas estas mandas, queden incorporadas á la Corona en la misma forma que llevo prevenido en cuanto á los bienes estables». Estas joyas, competentemente inventariadas, se conservaron con escrupulosidad tan exquisita de parte de los Reyes Carlos IV y María Luisa, que cuando en los engarces de sus prendidos esta señora quiso usar del diamante colosal llamado *Estanque*, ó de la famosa perla *Peregrina*, lo decoró «con una especie de bola en óvalo, toda de brillantes, y cincelada en el medio una faja de oro con letras esmaltadas negras que decían: Soy la Peregrina»: y siendo estos brillantes de la bola de su propiedad particular, nunca más permitió que se desmontasen añadiendo su valor de 109.100 reales al valor de la joya vinculada. Esto mismo hizo María Luisa «con el lazo grande para el pecho de cuatro hojas, con un cordón y borlas, con varios peldaños, siendo todos los medios principales de brillantes de color rosa y el restante blancos, con los festones menuditos de brillantitos pintados de dicho color». Los dos medios principales de las dos almendras de esta joya, y el brillante grande, de forma de almendra, que se hallaba colocado en la cabeza de la expresada borla y del color ya dicho, eran también propiedad de la Reina, «pues los tenía en alhajas suyas y los dió cuando se hizo esta obra, que era de brillantes de la Corona Real»; y con todo, aun estando valuado lo que María Luisa

puso en ella en 2.388.974 reales, al hacerse en Aranjuez la entrega de las joyas de la Corona, no quiso que se desprendiesen de la regia alhaja.

De que todo este portento de riquezas quedó en los palacios de Aranjuez y Madrid nos quedan, entre otros testimonios, el del mismo Emperador Napoleón en sus cartas al Gran Duque de Berg. En sus cartas del 2 y 5 de Mayo de 1808, insertas en su *Correspondencia de Napoleón I*, número 13.801, dice á Murat: «Que las alhajas y los diamantes de la Corona no sean hurtados y que alguno que encarguéis vele por ellos, ya sea para que pasen al nuevo Rey, ya para que se reintegren al Rey Carlos»; y en otra del 5 repite la misma recomendación: «Cuidad de que los diamantes y alhajas de la Corona no se dilapiden». El caso es que Napoleón autorizaba estos despojos de sus Generales y soldados, y no puede olvidarse que cuando su hermano el Rey José se le quejó de la conducta de Cailincourt, de Duhesme y de Lechi, que más que Generales parecían *capitanes de bandidos,* pues se apropiaban cuanto encontraban por donde quiera que iban, Napoleón le contestó: «*Estos Generales hacen bien. Las ciudades deben ser saqueadas. Este es el derecho de la guerra.*» Murat, que esto sabía, fue el primero que, después de haber saqueado la casa de Godoy en Doña María de Aragón, en que estuvo alojado hasta que después del 2 de Mayo y de la salida del Infante D. Antonio para Bayona pasó su residencia al Palacio Real, y de haberla entregado al rebusco de sus soldados y luego al incendio para obscurecer sus robos, en Palacio entró con la misma rapacidad enfrascándose bien en aquellos tesoros que allí encontró. Salió Murat de Madrid con doscientos veinte carros de equipaje é impedimenta, y le sucedió interinamente en el mando supremo Savary, el cual, menos escrupuloso aún que el Gran Duque de Berg, cargó más codiciosamente, sobre todo, sobre los brillantes y las joyas de servicio doméstico que Murat había respetado para que el Rey José, al llegar á Madrid, no encontrase enteramente desalquilada la residencia en que había de

morar; y á pesar de estas rapacidades, las *alhajas de la Corona de España* que el honrado Carlos IV dejó en sus palacios y posesiones eran tantas, que todavía, cuando por decreto de 26 de Julio de 1808 se dispuso que el guarda-joyas de la Real Casa entregase á D. Francisco Cabarrús, Conde de Cabarrús, bajo inventario, lo que había quedado, los funcionarios de aquella dependencia D. Peregrino de Llanderal, D. Ignacio Pérez y D. Francisco Gamedo, después de haber acreditado lo que el 8 de Mayo anterior se había entregado por orden del General Murat, todavía pusieron á disposición del Señor y Marqués de Mos, Mayordomo mayor del Rey José, joyas por valor de 22.105.308 reales, en que todavía había un solo espadín valuado en 2.085.010 reales, un collar de otros 2.114.340, una sortija de 1.665.000, un lazo para el pecho de 2.388.974, un grupo de figuras de tocador de 3.242.390 y otras alhajas, hasta el número de 32, á este tenor.

De las que robó el Duque de Róvigo Savary hay en el libro de Goldsmidth, *The secret history of the cabinet of Bonaparte,* pág. 373, una anécdota que dice:—«Entre las alhajas de alto precio confiadas en el palacio de Madrid al General Savary se hallaba la corona de la Reina de Etruria. El honrado General hizo desmontarla y Mad. Savary mandó hacer con los brillantes un aderezo de forma de espiga para la cabeza. Cometió la imprudencia de presentarse un día con este adorno en la corte de la Emperatriz Josefina. Cuando el Emperador vió el aderezo de Mad. Savary, no pudo reprimir un movimiento de cólera y mandó al General que inmediatamente le devolviese la alhaja, con la que después Napoleón hizo un presente á la Reina de Holanda.» De todas las alhajas de la Corona de España, que, salvadas de los despojos de Murat, de Savary y de los soldados que guarnecieron los Sitios Reales, en donde se encontraron algunas, sobre todo en Aranjuez y en El Escorial, pasaron á manos del Rey José, el último destino que tuvieron se testifica absolutamente en la Correspondencia publicada en las *Memoires et correspondance politique et militai-*

re du roi Joseph, annoteés par A. Du Casse, y principalmente en las cartas dirigidas al Mariscal Berthier y al Emperador:—«Se vive del robo; pero todo lo que se roba aquí, se paga tarde ó temprano con sangre francesa. Las tropas no están pagadas, ni mi Gobierno tampoco.»—«Hoy mismo me he visto obligado á vender los vasos sagrados de mi propia capilla, para pagar el pan de las tropas que hay en Madrid. ¿Cómo lo pagaremos mañana? A estas horas no lo sé.»—«Las tropas que están á mi servicio se hallan sin pagar ni vestir hace ocho meses. Los proveedores, para que den que comer, han sido afianzados con los objetos de valor que quedaban en el Palacio de Madrid. Este recurso me proporcionará víveres para quince días.»—«Todos los capitales mobiliarios han sido consumidos. El crédito está completamente aniquilado.»—«Estoy rodeado de la miseria más espantosa. Mis Oficiales de mayor graduación se ven obligados á carecer hasta de fuego en sus casas. Yo he dado todo; lo he empeñado todo: yo mismo me hallo en la mayor miseria.»—«He empeñado en París bienes por valor de un millón, y en Madrid los pocos diamantes que me quedaban.» Estos testimonios son irrecusables. El rey había enajenado todas las alhajas de la Corona que se habían salvado de las dilapidaciones de Murat y de Savary, y los soldados franceses todo lo robaban, sin exceptuar las mismas joyas de la Casa Real. En 1814, al restatuirse á Madrid el Gobierno de la Regencia en Cádiz, el Ministro de Prusia acreditado en nuestra corte, puso en conocimiento del Ministro Cevallos, que «de las muchas alhajas de que se apoderaron los prusianos en el campo de batalla de Waterloo, se hallaban un solitario de gran valor y una presilla de brillantes que por sus marcas C. R. parecía pertenecer á las alhajas robadas á la Corona de España por los franceses. Habiéndose presentado estas joyas á la Princesa Carlota, hija del Rey de Prusia, para que las adquiriese por compra, el Rey mandó depositarlas, diciendo que era asunto de gravedad y que pedía reflexión, al menos hasta consultar con el Gobierno legítimo de España. También D. Manuel

Cortina, en las Cortes de 1855, al descubrir la testamentaría de Fernando VII y los documentos justificantes de las investigaciones que se habían practicado por la Intendencia General de la Real Casa y Patrimonio sobre la suerte que había corrido el inmenso tesoro que constituían *las alhajas de la Corona* de España después de 1808, testificó que después de la Restauración del Rey Fernando, por diversos conductos, y entre otros por el de la Embajada de España en París, se le ofreció la venta de algunas de ellas que poseían varios súbditos franceses, sin que explicaran satisfactoriamente su procedencia.

Labrados en las *Misceláneas* que escribió sobre su vida pública y privada, dejó escritas dos especies que han sido también nuevas fuentes de los errores que produjeron las dos escandalosas discusiones parlamentarias de 1855 y 1869, y las viles imputaciones que se hicieron contra la Reina Madre en 1842 y 1855, y aun contra Doña Isabel II en 1869, por labios del Sr. Figuerola. En uno de estos pasajes, Labrador decía: «Cuando Carlos IV y su mujer fueron desde Aranjuez á Bayona, el Rey no tenía para su uso más que algunas alhajas consistentes en una presilla de brillantes para el sombrero, una botonadura, un puño de espada y otras frioleras. Todo se vendió en Marsella, porque Napoleón no dió la suma que había ofrecido, mientras supo que el Rey tenía á su disposición algunos valores. En cuanto á la Reina María Luisa, llevó consigo valor de seis millones en pedrería. «En nada de cuanto Labrador aquí escribió había verdad absoluta: de modo que en sus *Misceláneas,* sólo consignó en este punto lo que imperfectamente conocía de oídas. En la correspondencia confidencial del Embajador de Roma, D. Antonio Vargas Laguna, con el Rey Fernando VII, se dan noticias exactas de todas estas cosas. Napoleón, apenas encerró á los Reyes Padres en Compiegne, los abandonó de todo punto: de modo que tuvieron que subsistir con su numerosa servidumbre de la venta que en París y en Marsella se confió al ayuda de cámara Viergol de algunas de las alhajas, de propiedad particular suya, que la

Reina con providencial previsión había llevado. El Rey regaló á la Condesa del Castillo-fiel, Doña Josefa Tudó, que se había agregado á las damas de la servidumbre de la Reina, la botonadura de solitarios, también de su propiedad particular, que había llevado á Francia. Estos brillantes no fueron donados de una vez, sino uno á uno en los días de Santos y otras festividades en que la costumbre de la antigua esplendidez no regateaba á los augustos cónyuges el gusto que tenían en hacer regalos. La Condesa de Castillo-fiel los conservaba en una cajita, y cuando á instancias de Vargas Laguna entregó en Pisa á E. Eusebio Bardaxi y Agara todas las joyas que poseía, pues al Rey y á Vargas Laguna, un vil traidor entronizado en la confianza de aquella triste dama, había hecho creer que ocultaba las *alhajas de la Corona*, al serle devueltas, confesando Vargas Laguna el error en que se le había hecho incurrir, pues entre las joyas de Pepita Tudó no había ninguna que hubiera pertenecido siquiera al gabinete particular de la Reina María Luisa, ella misma devolvió los solitarios de la botonadura que el Rey Carlos IV confesó le había regalado, para que se le remitieran al Rey Fernando VII. Las demás joyas que el Rey Carlos IV llevó á Francia poco á poco, y siempre por mano de Vargas Laguna, se las fue remitiendo á su hijo; las alhajas que llevó la Reina, después de las que se vendieron por Viergol y éste acreditó en Madrid, donde Fernando VII le había reclamado á su servicio, todas se hallaron en sus habitaciones á su muerte, ajustadas al inventario oficial que de ellas tenía; ninguna era de las de la vinculación de la Corona, y todas vinieron á poder de Fernando VII, representando un valor de 8.187.079 reales y 26 maravedises, según tasación.

El otro pasaje no menos equivocado de las *Misceláneas* de Labrador, que impulsaron en 1869 no sólo á los errores de Figuerola, sino á los del mismo Cánovas del Castillo, á los de Elduayen y á los de Cos-Gayón, dice así:—«El Luna (*sic*) (por *Laguna*), Ministro de España en Roma, que debía á éste (Carlos IV) toda su fortuna, pero que era uno de aquellos hombres

que no transigía con su deber, habló con tanta firmeza á Carlos IV de la obligación que tenía de devolver á la Corona de España lo que le pertenecía, *que estas alhajas fueron enviadas á España;* pero, en lugar de conservarlas como Tesoro de la Corona, fueron divididas entre las Princesas, porque así lo quiso la Infanta Doña Carlota.» Este pasaje está más nutrido aún de errores que el anterior. Las alhajas de la Reina María Luisa, que no vinieron de Roma hasta después de la muerte de los Reyes Padres, fueron cotejadas en las habitaciones del Rey Fernando VII, el 27 de Diciembre de 1824, por D. Pedro de Vargas, encargado del Real Oficio de Guarda-joyas; don Francisco Scarlatí de Robles, Contador General de la Real Casa; M. Ignacio Gutiérrez de la Solana, Veedor General de la misma; D. Sebastián Hurtado, Depositario de los bienes de la testamentaría de los Reyes Padres, y el Escribano D. Ramón de Carranza, Secretario de la Junta Superior del Patrimonio. El cotejo se hizo con el inventario formado en 1789 á la muerte del Rey Carlos III, que fundó la vinculación de las joyas, y el resultado del examen fue declarar que ninguna de aquellas joyas pertenecían al Tesoro de la Corona y que todas legítimamente pertenecían á la propiedad particular de la Reina María Luisa. No hubo, pues, más, después de la dominación de los franceses, que las robaron todas, ni en el testamento é inventarios de Fernando VII, *alhajas de la Corona.* Y el reparto que se hizo, y del que al Rey Fernando tocaron joyas y efectos por valor de 3.438.183 reales y 2 maravedises, hubiera sido irreprochable, si en él no se hubieran contrariado absolutamente las disposiciones testamentarias de la Reina María Luisa, hechas en Roma y autorizadas con la licencia y la firma del Rey Carlos IV. La Reina instituyó por su único heredero al Príncipe de la Paz. Sus hijas la Duquesa de Calabria, Princesa hereditaria de Nápoles, la Infanta María Isabel, y su hermana la antigua Reina de Etruria y Duquesa de Luca, la Infanta María Luisa, desde luego protestaron en presencia del Embajador Vargas Laguna, de que su intención era de que se

cumpliese estrictamente la voluntad de su madre. Vargas Laguna expuso que él se atendría á lo que le mandase el Rey Fernando VII, y éste dispuso que se trajeran á Madrid, con los demás bienes muebles del Palacio de Barberini. Las alhajas vinieron. La Princesa del Brasil pidió su parte y se hizo la distribución. Pero aquellas *alhajas* no eran de la *Corona;* aquellas eran las preseas particulares de la Reina María Luisa, la mujer más elegante de Europa.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

LECTURAS AMERICANAS

SUMARIO: *La Revista de Chile.*—El plebiscito y las anexiones territoriales.—Sarmiento, pedagogo y escritor.—La reforma ortográfica.—Deberes de la Prensa.—Defectos del cuarto Poder.—Influencia de la situación geográfica de Santiago de Chile en su desarrollo.—El ferrocarril trasandino.—Los túneles de los Andes y la cremallera.—Contra el pesimismo de última hora.—Reformas necesarias en Chile.—La elección del Jefe del Estado en las Repúblicas.=*El Pensamiento Latino.*—El Congreso Médico Latinoamericano.—Estudios de higiene.—Ligas contra la tuberculosis y la sífilis.—Asociación de señoras americanas «por la paz y el desarme».—La Asociación francesa.—El Congreso obrero de Lima.—Remedios contra el alcoholismo.—El segundo Congreso Científico Latinoamericano.—Conclusiones notables.=*Revista del Ateneo.*—Deficiencias de la nueva edición de leyes argentinas.—Importancia de este asunto.=*Boletín histórico mexicano.*—El Sr. García y su libro sobre el *Carácter de la conquista española.*

La Revista de Chile sigue siendo una de las publicaciones americanas más interesantes y mejor compuestas. En los números últimamente recibidos (entregas 70 á 77, exc epto la 74, que falta) hallamos los siguientes artículos importantes:

El plebiscito ante la historia diplomática y ante los principios del Derecho internacional, por Alejandro Alvarez. Capítulos de una obra en preparación, que llevará por título el que antecede. En el primer capítulo, el autor, después de una copiosa bibliografía de libros y artículos pertinentes al caso, pero en la que no se da entrada más que á producciones francesas, expone las diferentes formas de anexión de territorios ajenos que presenta la Historia (voluntarias é impuestas). En

el segundo, estudia la aparición del plebiscito, es decir, de las manifestaciones de la voluntad nacional en las cesiones de territorio, como una consecuencia de los principios políticos que proclamó la Revolución francesa de 1789. En el régimen antiguo de la Monarquía absoluta, «no sólo no se discutía si las poblaciones tenían voz en las anexiones territoriales, sino que ni aun se habría tolerado que los habitantes de la porción de territorio cedido tuviesen derecho de *optar* entre la nueva nacionalidad que les era impuesta y la antigua que tenían antes de la cesión».

Con los principios revolucionarios cambiaron grandemente las cosas, pero no de un modo inmediato. La Asamblea nacional incorporó á Francia la isla de Córcega por un simple decreto, y los señoríos de Aviñón y el condado Venesino mediante la previa manifestación de voluntad de los habitantes. La Convención nacional usó siempre de la forma plebiscitaria para anexionar la Saboya, Niza, Maguncia, Bélgica y otros territorios. El Sr. Alvarez examina particularmente cada uno de estos casos con gran copia de detalles.

En contraposición con este sistema, los Reyes europeos, unidos en la Santa Alianza, no reconocieron «jamás á los pueblos el derecho de decidir sobre los cambios territoriales». Así vemos que en todos los que se efectuaron «á causa de los tratados de 1814 y 1815 y del Congreso de Viena de 1815, jamás se consultó en ningún sentido á las poblaciones».

Sarmiento, su vida y sus obras.—El Sr. Lamas García presenta aquí un resumen crítico del reciente libro de José Guillermo Guerra, premiado por el Consejo de Instrucción pública. Sarmiento fue una de las personalidades más complejas y salientes de la América del Sur en el siglo XIX. Político, escritor, pedagogo de acción, extendió á muchos órdenes de la vida los efectos de su actividad incansable. «En la enseñanza introdujo innovaciones duraderas. En 1844, siguiendo algunas de las ideas de Bonifaz y Vallejo, introduce... en la lectura el método del silabeo. En una de las primeras sesiones de la

Universidad de Chile presentaba Sarmiento un plan de reforma ortográfica, por el cual pedía que se desterraran «las »reglas fundadas en la etimología, derivación y uso», para fundar la ortografía en la sola «pronunciación de las pala»bras, tal como suenan en los países americanos». En otros términos, esta reforma consistía «en la supresión de la letra »*h, v, z* y *x* y de la *u* muda de las combinaciones *gue, gui, que,* »*qui,* sustitución de la *y* por la *i* en los casos en que esta letra »representa el sonido de vocal y fijación de la *c* como *único* »signo representativo del sonido fuerte que esa misma letra »tiene antes de las vocales *a, o, u,* y que se representa con el »signo *q* antes de las vocales *e, i*».

»En 1875 se aprobó en Buenos Aires una ley que encerraba una idea que Sarmiento había propagado durante veinticinco años, la cual no ha perdido aún, por lo menos para Chile, su carácter de novedad. Esa idea era la creación de un fondo especial para costear los servicios de Escuelas primarias; ya había hecho aprobar en San Juan, en 1862, una ley para destinar á la instrucción pública las entradas de censos y capellanías eclesiásticas.

»El año 1884 fue nombrado para venir á Chile á proponer la realización de una de sus últimas y provechosas ideas en favor de la enseñanza y de las luces. Esa idea era la de celebrar una convención «entre los dos países para costear la tra»ducción al castellano de obras importantes de ilustración po»pular, escritas en otros idiomas.» La convención se celebró, y si no se ha llevado á la práctica, ha sido únicamente por una deficiencia en sus disposiciones, pues no se determinaba quién tomaría á su cargo la dirección y ejecución del trabajo.

»Como escritor llenó una labor no menos varia. Las *vidas* de los caudillos *Aldao, Quiroga* y *Peñaloza*, escritas en distintas épocas, pueden ser clasificadas entre sus obras históricas y de costumbres, así como las *Vidas de Dominguito* y del coronel *D. Francisco J. Muñoz;* podría también ponerse entre éstas la *Vida de A. Lincoln,* que escribió poco después de su

llegada á los Estados Unidos, cuando fue encargado de una misión diplomática en este país. Entre las obras de propaganda liberal, constitucional y filosófica, pueden contarse *Los conflictos y armonías de las razas en América*, el folleto titulado *La escuela sin la religión de mi mujer*, y el libro de *Comentarios á la Constitución argentina*, así como el folleto titulado *El estado de sitio según el doctor Rawson*. Fuera de éstas, tiene varias traducciones de obras didácticas ó históricas, del inglés, del francés y del italiano; entre éstas se cuenta el relato de la *Misión Muzzi*, en la que servía como secretario el entonces canónigo Mastai Ferreti, y después Papa con el nombre de Pío IX.»

Su labor como periodista excedió enormemente á la que como autor de libros se deduce de la enumeración anterior.

Deberes de la prensa, por Francisco Carey.—El asunto es interesante, y se ha discutido mucho en Europa. He aquí las opiniones del Sr. Carey: «Es sabido—dice—que el público, después de cierto tiempo, se identifica con sus diarios y piensa con ellos. Obvio es entonces que la mal lectura habitual ocasiona desviaciones funestas en la manera de pensar de los individuos, ó por lo menos, á la larga debilita hasta los más firmes caracteres... Felizmente, la prensa de Chile se ha mantenido y se mantiene á cierta altura, en el sentido de que ni la pornografía ni la venalidad han hecho escuela ni mucho menos; pero no por eso podemos dejar de reconocer que hay necesidad de corregir mucho para que ella alcance el grado de moralidad á que debe aspirar.» Los defectos que el Sr. Carey halla en la prensa chilena son, poco más ó menos, los que pudieran hallarse en mucha parte de la española: información efectista de asuntos escandalosos é inmorales (crímenes, etcétera); virulencia en los ataques personales contra los adversarios políticos, usando «los vocablos más injuriosos, calumniándoseles de un modo cruel», con lo cual se «causa daños incalculables, no sólo á los ofendidos, sino también á los ofensores y á la causa que sirven; falta de tolerancia en el examen de

las opiniones y creencias ajenas: («con defensas intemperantes y calumniosas, nada ganan la doctrina ni el que la defiende; tampoco da triunfos sobre el contrario: sólo se obtiene que se viva en una atmósfera de odio que destruye la armonía entre los miembros de la sociedad, y contribuya á secar los corazones»); admisión sobrado fácil y ligera de *remitidos* «de carácter meramente personal, destinados á herir reputaciones ó dañar intereses materiales de alguien»; «tolerancia en admitir personas completamente desprovistas de conocimientos especiales para tratar asuntos que los exigen: hay periodistas que manifiestan una ignorancia tan grande en la mayor parte de los asuntos de que tratan, que no se explica cómo pueden pretender influir en la opinión pública»; precipitación ó compadrazgo en los juicios de cosas y personas, en la parte crítica (literaria, teatral, etc.). De la exposición de estos defectos, se deduce bien lo que el Sr. Carey quisiera que fuese la Prensa.

Introducción á un estudio sobre la influencia de la situación geográfica en el desarrollo de Santiago de Chile, por Germán Wieghardt.—Sabido es la importancia que desde Ritter acá han alcanzado las cuestiones de geografía histórica en el sentido de la influencia del relieve y las condiciones del terreno en la vida humana. El asunto que estudia el Sr. Wieghardt pertenece á este orden de cuestiones. Partiendo del hecho de la fundación de Santiago por Pedro Valdivia, se pregunta cuáles fueron las razones que pudieron inducirle á fundar precisamente en aquel punto la capital. El autor cree encontrarlas en los siguientes hechos: ser el valle del Mapocho, en que se asienta la ciudad, el más extenso y el más poblado que Valdivia y sus compañeros encontraron después de once meses de viaje, y pertenecer al dominio de los Incas, que previamente habían sometido á vasallaje casi servil á los indígenas, por lo cual éstos eran «sumisos, trabajadores y adictos á sus superiores». El primitivo sitio de la ciudad fue la isla del Mapocho, y el declive hacia O. que presenta el terreno, influyó en el trazado de las calles. El desarrollo del caserío fue muy lento, no

sólo por los repetidos ataques de los indígenas, sino también por la situación geográfica, que no permitía fácil relación y comercio con las otras colonias españolas más que por intermedio del Perú, y aun esta comunicación por tierra tropezaba con el inconveniente del desierto que se extiende al N. de Chile. Así, á fines del siglo XVII, Santiago era un miserable pueblo de 8.000 habitantes. Las relaciones comerciales con Perú (cambio de productos agrícolas por minerales) fueron poco activas. Abolido el monopolio del comercio español, como resultado de la independencia, y acortadas las distancias por mar merced á la invención de los barcos de vapor, Santiago vió contrapesadas las desventajas de su situación terrestre, y en pocos años ha progresado mucho. Pero todavía su aislamiento de las demás regiones americanas por la enorme barrera de los Andes, así como el clima dulce de todo Chile, que permite la perfecta aclimatación de la raza blanca, han influído y siguen influyendo en otros respectos, librando al país de la importación de esclavos negros y de las grandes conmociones políticas de otras regiones, y conservando el idioma castellano sin provincialismos. La apertura del ferrocarril trasandino y la traslación al mar Pacífico, en un porvenir no lejano, de la importancia comercial é histórica que primeramente tuvieron el Mediterráneo y el Atlántico, serán hechos de gran transcendencia en el desarrollo futuro de Chile y de su capital.

Precisamente de ese ferrocarril trasandino que acabamos de citar, trata un artículo del Sr. Marín Vicuña, que trae el mismo número de la *Revista de Chile*. El autor hace historia del proyecto desde 1869, y expone el estado actual de la línea. La sección argentina pertenece á una compañía inglesa y mide 175 kilómetros, llegando la locomotora hasta el 142. La sección chilena, á pesar de su corto desarrollo (69 ks.), es la más difícil y cara. Se divide en tres secciones, de las que la primera (Santa Rosa de los Andes, á ks. 37,5) está casi terminada, y la tercera tiene algo hecho. Paralizados los tra-

bajos hace algunos años se reanudarán pronto, y se estima el coste de lo por construir en 9.097.959 pesos.

La tercera sección tiene varios túneles, cuyo estado es como sigue:

	Metros de largo.	Metros perforados.
1.° Túnel del Juncal	1.219,73	242,30
2.° » de Juncalillo	1.164,87	217,42
3.° » del Portillo	1.883,26	198,05
4.° » de la Calavera	3.751,20	213,65
5.° » de la Cumbre	3.146,30	273,60
TOTAL	11.165,36	1.145,02

»Los 3.146,30 metros del túnel de Cumbre son los que corresponden á la sección chilena; pues el total es de 5.034,10 metros, lo que hace más de 13 kilómetros de túnel para pasar el macizo central de la cordillera.

»El túnel del Portillo es elipsoidal, y con él se ganan 134,80 metros de altura; la gradiente de 8 por 100 se conserva en todos los túneles, salvo una parte horizontal en el túnel del Portillo y una pequeña gradiente hacia la Argentina que se le ha dado al túnel de Cumbre en los últimos 3.000 metros.

»Respecto al perfil longitudinal de la línea, tenemos hasta el kilómetro 34.190 una pendiente máxima de 2,5 por 100, y desde ahí empiezan secciones interrumpidas de cremallera Abt, con pendientes máximas de 8 por 100; alcanzando ésta un desarrollo de unos 28 kilómetros, divididos en seis secciones.

»La introducción de la cremallera Abt es lo que constituye la especialidad del trazado Schatzmann.

»Muy discutida fue entre nosotros la aprobación del sistema de cremallera para una línea como ésta; pero, después de informes decisivos, el Gobierno aprobó los planos tal como los presentaba el distinguido ingeniero Schatzmann.

»Y no podía ser de otra manera: el sistema Abt ha sido

empleado en diversos ferrocarriles y no ha tenido ningún inconveniente; y, por el contrario, es más económico, como lo hace observar el ingeniero del ferrocarril de cremallera de Monistrol á Monserrat en el siguiente cuadro del costo de explotación:

Ferrocarril.	Sistema.	Costo de 1 milla-tren.	Costo por 1.000 pies elevados por tonelada.
Hartz..	Cremallera Abt...	1 s.—0 d.	2.3 d.
Sommering..	Adherencia	1 »—5 »	3.0 »
San Paolo...	Cable..	3 »—0 »	3.4 »
Rimutaka...	Riel central Fell...	3 »—8 »	3.5 »

¿Cuáles son las necesidades primordiales de la época presente?, se pregunta el Sr. D. Marcial Martínez. Según la opinión de la mayoría en Chile, no es tanto instruir como educar al pueblo lo que se necesita. El autor no cree que Chile esté á «un nivel más bajo en orden á moralidad, aunque sí inmensamente más abajo en cuanto á cultura, que cualquier otro país de alta civilización». Se funda en el hecho de que todos los países del mundo que hablan y se preocupan de este problema se quejan de los mismos vicios. El Sr. Martínez confiesa haber participado por algún tiempo del pesimismo de la hora presente; pero ha reaccionado contra él, no sólo por la consideración que va apuntada, mas también porque es perfectamente aplicable á todos los tiempos, en que se han repetido las mismas quejas, con iguales vaticinios de catástrofes inminentes, no ocurridas, por fortuna. En lo que toca á los pueblos actuales, el Sr. Martínez cita numerosos hechos relativos al Japón («que nosotros—dice—á mi modo de ver erróneamente, y por seguir una corriente que está á la moda, consideramos como un pueblo próspero») en los cuales se evidencia una corrupción tan grande como la de cualquier otro país *viejo*. Lo mismo se ve observando lo que pasa y se dice en Francia, en Inglaterra y en otras naciones. El autor opina que «no debemos perder el tiempo en vanas lamentaciones..., sino que debemos

marcar la ruta que conviene seguir para mejorar nuestras instituciones y nuestras costumbres». El programa del señor Martínez abraza una porción de pormenores relativos á la vida política y social chilena, en que no podemos detenernos.

«En lo tocante á instrucción pública, cuanto se haga será insuficiente. La instrucción, y antes que todo la educación del pueblo, es la base del engrandecimiento del país. Excusado es decir que debemos preferir la instrucción práctica, dada en gimnasias, escuelas técnicas, universidades populares, etc.

»Ya que en Chile, por la pobreza, la ignorancia, y no poco por el carácter de la raza, los ciudadanos no cooperan, sino en escala mínima, á difundir, ya por medio de socorros pecuniarios, ya por la enseñanza directa, la educación y la instrucción del pueblo, tiene el Estado que cumplir esa misión civilizadora. Todos leemos con verdadera admiración lo que en los países adelantados hacen los ciudadanos para contribuir á la propagación de las luces; pero poquísimos imitan esos ejemplos, al paso que son comunes las donaciones y legados de carácter confesional.»

¿No es verdad que el párrafo que antecede parece escrito para España?

La crisis de un sistema, por R. Huneeus. El autor estudia con gran pormenor la elección y subrogación del Jefe del Estado, sobre la base de las Constituciones y demás leyes políticas chilenas, é historiando toda la vida moderna de Chile en este sentido. De todos estos datos se deduce que, siempre «que se ha tratado de reformas generales de la Constitución, se ha procurado, en uno ó en otro sentido, modificar el sistema de elección del Presidente de la República. Muchos se inclinan al sistema francés; otros, los menos, lo atacan por poco democrático. El autor reproduce ó compendia varios artículos de periódicos que sostienen una y otra opinión. El trabajo del Sr. Huneeus no termina en el último número que hemos recibido.

El Pensamiento Latino continúa desarrollando con gran fortuna su programa. Aparte otros trabajos que enumerare-

mos, trae en los números de este año documentos interesantes sobre la vida intelectual americana.

Empieza ocupándose en el *primer Congreso médico latinoamericano en Santiago de Chile, del 1 al 9 de Enero de 1901,* publicando un resumen de las sesiones celebradas y trabajos presentados, de que daremos idea con algunas citas tan sólo. *Higiene:* Valor alimenticio de la leche, por el Dr. Mourgues; Institutos de Higiene provinciales y Médicos higienistas, por el Dr. A. del Río; La rabia en Chile, por el Dr. M. Cádiz; Estudio médico demográfico del departamento de Ovalde, por el doctor A. Tirado; Proyecto de una ordenanza de Higiene para el Ejército, por el Dr. Grossi; Septicemia puerperal y Lactancia materna, por el Dr. S. Feliú Gana; Enseñanza de la Higiene, por el Dr. J. Pastor León; Médicos escolares, por la doctora Srta. Eloísa Díaz, quien, después de un interesante discurso sobre esta materia, propuso las siguientes conclusiones, que fueron aprobadas: «la Sección de Higiene del Congreso médico latinoamericano manifiesta á los Gobiernos que es indispensable, para mejorar las condiciones higiénicas de los países: 1.°, reorganizar el servicio médico escolar, nombrando un facultativo por cada dos mil alumnos; 2.°, hacer obligatoria la enseñanza de la higiene en las escuelas y colegios subvencionados por el Estado; y 3.°, continuar cuanto antes la edificación escolar, conformándola á los menores detalles de la ciencia higiénica, y sobre todo, dando la debida importancia á los gimnasios».

Profilaxia de la tuberculosis, por el Dr. E. Soza, cuestión que fue muy debatida; La nomenclatura de Bertillon, por el doctor Monjarás; Sanatorios para tuberculosos en el valle del Huasco, por el Dr. Morales; Enfermedades en el ejército de Chile, por el Dr. C. Guzmán; Servicio médico en los ferrocarriles del Estado, por el Dr. García Collao; Mapa climatológico y patológico de Chile, por el Dr. J. Grossi; Contribución al estudio de la climatología de la provincia de Aconcagua, por el Dr. N. Fuenzalida; Aguas potables de Chile, por el doc-

tor Puga; Registro sanitario de las habitaciones, por el doctor A. del Río, quien «detalla las ventajas de establecer este registro ó casilleros sanitarios que sólo existe actualmente en París. Para esto se divide el plano de la ciudad en manzanas enumeradas, que corresponden á otras tantas casillas, en las cuales se colocan protocolos especiales para cada casa. Un ejemplo lo explica prácticamente: Tomando el registro sanitario de la manzana 502, calle de Libertad, núm. X, se encuentra el protocolo con las indicaciones siguientes: plano del inmueble, descripción del inmueble, propietario, fecha de las visitas sanitarias, superficie del sitio, superficie del edificio; patio (número, superficie y pavimento), jardines, edificio (fachada y fondo), avalúo municipal, año de la construcción, materiales de construcción, subterráneos, número de pisos, nivel del primer piso con relación á la calle, caballerizas, acequias (material de construcción y profundidad), pozo (profundidad, naturaleza de paredes y fondo), desagües, subterráneos, industria ó negocios, vecindades insalubres, número de habitaciones (1.°, 2.° y tercer piso), número de habitantes, luz, humedad, sala de baño, cocina, agua potable, desagües, juicio higiénico de la habitación. Planilla de estadísticas: demográfico sanitario, enfermedades contagiosas: viruelas, difteria, tuberculosis, fiebre tifoidea, erisipela, escarlatina, coqueluche, alfombrilla, cáncer, etcétera (año, mes, día, casos de defunciones, etc.) Planilla de las indicaciones sanitarias: fechas de las visitas, reformas necesarias, resultados obtenidos. Planilla de desinfecciones: naturaleza de la enfermedad, ídem, íd, disposición de las planillas anteriores.»

Purificación del agua por el filtro Berkefeld, por el doctor Mourgues; El alcoholismo, por el Dr. Y. Ugarte; ¿Cómo privar al hombre en su infancia y adolescencia del alcoholismo?, por el Dr. A. García. A continuación se discutió el proyecto de bases de una Liga internacional de la tuberculosis. Los acuerdos, de evidente trascendencia, fueron: 1.°, constituir una Comisión internacional permanente para la profilaxia de

la tuberculosis, encargada de dirigir la lucha contra la tuberculosis en los países latinoamericanos; 2.°, recomendar á las Ligas nacionales contra la tuberculosis que propendan á llevar á la realización el siguiente *Programa de trabajo:*

«1.° Formación de ligas contra la tuberculosis en cada uno de los Estados latinoamericanos.

2.° Propender al mejoramiento de las condiciones de vida de las clases menesterosas: casas para obreros, lucha contra el alcoholismo, reglamentación de las horas de trabajo, cajas de ahorro, etc.

3.° Enseñanza obligatoria de la higiene en los establecimientos de instrucción pública.

4.° Formación de sociedades de seguros contra la tuberculosis, á imitación de las que existen en Alemania.

5.° Facilitar el diagnóstico precoz de la tuberculosis.

6.° Declaración obligatoria de la *tuberculosis abierta.*

7.° Desinfección obligatoria en los casos que, á juicio del médico, la enfermedad ofrezca peligros á la colectividad,y en todo caso de defunción ó de traslación del enfermo.

8.° Aislamiento de los tuberculosos en hospitales especiales ó en secciones separadas de los hospitales generales.

9.° Creación de sanatorios.

10. Creación de policlínicos especiales para enfermos de las vías respiratorias, y vigilancia á domicilio de los tuberculosos indigentes.

11. Propender á justificar los organismos predispuestos á adquirir la tuberculosis por medio de sanatorios marítimos, colonias agrícolas, casas para convalecientes, gimnasios, etc.

12. Combatir la tuberculosis animal.

a) Evitando la importación de animales reproductores tuberculosos.

b) Estableciendo servicios de policía veterinaria con sus correspondientes laboratorios en los mataderos, cuidando de fomentar el seguro de la carne y la fundación de Freibank.

c) Tuberculinización de las vacas lecheras.

d) Propender á la instalación de lecherías modelos que provean á las poblaciones de leche pasteurizada, esterilizada y humanizada».

El Dr. Moore presentó igualmente un proyecto de Liga contra la sífilis, y los Dres. Aguirre y Eloísa Díaz, abogaron por que «se agregara á las conclusiones una moción que patentice la necesidad de establecer la enseñanza de la higiene obligatoriamente, no sólo en el Ejército y Armada, como se había probado anteriormente, sino también en todos los establecimientos de instrucción primaria y secundaria.

Las Secciones de Medicina interna, Cirugía, Farmacia y Ciencias Naturales y Dentística, y las sesiones del Congreso en pleno, no fueron menos interesantes por sus trabajos. Entre las conclusiones aprobadas, figuran las de encarecer á los Gobiernos:

«1.° La creación de una Subsecretaría de estado de higiene, dependiente del Ministerio del Interior.

2.° La conveniencia de celebrar protocolos para el canje de títulos profesionales médicos.

3.° Uniformar los programas de estudios médicos.

4.° Incorporar el ramo de la Medicina legal en los estudios de leyes.

A indicación del Dr. Ibar, se acordó comisionar á la Comisión organizadora del Congreso la fundación de una revista internacional de Medicina, aprobándose que tendría su radicación en la ciudad de Buenos Aires.»

La Asociación de señoras americanas por la paz y el desarme.—Se ha iniciado en Santiago de Chile la ideade una Asociación de este género. En Francia existe una análoga desde 1896, acerca de la cual da la Revista los siguientes curiosos datos:

«Desde mucho tiempo venía notándose la impresión que en la mujer europea producía el movimiento pacificador iniciado en los Estados Unidos á principios del siglo pasado, y extendido á fines del mismo á todos los pueblos civilizados de ambos hemisferios.

»Por fin, en el citado año 96, una mujer de bien templada alma y corazón levantado, la Princesa Wiszniewska, poniendo en juego todas sus influencias sociales é intelectuales, reunió elementos en grado suficiente para formar una sociedad que recibió por nombre *Liga de mujeres para el desarme internacional.*

»Dado este primer paso, obtuvo la aprobación del Ministro del Interior, previo consentimiento del de Relaciones Exteriores, é informes del Prefecto de Policía de París. Dirigió comunicaciones y se puso de acuerdo con todas las Sociedades pacíficas; hizo un llamamiento á las mujeres de todas las naciones; buscó el concurso de los escritores y filósofos propagandistas del arbitraje obligatorio ó de Cortes de Justicia Internacional, y se lanzó á las cinco partes del mundo en busca de adherentes y cooperadores, con una circular que, entre otras cosas, decía:

»Cuando se piensa que la paz armada sostenida en Europa desde 1872 ha dado margen al derroche de la increíble suma de SESENTA MIL MILLONES DE FRANCOS, se puede calcular cuántas miserias angustiosas se habría podido aliviar con esa enorme cantidad disipada.

»A fin de esparcir por el universo entero la idea de paz y desarme internacional, «que marcará el fin de las luchas fratricidas y de las hecatombes humanas», la *Liga* creó en cada país Comités auxiliares que la secundaran en su propaganda, y á la fecha, la institución está representada en Francia, Alemania, Inglaterra, Rusia, Suecia, Noruega, Italia, Dinamarca, Rumania, Estados Unidos de América, Finlandia, Egipto, España y otros países europeos.

»En 1899, cuando un grupo de caballeros pertenecientes á diferentes nacionalidades del Continente hacían surgir en Buenos Aires la Asociación americana *La Paz*, que más tarde se ha extendido á otros países, la Presidenta de la *Liga de mujeres por el desarme* encargaba á la distinguida escritora señora Delfina Mitre de Drago, hija del ilustre General argen-

tino, organizara en la capital del Plata un Comité de señoras, cargo que fue aceptado por la señora de Drago. Entendemos que ese Subcomité ha reunido ya un buen número de adhesiones.

»Hoy que en la capital de Chile está echada la base de una institución análoga, sería llegado el caso de que las respetables damas nombradas, señora Emilia Herrera de Toro y Ana Swinburn de Jordán, Presidenta y Secretaria, reuniendo un número suficiente para celebrar una sesión preparatoria, se preocuparan de la forma que van á dar á esta Sociedad, es decir, si ella se constituye como cabeza, ó si adhiere y forma parte de una liga de las establecidas.

»Según diversas opiniones ilustradas que hemos oído, la balanza se inclina á lo primero, esto es, á que sea formado en Chile un Comité Central que por propia iniciativa invite á las demás naciones del Continente americano á formar Subcomités para la prosecución de los propósitos relacionados.»

Los obreros peruanos han celebrado en Lima un Congreso nacional, patrocinado por el Gobierno. Los puntos de estudio han sido: «Acordar las medidas que deben proponerse á los Poderes públicos para la protección de las artes é industrias nacionales. Fijar el máximum y el mínimum de las horas de trabajo y la remuneración conveniente, conciliando los intereses del fabricante con las necesidades del obrero. Acordar las leyes protectoras que deben solicitarse del Congreso Nacional á beneficio de la educación moral, intelectual y artística de los artesanos y de sus hijos. Solicitar la reforma de la administración de justicia en los Juzgados de paz, haciéndola fácil y sin gravamen para el obrero. Acordar las medidas que deben adoptarse para establecer y propagar los centros de *sport* y tiro al blanco. Dar unidad y fomento á las erogaciones de los obreros, con relación á fines patrióticos. Establecer y reglamentar el ahorro del obrero y las agencias del mismo carácter. Resolver las medidas que deben adoptarse para establecer hospicios especiales para los obreros incurables, ancianos ó inválidos.»

Esperamos que la revista publique los acuerdos votados, para dar noticia de ellos á nuestros lectores.

En una serie de artículos titulada *Las ciencias positivas aplicadas y la pedagogía práctica en la Argentina*, la redacción de *El Mundo Latino* expone diferentes hechos de interés social. Uno de ellos es el remedio del alcoholismo, ó mejor, el tratamiento de los alcohólicos propuesto por el Dr. Veyga al jefe de policía de Buenos Aires. Según el Dr. Veyga, las medidas que generalmente se preconizan, pueden clasificarse en tres grupos:

«La vigilancia de la fabricación y expendio de los alcoholes de consumo, las medidas de represión por medio del castigo y la corrección de los vicios por medio de la convicción ó de una terapéutica apropiada. Todas ellas las califica el Doctor, no sólo como ineficaces y de resultados nulos unas, sino como irrealizables otras, por los muchos recursos pecuniarios que exigiría su plantación en verdadera forma.

»La corrección de los viciosos por medio de la convicción de una terapéutica apropiada, cualquiera que sea el sistema que se ensaye..., comprendería la creación de establecimientos especiales cuyo costo de sostenimiento es considerable y cuyos resultados no parecen hasta ahora compensar los desembolsos que originan. El alcoholismo es difícil si no imposible de curar. Su mal reside en una constitución mórbida, como dejamos dicho, y para atacarlo hay que ir directamente á su fondo, lo que, como se comprende, requiere un procedimiento reductivo de larga acción y de muy fugaces resultados.

»Es esto el mayor escollo en que tropiezan las sociedades de templanza en su campaña de reforma y lo que más contribuye á sembrar el desaliento en sus adeptos. Estas casas se cuentan por cientos en Europa y Estados Unidos, variando su organización y su régimen según los países y las ideas de sus sostenedores; pero hasta ahora no se puede decir que haya en los numerosos tipos establecidos, uno que realice un plan bien

definido, de éxito real, que pueda adoptarse como modelo y que permita á la autoridad pública implantarlo, corriendo con todos los riesgos que lleva aparejada una tentativa de esta clase. Por otra parte, estas casas requieren no sólo un personal especialmente instruído para el tratamiento, sino dotado de las aptitudes y la solicitud deseadas y animado de esa abnegación que sólo se puede encontrar en aquellas personas hechas exprofeso para el caso.

»Es, sobre todo, una obra de iniciativa filantrópica la de crear estas casas, y no es la autoridad policial ó un funcionario aislado quien pueda abordarla por su cuenta, aun cuando creyera contar con los elementos suficientes para infundirle la vida.»

Cree el señor de Veyga que el mejor sistema para combatir el alcoholismo sería agregar á los cuarteles y retenes de policía, y hacerlos depender de su administración, edificios-asilos donde se obligaría á los alcohólicos á someterse á un tratamiento terapéutico conforme con los últimos adelantos de la ciencia. Su plan se resume en los siguientes términos:

«La policía procederá á crear un establecimiento especial para la asistencia de los alcoholistas detenidos por la misma, que requieran tratamiento médico por su estado. Este establecimiento estará bajo su dependencia exclusiva, y será sostenida por ella en sus propios fondos. En él tendrán entrada todos los alcoholistas que se envíen de las Comisarías al Depósito de Contraventores ó directamente de la vía pública, siempre que se conceptúe necesario, no debiendo considerarse dicha casa sino como un Hospital, y no un lugar de corrección ni un asilo de alienados ó de inválidos.

»El alcoholista alienado irá, como hasta ahora, al Hospicio de las Mercedes, y el inválido al Asilo de Mendigos.

»La estadía de los enfermos en el establecimiento no será impuesta como obligatoria por más tiempo del arresto que deban purgar, ni cuando abonen la multa equivalente, pero se prolongará hasta la curación definitiva cuando voluntariamente quieran permanecer allí.

»Ninguna medida de orden legal ó administrativo será necesario dictar para el caso, bastando con estos individuos para atender el orden del establecimiento y fijar las bases de su funcionamiento.»

En Marzo último se celebró en Montevideo el Segundo Congreso Científico Latino americano, de cuya labor da amplios extractos *El Mundo Latino*. Dividióse el Congreso en las siguientes secciones: Ciencias sociales y políticas.—Ciencias médicas.—Ciencias exactas é Ingeniería.—Agronomía y Zootecnia.—Ciencias físico-químicas naturales.—Ciencias pedagógicas.—Ciencias antropológicas. Carecemos de espacio para enumerar siquiera las conclusiones y declaraciones votadas en cada sección. Fueron muchas é importantes, sobre todo en las 1.ª, 2.ª y 6.ª Sirvan de ejemplo las siguientes:

«Una declaración sobre la necesidad de que las naciones latino americanas celebren un tratado permanente de arbitraje obligatorio.

Otra declaración sobre la necesidad de buscar medios más prácticos de represión de los delitos de imprenta y contra la libertad electoral.

Otra declaración sobre la necesidad de reformar la legislación sobre imprenta y de someter los delitos de este género á la decisión del tribunal del jurado.

Otra declaración sobre la conveniencia de efectuar una propaganda constante en Europa sobre América.

Otra declaración sobre la conveniencia de considerar legalmente naturalizados á los extranjeros que sirvieren como empleados públicos en el país de su residencia.

Otra sobre la creación de oficinas de canje internacional y de un Instituto Latino americano de Bibliografía.

Otra sobre la necesidad de que los Gobiernos se interesen en celebrar tratados de comercio ó formar ligas aduaneras en América para hacer efectiva la solidaridad americana.

Una recomendación sobre la importancia de los estudios económices para ilustrar la historia de la humanidad.

Otra sobre la necesidad de practicar en el hombre americano una investigación física y psíquica, comenzando en el niño y concluyendo en el ejército, para conocer la evolución étnica de que es hoy teatro América.

Se recomienda muy especialmente se instruya al pueblo sobre los deplorables resultados del alcoholismo, como medio de prevenirlo y combatirlo.

Se aconseja la creación de una cátedra de Estadística en las Facultades de Derecho y Ciencias Sociales, por ser auxiliar indispensable de los estudios económicos y financieros.

Se indica la conveniencia de registrar en oficinas especiales las sentencias condenatorias recaídas en las causas criminales y de canjear informes sobre los delincuentes entre los diversos países, con el fin de ilustrar más eficazmente á la justicia sobre los antecedentes de aquéllos y de aplicar mejor las leyes sobre la delincuencia habitual.

Igualmente se señala la necesidad de que se creen en los países latinoamericanos oficinas encargadas de anotar el movimiento demográfico, como medio de conocer el balance de su población para adoptar en consecuencia las medidas tendentes á fomentar su crecimiento.

Un voto para que el Congreso recomiende á los Gobiernos la reducción de los gastos de transporte á fin de facilitar el intercambio comercial entre los países de América.

Finalmente, la sección de Ciencias sociales prestó su especial recomendación para el estudio comparativo del impuesto de la República Argentina con los impuestos de los países más adelantados de Europa, que constituye el interesante trabajo del Dr. Gonzalo Ramírez y la siguiente manifestación: «Que la sección había oído con mucho interés la exposición que de su trabajo hizo el Dr. Gonzalo Ramírez—y recomienda ese trabajo y sus conclusiones á la atención de los estadistas.»

Las precedentes declaraciones las hizo la sección 1.ª El Congreso en pleno adoptó las siguientes, entre otras:

«Que las visitas verificadas en el Estrecho de Magallanes, en Río Janeiro y en Buenos Aires, por los excelentísimos Presidentes de las Repúblicas Argentina, Brasil y Chile, actos simpáticos á los tres pueblos, son conducentes á robustecer los vínculos entre pueblos latinoamericanos, lo que constituye uno de los principales propósitos de este Congreso.

»La sección de ciencias antropológicas formula un voto para que el Congreso Científico Latinoamericano manifieste que aprobaría calurosamente que se dictara en las Repúblicas americanas una ley prohibiendo la extracción fuera del país de restos arqueológicos y demás objetos necesarios para la historia de la América primitiva.

»El Congreso Científico Latinoamericano hace fervientes votos para que los Gobiernos de las naciones americanas, compenetrados de las valiosas conclusiones adoptadas en el Congreso de Montevideo, conviertan en ley esas mismas conclusiones.

»El segundo Congreso Científico Latinoamericano cree conveniente el establecimiento de una Convención universitaria latinoamericana, permitiéndose suplicar al superior Gobierno de la nación que actualmente tan generosamente le hospeda, se sirva iniciar las gestiones tendentes á realizar este proyecto.

»Las antiguas y persistentes tribus indígenas de los países latinoamericanos deben entrar en el régimen común de los derechos del hombre, absteniéndose por completo los pueblos americanos de imponerles forma alguna de servidumbre y debiendo, por el contrario, protegerlas, educarlas, asimilándose así sus elementos de vida y de trabajo.

»Nada hay que justifique las violencias, los ataques de fuerza armada que sin provocación alguna de parte de dichas tribus se practican contra ellas.

»Las naciones latinoamericanas que poseen en su suelo tribus indígenas, deben respetar tanto como sea posible los territorios patrimoniales ocupados por ellos; deben también respe-

tar sus creencias y tradiciones en cuanto no pugnen con la civilización y la moral.

»Dadas las funciones importantísimas que desempeñan los maestros como factores del progreso social, es necesario que el Estado trate de que sean remunerados de modo que puedan conservarse siempre á la altura de su misión.»

En el número anterior (1) indiqué la aparición de una nueva revista bonaerense, *Revista del Ateneo*. El único cuaderno llegado á mis manos (el de 15 de Agosto) contiene, entre otros originales, el capítulo segundo de un estudio sobre el Río Negro, por José J. Biedma, varias noticias numismáticas relativas á la independencia de América, reunidas por Alejandro Rosa (con numerosos grabados), y un importante artículo de Ernesto Quesada sobre *El nuevo* «texto oficial» *de la legislación argentina*. Refiérese el Sr. Quesada á la reciente edición (Julio último) de los Códigos y leyes argentinas, hecha por los Sres. Carril y Méndez, previa autorización del Gobierno y con intervención de dos Inspectores oficiales. Dados estos antecedentes, «el público tiene derecho á creer que, adquiriendo la obra, posee el texto auténtico y oficial de la legislación vigente en la República». La edición, en dos volúmenes, es excelente desde el punto de vista tipográfico, y comprende 2.224 páginas. El tomo primero tiene 1.439 páginas, de foliación interrumpida y relativa á cada materia, *viz:* introducción, XXIX; Constitución nacional y Código civil, 575; Código de Comercio, 202; ídem penal, 39; íd. de minería, 52; íd. de justicia militar, 100; íd. de procedimientos civiles y comerciales, 111; íd. de justicia federal, 175; íd. de procedimientos en lo criminal, 79; íd. rural para los territorios, 27; íd. para Buenos Aires, 50. El tomo segundo tiene 985, de foliación análoga al anterior, *viz:* índice, XIX; Ministerio del Interior, 134; ídem de R. E. y culto, 96; íd. de Hacienda, 254; íd. de Justicia, 51; íd. de Instrucción pública, 47; íd. de Guerra, 49; ídem

(1) LA ESPAÑA MODERNA de Noviembre último.

de Marina, 82; íd. de Agricultura, 135; íd. de Obras públicas, 118. El tipo empleado es el de cuerpo 8 para el texto, y 6 para las notas, lo que da idea del enorme material condensado en los dos pequeños volúmenes.

«La dirección técnica de la recopilación ha sido confiada al distinguido abogado uruguayo Dr. Angel Floro Costa, quien expone en las XXIX páginas de la introducción el criterio y método empleados. Cada ejemplar va numerado—el que tengo á la vista lleva el núm. 350,—sellado con el sello oficial del Ministerio de Justicia é Instrucción pública, y firmado por ambos Interventores nombrados, Dres. Fernández González y Murature, *como texto oficial.*»

El Sr. Quesada advierte algunos defectos en el plan y en las condiciones internas de la edición, como la mezcla de leyes generales ó nacionales y de leyes de provincia que sólo tienen aplicación local; la falta de unidad en el modo de reproducir los textos, ya con su numeración respectiva, ya con la simple fecha y aun sin esto, y la arbitrariedad en cuanto al texto mismo, puesto que «unas veces, cuando algunas disposiciones habían sido abrogadas, se han sustituído las antiguas por las nuevas; otras, se han dejado subsistentes las antiguas, y en nota se observa que han sido derogadas por tal ley; y otras, en fin, se ha dejado el texto primitivo y nada se dice sobre su absoluta abrogación por las leyes vigentes! Así, en el Código civil se ha hecho desaparecer el texto antiguo relativo al matrimonio, sustituyéndolo por el de la ley número 2.681. En el Código de comercio se ha observado la misma regla en algunos casos y en otros no: así se ha sustituido el texto nuevo de la ley núm. 3.528 en el art. 286, y en nota se ha reproducido el antiguo: otras veces se ha sustituído el nuevo, como el de la ley 2.889 en el art. 1.592, y no se reproduce el antiguo en la nota: otras, se deja el antiguo texto, como el art. 1.489, y se pone en nota el verdadero texto vigente, el de la ley núm. 2.795; otras, se deja el antiguo, como en el inc. 6 art. 1.396 y en nota se agrega la ampliación, ley

número 2.739. Más todavía: en el Código penal ni siquiera se anuncia en nota que tales ó cuales artículos han sido reformados, y se reproduce el texto antiguo que ya no rige: así, el inc. 1 art. 190 y el art. 191, totalmente cambiados por la ley núm. 3.900. En el Código de procedimientos en lo criminal se ha seguido el método inverso: el art. 376 lleva el texto nuevo de la ley núm. 3.508 y no se indica nada en nota; en cambio se conserva la redacción primitiva del art. 379, sin recordar la ley núm. 2.755. Pues bien: desde el momento que una *edición oficial* da un texto que no es el vigente, existe una verdadera adulteración de la ley.

»Efectivamente, dicho tomo II está plagado de repeticiones, de faltas de método, de omisiones; se nota que esa compilación ha sido fruto de un trabajo poco meditado. Por de pronto, los índices resultan deficientísimos. Así, en la sección del interior faltan las siguientes piezas, que van en el texto: ley de la legislatura de Buenos Aires sobre cesión de la capital; ley complementaria de la misma legislatura, sobre ensanche del municipio federal; decreto de 1880 sobre telégrafos; ley núm. 3.703; acuerdo de 1898 sobre organización de los ministerios; ley de 1898 reformando la núm. 2.714... El que consulta la obra buscará en vano en el índice esas disposiciones: hay que hojear cuidadosamente el volumen para encontrarlas. Y así sucede con las demás secciones.»

El Sr. Quesada hace observar, con gran discreción, que sus observaciones tienen alguna más trascendencia que la de una simple crítica literaria. «Cabalmente (dice) he notado las deficiencias de la compilación al querer aplicar, como magistrado, disposiciones del Código penal: pues encontrando que el *texto oficial* traía una redacción diversa de la vigente, he caído en cuenta de que no podía guardar silencio en presencia de tal hecho. Si se tratara de una empresa privada ó de una recopilación sin carácter oficial como fue la de Lajouane, nada habría dicho, pues allí no cabía mayor responsabilidad: pero se trata de una publicación que contiene el *texto oficial*

de la legislación y que el Gobierno garantiza, sellando y firmando cada ejemplar. Callar, en semejantes condiciones, habría sido cometer grave falta.»

Otra revista nueva acaba de fundarse en Méjico: el *Boletín histórico mejicano*. Uno de sus creadores, D. Jenaro García, es autor de un libro que está llamado á adquirir cierta celebridad. Titúlase el libro *Carácter de la conquista española en América y en Méjico, según el texto de los primitivos historiadores*, y es, sencillamente, una reproducción de las famosas y en gran parte ya arrumbadas diatrivas contra España, que en el siglo XVIII rebatieron el abate Nuix y otros. En Méjico han publicado críticas del trabajo del Sr. García los Sres D. Francisco Sosa y D. Pablo Macedo. En España, el Sr. Fernández Duro ha dado informe en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* (Noviembre último) y, según me dicen, alguna otra revista discutirá pronto la tesis histórica del Sr. García. También me informan que la Escuela práctica de Estudios jurídicos y sociales de la Universidad de Oviedo tiene este año como tema de estudio en una de sus secciones el citado libro, que vuelve á poner sobre el tapete, con cierta aparente novedad, cuestiones que hace años estaban olvidadas.

HISPANUS.

CRÓNICA LITERARIA

La conquista de la elegancia (*novela*), por D. Alfonso Danvila.
Paisajes parisienses, por D. Manuel Ugarte.

Empleando una frase muy gastada por el uso — y aun por el abuso — pero que en este caso resulta apropiada y verídica, podría decirse que D. Alfonso Danvila empieza su carrera literaria por donde otros acaban la suya. Con sus primeros libros ha demostrado este joven escritor que sabe cultivar con acierto y que llegará á dominar dos géneros difíciles: el uno, erudito tanto como literario: la historia biográfica y anecdótica; el otro, literario por excelencia: la novela. Su libro acerca de *D. Cristobal de Moura*, primer Marqués de Castell Rodrigo, tan ameno como los del Padre Coloma, y acaso superior á ellos en trabazón y método; su novela *Lully Arjona* fueron su *debut* ó un *estreno* verdaderamente feliz en el campo de la erudición histórica y de las letras.

Creo yo que ambas aficiones se compaginan muy bien, y que las dotes artísticas que requiere la segunda, ó sea la novela, en cierta medida son también necesarias para el cultivo de la historia anecdótica. Ciertamente ha habido cultivadores de este género de relatos históricos que no han tenido ni asomos de la facultad plástica de crear hombres y simulacros de vida que distingue al novelista, pero así son de pesadas é in-

digestas sus relaciones. No es menos notorio que muchos novelistas no han pensado nunca, ni acaso serían capaces para ello, en internarse por el bosque misterioso de la erudición histórica. Pero con todo, el parentesco que media entre la novela y la historia, en ninguna de las variedades de ésta es tan próximo como en este género de relatos biográficos y anecdóticos que buscan lo novelesco en lo real, extrayendo de la historia lo que tiene de novela, dejando al historiador de altos vuelos seguir el curso general de los sucesos, para fijarse ellos en lo íntimo y personal, en lo curioso más que en lo importante; si bien estando hecha por hombres la historia, al menos en sus causas inmediatas, muchas veces en menudencias y fruslerías hallamos la explicación y el origen de graves acontecimientos. No basta que el escritor de este género de historias sea erudito; necesita ser literato en mayor medida que cualquier otro historiador, para poder aderezar su asunto en forma que resulte grato y ameno. Si el P. Luis Coloma y D. Alfonso Danvila no hubieran sido novelistas, no hubiesen acertado á escribir libros históricos tan amenos y entretenidos, y acaso también el gusto y la costumbre de escudriñar en los personajes históricos les habrá servido de ayuda para forjar con más propiedad y más sugestivas apariencias de vida los seres imaginarios que nos presentan en sus novelas.

El Sr. Danvila, que no se duerme sobre los laureles, acaba de publicar ahora otra novela titulada *La conquista de la elegancia,* la cual conquista, según dice uno de los personajes de este libro, cuesta más trabajo que la salvación del alma. Pero no hay que tomar el título al pie de la letra. Las personas principales de la fábula no se contentan con hacer oposiciones á la elegancia, ni con ganar para sí los honores de esta excelencia mundana. Son más prácticos. Luchan por algo más substancioso y más positivo: por la posición, por la riqueza, por la categoría social. No son cándidos *snobs,* sino vividores inteligentes y sagaces.

La principal novedad que ofrecen las novelas del Sr. Dan-

vila consiste en que penetran en un campo de observación poco visitado por nuestros novelistas, casi inexplorado. Como he dicho alguna vez en estas *Crónicas*, nuestra novela contemporánea es principalmente *mesocrática*. A la clase media ha ido á buscar sus personajes, las costumbres que describe y los asuntos que con predilección ha abordado. Cierto es que se han escrito excelentes novelas de costumbres populares, distinguiéndose entre ellas las de los escritores que han sabido dar á sus libros una intensa nota de color local (provincial ó regional) como Pereda y Blasco Ibáñez. *Sotileza* y *La Barraca* son modelos de obras de esta clase, sin que al citarlas juntas, siendo tan diferentes los temperamentos artísticos y las tendencias de uno y otro escritor, pueda ninguno ofenderse, dentro del terreno del arte, de ir en tal compañía. Pero la clase media ha sido para la generalidad de nuestros noveladores el gran repertorio de tipos, de escenas y de observación psicológica, cosa harto natural si se considera, prescindiendo de otras razones, que aquélla es el modelo más inmediato y más accesible que, en razón al propio medio social de los autores, se les ha ofrecido para cultivar un género como éste, que requiere contacto con la realidad y continua observación de ella.

El Sr. Danvila, desviándose de esta dirección, ensaya la novela aristocrática, la novela del gran mundo, muy cultivada en Francia, donde los literatos frecuentan más que aquí los salones, sin necesidad de ser académicos, pero que entre nosotros ha tenido hasta ahora escasos y no muy felices cultivadores. Al aventurarse por esta senda poco frecuentada y poco conocida, les ha solido ocurrir á nuestros novelistas lo que á aquel maestro en psicología femenina, á quien retrata con cuatro rasgos irónicos en su obra póstuma *A cidade e as serras*, el gran escritor portugués Eça de Queiroz. Quieren pintar elegantes y les resultan cursis.

No así al Sr. Danvila, á quien por lo visto le son bien conocidos y hasta familiares las costumbres y los tipos sociales que describe.

Pudiera ocurrir que á algún lector inclinado á la democracia, le pareciese una herejía entender como mérito ó siquiera como rasgo distintivo y original de una novela, el que tenga por asunto la pintura de las costumbres de la alta sociedad ó coloque en este medio social el desarrollo de su fábula. Haré una aclaración acerca de este punto.

No creo yo que la aristocracia moderna, en el sentido en que corrientemente se entiende esa palabra, el de nobleza histórica ó heredada, ofrezca al novelista materia más interesante de observación que las demás clases, ni siquiera tanto como la que ellas le ofrecen. La aristocracia, que suele designarse con este vocablo, en cierto sentido ha dejado de ser aristocracia, puesto que ni dirige las naciones ni ejerce influencia predominante, ni es tampoco la reunión de los mejores; es una clase social digna de respeto como las demás, con un pasado más brillante, pero con los mismos vicios y virtudes que las otras. Mas en el arte, como en el comercio, la escasez avalora las cosas, y la abundancia las rebaja y deprecia. Siendo escasas como son las novelas aristocráticas ó de asunto aristocrático, se benefician de esta ley económica que rige también en el Parnaso. El lector llega á cansarse de ver tantos *interiores burgueses* en las novelas, y apetece otros espectáculos. Acaso el renacimiento de la novela histórica se explica por esto. La novela aristocrática es también una diversión ó una mutación de escena.

En las obras del Sr. Danvila, tanto en *La conquista de la elegancia* como en *Lully Arjona*, uno de los mayores atractivos está en la viveza, gracia y naturalidad del diálogo, que recuerda al de *Gyp*, la conocida escritora francesa que burla burlando ha sabido trazar tan donosas y entretenidas pinturas de la alta sociedad del país vecino, no exentas algunas, á pesar de su aparente ligereza, de cierta filosofía social y de cierta sátira moral, mesurada y urbana.

También el Sr. Danvila ha sabido huir de la frivolidad á que tan expuesta es esta clase de asuntos. En *La conquista de*

la elegancia hay *caracteres* y acción, aunque sencilla, interesante. No se limita la obra á una mera exposición de tipos ó á una serie de diálogos picantes é ingeniosos.

El argumento es poco complicado: una familia de posición modesta, que procura insinuarse en la sociedad aristocrática, y va escalando poco á poco las alturas de la distinción y de la riqueza, y quiere conquistar, á toda costa, el derecho de ciudadanía en el *Todo Madrid* (mil ó mil quinientas personas) de que hablan los revisteros de salones. A esta familia pertenecen las principales personas novelescas de *La conquista de la elegancia.*

Corresponde el primer lugar á la madre, la viuda de Arceo, que es la cabeza ó el cerebro de la familia; quien traza los planes de conquista y preside á su ejecución vigilando todos los detalles. El Sr. Danvila ha trazado con gran acierto este tipo de mujer intrigante, ambiciosa para sus hijos, insuperable en el arte de esconder su astucia y su afición á la intriga bajo las apariencias de una inofensiva insignificancia, y que cultiva cuidadosamente la belleza de su hija como el mejor instrumento de conquista, adiestrándola en sacar todo el partido posible del físico, sin menoscabo importante de la honestidad, en las escaramuzas del *flirt.* Bastante más vulgar es el tipo del hijo, Esteban Arceo, un guapo mozo, que explota sin escrúpulos las debilidades amatorias de jamonas ilustres, que conservan todavía la afición y el compás. Forzosamente tiene que resultar algo grosera y antipática una figura de esta clase que, eufemismos aparte, no merece otra calificación que la de *chulo* distinguido; pero la culpa no es del espejo, sino del original, y se necesitaría no vivir en el mundo para creer que el novelista ha exagerado la pintura, cuando tan frecuentemente nos codeamos con tipos de esta clase.

A la niña, Carmen Arceo, la califica un personaje de la novela, diciendo que «es un poco *flirt*». Es un lindo retrato de muchacha soltera el que traza el novelista, dejando en el carácter de esta gentil persona una vaguedad de contornos que

la hace algo enigmática: en ocasiones parece una *demi viérge,* algo menos *demi* que las de Marcelo Prevost; otras veces, se nos antoja una doncella fogosamente enamorada, pero sin cálculo ni segunda intención. El hecho es que sigue con el mayor aprovechamiento la carrera del matrimonio y gana el premio extraordinario, representado por un grande de España, buen mozo y millonario, el Príncipe *charmant,* de los cuentos de hadas, escritos para uso de las solteras modernas. Quien triunfa verdaderamente en *La conquista de la elegancia* no es la madre, la intrigante, sino la hija, la enamorada, como si el autor hubiese querido sacar la moraleja de que el amor y la belleza valen y pueden más que todas las habilidades de la intriga.

Otro hijo de la viuda de Arceo nos presenta también en su novela el Sr. Danvila, como buscando el contraste con los anteriores personajes, dominados por la pasión de las grandezas y de la vida elegante. Es un militar sencillo y modesto que está á matar con los humos y pretensiones de sus parientes y que se casa con una señorita *cursi,* funesto enlace que llena de desesperación á su familia (claro que á la de él). Pero suele acontecerles á los novelistas que cuando pintan entre personajes de moral dudosa, ó declaradamente malos, alguno que es un dechado de honradez y virtud, no aciertan á prestarle el atractivo artístico que sería menester, por donde resulta que el bueno es el que menos atraela atención y el interés de los lectores. Verdad es que en esto no se apartan mucho los novelistas de lo que sucede en la vida real, donde es frecuente toparse con tunantes mucho más agradables y simpáticos que otras personas, respetables y virtuosas. Algo de esto ocurre con el personaje de *La conquista de la elegancia,* á quien este párrafo se refiere; resulta una figura de interés muy secundario.

Excusado es decir que en torno de estos personajes se mueven otros muchos de segundo orden, que forman el coro, y que están por lo general bien observados y descritos. Entre ellos

sobresale Teresa Vegaumbroso, un delicioso tipo de señorita aristocrática, cuyo retrato es de lo mejor que hay en la novela.

La conquista de la elegancia me parece obra más acabada que *Lully Arjona*. No faltará quien piense que en uno y otro libro la pintura de un determinado medio social tiene más importancia que la fábula novelesca en sí. Pero en la segunda de estas obras (segunda en el orden de publicación) hay mayor consistencia en los caracteres, el asunto es más interesante y más nuevo (¡está tan *sobado* ya el tema del adulterio que da argumento á *Lully Arjona*!) y la acción se concreta y determina más, conduciéndola con mayor desembarazo el novelista, sin que por esto haya perdido nada de su valor la parte descriptiva.

***

Paisajes parisienses se titula un libro que acaba de publicar en París el escritor argentino D. Manuel Ugarte, y para el cual ha escrito un sustancioso prólogo, que han podido ver los lectores de La España Moderna en uno de los números pasados, el Sr. Unamuno.

Estos *Paisajes* no son paisajes físicos, no presenta en ellos el autor aspectos de la Naturaleza ni vistas de una ciudad; son paisajes sociales y psicológicos, paisajes interiores, aspectos de la vida sentimental. Como dice Unamuno, cuyo prólogo, después de leído el libro, me parece una crítica muy exacta de éste, hay mucho de Murger en estos *Paisajes,* ecos de la bohemia, rumores del barrio latino; pero de Murger, modernizado en cierto sentido, añadiría yo, modernizado más que en la calidad de los personajes en la manera de verlos y entenderlos.

La bohemia no ha muerto, sino que ha cambiado de forma, y no en ventaja suya, sino al revés, trocándose en una especie de hampa ilustrada, que está muy lejos de los rasgos de nobleza, de la alegre y altiva indiferencia del mañana y del espíritu de independencia salvaje que prestaba algunos rasgos

de los antiguos cínicos á los bohemios de esa edad de oro, que quizá no existió nunca más que en la imaginación de novelistas y poetas, pero que, desde el momento en que fue imaginada y concebida así, *ha existido* para el efecto de su influjo posible en las imaginaciones y en las costumbres, y para la impresión estética que en nosotros despierta, de igual modo que el concepto tradicional de los personajes y de los acontecimientos históricos llega á vencer, andando el tiempo, á la noción real de esos personajes y de esos sucesos, si por ventura descubre algún día que fueron diferentes de como la posteridad ha venido representándoselos.

Los *bohemios* del Sr. Ugarte pertenecen á la bohemia clásica, son de la familia de los de Murger. Entre ellos y los bohemios genuinamente modernos, por ejemplo, los que presenta en *Les Déracinés* Mauricio Barrés, hay toda una transformación psicológica, principalmente moral. Pero, desde las *Escenas de la vida de bohemia* hasta acá, la novela ha afinado mucho sus procedimientos, y la psicología novelesca se ha vuelto mucho más penetrante y sutil; y el Sr. Ugarte, que, como la mayoría de los escritores jóvenes, ha debido de seguir con interés y atención las corrientes modernas de la literatura francesa, que serán probablemente las que mejor conozca, ha aprovechado esos progresos ó esas tendencias nuevas en los procedimientos del arte de novelar. Sus héroes serán de 1850 (las *Escenas de la vida de bohemia* se publicaron en 1851), pero están *vistos* en los albores del siglo xx por un literato que podrá exhumar tipos un tanto antiguos, pero que los viste y los presenta muy á la moderna.

Lo mejor de este libro es, á mi juicio, la novelita titulada *Graveloche,* que anuncia en el autor de los *Paisajes* dotes de novelista, plasticidad imaginativa, don de creación de vida, que es la primera de estas dotes. Por lo que toca al lenguaje, algo afrancesado y nada castizo, achaque común á la mayoría de los escritores de la América española, la nota principal que en él encuentro es una gran inventiva, un derroche de metá-

foras, una extraordinaria frondosidad del lenguaje figurado, señal de una fecunda imaginación.

En el excelente prólogo de Unamuno, que habla de muchas cosas interesantes, una de ellas la transformación del castellano, se hace notar la propensión del Sr. Ugarte á hacer metáforas á la inversa, apoyando «lo concreto y real en lo abstracto é ideal, lo definido en lo indeterminado». Efectivamente, ofrece el libro este rasgo, que no podía pasar inadvertido para el autor de *Paz en la guerra,* filósofo y filólogo; pero, á mi entender, esa inversión del movimiento natural de la metáfora, aunque alguna vez produce un efecto brillante, no es de alabar ni favorece al estilo. La metáfora, y en general el lenguaje figurado, tienen el fin de expresar las cosas con mayor viveza y colorido que permitiría la expresión directa. Tratan en cierto modo de hacer sensible lo espiritual, visible lo que el mero concepto no nos haría ver, y son también un procedimiento explicativo cuyo natural proceso consiste en reducir lo menos conocido á términos más conocidos, para darlo á entender mejor de esa manera. Invertir los términos podrá indicar acaso profundidad de pensamiento en el autor, pero rara vez favorecerá á la expresión artística, y más bien convertirá á los tropos, no en medios de una expresión más gráfica, sino en vanos juegos de imaginación, en una especie de ilusionismo ó histrionismo de la fantasía, muy dado á caer en las extravagancias gongorinas.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: Libelistas y humoristas del siglo XIX en Alemania.—Otro gran escritor ruso.=Historia contemporánea: La familia Rothschild; sus orígenes.=Psicología colectiva: Las muchedumbres y la prensa.=Política: La inmoralidad del voto secreto.=Heráldica y blasón: Psicología de los apellidos.=Psicofísica: El sentimiento estético en los niños.=Impresiones y notas: Una obra simbolista.—Las obras en varios tomos.—Legados á las Universidades americanas.—«La ciudad eterna» de Hall Caine.—La moral aristocrática del superhombre.—Las grandes cazas reales.—El caballo perfecto.—Los alemanes en Versailles.

LITERATURA

Libelistas y humoristas del siglo XIX en Alemania.—Hay que imaginarse—dice en la *Nuova Antología* el senador Massarani—aquella Alemania fragmentaria de entonces, dividida en 36 estadillos más ó menos oscurantistas todos, plagados de policía y de aduanas y dominados por el despotismo burocrático de Viena ó el pietismo intolerante de Berlín, para darse cuenta de la enorme desproporción de fuerzas con que tenían que luchar los dos hombres generosos, Bœrne y Heine, que sin contar más que con su indomable voluntad y con la independencia de su espíritu, se propusieron derrocar aquel estado de cosas.

Todavía se recuerda en Alemania el trabajo juvenil de Bœrne que, con el título de «Contribución á la historia natural de

los moluscos y cetáceos», tomando pretexto de la proverbial lentitud de las diligencias germánicas, acometía á los Gobiernos tardígrados; claro es que el destierro no dejó de ser su castigo, pero ya habían transcurrido diez años dedicados á sembrar, y en los que el infatigable escritor lo había aprovechado todo, cuentos, viajes, críticas de libros ó de teatros, para decir á los gobernantes lo que correspondía. ¡Y qué clarividencia en sus juicios! «Austria, decía en uno de sus escritos de 1818 á 1828, es una China europea; no la faltan Príncipes benévolos que darían con gusto al pueblo un poco de aire y de luz, pero van demasiado despacio para una época que corre, y en una nave en movimiento no se cae el que anda, sino el que queda parado.» «Prusia se mueve, y sus límites le vienen demasiado anchos, necesitando crecer para llenarlos; no es todavía una potencia europea, pero lo será, y no por su peso ni por su mole, sino por la rapidez con que sabrá moverse; el espíritu de Alemania está en Prusia, y el espíritu es el que gobierna el cuerpo.» ¿Cabe decir nada más exacto á medio siglo de distancia?

Trasladado á París, aquella nueva vida le entusiasma, dándole margen para las más acerbas comparaciones. Todas sus cartas contienen algún nuevo documento incendiario, ya una deliciosa canción de Beranger, ya algunos malos versos de Mery contra el Rey Fernando VII de España,

> Un roi capuchonné qui dans una oraison
> Mêle un verset d'église avec la pendaison,

y que, tan aficionado á los filetes de vaca como su padre Carlos IV,

> Comme Charles, son pére, en hurlant il dévore
> Les bœufs amoucelés qui palpitent encore.

El corazón es la verdadera musa de Bœrne; la cabeza es el Senado, y el corazón la verdadera representación popular; «por eso, dice, no puedo sufrir los salones donde reina el espí-

ritu aristocrático; tres amigos, ó cinco á lo sumo, y cuando no, la plaza ó un libro; esa es la filosofía de mi selvaticismo».

No puede decirse otro tanto de Heine, que gusta de la elegancia, de la sociedad, de los salones, y á quien molestan los desplantes tribunicios. Quizá mejor que la voz estruendosa de Bœrne, hizo prosélitos en Alemania la sonrisa y la sal ática de Heine; poner de su parte á los burlones fue táctica siempre eficacísima para vencer en las batallas del libre pensamiento, y en esa materia no hay maestro más consumado que el poeta de Düsseldorf. Suya es la invención de aquel *Alta Troll,* un oso pirenáico que viene á predicar á su hijo un patriotismo y una fe puramente ursina, haciéndole prestar á media noche sobre la piedra druídica tremendos juramentos; suya la odisea de *Alemania,* que provocó los anatemas de los santones del germanismo intolerante; pero donde más vivamente cumplió su misión de vulgarizador del pensamiento moderno, es donde renuncia á las seducciones de la poesía para hacer gala de sus condiciones de humorista, en aquella serie de cartas donde á fuerza de ingenio logró hacer pasar el contrabando de las nuevas ideas hasta en las ortodoxas columnas de la *Gaceta de Augusta.*

El campeón iconoclasta que enarbola el estandarte negro y rojo del porvenir no es en verdad muy acariciado por Heine, que prevé con terror el día «en que ciertas manos callosas destruirán las estatuas de mármol de la belleza, tan caras á su corazón, y harán pedazos los objetos de arte que tanto ha querido; día en que destruídos los jardines se sembrarán de patatas, y su mismo *Libro de Canciones* servirá al droguero para envolver el café y el tabaco para las viejas del porvenir»; negras previsiones de que sólo le consuela el triunfo de la lógica de los hambrientos: *¡Fiat justitia et pereat mundus!*

En el número de los falsos apóstoles del germanismo fustigados por Heine no merece contarse un poeta que merecería figurar al lado de Beranger, si un cancionista francés pudiera parecerse á un alemán: Augusto Enrique Hoffmann de Fallers-

leben; todavía como apéndice á sus *Cantares impolíticos* pueden verse algunas de esas santas antiguallas en las que palpita el intenso amor á la patria, tan ardiente como sincero, que no le impidió, sin embargo, criticar los viejos prejuicios de casta sin aguardar á los días de destierro para combatirlos. No es fácil asegurar si puede decirse otro tanto que de Hoffmann, de Dingelstedt, el autor de las *Canciones cosmopolitas del sereno,* cuyo héroe tiene aquel pobre diablo que, envuelto en una enorme piel de zorra, con su farol en la diestra y una corneta al cuello recorría las calles, llenas de nieve, anunciando la hora y el tiempo; todos tuvieron su parte en sus canciones: el buen Rey Luis, con su capital de túnica griega; Francfort, otra Roma de Yugurta, Berlín, la Meca del fuerismo, etc.

Cómo creación original puede citarse *El férreo capitán* de otro Hoffmann novelista, capitán que vive en sempiterno conflicto entre el imperativo categórico del deber y las sugestiones no menos poderosas del corazón. Algo excepcionalmente alegre y sereno encontraréis en los relatos de Seidel, que tiene el buen sentido, en esta edad de pesimistas, de afirmar que las bellezas de la naturaleza se encuentran en todas partes. Otro poeta de algún valor, predilecto del Emperador de Alemania por haber llevado á la escena en épico lenguaje los fastos de su casa, ha querido rendir su tributo á la misma especie de *humour*. Las *Humorísticas* de Wildenbruch son menudencias que agotan todos los pequeños trabajos de fantasía, como el del burgués de Pomerania, que en un viaje á la capital riñe con todos y se hace poner á la puerta por el conductor del carruaje, por el guarda de los jardines públicos y por el inspector del teatro; ó como el de los sueños de un cerebro pacífico sumergido en uno de aquellos terribles almohadones de pluma, á los que el Petrarca hubiera debido acusar, no de haber desterrado del mundo la virtud, sino de hacer perder al malaventurado que en ellos hunde la cabeza todo latido tranquilo del pulso y toda sombra de razón; ó bien como el

de la extravagante odisea de aquel escritor ultrarrealista que, con motivo del estudio de la verdad, quiere mezclarse con el pueblo soberano y acaba por ser detenido por ladrón.

Federico Nietzsche—y con él tocamos á otro tipo genial de humorismo—nació en 1844 cerca de Lutzen, de una familia polaca germanizada; dedicado á la filosofía, fue llamado á los veinticinco años á regentar una cátedra en Basilea, y se alistó como voluntario en la guerra franco-alemana, sacando de este doble contacto con las letras y las armas ilimitada adoración de la fuerza y profundo desprecio de toda cultura histórica. Enamorado al principio del pesimismo de Schopenhauer y del ascetismo artístico de Wagner, no tardó en repudiarlos, llegando á la negación radical de las opiniones morales y religiosas, predicando la supremacía de los fuertes y la lucha por el goce y el poder que le llevó á su famoso ideal del superhombre. Al principio desenvolvió estas teorías en obras filosóficas y abstractas, sólo accesibles á inteligencias germánicas; después las concretó en un lenguaje aforístico y lleno de imágenes, que le convierte en un Carlyle elevado á la enésima potencia; sólo que en él predomina la negación de toda idea de justicia y de caridad, de distinción entre el bien y el mal, y la instauración de una moral absoluta de castas, por la cual sólo es bueno, verdadero y bello lo que puede contribuir á que los elegidos dominen, y si es preciso aplasten al mayor número, á los débiles, los pobres, los humildes.

Esta violenta acometida á las ideas morales debía provocar una reacción, por lo que es lícito presumir que el nihilismo nietzschiano no es extraño á la reaparición de la escuela místico-experimental de Meterlinck, que ponía la resignación sobre toda otra virtud y la práctica del bien sin contar con recompensa alguna como ideal de la vida. Entre la leyenda de la monja extraviada, á quien suple en sus oficios la Virgen María para ocultar su culpable fuga, y las predicaciones de Zaratustra, fácil es comprender que la conciencia pública tardara en recobrar su equilibrio, haciéndose intérprete de esta

aspiración Max Nordau con su pesimismo sistemático. ¡Singular epílogo que da por último discípulo y comentador de Boerne y de Heine á Max Nordau!

¿Cuál es el jugo de *Mentiras convencionales?* Aquí Max Nordau ha obtenido facilísima victoria demostrando la incongruencia de la religión, la monarquía, la aristocracia, la familia y la propiedad con el concepto científico del mundo; pero se ha olvidado una gran verdad, ya demostrada por Augusto Comte: que las instituciones sociales evolucionan, y que la religión del hombre culto de hoy no es la de Clodoveo ni Carlomagno. En cuanto á *Degeneración*, fuerza es confesar que es este un gran tratado de patología social, en el que se leen muy valiosas y animosas verdades sobre Wagner, Nietzsche, Ibsen, Tolstoi, Mæterlinck y otros ídolos del buen público moderno.

El estudioso que no se conforma con estimar como epítome del *humour* tudesco del siglo XIX la crítica pesimista de Max Nordau, no tarda en fijarse en una extraña producción mixta de comedia y de sátira política: *Arlequín Rey* es obra de Rodolfo Lothar, un escritor austriaco que, con su *Rey velado,* su *Valor de la vida,* y otras no menos audaces tentativas, ha dado claras señales de la independencia de su personalidad. Boemundo es un príncipe que vuelve, sarcástico é impasible, de un viaje de recreo, para tomar la corona de su moribundo padre, con un séquito de comediantes, á quienes trata como cosas más que como hombres; Arlequín tiene temple de héroe, y al ver á Colombina á punto de ser violentada por el príncipe, mata á éste, arroja su cadáver al mar, y luego, con su habilidad para imitarle, se hace pasar por él y reina hasta que, harto de trono, vuelve á sus tablas y á sus farsas, cansado de tanto fingimiento: «Nosotros—dice—somos los únicos sinceros en esta grande mascarada de la vida, porque decimos á todos que recitamos nuestro papel y llevamos máscaras; los demás son demasiado viles para confesarlo.»

***

Otro gran escritor ruso.—Hay hombres que nacen ricos —dice Savitch en *La Revue*—y que fracasan en las antesalas de los poderosos ó en el arroyo. Gorki ha pasado por todas las privaciones de la infancia abandonada, y más tarde mozo de cordel y barrendero, hambriento y harapiento, y durmiendo bajo los puentes, se ha encontrado de pronto convertido en escritor famoso, admirado por el mundo entero.

Su verdadero nombre es Alejo Alexei-Maximovitch Piechkov, habiendo adoptado el apellido Gorki, que quiere decir en ruso «desgraciado» y «lamentable», cuando en realidad le hubiera cuadrado mejor el nombre de *stchastlivy*, «feliz».

Desde su primera obra, un cuento titulado *Tchelkach,* muestra Gorki que no es la resignación la que domina en su concepto de la sociedad; unos cargadores, en efecto, cargando un buque de trigo, le inspiran esta reflexión: «Era un espectáculo para hacernos reir y llorar á la vez, el de aquellos hombres que derramaban cientos de toneladas de grano en el vientre metálico de aquel barco para poder meterse en su propio vientre un puñado de aquel mismo trigo, transformado en pan»; en cuanto á Tchelkach, es un hombre práctico que resuelve el problema de su existencia deslizándose en un bote á lo largo de los muelles, escalando los depósitos de mercancías y apoderándose de un fardo de sedas ó de otros artículos, y vendiéndolo á un «amigo» que se lo paga al contado. ¿Ladrón?... Según; sí, porque si le hubieran cogido, le hubieran conducido á la cárcel; no, porque leyendo la obra, no se le ocurre á nadie que aquel hombre sea un vulgar merodeador.

Lo que impresiona en Gorki es principalmente su filosofía de la vida, que puede resumirse en la famosa exclamación: «Hay algo estropeado en el reino de Dinamarca.» *Los que han sido hombres* es el título de una curiosa novela del escritor ruso; todos «los que han sido hombres» han ocupado una posición social, siendo el patrón de la especie de antro en que viven un antiguo capitán de caballería, que había tenido una imprenta y luego una agencia de colocaciones; uno de sus in-

quilinos había sido profesor de un Instituto pedagógico, luego contador de una fábrica, y más tarde bibliotecario y muchas cosas más. Por el ejemplo de todas estas gentes, Gorki parece querer decir que los hombres de ciertas cualidades intelectuales y morales que no saben plegarse á las exigencias de la lucha por la vida, son arrojados de la sociedad regular y puestos en la imposibilidad de crearse una posición social.

La mayor parte de los personajes de Gorki, sedentarios ó vagabundos, están en pugna con la sociedad; no se sublevan, pero no se aguantan. Y no son sólo los ricos y los funcionarios los maltratados por los personajes de Gorki; también son desdeñados por ellos los labriegos que tienen techo suyo, mujer é hijos, á quienes ningún día falta algo que llevar á la boca, y que tienen sobre todo tranquilidad de espíritu; todo el que tiene su vida asegurada, por miserablemente que lo esté, constituye el enemigo natural de los desheredados de las ciudades y de los deshollinadores.

En un cuento, el mejor de todos, digno de ser firmado por Maupassant, Gorki nos presenta un joven hambriento que entre dos calambres de su estómago vacío compara su miseria pecuniaria con las riquezas intelectuales que encierra su cerebro, cargado de reminiscencias de los libros leídos y de proyectos de libros nuevos; llegado á una especie de barraca, cerrada por un candado, y suponiendo que encontrará en ella algo de comer, el hambriento rompe la cerradura y encuentra, en efecto, con qué aplacar su hambre. Fichte le hubiera aprobado, el Presidente Magnaud le hubiera absuelto, y nosotros le hubiéramos perdonado, aunque la ética de nuestro tiempo no se hubiera acomodado tan fácilmente. ¡Bien es verdad que los robados no éramos nosotros!

En otro cuento, en *La Estepa,* tres deshollinadores, uno de ellos ex-estudiante, viajan juntos sin hallar alma viviente, hasta que al fin tropiezan con un viajero desconfiado que los recibe á tiros; las cápsulas faltan, y los deshollinadores dicen á aquel hombre que no quieren su vida ni su bolsa, pero

que tienen hambre, porque hacía dos días que no habían comido, y que les diera pan, si lo tenía; el viajero, sin dejar de apuntarles con el revólver, les arroja pan y tocino, y satisfecho el apetito, los pobres disipan con su buen humor la desconfianza del viajero y se echan todos juntos á dormir; á la mañana siguiente, el viajero apareció asesinado y despojado, y el estudiante fugado con sus despojos. Gorki siente el horror del crimen como cualquier burgués, y acaso más; pero su talento y su originalidad estriba precisamente en eso: en que sus pinturas son tan naturales, que no se acierta á calificar de criminales á los personajes de sus creaciones.

Una vez, en otros tiempos, un águila arrebató por los aires á una joven, y tuvo de ella un hijo; éste, á los veinte años volvió á la tierra y se enamoró de la hija del jefe de su tribu; no queriendo dársela su padre, la mató, y en castigo le desterraron de la tribu. Entonces tuvo que vivir aislado, y esta vida le pareció tan insoportable, que llegó á pedir á las gentes que le mataran por favor; nadie quiso hacerle esta caridad; y el desdichado anda errante todavía, separado de los hombres, que huyen de él. Este cuento de Gorki pinta la situación moral de todos los hombres, á quienes las circunstancias han arrojado fuera de la vida regular.

Gorki es romántico de pies á cabeza; pero mientras Víctor Hugo intenta atraer la atención de los poderosos sobre los humildes, Gorki sabe que la policía no tiene compasión, y espera la salvación y la rehabilitación de los desgraciados de sus propios esfuerzos, no de la piedad ni de la protección de los poderosos. Por eso, la cualidad que resalta en sus personajes es la energía, empléese en robar ó en asesinar, poco importa; si hoy se dirige hacia el mal, mañana se dirigirá hacia el bien. No hay que olvidar que Gorki escribe en Rusia, y que en aquel país que empieza á emanciparse del despotismo, la fuerza de voluntad para revolverse contra la injusticia y la opresión es cualidad muy apreciable.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

La familia Rothschild; sus orígenes.—Ricardo Ehremberg, en la *Deutsche Rundschau*, de Berlín, y Juan de Mezeray, en la *Revue des Revues*, de París, dedican sendos trabajos á poner en claro los orígenes de esta familia poderosa que durante todo un siglo ha venido gobernando en la política financiera de los grandes Estados europeos.

Meyer Amschel Rothschild, el fundador de la dinastía, nació en 1743 en Francfort de Mein; hijo de un comerciante, hizo su aprendizaje en la casa de Oppenheim, en Hanovre, fundando después en su ciudad natal una agencia de cambio, que le puso en relaciones con el Príncipe Guillermo de Hesse Cassel, quien llegó á confiarle en 1794 la negociación de efectos sobre Londres, que pagó al contado, pasando en 1801 á ser el *Oberhofagent* del Landgraf, y entrando así en el siglo XIX, que había de asistir al maravilloso crecimiento de su fortuna.

El Príncipe de Hesse era de los más ricos capitalistas de su tiempo, y empleaba el producto de la venta de sus soldados y de sus giros sobre Londres en negocios de banca, prestando á los Gobiernos extranjeros, á los particulares, á los oficiales y á los empleados, sin desdeñar la clientela de los zapateros y panaderos. Las relaciones entre Rothschild y Guillermo, que habían empezado en una partida de ajedrez, se hicieron íntimas y seguidas desde 1800; Rothschild recibió entonces de su protector en depósito 160.000 thalers á 4,50, y en 1801 200.000 florines al mismo precio, negociando en 1803 499.000 florines de la ciudad de Francfort, y en 1804 otros 400.000 florines de Hesse-Darmstad. El primer gran negocio que hizo, siempre para colocar capitales de la casa de Cassel, fue con el Gobierno dinamarqués por la cantidad de 1.750.000 thalers. Por entonces, en 1806, fue cuando Guillermo confió su fortuna líquida á Rothschild, quien la hizo pasar á Londres, donde estaba

su hijo Nathan. Meyer Anschel murió en 1812, dejando la reputación de hombre inteligente, honrado y benéfico.

De sus cinco hijos, Nathan, el tercero, fué quien más influyó en el desarrollo de la casa. Cuando recibió en Londres en 1806 las 600.000 libras que le mandó su padre al hacerse cargo de la fortuna de Guillermo de Hesse, tenía veintiocho años y estaba ya curtido en los negocios. Aquel mismo año, la compañía de las Indias hizo vender en el mercado 800.000 libras esterlinas en oro; Nathan lo compró todo, conociendo las apremiantes necesidades de Wellington, de quien tenía gran cantidad de letras de cambio, compradas baratas. El Gobierno llamó al comprador del oro y le declaró que necesitaba las 800.000 libras; Nathan no sólo las cedió, sino que se obligó á ponerlas en Portugal, habiendo confesado á Tomás Burton que aquel era el mejor negocio que había hecho en su vida.

Las guerras napoleónicas pusieron á prueba los talentos de Nathan, dejándole enormes utilidades por su intervención en los subsidios á las potencias aliadas, préstamos, suministros, giros y traslados de dinero. En 1814 sus operaciones tomaron mayor extensión; compró ante todo 200.000 libras esterlinas para los gastos del viaje de Luis XVIII, y convenció á todos los Estados de la conveniencia de centralizar todos los pagos en París: la libra esterlina, que no valía más que 17,50 francos, subió en seguida á 21, y el Tesoro inglés realizó una economía de 120.000 libras. El nombre de Rothschild, cuya intervención había permanecido secreta, no fue conocido hasta los Cien días.

Los cinco hijos de Meyer habían continuado los negocios de su padre, estableciéndose en diferentes ciudades. Anselmo, en Francfort; Salomón, en Berlín y luego en Viena; Nathan, en Londres; Carlos, en Nápoles, y Jacobo en París, donde en 1817 fundó la casa «Rothschild Hermanos». Las primeras grandes emisiones de que fueron encargados los Rothschild después de la paz de 1815, fueron dos empréstitos prusianos.

Desde entonces no han dejado de intervenir por sí solos ó unidos á otras casas en la mayor parte de los grandes empréstitos de Europa, y más tarde de los Estados americanos.

La verdadera base de la prosperidad de los Rothschild, mucho más que Francfort, ha sido Londres; la casa de Francfort ha liquidado no hace mucho, y en la actualidad los Rothschild no conservan más que las de Francia, Inglaterra y Austria.

PSICOLOGIA COLECTIVA

Las muchedumbres y la prensa.—Las voces de las muchedumbres—dice en *Nuestro Tiempo* en hermoso artículo don Joaquín Sánchez Toca—nunca alcanzaron, á pesar de haber repercutido tanto en la historia, influencia activa y constante en el proceso cotidiano de la gobernación del Estado, apareciendo siempre como el poder menos dueño de sí mismo. Por su impotencia colectiva para actuar an las operaciones de gobierno, ha traducido en hábito de sumisión hasta su misma soberana prerrogativa de aquiescencia; por eso la resistencia en silencio pasivo ha sido la forma ordinaria de su veto. Ni aun en la capital del Imperio se atrevió jamás el *demos* antiguo á traspasar los umbrales de la soberanía activa y declararse gobernador, no pretendiendo nunca gobernar, sino que le gobernaran mejor.

Pero hoy los estados pasivos de las fuerzas de opinión en la multitud van tomando naturaleza activa, transformándose en *público,* es decir, en muchedumbre en comunicación mental. Las multitudes recogen hoy, á la manera del coro de la tragedia antigua, la nota cotidiana del tono pasional que le transmiten sus directores. En este nuevo estado social, las instituciones monárquicas hallarán quizá razón de mayores esplendores y más altos destinos; pero no es fácil encuentren igual apoyo en las bases sobre que giraba la política de su soberanía.

Las muchedumbres siempre fueron misoneístas, constituyendo en lo antiguo centros de opinión dispersa en mutua indiferencia y sin vínculo de relación que los ligara y adaptara. El poder soberano se reduce, en suma, á la prerrogativa de hacerse obedecer, residiendo lo más esencial del poder político en el ánimo de los sujetos pasivos de la obediencia, y sobre todo esto se ha producido casi súbitamente la más trascendental mudanza. Las muchedumbres tienen ahora otro órgano más poderoso y adecuado que el poder real é imperial para las manifestaciones coordenadas de su espíritu, y el número sin el Rey dispone de formidable potencia para obrar activamente sobre el poder gobernante.

La Prensa es el instrumento que más contribuye al desarrollo de este formidable poder actual de las muchedumbres, y los efectos asombrosos de esta evolución del periódico en tan breve plazo superan á cuanto cabe imaginar como consecuencia del descubrimiento de la imprenta, de las vías férreas, telégrafos y teléfonos. Esto explica la repentina transfiguración que presenciamos en todos los organismos é instituciones políticas; lo que menos pueden soportar las democracias es la monotonía y el aburrimiento; de suerte que para mantener la expectación en las muchedumbres, necesita el gobernante un arte sugestionador del público mucho más complejo que el formulado para el orador en los cánones de la retórica aristotélica. Delante de ese público cualquier Gobierno se ve pronto envuelto en demostraciones de impaciencia, rápidamente trocadas en tremendo clamoreo que pide nuevos protagonistas en el escenario gubernamental, logrando hacer retirar á los gobernantes sin haberles dejado siquiera empezar á gobernar, porque harto hicieron con defenderse.

Todo esto se agrava con la falta de respeto á las investiduras de la autoridad; con la crítica y la exposición continua de las cosas más íntimas del personal gobernante, hasta el Jefe mismo del Estado ha perdido la mística aureola de su suprema potestad. Pero nada ha recibido tanto detrimento

como los órganos más esenciales del parlamentarismo. En su última evolución, el periodismo ha descubierto, en efecto, artes de dominar y arrebañar multitud que superan á toda maestría. Los Parlamentos aparecen sumergidos por la Prensa; las jefaturas de los Estados entregan á su vocerío la paz ó la guerra internacional, y hasta en el recinto de las Salas de Justicia le dan á escoger las magistraturas supremas entre Jesús y Barrabás.

Instrumento por el que tales efectos se operan tiene que ir cada vez á mayor poderío, á pesar de cualquier desestimación. De Prensa y de periodistas necesita hoy, lo mismo que la política, cualquier profesión relacionada con el público. Por tanto, hoy, infelices del montón anónimo se ven tratados de igual á igual por personajes conspícuos, necesitados de ganarse las simpatías de quienes andan en tales empresas. Hoy sale el poder político del seno de las muchedumbres, no pudiéndose prescindir para su extracción del instrumental de la Prensa. Sin este instrumental nadie puede gobernar, pero tampoco cabe improvisarlo, ni basta el dinero para adquirir lo bueno.

La Prensa, no recogiendo de lo alto más que contaminaciones, en lugar de ser directora del espíritu en las muchedumbres, es su mayor corruptora y contaminadora. Por eso no es extraño que en el seno de las naciones sometidas á tamaños maleficios, los patriciados naturales y lo selecto de las clases intelectuales manifiesten tan vivas ansias de cualquier dictadura. Pero dictadura significa la voluntad de un hombre constituída en supremo poder de Estado, sin otro límite que la propia prudencia, y por ello lo primero que necesita la dictadura es dictador, es decir, un hombre de tales prestigios, que ante él palidezca la aureola misma de la ley, entrando en la penumbra cualquier otra soberanía.

Aunque las auras populares la trajeran, hoy quedaría cualquier dictadura triturada en el acto, dentro de ese engranaje de la gigantesca máquina del Estado, como grano de trigo

entre molares. Y no hay para qué mentar la dictadura del incapaz, surgida de cualquier asechanza, porque jamás prosperaría más de un instante. Las dictaduras salvadoras no se crean de artificio, ni es menester buscarlas; ellas mismas se revelan y se imponen.

POLITICA

La inmoralidad del voto secreto.—Una de tantas manifestaciones de descontento como las que son producto del régimen parlamentario, las elecciones, en cuanto á lo que influyen en el carácter nacional, es estudiada en la *Rivista politica e letteraria* de Roma, por Augusto Chialvo.

Hay que asistir, dice Ricci en el *Fanfulla,* á los procesos que se desenvuelven ante la Junta parlamentaria de las elecciones, para tener una idea bastante exacta de nuestra podredumbre electoral. La compra de votos y otros ardides, no son nada frente á otra industria, que ha nacido y crecido no menos floreciente que aquélla: la industria de los procesos electorales; declaraciones de electores, que habrían votado por la candidatura derrotada y que no han visto sus votos salir de la urna; actas notariales que demuestran la ausencia de personas que figuran entre los votantes; pruebas de presiones y corrupciones; todo, todo lo que puede atestiguar falta de carácter, de dignidad y de honradez, se busca febrilmente, se pone á la luz con crudeza, y cuando no existe, se inventa. Y no para en esto la cosa, porque las mismas personas que han servido de fáciles testigos al candidato derrotado, hacen saber al electo que están dispuestos á declarar todo lo contrario de cuanto han afirmado á los otros, con tal de que sea... cortés con ellas. Y así se forman los procesos electorales.

Y no hay que creer por eso que Italia—y lo mismo puede decirse de España,—que ha tenido virtud y abnegación para soportar cosas desastrosas y para no negar jamás á los grandes intereses de la patria su sangre y su dinero, se haya conver-

tido en un país de falsarios y embrollones; lo que ocurre en Italia es fenómeno común en Inglaterra, y nadie ha dicho por eso que deba tildarse al pueblo inglés con semejantes calificativos. Se ha buscado remedio á tales males, y de los votos directos á los indirectos, á las votaciones por grados, á las insaculaciones y á la suerte, se han ensayado multitud de reformas, habiendo dictado Inglaterra más de cien leyes para acabar con la corrupción electoral, y estando ésta siempre floreciente.

No puede negarse que las condiciones del cuerpo electoral revelan una constitución poco sana y robusta, pero hay que reconocer también que hay un movimiento decisivo hacia nuevos ideales: la industria, la imprenta y la libertad transforman la sociedad actual, y especialmente las clases trabajadoras. Pero ¿cómo puede el Estado seguir, y hasta dirigir el movimiento ascendente hacia nuevos ideales económicos y sociales? La mejor solución sería la de Romagnosi: «Una gran educación unida á una gran tutela.»

¿Dónde debería tomar origen tal educación? Indudablemente en la reforma de aquellas leyes que en nombre de la libertad se fundan en un procedimiento contrario á la honradez política. Entre estas reformas aparece como principal la transformación del voto político secreto en público. Se ha querido asegurar á todo trance el secreto del voto, partiendo del supuesto de que las condiciones de la vida real son tales, que la publicidad quitaría al voto toda libertad, toda sinceridad, toda independencia, comprometidas por el temor de excitar los resentimientos del Poder, del patrón, del propietario, del acreedor, del cliente, de quienes depende el elector; y tanta mayor fuerza se dió á tales razones cuanto más se extendió el sufragio, por componerse el cuerpo electoral de mayor número de personas pertenecientes á las clases proletarias. A esto se añade que el voto secreto puede servir de freno á la venalidad, ya que el corruptor no puede nunca estar seguro de que el precio por él pagado obtenga el resultado apetecido.

¿Hay, sin embargo, alguien que admita que el elector pueda vender, ceder ó permutar el voto político? Y si no puede hacer mercimonio de su voto, ¿no habrá que convenir en que el voto político no es un derecho *per se*, sino una función pública? La opinión reclama la publicidad en todos los hechos de orden político; los Ayuntamientos y las Diputaciones provinciales votan públicamente, consignando en actas sus votos; el Parlamento vota públicamente cuando del voto depende la dirección de la cosa pública. Y residiendo la soberanía en el pueblo, y siendo el pueblo quien con sus votos determina la dirección de la cosa pública, ¿hay razón para que deba votar en secreto? Es una verdadera contradicción.

Se dice que la vida política es una gran educación. Evidentemente, las precauciones de que se rodea el voto secreto mientras garantizan no mucho la independencia, eliminan la responsabilidad del elector, eje y fundamento del régimen constitucional. Si la responsabilidad no ha de ser un nombre vano, debería acompañar al ciudadano en todas sus funciones públicas, sea simple elector ó Presidente del Consejo de Ministros; de otro modo no se comprende que el Ministro deba responder á los diputados; los diputados, con la publicidad de sus votos á los electores, y los electores no tengan responsabilidad de sus actos.

¿Es verdaderamente el secreto garantía de la libertad del voto? ¿No es quizá más cierto que el voto público es más conforme á las reglas directivas de la justa y verdadera libertad? Las opiniones profesadas—como dice Oliva—son siempre opiniones honradas; las opiniones no honradas, son las que se teme confesar.

El voto público es una garantía contra la corrupción, mucho más eficaz que todo el sistema de penalidades, inventado para contenerla: en el modo de dar dirección al escrito, atravesado, ó de arriba á abajo; en la manera de escribir ó no escribir una letra mayúscula; de puntuar las palabras; de hacer preceder, posponer, olvidar ó intercalar un título, la malicia

humana sabe escogitar y oponer á toda la máquina de disposiciones penales, un arsenal de menudos ardides con los que el elector da á conocer, á quien tiene interés en saberlo, cuál es su voto.

¿No sería mejor acabar con el disimulo y la hipocresía? ¿No sería el voto público eficientemente más moral? ¿No ayudaría á vigorizar el carácter, á inspirar la virtud de la sinceridad? ¿No educaría los espíritus para decir lo que piensan y lo que sienten? ¿No realzaría en cientos y en miles de hombres la dignidad y el orgullo de expresar su opinión? El mismo Zanardelli, aun defendiendo la conveniencia del voto secreto, lo reconoce así: el principio del voto público es aplicado en las elecciones de Dinamarca, de Prusia, de Baviera, de Hungría y de algunas provincias austriacas; y la misma Inglaterra lo sostuvo hasta hace poco tiempo, rechazando por espacio de setenta años todos los *bills* que se proponían continuamente para abolirlo. «El alma del sistema representativo—dice el propio Zanardelli—debe ser la publicidad; siendo el voto mismo un deber público, debe darse á la luz del sol, y ejercitarse en aquellas condiciones que le dan carácter de seriedad, de franqueza, de moralidad.»

¿Para qué sirve el voto secreto? No es para dar independencia al ciudadano, ni seriedad al ejercicio de la función electoral, llámese deber ó derecho; sirve sólo para quienes, por falta de carácter, por venalidad ó por fines poco sinceros, desean encender una vela al diablo y otra á San Miguel; monárquicos con los monárquicos, republicanos con los republicanos, socialistas con los socialistas, papistas con los clericales; hombres sin fe, prontos á venderse á quien los quiere comprar, representan la hez social dispuesta á traicionar á toda institución y á todo partido. ¿No es ya tiempo de barrer toda esta podredumbre, y de que se rinda culto á la sinceridad y á la honradez en los altares de la ley?

HERÁLDICA Y BLASÓN

Psicología de los apellidos.—Así se titula un artículo publicado en *La Revue*, de París, por H. de Gallier.

Cuando el Sr. Cochon (cochino, cerdo), recientemente hecho Conde de Laparent por Napoleón I, llevó su hijo al colegio, el provisor, creyendo obrar bien, inscribió al niño con el solo nombre de Laparent. El Sr. Cochon se incomodó, y exclamó con energía: «Mi padre era Cochino, yo soy Cochino, y quiero que mi hijo sea Cochino.» Esta anécdota muestra el apego que cada cual tiene á su nombre, por feo y desagradable que sea.

A riesgo de descontentar á las más ilustres familias, fuerza es confesar que los antiguos apellidos de Francia no pasan del siglo XI; aun éstos son muy raros. Los judíos no conocieron la transmisión de los apellidos, ni los griegos tampoco. Los romanos fueron los primeros en reconocer su utilidad, y desde el año 500 los hombres se hicieron hereditarios, pero sólo para los patricios, que formaban así la aristocracia, transmitiendo su nombre por filiación, por adopción y por emancipación, pues los esclavos manumitidos tomaban el mismo nombre de su dueño. Bajo el reinado de Caracalla se autorizó á cada ciudadano para tomar el nombre que quisiera, y con esto se dió al traste con la herencia de los apellidos.

Los bárbaros nada sabían de estas delicadezas: uno se llamaba Hugo (prudente), otro Huberto (guerrero ilustre), otro Gerardo (guerrero atrevido), etc., y no se cuidaban de que sus hijos adoptaran su mismo nombre. Sólo más tarde, cuando las costumbres romanas llegaron á infiltrarse en los pueblos nuevos, es cuando comienza á sentirse la necesidad de una distinción, adoptándose un apellido característico que viene á formar un solo todo con el nombre, como sucede con Pepino el Breve y Hugo Capeto. Tal es la situación al llegar la primera cruzada; los jefes no tienen todavía nombre hereditario ni

blasones, pues las cruzadas precisamente fueron las que demostraron su utilidad para agrupar en torno de cada jefe sus aliados y vasallos; entonces nace el blasón, como emblema personal, y no llega á ser patrimonio de una familia y de una raza hasta el reinado de San Luis, no introduciéndose la herencia de los nombres en Francia de un modo regular hasta el siglo XI y sólo para los nobles.

El noble francés saca su nombre de la tierra de que es señor, mientras que el patricio romano daba su nombre á la tierra *(fundus Cornelianus)*. Algunos señores, sin embargo, prefieren al nombre de sus feudos el sobrenombre de algún glorioso antepasado: así los Talleyrand descienden de un hijo segundo de un Conde de Perigord apellidado Talleyrand, como si dijéramos, *corta-aceros:* los Gontaud se llaman así por el recuerdo de Gontard, guerrero del siglo XII de gran fama; otros han amalgamado ambas cosas, como los Larochefoucauld, que descienden de un Foucauld, señor de la Roche, sumando así el nombre del feudo al de la persona. Los caballeros que tomaron parte en las diez primeras Cruzadas, no llevaban realmente más que nombres y motes á los que venía á juntarse un apellido de feudo, pero sin carácter hereditario. La burguesía, una vez generalizada la herencia de los apellidos, comprendió sus ventajas y siguió el ejemplo de la nobleza. Los judíos no tomaron nombres hereditarios hasta después de la revolución de 1789.

Entre los pueblos extranjeros, muchos ignoran todavía hoy la transmisión de los nombres. Si los chinos la han adoptado hace siglos, los árabes, los persas y los turcos ni siquiera han pensado en ello, y eso que entre los árabes cada individuo lleva cinco nombres: el *alam* ó nombre de circuncisión; el *lacab* ó mote; el *kuniat* ó nombre de filiación; el nombre del cargo ó función y el nombre de orígen; así Abd-el-Kader firmaba Sidi-el-Haggi Ouled Mohiddin Abd-el-Kader (el Señor santificado, hijo de Mohiddin, servidor del Poderoso). Varios pueblos europeos están todavía en un período de transición

respecto á los nombres: todos los terminados en *poulo* entre los griegos, en *itch* entre los servios y en *esco* ó *eanu* entre los rumanos designan nombres de filiación, como sucede con el *son* inglés, el *ski* polaco, el *off* y el *eff* ruso y el *fy* húngaro.

En Francia, las leyes desde muy antiguo habían prohibido los cambios de nombres ó de escudos, prevaleciendo, sin embargo, entre las altas clases la costumbre de que cada miembro de una familia adoptase ó recibiese del Rey un nombre de tierra ó feudo diferente. Tratándose de la alta aristocracia, esta costumbre no dificulta grandemente la genealogía, y todo el mundo sabe que los Estissac, Doudeauville y Liancourt eran La Rochefoucauld, y que las firmas de Chevreuse ó de Chalnes corresponden á la casa de Luynes. Pero en la pequeña nobleza ya es otra cosa, pues llevada al exceso la costumbre, es fácil á los genealogistas equivocarse por tratarse de nombres menos conocidos; los registros parroquiales datan de 1400 y no existen regularmente hasta 1515, no exigiéndose la formalidad del duplicado y de la firma ante testigos hasta 1667. ¡Y la herencia de los nombres viene desde 1200! ¡Cuántas sustituciones, errores y falsedades no se habrán cometido!

Tal es, en resumen, la historia de los apellidos nacidos en el siglo XI; no tardan en generalizarse, y protegidos desde el siglo XV por las leyes, se convierten en títulos de propiedad, lo mismo para el villano que para el noble. En cuanto á la partícula *de*, no ha sido nunca, dígase lo que se quiera, signo de nobleza hasta el siglo XIX. Esta preposición indicaba en los apellidos sacados de un feudo, que este feudo pertenecía á la familia que llevaba su nombre; así Bastet d'Uzès quería decir Bastet, Señor de Uzès. Muy pocos nobles la usaban, pareciéndoles que el hacerlo era degradar su nombre. Sólo en el siglo XIX es cuando la partícula ha sido considerada como signo de ennoblecimiento.

En cuanto al valor etimológico de los apellidos, casi todos tienen en sí mismos, ó en otra lengua, significado propio: así Chevreuse, Castellane, Grammont, Rohan, Broglie, son nom-

bres de tierras ó propiedades, pero significan *cabra salvaje, gran monte, castellana, reguero, aldea de la roca* (*roc han* por *Rohan), bosque.* Entre los nombres de villanos, muchos son sacados de nombres de árboles, plantas ó lugares, como Duchesne (*del roble*), Dufrêne (*del fresno*), Dumont (*del monte*), Duval (*del valle*), Dupré (*del prado*), Dupuy (*del teso*), Lyon, Lisboa, Ratisbona, etc.

A la segunda categoría pertenecen los nombres sacados de una profesión como Boulanger (*panadero*), Serrurier (*cerrajero*), Perier (*albañil*), Pelletan (*peletero*), Fabre, Faure, Faberot, Dufaure (todos de *faber*, obrero), Steward ó Stuart (*mayordomo*), Schneider (*sastre*), etc.

Tercera categoría: nombres de animales como Renard (*zorro*), Poulet (*pollo*), etc. Loubet, como Luppé, viene de *lupus*, lobo y Botetl de *bota,* lagarto; Mac-Mahon, es como si se dijera *del oso*, en islandés.

Cuarta categoría: nombres de defectos ó cualidades, como Meline (*rubio*), Waldeck-Rousseau (*madeja roja*), Adam (*rojo*, en hebreo). La valiente abogada señorita Chauvin tiene un nombre que se deriva de *calvo,* como Barthou se traduce por *barbudo*, y Rostand por *robusto* (en persa). En orden á las cualidades morales, tenemos Lavy (*prudente, avisado*), Roll (*activo, enérgico*), Bomard (*defensor atrevido*), Fouquier (*guerrero animoso*), Baudin (*valiente*), Garibaldi (*audaz*), Rancel y Rambaud (*fuerte, terrible*).

Sacados de funciones ó cargos eclesiásticos, se encuentran los nombres de Larcheveque, Papin, Lemoine; el apellido Coquelin procede de una forma arcaica que significaba peregrino.

Otros nombres proceden de los vestidos, como Hozier de *housse*, funda; Soulier (*zapato*), Barret, Barrès, Barreta (*boina*), Bragelonne (*calzón largo*), etc.; otros sacan sus formas de los santos de la Iglesia primitiva, de los títulos nobiliarios de Conde, Duque, Marqués, etc.; los hay que recuerdan una circunstancia fortuíta, otros en los que el sentido ha desapareci-

do á fuerza de alteraciones, y algunos que jamás han tenido sentido alguno.

Para terminar, pueden citarse no pocos nombres no muy agradables de llevar, como Pissard (*cagón*), Coen (*cornudo*), etcétera. Durante la época del Terror había un sacerdote que se llamaba Exbrayat; el nombre no era bonito, pero fue lo que le salvó: preso y conducido ante el Tribunal, iba á ser condenado á muerte, cuando se le ocurrió la idea feliz de hacer notar á sus Jueces que aquel nombre de Exbrayat que llevaba significaba, en patois auvernés, *sin calzones* (*sans culottes*). ¿Cómo iban los descamisados del Terror á mandar guillotinar á un hombre que se llamaba *sin calzones?* El pobre cura Exbrayat salió del paso sin más que el susto, gracias á su apellido.

PSICO-FISICA

El sentimiento estético en los niños. — Todos sabemos —dice en la *Rivista politica e letteraria,* de Roma, el Dr. Guido Chialvo — que por medio de los rayos de luz que penetran en el ojo, el nervio óptico se excita y transmite su excitación al cerebro, donde es recibida como sensación. Ahora bien: ¿cómo se presenta un cuadro ó una estatua al niño y al adolescente? Martig ha observado que mientras el niño en las primeras semanas sólo tiene una sensación general de la luz sin distinguir los objetos, más tarde empieza á fijar su vista en una luz, mirando también otros objetos brillantes ó de color claro, pudiendo empezar á percibir los objetos que producen la sensación, y transformándose así la confusa sensación en una clara percepción. La imagen del color es resultado de este trabajo: ¿y la del relieve?

Jorge Vasari, y con él muchos otros escritores de arte, han afirmado más ó menos abiertamente que la escultura ha precedido históricamente á la pintura, aunque Letourneau y otros admiten el sincronismo de ambas artes. Por la convic-

ción que Chialvo tiene de aquella precedencia por ser más fácil copiar formas en relieve que reproducir en una superficie plana el espejismo de la perspectiva, del claro-obscuro y del colorido, ha querido examinar un hecho frecuente en los niños de ambos sexos, formulando la pregunta siguiente: «¿Cuál de las dos artes les agrada más, y cuál es — subjetivamente— la razón de la preferencia, y á qué causas—objetivamente—es debida esta preferencia?»

Los resultados de esta indagación, sin presuposición de sugestión ni de agnoscencia crítica, han sido los siguientes:

TABLA SINÓPTICA

SEXO		TOTAL	EDAD	PINTURA		ESCULTURA		INDIFERENTE		TOTAL
Var.	Hem.			Var.	Hem.	Var.	Hem.	Var.	Hem.	
250	245	495	de 5 á 6 años	29	22	199	217	22	6	495
200	197	397	» 6 á 7 »	26	20	163	161	11	16	397
217	222	439	» 7 á 8 »	28	26	168	186	21	10	439
209	214	423	» 8 á 9 »	36	31	155	169	18	14	423
215	223	438	» 9 á 10 »	39	37	166	182	10	4	438
256	219	475	» 10 á 11 »	54	43	196	175	6	1	475
300	287	587	» 11 á 12 »	172	167	126	119	2	1	587
292	296	588	» 12 á 13 »	176	173	114	123	2	0	588
315	321	636	» 13 á 14 »	187	162	127	158	1	1	636
260	256	516	» 14 á 15 »	184	143	75	112	1	1	516
2514	2480	4.994	de 5 á 15 años	931	824	1489	1602	94	54	4.994

Por este cuadro se ve que á medida que los niños aumentan en edad, aumenta también su preferencia por la pintura, y en los últimos (los de catorce á quince años) se manifiesta claramente que *el color* es la causa principal de la preferencia. El aliciente del color y la multiplicidad de las figuras y movimientos explican la preferencia que se otorga generalmente á la pintura sobre la escultura. Es digno de notarse en el cuadro que de los 148 indiferentes, 94 son varones y 54 hembras, lo que prueba que la mujer tiene más voluntad que el hombre para dar á conocer su juicio, siendo también de no-

tar que de los 4.994 interrogados, estuvieron por la pintura 1.755, y por la escultura 3.091, lo que constituye una mayoría de bastante importancia.

Tratando de averiguar la razón de este hecho, se llega al convencimiento de que siendo el color la causa de la fascinación que produce en nuestros sentidos la pintura, su noción se desarrolla en nosotros muy tarde y después de algunos años de experiencia. Lo que se ve desde luego es *el relieve;* el niño que al ver pintado un fruto tiende la mano para cogerlo, no está impresionado por su color, sino por su relieve, creyendo que puede separar aquel objeto del espacio que le rodea para apropiárselo; tal es la única razón por la que los niños ven mejor la escultura que la pintura; en aquélla los objetos se presentan en su realidad plástica; en ésta se necesitan muchos otros factores, sombras, perspectivas y colores para la percepción ilusoria de la realidad.

IMPRESIONES Y NOTAS.

Una obra simbolista.—Los aficionados á novedades y curiosidades literarias están de enhorabuena con la publicación de *La Rose et les Epines du Chemin,* de Saint-Pol-Roux, un simbolista de gran fuerza, en cuyo espíritu no se presentan las ideas sino revestidas de imágenes y de colores.

La Rosa y las Espinas del Camino es una variada colección, como dice su autor, de «temas filosóficos, símbolos de alma, notas de estaciones, pinturas de horas y magias de fenómenos». El objeto principal de la obra de arte consiste en «coagular lo abstracto, iconizar lo absoluto, figurativar el misterio, organizar lo invisible, amueblar el espacio, colonizar lo desconocido».

La obra de Saint-Pol-Roux desagrada á veces, desconcierta con frecuencia y choca siempre; pero no puede negarse que es una obra originalísima y única en su género, digna de ser conocida de cuantos en literatura se ocupan.

Las obras en varios tomos.—Curiosas son las observaciones recogidas por Arturo E. Bostwick, Director de la Biblioteca circular de Nueva York, y publicadas en *The Critic,* sobre el uso de los tomos de una obra por el público. Cuando una obra se compone de varios tomos, el segundo es menos leído que el primero, el tercero menos que el segundo, y así sucesivamente. Los seis volúmenes, por ejemplo, de la traducción inglesa de *El Vizconde de Bragelona,* de Dumas, han sido leídos en la proporción siguiente: 31—30—24—22—21—16; de modo, que sólo la mitad de los lectores llegaron al final de la obra.

Las excepciones se refieren generalmente á obras de historia que abarcan un largo período, del que, por unas ú otras causas, la actualidad pone en boga el estudio de determinada época, que da al tomo correspondiente mayor número de lectores.

***

Legados á las Universidades americanas. — La lectura del estado de donativos y legados á las Universidades que mensualmente publica en Washington el Negociado de Educación del Ministerio de Instruccion pública, muestra el grado de atención que aquel Gobierno y aquellos contribuyentes prestan á todo cuanto con la enseñanza se relaciona.

El hecho solo de la mencionada publicación mensual revela la existencia de unas costumbres que aquí hace siglos se perdieron, pues hoy son rarísimas las personas que al morir, y mucho menos en vida, se acuerdan de nuestras Universidades para legarlas el todo ó parte de su fortuna, cosa que nada de extraño tiene, dado el cual precedente sentado por nuestros Gobiernos al incautarse de los bienes de tan beneficiosa procedencia, dejando, por ejemplo, á la Universidad de Salamanca, á quien la sobraban rentas para sostener todas las facultades universitarias, reducida á la triste condición de vivir como

de limosna con sólo dos Facultades, y obligando á la Diputación y al Ayuntamiento al sacrificio de sufragar los gastos de otras dos, para mantener con relativo brillo el prestigio de la histórica Escuela salmantina. ¿Cómo se ha de animar nadie á dejar sus bienes á instituciones docentes, cuando se tiene á la vista espectáculo tan doloroso y tan sugestivo?

En cambio, en los Estados Unidos los legados llueven sobre las Universidades, y sólo en el pasado mes de Junio han recibido por este concepto veinticinco Universidades la enorme suma de 12.817.082 duros, de los cuales, cinco millones (¡veinticinco millones de pesetas, sin contar el cambio!) han ido á parar á la de San Luis de Washington; dos millones á la de Brown; 1.667.000 á la de Yale, y 1.462.075 á la de Harvard. El famoso rey del acero, Andrés Carnegie, á quien se deben no pocos de estos donativos, ha declarado que estaba dispuesto á hacer de su fortuna quince partes, y destinar catorce de ellas á «obras interesantes». ¡Y esa fortuna asciende á 1.500 millones de francos!

***

«La ciudad eterna» de Hall Caine.—Hall Caine es el novelista cosmopolita del día. Al éxito ruidoso de *El Cristiano*, ha seguido el no menos estrepitoso de *La ciudad eterna*, empezada á publicar en el *Lady's Magazine*, suspendida por negarse la Revista á la publicación á causa de que ciertas situaciones, y especialmente las consideraciones políticas demasiado acerbas que el autor hacía, herían los sentimientos de su clientela, y publicado después en volumen con un éxito no inferior á los mayores obtenidos por Zola.

La obra comienza en Londres, donde un pobre italiano, David Leone—más tarde Rossi—es descubierto en las escaleras de la casa de un emigrado; éste lo recoge, le educa y le hace compartir los juegos y las lecciones de su hija. Rossi llega tras varias peripecias á ser diputado en Italia, siendo en-

carcelado por su oposición al Gobierno y por lo temible de su oratoria. Doña Roma, mujer del Presidente del Consejo, se enamora de él, y gracias á su protección, es puesto en libertad. Los complots se suceden, y el Presidente es asesinado, hasta que al fin el Papa reconoce á Rossi como hijo suyo, producto de un matrimonio secreto antes de su exaltación al solio pontificio; renuncia entonces al poder temporal, el Rey abdica, se proclama la República, y cuando parece que debía llegar la hora de la dicha, Doña Roma se ve atacada de una enfermedad mortal que la lleva á la tumba.

*
* *

La moral aristocrática del superhombre.—Tal es el tema tratado por Alfredo Fouillée en la *Revue des Deux Mondes*, con la competencia propia de su renombrada pluma.

Nietzsche es un discípulo de Taine que no ve en el vicio y la virtud más que productos naturales, como el vitriolo ó el azúcar; sólo que Taine había creído que el vitriolo es un veneno y el azúcar un alimento, y Nietzsche se ha propuesto demostrar lo contrario, pretendiendo hacer ver que la llamada moral es la que ha envenenado á la humanidad, siendo la culpable, con todas las virtudes, del atraso en que vivimos. Esta doctrina, como dice muy bien Fouillée, no sólo es un escepticismo moral, es decir, una negación, sino que es también una afirmación, un dogmatismo antimoral.

Todo el sistema de Nietzsche está basado en la confusión de la actividad con la acometividad; como toda acción tropieza con resistencias, Nietzsche deduce de esto con los estóicos que toda acción es trabajo y lucha, añadiendo que es una lucha contra otro, lo cual es un paralogismo; toda la supuesta superioridad de las pasiones malas sobre las buenas, aparece así como una mistificación gigantesca, velada apenas por los primores del estilo. La moral de Nietzsche, sometida al análisis filosófico, se resuelve en una polvareda de autonomías.

Las grandes cazas reales.—La mayor parte de los Soberanos y Príncipes europeos—dice el *Bollettino illustrato degli Sports*—son apasionados cazadores. El más notable de todos es el nuevo Rey de Inglaterra, Eduardo VII; el libro estadístico de las cacerías del Príncipe de Gales elevaba en 1880 á 6.000 las piezas cobradas por el heredero de la Reina Victoria, cuyo número llegó á 8.000 en 1890, y á más de 10.000 posteriormente. Una vez se hizo una batida tan extraordinaria, que en sólo tres días expuso la Casa real 5.895 piezas de caza. El Príncipe no sólo era famoso por sus cacerías de Inglaterra, sino por las de la India, donde la caza del tigre le entusiasmaba.

Después de Eduardo VII, el más apasionado por la caza es el Emperador de Austria; los Alpes tiroleses le ofrecen el mejor campo, y á ellos acude frecuentemente sin más compañía que la de un aldeano con su fusil y su *alpenstock*. En compañía de Guillermo II, dió últimamente una batida, que ha sido famosa por el número de ciervos que en ella mataron. Cuando Francisco José caza solo, no quiere que se sepa las piezas que mata, y hace distribuir en silencio los productos de su fusil.

Sigue después el Emperador Guillermo, que cuenta entre sus cacerías la famosísima y quizá única en los anales cinegéticos de Mayo de 1896, cuyo botín fue de 33.967 piezas, entre ellas 2 bisontes, 7 grandes alces, 3 renos, 3 osos, 21 gamuzas, 16.188 liebres, 3.391 ciervos, 694 conejos, 9.643 faisanes, 654 perdices, etc. Su resistencia es tan grande, que permanece días y días sin cansarse, dándose el caso de que su escudero, su ayudante y su montero mayor tengan que ser relevados por la fatiga, mientras el Soberano se conserva fresco y firme sin dar señales de cansancio.

El Czar es también un gran cazador, y las grandes piezas por él muertas se ven expuestas á centenares, distribuyéndose después generosamente por el mismo Emperador, que tiene un disgusto y le parece haber cometido un delito cada vez que se encuentra con que ha matado una hembra. Antes de ir de caza, traza un plano de los sitios que quiere recorrer, para

que nadie pueda turbar su cacería. El Rey de Suecia es un gran tirador de revólver; pero no le gusta derramar sangre, prefiriendo el sport del mar, que es su pasión favorita.

El actual Presidente de la República Francesa, Loubet, es también un gran cazador; es zurdo, pero tira admirablemente; va siempre seguido en la caza por un comisario de policía y dos polizontes, y lo siente tanto, que no se cansa de repetir á sus íntimos que esta precaución es lo único que perturba el inmenso placer que por la caza siente.

***

El caballo perfecto.—He aquí las cualidades que para ser perfecto debe reunir un caballo, según un Códice de la primera mitad del siglo xv, de que da noticia Olschki en *Bibliofilia*:

«A voler che un cavallo sia perfecto
De vinte cose vole esser dotato:
Bon pelo adosso; allegro ne lo aspecto;
Giuntato corto; el piè sotto cavato;
Salda la carne, et largo nel suo pecto.
El collo lungo e forte sul crinato;
Sotto el zuffetto a guisa de montone;
Piccola testa; et el costato amplone.
Secca la testa et longa la mascella;
Che sia ben forte dove sta la sella;
Un'altra cosa vuol escer con ella:
La cauda assai tirata et bene spessa;
Che sia ben forte dove sta la sella,
Grosso ne le anche per fornir la messa.
—Alcuni dicon che sono ventidue:
Piccole orecchie et li ochi quanto un bue.»

***

Los alemanes en Versailles.—La ocupación de Versailles durante la guerra franco-prusiana duró seis meses, siendo la ciudad residencia del cuartel general del Rey Guillermo.

Vencida sin haber siquiera podido, como ciudad abierta, combatir, Versailles tuvo que resignarse con su dura suerte y sufrir las pruebas á que fue sometida por el vencedor.

No bastaba la obligación impuesta al Municipio de suministrar cada semana 25.000 francos de mercancías de diversas clases, sino que todos los días había que sufrir las más violentas exigencias. Una vez fueron 180.000 camisas de franela, que había que entregar sin demora; otra, 6.000 camisas de hilo y 2.000 pares de botas, que había que entregar en el término de dos días; ó bien 6.000 mantas de lana y algodón, de que tuvieron que desprenderse los vecinos al principio de aquel riguroso invierno. Las más altas autoridades no se detenían para exigir la inmediata ejecución de sus menores caprichos: el Príncipe real ó su intendente exigía para su quinta 200 bujías diarias; iban á la Alcaldía en busca de jabón, de soperas, de botellas de agua de Seltz, de lacre y hasta de obleas. Un día se presentó un oficial, con su papel timbrado y rubricado, reclamando para el Rey Guillermo dos kilos de pan moreno para cebar los peces del parque, porque quería entretenerse en pescar. El menor retraso en atender estas exigencias era castigado con multa ó prisión: Bismarck impuso 100 francos de multa por no haberle enviado un coche á la hora precisa en que lo había pedido, y Jacobi 2.000 francos porque no le encontraron inmediatamente una silla de montar que necesitaba; porque el Alcalde y dos concejales contestaron que un tren de provisiones que se esperaba había llegado con retraso porque el mismo ejército alemán le había detenido, los metieron en la cárcel, y sólo pudieron salir pagando 50.000 francos.

He aquí una hermosa carta que prueba lo duro de la situación por que atravesaron los vecinos de Versailles, durante la ocupación alemana; es de un antiguo oficial, y está tomada, como todo lo que precede del interesante libro de Delerot, archivero de la ciudad actualmente y concejal en 1871, *Versailles durante la ocupación*:

«Señor Alcalde: Tengo el honor de someteros una petición que siento no poder formular en menos palabras en estas dolorosas circunstancias en que tantas preocupaciones os asedian. Militar retirado, vivo en Versailles desde 1863; acabo de cumplir ochenta y seis años, y una enfermedad crónica me tiene casi constantemente clavado en mi lecho; mi única fortuna es la pensión remuneradora de mis largos servicios, y el total de mis contribuciones (21 francos y algunos céntimos) demuestra suficientemente la poca importancia de mi alojamiento y de mi mobiliario. No podía, en efecto, disponer del menor sitio, ni siquiera de un colchón para hospedar á un extraño, y por eso me he visto en la precisión de alojar en otras casas, á razón de cuatro francos diarios por persona, á los soldados prusianos que me han enviado, en medida quizá excesiva; tal es mi situación. Jamás, sin embargo, he tenido la idea de dispensarme de compartir las cargas impuestas á mis conciudadanos por el estado de guerra, y continuaría soportándolas sin quejarme si pudiera; pero me es ya imposible, porque pronto hará seis meses que no cobro mi pensión, y mis pobres economías están agotadas. Os suplico, pues, señor Alcalde, que me consideréis como ausente, es decir, que hagais llevar á mi cuenta los gastos de mi parte de alojamiento de guerra, hasta el momento en que, cobrada mi pensión, pueda abonarlos á la Caja municipal. Por poco que el actual estado de cosas se prolongue, me hallaré de nuevo en el caso de tener que recurrir á vuestra benevolencia, á fin de obtener bonos de alimentación económica, no á título gratuíto, por supuesto, sino á crédito; será mi último recurso, salvo el de acudir al Hospital Militar, donde mi condición de veterano y mis enfermedades me dan harto derecho á ocupar una cama.»

Fernando Araujo.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Le istituzioni giuridiche medievali nella Divina Commedia, di Gino Arias.—Firenze, Francesco Lumachi, editore, 1901.—Un vol. de 240 páginas, 3 liras.

He aquí un libro de los que yo incluiría en la lista de los llamados «de texto» para los alumnos de nuestras Facultades de Letras y de Jurisprudencia. Esos libros, que nuestros estudiantes y sus padres repugnan comprar, no ya cuando son malos, sino cuando son largos y caros, importándoles muy poco todas las otras condiciones que tengan, con tal de que se aprendan en un dos por tres para salir uno «airoso» en los exámenes, y de que cuesten poquito; esos libros de texto, digo, debieran estar hechos, según mi opinión, de manera que sirviesen, igual que la acción del maestro y que toda la enseñanza, para formar el espíritu de los alumnos y poner á éstos en disposición de acometer por sí mismos, mañana, los problemas, sin necesidad del auxilio ajeno, de ese auxilio tutelar que los educadores prestan á sus discípulos. El alumno, más que aprender muchas cosas, almacenando sin discernimiento las que otros le dan ya elaboradas, lo que necesita es aprender á hacerlas, adquirir la capacidad suficiente para obrar por su exclusiva cuenta, desasido de los andadores, análogamente á como lo hacen los aprendices y oficiales de los oficios manuales. Y para aprender á hacer las cosas, hay que penetrarse

bien de cómo las hacen los que saben hacerlas, reproducir, mentalmente cuando menos, la serie de operaciones que constituyen el proceso por donde los maestros llegan á conseguir sus resultados.

El trabajo de Gino Arias repito que tiene, á mi juicio, un notable valor bajo este respecto. Sin ser—está muy lejos de ello—una historia del Derecho, de esas que suelen ponerse en manos de nuestros jóvenes estudiantes de esta «asignatura» para que embutan en su memoria todo lo que el libro diga y lo desembuchen á tiempo y con la soltura y tino necesarios para «ganar el curso»; siendo, por el contrario, no más que una monografía sobre un punto concreto y una época determinada, yo incluiría este libro entre los recomendables como textos á los alumnos referidos, con preferencia á muchas historias completas, y les diría: «He aquí un ensayo que muestra cómo debe proceder aquel que intente ser historiador.»

Y les diría además: «Advertid que el ensayo que tenéis delante está hecho por un joven como vosotros, por un muchacho recien salido de las aulas, el cual se presenta ya en el horizonte científico con una personalidad bien definida, más robusta y firme que la de muchos hombres maduros y aun provectos; que no se ha puesto á escribir sino después de haber adquirido una sólida y extensa cultura histórica y jurídica; que usa discretísimamente de su mucha erudición, siempre escogida y de primera mano, no siendo, ni por soñación, de esos que llenan páginas y páginas de parrafadas gárrulas y hueras, en las que amontonan citas y más citas de autores y libros que no solamente no han leído, sino cuyos nombres y títulos no han aprendido siquiera á escribir bien; que procede con una discreción y un sentido críticos, que ya quisieran para sí buen número de los que aspiran al título de historiadores y algunos de los que pasan por tales. El escrito ha sido premiado en dos concursos públicos, siendo Presidente del Jurado en uno de ellos el eminente Pascual Villari. Lo que el Sr. Arias ha hecho, bien podéis hacerlo también vosotros si

queréis, ó cuando menos algunos; la labor no tiene nada de extraordinaria ni de superior á las fuerzas humanas; basta con empeñarse en ella y trabajar con aquella «constante voluntad» de que con frecuencia os han hablado en las aulas, y especialmente en algunas. Ánimo, pues, y mereceréis bien de la cultura y de la patria, de esa patria á la que no levantaréis de su postración á fuerza de discursos fogosos (única, ó casi única cosa en cuyo aprendizaje os ensayáis para ser mañana, como vosotros decís, grandes oradores, aplaudidos y admirados de la masa), y sí solamente por medio del trabajo serio, noble y perseverante.»

Y á todo esto, ¿de qué trata el Sr. Arias en su excelente obra? De lo que indica el título de ella: de las instituciones jurídicas (fuentes del Derecho, escuelas medioevales, instituciones penales, procesales, civiles, mercantiles, económicas, sociales y políticas) de la Italia de la Edad Media y de las concepciones que sobre cada una de las mismas tenía Dante, según enseñan sus escritos y singularmente la *Divina Comedia*. El autor ha estudiado muy detenidamente ésta, y se sirve, para interpretar multitud de alusiones á hechos y personas del tiempo de Alighieri, de la también abundantísima literatura histórica (moderna sobre todo) relativa al siglo en que el poeta vivió. Trata, pues, de referir las ideas de Dante á las del momento en que escribía, sirviéndose para explicarlas del marco histórico en que encajaban. Lejos de pensar, como otros muchos escritores, que Dante se adelantó á su época y fue el precursor de las concepciones actuales en ciertas cosas, Arias, con mejor sentido histórico, asegura y parece demostrar lo contrario. «Es equivocado» dice, «el prejuicio de aquellos que creen interpretar á Dante obligándolo á razonar como un hombre de nuestros días. No lo repetiremos jamás bastante: Dante es el poeta de la Edad Media, libre, es cierto, de las más groseras vulgaridades de ésta, pero no de sus ideas, sobre todo de aquellas que tienen su raíz en la fe.» Es más, Dante hubo de presenciar la trasformación social que en su tiempo se operaba

en las ciudades italianas, pasando del régimen antiguo, patriarcal, de costumbres primitivas, pobre, nobiliario, al régimen nuevo engendrado por el desarrollo del comercio, al régimen «industrial» de entonces, diría un spenceriano, régimen burgués, de plebeyos enriquecidos, lujoso, de costumbres licenciosas; y en la lucha entre ambos, sus ideas propendían del lado del primero y sus instituciones, más bien que del lado del segundo.

Para concluir: En mis estudios (no muy largos, ciertamente) de la historia del Derecho penal español, he llegado á convencerme que esta historia, apenas intentada, cuanto menos comenzada, sólo podrá llegar á hacerse—lo mismo que la de todo el Derecho español—cuando acudamos, tanto como á las fuentes jurídicas propiamente tales, ó más que á ellas, á las literarias (entendiendo esta palabra en un sentido muy general). La vida, la verdadera, de los pueblos—que no es, ni con mucho, equivalente á la vida oficial, sino más bien opuesta por lo regular á ella—se conoce mucho mejor que por las leyes y documentos oficiales, por los relatos, descripciones, alusiones, sátiras, á veces hasta por las fábulas de los escritores contemporáneos ó de época próxima á la que se trate.

P. Dorado.

INDICE

por orden alfabético de autores de los artículos publicados en «La España Moderna» durante el año 1901.

Alonso (L.)—*Notas bibliográficas.* Julio, pág. 193.

Altamira (R.)—*Notas bibliográficas.* Junio, pág. 202.

Amador de los Ríos (Rodrigo).—*La Catedral de Toledo.* Diciembre, página 79.

Anónimo. — *Actea* (novela). Mayo, pág. 5; Junio, pág. 5; Julio, pág. 5; Agosto, pág. 5. — *Consideraciones sobre la producción de pasas en la provincia de Málaga.* Mayo, pág. 203.— *Notas bibliográficas.* Julio, páginas 201 y 205.—*Obras nuevas.* Enero, pág. 205; Febrero, pág. 205; Marzo, pág. 206; Abril, pág. 206; Mayo, pág. 204.

Andrade (Olegario V.)—*Atlántida* (canto al porvenir de la raza latina). Mayo, pág. 52.

Araujo (Fernando). – *Revista de Revistas.* Enero, pág. 152; Febrero, página 167; Marzo, pág. 164; Abril, pág. 159; Mayo, pág. 129; Junio, página 180; Julio, pág. 145; Agosto, pág. 182; Septiembre, pág. 189; Octubre, pág. 189; Noviembre, pág. 182; Diciembre, pág. 169.

Arias de Velasco (Jesús).—*Notas bibliográficas.* Agosto, pág. 204; Septiembre, pág. 201.

Arnold (M.)—*Marco Aurelio.* Octubre, pág. 120.

Benavides Ponce (R.)—*¿Por qué?* Febrero, pág. 137.

Bonilla y San Martín (A.)—*Notas bibliográficas.* Enero, pág. 194.

Calcaño (Julio).—*Epitalamio.* Noviembre, pág. 71.

Chocano (José Santos).—*La epopeya del bosque.* Abril, pág. 47.

Cisneros (Luis B.)—*Al terminar el siglo* (canto del siglo xx). Marzo, página 42.

Cordero (Luis).—*Aplausos y quejas.* Junio, pág. 45.

Corpancho (Teobaldo Elías).—*A España en la siniestra lucha de anglosajones contra latinos.* Septiembre, pág. 54.

Couperus (Luis).—*Su Majestad* (novela). Septiembre, pág. 5; Octubre, página 5; Noviembre, pág. 5; Diciembre, pág. 5.

Dorado (Pedro).—*El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo.*—Noviembre, pág. 74.—*Notas bibliográficas.* Enero, págs. 198, 201 y 202; Febrero, pág. 201; Marzo, pág. 202; Abril, págs. 199, 201 y 204; Junio, págs. 203 y 205; Julio, págs. 198, 199 y 200; Septiembre, pág. 205; Noviembre, págs. 203 y 204; Diciembre, págs. 201-204.

Elola (José de).—*Notas bibliográficas.* Julio, pág. 197.

Farias (Rafael).—*Viaje de un español á tierra de China.* Julio, pág. 93; Agosto, pág. 122.

Fernán Cisneros (Luis).—*Mi alma en el mar* (pequeño poema). Octubre, pág. 47.

Flores (Julio).—*El condor viejo.* Diciembre, pág. 40.

Gallardo (P. P.)..—*Contestación á un convite.* Abril, pág. 58.

García (Adolfo).—*La América latina.* Diciembre, pág. 43.

Gómez de Baquero (E.)—*Crónica literaria.* Enero, pág. 144; Febrero, pág. 139; Marzo, pág. 152; Abril, pág. 133; Mayo, pág. 167; Junio, pág. 137; Julio, pág. 111; Agosto, pág. 165; Septiembre, pág. 178; Octubre, pág. 143; Noviembre, pág. 173; Diciembre, pág. 160.

Hispanus.—*Lecturas americanas.* Marzo, pág. 137; Junio, pág. 105; Septiembre, pág. 128; Noviembre, pág. 150; Diciembre, pág. 136.

Hurtado (Manuel A.).—*Sonetos: En el paseo* (diálogo). *La Beata.* Enero, pág. 60.

I. B. J.—*Canto de paz.* Agosto, pág. 52.

Ignotus.—*Las reformas militares presentadas á las Cortes.* Abril, página 59.

Iob.—*Revista hispanoamericana.* Febrero, pág. 149; Abril, pág. 143; Mayo, pág. 177; Junio, pág. 146; Julio, pág. 122; Agosto, pág. 137; Septiembre, pág. 151; Octubre, pág. 155.

Lázaro (José de).—*Un artículo inédito de Campoamor.* Marzo, pág. 113.

Luján (Martínez).—*Juvenilia.* Diciembre, pág. 42.

Mélida (José Ramón).—*Recuerdos de Constan inopla.* Abril, pág. 119.

Menéndez y Pelayo (M.)—*La historia de la literatura española de Fitzmaurice-Kelly.* Agosto, pág. 89.

Mitjana (Rafael).—*Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos.* Enero, pág. 120; Febrero, pág. 35; Marzo, pág. 80; Abril, pág. 79; Mayo, pág. 104; Junio, pág. 126; Julio, pág. 64; Septiembre, pág. 85; Octubre, pág. 64; Noviembre, pág. 107.

Núñez de Arce (Gaspar).—*La primera hoja del álbum.* Enero, pág. 78.

Olmedilla y Puig (Joaquín).—*Historia del cobre.* Enero, pág. 79.—*Historia del jabón.* Julio, pág. 78.—*Historia del algodón.* Noviembre, página 91.

Pardo Bazán (Emilia).—*La literatura moderna en Francia.* Enero, página 64; Febrero, pág. 93; Diciembre, pág. 52.—*Filosofía de la longevidad.* Julio, pág. 89.—*Literatura francesa contemporánea. Ultimo período romántico.* Septiembre, pág. 62; Noviembre, pág. 125.

Pérez de Guzmán (Juan).—*De guante blanco.* Enero, pág. 93.—*Fiestas nupciales de la Monarquía española.* Febrero, pág. 62.—*Un autor dramático entre las víctimas del 2 de Mayo de 1808. Don Lorenzo Daniel.* Junio, pág. 63.—*El Derecho internacional americano ante el segundo Congreso Panamericano en 1901.* Octubre, pág. 87.—*Las alhajas de la Corona de España.* Diciembre, pág. 110.

Pérez Merino (Nicolás).—*Victoria, Reina de la Gran Bretaña, Emperatriz de las Indias.* Febrero, pág. 113.—*Primer Congreso Nacional del Periodismo en América.* Agosto, pág. 59.

Posada (Adolfo).—*El año sociológico 1899.* Marzo, pág. 53.—*El año sociológico 1900.* Septiembre, pág. 109.—*El movimiento feminista á propósito de un libro nuevo.* Diciembre, pág. 95.—*Notas bibliográficas.* Marzo, págs. 201 á 204; Abril, págs. 200 á 203; Mayo, pág. 201; Agosto, pág. 207; Octubre, pág. 206; Noviembre, págs. 205 y 206.

Reza y Estévez (Juan de).—*El protectorado de Francia en el extremo Oriente y el poder de la raza latina.* Abril, pág. 103.—*Crónica europea.* Junio, pág. 165.

Sentenach (N.)—*La Exposición de Bellas Artes.* Junio, pág. 86.

Sienkiewicz (Enrique).—*En vano* (novela). Enero, pág. 5; Febrero, página 5; Marzo, pág. 5; Abril, pág. 5.

Ugarte (Manuel).—*Sol de sangre.* Julio, pág. 62.

Unamuno (Miguel de).—*La reforma del castellano.* Octubre, pág. 55.

Vega de Amo.—*Epístola al Marqués de Jerez de los Caballeros.* Marzo, pág. 110.

Vera (Vicente).—*Sobre la expansión del castellano en los países en donde es exótico este idioma.* Diciembre, pág. 44.

INDICE

Págs.

Su Majestad (novela), continuación, por Luis Couperus..... 5
Poetas americanos: El condor viejo, por Julio Flores; *Juvenilia*, por D. Martínez Luján; *La América latina*, por Adolfo García. 40
Sobre la expansión del castellano en los paises en donde es exótico este idioma, por Vicente Vera 44
La literatura moderna en Francia, por Emilia Pardo Bazán..... 52
La Catedral de Toledo, por Rodrigo Amador de los Ríos..... 79
El movimiento feminista á propósito de un libro nuevo sobre feminismo, por Adolfo Posada..... 95
Las alhajas de la Corona de España, por Juan Pérez de Guzmán. 110
Lecturas americanas, por Hispanus..... 136
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 160
Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 169
Nota bibliográfica, por P. Dorado..... 201
Indice por orden alfabético de autores..... 205

AP
60
E8
año 13
no.154-56

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY